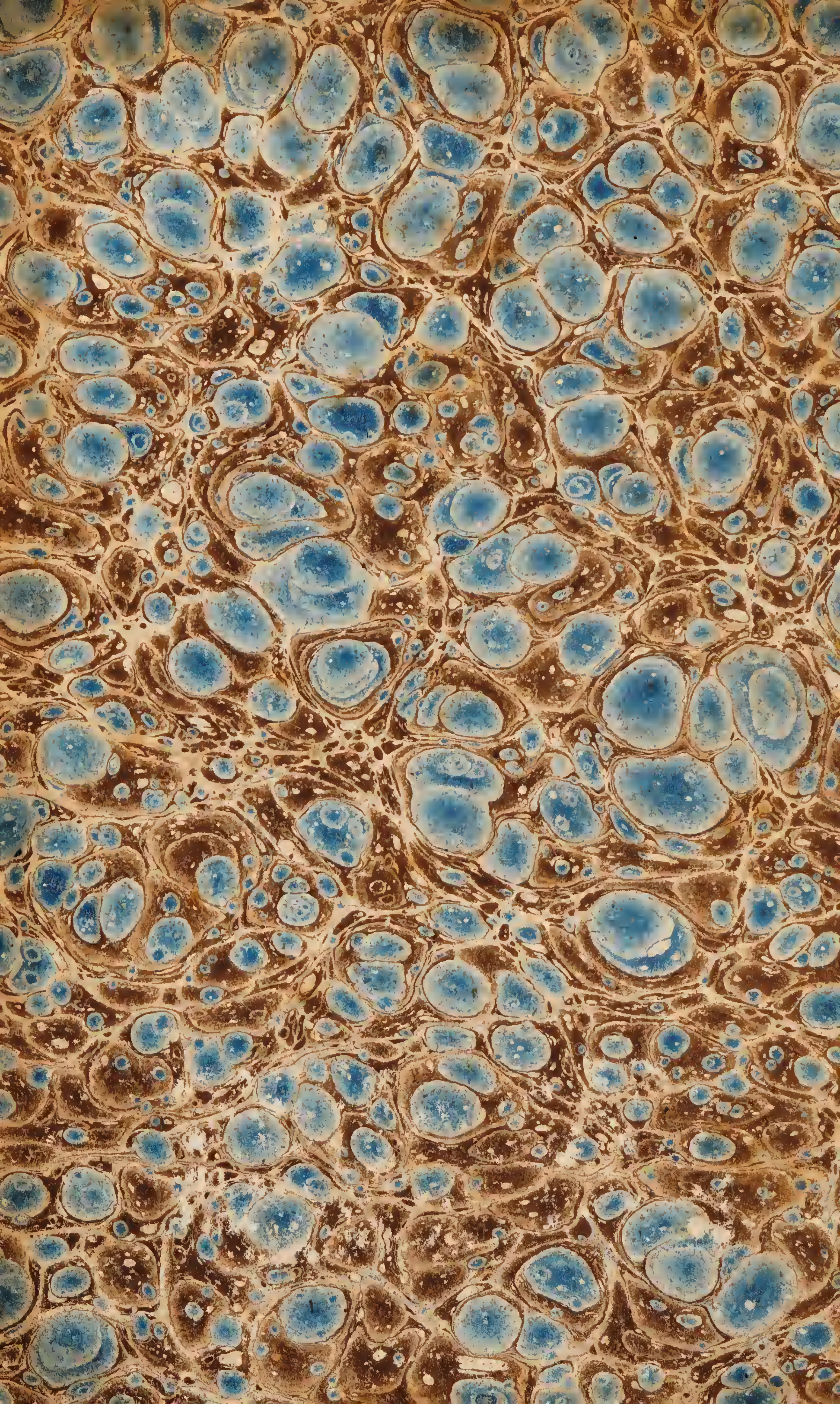
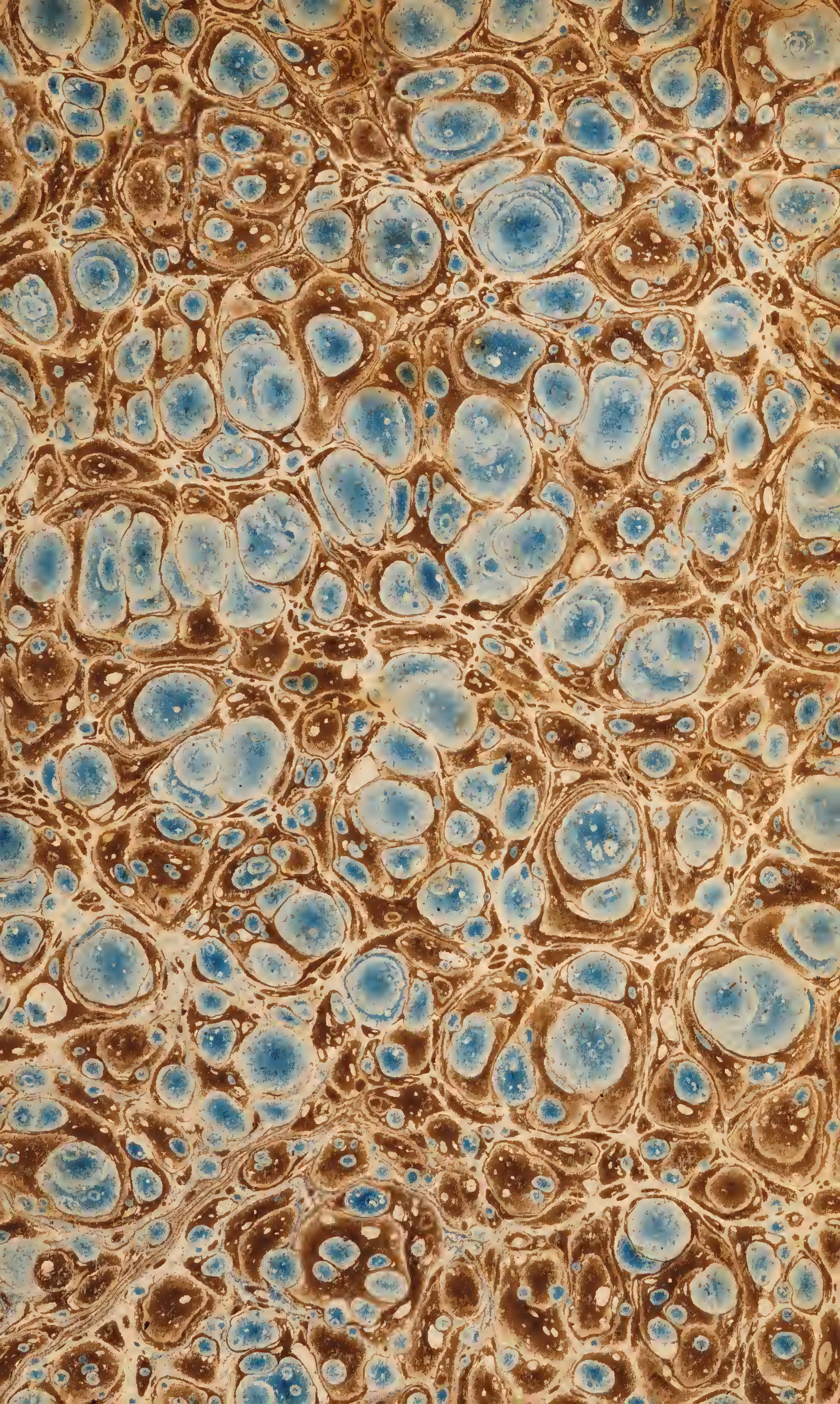






BIBLIOTECA ESCOJIDA

DE

MEDICINA Y CIRUJIA.



BIBLIOTECA
ESCOJIDA
DE MEDICINA Y CIRUJIA;
ó
COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS DE ESTA CIENCIA

PUBLICADAS Ó QUE SE PUBLIQUEN EN EL EXTRANJERO,

y de otras originales

POR LOS PROFESORES DE MEDICINA Y CIRUJIA

Don Gabriel Usera, Don Matias Nieto y Serrano, Don Serapio Escolar y Morales, Don Francisco Mendez Alvaro, Don Francisco Alonso, y Don Antonio Codorniu.



MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS,

1843.

HISTORIA BIBLIOGRÁFICA

DE LA

MEDICINA ESPAÑOLA,

OBRA PÓSTUMA

de Don Antonio Hernandez Morejon,

MÉDICO DE LA REAL CAMARA, PRIMER CATEDRATICO DE CLINICA EN LOS ESTUDIOS DE MADRID, EXAMINADOR EN EL TRIBUNAL DEL PROTO-MEDICATO, INDIVIDUO DE LA SUPREMA JUNTA DE SANIDAD DEL REINO, INSPECTOR DE MEDICINA DEL CUERPO DE SANIDAD MILITAR, SOCIO DE VARIAS CORPORACIONES NACIONALES Y EXTRANJERAS, VICE-PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE ESTA CORTE, ETC., ETC.



MADRID:
1843.

In ea opinione semper fui, medicum perfectum absolutumque omnibus numeris forè neminem, nisi qui in Historia medicinæ, benè versatus sit.

GRUNER, analecta ad antiquitates medicas.

El médico que ignora la Historia de la facultad que profesa, no tiene disculpa en el tribunal literario de la justicia y de la razon; debe por lo mismo ser considerado como hijo bastardo de la medicina.

FISONELL, *Lecciones de Medicina Clínica*.



PARTE SETIMA.

SIGLO XVI.



(Continuacion.)

Anónimo.

Entre los libros mas raros que podamos presentar pertenecientes á este siglo, es la siguiente traduccion al castellano de una medicina doméstica que no sabemos á quien pertenece; el título de la obra revela su objeto, y á quién se debió el original.

Aqui comienza un libro muy provechoso en medicina, llamado Tesoro de los pobres. El cual mandó hacer el papa Juan á un médico suyo llamado maestre Juliano, hombre muy sábio y esperimentado en medicina. El que por servir á Su Santidad, y por servicio de Dios, y por bien de los próximos, buscó cuantos doctores y maestros habia en medicina en aquel

tiempo: en que ovo cincuenta y seis doctores, que allegó para esta obra: muy sábios, para que los hombres se sepan curar sin médico donde no lo oviere y oviere mucha necesidad. Impreso en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, en las casas de Juan Cronberger, año de 1540.

Esta obra, como hemos dicho, es una medicina doméstica, en donde se halla un gran número de recetas para cada una de las enfermedades que describe, siendo en razon de su antigüedad y rareza mas digna de ser leida por curiosidad, que no por contener idea alguna luminosa.

Bartolome Morales.

Doctor en medicina: D. Nicolás Antonio lo hace aragonés, y Amat oriundo de una familia catalana; escribió:

Speculum sanitatis sive de sanitate conservanda. Salamanca, 1545.

Véase á D. N. A., pág. 199.

Juan Jaraba.

Fué médico y naturalista muy ilustrado del siglo XVI: ignoro el lugar de su nacimiento, y no se tienen tampoco noticias biográficas que referir acerca de él.

Imprimió varias obras traducidas del griego y latin, cuyos títulos son los siguientes:

1.ª *El Diálogo de Luciano de Icaro Menippo, y otras cosas.* Alcalá de Henares, 1546, en 8.º

2.ª *Traduccion de los oficios, Amicicia, Senectud de Marco Tulio Ciceron.* Amberes, 1549.

3.ª *Los Parodoxos y el sueño de Scipion de Ciceron.* Amberes, 1549, en 8.º

4.º *Traduccion de los Apotechmas de Erasmo con la tabla de Cebes.* Amberes, 1549, en 8.º

5.ª *Filosofía natural breve.* Amberes, 1546.

6.ª *Historia de las yerbas y plantas de Dioscórides Anazarbeo,* con láminas. Amberes, 1557, en 8.º

En esta traduccion puso lo sinonimia de los nombres griegos, latinos y españoles, con las virtudes y propiedades de las plantas, y el uso de ellas, adornando ademas sus esplicaciones con láminas.

7.ª *Problemas ó preguntas naturales traducidas del latin, y compiladas de varios autores.*

Se imprimió, unido al diálogo de Luciano, en Alcalá de Henares en 1546, en 8.°

D. Nicolás Antonio entre otros autores hace mencion de este médico en el tomo I, pág. 713.

Francisco de la Reina.

La nombradía que dignamente ha llegado á adquirir este español por la seguridad y acierto con que espresó los conocimientos que tenia de la existencia de un fenómeno de los mas importantes en medicina, lo hacen muy acreedor á ser colocado en la historia de la ciencia, aun cuando no fué mas que un albéitar y maestro herrador. Nació en la ciudad de Zamora, donde ejerció su arte, y escribió una obra, cuya primera edicion ignoro en qué año se hizo; la que yo poseo es esta. *Libro de albeitería. En el cual se verán todas cuantas enfermedades y desastres suelen acaescer á todo género de bestias y la cura de ellas. Allí mismo se verán las colores y facciones para conoscer un buen caballo y una buena mula. El mas copioso que hasta agora se ha visto. Hecho y ordenado por el honrado varon Francisco de la Reina, herrador, vecino de la ciudad de Zamora. Agora nuevamente impreso, y emmendado de muchos defectos que se hicieron en la primera impresion, con intento de dar claridad á los albéitares de España, año de* 1552. *Con privilegio. En* 4.°

El permiso de la reimpresion está dado por Pedro de los Cobos, de órden de Felipe II cuando era príncipe.

Empieza por manifestar que habiendo Dios criado todas las cosas para servicio del hombre, el caballo era entre todas la de que mas necesidad tenia, diciendo *que en los caballos se visten y hacen fiestas, justas y torneos, y con ellos los reyes,*

príncipes y grandes señores defienden sus tierras y conquistan las ajenas.... y añade que escribia aquella obra, porque los escritos que existian en su tiempo sobre las enfermedades, pasiones y descompostura de miembros de estos animales, estaban muy corrompidos y faltos de veracidad.

Primeramente trata en este librito, de las enfermedades de los caballos, y otros animales, de los medios terapéuticos para la curacion de ellas; luego forma un diálogo entre discípulo y maestro, en el que instruye á aquel de lo que debe saber con respecto al arte; pasa á esplicar las cualidades de un buen caballo, y concluye con el arte de herrar.

Cuando traté del punto tan controvertido de la circulacion de la sangre, recopilando los datos que podíamos presentar en prueba del conocimiento que tuvieron los antiguos acerca de este fenómeno considerado en general, copié á los fólios 47 y siguientes las mismas palabras de Francisco de Reina, cuya obra tuve á la vista, y por cuya relacion se podrá inferir bien que este autor espresó terminantemente, no solo que la sangre no estaba parada, sino que se movia *en torno y rueda;* cuyas precisas palabras encierran tal exactitud, y envuelven un conocimiento tan esplícito, que por mas que recorramos la historia de la medicina, no hallaremos en ningun escritor anterior á Harveo, paraje alguno que pueda cotejarse á este, en cuanto á la claridad, laconismo, y decision, con que presenta las ideas relativas al punto que discutimos.

No se contentó Reina con manifestar á sus lectores que la sangre andaba, que no estaba quieta, sino que andaba en *torno y rueda* por los miembros, cuyas espresiones equivalen á decir que la sangre circulaba ó se movia alrededor de todo el cuerpo; pues tampoco desconoció este albéitar el principal ejercicio del corazon, que es el de servir como de una fuerza motriz que dá impulso á la sangre arterial, que termina ó dá fin en la venosa; porque diciendo espresamente *que las arterias salen del corazon*, y en el cap. 4.º, f. 5.º, v. *que hay dos maneras de sangre*; una que llama vital, la cual sale del corazon y va por las arterias; y en el folio 56 que »hay venas que tienen por oficio de llevar el nutrimento, ó

»sea la sangre, por las partes de dentro hasta el emporado del »cuerpo, que es el corazon,» al cual todos los miembros obedecen; es claro que Reina conoció la circulacion tal cual la conocemos en el dia, y por consiguiente que no se le puede disputar la gloria que le cabe en este importante fenómeno de la economía animal.

Muchos españoles celosos de las glorias de su patria y amantes sobremanera de los hombres de talento, que en todos tiempos hemos tenido, han citado á este zamorano con el mismo objeto que nosotros: hablaron de él el padre Feijoo, cuya literatura es bien conocida, D. José Quer, D. Francisco Carbajal, D. Nicolás Antonio, y el sábio cuanto ya casi olvidado D. Manuel de la Gándara, español digno de un eterno renombre, en sus inestimables *apuntes sobre el bien y el mal de España*, con otros muchos mas; aun cuando ninguno conoció la edicion de 1552, que es la que yo poseo.

Doctor Céspedes.

Al parecer natural de Castilla la Vieja; estudió la medicina en la universidad de Valladolid, de la que llegó á ser doctor y catedrático de prima.

Estudió tambien en la misma escuela la teología, y se hizo clérigo.

Fué ademas buen poeta, y se hallan algunos versos suyos en la obra titulada *Segunda parte* de las cuatrocientas respuestas dadas al Almirante de Castilla D. Fadrique Enriquez, impresa en Valladolid en 1552, casi todas ellas relativas á puntos teológicos y morales.

Esta obra anónima y escrita por un fraile de San Francisco de Sahagun, é impresa por Francisco de Alfaro, vecino de Valladolid, contiene algunas cosas relativas á medicina, y tiene la licencia en 1549 por el príncipe Maximiliano y la Reina.

No se sabe que Céspedes escribiese obra alguna de medicina, sino un tratadito titulado de *ossibus*, el que no he podido ver, y que sin duda ha desaparecido del mundo literario; pero su maestro el famoso y nunca bastante alabado Rodri-

guez de Guevara, de quien hablaremos en su lugar, dice en el prefacio de su obra..... «fuimos favorecidos con el trato de »otros que el cruel hado nos arrebató, por ejemplo, *aquel sa»pientísimo Céspedes*, digno profesor de la cátedra de medici»na de por la tarde (respetable por su venerable canicie, y por »su opúsculo de *ossibus*) que honró nuestra cátedra, asistien»do desde que se instaló hasta el último dia de su vida.» Esta obrita de Céspedes no la mencionan nuestros bibliógrafos.

Pero por el documento fidedigno de Guevara se ve, que Céspedes, era no solo sapientísimo autor del citado opúsculo, sino que se hallaba adornado de un ávido deseo de aprender, aun en edad tan avanzada como la suya, cualidad distintiva del verdadero sabio.

Blas de Villafranca.

Doctor en medicina: escribió *Methodum refrigerandi vini, et aquæ per sal nitrum: accesserunt varia rerum naturalium problemata.* Venecia, 1553, en 4.º (Véase á D. N. Antonio, pág. 231.)

Cristobal Mendez.

Natural de Jaen; escribió: *Del ejercicio del suspirar.* Sevilla, 1553, en 4.º

Del ejercicio y su provecho, Jaen, 1553.

En esta última obra se leen muchas sentencias y cosas útiles y curiosas; entre ellas define el autor de un modo muy lacónico la salud, diciendo: «*que es aquello con que el que la »tiene hace sus obras perfectas.*

»El sol y la luna, dice, sufren una especie de enfermedad »que se puede llamar planetaria, cuando se hallan en sus »eclipses respectivos.

»El aire está muy caliente en la region superior de la at»mósfera, frio en la media, y sumamente alterado por putre»facciones en la inferior ó cercana á nosotros.

»La agua fué menos lijera, y menos pesada despues de la »creacion que en la actualidad, y de consiguiente se hallaba

»entonces con poca susceptibilidad para sostener grandes em»barcaciones.

»La salud ha de ser guardada y reverenciada como una jo»ya de grande estimacion.

»El fundamento de la terapéutica estriba en el conocimien»to de las complexiones ó temperamentos.

»*Circunstancias y condiciones que ha de tener el pan para* »*ser bueno y saludable.*

»*Analísis física de las aguas potables de Sevilla.*

»*Reglas y medios terapéuticos para modificar la temperatu*»*ra de las habitaciones de los enfermos.*

»El ejercicio es bueno para los estípticos ó estriñidos de »vientre.

»*Definicion del ejercicio terapéutico.*

»*Distincion médica entre movimiento, trabajo y ejercicio.*

»*Efectos fisiológicos del ejercicio corporal.*

»Los movimientos del cuerpo son de tres especies.

»*Presentimiento natural de D. Diego de Mendoza, por el* »*cual se libertó de la ruina de una iglesia de Castilla la Vieja.*

»*Esplicacion fisiológica acerca del sitio del hambre y de* »*sus fenómenos.*

»*Esplicacion fisiológica de la razon porque cesa el hambre.*

»Esplica la circulacion de la sangre con bastante cla»ridad.

»Los alimentos sufren cuatro digestiones.

»*Inconvenientes que traen los sudoríficos, vomitivos, pur*»*gantes, sangrías y diuréticos, y ventajas del ejercicio con* »*respecto á estos evacuantes.*

»*Resultados terapéuticos del ejercicio.*

»*Condiciones que ha de tener el ejercicio para conservar la* »*salud, y precaver las enfermedades.*

»*Esplicacion fisiológica de las sensaciones y del centro sen*»*sitivo.*

»*Consideraciones terapéuticas y patológicas sobre el meca*»*nismo de la vision.*

»Los anteojos ó lentes acortan y disminuyen por su uso la »facultad de ver.

»Modo de ejercitar la olfacion; muerte del abuelo de Don »Pedro Bobadilla por haber olido un perro muerto, y prove- »chos del estornudo.

»Modo de ejercitar los demas sentidos, con cosas muy curio- »sas al propósito.

»Modo de ejercitar las facultades mentales.

»Operacion de la talla ejecutada en Méjico ante el autor, »y estraccion de una piedra del tamaño de un huevo.

»El ejercicio conviene á muchas enfermedades; cuáles sean »estas, y curacion de una fiebre pituitosa hecha por el autor, »mediante el vómito suscitado en una embarcacion.

»Epocas del dia y del año en que debe hacerse el ejercicio.»

Escribió igualmente una obra *sobre la vida y la muerte*, á la que se refiere en varios pasages de la que acabamos de mencionar.

Fernando Mena.

Andrés Scoto y Valerio Andrés Taxander le hacen portugués; pero D. Nicolás Antonio dice que por los manuscritos del doctor jesuita Roman de la Higuera, es para él cosa cierta é indudable que era manchego, de Socuellamos. Fué catedrático de prima en la Universidad de Alcalá, despues médico de Cámara del rey Felipe II, y se halló en la consulta de la caida del príncipe de Asturias D. Cárlos.

Mena se dedicó á interpretar á Galeno, sin que por esto se crea que fué un ciego sectario suyo. El respeto que le tenia era mas bien porque Galeno generalizó la medicina hipocrática, y porque fué un grande hombre despues que la adoptó. De suerte que cuando los extranjeros presumen y escriben que los médicos españoles han seguido tenazmente la doctrina galénico-arábiga, manifiestan no haberlos leido, ni penetrado su verdadero espíritu, pues el carácter de la medicina española ha sido en todos tiempos el hipocrático: he aquí como habla Mena en su epístola nuncupatoria. «Crió la naturaleza á Gale- »no para que esplanase las antiguas sentencias hipocráticas, »las cultivase, y especificase hasta lo mas mínimo, patentiza- »se los verdaderos métodos de curar, y tratase con dili-

»gencia cuanto debia hacerse en la curacion de los males.»

Este médico, *de agudo ingenio*, como lo llama Próspero Marciano, falleció en Madrid de una afeccion calculosa, cuya relacion nos hace su discípulo el célebre Francisco Diaz, médico y cirujano tambien de Felipe II, diciendo, que desde la jornada de Monzon se habia sentido atacado de mal de orina con síntomas de piedra; que habiéndose dejado inspeccionar de varios modos, le persuadieron que su afeccion era hija de carnosidades en el cuello de la vejiga, mas no de cálculo, de cuya opinion no participó Francisco Diaz, el cual diagnosticó siempre de un modo opuesto. Llevado Mena del deseo de sanar, empezó á curarse con candelillas cáusticas, de lo que le sobrevino una fiebre aguda, acompañada de vehementes dolores, la cual acabó su vida. Hecha la inspeccion cadavérica se vió realizada la opinion de Diaz, encontrándose en las túnicas de la vejiga una piedra de mas de ocho onzas de peso (1).

Las obras que imprimió fueron estas.

1. *Liber Galeni de urinis omnium medicorum facile principis: una cum commentariis locupletissimis Ferdinandi á Mena doctoris, et in complutensi academia artis medicæ professoris. Eodem autore interprete.* Alcalá de Henares por Juan Brocar en 1553, en 4.°

2. *Claudii Galeni de pulsibus ad Tirones liber, è græco in latinum sermonem conversus,* etc. Alcalá, por Juan Brocar, 1553, en 4.°

3. *Liber de ratione permiscendi medicamenta*, *quæ passim medicis veniunt in usum, dum morbis medentur. Nunc primum natus autore Ferdinando Mena, doctore, et profesore complutensis scholæ.* Alcalá, por Juan Brocar, 1555, en 8.°

Esta obra terapéutica es de mucho mérito; en ella recomienda el autor el uso de medicamentos benignos en el tratamiento de ciertas enfermedades, y el del agua fria en las calenturas ardientes, presentándonos las preparaciones y com-

---

(1) Tratado de las enfermedades de los riñones, vejiga, etc., por el Dr. Francisco Diaz, fólio 211.

posiciones de muchos medicamentos, asi internos como esternos, como jarabes, electuarios, píldoras, cocimientos, ungüentos, emplastos, colirios, etc. Hablando de los antídotos, trae noticias muy curiosas con respecto á los pesos y medidas usadas por los griegos, y adoptadas por los romanos, su diferencia con relacion á las nuestras, é igualmente á las de los árabes, las cuales tienen una gran conformidad con las que aun en el dia estan puestas en uso. Esta obrita es sumamente curiosa, y debe leerla principalmente el que quiera aprovechar en la lectura de los médicos griegos, latinos y árabes. En ella se marcan bien las notas de los pesos y medidas que usaron estas naciones; trabajo que ya habia hecho Laguna, y despues repitió Vallés.

4. *Commentaria in libros Galeni de sanguinis missione et purgatione*, etc. Alcalá, 1558. Turin, por Juan Bautista Bevilaquam, 1557. En esta edicion está unido el librito de *ratione permiscendi medicamenta.*

5. *Methodus febrium omnium et earum simptomatum curatoria Hispaniæ medicis potissimum ex usu. Cui accessit liber ex Hipp. de septimestri partu et de purgantibus medicinis eodem expositore et enarratore.* Amberes, 1568, 4.º

Esta interesante obra, *del método de curar las fiebres*, á la que estan unidos los comentarios á los libros de Hipócrates, *del parto sietemesino y el de los purgantes*, y que dedicó á la reina Isabel, esposa de Felipe II, es la que mas contribuyó á dar á conocer el sobresaliente mérito de este célebre médico español.

Andres Sempere.

Natural de la villa de Alcoy, médico de profesion, discípulo del doctor Luis Collado, como él mismo confiesa, y uno de los varones mas hábiles que hemos tenido en la oratoria y elocuencia.

En el año de 1546, á consecuencia de haber quedado la Universidad de Valencia sin profesores á causa de una peste, fué llamado para ocupar la cátedra de retórica con un honorario muy superior al que otro alguno habia recibido hasta entonces; y para decidirlo á que admitiese este encargo, se le

concedió emplease solo una hora en la enseñanza, dejándole libre lo restante del dia para el ejercicio de su facultad, con cuyas condiciones aceptó, logrando en menos de tres años fuese frecuentada aquella escuela con increible ventaja en los adelantos de la juventud, introduciendo el gusto á la lectura de las obras de Terencio, Virgilio, Julio Cesar y Ciceron, y enseñando el verdadero modo de imitarlos.

Muy pronto voló la fama de su sabio maestro, y el grande crédito de su elocuencia movió á Cerdeña á reclamarle, para que ilustrase con sus doctrinas las aulas de aquella isla. En efecto, partió allá, y enseñó la retórica con grande aceptacion, hasta que restituyéndose á Valencia, continuó en su Universidad la enseñanza con grandes frutos y rápidos progresos.

Sempere fué hombre respetable por muchos conceptos, y reunia ademas todas las circunstancias que requiere un buen orador. Era de rostro grave, estatura esbelta, y bien formado, barba larga, voz sonora, y una persuasion tal, que hacia de sus oyentes lo que queria. Tambien poseia el don de la versificacion, por lo que el insigne Vicente Mariner hace de él un elogio en los siguientes versos:

Semperius pariter, resonanti floruit ore
  Musarum excussit dulcitér ore faces.
Atria et intravit roseis vernantia pratis
  Et sacro legit pollice quæ voluit.
Artificis studio excoluit sinè limite Musas
  Et multa Phæbum præbuit arte suum
Quæ fecit puris resonantia carmina verbis,
  Carminibus poterat scribere Naso suis.

Lorenzo Palmireno, que fué otro famoso y grave orador, consagra tambien un brillante elogio á este feliz restaurador de la elocuencia, llamándole *el Aristarco de los gramáticos, Gorgias de los retóricos, Varron de los historiadores, príncipe de las lenguas griega y latina, tercer Caton uticense, restaurador de toda elocuencia y doctrina, en cuyos labios residia la propie-*

dad de Ciceron, en su pecho la vehemencia de Demóstenes, y en su cabeza la sabiduría de Platon.

Gaspar Gil Polo en su diana enamorada dice de él:

Semper, loando el ínclito imperante
Cárlos gran rey, tan grave canto mueve,
Que aunque la fama al cielo le levante
Será poco á lo mucho que le debe:
Vereis que ha de pasar tan adelante
Con el favor de las hermanas nueve,
Que hará con famosísimo renombre
Que Hesiodo de sus tiempos se le nombre.

El padre Andrés Scoto lo alaba igualmente, y le consagró estos dísticos:

In medica, at multo elogii præstantior arte,
Semper erit vero nomine Semperius.
Audiit orantem generosa Valentia; vocum
Delectu, et numeris Tullius alter erat.

Tambien hacen de este valenciano honorífica memoria Escolano, Rodriguez, Morlá y Jimeno, quien refiriéndose á Carbonell, dice que mereció tan elevado concepto de los extranjeros, que un cardenal italiano que vino á Valencia, gustó de ir á visitarle á su propia casa, y cuando parece que habia de entorpecerle una visita de tanta categoría, sucedió tan de otra suerte, que al recibirle á la puerta de su habitacion, le arengó repentinamente en presencia de toda su comitiva, valiéndose de estas palabras *unde hoc mihi*? con tan natural despejo y elegancia como pudiera hacerlo, estando preparado con el mas premeditado acuerdo.

Segun Rodriguez, pasó Sempere á Mallorca, y murió allí antes del año de 1572.

Las obras que escribió fueron las siguientes:

1. *Grammaticæ latinæ institutio.* Valencia, por Pedro Huete, 1579. Palma, 1680. Mallorca, 1735, en 8.º

2. *Tabulæ breves et expeditæ in præceptione rethoricæ Georgii Cassandri multis additionibus redditæ auctiores.* Valencia, por Juan Mey, 1553, en 8.º

3. *Item. et M. T. Ciceronis orator ad Brutum annotatiunculis aliquot illustratus.* Valencia, 1553, en 8.º

4. *Methodus oratoria et de sacra ratione concionandi.* Valencia, 1568, en 8.º

Cristóbal de Vega.

Fué uno de los profesores mas ilustrados de su siglo, y de los que trabajaron con mayor esmero por los progresos de la ciencia.

Nació en Alcalá por los años de 1510; siguió sus estudios de latinidad, griego, filosofía y medicina en su Universidad, y ocupó en ella una cátedra, en donde enseñó su profesion con merecido aplauso (1). Despues fué elegido para médico de cámara del príncipe de Asturias D. Cárlos, á quien curó de unas rebeldes cuartanas, y se halló tambien en las famosas consultas que se celebraron cuando padeció su herida en la cabeza.

A los 43 años de edad concluyó Vega su tratado de orinas, comentó despues los aforismos de Hipócrates, y tradujo los pronósticos, teniendo á la vista varios códices griegos, cuya traduccion es de lo mas exacto y acabado que hasta el dia se puede hallar en medicina práctica.

La lectura de cada uno de los comentarios con que ilustró la medicina griega, basta por sí sola para la recomendacion del autor, dando suficientemente á conocer su pericia en la

---

(1) En uno de los libros de actos y grados que se hallan en la secretaría de la Universidad de Alcalá de Henares, se lee entre otras la siguiente matrícula.

Cristóbal de la Vega, de la diócesis de Toledo, recibió el grado de bachiller, año de 1530 *y el de doctor en* 1533.

Esta noticia la debo á mi digno discípulo D. Mariano Delgrás, á quien comisioné para el efecto.

lengua griega; la profundidad de sus conocimientos y aquel tino médico, que le proporcionó tal reputacion durante su vida, que no han podido menos sus mismos contemporáneos de consignar en sus obras justos elogios en loor suyo.

Nada sabemos con respecto á los acontecimientos de su vida: falleció, segun parece, antes del año de 1573. Sus obras son:

1. *Commentaria in libros Galeni, de differentia febrium.* Alcalá, 1553.

2. *Commentaria in eundem Galenum de saguinis missione.*

3. *Commentaria in Hippocratis prognostica additis annotationibus in Galeni commentaria.* Salamanca, 1552, fólio. Alcalá, 1553, en 8.º

4. *In aphorismos ejusdem Hippocratis.* Lyon, 1568 y 1570, en 8.º Turin, 1559, en 8.º

5. *De medendi methodo libros tres.* Lyon, por Rovilio, 1565 y 1587, en fólio. Alcalá, 1580, en fólio.

6. *De pulsibus, atque urinis.* Alcalá, 1554, en 8.º

7. *De curatione caruncularum.* Salamanca, 1552, en 8.º Alcalá, 1553, en 8.º

Todas estas obras se imprimieron en un solo volúmen en fólio con este título:

Chistophori á Vega medici et philosophi celeberrimi et in complutensi academia olim professoris emeriti opera omnia: Nunc denuó publici juris facta, recens recensita, ab erroribus typograficis fermé infinitis, quibus in priore editione scatebant, egregiè repurgata, et annotationibus non pœnitendis illustrata, opera et labore Ludovici Serrani, doctoris medici lugdunensi. Leon, en casa de Rovilio, 1586. Idem, en la oficina de Antonio Chard, 1626, en fólio.

Miguel Servet.

La vida de este español es un tejido de infortunios dificil de esplicar. Dotado de un talento superior, y llevado de las ideas heterodoxas que le sugirió su mismo estudio, y que hasta cierto punto se hermanaban con las de los heresiarcas alemanes del siglo XVI, tuvo la fatalidad de venir al mundo á

ser víctima de la saña de algunos hombres despojados de honradez y de justicia, y revestidos de un espíritu soberbio, sofístico y devastador.

El desgraciado Servet nació en Villanueva, en el reino de Aragon, por los años de 1509: estudió el griego y el hebreo, filosofía, historia sagrada, matemáticas, y por último la medicina, en la Universidad de París, donde se graduó de doctor.

Jourdan, al ocuparse de la biografía de este aragonés, dice, que era hijo de un notario, que su padre le envió á Tolosa con el objeto de que estudiase leyes, y que en vez de ocuparse del derecho, se dedicó á la teología; que pasó de esta ciudad á Leon, y de aqui á París, donde asiduamente siguió la medicina, bajo la direccion de Sylvio y de Fernelio, y que luego fué á Padua, en cuya Universidad tomó la borla de doctor. Sus doctrinas, añade, fueron combatidas por los médicos de todos los paises, por cuya causa se vió obligado á publicar su propia apología, habiendo sido este escrito denunciado al Parlamento, el cual hizo justicia á favor de Servet. Niega que la facultad de París hubiese hecho desaparecer la apología de Servet, hasta el punto de no haber quedado ni un solo ejemplar, asegurando que en los registros de la facultad, no se encuentra noticia alguna con respecto á la ruidosa disputa que sostuvo con sus doctores.

El historiador Kurt-Sprengel, que confiesa haberse dedicado á adquirir noticias de Servet, habla sobre este particular en un sentido completamente diferente. Conviene en que estudió teología en Tolosa; pero añade, que habiendo pasado á Italia, las relaciones que tomó alli con los antitrinitarios, fortificaron sus dudas en cuanto á los dogmas religiosos. Que en 1530 visitó en Basilea á Oecolampadius y á Capiton, y en Straburgo á Bucerus, con quienes tuvo conferencias, presentando modestamente á estos protestantes sus dudas religiosas; los cuales, en vez de procurar disiparlas por medio de la razon y de los argumentos, le llenaron de ultrages, le insultaron, declamaron contra él, le acusaron de herege á los mismos cristianos, y publicaron ademas sus ideas, llenas de numerosas adiciones. En tal estado, viéndose Ser-

vet en la precision de desmentir la calumnia y prevenir las falsas interpretaciones que se pudieran hacer de sus opiniones, determinó publicar sus principios sobre la *triple esencia de Dios*, lo que ejecutó en 1531; pero resentido de la mala fé de los que tan cruelmente habian abusado de su confianza, combatió este dogma con poca moderacion, y no perdonó en sus impugnaciones, ni aun al mismo Lutero. Despues de este acontecimiento, dice que marchó á París, donde estudió medicina, y que á los dos años abrió escuela pública, y escribió la célebre cuanto rarísima obra *Sobre la naturaleza de los jarabes*; pero que habiéndose esplicado en ella con demasiada libertad, y alegado razones en favor de la astrología, la facultad de París le persiguió, y tuvo la bajeza de hacer desaparecer este escrito con tanto rigor, que es imposible hallar en el dia un solo ejemplar. Servet acudió al Parlamento; entablóse un pleito, que ganó, y la facultad tuvo que sufrir una reprension, y la órden de tratar al español con mas decoro y humanidad.

El abate Artygny refiere el caso en los mismos términos; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Servet se dedicó desde jóven al estudio de los libros sagrados; que se ocupó igualmente de las cuestiones mas metafísicas de la teología dogmática, y que estas le condujeron á sostener algunas controversias, empezando á dar muestras de adhesion á ciertas opiniones contrarias á los principios fundamentales de la religion católica. Hallándose en París, bien porque fuese de carácter disputador, ó por causas que no están descifradas, no hay duda, segun la opinion de casi todos los historiadores, que tuvo una polémica con los médicos parisienses, que le obligaron, como queda dicho, á escribir una apología ó defensa de sí mismo, que inmediatamente fué mandada recojer. Este acontecimiento le llenó de amargura, y le acarreó muchos disgustos; asi fué que para evitarlos, y conociendo que su permanencia en París no podia ya serle favorable, marchó á Leon, donde vivió algun tiempo en casa de Frellon, que era un librero de fama, el cual le empleó en calidad de corrector de imprenta. Pasado algun tiempo hizo un viaje á

Avignon; de aqui volvió á Leon, donde permaneció poco tiempo, y por último se vino á establecer por los años de 1540 en Charlieu, pueblo situado á doce leguas de Leon, en el cual ejerció la medicina durante tres años; y de donde dicen los autores tuvo que salir por habérsele originado nuevos disgustos. No parece sino que el genio de la discordia era compañero inseparable de la sombra de este español, predestinado desde jóven á pasar una vida borrascosa, y á sufrir un fin trágico.

Habia conocido Servet durante su permanencia en París al arzobispo de Viena, Pedro Parmier, el cual le habia hecho algunos beneficios; y bien sea porque el carácter de este prelado fuese naturalmente bondadoso, ó bien, como otros creen, porque se hubiese declarado amigo y protector de los hombres de ingenio é ilustracion, lo cierto es, que á pesar de las ideas anti-católicas de Servet, el arzobispo siguió protegiéndole, y le obligó á pasar á Viena, alojándole en su mismo palacio, tal vez, llevado de una caridad evangélica, procurando atraer al redil á aquella oveja descarriada. No sabemos el tiempo que permaneceria con este pastor de la iglesia, pero Servet no dejó de publicar sus ideas con las doctrinas teológicas referidas, mostrándose cada vez mas opuesto á ellas, principalmente al misterio de la Trinidad. Hé aqui las principales opiniones que vertió Servet en sus escritos. *Negaba la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, siguiendo en esto las ideas de Arrio y Zuingle. No reconocia en Dios sino una persona. Creia que el alma era una espiracion creada por la Divinidad, con la cual sustancialmente se unia el hombre por medio de dicha espiracion. Negaba la gracia del bautismo, y pretendia que el celebrado en los párbulos era inútil, y de pura invencion humana, siguiendo en esto último las ideas de los anabaptistas.*

En tanto que Servet daba á la prensa y esparcia por la Europa estas doctrinas, Calvino publicaba las suyas y aumentaba de dia en dia el número de sus prosélitos. Este heresiarca, separado de la cabeza visible de la iglesia, cuya potestad negaba, criticaba ágriamente la conducta de los cató-

licos franceses que sentenciaban á muerte á los protestantes que seguian sus doctrinas, y no concedia derecho alguno para castigar á los que se emancipaban de la comun creencia. Servet leia las obras de Calvino, las examinaba, y no hallaba en sus argumentos la fuerza y mérito que le concedian sus ciegos partidarios. Sin embargo, quiso consultar con su autor sobre aquellas mismas doctrinas, que sin salir de igual esfera que las suyas, no se hermanaban con ellas; y este paso, cuya intencion tal vez seria la de aquietar su espíritu agitado, buscando un medio conciliador á la revolucion de sus ideas, fué no obstante la causa de su ruina. Escribe pues á Calvino presentándole varias cuestiones *sobre la Divinidad de Jesucristo; sobre la regeneracion y sobre la necesidad del bautismo*. Calvino era teólogo, y de un talento nada vulgar; y asi contestó á Servet con política, presentando la cuestion con argumentos propios de la ciencia que profesaba. El español refutó vigorosamente su respuesta, y Calvino, cuyo carácter orgulloso y violento no podia sufrir una repulsa, pues á veces se arrebataba hasta el punto de tratar á sus adversarios con los epitetos mas groseros é insultantes, llamándolos *asnos*, *perros*, *borrachos*, *etc.*; replicó ágriamente á Servet, quien por su parte tambien altivo, prosiguió la cuestion en el mismo tono. Pasaron uno y otro de los argumentos á los insultos, de la razon al desvarío, de la política al desprecio, de este al aborrecimiento, y de aqui á la venganza. Servet imprimia á la sazon una de sus obras secretamente; Calvino lo sabe, logra apoderarse de algunos fragmentos de ella, y los envia á Viena, juntamente con las cartas que habia recibido de él; delata á su adversario á los tribunales católicos, y logra por último que le aprisionen el 4 de abril de 1553, y que le formen causa. Siguióse esta con suma actividad; el implacable Calvino habia jurado en su rencor la perdicion de su contrario, y no perdonó medios para que se le sentenciase prontamente, y fuese conducido cuanto antes al suplicio; pero Servet, informado del martirio á que trataba de conducirle su enemigo, sabedor de que la sentencia seria la de morir en un cadalso, encontró medios para la fuga á los trece dias de su

prision, y logró escapar. Todo en vano: errante en medio de un pueblo estraño, y cercado de los satélites de aquel tirano apóstata, no consiguió el desgraciado mas que retardar algunos dias el martirio que le esperaba.

Vagaba el infeliz Servet por la Italia, huyendo de la persecucion de Calvino, cuando su mala estrella le condujo á Ginebra, donde se hallaba su feroz contrario. No tardó este en saber su llegada, ni tampoco perdió tiempo en delatarle otra vez á los magistrados, como un impío á quien se debia rigorosamente castigar. Habia en aquel tiempo en Ginebra una ley por la cual todo aquel que acusaba á otro de haber cometido algun crímen, se debia constituir en prision, y sufrir la pena del talion, en caso de no probarse el delito; ley á la verdad muy dura para el soberbio Calvino. Pero como al mismo tiempo era una necesidad para él la venganza, halló un medio que conciliaba este inconveniente, presentando á su criado Nicolás Lafontaine, quien hizo la acusacion y consintió ponerse en prision con el mismo acusado, hasta que se le probasen los cuarenta errores que se le atribuian. El proceso judicial se siguió con una actividad sorprendente; en el término de tres dias se sustanciaron las pruebas, y el acusador fué puesto en libertad. Calvino visitó á Servet en la prision, y tuvo largas conferencias con él sobre sus discordantes opiniones; ¡hipócrita! fingia querer convencer á su víctima de lo que él llamaba errores é impiedades; ¡bello espectáculo por cierto presentarian dos monomaniacos convenciéndose mútuamente! ¡horroroso cuadro, donde la hipocresía y la ferocidad se verian disfrazadas con el velo de una mentida religion, y con el objeto de asegurar un martirio!

Empero Calvino aun no habia concluido su obra infernal; previno á los ministros de Basilea, de Berna, de Zurich y de otros puntos, con el fin de que en la consulta que les fué dirigida obligasen á los magistrados á sentenciar á su víctima por delito de heregía, sin descuidarse por su parte en solicitar vivamente el mismo resultado. Siete años hacia que acechaba este tigre á su contrario, como se comprueba por una carta auténtica que Alwoerden ha publicado, en la que decia: «Cupit

»hic (Genova) venire sed á me accersitus. Ego autem nun-»quam commitam ut fidem meam eatenus obstrictam habeat. »Tam enim constitutum habeo, si veniat nunquam pati ut »salvus exeat.» El atroz Calvino logró al fin su objeto el 27 de mayo de 1553. Miguel Servet fué conducido á la hoguera en donde ardian sus libros...... Dos horas permaneció en el tormento aquel mártir de la libertad de pensar, como le llama Sprengel. El viento llevaba las llamas á un lado, y no acababan de sofocar al infeliz, por manera que entre los agudos gritos que lanzaba, se le oyó esclamar: *¡echad mas leña al fuego, que pueda morir prontamente! ¡qué! ¿no han sido suficiente cien monedas de oro, y el collar que me quitaron cuando me prendieron, para comprar bastante leña que me consuma prontamente? ¡Infeliz de mí! ¡mas leña!!!*..... y en medio de tan atroces lamentos exhaló el último suspiro.

Servet será llorado por todo hombre sensible que no halle en la diversidad de ideas un motivo de ódio y de venganza. ¡Calvino! ese mónstruo inconsecuente y sin fé, olvidándose de sus persecuciones en Francia, que le obligaron á escribir contra la intolerancia de los que sentenciaban á muerte por seguir sus doctrinas, y á hacer la apología de los reformados que habian muerto en las hogueras, ese mismo Calvino publicó despues de la muerte de Servet varios escritos justificando la conducta de los magistrados de Ginebra por haber sentenciado al español. Felipe Malanchthon, entre otros sectarios del impío, á pesar de su carácter dulce y apacible, celebró tambien su muerte; pero todos ellos echaron sobre su vida póstuma una mancha indeleble, que siempre estará á la vista de las generaciones venideras; marcaron su memoria con el sello de una merecida reprobacion, y la historia referirá siempre á la posteridad *¡estos fueron los grandes apóstoles del protestantismo!*

Los escritos de Miguel Servet, aunque cubiertos con el tenebroso velo del martirio que ocasionaron á su autor, y devorados con él en una misma hoguera, hacen resonar empero sus lastimeros ecos en varios documentos históricos, donde la solicitud de los literatos nos ha dejado consignados algunos

fragmentos, lanzando todos ellos un grito de execracion contra los tiranos de la fementida reforma protestante. Miguel Servet, perseguido por sus ideas heterodoxas, aprisionado, sentenciado despues, y espirando por último en el cadalso, suministra á mi ver argumentos mas convincentes, de mas fuerza aun contra los corifeos de la iglesia anglicana, que los rayos fulminados por la sábia y elocuente pluma del inmortal Bossuet.

En efecto, si este ilustre pastor de la iglesia católica se hizo célebre y supo vencer á los pretendidos reformadores por medio de sus irresistibles argumentos contra la iglesia protestante, la muerte de Servet fué un objeto de escándalo y de descrédito para sus mismos verdugos. Ella presentó al mundo el verdadero desengaño de las falsas doctrinas de sus adversarios, y patentizó al orbe sus inconsecuencias y su inaudita crueldad: ella hizo ver que los mismos que no reconocian juez ni autoridad competente contra los que se separaban de las creencias católicas; los que no admitian la infalibilidad en las interpretaciones de los libros sagrados; los que publicaban que cada cual era árbitro de darles el sentido que mas le pluguiese, sin contar con la autoridad de los santos padres; los que declamaban contra los anatemas del Vaticano y los castigos que los cristianos imponian á los prevaricadores del cristianismo, estos mismos con impudente desvergüenza condenaban á un hombre al mayor de los martirios, porque como ellos se separó de la comun creencia; porque como ellos interpretó á su modo la Escritura; porque como ellos publicó sus ideas; siendo su único crímen el profesar opiniones contrarias á las de Calvino, ó mejor dicho haber tenido valor para impugnarle y ridiculizar sus estravíos. La muerte de Servet es en fin el testimonio mas irrefragable del carácter soberbio de aquel mónstruo, de su impudencia, de sus crueldades, y de la mala fé con que pretendia controvertir la pureza del Evangelio, entregándole á las interpretaciones de toda clase de gentes, hasta de la mujer mas villana y prostituida.

¿Pero á qué estravios no se entrega el hombre pagado de su ciencia, que se cree con suficiente capacidad para gobernar

al mundo, y mucho mas cuando le ciega la adulacion? ¡en qué errores no se precipita el espíritu orgulloso que rompe una vez los lazos que unen al hombre con el hombre, y se deja guiar por miras ambiciosas tan agenas de la caridad evanjélica! ¡á cuántos crímenes no se abandona el miserable que rompe el freno de una religion benéfica, de una moral santa, de una ley de amor y de fraternidad! ¡Lutero! ¡Calvino! frenéticos anabaptistas, vosotros todos herisiarcas del siglo XVI, vosotros todos, que cual negra nube cargada de electricidad, preñada de rayos, descargásteis en la infeliz Alemania el fuego abrasador de vuestros desvarios, que aun arde hoy en varias naciones de la Europa, ¿por qué no fuisteis al menos consecuentes con vuestras mismas doctrinas? ¿por qué no seguisteis el grandioso ejemplo del hijo de María, de ese código de virtudes que si se practicase en la tierra, nos daria la sociedad del cielo? ¿por qué, ya que os creisteis con capacidad suficiente para interpretar su ley, pusisteis al mundo en conflagracion, y cubristeis de luto á las familias? Mas ¿á qué pregunto? ¡qué hay de comun entre el Nazareno, muriendo por el hombre, y vosotros preparando hogueras y tormentos! ¡qué semejanza se halla entre el cordero que se rinde al martirio, y el lobo que destroza el rebaño! ¡qué término de comparacion cabe entre el hombre que redime, y el tirano que esclaviza! Cristo en el mundo se colocó cual lumbrera esplendorosa entre la cuna y el sepulcro, y mostró al hombre el camino de la vida, pero sin obligar á nadie. Descendiente de un rey, busca entre los pobres sus amigos, predica la paz, nos enseña á amar, rompe el simulácro de una ley de sangre, y muere por la libertad del pueblo. Vosotros heresiarcas, hombres inconsecuentes é incendiarios, vinisteis al mundo con la tea en la mano, dejando marcados vuestros pasos con un rastro de negro y deletéreo humo, que inficiona al hombre que tiene la desgracia de aspirarle; dejasteis señalada vuestra existencia con los crímenes, arrebatasteis al hombre el consuelo de una religion santa, quebrasteis la cadena mística que le une con la iglesia, le perseguisteis, le condenasteis á la hogüera, y debiais servir despues de vuestra muerte como

de un fanal que en noche borrascosa mostrase al afligido navegante el punto del peligro, el sitio donde se oculta el sepulcro, la misma muerte.

Mas dejando aparte estas reflexiones, que plumas mas elocuentes han desenvuelto ya, y volviendo otra vez á nuestro malogrado aragonés, nos ocuparemos ahora de sus escritos. Estos son:

1. *Su propia apología* contra los médicos de París.

Esta obra, como ya he dicho, fué recojida tan rigorosamente, que segun dicen los historiadores, no se ha podido conservar ni un solo ejemplar.

2. *De trinitatis erroribus libri septem per Michaelem Servetum, alias Reves, ab Aragonia Hispanum*, 1531, en 8.º

No consta el lugar donde se imprimió, siendo tan sumamente rara por la diligencia con que se recojieron casi todos los ejemplares, que segun el testimonio de Juan Andrés, solo se cuenta uno existente en la biblioteca de casa de Corsin en Roma.

3. *Michaelis Serveti in Leonardum Fuschium apologia.* París, 1532, en 8.º

4. *Dialogorum de Trinitate, libri duo*, 1552, en 8.º

En el prefacio de esta obra dice su autor «*quæ nuper contra receptam de Trinitate sententiam septem libris scripsi; omnia nunc, candide lector, retracto.*» Aun cuando parece que Servet cambia de opinion con respecto á lo que habia escrito sobre la Trinidad, segun aparece de las espresiones referidas, sin embargo, no hace mas que variar de estilo, modificando la acritud con que se habia espresado en la obra anterior. Hablan en estos diálogos Miguel y Petrusio.

4. *De justitia regni christi cap. quatuor per Michaelem Servetum alias Reves ab Aragonia Hispanum, anno* 1532, en 8.º Viena del Delfinado.

Esta obra, que contiene cuatro capítulos, trata en el primero *de justificatione*, y en el segundo *de regno Christi*: el tercero se titula *collatio legis et evangelii*, y el cuarto *de charitate*.

Existen varios ejemplares en bibliotecas particulares, se-

gun aseguran algunos historiadores. Sandius en su biblioteca anti-trinitaria hace mencion de la primera edicion de este escrito.

5. *Ptolomei Alexandrini geograficæ enarrationis libri VIII ex Bilibaldi Pirckeymheri traslatione, sed ad græca et pauca exemplaria á Michaele Vilanovano primum recogniti. Adjecta nuper ab eodem scholia, quibus exoleta urbium nomina ad nostri sæculi morem exponuntur. Quinquaginta ille quoque tum veterum tum recentiorum fabulæ adnectuntur varsiquè incolentium ritus et mores explicantur.* Lion, 1535.

En esta obra manifiesta Servet todo el lleno de sus conocimientos históricos, y de su erudicion: elógianla varios autores. M. Masceaux habla de otra edicion que es con corta diferencia igual á la primera.

6. *Syruporum universa ratio ad Galeni censuram diligenter expolita, cui potest integram de concoctione disputationem, præscrita est purgandi methodus cum expositione aphorismi, concocta medicari oportet. Michaele Vilanovano auctore.* París, 1537. Viena, 1545. Lion, 1546.

Kurt-Sprengel y Jourdan, hablando de esta obra, dicen lo siguiente.

Despues que llegó á establecerse la medicina hipocrática se desecharon los jarabes como resto del antiguo método arábigo, y se creyó que no podian contribuir á la aceleracion de la coccion, y que para atender á este objeto era necesario emplear otros medios mas activos. Tales ideas prestaron á Servet ocasion de escribir este libro, en el que se dedica principalmente á examinar la doctrina de la coccion, partiendo de este principio: que la digestion es en el estado natural lo que la coccion en el estado contranatural; que existe una causa que obra, cual es el calor animal, y un objeto, cual es la asimilacion; que la materia se afecta de la misma manera por circunstancias opuestas, y que las dos funciones se dan á conocer por los mismos signos. El objeto de la coccion es, pues, la asimilacion; pero esta falta muchas veces, y de aquí la alteracion de los humores. Una vez alterados los humores ya no pueden asimilarse; los únicos que pueden efectuar la asi-

milacion, son aquellos que solo han sufrido una alteracion parcial, y aun en este caso no se asimilan sino en parte. Asi pues, la bilis, la atrabilis y la pituita no se pueden asimilar, ni son á propósito mas que para ser evacuados. Entre estos humores alterados no se comprenden los crudos, los cuales no pueden sufrir sino una coccion; estos existen antes que la sangre; pero la bilis y la atrabilis son estraidos de ella. La leve pituita es la única susceptible de coccion, y puede tambien proveer de un principio nutritivo; pero con respecto á la bilis y á la atrabilis es imposible que se asimilen como no sea á las flatuosidades de la timpanitis. Cuando se quiera favorecer la coccion, serán muy útiles los jarabes ligeramente estimulantes, porque espesan y asimilan, que es el objeto de la coccion. Por último, Servet impugna las opiniones de Manard acerca de que la evacuacion se puede efectuar antes de la coccion (K. Sprengel. Hist. de la med, tomo III, pág. 34 y siguientes. Jourdan. Dicc. de cienc. med., tomo VII, pág. 24).

7. *Biblia sacra ex S. Pagini translatione sed ad hebraicæ linguæ amusim ita recognita et scholiis ilustrata ut nova plane editio videri possit.* Lion, 1541.

En esta obra trae el autor un pasage de la Judea, que fué uno de los cargos de la acusacion que se le hizo. Critica la escritura sobre la pintura que hace de la fertilidad de la Palestina, fundándose en lo que es al presente.

8. *Christianismi restitutio. Totius ecclesiæ catholicæ ad sua limina vocatio, et integrum restituta cognitione Dei Fide Christi, justificationes baptismi et cœnæ Domini manducationis. Restitutio orbis denique regno cœlesti, Babilonis nupiæ captivitate soluta et Antichristo cum suis penitus destructo,* 1553.

Muy pocos ejemplares han quedado de esta obra, que fué quemada con su autor en una misma hoguera; sin embargo, me consta que existe uno en España (1). En ella habla de la

---

(1) Es de esperar que podamos conseguir esta obra que existe en

circulacion de la sangre, como ya hemos manifestado al fólio 49 y siguientes, copiando sus mismas espresiones.

Algunos autores hablan de otras obras escritas por Servet; pero en mi concepto no son mas que capítulos de las ya referidas. Tambien se ha dicho que Servet pronunció antes del suplicio un discurso sobre su creencia en Dios y en Jesucristo, el cual se halla en la historia de la reformacion de Polonia; pero aseguran algunos historiadores que es apócrifo, y que su estilo es diferente del de Servet; ademas de ser casi imposible que nadie hubiera podido recojer este discurso en el momento de ir á quemar á su autor.

Guillermo Postell ha escrito su apología en una obra titulada *Apología pro Serveto de anima mundi*, etc., que segun Jourdan existe manuscrita en varias bibliotecas.

El que guste instruirse á fondo de las ideas de Servet y de sus controversias con Calvino, puede leer las obras teológicas de este último, impresas en Ginebra en 1597, en donde ademas se hallarán los actos del proceso de aquel, sus declaraciones y las razones que alegó para justificar sus doctrinas. Asimismo pueden consultarse las obras siguientes: *Bibliotheca antitrinitariorum, de Sand*, Freistad, impresa en Amsterdam en 1564; *Historia Serveti*, por Boyten, Witemberg en 1712; las obras tituladas *Servetianismus*, por Vigaud Kenigsber, 1575; Histoire impartiale *de Michel Servet*, Lóndres, 1724; *Diccionario universal, histórico-crítico de los hombres célebres*, por MM. Chandon et Delandine, París, 1812; *Historia Serveti*, por Alwoerde Helmstadt, 1727; *Essai d'une histoire complete et impartiale des heretiques*, por Mosheim, 1748; *Recherches sur le celebre medecin Espagnol Miguel Servet*, par Mosheim, 1750; *Memoires de l'histoire et literature*, par M. l'Abate Artygny; *Bibliotheca bunaviana*, tomo I, parte 2.ª; *Histoire des sectes religieuses*, por M. Gregoire; *Reflexiones sobre el orígen de los descubrimientos atribuidos á los*

---

poder de un literato español; si lo logramos, se dará por apéndice ó de otro modo, pues es digna por lo rara que se ha hecho de que nos tomemos este trabajo.

modernos, por M. Dutens, 1792; *Biblioteca anatómica de Haller*, tomo I; *Histoire de la medecine de Sprengel*, tomo III; *Diccionaire de sciences medicales*, *Biografie medicale*, tomo VII.

Fr. Pedro Ponce de Leon.

Monge profeso del monasterio de Sahagun en Castilla la Vieja. Floreció por los años de 1530, y á él debe la humanidad el incomparable beneficio de que puedan los desgraciados sordo-mudos recuperar la dignidad de hombres, por el que se ha hecho acreedor á que su buena memoria pase de generacion en generacion hasta los siglos mas lejanos.

En efecto, el privilegio mas brillante del hombre es sin duda el de poder comunicar sus ideas y sentimientos. Esta facultad, por la cual las almas se tocan, y los corazones se confunden, debió ser el primero como el mas dulce nudo de la sociedad. Nuestros placeres perderian todo su valor, y bien pronto llegarian á transformarse en disgustos si no encontrásemos un atractivo poderoso para hacer pasar al seno de un amigo las emociones que nos agitan; la satisfaccion comunicada es mas dulce, la pena se hace mas ligera. Este comercio de las almas es para nosotros, mas que un goce, una necesidad. Rómpase este nudo que une al hombre con el hombre, y su vida, que es un presente del cielo, se convierte en una carga que sus fuerzas todas reunidas apenas podrán sostener. Sin recuerdos como sin esperanza, su existencia que no se refiere á lo pasado ni al porvenir, se detiene en la necesidad del momento, y no percibe otras sensaciones que las del disgusto ó el dolor.

He aquí la vida deplorable del sordo-mudo antes que la caridad de Fr. Pedro Ponce de Leon descubriese la clave maravillosa de suplir con el arte un defecto de la naturaleza, y he aquí por qué, cuando hablamos en la introduccion á este siglo del arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos, página 60 y siguientes, dijimos que aun cuando este monje no fué médico de profesion, tenia sin embargo el mas lejítimo derecho á ser colocado en la historia de la medicina española, co-

mo conocerá quien examine las grandes relaciones que existen entre la fisiologia y operaciones intelectuales, y la filosófica invencion de hacer suplir la falta del sentido del oido con el de la vista, y mostrar por señas á hablar á los sordo-mudos. Dijimos tambien que de este virtuoso varon aprendieron en años posteriores otros nacionales y extranjeros, y que sus coetáneos al hablar de él dijeron que su descubrimiento fué debido á razones filosóficas que le demostraban la posibilidad de llegar á correjir, por medio de la industria, la natural imperfeccion orgánica de los infortunados sordo-mudos. Este monje benedictino consiguió ver realizada felizmente su divina invencion, y aun tal vez con mejores resultados de los que él mismo se prometiera, pues que no solo enseñó á sus discípulos á hablar y escribir, sino tambien los preceptos de las artes de dibujo, pintura y lenguas, como nos aseguran varios autores; entre ellos Fr. Juan de Castañiza, el divino Valles, y el gran literato Fr. Benito Gerónimo Feijoó, en el tomo IV, carta 7, fólio 90 y siguientes, quien con loable amor patrio reunió los mas auténticos documentos, comprobando la verdad de que este monje fué el primero que enseñó á hablar á los sordo-mudos. No puedo menos de trasladar aquí la siguiente noticia que le proporcionó el padre maestro Fray Iñigo Ferreras, hallándose en el monasterio de San Salvador de Oña, en cuyo archivo existia.

Hablo de una escritura otorgada en dicho monasterio á 24 de agosto de 1578 con testimonio de Juan de Palacios, escribano real de la villa de Oña, en la que consta que Fr. Pedro Ponce de Leon fundó una capellanía bajo ciertas condiciones, y espresando los motivos que tuvo para ello, dice: «Los cua»les dichos maravedís, yo el dicho Fr. Pedro Ponce de Leon, »monje de esta casa de Oña, he adquirido, cortando y cer»cenando de mis gastos, é por mercedes de señores, y limos»nas, é buenas voluntades de señores, de quienes he sido »testamentario, é bienes de discípulos que he tenido, á los »cuales con la industria que Dios fué servido de me dar en es»ta santa casa, por méritos de el señor San Juan Bautista, »y de nuestro padre San Iñigo, tuve discípulos que eran sor-

»dos, y *mudos á nativitate*, hijos de grandes señores, é de »personas principales, á quienes mostré hablar, y leer, y »escribir, y contar, y á rezar, y á ayudar misa, y saber la »doctrina cristiana, y saberse por palabra confesar, é algunos »latin, é algunos latin y griego, y entender la lengua italia»na; y este vino á ser ordenado, é tener oficio, y beneficio »por la iglesia, y rezar las horas canónicas; y ansi este, y »algunos otros vinieron á saber y entender, la filosofía natu»ral, y astrologiá: y otro que sucedia en un mayorazgo, é »marquesado, y habia de seguir la milicia, allende de lo que »sabia, segun es dicho, fué instruido en jugar de todas armas, »é muy especialmente de á caballo de todas sillas. Sin todo »esto, fueron grandes historiadores de historias españolas y »extranjeras; é sobre todo, usaron de la doctrina, política, y »disciplina de que los privó Aristóteles.»

Consta tambien que este sábio y filantrópico monje se retiró al monasterio de San Salvador de Oña, donde murió el año de 1584, despues de haber empleado la mayor parte de su vida en bien de la humanidad; pues asi resulta del siguiente documento, que igualmente copió el referido padre Foijoó de una partida de difuntos existente en el mencionado monasterio, cuyo tenor es: «Obdormivit in Domino Frater Petrus »de Ponce, hujus Omniensis domus benefactor, qui inter »cæteras virtutes, quæ in illo maximé fuerant, in hac præci»pué floruit, ac celeberrimus toto orbe habetur, scilicet, »mutos loqui docendi. Obiit, anno 1584, in mense Augusto.»

¡Lastimosa desgracia es por cierto para la humanidad y para la gloria de la nacion española, que quedasen sepultados entre el polvo de algun archivo los escritos del filósofo y benemérito Fr. Pedro Ponce de Leon; pero á pesar de todo es una verdad inconcusa, que él fué el esclarecido injenio á quien debemos la divina y bienhechora invencion que dejamos referida!

Fr. Arcisio Gregorio.

Al hablar los escritores de este religioso mercenario del convento de Valencia, y natural de la misma ciudad, no es-

tán conformes sobre su nombre y apellido, llamándole unos Arzis Gregorio, otros Gregorio Ascissio, Aciso y Arcis; pero segun él mismo se nombra en una de sus obras, consta que se llamaba Arcisio Gregorio, cuyo nombre valenciano se deriva de *Arcis*, que significa Narciso.

Fué varon esclarecido y eminente en la inteligencia del idioma griego, en filosofía, teología y medicina. Siendo aun jóven acompañó al sábio Miguel Gerónimo Ledesma, y al erudito Juan Gelida en sus afanes para mejorar la enseñanza de las escuelas de su patria, y desterrar la bárbara sofistería. Despues tomó el hábito en el convento de la Merced; obtuvo una cátedra de artes en la Universidad de Valencia; comentó las obras de Aristóteles, y fué uno de sus discípulos D. Francisco de Aragon, primogénito del duque de Segorbe D. Alonso, jóven virtuoso, gran erudito, y digno de tan ilustrado maestro.

Al cabo de algunos años de enseñanza dejó esta cátedra, para ocupar otra de teología en la misma Universidad, siendo ademas uno de los predicadores mas famosos de su tiempo.

Salmerón en sus *Recuerdos históricos*, pág. 376, y Jimeno en su obra de *Escritores del reino de Valencia*, pág. 139, aseguran què era tal su pericia en medicina, que no solo era aclamado por uno de los profesores mas célebres de su tiempo, sino que los sumos pontífices Paulo y Julio III le dieron licencia espresa, para que ejerciese la facultad en auxilio de la humanidad doliente.

«Todas las universidades del reino, añade Jimeno, de»searon que esplicase en sus escuelas; pero habiendo preva»lecido en su aprecio la de Salamanca, no solo ganó en ella »dos cátedras llamadas de propiedad, sino que fué el oráculo, »que tuvo pendiente de sus lábios á todo el numeroso audito»rio de aquella escuela.»

La fama de su gran sabiduría no se limitó únicamente á los términos de España, pues que pasando del lado de allá de los pirineos, no pudo menos de llegar á Francia. Asi es que obtuvo una cátedra en la Universidad de París, en donde leyó por espacio de muchos años.

No se sabe en que año falleció este sábio valenciano; pero, segun parece, vivia aun por los años de 1562 en que se publicaron sus obras, que fueron las siguientes:

1.ª *Scholia, quæstionesquè brevissimæ in Isagogen Porphyrianam.* Salamanca, por Andrés de Portonares, 1554, en 4.º En esta obra se titula catedrático de París.

2.ª *De Lógica, sive Aristotelis organum.* Alcalá de Henares, por Juan Brocár, 1556, en 8.º

3.ª *In Aristotelis logicam institutiones cum expositionibus.* Valencia, por Juan Mey, 1562, en 4.º

4.ª *In physicam Aristotelis Præfationem, alioqui ancipitem, et arduam, perutilis et scita dignissima quæstio.* Valencia, por Juan Mey, 1562, en 4.º

Rodrigo de Molina.

Médico y cirujano, natural de Granada; escribió: *Modo preservativo y curativo de pestilencia y de modorra.* Granada, 1554, en 8.º

Institucion chirúrgica, en que fácilmente se hallarán todas las especies de llagas que son ó pueden ser hechas en la cabeza, y donde se verán muchas reglas y necesarios avisos á todos los que ejercitan el arte de cirujía. Granada, 1557.

Véase á N. A., pág. 269.

Gomez Pereira.

Se ignora precisamente el punto de España donde nació, aunque es probable fuese en Medina del Campo: fueron sus padres Antonio y Margarita Pereira; estudió en la Universidad de Salamanca, y se estableció de médico en la ciudad de donde creemos fué natural. La agudeza de su injenio, la gran lectura que hizo de los antiguos médicos y filósofos, su resolucion y libertad de discurrir, con la máxima que seguia, *que en las ciencias humanas á ningun autor se le ha de dar fé, sino prueba lo que afirma*, le valieron tal reputacion y nombradía

que ademas de ser contínuamente llamado en consulta á varios pueblos, le honró Felipe II á mitad del siglo XVI, confiriéndole el cargo de médico de su cámara.

Las ideas independientes de este español, su esclarecido talento eminentemente filosófico, y el espíritu de singularidad que dominaba en él, le condujeron á impugnar casi todo lo que en filosofía y medicina se creia en su tiempo mejor establecido. Así que, combatió á Aristóteles, á Galeno y las máximas que de estos habian tomado las escuelas. Leyendo yo á Vives *de causis corruptarum artium*, y á Pereira, he conocido que no fué Verulamio, Cartesio ni ningun extranjero, sino estos españoles, los que descubrieron las faltas de la filosofía reinante en las escuelas.

La obra que con el nombre de sus padres publicó Pereira, titulándola *Antoniana Margarita*, lo ha inmortalizado. En ella enseña é intenta probar que los brutos no tienen sentido ni se mueven por sí, opinion que sostuvo mucho tiempo despues el célebre Descartes, y por la que tanta nombradía adquirió. Como esta idea de que los animales eran unas meras máquinas parecia ademas cosa estrañísima y diametralmente opuesta á las ideas filosóficas de aquellos tiempos, tuvo Pereira muchos y muy fuertes contradictores. Uno de ellos fué el licenciado Miguel Palacios, catedrático de teología de la Universidad de Salamanca, quien escribió unas objecciones contra las opiniones, segun él, *paradójicas de la Antoniana Margarita*, á las que contestó Pereira con una enérgica *apología*. Esta impugnacion y defensa se imprimieron, la primera en Medina del Campo en 1555, en fólio, la apología en 1556, y ambas en las varias ediciones que se han hecho de la obra. Otro de sus contrarios fué el anónimo que se imprimió en Medina del Campo, año de 1556, con el título *Endecálogo contra Antoniana Margarita*. Es un diálogo burlesco y satírico, en que se hace hablar al gimio, murciélago, cocodrilo, leon, águila, ballena, lobo, elefante, Júpiter, Mercurio y Momo. La idea es mover aquellos una querella criminal contra Pereira ante Júpiter, quejándose porque los despojaba de la posesion de sentidos y apetitos, etc.; nombran procurador; hacen pe-

dimento, y al fin se dá sentencia en favor de los brutos.

Tiene este diálogo muchos defectos: no guarda el carácter de los que hablan, ni sigue las formalidades del pleito, ni esplica con suficiente claridad lo que culpa en Pereira, ni deshace cumplidamente sus argumentos. No hay órden en los tiempos, lugares y otras cosas que pide la exactitud de tales escritos, y lo peor es que la mitad del folleto, dejando el asunto principal, se invierte en hablar del gran capitan y de sus hazañas, de las guerras de los españoles en Italia, de los capitanes y hechos famosos, de las conquistas de Africa y otras cosas á este tenor, que no tienen conexion con la Antoniana Margarita.

Bordeu, ese hombre que enseñó la senda de la gloria á Bichat, admirando el injenio de este médico español, y la libertad con que escribia, estraña tuviese tal atrevimiento en un pais donde habia inquisicion: lo cual prueba que Bordeu no leyó bastante los escritos de este castellano, porque si le inclinó á pensar así la disertacion de Pereira *sobre el puro mecanismo de los brutos*, su grandiosa y sublime disertacion *sobre la inmortalidad del alma*, le ponia bien á cubierto de los temores del francés, y el fondo de piedad y religion que se observa en todos sus escritos bastaban á protejerle de toda calumnia. «Pereira, dice Bordeu á la pág. 665 *de sus in*»*vestigaciones sobre la historia de la medicina*, supo tambien »hacer brillar su talento creador y superior á las ideas comu»nes, avanzando una especie de paradoja que se ha hecho fa»mosa. Quitó todo conocimiento á las bestias, y las redujo »al estado de puras y simples máquinas. Esto era atacar la »parte mas numerosa de la antigüedad, ó acusarla de no ha»berse explicado exactamente sobre el mismo punto; era abrir »una nueva carrera, creando ese sistema tan vociferado en el »siglo pasado, del que nacieron algunas locas hypotesis sobre »el materialismo. Luego que Descartes hubo publicado su sis»tema sobre el alma de las bestias, y procurado probar que »no eran sino verdaderas máquinas, los críticos tuvieron cui»dado de acusarle de haber copiado las ideas de Pereira. Es »preciso convenir en que esta imputacion era fundada; pero

»Descartes tiene tal reputacion y tanta gloria, que no ha de »temerse se disminuya, volviendo á los otros lo que es suyo. »Sin duda es honroso para la medicina que haya podido su- »ministrar modelos á Descartes y abrirle el camino en sus des- »cubrimientos. Nada eleva y ennoblece tanto nuestro arte co- »mo las cosas que con la mayor frecuencia han tomado de él »los mejores talentos. Si Pereira hubiese podido saber que »Descartes adoptaria su sistema, lejos de tener envidia, se »hubiera creido en el colmo de la gloria. La opinion de Pe- »reira, puesta en voga por la aprobacion de Descartes, fué »una de las causas de la revolucion que hizo este filósofo en »la medicina y en la física.»

Otros varios autores extranjeros hacen igual apología de nuestro Español, y todos acusan á Descartes de haber estudiado en él sus ideas con respecto á los animales. El abate Lampillas en el tom. 4, p. 173, dice: «Despues de Vives y »antes que los italianos Cardano y Bruno, abrió nuevo sen- »dero á la filosofía el español Gomez Pereira. Él, ante el esta- »blecido imperio del Petipato, tuvo valor de publicar un nue- »vo sistema de física contrario al de Aristóteles. Sacudido el »yugo no menor de los antiguos filósofos que de los médicos, »se reveló contra Aristóteles y Galeno: contra el primero en »su libro que para honrar los nombres de sus padres tituló »*Antoniana Margarita*. En este estableció nuevos principios »opuestos á la materia y formas sustanciales que hasta en- »tonces dominaban en las escuelas. En él muchos años antes »que Descartes quitó el alma á los brutos, haciéndoles volver »otras tantas máquinas privadas de sentido; opinion despues »adoptada é ilustrada por Descartes; si bien los franceses »pretenden que este filósofo no la ha tomado de Pereira, lo »que de otra parte podrán dificilmente probar, cuando es »cierto que setenta años antes que Descartes la publicó el es- »pañol. De este sistema, dice Daniel Huet en su censura de la »filosofía cartesiana: *Nemo doctrinam hanc vel tradidit apertius, »vel fusius propugnavit, quam Gomezius Pereira*. Que ademas »Pereira haya sacudido el yugo de los antiguos, primero que »aquellos dos italianos, lo prueba lo que él dice en su libro

»impreso en 1554, esto es, que habia mas de treinta años que »fabricaba sus nuevos sistemas.»

Uno de nuestros mas esclarecidos literatos, que supo unir á la agudeza del ingenio el chiste y la crítica severa, el Padre Isla, en su historia de Fr. Gerundio de Campazas, conspirando como Pereira, aunque por distinto rumbo, contra el absurdo método de las escuelas, no pudo olvidar al que le habia precedido en asestar sus tiros contra el imperio del Peripato, ni dejar de encomiarle en las nunca bien ponderadas páginas de su obra. «El famoso Antonio Gomez Pereira, di»ce, no fué inglés, francés, italiano ni aleman, sino gallego »por la gracia de Dios, y del obispado de Tuy, como quieren »unos, ó portugués como piensan otros; pero sea esto, ó »aquello, que yo no he visto su fé de bautismo, al cabo es»pañol fué, y no se llamó Jorje, como se le antojó á Mon»sieur el Abad Gadvocat, compendiador de Moreri, y no tu»vo por bien de corregirlo su escrupulosísimo traductor, sin »duda por no faltar á la fidelidad. Pues es de pública notorie»dad en todos los estados de Minerva que este insigne hom»bre, seis años antes que hubiese en el mundo Bacon de »Verulamio; mas de ochenta antes que naciera Descartes; »treinta y ocho antes que Pedro Gasendo fuese bautizado en »Chartenier; mas de ciento antes que Isaac Newton hiciese los »primeros puchericos en Volstrope de la provincia de Licoln; »los mismos con corta diferencia, antes que Guillermo Godofre»do, baron de Leibnitz, se dejase ver en Leipsic, envuelto en »sus secundinas; digo, padre mio Fr. Gerundio, que el suso»dicho Antonio Gomez Pereira, mucho tiempo antes que estos »patriarcas de los filósofos neotéricos y á la papillota levantasen »el grito contra los podridos huesos de Aristóteles, y saliesen, »uno con su órgano, otro con sus átomos, este con sus tor»bellinos, aquel con su atraccion, el otro con su cálculo, y to»dos refundiendo á su modo lo que habian dicho los filósofos »viejísimos, ya nuestro español habia hecho el proceso al po»bre Estagyrita. Habia llamado á juicio sus principales máxi»mas, principios y axiomas; habíalos examinado con rigor »y con imparcialidad, y sin hacerle fuerza la quieta y pacífi-

»ca posesion de tantos siglos, habia reformado unos, corregi-»do otros, desposeido á muchos, y hecho solemne burla de »no pocos; tanto que algunos críticos de buenas narices son »de sentir, que Antonio Gomez fué el testo de esos revolvedo-»res de la naturaleza que ahora meten tanto ruido, preten-»diendo aturrullarnos, los cuales no fueron mas que unos há-»biles glosadores ó comentadores suyos; y yo, aunque algo »romo y pecador, me inclino mucho á que tienen razon, á lo »menos en gran parte, como fácilmente lo probaria, si mere-»ciera la pena.....»

Mas dejando á un lado el mérito de este profesor, considerado como filósofo, puede parangonarse respecto á la solidez de sus ideas clínicas con los mejores y mas grandes médicos de la Grecia. Él fué el campeon que derrocó el trono de la medicina Galénica; en él vemos un sabio lleno de honradez, que mereció ocupar un lugar distinguido en las historias de la medicina moderna, y se hizo digno de los elogios que le han tributado Scuderi, y particularmente el ya nombrado Bordeu, quien dice de él á la pág. 663 lo siguiente: «Pereira, médico »español del siglo XVI, fué uno de los primeros que supo so-»breponerse á las preocupaciones reinantes en favor de Gale-»no. Era en aquellos tiempos la mas decidida prueba de va-»lor atreverse á contradecir al tirano ó usurpador, bajo cuyo »cetro jemia la medicina habia catorce siglos. Pereira se in-»mortalizó por haber presentido los inconvenientes de las »opiniones galénicas, que habian avasallado á los médicos, »hasta el punto que las obras de los mas famosos de entre »ellos eran insoportables por la vulgaridad de los elogios da-»dos á Galeno. No era permitido contradecirle, porque ha-»bia tenido la buena fortuna de juntarse á Aristóteles, que se »habia hecho el oráculo de las escuelas aun entre los cris-»tianos.»

En efecto, Pereira desató las cadenas del galenismo, que por espacio de trece siglos, no de catorce, como dice Bordeu, habian aherrojado á todos los médicos de Europa: él restituyó al entendimiento médico la dignidad y la independencia. Sus ideas prácticas sobre las fiebres en general, sus reflexio-

nes sobre las lesiones locales, sobre la calentura lenta héctica, sus pensamientos sobre el tifo y las viruelas están copiados de la misma naturaleza, y si hubiera leido Alberto de Haller los escritos de este español no hubiera dicho que escribió poco de medicina; y Boherhaave y Stoll le habrian prodigado los elogios que han dado á Sidenham, el cual no ha dicho tanto ni tan bien como el médico de Medina.

Yo reclamo al mundo médico que desista de la creencia en que vive respecto á este inglés, á quien se mira como el primero que anunció la idea, *de que la fiebre era un instrumento de que se valia la naturaleza para estirpar los males y restablecer la salud.*

El español Gomez Pereira escribió un siglo antes estas palabras: «*febrem non in alium usum naturæ gignit, quam ut per ejus vim superflua, quæ corpus humanum malé afficiunt, difflentur, aut concoquantur; et concocta per sensibiles corporis meatus patentissimos redditos ob febrilem calorem excernantur et alia naturæ humanæ incommoda resartiantur.* Tomo II, página 52 y siguientes.

Tambien reclamo como derecho perteneciente al médico de Medina, los fundamentos de la teoría del sublime Sthal, los cuales se hallan esparcidos en la obra del español.

Gomez Pereira estableció como causa próxima de la calentura al alma racional, maravillándose que siendo la accion del corazon involuntaria, y poniéndose este en movimiento para auxiliar y destruir las causas esteriores que producian la calentura, no se hubiese descubierto antes esta teoría, que despues adquirió tanta voga apadrinada por Sthal.

Las ediciones de las obras de Gomez Pereira son, ademas de las extranjeras, las siguientes:

1. *Antoniana Margarita, opus nempe physicis, medicis, ac theologis, non minus utile quam necessarium, per Gomezium Peeiram medicum Methymnæ Duelli, quæ hispanorum lingua Medina del Campo appellatur.* Medina del Campo, 1554. Madrid, 1749, en fólio.

Al principio se halla una dedicatoria á sus padres, manifestando que el motivo de haber titulado su obra con sus mis-

mos nombres, era el deseo de tributar un justo homenage á su memoria. De seguida se dirige en otra al lector, diciendo que no habia sido su ánimo, al impugnar las opiniones de su siglo, recibir el aura mundanal, sino hacer presentes las verdades que por espacio de muchos años habia meditado; mas que si sus ideas carecian de solidez, y el error estaba de su parte, las impugnase todo el mundo, pues que valia para él mas ser combatido por hombres sabios, que no seguido y alabado de los necios.

Las bases fundamentales de esta obra, y sobre las que desarrolla todo su sistema, son primeramente, ventilar cuál es la esencia ó principio inherente al hombre, distinto de los animales; segundo si estos sienten de otra manera que el hombre; tercero cuál sea la causa de los actos que ejecutan los animales, y de qué modo los efectuan.

La fina lógica que emplea Pereira para combatir las opiniones de los que creian que los brutos tenian un alma racional, la fuerza de sus argumentos, probando lo contrario, y su mucha erudicion en las obras de los antiguos naturalistas, hacen á la suya sumamente apreciable; y es doloroso pensar que puede llegar con el tiempo á desaparecer de entre las manos de los eruditos, sepultándose tal vez en un eterno olvido. Por esto quisiera presentar aquí un estenso analísis de toda ella, lo que haria gustoso como con otras de no menos valía, en vez de contentarme con dar solamente una ligera idea de su mérito, si no temiera aumentar demasiado los volúmenes de esta historia.

En la misma *Antoniana Margarita* se hallan dos tratados, que aun cuando tienen una íntima relacion con el espíritu del resto de la obra, estan separados, y formando una materia distinta del objeto principal.

Paraphasim in tertium librum de anima Aristotelis longo ab omnium aliorum aucthorum expositione desidens.

Combate en este tratado al filósofo de Estajira, presentando sus contradicciones y los errores en que habian caido sus famosos sectarios, en los comentos que de sus obras hicieran, tales como Teofrasto, Themistio, Simplicio, Alejandro y

otros: demuestra que los argumentos del filosófo sobre la inmortalidad del alma no eran tan fuertes como se creia; y en seguida presenta los suyos, probándonos esto mismo, y combatiendo siempre con severa lógica las ideas de los que no participaban de su convencimiento.

El segundo tratado se titula:

De inmortalitate animorum Antonianæ Margaritæ, ubi potiosa quæ de re hac scripta sunt, adducuntur, et solvuntur, et novæ rationes, quibus á mortalitate rationalis anima vindicatur proponuntur.

Incluye en esta última parte de su obra una serie de argumentos, probando la inmortalidad del alma, y apoyando sus raciocinios en las autoridades de la escritura, santos padres y filósofos antiguos.

Por último, esta obra filosófica de nuestro sabio Pereira está íntimamente relacionada con los mas oscuros misterios fisiológicos, como le será fácil conocer á quien la lea, y reflexione un momento sobre el carácter funcional del cuerpo del animal, la causa eficiente de la vida, las diferencias esenciales de cada cuerpo viviente, y las funciones peculiares á cada órgano, como tambien las modificaciones de que son susceptibles, mediante las disposiciones individuales de los seres. No me cansaré de recomendar su lectura á los amantes del estudio filosófico-médico, sean cuales fueren las opiniones particulares del que la leyere, porque todas las teorías son dignas de meditarse cuando envuelven ideas importantes, oscuras, de dificil solucion, y cuando ademas estan apoyadas en fundamentos lógicos, como esta de que hemos hablado.

2. *Novæ veteræqué medicinæ, experimentis, et evidentibus rationibus comprobatæ.* Medina del Campo, 1558, por Francisco Canto; Madrid, 1749, en fólio.

Difícil empresa es, dice en el prólogo Gomez Pereira, combatir las doctrinas de tan celebrados autores, como son Aristóteles y Galeno; mas sin embargo de toda la estimacion de que gozan, á pesar de lo difícil que es oponerse al torrente de las ideas generalmente seguidas, no desisto, y añade: *sum enim adeo captus effræno quodam amore docendæ veritatis et*

hujus superstitionis extirpandæ ab universæ Europæ scholis, jam annos fermé retro quinquaginta in proffessores scientiarum subsepentis et jam nunc publice grassantis, ut de me veré dici illud ovidianum valeat: nec capiunt inclusas pectora flammas.

Gomez Pereira ostenta en esta obra su espíritu valiente y sus ideas enteramente independientes, combatiendo con valor las doctrinas del médico de Pergamo sobre la naturaleza, causas y diferencias de las calenturas. Mas no se crea que al seguir una senda aun no trillada, que tan felizmente le condujo al descubrimiento de una verdad, fuese impulsado á tan árdua empresa por un espíritu novelesco de contradiccion; no el amor á la verdad unido á la conviccion de su grande esperiencia, fueron los móviles que le obligaron á tomar la pluma para refutar á los primeros maestros del mundo científico; y en prueba de ello léase lo que en el siguiente pasage nos dice, impugnando dos asertos de Hipócrates referidos por Aecio: *Non autem utrumque falsum esse frequentissimis eventibus novimus, neque me petulantem esse, qui hæc legeris, existimes, quod adéo claré mentiri Hippocratem fatear: nam (meam constientiam testor) audaciæ aut temeritati meæ id non adscribendum, sed ne juvenes et indocti senes decepti tánti viri autoritate, fidem verbis Hippocratis (si ejusdem sunt) dent, et decepti ita eventurum ut ipse dixit, credant.*

Tambien son notables sus ideas acerca de las nuevas formas que toman los males en distintos tiempos, diciendo: «Que aparecen nuevos géneros de enfermedades, que no co»nocieron los antiguos, á la manera que vemos nuevos géne»ros de plantas, frutas y flores; los que frecuentemente mani»fiestan los jardineros, ingiriendo, trasplantando, y acomo»dando las simientes de este ó el otro modo; y asi podemos »entender que lo hace naturaleza con las semillas de muchos »animales.» Pereira, tomo II, cap. 69 de var. et morb.

Concluiré, pues, recomendando tambien la lectura de esta obra, que es una de las que mas honran la historia bibliográfica de la medicina española; Gomez Pereira debe vivir eternamente en sus fastos, sin que el tiempo ofusque su nombre, co-

mo desgraciadamente ha sucedido con otros sabios profesores, que tuvieron tambien el docto atrevimiento de separarse de las doctrinas ciegamente seguidas de los griegos y los árabes.

Luis Collado.

Uno de los grandes hombres que florecieron en la escuela valenciana para honor de la profesion, y gloria de aquella Atenas española, fué el célebre Luis Collado, cuyo mérito escede á la misma fama que tan justamente adquirió.

Nació en Valencia, siguió allí sus estudios, fué por muchos años catedrático de prima en aquella Universidad, y uno de los anatómicos mas sobresalientes de su siglo.

Muchos son los autores que le han prodigado los mayores elogios. Jaime Sagarra le llama *ornamento de los médicos valencianos;* Fr. Cristóbal Moreno *príncipe de todos los médicos de su tiempo*, y Escolano refiere que un discreto dijo hablando de él «*que la medicina estribaba en un Valle y un Collado,* »y como á Valle le sucediese Mercado, y á Collado Plaza, aña»dió otro, que la medicina tenia por su plaza á un Plaza, y por »mercado á un Mercado.»

Sin embargo de lo significativos que son estos epitetos con que han querido muchos ensalzar á Collado, ninguno espresa bastantemente su mérito y el noble orgullo que adornaba su carácter, ni aquel desprendimiento de los vanos títulos que pospuso á la tranquilidad de una vida independiente, y lo que es mas, el esmero con que atendió al esplendor de la facultad, y al honor de sus profesores. En prueba de ello óigase lo que diferentes autores nos refieren.

Habiendo enfermado la marquesa de Mondejar, mujer de D. Diego Hurtado de Mendoza, virey de Valencia, fué llamado para asistirla nuestro valenciano; tomóle el pulso de pie en la primera visita, y al salir de la casa se le acercó una criada, advirtiéndole que á su señora los físicos de Castilla *la pulsaban arrodillados. Pues yo soy Collado,* respondió, *y solo á Dios me humillo*, y volviendo la espalda indignado, resolvió no volver otra vez á visitar á la marquesa. Sentida esta de su fal-

ta, y sabedora al mismo tiempo de la causa de su enfado, hizo que le llamasen; pero no quiso volver, hasta que el mismo marqués le rogó con la mayor cortesía fuese á ver á su esposa, asegurándole que le presentaria una silla; á lo que accedió, yendo á ocupar el puesto debido á su honroso ministerio.

Entregado Collado á la vida pacífica del estudio, consagraba toda su atencion á la enseñanza de la medicina, y cifraba su gloria únicamente en comunicar á sus discípulos las máximas y doctrinas de la ciencia bienhechora, procurando sacar hombres dignos de su escuela. Estiéndese, pues, la fama de su sabiduría, llega al regio alcázar el nombre de Collado, Felipe II le llama, quiere contarlo entre los médicos de cámara de su corte, le confiere el destino de médico de la reina Isabel; pero este grande hombre renuncia á tan honorífico empleo, y pretesta, que siendo Valles primer médico del rey, seria la cosa mas monstruosa que viera el mundo, *que un Collado fuese inferior á un Valle*, y con esta chistosa disculpa evita abandonar sus amadas aulas, huye de las espinas enconosas que se ocultan bajo el esplendor de los palacios, y logra verse libre de las amarguras con que un Zimmerman esclamaba en tiempos posteriores al subir las escaleras del palacio de Sansonci: ¡*Oh Dios, que haya médico que quiera serlo de los reyes*! Asi, pues, se libró Collado por medio de una disculpa orgullosa en la apariencia, de la necesidad de abandonar la enseñanza y la tranquilidad de una vida estudiosa por mentidos honores; y asi tambien su espíritu independiente evitó la mortificacion de verse en un punto inferior al del insigne Hipócrates de su tiempo el divino Valles.

Luis Collado fué uno de los que descubrieron el hueso estribo en sus investigaciones cadavéricas. Hemos dicho en otro lugar que muchos son los autores que pretenden la gloria de haber sido los primeros en haberlo hallado; pero que se debe creer que este hueso se presentó casi simultáneamente á diferentes anatómicos, aunque por la prioridad del tiempo en que publicaron sus descubrimientos se concreta la duda á Engracia y Gimeno. Sin embargo, Collado en su obrita *de ossibus* dice, que lo halló juntamente con su discípulo Cosme Medina en

una diseccion, y que le puso el nombre de estapeda. *Ego autem unà cum Cosmo Medina in inclita academia Salmanticensi nunc publico anatomes professore longe doctissimo discipulo meo mihi charissimo, aliud os reperi, cui quod simile esset equitandi instrumento, quo pedes firmantur stapedæ nomen imposui.* Esta obra se imprimió en 1555 cuando ya Cosme Medina era doctor en medicina; por consiguiente, habiendo hallado el hueso cuando aun era discípulo, resulta que Collado lo descubrió muchos años antes que dichos escritores. Mas sea de esto lo que quiera, la prioridad de otras obras le ha quitado el derecho de ser considerado como su primer descubridor.

Las obras que imprimió este sabio fueron las siguientes:

1. *Galeni pergameni liber de ossibus ad tirones, interprete Ferdinando Balamio Siculo, enarrationibus illustratus à Ludovico Collado Valentino, publico artis medicæ doctore.* Valencia, por Juan Mey, 1555, en 8.º

Esta obrita la dedicó á su singular Mecenas Bernardo Luis Vidal, diciéndole que el motivo por qué habia determinado escribirla fué por haber hecho Silvio unos comentarios al libro *de ossibus* de Galeno, en los que habia omitido muchas cosas dignas de saberse, tergiversado otras, y faltado en no pocas á la verdad, dando varias veces un sentido muy diverso al espíritu del médico de Pergamo; y que asi, pues, entraba con ánimo resuelto á dar la verdadera interpretacion á las doctrinas del griego, consagrando este trabajo á su referido protector por lo digno que era de ello por muchos títulos, y en memoria de su célebre abuelo Bernardo Vidal que abrió la escuela valentina, y de su padre Honorato Benito Vidal, de feliz memoria, quien defendió los estudios anatómicos contra la opinion de los que al principio no los adoptaron cual debieran, convenciéndolos de toda su importancia.

Principia la obra con la interpretacion de Fernando Balamio al tratado de los huesos de Galeno, añadiéndole anotaciones sumamente interesantes. Ensalza el estudio de los huesos, haciendo ver su gran necesidad para poder comprender la distribucion de los vasos y nervios, é insercion de los

músculos: habla estensamente de las articulaciones, trayendo de ellas una tabla para la mas fácil comprension de sus diferencias. Trata luego de los huesos del cráneo, manifestando que no era estraordinario encontrar algunos sin suturas, pues que se soldaban por lo regular con los años. Critica á Cornelio Celso, porque creia que la configuracion y enlace de los huesos de la cabeza la preservaban de las fracturas. Opina que los cráneos que tienen dos eminencias, á las que Homero llamó *Thersites*, eran indicios de entendimiento. Impugna á Vesalio, haciendo ver que la sutura esenoidal no continuaba por toda la estension de la nariz, como tambien que la pituita no iba al paladar como aquel pretendia, sino á los músculos, y que el aire contenido en las fosas etmoidales no era preciso para la olfacion, como tambien creia Vesalio; haciendo ver la verdad de su aserto con el ejemplo de los que á causa del morbo-gálico tenian cariados estos huesos, y no obstante conservaban el olfato. Por último, describe los huesos del oido, creyéndose descubridor del estribo, como ya hemos referido.

Hablando de los huesos de la mandíbula, critica fuertemente á Silvio, dándole el epiteto de autor falsario y de poco crédito, y añade que nada de lo que decia habia podido ver en las muchas disecciones que habia hecho, ni en los cráneos que habia desenterrado: que no existia el hueso intermaxilar de que habla el francés, quien lo habria visto tal vez en los animales. Laméntase tambien de que á Galeno le hubiese tocado un defensor tan débil como Silvio, que por vindicarlo de Vesalio habia faltado muchas veces á la verdad y á la justicia, viéndose en la necesidad, por seguir ciegamente la opinion del griego, de emitir la estúpida idea de que la organizacion de la especie humana habia variado, siendo asi que Galeno solo habia hecho sus investigaciones en las monas, juzgando por ellas erradamente del cuerpo del hombre, y que del mismo modo que la organizacion de aquellos animales no habia variado, tampoco el cuerpo del ser racional habia esperimentado variacion alguna.

Finalmente, al tratar Collado de cada hueso en particular suelta sus fuertes impugnaciones contra Silvio, siempre defen-

diendo á Vesalio. No me parece estraño que tan apasionado se muestre en favor de este grande hombre, si atendemos á que Collado fué su discípulo, y le debia, segun él mismo confiesa, sus conocimientos anatómicos: tan natural es que el hombre de honor y de sentimientos generosos alabe y defienda siempre á los que le comunicaron sus luces, aun cuando en algunas materias no participe en todo de sus mismas opiniones.

A la conclusion de esta obra se halla una corta alocucion al lector, manifestando que no dejaria de haber quien lo criticase por impugnar duramente á Silvio, y defender á Vesalio; pero quien tal pensase lo disculparia siempre que se prestase á oir los motivos que habia tenido para ello. He aquí sus razones, y lo que en defensa del uno y contra el otro nos refiere. «Omni»bus notum est, Andream Vesalium editis libris de fabrica »corporis humani cunctis admirationi fuisse. Quis enim obse»cro, non admiraretur, juvenem octo et viginti annos natum, »in tanta rerum anatomicarum caligine, tantam in dissecandis »corporibus industriam, et negotii anatomici cognitionem sibi »comparase? Unde factum est, ut studiosissimus quisque ad »anatonem discendam et exercendam sit vehementer incita»tus; quem unum (ut de me ingenué fatear) in anatome cog»noscenda præceptorem habui, illique quidquid é sectione »cognitum mihi est, aceptum refero, pretærea nemini.»

Véase en esta entusiasmada alabanza de Collado, una de las pruebas mas inconcusas de que Vesalio no fué de ningun modo perseguido ni odiado de los médicos españoles, como con dañada intencion han escrito algunos extranjeros. De seguida hace ver la injusticia de Silvio en tratar al belga con los dicterios mas insultantes y agenos de un hombre de talento, diciendo: «Quare cum mecum ipse cogitarem, hujus viri »in teneris annis in sectionibus administrandis indefessum la»borem, eximiam in veritate indaganda et extricanda diligen»tiam: legeremque anatomica Jacobi Silvii, in quibus An»dream Vesalium, arrogantem, impudentem, ignorantem, »impium, insolentem, asellum, veritati naturæque obstrepen»tem, maledicentissimum, calumniatorem, momum, denique »væsanum appellat, non potui me continere, quin pro præcep-

»tore Vesalio excandescens aliquando in Jacobum Silvium »acerbior fuerim. Nam si senex juvenem omnium utilitati »consulere conantem patienter non tulit, quod ab Hippocrate »et Galeno alicubi disentiret, quem monere ut discipulum fa-»cile poterat: quid mirum est, si ego rei indignitate commotus »senilem loquendi libertatem, ne dicam licentiam, fuerim »imitatus? Quapropter si quispiam sit, qui id graviter, fe-»rat, sciat, responsum, non dictum esse. Sum enim Jacobi »Silvii tam admirator, quam qui maxime quando quidem ejus »libros unus ego in gimnasio valentino publice interpretandos »suscepi. Vale et si veritatem colis, cave ne pietatem illi an-»teponas.»

Por último, concluye esta obrita con una ligera descripcion para inteligencia de los principiantes, de los agujeros, y senos de los huesos de la cabeza.

2. *Ex Hipocratis et Galeni monumentis isagoje summa diligentia decerpta, ad faciendam medicinam non minus utilis quam necessaria.* Valencia, por Juan Mey, 1561, en 8.º, y por Felipe Mey en el mismo año, tambien en 8.º A esta segunda impresion añadieron un tratado con este título: *Epitome medices, sive tractatus de materia medica, et plantis*, el cual se habia impreso en el mismo punto por Miguel Sorolla; pero sin nombre de su autor.

Dedicada como la anterior á Bernardo Luis Vidal. Entre otras cosas se queja en ella de los médicos empíricos que despreciaban todo método, y solo se atenian á prescribir una gran suma de remedios, que no servian para otra cosa, sino para fatigar mas y mas á los enfermos, y conducirlos á la muerte.

El autor se propuso en esta obra hacer un ligero compendio de medicina práctica, segun las doctrinas de los médicos griegos, á fin de que los estudiantes adquiriesen un método racional y dogmático, que los guiase al buen acierto en el ejercicio de su profesion. En la introduccion alaba tanto á Galeno en su *methodus medendi*, cuanto lo habia criticado en el de *ossibus*; asi, pues, Collado se presenta con mucha imparcialidad en la crítica que hace de las obras, y muestra que no la pasion, sino el amor á la verdad, guiaron su pluma en sus

dos escritos. En la misma introduccion recomienda la lectura del referido *methodus medendi*, diciendo que era obra que no debia dejarla de la mano ningun estudiante, y espresándose en estos términos: «quam ob rem, perpetuo auditores meos »moneo, ut Galeni medendi methodum in sinu semper ges»tent, legant, atque memoria teneant.»

Los primeros capítulos de esta obrita tratan de la higiene y los restantes del método curativo, segun las indicaciones tomadas del pais en que se habita, clima, estacion, edad del enfermo, hábitos, naturaleza y sitio de la enfermedad, etc. Hablando de la ocasion de administrar los remedios, dice, que estos los indicaban la enfermedad y sus causas, como igualmente las fuerzas del paciente; reprende á los médicos que observando postracion de fuerzas en los enfermos, recetaban al momento los cordiales, sin hacer la debida distincion de si provenia la debilidad de opresion ó alteracion, pues en estos casos eran nocivos; y asi se notaba en la práctica que una sangría, por ejemplo, hácia recuperar las fuerzas, que de otro modo se abatirian cada vez mas.

Esta obrita tuvo tal aceptacion, que se dió de testo en la Universidad de Valencia, contribuyendo no poco á la gran reputacion y fama de hombre profundo en la facultad, que gozó Collado durante la vida, y aun despues de su fallecimiento.

Al fin de estos comentarios se hallan unos versos latinos de Gerónimo Polo, y Blas Collado, hijo este del autor, y discípulo aquel.

3. *De indicationibus liber unus.* Valencia, por David Perez, 1572, en 8.º

4. *In Galenum de sanguinis missione.*

Taxandro, pág. 78, y Rodriguez, pág. 287, refiriéndose á aquel, traen esta obra como impresa, sin decirnos el lugar ni el año de su impresion.

5. *Practica et commentaria, in 5, 7, et 12 libros methodi medendi Galeni.*

Hace mencion de estas dos obras Taxandro; y parece que la segunda correrá impresa, porque la alaba mucho Renato

Mirabeau en la vida de Jacobo Silvio, parisiense, estampada juntamente con sus obras en Colonia del Delfinado, por Jaime Chovet, en 1630, en fólio; véase á Gimeno, pág. 164.

El referido Rodriguez y Gimeno, pág. 165, hacen igualmente mencion de las obras que á continuacion se espresan, asegurando haberlas visto manuscritas en la librería del doctor Matías Domingo Ramoain.

6. *Commentaria in libros methodi medendi á 4 usque ad 11.*

7. *Pharmacoporum omnium quæ in usu sunt apud nostros pharmacopeos, index.*

Maestre Juan Perez de Arana.

Se ignora el pueblo natal de este cirujano; solo se sabe que fué vizcaino.

Ejerció su profesion en la ciudad de Valencia, en donde imprimió *Las flores y sentencias de Guido de Cauliac.* Valencia, 1555.

Juan Raoul, cirujano francés, natural de Leon, habia publicado ya esta obra, y nuestro Arana la tradujo y dió á la prensa, teniendo presente la que en 1517 habia ya impreso el médico valenciano Antonio Juan de Villafranca.

Dedicó Arana su traduccion al reverendo señor Arteaga, inquisidor del reino de Valencia.

Esta obra no es mas que un diminuto estracto de la cirujía de Guido, en forma de preguntas y respuestas, propio para los principiantes que en aquella época se dedicaban á la cirujía.

Trata de la anatomía, de los apostemas, de las llagas, de las úlceras, de las fracturas, de las dislocaciones, y últimamente de la sangría.

Bachiller Franco Martinez.

Natural de la villa del Castrillo de Onielo, y vecino de Valladolid: fué capitan de infantería en su juventud, y despues, segun parece, se hizo presbítero.

Escribió una obra en diálogo cuyos interlocutores son Ramiro y Valerio, titulada: *Coloquio breve y compendioso sobre la materia de la dentadura, y maravillosa obra de la boca: con muchos remedios y avisos necesarios, y el órden de curar y adrezar los dientes.* Valladolid, por Sebastian Martinez, año de 1557, en 8.º Madrid, 1570, en 8.º

Está dedicada al príncipe D. Cárlos, de quien parece fué Martinez capellan, y examinada y aprobada con privilegio por el licenciado Galvez, médico de cámara del referido príncipe.

El objeto que le determinó á escribir esta obra fué, segun dice en la dedicatoria, la injusticia con que se habia desterrado de los límites de la medicina el estudio de las enfermedades de la dentadura; y que mientras se habian ocupado los ingenios en la delicada anatomía de todos y de cada uno de los miembros, como del remedio contra sus enfermedades, de la boca, habian hecho poco caudal y cuenta; de tal manera, que ni los pacientes consultaban á los médicos y cirujanos, ni ellos lo procuraban, por lo que habia muchos abusos, engaños y errores, por el abandono que habian hecho dejándolo en poder de ensalmadores, gente sin ciencia ni arte alguna.

Esta obra de Martinez se ha hecho sumamente rara; está escrita en un leguage puro y castizo, siendo la primera que se publicó en España acerca del objeto que se propuso el autor.

Encarga mucho la conservacion de la dentadura para la de la salud, y por lo tanto aconseja que se cuide de su limpieza, para lo que trae diferentes composiciones dentríficas.

Por último, hay en esta obrita principios fisiológicos dignos de leerse; tambien tiene láminas que representan los diversos instrumentos para sacar los dientes y muelas.

ANÓNIMO.

De yerbas y plantas con los nombres griegos, latinos y españoles, traducida nuevamente en español, con sus virtudes, y propiedades juntamente con las figuras al natural. Amberes, 1557, en 8.º

Arnaldo Birlman, impresor en Amberes, dejó á sus herederos este libro, que no era otra cosa mas que la traduccion de la obra de Leonardo Fuchsio.

Nicolás Antonio hace mencion de esta traduccion.

MANUEL NUÑEZ.

Fué natural de la ciudad de Lisboa, en donde ejerció su profesion. Escribió una obra, en la que combatió algunas opiniones de los filósofos de su tiempo, é igualmente las de sus comprofesores, cuyo título es *Fractatus de instrumento*, en 8.º, Lisboa, 1557.

FRANCISCO ESCOBAR.

Valenciano, médico de profesion, á quien celebran muchos autores por su grande intelijencia en los idiomas griego y latino, que enseñó en las universidades de Roma y París por espacio de veinte años: recibió el grado de doctor en medicina en la Universidad de Barcelona, y habiendo ganado en ella la cátedra de retórica, se dedicó hasta su muerte, que sucedió allí mismo (ignórase en qué año), á la enseñanza de esta facultad, sacando discípulos eminentes. Uno de ellos fué el insigne Juan Mal-Lara, sevillano, despues profesor de retórica en su patria, y maestro de cuantos la ilustraron despues en erudicion y cultura. Floreció por los años de 1557, en que sacó á luz:

1. *Flori Breviarium Historiæ Romanæ*. Barcelona, 1557, en 8.º

2. *Aphtonii Sophistæ primæ apud Rhetorem exercitationes*. A esta obra juntó las que se siguen:

3. *De Fabula commentatio.*

4. *De octo partium orationis constructione liber, comentariis Junii Rabirii, et catalana interpretatione illustratum.* Tambien agregó á esta obra otros comentarios suyos, y todo se publicó en Barcelona por Gabriel Graells, 1611, en 8.º

5. *Oracion latina* que recitó en Barcelona cuando obtuvo el grado de doctor en medicina.

6. Empezó tambien á *traducir en latin la Retórica de Aristóteles, por no agradarle bastantemente las versiones de Jorje Trapezuncio y Hermolao Barbaro, de los cuales deseaba, en el primero mayor inteligencia de la lengua latina, y en el segundo de la griega.* Pero era ya viejo, y llegándole el plazo de la muerte, no acabó su traduccion.

Francisco Valles.

Como Valles y Mercado pasan por los dos mejores médicos que hubo en España en la antigüedad, segun el parecer de D. Nicolás Antonio, he practicado las mas esquisitas diligencias para recojer noticias exactas de la biografía de estos grandes hombres. Escribí al cura párroco de Covarrubias para averiguar si en los archivos de aquella iglesia constaba el nacimiento de Valles, pero los tiempos han hecho desaparecer los libros de aquella época, si es que los hubo, y nada pude averiguar por este conducto. Me dirigí luego á Alcalá de Henares, y un discípulo mio, que hoy ejerce la medicina en Madrid (1), se dedicó á registrar por muchos dias el archivo de aquella escuela, y encontró por fin en el grado de bachiller de este hombre estraordinario haber nacido en Covarrubias, diócesis de Burgos; de modo que podemos asegurar que no es de apellido Covarrubias, como le llaman algunos, sino que siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, puso en el frontis de la mayor parte de sus escritos, despues de su apellido, el de su pueblo. Siguió mi discípulo escudriñando libros y papeles, y aun cuando en la secretaría de aquella Universidad de Alcalá no existen todos los documentos que debiera haber, por falta de cuidado, dejadez, ó por lo que quiera que sea, de los antiguos secretarios; sin embargo, á fuerza de buscar, se encontró un libro de actas y grados que empieza desde el año de 1525 hasta el de 1544, y faltando desde este hasta el de 1572, vuelve á continuar hasta el de 1630, época en que empezó á

(1) D. Mariano Delgrás.

perder su vigor la escuela de medicina en Alcalá, pues que en el año de 1540 y siguientes habia mas de 120 cursantes de medicina, muchos licenciados, y de quince á veinte doctores; pero hácia el de 1630 ya no habia la tercera parte de estudiantes, ni de maestros. En estos libros, pues, únicos documentos que existen de aquellos tiempos, se hace mencion, entre otros varios médicos célebres, de Francisco Valles, constando allí que obtuvo todos sus grados desde el año de 1544 en adelante. Pero faltando precisamente los años sucesivos, hubieran quedado burladas todas las investigaciones, si felizmente no se hubiesen encontrado dos libros, el uno de matrícula del año de 1548, en el cual, entre mas de cien escolares, se halla el siguiente: «*El maestro Valles, natural de Covarrubias, Burgensis diocesis*,» y el segundo, que es un apéndice del pleito que siguió Valles contra los doctores de medicina. El caso es el siguiente:

Solicitó Valles tomar el grado de licenciado, y se opusieron los doctores de aquella escuela, alegando que no habia probado sus cursos con certificaciones de sus maestros, conforme á las constituciones; Valles contestó que él habia probado sus cursos con testigos, segun era costumbre, y del mismo modo que lo habian hecho sus competidores Valver, Vazquez, Valdivieso, Molina y Celada, siendo todos ellos admitidos á la licencia que á él se le negaba por miras particulares; y así que, ó los referidos sus competidores no debian entrar á la licencia, ó él debia ser uno de los licenciados. Viéndose los doctores comprometidos ó á faltar á la justicia ó á admitir á Valles, contra quien se hallaban animados, no sabemos por qué, se valieron del medio de no asistir á las juntas, á pesar de las repetidas instancias que el rector les hacia. En este estado acudió Valles á tribunal superior, por cuya órden se le admitió al grado de licenciado y de doctor en medicina en el año de 1553, con protesta del presidente el doctor San Pedro.

Doloroso es que no podamos dar estensas noticias biográficas de este grande hombre, que ostenta en sus obras un talento verdaderamente superior á los de su siglo; lástima es

que no podamos hacer presidir al análisis de sus escritos todos los acontecimientos de su vida, ya que aparece en medio de la muchedumbre de los escritores del siglo XVI cual un frondoso cedro, elevando sus hermosas ramas sobre las de innumerables árboles menos esbeltos que le rodean. Sin embargo, al principio del siglo actual algunos hombres instruidos se propusieron el laudable objeto de perpetuar la memoria de los españoles mas esclarecidos, tanto por sus hechos de armas como por sus adelantos científicos, dándonos una idea, aunque sucinta, de su historia, y presentándonos al mismo tiempo sus retratos: no podia, pues, haber quedado en olvido el divino Valles, y en efecto, nos lo presentan entre los grandes hombres de su época, haciéndonos la relacion siguiente:

«Ignóranse casi todas las circunstancias de la vida de este »hombre célebre, conocido solamente por su reputacion y sus »escritos. Comun opinion es que nació en Covarrubias, po»blacion de Castilla la Vieja; pero nada se sabe de las calida»des de su familia, nombres de sus padres, ni del año de su »nacimiento. Pasó á la Universidad de Alcalá, y dedicado á »la medicina, fueron tan grandes sus progresos que obtuvo la »cátedra de prima, que ocupó muchos años con aprovecha»miento y aplauso general. Felipe II, movido de la celebridad »de este profesor, le llamó á su córte, le hizo su médico de »cámara, le elevó á proto-médico, honor muy raro en aque»lla edad, y le colmó de distinciones. Cuéntase que padeciendo »aquel monarca de la gota, Valles logró mitigarle los agudos »dolores que le atormentaban, aconsejándole metiese los pies »en agua tibia, y que este fué el oríjen de la gran privanza y »superioridad que despues tuvo. Añaden que Felipe, sintién»dose aliviado, le saludó con el nombre de divino, delante de »toda su corte, título que pasando del rey á los cortesanos y »de estos al pueblo, ha quedado desde entonces unido al ape»llido de Valles. Así, una operacion simplicísima y obvia in»fluyó mas sobre su crédito que sus grandes talentos, sus pro»fundos estudios y sus escelentes obras. Estas no obstante le »granjearon tal estimacion para con aquel soberano, protector »ardiente de cuantos varones sabios alcanzó su siglo, que ha-

»biendo determinado erigir en el Escorial aquella gran biblio»teca, comparable con las mayores del mundo; entre los po»cos hombres insignes de quienes echó mano para acopiar el »tesoro literario que habia de colocarse en aquel depósito de »la sabiduría humana, fué Valles uno de los nombrados, y él »dice de sí, que con grande afan y solicitud logró enriquecer »con inmenso número de libros selectos aquella biblioteca. »¿Qué mayor indicio del saber de este varon inmortal que ha»ber sido compañero de Arias Montano y de Ambrosio de Mo»rales para la empresa que honra tanto la memoria de Fe»lipe II?

»Habíale dotado naturaleza de un espíritu laborioso, ca»paz y penetrante, que fué cultivado por él con una serie no »interrumpida de tareas útiles. Su gusto era esquisito, su »erudicion inmensa: supo de física cuanto podia saberse en »su tiempo, y observaba la naturaleza de un modo nada co»mun, como puede fácilmente conocerlo cualquiera que lea »atentamente sus escritos. Se ha dicho muchas veces que »para apreciar los hombres es preciso medirlos con su siglo: »aplicada esta regla á Francisco Valles, y midiéndole con el »suyo, se verá que era realmente un gigante en la carrera »que corrió con paso estraordinario, y que necesariamente »su reputacion y sus aplausos debieron eclipsar á los demás »profesores de aquel tiempo. ¡Cuántos descubrimientos su»blimes, y qué adelantamientos tan rápidos no se han hecho »desde entonces, especialmente en este siglo, en la física, »la historia natural, la botánica y la química! Quien lea aten»tamente las obras de Valles hallará que para algunos de ellos »allanó la senda á su sabia posteridad, y otros los pasó á ma»nos de esta, ya comprobados al toque de la esperiencia y »del raciocinio. Él fué el primero que penetrando á las en»trañas de los seres físicos, vió el fuego insinuado en todos »ellos, y atribuyó á su actividad las grandes operaciones de »la naturaleza.

»La medicina llevada en los hombros de aquellas ciencias, »se ha elevado con ellas, se ha enriquecido con sus tesoros, »y se ha facilitado nuevos recursos, y abierto senderos nue-

»vos, imposibles ciertamente de imaginarse en el siglo XVI, »época agradable y gloriosa al ingénio humano, mirada por »ciertos aspectos, pero no muy rica en conocimientos filo»sóficos.

»Valles, sin embargo de hallarse desnudo de estos inmen»sos socorros, pudo, á fuerza de talento, de trabajo, y de fe»lices curaciones, labrarse una gloria que traspasando los tér»minos de su patria, ha llenado la Europa entera, y no se ha »estinguido todavía. Ni merecia menos la suerte incompara»ble que le cupo de haber conducido la medicina española al »término de cultura y esplendor, con que pudo ya emular la »docta simplicidad de la escuela griega. Él la desnudó de las »sutilezas y patrañas del arabismo; él la exornó con la de»cencia de una locucion pura, natural, propia, elegante; él »la engalanó con toda la pompa de la erudicion mas escogi»da; habiéndole sido muy familiares las lenguas sábias, y muy »profundo el conocimiento que tuvo de cuanto en las ciencias »naturales se habia sabido hasta su tiempo. Nicolás Antonio »no duda llamarle el mejor médico de cuantos España habia »producido; y Boherhaave, cuyo testimonio es sin duda mas »honorífico y preponderante en la materia, hablando de los »comentadores de Hipócrates en su método de estudiar la me»dicina, colocó á Valles en el primer lugar, por su mucha in»teligencia en la lengua griega, su profundo estudio en los au»tores antiguos, y su larga práctica en la facultad; dotes, di»ce Boerhaave, que solamente han poseido Galeno y Haller.

»Murió este insigne y sábio profesor en un convento de »agustinos, estramuros de la ciudad de Búrgos, en el año »de 1592. Una lápida que se conserva en Alcalá, donde está »grabada la inscripcion siguiente, dá á ententer claramente, »que las prendas de su ánimo no eran menos respetables que »las de su ingenio.

D. O. M.

»FRANCISCO VALLESSIO PHILIPPI HISPANIARUM ET INDIARUM »REGIS CATHOLICI DIGNISSIMO PROTHO-MEDICO. PHILOSOPIÆ »IN ACADEMIA COMPLUTENSI PARENTI MAGNO. VIRTUTIS IN »HESPERIA MAGISTRO CLARISSIMO ET OPTIMO.»

Este digno elogio del inmortal Valles en nada escede á su gran mérito, y no hay mas que fijar un momento la consideracion en su retrato, el cual poseo, para conocer en aquellos rasgos de su fisonomía una profundidad de ideas, una penetracion dificil de esplicar: su rostro enjuto, y su vista perspicaz, nos revelan el hábito de la reflexion, su cráneo y frente espaciosa se hermanan con el gran desarrollo de su ingenio, y aun diríamos que viene estrecho aquel receptáculo á la espansion de sus ideas: hay sin duda en la espresion de su semblante algo de estraordinario; no parece sino que se halla en el momento de haber penetrado en el fondo de un gran fenómeno, que va á emitirnos un pensamiento metafísico, á revelarnos una verdad importante, ó *un pronóstico funesto* que acaba de concebir. La vista del retrato de Valles, en fin, habla en mi concepto mas persuasivamente en favor suyo, que todas las apologías que de él han hecho nacionales y extranjeros, y es sin duda una satisfaccion poseer las proporciones de aquel rostro que ya nuestros ojos no pueden ver, aunque sin embargo viven entre nosotros las producciones de aquel espíritu que un dia le animaba; viven entre nosotros los pensamientos espresados en su semblante; vive entre nosotros su misma vida, la vida inteligente representada en sus escritos, y cuya duracion no es tan caduca como la de los ajentes materiales de que se sirvió para trazarlos.

No me cansaré de recomendar á mis discípulos la lectura de la obras de este grande hombre: los jóvenes amantes del estudio, los émulos de las glorias literarias de su patria, los injenios que aspiren á los adelantos, á la celebridad, estudien á Valles, pues que nadie podrá llegar al templo de la fama, si antes no pasa por el estudio de las obras antiguas, si no sigue paso á paso los progresos de la ciencia, y aprende en los hombres mas esclarecidos de los siglos pasados, los medios de hacerse superior á la época en que vivieron.

Valles hizo con sus escritos grandes servicios á la ciencia, y uno de los mayores que proporcionó á la medicina española fué el comentario de los libros de Galeno intitulado *de locis patientibus*, para cuya ilustracion, confiesa él mis-

mo, hizo patentizar á sus discípulos hasta la mas mínima partícula del cuerpo humano; valiéndose para el objeto de la habilidad de Jimeno, fino disector de aquellos tiempos. Esta obra del médico de Pergamo tiene por base la anatomía, la fisiologia y las simpatías de los órganos, y si Broussais cuando estuvo en España la hubiera leido, no encontraria tanta novedad en la doctrina de que se cree inventor.

Otro no menos señalado hizo en los comentarios al libro de los pronósticos de Hipócrates, obra que se ha hecho tan rara ya, que la veo desconocida aun entre aquellos que han tenido aficion á la literatura española. Yo poseo la edicion de Alcalá de 1567, por Andrés de Angulo.

Si Sprengel hubiese cotejado el tiempo en que vivieron Valles y otros médicos anteriores y coetáneos suyos con la época de Mercado, y hubiera notado los esfuerzos de todos ellos para difundir y generalizar el gusto de la medicina hipocrática en España; se habria abstenido de escribir las sandeces que refiere en su historia de la medicina respecto de la doctrina de Hipócrates.

Se debe considerar á este médico, dice Jourdan, con Mercurial, como uno de los que mas han contribuido á esparcir el gusto de la medicina griega, y el método hipocrático.

Vamos ahora á ocuparnos de los escritos de este español; vamos á conocerlo por el mérito intrínseco de sus obras para ver si en efecto fué acreedor á la fama que disfrutó, y merecedor del título de divino, no ya por la casualidad que lo motivó, sino por sus producciones científicas, que son el termómetro del talento de los hombres sábios. Vamos, en fin, á ver si justamente podemos presentarlo al orbe literario, como el jenio mas sobresaliente del ilustrado siglo XVI.

Hé aquí el catálogo de sus obras:

1.ª *Francisci Vallessii Covarrubiani in Schola Complutensi professoris commentaria in quatuor libros meteorologicorum Aristotelis.* Alcalá, por Juan Brocar, 1558, en 8.º Turin, 1588, en 8.º Pádua, 1591, en 4.º

2.ª *Francisci Vallessii, etc. Octo librorum Aristotelis de Phisica doctrina versio recens, et commentaria. Ad Philip-*

pum II. Hispaniarum Regem. Alcalá de Henares, 1562, en fólio.

En estas obras, aun cuando puramente filosóficas, se muestra Valles superior á su época, apartándose muchas veces de las ideas del filósofo del Peripato, y aun combatiéndolas cuando su autoridad en las escuelas era poco menos que infalible. En ella se muestra tambien su espíritu metafísico, y se ostenta la elevacion de sus ideas.

En efecto, la metafísica, esa ciencia que arrebata, digámoslo asi, á los grandes espíritus, conduciéndolos á una altura que á pocos es dado alcanzar, y á muchos ni aun comprender, la poseia Valles en sumo grado. Cualquiera que se halle dotado de la idoneidad suficiente para su estudio, lea las obras de este médico filósofo, que no solo se podrá decir que habrá hallado todos los conocimientos reinantes en las escuelas nacionales y extranjeras del siglo XVI, sino que verá á Valles avanzando en los adelantos ulteriores, y dando los primeros pasos contra el filósofo de Stagira.

3.ª *Controversiarum medicàrum et philosophicarum Francisci Vallessii Covarrubiani libri* 10*: accessit libellus de locis manifestè pugnantibus apud Galenum.* Alcalá, por Juan Iñiguez y Lerica, 1564, en fólio; en fólio, 1583; en fólio, 1585. Francfort, 1582, en fólio, 1590 y 1595, en fólio. Basiléa, 1590, en 4.º Venecia, 1591, en 4.º Hanobre, 1606, en fólio. Leon, 1625, en 4.º

Si hubiéramos de juzgar del mérito de esta obra por el número de sus ediciones, desde luego quedaria perfectamente recomendada; mas en honor de la verdad diremos que es mucho mayor el precio de esta produccion de Valles, que la misma solicitud con que se ha procurado reimprimirla en varios puntos de Europa. Lo estenso de las materias de que trata, no permite presentar en corto trecho un estracto de toda ella.

Los dos primeros libros contienen las cuestiones comunes á filósofos y médicos, cuales son por ejemplo aquellas que tienen relacion con los elementos, las cualidades de los cuerpos, etc., y en ellos se encuentran noticias sumamente interesantes, y que se leen con gusto: critica severamente las dis-

putas silogísticas, y aquel método ridículo de enseñar que habia en las escuelas de su tiempo, levantando inpávidamente el grito contra los mismos maestros que se pagaban mas de las fórmulas de los argumentos y vanas esterioridades que de la capacidad de los discípulos. Digno es de notar el espíritu independiente de este hombre, que se determina á escribir contra el torrente de las costumbres de su siglo en estos términos: «Ego sané non mirabor, si tyrones tales effundant querimonias: neque ipsos accusaverim, etiam si sermonibus his »non tam veritatem ipsam perse et firmissimam in una qua»que re rationem, quam sophisticas disputationes et trica»rum multitudinem congestarum barbaré secretari se mani»feste prodant. Nam quid faciant miseri? quibus non tam ex»pedit vera dicere, quam barbaré respondere, ut á sapientis»simis amicé recipiantur?»

En el tercer libro trata del pulso y las orinas, presentando la cuestion sobre cuál de estos dos signos merece fijar mas nuestra atencion para el búen acierto del pronóstico.

En el cuarto y quinto se ocupa Valles de cuestiones patológicas; trata de las enfermedades y sus diferencias, síntomas y demas fenómenos; considera á la supuracion como un producto de la coccion, y nos habla de las fiebres intermitentes, presentándonos observaciones de casos en los que los paroxismos venian al quinto, sesto, sétimo, y aun al octavo dia, con otras particularidades muy interesantes.

En el sesto se ocupa de los medios higiénicos para conservar la salud, presentándonos los puntos de contacto que tiene la medicina con las ciencias naturales, y reprendiendo á los que no ven en el estudio de la cosmografía, astronomía, filosofía, moral y otros ramos de la ciencia ninguna utilidad para sus adelantos, cuando, segun la opinion de Ciceron, la medicina era el centro donde convergian todos los ramos del saber humano. Por último, nos dá los mejores consejos de moral médica, queriendo que los que se dedican á esta facultad sean de próbidas costumbres, huyan de la vanidad, no se dejen dominar de la envidia, y por el contrario sean muy reservados.

En el sétimo, octavo y noveno se ocupa de controversia con respecto á los métodos curativos, hablando con mucha estension de los dos grandes medios que posee la medicina, cuales son la sangría y los purgantes, y criticando el sentir de aquellos que se abstenian de sangrar y purgar en los novilunios y plenilunios; y con este motivo nos esplica el verdadero influjo de los cuerpos celestes, apartándose de las estravagancias de los médicos astrólogos de su época. En la pleuresia era Valles de opinion de sangrar del lado del dolor, pareciéndole indiferente en cualquiera otro punto cuando solo practicaba la sangría por precaucion. Decia tambien que la base de la medicina es la razon unida á la esperiencia, y sin embargo no juzgaba que un médico fuese perfecto en su arte por ser viejo, pues que habia visto á muchos llenos de canas que no sabian mas que cuando eran niños, al paso que habia muchos jóvenes en quienes residian todas las circunstancias de un buen médico; pero añade que en caso de elegir entre un anciano y un jóven de igual capacidad, era preferible el primero. Al hablar de la prescripcion y naturaleza de algunos medicamentos, ventila el axioma hipocrático *contraria contrariis curantur*, y aun cuando se muestra partidario de él, no siempre le sigue. Al final del libro noveno trae diferentes tablas de los grados de humedad y calor que se pueden hallar en los cuerpos.

El libro décimo trata de *los pronósticos*: en él dá Valles una gran importancia á este estudio, como que es, segun él, el medio por el cual se presenta el médico bajo un aspecto verdaderamente admirable, y como elevado sobre la condicion humana. Ensalza al gran Hipócrates como el primero que nos enseñó las reglas para saber predecir, y vitupera á los médicos imprudentes que sin la debida reserva se esponen á destruir ellos mismos su propia opinion. Despues de hablar de las reglas para poder llenar debidamente esta interesante parte de la medicina, se ocupa de los dias en que por lo regular se presenta la crisis ó la terminacion de las dolencias, la cual compara á una lucha entre la naturaleza y la enfermedad, siendo la crisis mala ó buena, segun la parte á que

se incline la victoria. Pasa luego á tratar de los dias decretorios, de la diferencia del año natural y el médico, con otras particularidades de las doctrinas de su tiempo, concluyendo esta obra con un pequeño tratado intitulado:

4.ª *De locis manifestè pugnantibus apud Galenum libellus Francisci Vallesii Cobarrubiani.*

Se reduce este pequeño tratado á presentar vários testos griegos, en los que el médico de Pergamo se contradice clara y terminantemente; pero ya Andrés Laguna nos habia manifestado antes que él estas mismas contradicciones con mucha mas estension.

5.ª *Francisci Vallesii de iis quœ scripta sunt phisice in libris sacris sive de sacra philosophia liber singularis, ad Philippum II Hispaniarum et Indiarum Regem Potentissimum.* Leon, 1588, 1592, 1595 y 1622, en 8.º Turin, 1587, en 8.º Francfort, 1590 y 1608, en 8.º

Si en las obras precedentes hemos considerado á Valles como uno de los médicos filósofos mas consumados de su siglo, en esta de que vamos á dar una idea muestra ser médico teólogo, y tan sumamente erudito, que es sin duda su produccion de un mérito sobresaliente, y no hallaremos en ella un capítulo que no interese, y que no detenga nuestra curiosidad para leerlo con gusto, sin hacernos la mas mínima violencia.

Contiene esta obra noventa y un capítulos, en cada uno de los cuales comenta ciertos pasages de la Escritura, aclarando su sentido, impugnando varias opiniones de los antiguos filósofos, presentándonos la suya hermanada con el sagrado testo, adornando su narracion con sucesos históricos curiosos, y deteniéndose con maestría en los puntos que tienen relacion con el arte de curar. Asi principiando por el primer capítulo del Génesis, *en el principio crió Dios el cielo y la tierra, etc.*, espone seguidamente las opiniones de Pitágoras y de Platon, que creyeron que el mundo se formó de la materia, cuya existencia no tuvo principio; la de Aristóteles que juzgaba que el mundo era una emanacion y dependencia de la primera causa, y por consiguiente infinito como ella; la

de Epicuro motivando su existencia en la casual reunion de los átomos, y diciendo que asi como tuvo principio, tambien tendrá fin por otra casual separacion de los mismos; la de Anaxágoras que decia que los torbellinos de átomos compusieron los cuerpos homogéneos, y de aqui el orígen del mundo, el cual no pereceria jamás; y emite por último su opinion, probando que no fué ni será eterno, sino formado por la palabra divina, y por este estilo continúa en cada uno de los testos que comenta. Pero si hubiera de hacer un análisis especial de cada capítulo, si hubiera de presentar, aunque sucintamente, cada materia que dilucida este grande hombre, pasaria de los límites que me he propuesto al presentar una idea de las producciones literarias que por su mérito deberian salir del oscuro olvido en que muchas se encuentran, y daria ademas una estension á esta historia fuera de propósito: asi, pues, solo indicaré algunos puntos de que trata esta obra para que se pueda juzgar de su mérito.

En el segundo capítulo entre otras particularidades habla del nombre que tenian los animales en los primeros dias de la creacion, el cual dice era análogo á la misma naturaleza de los seres, segun el testo *Omne quod vocavit Adam animæ viventis, ipsum est nomen ejus.* Trae la cuestion de si las palabras mágicas, los encantos y ensalmos pueden tener en sí mismos una virtud cuyos efectos sean palpables, lo que niega y combate abiertamente. En este capítulo probando tambien que el hombre es mas apto para escribir que para leer, hace referencia del monje benito Pedro Ponce, inventor del arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos, de quien ya hemos hablado estensamente (tomo II, pág. 60 y sig.), y el cual dice era amigo suyo, y practicó á su presencia el método que seguia con sus educandos, haciéndoles escribir el nombre de los objetos antes de que los pronunciasen.

En los capítulos siguientes trata del ser inmaterial del hombre, considerando al alma como una emanacion de la misma divinidad, y eterna como ella, de la longevidad; de las causas de la muerte natural; de la menstruacion como señal de aptitud para la conservacion de la especie; de la in-

fluencia de la imaginacion y de la vista en la concepcion; de la formacion del feto; de las edades críticas y años climatéricos; de la virginidad, de los alimentos mas adecuados al hombre, presentándonos los daños que pueden causar el pan y el vino por su abuso ó mala calidad; de los buenos efectos de la música en las afecciones del ánimo, y de la influencia de los astros sobre las acciones del hombre; y con este motivo habla de la nigromancia, y de cómo se observa algunas veces llevar retratado el hombre en su mismo semblante su buena ó mala moral. Espone tambien la historia de las enfermedades de que se hace mencion en la Escritura, cuales son entre otras: las úlceras, lepra, aborto, álbugo, alopecia, apoplegía, vicios del cutis, diarrea maligna, causa de las epidemias, epilepsia, fiebres, etc., y con este motivo nos habla de las acciones y pasiones; de la diferencia de aguas y su uso medicinal; de la fuerza de la imaginacion para curar los males, con otras muchas particularidades, y consagra ademas algunos artículos muy interesantes á la escelencia de la medicina, en donde espone las alabanzas que tanto á esta como á los médicos tributan los sagrados libros.

6.ª *Claudii Galeni Pergameni de locis patientibus, libri sex, cum scholiis Francisci Vallessi Cobarrubiani in schola complutensi professoris publici.* Lugduni, 1551. Leon, 1559, en 8.º

Una de las obras que debian ocupar un lugar muy distinguido entre nuestras producciones científicas es esta, de que vamos á dar una ligera idea, y que á pesar de su mérito se halla dolorosamente casi olvidada en nuestros dias. Al principio de ella se lee un epígrafe de Manuel Faborino en alabanza de Valles, y al fin se encuentran otros metros, que quiero copiar para que se vea cuán acreedor es este español á los elogios que le han tributado hasta los mismos extranjeros.

Emmanuelis Phavorini, medici gali, epigrama ad Franciscum Vallessium, doctorem medicum celeberrimum.

Corporis affectus varios, morbosqué latentes,

Ingenii tanta dexteritate doces,
Sic varios modos, medicesqué ænigmata solvis,
Sic veterum scriptis dogmata vera probas,
Ut nisi conscripta hæc á te fateare Valessi,
Jurarim antiguos surripuisse tibi.

Censura de Francisco Valles por el mismo Favorino.

Sæcula quæ mundi præsentia lumina cernunt:
Sæcula avis priscis exculta, et sæcula quondam,
Progeniem ingentem, serosqué datura nepotes
Chaldæiqué senes tellusqué ægiptia cœli,
Hervarumqué potens: et magnis Græcia fælix:
Inventis: Tiberisque fluens per sancta Quirini,
Mænia, quamqué olim venerata est India dives:
Gymnosophistarum series jam porrigat hervam,
Vallessio, et lapso superati tempore manes:
Et veteres medicorum umbræ geniiqué sepulti
(Siquis adhuc sensus manet immortalibus umbris):
Vallessium agnoscant supremum numine Phœbi,
Hic est qui seriem morborum pollice voluit:
Paucaqué ferrati producit sæcula pensi,
Inqué colos vacuas animos migrare paratos
Restituit, donis superum, et medicamine lecto,
Hic est ille tuæ ó fœlix Hispania gentis:
Rarus honos, et laus, cui si pia numina longas,
Concedant in luce moras miracula mundi
Excedet, rerumqué potens super astra feretur,
Ut chius ille senex cujus stetit aurea imago.

Esta obra, que dividió en seis libros, es uno de los comentarios mas interesantes que hizo de las de Galeno: impugna en ella las ideas de Vesalio contra el griego, con aquella prudente moderacion que caracteriza á un verdadero sábio. Asi, por ejemplo, hablando en su primer libro, pág. 817, edic. de Colonia, 1592, sobre las lecciones del movimiento y sentimiento de los nervios, dice que se admira cómo Vesalio, siendo un hombre tan modesto, en el cap. 14, lib. 4.º

de su obra anatómica, se ria de Galeno, cuando este dijo que á veces perecia el sentimiento y no el movimiento, y vice-versa; esponiéndose á que otros se rian de él, por no haberlo entendido, pues que Galeno no quiso decir que unos nervios llevaban esclusivamente el sentimiento, y otros el movimiento, como bien claramente lo manifiesta mas adelante, esplicando la distribucion de los nervios; por lo cual *podia Vesalio haberse abstenido de su refutacion, y mucho mas de la irrision.*

Conociendo Valles la gran importancia del estudio de la anatomía patológica para llegar á apreciar las lesiones orgánicas internas, y las causas de las enfermedades, se valió, dice él mismo, de la diestra pericia de nuestro célebre disector Pedro Gimeno, quien le preparaba el cadáver para esplicar á su vista á los discípulos sus doctrinas acerca de las causas de la muerte. Tal fué pues el objeto que se propuso Valles al escribir esta interesante obra, despues de haber acopiado gran número de observaciones en su larga práctica, despues de muchos años de madurez, de reflexion, y de un asíduo trabajo. En ella encomia el estudio de la anatomía para saber buscar y apreciar debidamente la alteracion de los tejidos en el cadáver, y con este grande auxilio poder luego pronosticar con acierto sobre las enfermedades, como tambien apreciar sus síntomas. Trata en ella ademas de la mayor parte de los males que afligen al ser humano; pronúnciase contra los indoctos empíricos; aconseja la práctica y el raciocinio como fundamentos en donde estriba la sabiduría de un médico; despliega su vasta erudicion y brilla á los ojos de un justo apreciador de las luces y espíritu de su siglo, como un filósofo profundo y un médico consumado. Esta obra en fin, como dictada, digámoslo asi, por los despojos de la muerte, en donde estudió, por medio de las percepciones, á conocer en cuanto es posible la causa que hace terminar la vida, está llena de verdades importantes, y es una de las que recomendaré muy particularmente á cuantos busquen de buena fé los medios mas directos para aprender á ser médico, y saber cumplir debidamente con este sagrado ministerio.

7. *Methodus mendendi in quatuor libros divisa.* Venecia, 1589, en 8.º Madrid, 1614, en 8.º Lobaina, 1647, en 8.º París, 1651, en 12.º

En la primera parte trata de los *alimentos y bebidas convenientes á los enfermos*, tanto en su cantidad y cualidad, como en su modo de obrar: de los casos en que se debe administrar el vino, y de los en que debe proscribirse. Luego habla de cuándo se ha de procurar que los enfermos concilien ó no el sueño, y en qué horas; del ejercicio y del descanso; en qué circunstancias se han de promover los afectos morales como medios terapéuticos; de las varias cualidades del aire; de las variaciones de la temperatura; del lugar mas conveniente para ciertas afecciones, y por último, del uso de varios medios higiénicos para el tratamiento de las enfermedades.

En la segunda parte trata *del método curativo por indicaciones simples.* Especifica las causas productoras de las enfermedades y sus indicaciones, aconsejando que se empiece siempre por los medios mas sencillos y contrarios á la naturaleza de la afeccion. Asi dice, por ejemplo, que cuanto mas ardiente sea la calentura, tanto mas fria se ha de administrar el agua: pasa luego á indicar el tiempo y ocasion de practicar las omisiones sanguíneas y los purgantes, y continúa presentándonos los casos en que se ha de atender con especialidad á los síntomas de una enfermedad, que se han hecho aun mas graves que su misma causa.

En la parte tercera se ocupa *de las indicaciones compuestas, y cuando estas no se presentan con claridad.* Esta parte es de sumo interés; en ella aconseja Valles, que en el caso de que hubiese en una enfermedad muchas indicaciones preternaturales, pero opuestas entre sí, se atienda esclusivamente á la que presente mas peligro, recurriendo ante todo á ella, y prescindiendo de las demas, aun cuando se pervierta el órden y método curativo. Pasa luego á tratar de las enfermedades, segun sus causas, instruyéndonos en los medios de poder averiguar cuáles sean estas, y cuáles sus efectos; en seguida nos habla de las indicaciones tomadas del mismo lu-

gar afecto, diciendo terminantemente, que para ejercer cual corresponde el arte de curar, se ha de haber hecho antes un estudio especial de la anatomía patológica, para llegar á conocer bien la enfermedad, y el por qué de la indicacion; y concluyendo con un interesante capítulo, en el que trata de los dos medios que posee el arte para la conservacion de la salud, á saber: la separacion de las causas preternaturales, y la aplicacion de las naturales.

En la cuarta y última parte de esta obra nos instruye Valles *del tiempo oportuno para administrar los remedios, y del en que no debe el médico emplearlos*. Mayor práctica requiere, dice este sábio profesor, el dejar de curar cuando conviene, que el llegar á curar oportunamente, porque existe un riesgo mayor en la aplicacion de un remedio intempestivo, que en dejar de aplicarlo cuando lo exige la ocasion.

Las máximas prácticas que este ilustre médico presenta en esta última parte de su obra, son tan sumamente interesantes, que por sí solas bastan para acreditarlo, y lo hacen digno de los elogios que le han tributado muchos sábios europeos. No puedo menos de recomendar su lectura, pues ciertamente no será un tiempo perdido el que se emplee en ella, principalmente en el estudio de los casos en que conviene separarse de las reglas generales para seguir otras segun las circunstancias.

8. *Francisci Vallessi Covarrubiani in libros Hipocratis de morbis popularibus commentaria magna utriusque medecinæ, theoricæ inquam et practicæ partem continentia. Ad Philippum II, Hispaniarum regem potentissimum.* Madrid, 1577, en fólio. Colonia, 1589, idem. Nápoles, 1621, idem. Génova, 1654, idem. París, 1663, idem.

Hasta aqui me he limitado á recomendar la lectura de las obras de este hombre estraordinario, ora presentándolas como modelos de erudicion, ora como de la mas juiciosa filosofía, y ora en fin como dechados de observaciones clínicas y de las máximas prácticas mas importantes; pero al tener que dar en esta mi opinion, ¿qué podria yo añadir á los grandes elogios que le han tributado un Haller, un Boerhaave, un

Próspero Marciano, un Piquer, y otros muchos justos apreciadores de los hombres eminentes? Tengo á la vista esta obra; muchas veces la he leido, y cuanto mas la examino, con mas claridad contemplo al divino Valles como poseido de la misma inspiracion que animaba en tiempos mas lejanos al genio de la medicina, el venerando Hipócrates. No hablaré de su pericia en la lengua griega, no de su juiciosa crítica al comentar las sentencias, en algunas de las cuales nota cierta falta de relacion, como si otra mano que la del griego las hubiera alli intrusamente colocado; diré sí que al contemplar las brillantes descripciones que nos hace de las enfermedades, y aquella admirable exactitud en marcarnos sus verdaderos caracteres, veo en su obra, no ya un prototipo de la del maestro que comenta, sino á este mismo perfeccionando su escrito, y trazando por mano de Valles las eternas verdades reveladas por la misma naturaleza, con el auxilio de la observacion y de la esperiencia. No en vano, decia el gran Boerhaave, que si creyera en la metempsícosis afirmaria que el alma de Hipócrates habia pasado al cuerpo de Valles, por cuya razon en su método de aprender la medicina, se espresa en estos términos: «El que tuviese los comentarios de este español no necesita de otros, porque los modernos todos escriben por teorías, y yo únicamente doy alabanza á aquel que con observaciones propias esplica el sentido de Hipócrates.» Este solo elogio del inmortal Boerhaave, vindica á la nacion española de todos los ultrajes con que tan sin pudor y miramiento la han insultado los pretendidos sábios que no la conocen.

El libro pues de las epidemias de Valles, no es de aquellas obras en donde para hallar algun principio digno de estudiarse, ó algunos pensamientos felices que merezcan meditacion, sea necesario irlos buscando entre el número de sus capítulos para poder hallarlos, trasladarlos ó hacer su apología: toda ella abunda de tanto interés, que no podré recomendar con mayor eficacia su lectura, ni espresar mejor el mérito que encierra, sino diciendo en verdad que todo médico deberia poseer un ejemplar si se reimprimiese, para poder

traerle dia y noche entre manos, como dice el elocuente Piquer en el siguiente elogio: «Vallessius vere totius medicinæ »decus et ornamentum, plurima scripsit commendatione dig- »nissima. Attamen, nulibi magis ejus scientia in medendo »elucet, quam in commentariis, quos scripsit ad libros epi- »demiorum Hippocratis, ibi enim veluti magister loquitur, »et medici quamplurimi, inter exteras naciones, hoc Valles- »sii opus miris laudibus extulerunt. Perpetuo igitur auctor »hic manibus terendus, et nocturna diurnaqué manu ver- »sandus.»

9. *Commentaria in libros Hippocratis de ratione victus in morbis acutis.* Alcalá de Henares, 1569, en 8.º Turin, 1590, en 8.º

No ofrecen menos interés estos comentarios que los precedentes; tambien debian figurar entre las obras selectas que se halláran en los gabinetes de los profesores, y no hay mas que leer el proemio para convencerse de su importancia: principia dando una rápida ojeada sobre el orígen y progresos de la medicina. El objeto de Valles al formar estos comentarios, fué llenar, digámoslo asi, el vacío que se hallaba en las obras de los antiguos, los cuales se ocuparon mas del número y variedad de enfermedades, que de los medios mas racionales de alimentar á los enfermos en las agudas. Muéstrase rígido censor de aquellos médicos que se mantenian meros espectadores en las enfermedades peligrosas, ó acudian con los remedios cuando ya era tarde, como tambien de aquellos que eran pródigos en administrarlos, resultando de ambos estremos un grave daño en el desgraciado que padecia.

Todo este libro está lleno de consejos y máximas de la mayor importancia, siendo tanto mas recomendable, cuanto que debemos considerarlo como el fruto de sus observaciones clínicas y la historia de su práctica. ¡Doloroso es sin duda que no ocupe siempre el lugar correspondiente á su valor, haciéndose cada dia mas raro, hasta llegar tal vez á desaparecer como otros muchos!

10. *In aphorismos et libellum de alimento Hippocratis*

comentaria. Alcalá de Henares, 1561, en 8.º Colonia, 1589, en fólio.

Manifiesta Valles en la dedicatoria de estos comentarios, dirigida á D. Pedro de Bobadilla y Cabrera, conde de Chinchon, el gran empeño que puso en que salieran á luz con toda la perfeccion posible; y en efecto, llenó su objeto cual era de esperar de su pericia y madurez. Al final añadió otros comentarios al libro de alimentos del mismo Hipócrates, diciendo en el proemio, que por hallarse esta preciosa obra casi sepultada en el olvido, habia tratado de sacarla de él, ilustrándola lo mejor posible, para que los amantes del saber no careciesen de los auxilios y utilidad que pudiera proporcionarles, y aconsejando encarecidamente al lector, la leyese, la volviese á leer y la hiciese muy familiar. Estraña que no hubiese Galeno comentado esta obra, que juzgaba no pertenecer á Hipócrates, cuando lo habia hecho con otras que él mismo tenia por apócrifas; siendo asi que esta era muy digna de aquel grande oráculo por su erudicion, su elevado estilo y dignidad de sus sentencias; por lo tanto, añade, que no habiéndose tomado el trabajo de comentarla el médico de Pergamo, se persuadió que á él correspondia este honor.

Tal vez se juzgará arrogancia esta espresion con que Valles parece decirnos toda su capacidad para la empresa que se propuso; pero no debe creerse tal, atendido á que era maestro de una numerosa escuela, esplicaba las doctrinas hipocráticas, y se interesaba en proporcionar á sus discípulos los medios de hacerlos familiares con ellas. Asi pues, á nadie sino á él correspondia la obligacion de comentarlas, ilustrarlas, y darles toda la claridad posible para bien de sus alumnos, y para formar hombres dignos de la noble carrera que seguian.

Recomendaré tambien con el autor esta obritá, en la que ciertamente hallaremos mucha utilidad, y nada de supérfluo.

11. *Commentaria in prognosticum hippocratis.* Alcalá, 1567.

Ya en varios pasages de las obras precedentes habia manifestado Valles la importancia del estudio que nos enseña á comparar y medir las relaciones de las semejanzas y diferencias de las cosas, por medio de sensaciones bien percibidas y

evidentes, para llegar á conocer las causas ocultas, interpretar á la naturaleza, y juzgar de lo futuro por los fenómenos presentes, que son las bases de la ciencia del pronóstico; ya tambien nos habia repetido varias veces, que el médico amante de su honor, y que tratase de cumplir debidamente con su santo ministerio, no podia de modo alguno prescindir de su estudio reflexivo, y que esta interesantísima parte de la medicina era la que presentaba al médico como un ser superior á la condicion humana, haciéndolo brillar ante los ojos de sus semejantes cual un profeta ó un hombre inspirado por la misma divinidad. Tambien lanzó sus amargas quejas contra aquellos espíritus ligeros, y poco celosos de su reputacion que osaban emitir una prediccion inconsiderada, esponiéndose á perder su prestigio, á desvanecer su crédito, y á desprenderse ellos mismos de los laureles que en su práctica adquirieran. Empero faltábale una obra en que tratase especialmente de las reglas de este estudio, y en donde detenida y circunstanciadamente nos hablase de uno de los puntos mas interesantes de la medicina práctica; pues un hombre, cuyas doctrinas estaban tan íntimamente hermanadas con las del grande Hipócrates, y que se hallaba como inspirado por sus mismo espíritu, como ya en otro lugar dijimos, no podia dejar de tomarlo por tipo en esta materia, siguiendo como él aquella segura senda que lo condujo como por la mano al descubrimiento de verdades importantes, á la revelacion y al vaticinio. En efecto, si el padre de la medicina nos ha dejado en sus pronósticos un eterno monumento en donde quedaron pintados con los mas vivos matices el aspecto de los enfermos, la espresion de sus ojos, el colorido de sus labios, dientes y encías, las mutaciones en fin de cada una de sus facciones; monumento en donde nos dejó espresado el estado de las facultades intelectuales, de los pacientes, de donde parece salir el metal de sus voces, que presenta á nuestra fantasía el movimiento de sus manos, y con cuyo auxilio percibimos hasta las dilataciones de su respiracion, y escuchamos su ruido sin olvidar el carácter y cantidad de las secreciones y escreciones; monumento en fin donde hallamos pintados al vivo los cuadros necrológicos de

las enfermedades, y esculpido el nombre del ilustre anciano en cada uno de ellos con caractéres que el tiempo nunca borrará, ¡cuánto no debemos, y cuánta gloria no debió adquirir igualmente nuestro divino Valles, que recojiendo hechos particulares, comparándolos, deduciendo, estudiando las causas y predisposiciones, apreciando los grupos de síntomas en las enfermedades, fijando su atencion en las modificaciones que imprimen en los tejidos y en los órganos, observando la tendencia de la naturaleza á curarlas, y sabiendo por último tener en cuenta las alteraciones y destruccion de los sólidos y líquidos en la anatomía patológica, sin confundir los efectos de la enfermedad con los que son propios de la muerte; formó las tintas con que iluminó, é hizo resaltar al vivo el claro y oscuro de aquellos mismos cuadros hipocráticos, dándoles un nuevo ser, un campo aun mas dilatado donde á la luz de la esperiencia y del raciocinio pudiera el médico fijar su atencion en los fenómenos mas interesantes de la patologia, apreciar sus causas, y aprender de aqui el secreto de la prediccion!

He aquí, pues, el objeto que se propuso Valles al comentar el libro de los pronósticos del oráculo de Coo. He aquí tambien con cuánta razon se ha considerado á este grande hombre como el Hipócrates de su tiempo. Cualquiera que lea estos comentarios se convencerá muy pronto de su mérito, y de la importancia de su estudio: el empírico como el dogmático, el metódico como el animista, el químico como el mecánico y vitalista, todos hallarán en ellos una fuente de doctrinas de eterna verdad, porque no reposan sobre hipótesis engalanadas, teorías brillantes, ó sistemas trazados al vuelo de una imaginacion fecunda, pero vacía de realidades; al contrario, son hijas de la misma naturaleza, recojidas á la cabecera del lecho del dolor.

Asi es cómo los hombres que se han apartado de los sistemas esclusivos han llegado á adquirir la nombradía de eminentes y sabios en todos tiempos. El gran Boerhaave, gefe de una secta, no se presenta tan admirable como lo fué en su vejez, aspirando solo al timbre de hipocrático. He aquí por qué he dicho en mi ideologia que todos los conocimien-

tos clínicos dependen de las *sensaciones bien percibidas*, el que se aparte de este principio que hizo á Hipócrates superior á todos los elogios, y famosos á cuantos le han seguido, caerá en el error á cada paso. Hipócrates, pues, es el camino que nos conduce á la celebridad; Valles la antorcha que lo ilumina; el que no estudie y medite constantemente sus obras, dará una señal patente de reprobacion en medicina. Sigamos, pues, á estos dos grandes hombres, y revistámonos como ellos de la moral mas pura, de la dulzura de sus caractéres, de la sensibilidad, desinterés, moderacion y candor que les distinguieron, y nosotros mismos labraremos la corona de nuestra gloria, nuestra reputacion, la vida póstuma.

12. *Claudii Galeni ars medicinalis commentariis Francisci Vallessii,* etc. Alcalá de Henares, 1567, en 8.º Venecia, 1591, en 8.º

No menos solícito se muestra Valles, comentando al médico de Pergamo, que interesante le hallamos en las obras de su amado Hipócrates. Si en este á imitacion suya guió la pluma la misma naturaleza, pasándola, digámoslo asi, sobre los perfiles de sus cuadros, en aquel suelta su ingenio, remontándose en pos de él, y siguiéndole en sus teorías filosófico-médicas para presentarnos luego con gran maestría las cuestiones bajo el punto de vista digno de estudiarse. Asi en esta obra, como en todas las de Galeno, haciendo abstraccion de las sutilezas metafísicas con que Valles lo sigue en sus comentarios, y considerando las cuestiones en su fondo, se hallan conceptos que no solo acreditan á nuestro Valles de un ingenio tan gigante como el del mismo Claudio Galeno, sino tambien tan preciso y verídico como el del padre de la medicina.

En estos comentarios, pues, trata con especialidad del gran esmero que se debe poner en la observacion de los síntomas para combatir á aquel que tenga mas necesidad.

13. *Francisci Vallessii, etc. Commentariola in libelum Galeni de inæquali intemperie.*

Esta pequeña obra se imprimió adjunta con la precedente. En el proemio nos dice el autor que el motivo por qué se

dedicó á comentar este libro fué la oscuridad con que lo habian hecho otros antes de él, entre ellos Jeremías-Braulo.

Aunque oscura para los que no esten penetrados de las teorías galénicas fundadas en el Cuaternion, es sin embargo bastante clara una vez estudiado aquel sistema. He aquí un resúmen de lo que en ella se contiene. Las producciones de las enfermedades consisten en la alteracion que esperimenta la flema, la bilis, la atrabilis ó la sangre, cuando á uno de estos cuatro humores se une alguna de las cuatro calidades del cuerpo: humedad, sequedad, calor ó frialdad. Todos los cuerpos tienen una disposicion á esta ó á aquella enfermedad, segun que predomina en ellos una de las cuatro calidades. Esto que sucede en los cuerpos, considerado en general, acontece igualmente en cada uno de los centros de accion; pues que no hay en ellos iguales grados de cualidad, de donde resulta la variedad de temperatura, y al mismo tiempo la disposicion á una dolencia análoga á la cualidad que en ellos predomine.

Estas teorías, que por espacio de trece siglos tuvieron encadenados á todos los médicos del mundo, son la base del libro de la desigualdad de intemperie, que traducido al idioma de las doctrinas modernas equivale á decir libro de las idiosincrasias.

El que guste hacer un estudio particular de estas doctrinas antiguas, ha de leer el comento que hizo el mismo autor á la obra de los temperamentos de Galeno, con lo cual se facilitará en gran manera la inteligencia de esta última.

14. *Commentarii de urinis, pulsibus, et febribus.* Alcalá, 1565, 1569, en 8.º Turin, 1588, en 8.º Pádua, 1591 en 8.º

La dividió Valles en tres opúsculos: en el primero trata de la orina, en el segundo del pulso, y en el tercero de las calenturas. En todos estos tratados considera cada una de sus materias como síntomas de las enfermedades; y aun cuando son muy cortos, interesan sobremanera, y son dignos de leerse.

15. *Francisci Vallessii, etc. in tertium de temperamentis*

Galeni, et quinque priores libros de simplicium medicamentorum facultate, commentaria. Alcalá, 1567 y 1569, 8.º 1583, en fólio.

En esta obra, como ya he dicho en otro lugar, sigue Valles la metafísica del médico de Pergamo; sin embargo, es preciso leerla para enterarse á fondo de las teorías de los temperamentos, como tambien de la terapéutica que seguian los médicos antiguos.

Me limito á recomendarla á los que gusten hacer un estudio particular de las doctrinas galénicas.

16. *De differentia febrium.* Colonia, 1592, en fólio.

Está dividida esta obra en dos libros, en los que sigue comentando las doctrinas galénicas. Vuelvo á repetir aquí lo que ya dejo dicho con respecto á los otros comentos del mismo autor; que es muy útil su lectura, y aun indispensable para los que no contentos con pertenecer al vulgo de los médicos, traten de penetrar por los siglos mas lejanos, buscando en cada uno de ellos el nivel de sus conocimientos; para compararlos despues con los anteriores y posteriores, apreciar sus progresos ó decadencia, deducir de aquí consecuencias filosóficas, adquirir una vasta erudicion, enriquecer en fin el entendimiento para poder juzgar con acierto de lo presente, y dar el justo valor que tenga el estado actual de los conocimientos humanos. No en otra cosa consiste el verdadero estudio de la historia de la medicina, sin el cual nadie podrá aspirar á la perfeccion en este ramo de las ciencias.

Todas las obras de Galeno comentadas por Valles se imprimieron en Colonia, año de 1592, en un tomo en fólio con este título:

Francisci Vallessii Covarrubiani viventium medicorum coriphæi, et in complutensi academia professoris primarii, nunc vero Philippi Austriaci II. Hispaniarum regis potentissimi á Cubiculo medici primi, Commentaria ilustria, in Cl. Galeni pergameni libros subsecuentes.

I. *Artem medicinalem.*

II. *De inæquali temperie libellum.*

III. *Tertium de temperamentis librum.*

IIII. *Quinque priores libros de simplicium medicamentorum facultate.*

V. *Duos de differentia febrium libros.*

VI. *Sex de locis patientibus libros.*

Tractatus medicinales.

I. *De urinis compendiaria tractatio.*

II. *De pulsibus libellus.*

III. *De febribus commentarius.*

IIII. *Methodi medendi libri tres.*

17. *Tratado de las aguas destiladas, pesos y medidas de que los boticarios deben usar por nueva ordenanza, y mandato de su majestad y su real consejo. Hecho por el doctor Francisco de Valles, protomédico general de todos los reinos y señorios de Castilla.* Madrid, 1592, 8.°

Al principio de esta obrita manifiesta el autor la discordancia que en su tiempo habia acerca de los pesos y medidas, para cuyo arreglo se hicieron varias consultas á las tres universidades principales del reino, y se tomó parecer á los médicos de cámara, examinadores y varios profesores doctos; de lo que resultó prohibir á los boticarios que tuviesen ni vendiesen aguas destiladas para uso interno hechas en alambique de cobre, plomo, estaño, ni de otra ninguna materia, sino que habian de ser hechas en vidrio ó en baño de agua ó de vapor. Se mandó tambien que los pesos se ajustasen al marco castellano, tomando por grano el peso antiguo, por dracma 72 granos, por escrúpulo 24, y por obolo 12, *por ser estos los pesos que á todos los médicos griegos, latinos y árabes, fueron comunes desde Galeno hasta los salernitanos.* Con respecto á las medidas de las onzas y libras que corresponden á los pesos, se mandó que se ajustasen con las onzas, y que hubiese en las boticas medidas mensurales idénticas para todos los licores, cuya onza costase de 6 dracmas y 2 escrúpulos de peso de aceite, y la libra de 10 onzas.

Las dificultades que se presentaron en aquel entonces para este arreglo, y la variedad de pareceres encontrados, movieron á Valles á escribir esta pequeña obra, recopilando en ella

las razones que hubo para hacer tal mudanza, presentándonos las diferencias que hay entre estos últimos pesos y medidas, y las de los salernitanos que se usaban antes, trayendo las opiniones de un gran número de autores, sobre cuál destilacion es la mejor, la de alquitara ó baño, decidiéndose por este último, y proscribiendo en gran manera, no solo las alquitaras de plomo, cobre y estaño, sino todo utensilio de cocina, *porque ciertamente han de tomar las cosas que por ellas pasen, la virtud venenosa de estos metales.* Vallés en fin ostenta su grande erudicion en este librito, cuya lectura es sumamente instructiva, y concluye refutando las opiniones de los que creian se siguiesen inconvenientes en dicha mudanza, y haciendo ver que lejos de haberlos, se originaba por el contrario un grande beneficio.

Es recomendable por último esta obra para los que tengan gusto en instruirse en la historia de los pesos y medidas usadas por los antiguos, y otras particularidades no menos curiosas.

Pedro Mercado.

Doctor en medicina y catedrático de ella en la real Universidad de Granada, en cuya ciudad nació á últimos del siglo XV. Escribió dos obras:

1.º *Diálogos de filosofía natural y moral.* Granada, por Hugo de Medina, y Rene Rabut, compañeros, 1558, en 8.º

Esta obrita consta de siete diálogos. En el primero trata de los elementos en general y particular, en los que se tocan muchas dudas, y refutan muchas opiniones de los antiguos, declarándose la produccion de animales, plantas, frutos, montes, metales, temblores de tierra, piedras, fuentes, bocas de fuego; del mar y su flujo y reflujo, y causa de su saladía.

Segundo, trata de los vientos y su número, y diversidad de cualidades; del aire, maravillas que acaecen en sus regiones, del rocío, escarcha, niebla, lluvia, nieve, granizo; del arco iris y sus diversos colores; de los cometas, rayos, truenos, relámpagos; del elemento del fuego, perpetuidad de su

movimiento, con muchos problemas y cuestiones de grande erudicion.

Tercero, trata de la filosofía de los cielos, su materia y número, y movimientos comunes y propios; de las estrellas, planetas, sus lugares, eclipses; del firmamento y cielo estrellado, etc., etc.

El cuarto es un tratadito de higiene, en el que hace comparacion de todos los manjares, y declara cuáles son los mas sanos; yerbas y legumbres, mejores frutos, aguas, vinos, carnes y pescados; órden medicinal que debe guardarse en la preparacion y uso de estos manjares, con muchas cosas de provecho para la conservacion de la salud.

En el quinto hace una juiciosa comparacion y cotejo entre las ciencias de medicina, jurisprudencia, matemáticas y teología con cavilosos argumentos.

El sesto es un tratadito muy curioso y útil en que habla de la melancolía, sus especies y definicion; temores é infortunios que de ella nacen, sus remedios, y muchas razones y avisos curiosos.

En el sétimo trata de los estados y sus condiciones. La superfluidad que hay en España de letrados, desprecio de artes y oficios por falta de proteccion; lo mal que se saben las ciencias y artes, desórden en los sirvientes, y corrupcion de trajes y vestidos.

La segunda obra se titula:

De febrium differentiis earumquè causis, signis, medelá tam in universali quam in particulari ex antiquorum et juniorum tum græcorum tum arabum authoritate. Granada, en 4.º, sin año ni nombre de impresor.

La fecha de la licencia para la impresion es de 8 de enero de 1581, la de la tasacion de agosto de 1583. Parece no ser esta la primera edicion, por haber trascurrido mas de dos años y medio desde la licencia.

Está dedicada al arzobispo de Granada D. Juan Mendez de Salvatierra. El objeto que se propuso el autor fué esponer las doctrinas de los médicos griegos y árabes relativamente á las diferencias de fiebres, y la curacion respectiva de cada una

de ellas. Lastímase de que despues de tantos y tan provechosos volúmenes como habian escrito los hombres sábios de todos los paises, y por espacio de tantos siglos, se hallasen tan olvidados, pudiéndose tener casi por perdidos; por lo que dice, habia determinado escribir este compendio, recojiendo en él todo lo mas provechoso que existia difusamente en las obras de aquellos, esplicando las sentencias de los griegos con las interpretaciones de los árabes, y corrigiendo los defectos de estos, con las sentencias de los primeros.

Divídese esta obra en once tratados. *En el primero se ocupa de las fiebres en general*, subdividido en cinco capítulos.

En el segundo de las fiebres efímeras ó diarias, subdividido en dos capítulos.

En el tercero de las fiebres continentes no pútridas, capítulo único.

En el cuarto de las fiebres hécticas, subdividido en cinco capítulos.

En el quinto de las fiebres marasmódicas, y del marasmo, subdividido en dos capítulos.

En el sesto de las fiebres pútridas en general, subdividido en cuatro capítulos.

En el sétimo de las fiebres coléricas, subdividido en siete capítulos.

En el octavo de las fiebres pituitosas ó flemáticas, subdividido en cinco capítulos.

En el noveno de las fiebres melancólicas, subdividido en tres capítulos.

En el décimo de las fiebres pestilentes, subdividido en dos capítulos.

En el undécimo y último de las fiebres compuestas, subdividido en dos capítulos.

Omito el hacer un análisis mas detenido de esta obra, en atencion á que toda su doctrina no es mas que la de los médicos antiguos, como queda referido. Sin embargo, es útil su lectura para los que quieran hacer un estudio curioso sobre el particular; puesto que hace mencion de las opiniones que respecto de las fiebres habian tenido Hipócrates, Galeno, Ac-

cio, Orivasio, Paulo Egineta; como igualmente las que habian profesado Avicena, Averroes, Haliabas, Rasis, y algunos otros árabes.

Alfonso Rodriguez de Guevara.

Nació en la ciudad de Granada; estudió medicina en nuestras escuelas, y pasó luego á Italia con objeto de perfeccionarse en la anatomía. Habiendo regresado á España al cabo de dos años que empleó en aquel estudio, ocupó una cátedra en la Universidad de Valladolid, donde enseñó á presencia del cadáver la composicion del cuerpo humano, mereciendo que acudiesen á oir sus lecciones los hombres mas instruidos, y hasta profesores encanecidos en la práctica. Convidado despues por D. Juan III, rey de Portugal, pasó á Coimbra, y fué médico de cámara de la reina doña Catalina, á quien dedicó la obra que dió á luz titulada:

Alphonsi Rod. de Guevara Granatensis, in Academia Conimbricensi medicæ professoris, et Inclytæ Reginæ medici phisici, in pluribus ex iis quibus Galenus impugnatur ab Andrea Vessalio Bruxlensi in constructione et usu partium corporis humani, defensio: et nonnullorum quæ in anatome deficere videbantur supplementum. Coimbra, por Juan Barreiro, 1559, en 4.º, idem, 1592, en 4.º

Cuando hablamos de Andrés Vesalio dijimos que los autores extranjeros con marcada parcialidad aseguraban que al belga se debia la fundacion en España de los teatros anatómicos en todas las universidades; cuya noticia no solo era errada, pues que en Salamanca, Zaragoza y en el monasterio de Guadalupe se abrian cadáveres, y se estudiaba la anatomía á su presencia, como se comprueba por los documentos auténticos de que ya hemos hablado; sino que debia mirarse como una injusticia hecha á Rodriguez de Guevara, que fué el que animado del noble deseo de que sus compatriotas se perfeccionasen en un estudio tan indispensable, principalmente á los que se dedicaban á la cirujía, porque es la base principal

de la ciencia, no perdonó medios para que el gobierno mandase espresamente que en todas las escuelas se abriesen cadáveres para el efecto. Dijimos ademas que si bien Vesalio contribuyó á esto mismo, haciendo ver á los médicos la importancia de las disecciones, animando, digámoslo asi, con su ejemplo á que fuesen generalmente bien recibidas de todos, y venciendo la repugnancia de los que miraban con horror los frios despojos de la muerte, el mismo servicio habian hecho tambien, y aun antes que él otros españoles, sin que por eso disminuya el mérito de nuestro granadino. Añadamos ahora que si Jourdan y otros bibliógrafos se hubieran tomado la pequeña molestia de leer únicamente el prólogo de la obra de Guevara, no hubieran caido en el error en que están con respecto á Vesalio, y en vez de ese silencio, ó mas bien ignorancia de que dán muestra al consignar solamente el nombre del español y el título de su obra, nos hubieran dicho algo de la gloria que contrajo en los fastos de la historia de la medicina española, por haber conseguido dar un impulso valiente á los progresos de la facultad, gloria que atribuyen al médico de Bruselas.

El prólogo de la obra de Guevara es el documento que comprueba mi aserto, y por lo mismo voy á traducirlo aqui, aunque pierda mucho del valor que tiene el original escrito en un latin hermoso y elegante; porque su lectura es el mayor elogio que podemos hacer de la pericia de este sábio y diestro disector, que con justo título debe ocupar un lugar muy distinguido entre los hombres mas beneméritos de su siglo.

«Puesto que al tratarse de la ciencia anatómica, á mí mejor que á otros profesores de España toca el desempeñarlo: »hé aqui, amado lector, el pequeño fracmento que publico de »mis tareas, y que debe tenerse como el anuncio de mi futura »edicion acerca de los comentarios á los diez y siete libros »que escribió Galeno del uso de las partes (1).»

---

(1) Es doloroso que no viese la luz pública esta obra de que hace

«Habiendo, pues, pasado dos años en Italia, adonde me »trasladé con el objeto de perfeccionarme en la anatomía, »esta es la razon porque he conocido la grande utilidad que »se saca de su estudio; y no he podido menos de compade- »cerme de mis compatriotas los españoles que, ó han de ha- »cer como yo este viaje, ó de otro modo ignorando esta parte »de la medicina, ó sea la anatomía, no pueden menos de ver- »se comprometidos mas de una vez. Por tanto, juzgando poco »noble aprovecharme yo solo de estos conocimientos, y no »valerme de la ocasion que se me presentaba de dar á la hu- »manidad un testimonio de mi buen deseo, juzgué que se »debia procurar por todos los medios posibles que se instala- »se una cátedra de esta facultad en nuestras academias espa- »ñolas. A cuyo efecto me presenté en el régio senado, donde »espuse mis deseos al príncipe Maximiliano, que á la sazon »era el encargado de los negocios de España, y conocí que »se mostraba propicio.»

«Despues encontré á muchos y muy famosos profesores de »medicina que estaban animados de mis mismos deseos, si »bien los creian impracticables, porque tenian presente que »muchos lo habian intentado, pero que ninguno lo habia »conseguido. Sin embargo, su deseo y mi confianza tanto se »acrecentó, que ni ellos ni yo omitimos medio alguno para »lograr nuestro objeto. Y asi enterado el tribunal supremo de »la utilidad y necesidad de la ciencia por la razon ya espuesta, »se me entregó un decreto (intercediendo para ello el procu- »rador del fisco), por el que se hizo presente á las universida- »des de Alcalá y Salamanca para que reunidos en junta los »maestros, examinasen el asunto con premura, y respondiesen »con su acuerdo, decretado y sellado con el sello público. En »cuyas academias fueron de opinion que la anatomía no solo

---

mencion el autor, puesto que ningun historiador nos dice se hubiese llegado á imprimir; tal vez quedaria manucrista despues de su muerte, y caeria en manos imperitas ó ignorantes, incapaces de apreciar su mérito; resultando de este modo, como otros muchos escritos, perdida para siempre.

»era útil y necesaria á los cirujanos, sino tambien á los mé-»dicos, y lo hicieron saber por cartas al mismo Príncipe y al »Pretorio, las que leidas, y prévia la licencia del Pretor, y »estando todo corriente, se instaló, con no poco auxilio de la »justicia, una cátedra en la Universidad de Valladolid, la que »despues de pasados sesenta dias (á pesar del gran número de »sábios competidores que allí como por casualidad se habian »reunido), sin tomar ningun parecer á los estudiantes, me »fué encargada solemnemente. En el primer curso, que duró »veinte meses, fué mucho el concurso de peritos en las len-»guas, de profundos filósofos muy prácticos y eminentes en »su facultad; los cuales hacian tanto aprecio de los escritos »ajenos, como desprecio de los suyos propios, ridiculizando »las sandeces de la baja plebe; y otros muchos, no tan sábios »(pero que tambien enseñaban públicamente), fueron imbui-»dos de las ideas anatómicas; pero dejo el referirlo á otra plu-»ma que no sea la mia, por si en algun tiempo alguno qui-»siera con maldad aprovecharse de esta gloria.»

«De su asistencia mas fruto saqué yo que ellos, porque »nadie sino ellos era capaz de presentar unas dudas tan suti-»les y unos argumentos tan agudos, ni nadie era capaz de dar »las respuestas que ellos á sí mismos se daban; siendo de ad-»vertir que la mayor parte residian en la corte del rey Don »Felipe, ó en la Universidad de Valladolid. Ademas fuimos »favorecidos con el trato de otros que el cruel hado nos arre-»bató, por ejemplo aquel sapientísimo Céspedes, digno pro-»fesor de la cátedra de medicina de por la tarde (respetable »por su venerable canicie y por su opúsculo *de ossibus*), que »honró nuestra cátedra, asistiendo desde que se instaló has-»ta el último dia de su vida; y el no menos docto Ledesma, »quien habiendo consumido muchos años en Alcalá resolvien-»do dudas acerca de la medicina, desempeñaba entonces la »plaza de primer médico de cámara en la córte del César, al »mismo tiempo que la de censor de la malvada heregía, dig-»na recompensa de su mérito. Tambien se hallaban presentes »con su distinguida erudicion los doctores Rodrigo y Juan »de Peñaranda, catedráticos públicos y perpétuos, asi de me-

»dicina como de filosofía. El brillantísimo doctor Cartagena, »médico y atchates del maestro de los caballeros de España, »el benignísimo D. Pedro Lopez; el muy sábio doctor Madera, »que ahora goza el empleo de médico de cámara; el doctor »Daza, Santa Cruz, Leon Nuñez Perez; para decirlo de una »vez, los muy sábios licenciados San Pedro, Santa María, »Medina, Ventura, Mayorga, el doctor Torres, Losa, y Alva- »rado. Añádanse á los ya dichos, varios que en otro tiempo »con honradez y gran provecho dieron al estado pruebas ine- »quívocas de un escelente carácter, acompañado de virtud y »de talento, entre los que se halla el doctor Sahagun, y el »licenciado Pedro Enriquez, sustituto de la primera cátedra »de medicina; Salvatierra, Ambrosio Enriquez, profesor de »filosofía, Escobar y Segovia. ¿Y que diré del sábio práctico »colegio de cirujanos? ¿podré hacer mas que nombrar al sa- »pientísimo licenciado Torres, al bachiller Torres, á los li- »cenciados Arias, Sosa y Herrera? Mas para complemento »añadiré dos que á propósito debia de omitir su recuerdo, el »del uno por no aumentar mi profundo sentimiento, y el del »otro porque bajo su tutela debia de concluirse la mayor par- »te de este tratado. Estos son el respetable doctor Oñate, que »á la verdad era como la mitad de mí mismo, y el insigne »doctor Montaña, *el que siendo ya de 70 años, y estando »molestado de una rebeldísima gota, hallándose coronado de »innumerables laureles médicos, y ajeno de toda vanidad, sin »perder una, asistió á todas mis lecciones, haciéndose llevar »al efecto en una silla de manos;* lo que á la verdad tanto »chocó á las primeras notabilidades de España, que unida- »mente, y con grande placer, prorrumpieron en un elogio »singular, con lo que dieron un testimonio de no quedar na- »da que desear á los médicos españoles que con igual solici- »tud pretendiesen conseguir el mismo fin.»

«Pero ya es demasiado prolijo mi prefacio. Concluiré, »pues, diciendo que yo mas que ningun otro profesor estoy »obligado á propagar la anatomía en España; lo uno porque »he sido el primero entre los castellanos que he planteado sus »cimientos, y en segundo lugar porque todos los médicos cé-

»lebres tienen puestas sus miras en mí, esponiéndome justas »razones, con las que me instan, para que separando y esco»jiendo de todo lo que yo haya oido acerca de esta nueva »ciencia, lo mas selecto, lo escriba con premura para que el »vulgo se entere mejor, y á las que no puedo ya menos de »ceder, si me he de mostrar agradecido con mis muchos fa»vorecedores. (En otro tiempo obtuve no poca alabanza y »aprecio del invicto rey de España D. Felipe II antes que par»tiese para Inglaterra; y nuestro augusto Juan III, rey de »Portugal, á pesar de ser extranjero y desconocido, me con»firió una cátedra dotada con grandes rentas, y varios otros »honores no despreciables.) Sin embargo, hube de esponer »alguna razon, cuando por falta de un escultor que me hicie»ra unas figuras honestas que representasen todas las formas »del cuerpo humano, no pude publicar una obra compuesta »brevemente en estos cuatro años, por lo que creí que debia »sincerarme y vindicarme, puesto que no me lo impedian »los honores. Mas para mostrarme de algun modo agradecido, »despues de haber meditado, juzgué que nada mas cómodo »y mas del gusto de los sábios podia escojer que de algunas »obras que tenia ya hacia tiempo compuestas, publicar las dis»putas y controversias acerca de la fábrica y uso de las par»tes del cuerpo humano, entre Galeno y Andrés Vesalio, »diestrísimo anatómico, que ha tomado de nosotros algunos »conocimientos: lo que mas de una vez molesta á los aman»tes de la verdad y secuaces de la verdadera filosofía. No tra»tamos en el discurso de este opúsculo de todos los miembros »por su órden, sino solo de aquellos en cuya situacion y sus»tancia, nacimiento ó insercion, circunscripcion ó uso, in»tervienen algunas dudas, dado caso de que en la humana »fábrica se encuentren semejantes miembros. Porque el ha»cer un prolongado exámen de los errores en que incurrió »Galeno, engañado por la formacion de otros animales, lo »dejamos para cuando tratemos de este asunto en nuestros »comentarios á los libros del uso de las partes. Recibe, pues, »benigno lector, este opúsculo con afecto, y disfruta de nues»tro trabajo.»

»En una palabra, aunque lo que esplicamos en la fábrica »no lo tratemos ligeramente, ni dejemos en claro las signifi»caciones de las palabras, nuestro ánimo no ha sido mas »que el de dirigirnos á aquel que no desconozca la fábrica del »cuerpo humano.

»En el gimnasio de Coimbra y calendas de abril del año de »Cristo de 1559.»

La obra de Guevara está dividida en dos libros. Desde el primer capítulo demuestra el autor sus conocimientos anatómicos, principiando desde luego la defensa de Galeno, criticado por Vesalio. En el capítulo 3.º prueba contra el belga el gran conocimiento que tenia el médico de Pergamo del órgano del oido. Al tratar de la naturaleza de los músculos dá la mayor prueba de haber entendido el espíritu de Galeno, y de sus grandes conocimientos anatómicos y fisiológicos. En el capítulo 12, hablando del número de los músculos de los párpados hace ver el error de Galeno y el de su contrario, y esplica su accion fisiológica. En el resto del libro primero sigue ocupándose del número y accion de los músculos del pecho, vientre, brazos y piernas, esponiendo sobre la materia la opinion de Galeno y la de Vesalio, con la refutacion que en varios casos hace este de aquel, pero mostrando en seguida, ya algunas equivocaciones de Galeno, ya lo infundado que iba Vesalio en refutar á aquel, ostentando siempre la estension de sus conocimientos, aun en cuestiones al parecer de poco valor.

En el libro segundo pasa á tratar de la túnica carnosa de las venas, y propone la cuestion de si estas tienen parte en la sanguificacion: no dejan de ofrecer interés los razonamientos de Guevara en este punto. En el capítulo 2.º habla del orígen de la vena cava, y alega razones especiosas, queriendo que nazca del hígado, y dando mucha importancia á esta víscera en la funcion de la hematosis. Pero donde se vé cuánto habia cultivado el estudio de las válvulas, es al tratar del uso de estas. En el capítulo 3.º propone la cuestion de qué parte se ha de sangrar en ciertos males, y con este motivo presenta las varias opiniones que hubo sobre el parti-

cular: habla despues de la revulsion, de la accesion y evacuaciones, y describe con bastante exactitud la distribucion de la vena cava, para inferir de dónde es preferible sangrar, respondiendo á las varias opiniones que habia en la materia. En el capítulo 7.º, despues de hacer una exacta descripcion de los senos cerebrales, espone la opinion de Galeno, y hablando de las venas pulsantes (arterias) manifiesta haber conocido como en el dia la anatomía del cerebro. En el capítulo 9.º presenta las opiniones sobre el sentido del olfato, y las impugna pasando á hablar del movimiento que tiene el cerebro en los niños, y haciendo ver que no es un movimiento voluntario. Hasta en tales cuestiones, al parecer de poco interés, ostenta su sagacidad y el estudio reflexivo que habia hecho de cada una de las partes del cuerpo humano.

Por último, esta obra es digna de toda alabanza, muy curiosa, y su lectura puede abatir el orgullo de algunos presuntuosos, que piensan que antes de ellos nada se sabia, principalmente en anatomía.

Gerónimo Murillo.

Fué colegial, cirujano de Zaragoza, y natural de esta ciudad, donde practicó con acierto y crédito su profesion.

Juan Antonio Tebano, en la epístola al lector, puesta en la reimpresion de la obra de Murillo, dice que tuvo gran salida dicho escrito, no solo en España, sino en los reinos estraños, añadiendo que su mérito y el de su autor no se disminuiria publicándole otra vez. El título de la obra á que se alude es el siguiente:

1. *Terapéutico método de Galeno, en lo que toca á cirujía.* Zaragoza, 1572, por Bartolomé Nájera. Valencia, 1624, en 8.º Zaragoza, por Juan Ibar, 1651, en 8.º

2. *Interpretacion del tratado de la materia de cirujía, compuesto por Jacobo Hollerio Stempano, médico de París, recopilado de varios libros suyos, y adornado con muy doctas y elegantes paráfrasis en muchos lugares oscuros.* Zaragoza, por Miguel de Huesa, 1576, en 8.º Huesca, 1561, en 8.º

Las recetas que trae esta obra las vertió posteriormente del latin al castellano el Dr. Antonio Pablo Serrano, médico valenciano, en un opúsculo impreso en Valencia en 1624, en 8.º, por Miguel Sorolla, á costa de Juan Antonio Tebano, mercader de libros.

El referido Tebano dice hablando de este último profesor, *que sus obras algun dia las aplaudirian sus compañeros*, por lo que es de creer que permanecian inéditas.

Miguel Gavalda.

Natural de Vinaroz, reino de Valencia (1), maestro en artes y Dr. en medicina: floreció por los años 1561, en que publicó un libro con este título: *Elenchus problematum sive opus culorum.* Valencia, por Juan Mey, 1561, en 8.º, el cual contiene los opúsculos siguientes:

1.º *Quæstio medica de pleuritide phlebotomia cum nova epitome in calce addita hujus quæstionis.*

2.º *Colloquium duorum medicinæ vocantium.* Trata en él *De dolore renun, et coli passione.*

3.º *Utrum phlemone incipienti in alterum crurum sit sanguis mittendus, ex reliquo crure vel brachio.*

4.º *Colloquium aliud medicum, nempe Sthephani Preceptoris, et Ricardi ejus discipuli.* Trata en él de la fiebre héctica.

5.º *Dubium inter duos socios de sanguine mittendo in angina.*

6.º *Schema sive figura typorum compositorum, ubi corrigitur testus Galeni in libro de typis.*

Fué Gavalda muy estimado del Dr. Jaime García Salat, á quien dice veneraba como á su padre.

Antich Roca de Gerona.

Fué natural de Gerona, y catedrático de la Universidad de medicina de Barcelona. Escribió:

---

(1) Lo dice él mismo en la inscripcion de la dedicatoria de su primer opúsculo al duque de Calabria.

Antichii Rochani, gerundensis medici, in Aristotelis archi-phisicon organum doctissimæ et elegantissimæ prælecciones. Barcelona, 1578, en 4.º

Lexicon latino-catalanum ex Nebrissensi castellano-latino. Barcelona, por Claudio Bornat, 1561, en fólio.

Prælectiones in Isagogen Porphirii in categorias, etc. Barcelona, por Jacobo Sendral, 1578, en 4.º

Prælectiones é Græcis interpretibus haustæ. Barcelona, por Claudio Bornat, 1563.

Oratio de laudibus academiæ barcinonensis habita kalendis septembris, 1562.

Arithmetica por Antich Roca de Gerona. Barcelona, por Claudio Bornat, con lám. al agua fuerte, 1565.

Antich Roca, ademas de ser un escelente médico, poseia con mucha perfeccion las letras divinas y humanas, el griego, que lo estudió con el célebre Vileta, y la poesía. Dedicó su aritmética á D. Cristóbal Calvete de Estrella, y la añadió un compendio para tener y regir libros de cuentas, traducido de la lengua francesa al romance castellano, cuya adicion perfeccionó de tal suerte el mérito de esta obra, que no estrañarán sus lectores se esprese el autor en el prólogo del modo siguiente: «He ilustrado toda la aritmética con diversísimos ejemplos, pertenecientes á varias facultades y artes mecánicas. No tendrá de que quejarse el filósofo, no el geómetra, no el músico, no el astrólogo, no el cosmógrafo, no el arquitecto, ni se quejarán tampoco de mí los negociantes, ni todos los mecánicos. Podrán ver la aritmética en breves preceptos contenida con el mejor órden que he podido, esplicada é ilustrada con diversísimos ejemplos. Ruégoles que reciban todos la voluntad con que lo he hecho, que vale mas que la obra.» En efecto, es libro que por la multitud de noticias curiosas é interesantes que contiene, por el método y claridad con que está escrito, y por hallarse reunido en él lo mas provechoso de los demas autores de este ramo, hace grande honor al suyo, y es digno de leerse con detenimiento. Tambien le adornan varios versos de algunos amigos del autor, y entre ellos los siguientes de Roca.

Antichii Rochani gerundensis in laudem Ansiæ Marci poetæ carmen.

Non ego, sed præstans laudat sapientia Marcum
Laudatur cunctis, quod nitet orbe viris.
Vertice supremos transcendit carmine montes
Et petit ardentes jam sua fama polos.
Mantua lætetur felici munere vatis,
Suspiciat Marcum cunctus in orbe locus

ALFONSO DE MIRANDA.

Portugués: compuso una pequeña obra en diálogo con el objeto de que se guardasen las gentes de los malos médicos, y dar al mismo tiempo las reglas que juzgaba debian seguir los buenos para ser perfectos en su ministerio.

Esta obra la imprimió Gerónimo Miranda, hijo del autor, con el título de *Diálogo dá perfeizao, é partes que sao necessarias, ao bon médico,* en 4.º, 1562, en Lisboa, y la dedicó al rey D. Sebastian, de quien era médico de cámara. Está escrita en un lenguage elegante y lleno de erudicion, pero no siempre bien sostenido; tiene trozos graciosos, y otros que parecen de otra pluma. Es obra que se ha hecho muy rara, y por lo mismo voy á trasladar algunos párrafos, cuya lectura no dejará de agradar.

Se figura un diálogo habidó entre el comendador Fernan-Nuñez, catedrático de retórica y griego en Salamanca; y Filiatro, que habiendo ido á visitarlo, le halló atormentado de la gota: preguntándole este por su indisposicion, le contesta él:

Comendador.—Es un mal, que si los poetas antiguos lo hubieran tenido, no hubieran necesitado fingir los buitres, ruedas, y las demas penas con que en el infierno los malos son atormentados: aquellos no afligian á todos los miembros, y mi dolencia ninguno deja sin gravísimo dolor.

Filiatro.—Gota debe ser.

Com.—Ella es, y no tienen tanta fuerza para atormentar en el infierno los rios fingidos de fuego, como sola esta gota.

Fili.—Solo un consuelo hallo en este mal.

Com.—¿Qué?

Fili.—El no ser peligroso, porque cosa que fatiga al cuerpo, pocas veces vemos pueda sacar el ánima.

Com.—Ese es el mayor mal, haberse con sus dolencias, como las penas de los dañados despues de la resureccion, que quemándoles los miserables cuerpos, nunca los acaban de consumir.

Fili.—Pero al fin es natural el deseo de la vida y conservacion de ella.

Com.—No me parece sintieron eso los filósofos que dijeron ser mejor no nacer, ó brevísimamente morir. Aunque este dicho sea tan generalmente admitido, tampoco es de mi parecer, pues repugna á nuestra cristiana religion. Pero desear un hombre viejo la vida con enfermedades, es tan gran locura, como holgarse de hacer un largo viaje en nao por muchas partes abierta y con viento contrario, en la que el piloto ha de dejar el gobernalle de la mano, cerrando y calafateando las aberturas que por su vejez se le hacen. Y es bien, segun los filósofos, levantarse de la vida contentos, como convidados de banquetes, despues de haber bebido el dulce vino de la juventud.

Fili.—¿Haceisle algun beneficio á esa dolencia?

Com.—Huelgo señor me tengais por tan buen cristiano, que os parezca deba cumplir el precepto evangélico en hacer bien á aquel de quien recibo mal.

Fili.—No lo digo á ese propósito, sino si ayudais á la gota con algun beneficio de medicina.

Com.—¿Qué cosa es medicina? Vos no conoceis que hablais con el comendador Hernan Nuñez: nuevo debeis ser en esta Universidad: pues estando yo sano me alterareis con ese mónstruo, cuanto mas me habeis turbado en la disposicion que agora estoy.

Fili.—Asi es verdad, que ha pocos dias que por vida os co-

nozco, aunque ha muchos que por fama sois conocido en nuestra España y Europa: y solo vos fuisteis causa de dejar yo mi naturaleza, encendido con el amor que la reina Saba vino á ver la sabiduría del rey Salomon, y con el que Platon y Pitágoras peregrinaron tanta parte del mundo; ni recibais esto en lisonja, pues de los últimos fines de la tierra fueron á Roma dos mancebos, solo por ver en ella á Tito-Livio autor de la historia romana, aunque antes de otros ya la habian tentado. Pero en España vos fuisteis el primero que sembrasteis el idioma griego, y de todo lo que ha multiplicado se os deben las primicias en reconocimiento, pues tienen de vos solo la dependencia y orígen.

Com.—En merced os tengo la buena opinion que de mí publicais, aunque de mí yo conozco que solo sé que no sé nada, y soy amigo de la sabiduría, pero no sábio. No os negaré haber sido tocado de la sensibilidad, con algun vientecillo de vanagloria, porque es tan dulce la alabanza en letras, que aun los santos doctores no cerraron de todo punto las puertas de sus oidos, soplándoles este suavísimo aire; porque todo el tiempo que tuve salud lo emplee en ayudar á las buenas letras griegas y latinas.

Fili.—De eso son buenos testigos Pomponio Mela, Séneca y Plinio, cuyo tesoro estaba antes, que no nos aprovechábamos mas de ello que si estuviera enterrado cien estadios de tierra; en fin, tornasteis á regenerar lo que estos ilustres autores habian engendrado, lo cual estaba ya tan corrupto, que no se conocia entre ellos parentesco, segun lo poco que á sus padres parecian. Pero habeisme hecho muy maravillado en hablar mal de la medicina, pues siendo doctísimo, como sois, forzoso habeis topado en vuestra varia leccion sus diversos loores.

Com.—Y aun de eso me viene á mí su aborrecimiento.

Fili.—¿Cómo me podreis negar que en las letras sagradas no está escrito que el alto Dios crió la medicina?

Com.—Tambien crió ese mismo Dios los venenosos animales, las ponzoñosas yerbas, y los pestíferos torbiscos y tóxicos: de donde los filósofos no supieron determinar si fuese na-

turaleza madre nuestra, mas verdaderamente que madrastra.

Fili.—Bien, mas aun de esos animales se saca provecho para el hombre.

Com.—De manera que segun eso no se ha de tratar con menos tiento la medicina, que con peligro se toma la vívora para aprovecharse de ella.

Fili.—La Sagrada Escritura veo que manda honrar al médico por la necesidad.

Com.—Pequeña honra es la que se dá por necesidad, pues por ella ansí debíamos honrar todas las cosas necesarias al cuerpo para sostenerse. Porque muchas hay de muy poco valor, de las cuales la naturaleza humana está necesitada para su conservacion.

Fili.—Ya veis cuánta autoridad dá á todas las cosas la venerable antigüedad, y de esta ciencia fueron Apolo y Esculapio su hijo, antiquísimos inventores.

Com.—No me persuadiréis por ahí, porque mas antiguo es el demonio, y no por eso es bueno: y á ese mismo Esculapio mató Júpiter siendo su nieto, porque usó la medicina con Hypólito, y cuando fué traido á Roma de Epidauro vino en la nao en figura de culebra, significando su ponzoñosa calidad, y no quiso tomar la forma de ninguno de los animales útiles á la república.

Fili.—¿Pues cómo Apolo y el mismo Esculapio fueron alzados por dioses, edificándoles suntuosos templos, sacrificándoles innumerables ganados, y ansí sabemos que los antiguos acostumbraban á honrar por dioses á los hombres ó mujeres que fueron inventores de cosas necesarias al linage humano?

Com.—Tambien adoraron á Mercurio porque inventó el hurtar, y á Venus porque mostró á las mujeres la torpe ganancia de sus cuerpos, y á Flora, pública ramera, le hicieron los romanos en honra suya fuegos públicos, y llegó la vanidad de ellos á hacer templos á la calentura y al miedo, dejando el desatino de los egipcios que adoraron á los mas sucios animales.

Fili.—¿Qué respondereis al verso de vuestro Homero, que dice que vale por muchos un solo médico?

Com.—Eso se ha de entender para hacer mal, como artillero, que siendo uno solo mata un escuadron de gente.

Fili.—Teneis tan delicado juicio, y tanta fuerza en él, que no hay cosa que no hagais torcer hácia la parte de vuestra opinion.

Com.—Con todo eso querria torciese esta mi gota los miembros de los médicos, y no puedo.

Fili.—¿Qué me direis de Chiron el Centauro? ¿no fué muy alabado de los poetas por haber usado la medicina en provecho de los hombres?

Com.—Tambien alabaria yo á los médicos de nuestro tiempo, *sino la usasen en daño universal de nosotros.*

Fili.—Si la medicina no fuese necesaria, ¿cómo los romanos trajeron el uso de ella desde Grecia á Roma?

Com.—Trajeron tambien otros innumerables vicios, con que afinaron sus generosas costumbres: y todos los años que estuvieron sin médicos, que fueron muchos, vivieron siempre mas sanos que con ellos. Y aquel gran Caton censorino, cuando los médicos vinieron de Grecia á Roma, dijo: en nuestra ciudad entran hoy enemigos armados y disfrazados en hábitos de médicos, y en este lugar los tuvieron despues Tiberio, Vespasiano y Aurelio, emperadores, no fiando de ellos su salud.

Fili.—¿Qué rey hubo en el mundo que hiciese de ningun hombre la confianza que el gran Alejandro de Filipo su médico? pues llegando con una mano la purga á la boca, que le habia ordenado, y estándola bebiendo, le mostraba con la otra lo que del real de Dario le avisaban, cómo venia la ponzoña en el vaso que estaba tomando.

Com.—Pues de ahi se colige lo contrario; pues para ensayar traicion no halló Dario en todo el ejército de Alejandro de quien mas verosimilmente se pudiese fiar la alevosía que del mismo médico.

Fili.—Si la medicina fuese mala no se consentiria en España y otras potencias que con mas policía se gobiernan.

Com.—Buena razon; ¿y en España no se consienten las casas públicas de prostitucion, jugadores de pase pase, matachines y otra muchedumbre de burladores? Y plugiese á Dios no fuesen mas dañosos los médicos que ellos, pues estos solo llevan el dinero, y los médicos el dinero y la vida.

Fili.—Diferente es permitir una cosa ó mandarla, porque la medicina no solo se permite, pero las leyes civiles dan muchos privilegios á los que profesan este arte, y están de ella establecidas cátedras con grandes salarios, asi en esta insigne ciudad, como en Alcalá, Coimbra y Valladolid.

Com.—De esas se deben entender las cátedras de pestilencia que dice David.

Fili.—¿Es posible que de veras quereis derribar la medicina? Tambien habeis de destruir la filosofía, sobre cuyos fundamentos está fundada.

Com.—No penseis, señor Filiatro, que en lugar de reprender á los médicos, digo mal de la verdadera medicina, pues basta para loor de este arte y su aprobacion haber Dios mandado en el Exodo, pagar el trabajo de la cura al médico, y haber comparado Cristo en el Evangelio su divina persona á la del médico. Ni penseis tampoco que aborrezco yo esta facultad, por lo que en algunos filósofos he leido, por cuya opinion no tendrian los hombres necesidad de curarse, pues la brevedad ó largueza de la vida la deputan estos á un hado, el cual no se puede contrastar, afirmando que en naciendo la criatura salia con su sentencia de condenacion á muerte, y escrito en ella el término de la ejecucion, contra el que ninguna apelacion humana se puede conceder. Pero dejo yo la averiguacion de esta opinion, porque no tengo por mas seguro el tratar de la perdicion del ánima, que peligroso disputar de la del cuerpo; y aunque yo reprendo á los médicos, no por eso tacho la medicina, porque yerro muy grande seria culpar el arte de la pintura y escultura, siendo cosa tan útil, porque en nuestro tiempo no se hallen Apeles, Zeujes, Phidias y Praxíteles para ejercerla. Lo mismo seria decir mal de la vihuela, instrumento casi divino, por ser rudo el músico que la tocase.

Fili.—No se podria decir eso en vida de vuestro hermano Luis Guzman, el cual no tocaba con menos dulzura que Orfeo.

Com.—El mismo yerro seria el que reprendiese la predicacion por corromper á veces su celestial grandeza, predicadores indoctos y echacuervos.

Fili.—Segun eso ¿de qué medicina entendeis para asestar contra ella la artillería de vuestro injénio y letras.

Com.—De la que agora se trata.

Fili.—Paréceme á mí que ha muchos años que no se ha tratado tan bien, porque ha sido nuestra edad mas venturosa que las pasadas, en florecer en ella hombres tan eruditos, que con toda diligencia y propiedad nos han traducido del griego y del latin todos los autores graves médicos, con cuya luz se han ilustrado las tinieblas en que por ignorancia de la lengua estuvieron los médicos antepasados.

Com.—No os contradiré de cuánto provecho hayan hecho estas nuevas traducciones de estos tiempos, aunque nunca de una lengua en otra se puede volver tan fácilmente, que no se queden pegadas en las manos de los traductores muchas de las gracias y donaires que estaban en el orijinal, mayormente del lenguaje mas copioso que es el griego, en otro menos que es el latin. Porque acaece lo que á las plantas en tierra muy fértil criadas, que si las trasponen en terreno estéril, ó no prenden, ó producen menor ó menos sabrosa fruta.

Fili.—No os querria Tulio conceder de buena voluntad esa ventaja que decís acerca de la copia en estas dos lenguas.

Com.—La necesidad le fuerza á él mismo confesarlo, pues faltándole vocablos latinos, usó de los griegos; y es confirmacion de él, que lo traducido no puede llegar con tanto lustre como estaba en su propio idioma. Veis que la nieve pierde su blancura andando por muchas manos, aunque sean muy limpias; y veis por esperiencia con cuánta mas facilidad se bebe la fresca agua en la fria fuente, que despues de haber llegado por arcaduces de cualquiera metal.

Fili.—En otras facultades importaria eso, pero en esta basta

entender la sustancia del autor con toda fidelidad, y esa tenémosla agora con las traducciones nuevas.

Com.—Digo que segun fué mas ó menos la intencion y fuerza del autor; pero ya que sea lo que vos quereis, no por eso puede el médico conocer perfectamente lo que el autor trata, pues muchos vocablos latinos de animales, aves, peces, plantas, yerbas y piedras, que no es lo menos principal en que consiste la medicina, no se puede saber qué palabras de romance les corresponden.

Fili.—¿Por qué razon?

Com.—Porque en las mudanzas de los señoríos en España, de bárbaros, así de godos, como árabes, se mudó tambien el lenguaje que antiguamente teníamos de los romanos, y solo el nombre de romance con algunos restos de aquella lengua nos ha quedado.

Fili.—Esa cuenta no la podrán tener muy cierta los médicos en los grados de frio y calor que atribuyen en algunas plantas y yerbas.

Com.—Ansí me cae en mucha gracia cuando los oigo proceder por estos grados hasta el cuarto, como en casamientos, pues las mas de sus medicinas no las conocen, cuanto mas saberlas deslindar el deudo, que de frio ó calor se halla entre unas y otras.

Fili.—Casi me vais persuadiendo, pero recibiré gran merced me digais por estenso los otros inconvenientes de la medicina, para acabarme de echar del fuerte en que antes pensaba yo estarlo mucho.

Com.—Por buen alcaide os tengo, pues en tan flaca fuerza, os habeis defendido de la medicina, sin que ella sola os matase, fiándoos en su palabra. Pero holgára mucho complaceros si tuviera mejor disposicion para ello de lo que tengo.

Fili.—Antes creo será parte para aliviar ó sentir menor el dolor del cuerpo, estando ocupado el ánimo con atencion de lo que tratáredes.

Com.—Condescender quiero en lo que quereis, y pues la division es lo mejor para la claridad, partiré en dos partes

brevemente nuestra disputa: la primera será del médico y la segunda del boticario.

Fili.—Muy buen órden me parece, pues que en esas dos cosas, médico, boticario y medicinas penden las leyes de esta facultad.

Com.—Comenzando, pues, por el médico, como mas principal, aun cuando hasta ahora la ley civil le dá igual dignidad que al boticario, y la misma ley los tiene en tan poco que parece burlar con ellos, pues despues de habellos una vez aprobado permite se puedan tornar á reprobar. Pero dejando esto, quiero formar un médico tan perfecto como imaginó Tulio un orador; y mostrando las muchas partes que en el médico se requieren, mostraré tambien serles todas tan necesarias, como rara se vé en ellos.

Fili.—Sí, pero tal orador como ese, dice Tulio que no se halló.

Com.—Tambien confieso que en nuestros tiempos se hallará dificultosísimamente médico con los colores que yo pintaré.

Fili.—¿Cuáles?

Com.—Primeramente ha de ser gran latino y griego..........

(Desde aquí empieza á hacerse difuso el autor y poco agradable; así no haré mas que indicar los puntos principales del asunto.

Quiere además que el médico sepa el árabe para instruirse en las doctrinas de Avicena, Rasis Averroes y otros.—Fuera de esto dice que debe ser consumadísimo filósofo natural, pues que la filosofía es el eje sobre que gira la medicina.—La astrología dice que le es indispensable por la dependencia que nuestros cuerpos tienen con los celestes. Filiatro le hace notar que los médicos se burlaban de tales dependencias, á lo que contesta furibundo: «Ansí me burlo yo »tambien de ellos y de quien se cura con ellos, pues no es»tudian para saber la especulacion de la teórica, sino como »hombres ociosos y faltos de injénio no saben sino hacer rece»tas como balas de mercancias para ganar, y con todo aun no »están contentos, nunca los vereis sino quejarse de que no hay »que hacer.» Filiatro le dice: escuche un cuento en el que dos médicos estaban discordes en dar á un príncipe una purga en

tiempo dela conjuncion de la luna, diciendo uno de ellos: «Qui-»taos de esas niñerias, que los planetas están en el cielo y »nosotros en la tierra.» A lo que contesta el Comendador: «Debia de saber bien aquel verso de Ovidio que dice: como »todas las alimañas miren hácia la tierra, no tenia él necesidad »de mirar al cielo.»

Luego añade que el médico jóven debe oir á los doctos, pues que así como los cuerpos toman la calidad conforme al manjar de que se mantienen, así tambien la recibe el ánima de la doctrina que bebió de la boca de su maestro. Juzga el estudio de la anatomía como indispensable, tanto al cirujano como al médico, siendo ella para la profesion lo que los mapas y esferas para los geógrafos y astrólogos. Despues de todo quiere que el médico tenga mucha esperiencia y que haya viajado, que sea diligente, secreto cual confesor, discreto, prudente, cauto, muy leido, limpio, grave, honesto, cortés, gracioso á sus tiempos, y no tanto que gane el nombre de chocarrero y pierda su autoridad, recogido, estudioso con órden, caritativo con los pobres, etc. Mas adelante habla de las disputas de los médicos jóvenes con los viejos, sobre de qué brazo se ha de sangrar en el dolor de costado, y el término medio de otros de sangrar de los dos brazos, con lo que á costa de sangre concordaban las opiniones. Habla de la influencia de los climas en la virtud de las producciones, y lo comprueba en que la salvia del Africa tiene una virtud especial en la perlesía, que no tiene la nuestra; los tigres de las Indias son menos bravos que los hircanos y africanos; las lanas de las ovejas de Castilla se vuelven merinas paciendo en una provincia, y en otras se tornan á su primitivo estado; y en que los hijos de los españoles en las Indias Orientales y Occidentales no era tan buena gente como la nacida en España. Ultimamente, despues de hablar de otros puntos poco interesantes, manifiesta que los mejores remedios para los importunos son los negativos, no comais, no bebais, no os purgueis, no os sangreis, etc.

Hablando de los boticarios dice que si tuviera permiso del rey mandára con sus confecciones emplumar á unos y á otros, y que sería muy acertado quitarles á los médicos las boticas

como al frenético las armas. Critica algunas operaciones farmacéuticas; se burla de la nomenclatura del arte, diciendo que son los mejores nombres «para encantar nublados, maldecir á la langosta y al pulgon,» y que habia llegado á tal punto la desvergüenza de los boticarios, que á una de sus suciedades le llamaban *manus christi*; y en suma, concluye que no saben cual debieran su profesion, siendo la mejor medicina dejar obrar á la naturaleza.

ANTONIO JUAN DE VILLAFRANCA.

Natural de Valencia, doctor en medicina, cirujano práctico, y muy versado en la historia.

Escribió:

1. *Traduccion de latin en romance de la crónica historial de Paulo Jovio, obispo de Nochera, añadida por el traductor hasta la muerte del invictísimo emperador Cárlos V, nuestro rey y señor.* Valencía, por Juan Mey, 1562, en fólio.
2. *Las flores de Guido*, 1517.

De esta obra hablan Rodriguez, Jimeno, Onofre Esquerdo en su manuscrito de ingenios valencianos y otros autores. Véase la obra de Jimeno, pág. 138.

GABRIEL AYALA.

Médico de Amberes, pero descendiente de una familia española: D. Nicolás Antonio lo hace tambien nacido en España: estudió en la Universidad de Lovaina, y recibió en ella el grado de doctor en medicina, en 1556. Era hermano ó pariente muy inmediato de Baltasar Ayala, conocido por sus escritos sobre el arte militar. Ambos gozaron de grande reputacion en sus respectivas profesiones, y Gabriel dejó escritas las siguientes obras:

1.ª *De lue pestilenti.*

2.ª *Popularia epigrammata medica.*

3.ª *Carmen pro vera medicina ad luem pestilentem: additis ab Auctore in hunc ipsum scholiis.*

4.ª *Elegiarum liber uus.*

Estas cuatro obras se imprimieron todas reunidas en Amberes, 1562, en 4.º

GARCIA DE ORTA.

Portugués, médico en las Indias Orientales, y hombre de gran ingenio, y peritísimo botánico. Dedicado por muchos años á la herborizacion por los paises americanos, habia adquirido un jardin y algunos campos donde tenia recojidos los mas raros vejetales de aquellas regiones, de cuyo exámen dió parte á los europeos. Debémosle, pues, muchas noticias que con suma diligencia y gusto adquirió, no solo de varias plantas desconocidas y de sus virtudes, sino tambien de otras cosas que tienen relacion con la medicina; y para que la obra que escribió sobre el particular quedase lo mas perfecta posible, la enriqueció tambien con varias pinturas y dibujos, representando las plantas mas raras de los referidos climas orientales. Esta obra en diálogo la vertió primeramente en latin, y despues en su dialecto natural; su título es:

Coloquio de simples é drogas é cousas medicinais da India. Impreso en Goa, por Juan Enden, 1563, en 4.º

Esta obra la tradujo en italiano con anotaciones de Clusio, Anibal Briganti. Venecia, 1576, en 4.º Venecia, 1616, en 8.º

Cárlos Clusio la redujo á un epítome con láminas, añadiéndole la historia de los aromas de Cristobal de Acosta, y Nicolás Monardes. Amberes, 1567, en 8.º; idem, 1574, en 8.º; idem, 1579, en 8.º; idem, 1593, en 8.º; idem aumentada con los exóticos de Clusio, 1605, en fólio.

Se tradujo tambien en inglés por M. Trampton, en 1577, y en francés, por Antonio Collin. Leon, 1619, en 8.º

La obra de García Orta ó Huerta en castellano, como le nombran la mayor parte de los autores que hacen honorífica memoria del autor, se ha hecho sumamente rara; Cristobal Acosta la corrigió, y la tomó por tipo para escribir la suya sobre el mismo objeto; y aun cuando rectificó algunas de sus observaciones, salvando los errores que cometió el por-

tugués, es digna de notar la delicadeza con que lo hace, achacándolo mas á descuidos y yerros de los impresores de la ciudad de Goa, donde escribió Orta, que no á culpa suya, *pues que la buena fama, dice, y autoridad del autor nos persuaden no ser suyos.* Por lo demas todos los historiadores convienen que Orta fué varon grave, de raro y peregrino ingenio. Véase en conformacion de esto á Lampillas, Acosta, N. Antonio, A. Andrés, Quer, Haller, etc., etc.

Onofre Bruguera.

Natural de Barcelona, catedrático de medicina de su Universidad; escribió una obrita que se ha hecho bien rara, de la que poseo un ejemplar muy bien tratado, que tituló:

Nova ac infestae destillationis, quae civitate barcinonensi ac finitimis circiter hiemale solstitium anni á Christo nato, 1562, *accidit brevis enarratio.* Barcelona, por Claudio Bornat, 1563, un tomo, 8.º

Esta obra está dedicada á D. García de Toledo, capitan general de Cataluña; trae un epígrama latino por Antich Roca de Gerona en honor de Bruguera, y se divide en los capítulos siguientes:

1.º De morbis communibus, deque eorum differentiis.
2.º De destilatione in Universum.
3.º De fera destilatione.
4.º De venæ seccione in his qui destilatione laborant.
5.º De contagione.

Nuestro Bruguera describió con exactitud el catarro epidémico de 1562; espone sus síntomas y causas, segun las doctrinas de su tiempo, y defiende que dicho catarro no fué contagioso. El doctor Rosell en su obra de la peste dice de Bruguera «que fué hombre el mas docto de los que ha habido en nuestros tiempos, padre del que fué canciller de Barcelona, y diputado de Cataluña, militar, mi maestro, etc.» El baron de Haller en su biblioteca médico-práctica, y Villalva en su epidemiologia, hablan bien de esta obra, aunque sin haberla visto. Court-Sprengel en sus instituciones médicas la

cita esponiendo que describe la tercera epidemia catarral de las que desde la edad media han afligido á la Europa, y empezaron á observarse y describirse por los médicos.

Tambien debe creerse compuso otra obra sobre la peste, y lo confirma el doctor Bernardo Mas, en su *Orde breu para preservar de la peste*, pág. 36, cuando al hablar de la preservacion de los niños dice: *Lo Dr. Onofre Bruguera en la preservatio de la peste en les criatures petites escriu, etc.*

Alonso Suarez.

Este médico, de quien no hace mencion D. Nicolás Antonio, fué vecino de Talavera, y tuvo la feliz ocurrencia de reunir en una obra los mas célebres escritos griegos y latinos de veterinaria, traduciéndolos á nuestra lengua vulgar con este título:

Recopilacion de los mas famosos autores griegos y latinos que trataron de la existencia y generacion de los caballos, y de cómo se han de doctrinar y curar sus enfermedades, tambien de las mulas y su generacion. Ahora nuevamente trasladados del latin á nuestra lengua castellana. Por el licenciado Alonso Suarez, y añadido en muchas partes de los modernos, lo que en los antiguos faltaba, juntamente con muchas declaraciones en las márgenes, las cuales son para mayor inteligencia y declaracion de la presente obra. Toledo, 1564.

Dirigida al ilustrísimo y muy magnífico señor Alvaro de Loaysa, Señor de la Villa de Huerta de Valde Caravanos.

Los autores que tradujo fueron: Pedro Crecensino Absirto, Heroclos, Hipócrates, Pelagonio, Mago Cartaginense, Africano y otros hasta veinte.

Garcia Lopez.

Portugués, natural de Portolegre. Estudió la medicina en la Universidad de Salamanca, y tenemos de él la siguiente obra:

Commentaria de varia rei medicæ lectione, medicinæ studiosis non parum utilia. Antuerpiæ apud Viduam Martini. Nutii, 1564, 8.º

Está dedicada al doctor D. Juan Mascarena, caballero ilustre de Amberes.

Trata primeramente de la gota, y de la verdadera interpretacion que debe darse á la sentencia de Hipócrates sobre este mal.

Habla despues de las viruelas; del cálculo de los riñones, y de cómo se ha de administrar la zarzaparrilla.

Tuvo correspondencia epistolar con Tomás de Veiga, de quien dice era amigo.

Juan Tomas Porcell.

Este benemérito profesor nació en el castillo de Caller, ciudad de Cerdeña, perteneciente en aquel tiempo á la corona de Aragon. Despues de haber hecho los primeros estudios en varias universidades del reino pasó á Salamanca, donde cursó medicina, y segun él mismo refiere fué discípulo del doctor Alderete, catedrático de Prima, de quien hace un honorífico elogio, llamándole *preceptor mio meritísimo*, *hombre de gran doctrina y esperiencia*. Concluida su carrera se estableció en Zaragoza, en donde ejerció la facultad, y obtuvo una cátedra de medicina en sus escuelas, como lo testifica el marqués de Risco en su alegato fiscal.

Por los años de 1564 trató Porcell de volver á su patria, pero habiendo en aquella sazon asaltado la peste bubonaria la ciudad de Zaragoza, los Jurados de ella que lo fueron Juan Lopez de Tolosa, Pedro Inxausti, Micer Juan Bautista Sala, como tambien el licenciado Juan Navarro, y el doctor Diego Despes de Sola, le pidieron y rogaron no los desamparase en aquel conflicto, y que se quedase para auxiliar á los desgraciados apestados, á lo que condescendió aquel corazon magnánimo, posponiendo el amor de su patria, y su misma seguridad, al cumplimiento de la obligacion que le imponia su sacrosanto ministerio. No tendré voces con que ponderar el

valor de este sardo, que no contento con asistir á los infelices atacados de la peste con una asiduidad y celo dignos de ser imitados, pues segun él mismo confiesa tenia á su cargo sobre ochocientos enfermos solamente en el hospital general, sino que ansioso por descubrir la causa eficiente de aquel terrible azote; se apoderó del cuchillo anatómico decidido á buscar en las lesiones de los órganos los medios que lo iluminasen para arrancar á la muerte las vidas de sus semejantes, haciéndose por este solo hecho superior á los mas intrépidos varones de su época, despreciando las envejecidas precauciones de su tiempo, y venciendo obstáculos al parecer insuperables. Bien podemos asegurar que este insigne práctico, este héroe de la medicina, fué el primer mortal que se atrevió á abrir el cadáver de un apestado, y este hecho es tanto mas digno de admiracion, cuanto que se verificó en un siglo lleno de supersticiones. Ademas si consideramos las circunstancias de ser la peste un mal desconocido entonces, no solo en su esencia, sino en sus causas y método curativo, por cuya razon se le consideraba como un azote enviado por el cielo para castigo del género humano, como tambien que el riesgo del contagio habia roto los lazos que unen al hombre en sociedad, esparciendo el espanto, el terror y la confusion en el pueblo, conoceremos entonces, reflexionando un momento en aquel crítico apuro, toda la serenidad de Porcell, y su impavidez en medio del peligro. Animado solo por la mas filantrópica idea, sin que el temor al contagio que á todos aturdia le hiciese apartar de los cadáveres, escudriñaba escrupulosamente, y anotaba las lesiones que hallaba en los órganos, para arrancar á la naturaleza los recónditos secretos envueltos entre las mas imponentes sombras del misterio, con aquella dulce tranquilidad y complacencia del que hace un gran beneficio en pro de la humanidad.

Aconsejaré siempre á los amantes de nuestra literatura médica, lean detenidamente la interesante monografia de este sábio médico, y principalmente las autopsias cadavéricas que hizo, y en las que refiere particularidades dignas de eterna fama, y entre ellas la historia de una operacion cesárea.

Puede decirse que las ideas de esta obra sirvieron de norma á Peyer para la formacion de *su método histórico-anatómico-médico*; y nuestro Piquer dice de ella *que es superior á la famosa descripcion que de la peste de Nimega nos dejó un testigo ocular, Isbrando Diemerbroech*, de cuyo libro asegura Valli que es rico en doctrina y observaciones.

Daré á contiuuacion una lijera idea de esta obra, cuyo título es:

Informacion y curacion de la peste de Zaragoza, y preservacion contra la peste en general. Zaragoza, por la viuda de Bartolomé de Nájera, 1565, un tomo en 4.°

En la dedicatoria dirigida á Felipe II dice que la causa de haber fallecido en aquel contagio, que duró desde primeros de mayo hasta diciembre de 1564, tanto número de gente, fué por la falta de médicos y cirujanos que habia arrebatado la peste bubonaria en todo el reino de Aragon, y que con objeto de que los facultativos con mas seguridad y valor visitasen y curasen á los enfermos, habia determinado escribir su obra.

Hace despues una súplica á D. Bernardo de Bolea, vicecanciller de los reinos y corona de Aragon, y presidente del supremo consejo, á fin de que intercediese con su magestad para que fuese su obra protejida; pues que su intencion al escribirla habia sido el presentar las particulares noticias que habia alcanzado de la esencia, causas, accidentes y curacion de esta peste, como tambien de la preservacion de cualquiera otra en general, publicándola en lengua vulgar para que todos se aprovechasen de sus noticias (1).

---

(1) El licenciado Mores, físico, dice despues al lector, «que si se »hallase algo mal escrito en esta obra, ó mal arromanzado, que no »maraville, puesto que el autor era Sardo,» añadiendo, que si fuese bien recibida saldrian á luz otras tres, á saber: *una de anatomía en diálogo; una tabla muy cumplida de todas las obras de Avicena, y una práctica conforme á la doctrina de los árabes, griegos y latinos.* Es lástima que Porcell no diese á la prensa dichos tratados, al parecer suyos, pues que ningun bibliógrafo les cita, ni yo tengo mas noticia de ellos.

Al principio del libro se halla tambien el retrato de este Sardo en el acto de estraer el hígado de una mujer apestada, á quien hizo la operacion cesárea. En el primer capítulo se ocupa de dar las razones y motivos que tuvo para quedarse en Zaragoza á cuidar de los apestados.

En el segundo espone el órden que estableció en el hospital de su cargo para la cura de los enfermos, diciendo que con solo cuatro cirujanos que le ayudaban, visitaba por mañana y tarde sobre ochocientos, viéndoles á todos las úlceras, y sajándoles los tumores, que eran la base y fundamento de todos los accidentes, y donde debe tomar el médico la indicacion.

En el capítulo tercero *trata de las cinco anatomías que se hicieron, y de lo que en ellas se halló digno de consideracion y notar*. Asegura que la causa porque hizo estas autopsias fué por descubrir el orígen de aquella enfermedad, *porque una vez conocido pudiese aplicar los remedios adecuados*.

La primera anatomía que hizo fué en una mujer preñada de seis meses; «y como la criatura estuviese viva, dice, la abrí »luego, le saqué la criatura, que aun boqueaba, y el vicario »la bautizó y murió luego. Esta mujer era de 28 hasta 30 »años; tenia el tumor ó apostema debajo del brazo izquierdo »muy grande, ancho y lleno; tuvo grandes ascos y vómitos, »ademas de otros accidentes: murió al cuarto dia de la do»lencia. Halláronse tres cosas dignas de consideracion: la »primera que la vejiga de la hiel era tan grande como un »huevo de ansar, llena de cólera, la cual no tenia el color »amarillo que le es natural, sino de un rubio encendido, y el »conducto que vá de la hiel al duodeno era tan gordo como el »dedo auricular de un muchacho; el duodeno y el estómago »estaban llenos de cólera, mas oscura que la de la vejiga de »la hiel; la del estómago era de color de cardenillo, siendo »esta la causa porque todos los heridos de este mal decian que »su enfermedad estaba en el estómago, y que si les quitaran »aquello que tenian, que luego estarian buenos. Lo segundo »que hallé de notable fué que todos los miembros nutritivos, »hígado, bazo, riñones y tripas estaban tan buenos en color, »sustancia y magnitud, como en un hombre sanísimo. Abrí

»el hígado sacándolo fuera, y lo deshice, considerando en él »la carne, asi como las venas y sangre, y lo hallé todo como »de la mujer mas sana del mundo. En el bazo no hallé cosa »de notar : abiertos los riñones encontré una poca acuosidad, »de la que se suele hallar en otros. Lo tercero que hallé de »notar fué que debajo del brazo donde tenia el tumor, no entre »cuero y carne, sino entre la carne y las costillas habia tan- »ta cantidad de cólera, como la que puede caber en un huevo »grande, algo mas oscura de color que la que se hallaba en la »vejiga de la hiel, y asi tiraba algo á verde. Empezábase á »cuajar como una yema de huevo, aunque no tan densa, de »la cual salian por medio de la carne hácia el cuero unos fi- »lamentos; y acuérdome que antes que muriese la enferma le »toqué y tenté el tumor, y lo tenia tan sensible, que apenas »se lo dejaba tocar. En los livianos (pulmones) no hallé cosa »alguna digna de notar. En el corazon habia unos coágulos de »sangre harto mas negra de la que en otros suele hallarse: »echó de sí alguna hediondez.

»La segunda anatomía que hice fué en un mancebo ro- »busto y recio, de edad de treinta y tres años: lo habian san- »grado antes que entrase en el hospital; tenia la hinchazon en »la ingle izquierda, de magnitud de una avellana, y muy »sensible: murió el segundo dia de su dolencia: hallé en él »tres cosas notables. Primera hallé, como en la precedente, »la vejiga de la hiel muy grande, y aun mayor que la otra, cu- »yo líquido era de color amarillo oscuro; la via que sale de »ella para injerirse en el fin de la primera tripa y principio de »la segunda, estaba llena tambien de esta misma cólera. De »esta via salia tambien un ramillo para el fondo del estómago, »en el cual habia una cantidad de cólera verde oscura, la cual »era causa de los grandes y fuertes accidentes que tuvo el en- »fermo antes de morir, como postracion, grandes ascos y ga- »nas de vomitar, dolor de estómago y de cabeza, insomnio, »inquietud, etc. La segunda cosa digna de grande considera- »cion y admiracion fué el corazon, el cual sacado afuera, y »atados primero los cuatro orificios para que no saliese nada de »lo que contenia; cuando lo abrí, echó de sí tan grande hedor

»y corrupcion, que pensamos todos cuantos allí estába»mos caernos muertos, tan grande fué el vapor malo que nos »dió á todos, especialmente á un cirujano, el cual pensé que »se moria, y asi estuvimos todos de mala gana algunos dias; »pero no dejamos de curar y visitar á los pobres dolientes. »En las tripas y bazo no hallé cosa de notar; en los riñones »hallé una acuosidad algo oscura, y por eso se quejaba el pa»ciente mucho de los riñones en estado de salud, segun me »dijeron algunos que lo conocian. El hígado y masa sanguínea »completamente buena, asi en color como en todo lo demas. »Lo tercero que noté que dentro de la túnica que cobija y »envuelve todos los miembros nutritivos y tripas (peritóneo) »en la parte interior junto al empeine, hácia la ingle izquier»da, que era en donde estaba el tumor, habia una porcion ó »cantidad como de dos huevos grandes, de una cólera que te»nia el color como de un buen azafran; no estaba cuajada, »sino muy líquida, y en esto diferia de la otra, y no habia »salido casi nada hácia la hinchazon ó landre, la cual abrí; »y por el rededor habia un licorcito amarillo, aunque en po»ca cantidad, y una poca de sangre cuajada, porque entonces »se acababan de echar al enfermo unas ventosas con sangre.

»La tercera anatomía que hice fué en una muchacha de »edad de doce años, flaca y colérica; tenia el tumor debajo »del brazo derecho, algo grande y lleno; murió al quinto dia »de su dolencia: padeció durante ella de grandes desma»yos, ascos, conatos á vómito, y aun vómitos de cóleras ama»rillas. No hallé cosa que difiriese de las otras, mas que la có»lera que estaba en la vejiga de la hiel, estómago, y en el tu»mor era de un mismo color, de rubio encendido, y la que »existia en la hinchazon no estaba cuajada como en la pri»mera, sino muy líquida, y no entre cuero y carne, sino en»tre la carne y las costillas. La sangre que estaba dentro del »corazon era algo acuosa y muy hedionda, aunque no tanto »como en la precedente: todos los miembros nutritivos, hí»gado y masa sanguínea estaban buenos, asi en sustancia »como en color.

»La cuarta anatomía fué en una mujer de veintiseis años,

»de muy mala complexion: tenia el bubon en la ingle derecha, »muy pequeño; murió al cuarto dia de su dolencia; padeció »de grandes ascos y fuertes accidentes; vomitó cóleras ver- »des-oscuras. No diferenciaba nada de las otras, asi en la ve- »jiga de la hiel y el meato que vá á las tripas, como en todos »los otros miembros nutritivos: el hígado y masa sanguínea »estaban buenos: en el estómago tenia una especie de cólera »porrácea, y en el corazon, grande putrefaccion: el tumor »diferenciaba de los otros, pues tenia mas porcion de cólera »entre cuero y carne que entre carne y hueso, y tengo para »mí por muy cierto que sino hiciera los desórdenes que hizo »no muriera, pues que se bebió una redoma de vino que le »trajo su marido, y bebia agua muy amenudo y en poca can- »tidad.

»La quinta y última anatomía fué en un mancebo como »de veinticinco años, de buena complexion. Tenia el tu- »mor en la íngle derecha, de magnitud de un piñon con »cáscara: murió al tercero dia: tuvo como los demas gran- »des ascos y vómitos de cóleras, que ni eran amarillas, ni »verdes, sino entremezcladas; y porque se decia que es- »taba estenuado por el abuso que habia hecho del coito, y »yo nunca habia hecho anatomía en semejantes, la hice »de mejor voluntad, por cerciorarme de lo que muchas ve- »ces habia leido en los autores, que aseguran que llegan á »echar sangre y mueren los que tratan demasiado con mu- »jeres. Lo primero que hallé de consideracion fué la vejiga »de la hiel, que era mayor que ninguna de las otras, pues »tenia la magnitud de una pera grande, y la cólera que con- »tenia era de un color verde claro: el meato que de ella sale »para injerirse en la primera tripa era muy grande, y lleno de »la dicha cólera, aunque no tan verde: en el duodeno habia »grande porcion de cólera de color de azafran quemado: en »la parte inferior del fondo del estómago, hallé como media »escudilla de una acuosidad verdinegra muy hedionda y pes- »tilencial. El hígado era muy grande y mayor que dos híga- »dos juntos; contenia gran cantidad de sangre, pero de buen »color y sin infeccion alguna. Las venas que del tronco in-

»ferior de la vena cava salen y se injieren en los riñones, »llamadas emuljentes, eran muy gordas y llenas de sangre »muy colorada: en los riñones habia tambien buena cantidad »de sangre, lo que hasta hoy no he visto en cuantas anato- »mías he hecho. Los vasos espermáticos eran muy grandes y »llenos de mucha sangre; el derecho, que era el lado donde »estaba el tumor, contenia mas copia de sangre que el iz- »quierdo y mas negra, y toda coagulada. Los compañones es- »taban todos llenos de sangre pura, sin que se pareciese nada »á esperma: los vasos espermáticos deferentes estaban tam- »bien llenos de sangre. Allende de todo lo dicho tenia las arte- »rias que van á los compañones muy llenas de sangre mas co- »lorada y rubia que la otra. El tumor, que cuando vivia el en- »fermo era tan sensible, que no se lo dejaba tocar, habia al- »rededor de él una poca cólera vitelina ó de color de azafran, »y luego alrededor una poca sangre coagulada. El corazon »contenia grande abundancia de sangre negra y algo he- »dionda. Estas son las anatomías que he hecho, despues de »lo cual he curado todo al contrario de como antes, que es no »sangrando ni sajando, y menos purgando por cámara.»

En el tercer capítulo deduce de las cinco anatomías que hizo, que la dicha peste procedia de cólera no mezclada con sangre, y que no convenia sangrar ni sajar, diciendo: *de los pocos que á los principios, antes que hiciese las sobre dichas anatomías, mandé sangrar, viven hoy dia tan pocos, que casi con los dedos se podrian contar, y aun aquellos han tardado tanto á convalecer, que en dos, tres y cuatro meses, no han podido volver en sí.* Y añade mas adelante: *cuando los sangraba, se postraban y debilitaban en tan grande manera, que no lo puedo mas encarecer, y se volvian casi todos frenéticos, unos mas que otros, porque siendo la sangre freno de la cólera, sacándosela queda ella mas furiosa y desenfrenada.*

En el capítulo 5.º responde á las objeciones que los médicos amigos de sangrar podrian hacerle para probar que en la peste de Zaragoza era necesaria la sangría. Dice que por esperiencia ocular aseguraba, que todos los que tenian carbuncos, si se los sajaba y salia mucha sangre, se morian, y to-

dos aquellos que no les salia sangre, ó si salia era muy poca, escapaban. Que los médicos (continúa mas adelante) que deseen la salud y vida de las gentes, no sangren ni manden sangrar; que de este modo me convalecieron á mí, solo en el hospital general, en el mes de mayo, 200 personas, en junio 600, en julio 600, en agosto, solamente mujeres, 160, en setiembre, que el mal iba en decadencia, 60 y mas mujeres, en octubre 30, y en noviembre 20.

En el capítulo 6.º prueba que en la peste de Zaragoza, y en otras semejantes á ella, no convenia administrar purgantes, sino hacer vomitar y sudar á los enfermos, habiendo observado que cuantos habian tenido cámaras á los principios de la enfermedad, y antes que se les abriese el tumor, todos se morian sin escapar uno.

En el capítulo 1.º de la segunda parte de su tratado, nos habla de las causas de la peste y de su definicion, diciendo, que aquel contagio vino de Francia, en donde á la sazon le habia; que su causa general era la influencia de los cuerpos celestes, y la próxima un vapor venenoso que subia de la vejiga de la hiel al estómago, y á los emunctorios de los tres miembros principales hasta el corazon.

En el capítulo 2.º nos habla de los accidentes de dicha peste. Nos descifra las variedades de los bubones, diciendo que eran unos tumores muy dolorosos y sensibles al tacto, pero no de igual magnitud, variando desde el tamaño de un garbanzo al de un huevo; que su figura era tambien distinta, presentándose unos redondos ó largos, ó bien llanos ó puntiagudos, que salian en diferentes partes, como debajo de los oidos, brazos é íngles, en el cuello, espaldas, en los mismos brazos, nalgas, vientre, y junto al empeine; que el tiempo de su salida no era igual en todos, pero que por lo comun salian juntamente con la aparicion de la calentura: en algunos al primero ó segundo dia de la fiebre, y en otros uno ó dos dias antes de ella, observándose tambien que á muchos de los apestados, en vez del bubon, les salian muchos carbuncos pequeños en el cuello, cara, pecho, espaldas, vientre, lomos, nalgas, muslos y piernas, y que estos carbuncos, te-

nian unas pústulas semejantes á quemaduras, cuyo color era por lo regular azul claro, pero otras tiraban á verde oscuro, amarillo, y pocas á negro, siendo todas en gran manera dolorosas. Añade luego que habia casos tambien en que los enfermos en vez de salirles bubones ó carbuncos, se llenaban de unas señales como picaduras de pulga. La orina comunmente no sufria alteracion, aunque era algo citrina y colérica. Habia constipacion de vientre, y cuando no, las deposiciones eran sumamente hediondas. La fiebre no se presentaba de una misma manera, pues que en unos ni habia sed, ni dolor en parte alguna, la lengua la tenian negra, y el pulso pequeño, lánguido y raro; y en otros, desde el primer dia en que caian malos, se les presentaba la fiebre con grandes y fuertes accidentes, con decaimiento tan intenso, que parecian estar á los últimos; desasosiego y ansiedad; interiormente se abrasaban, y esteriormente estaban mas frios que calientes; semblante lívido, y pulso vermicular y formicante. Otros los tres primeros dias estaban llenos de valor; rostro sano, tranquilo, y calor templado; entonces el pulso no estaba muy distante de su estado natural, pero luego al cuarto dia les entraba el desasosiego, la languidez, la mutacion del rostro, y por lo regular se morian. Casi todos tenian dolor de cabeza, insomnio, delirios, ascos, náuseas, vómitos, postracion, falta de apetito y dolor de estómago vehemente. Por último, todos los accidentes de esta enfermedad no eran tan propios que no se observasen en otras; pero añade Porcell, que bien se podia decir y tener por cierto, que si en un mismo tiempo y en una misma tierra y lugar adoleciesen y muriesen muchos de la misma dolencia, que aquella seria peste.

En el capítulo 3.º se ocupa de las señales mortales de aquella enfermedad, teniendo por tales las siguientes: cuando al enfermo no se le podia hacer sudar: cuando el tumor era pequeño y profundo sin pronunciarse afuera: cuando una vez salido se volvia para adentro, y la calentura y accidentes se aumentaban: cuando el tumor era grande, ancho y llano, pero no agudo, y la calentura y accidentes muy recios y grandes: cuando despues de abierto el tumor con boton de fuego, tardaba seis

ú ocho dias en caerse la escara, y estaba muy seco sin humedad, lívido, con mucha hinchazon, y accidentes recios: cuando despues de caida la escara y mundificada la úlcera, se volvia negra, ó el pus era de este color ó lívido y hediondo: cuando el carbunco era negro y variaba de lugar sin que bastasen los remedios que se le aplicaban: cuando sajado el carbunco salia mucha sangre, pues que de esto ninguno escapaba: cuando la orina era acuosa y ténue, ó hedionda y crasa: esta última solia tener un sedimento negro hácia la superficie, siendo esta señal de muerte próxima: cuando la orina era natural, pero la calentura y accidentes muy intensos: cuando se presentaba diarrea antes que se abriese el tumor: cuando despues de abierto el bubon venia un sudor frio, bien fuese general ó parcial: cuando despues de pronunciado el tumor afuera, y estando el enfermo con gran calentura, no sentia tormento ni dolor: cuando el aliento era hediondo: cuando despues de salido el bubon se llenaba el cuerpo como de picaduras de pulga: cuando la mujer estaba embarazada, pues que la mayor parte malparian: cuando la menstruacion era corta, y de seguida se sentian las mujeres heridas del contagio, siendo por otra parte muy buena señal que la evacuacion se presentase á poco de la enfermedad: cuando todo apestado se hallaba pesado, postrado, decaido, con calor interno, sed vehemente, esterior frio y rostro trastornado: cuando al principio estaban muy sosegados, y con gran valor, sufriendo al cuarto dia un trastorno repentino: cuando sentian un ardor muy intenso interiormente, la lengua seca y negra, y cuando absorviéndose el tumor, no tenia el enfermo sed: cuando no cesaba el dolor de cabeza, antes se aumentaba sin poder los pacientes conciliar el sueño; cuando se volvian frenéticos, estaban siempre de espaldas, ó dormian boca abajo, no teniéndolo por costumbre; si cazaban moscas, se llevaban las manos á los ojos, los dedos á la boca, arrancaban los hilos de la ropa, etc.: cuando la respiracion era acelerada, rara y fria: cuando los enfermos se desmayaban amenudo: cuando desde el primer dia tenian el pulso lánguido, pequeño y desigual, y á la postre tardo y raro: cuando habia tos seca, y última-

mente, cuando no cesaban los conatos á vómito, ni podia contener el estómago las medicinas.

En el capítulo 4.º trata de las señales que pronosticaban un buen resultado, siendo la primera el sudor copioso, la segunda que el tumor se pronunciase al esterior y fuese de mediana magnitud y puntiagudo, remitiendo la calentura y accidentes; la tercera, cuando se resolvia, y la calentura y accidentes cesaban: la cuarta, cuando al segundo ó tercer dia de cauterizado el bubon se caia la escara y habia humedad en la úlcera sin inflamacion, y el pus era blanco, leve, y no hediondo: la quinta, cuando el carbunco se mitigaba con los remedios y apósitos: la sesta, cuando la orina no sufria alteracion, y la calentura y accidentes eran remisos: la sétima, cuando se presentaba la menstruacion copiosamente: la octava, cuando el enfermo se hallaba sosegado, el semblante natural, la calentura y accidentes remisos, y todas sus funciones no muy fuera del estado normal: por último, cuando el enfermo tenia apetito y comia bien.

En los capítulos 5.º, 6.º, 7.º y 8.º trata de los medios higiénicos que cree oportuno poner en práctica en tiempo de peste.

En los capítulos 9.º, 10.º, 11.º, 12.º y 13.º se ocupa de los medios terapéuticos que usó para combatir el bubon y sus accidentes. Estos se reducen á los vomitivos, sudoríficos y corroborantes; pero en la curacion de los tumores sujetaba su método á circunstancias particulares. Así, ó bien aplicaba ventosas cuando era el bubon profundo, con objeto de pronunciarlo al esterior, ó bien lo cubria con un emplasto resolutivo, en cuyo caso, si el tumor se resolvia, administraba los purgantes al enfermo, ó si la fuerza del mal era muy grande, y temia que al cuarto dia ó antes acabase con la vida, entonces abria los abscesos con cáustico actual, aun cuando no hubiese señal alguna de supuracion, curándolos despues con un ungüento de su invencion, al que daba tanta importancia que dice al fólio 3 *que duda que tenga par por debajo del cielo*, pero sin decirnos los simples de que se componia. En la cura de los carbuncos consideraba el lugar que ocupaban y

su estado; los sajaba, procurando que no saliese mucha sangre, y aplicaba una cataplasma de yema de huevo, sal comun, escabiosa picada y revuelta con manteca. Administraba tambien en aquella peste el agua fria bebida en abundancia, segun le habia enseñado su maestro Lorenzo Alderete, y como nos refiere á la pág. 54 de esta manera, «llenaba un cántaro de agua muy fria, etc.»

Ordenaba tambien un plan nutritivo y fortificante, y aconsejaba á los facultativos se dejaran de mandar á los pobres muchos remedios, haciéndoles gastar el dinero en cosas que se podian escusar, cuando les seria mas provechoso que lo gastasen en buenas gallinas y otras cosas que les diesen sustancia.

En el capítulo 14 y último del segundo libro nos esplica la causa de *por qué en la peste y fiebre pestilencial se observaba que el pulso y orina no estaban muy fuera de su estado natural*, diciendo consistir en que como el humor que en ella predomina es pura cólera, sin mezclarse con la sangre, sin que haya lesion en ningun órgano, ni el líquido sanguíneo sufra alteracion alguna, nada de estraño es que la orina á los principios de la enfermedad no se presente muy fuera de su estado natural, ni el pulso tampoco.

La tercera parte de esta obra trata de los medios preservativos de la peste, dividida en 16 capítulos. En el primero aconseja que en la parte negativa se crea al médico á ojos cerrados, pero no así en la afirmativa. «En la parte afirmati»va entiendo cuando el médico dice sangraos, tomad estos ja»rabes, esta bebida ó purga, haced esto y el otro, etc. Esto »digo porque hay algunos médicos que á cada dolorcico de ca»beza y á cada mala gana no hacen sino sangrar, jaropear y »purgar, y ordenar mil recetas, etc., á los cuales raras y po»cas veces se les ha de creer, y aun aquellas con grande con»sejo y miramiento; porque semejantes y otras mayores en»fermedades con solo buen regimiento y abstinencia modera»da, se suelen curar.»

En el capítulo 2.º dice que en dos cosas consiste la verdadera preservacion de la peste: la primera en robustecer al

cuerpo para que pueda resistir á la invasion del ajente pestilencial, y la segunda en hacer á este débil, de manera que no pueda imprimir en el físico su morbífica cualidad. En los capítulos 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11 trata el autor de *cuántas maneras se evacua el cuerpo de los escrementos y superfluidades, y á quién convienen las sangrías, los purgantes, vomitivos, sudoríficos, dieta y ejercicio*, todo bajo el aspecto de medios preservativos de la peste.

En el capítulo 12 habla de la preservacion por medios morales, diciendo que de poco sirve que el hombre se haya evacuado si está lleno de pasiones de ánimo, y por esto aconseja á los médicos procuren tener valor, y alienten á sus enfermos, haciendo de manera que no conozcan las jentes que están tristes.

En el capítulo 13 trata de los medios de corroborar al cuerpo, queriendo que todas las mañanas se haga uso de un electuario, cuya virtud encomia de tal suerte que le llama *tesoro de la vida*, y se compone de sustancias tónico-purgantes.

En el capítulo 14 se ocupa de los alimentos y bebidas; habla del vino, legumbres, verduras y carnes, encomiando la del pavo, por ser, segun asegura, de las que mas resisten á la putrefaccion.

En los capítulos 15 y 16 habla de los remedios esteriores mas adecuados para fortificar el cuerpo. Divídelos en dos órdenes: al uno llama *propinqua*, al otro *remota*; el primero lo subdivide en vestido y en aquellas cosas que poseen una virtud oculta como el *soliman*. Encarga el aseo en la ropa, y que las camisas se sahumen y rocien con materias odoríferas: quiere que se lleven en las manos bolas ó pomos llenos de estas mismas sustancias olorosas, de cuyas composiciones nos presenta varias recetas. Los medios preservativos del órden de los remotos, dice que son la casa y aposentos, en los cuales se ha de procurar la ventilacion y la purificacion del aire por los medios que deja dichos en otro lugar.

Al fin de la obra se halla una tabla analítica (en idioma latino) de la peste en general, sus causas y síntomas.

Gaspar Lopez Nuceda.

Natural de las Islas Canarias, catedrático de medicina de la Universidad de Osuna, y médico de cámara de D. Pedro Giron, duque de Osuna.

Escribió una obra titulada: *In libros Galeni de Temperamentis novi et integri commentari, in quibus fere omnia quæ ad naturalem medicinæ partem spectant continentur, opus non solum medicis sed etiam Philosophis apprime utile. Alcalá, por Pedro Robles y Francisco Cormellas*, 1565, en fólio.

El autor asegura que para distraer la afliccion en que se hallaba por la muerte de su esposa y un hijo, habia escrito esta obra, y se habia dedicado á las minas. Que este libro de temperamentos de Galeno lo habian comentado un catedrático de Lovaina, llamado Jeremias, y Leonardo Fuschio, pero que el primero no merecia el nombre de tal comentario, *segun la torpeza de injenio con que habia sido trabajado un asunto de por sí dificil;* y que el otro mas bien defendió á Galeno que lo aclaró é impugnó, y que por esto mismo habia elegido esta materia para dilucidarla mas y que sirviera de utilidad á los médicos.

Gerónimo Muñoz.

Nació en la ciudad de Valencia, en cuya Universidad estudió la medicina; fué además insigne matemático, geógrafo, y muy perito en los idiomas hebreo, griego y latino. Habiendo pasado á Italia desempeñó en la Universidad de Ancona la cátedra de hebreo, cuyo idioma enseñaba con tanta perfeccion, que segun dice Esteban Salazar en el libro *advers. Montanum*, se admiraban los mismos hebreos, que siendo valenciano, hablase su lengua tambien como ellos mismos. Vuelto á Valencia obtuvo en su Universidad dos cátedras, la una de matemáticas y la otra de hebreo, las que desempeñó con aplauso, hasta que solicitado por la de Salamanca para las mismas cátedras, pasó á este punto, donde permaneció dedicado á la enseñanza por algunos años.

Las obras que escribió son las siguientes:

Institutiones Arithmeticæ ad percipiendam Astrologiam et Mathemáticas facultates necessariæ. Valencia, por Juan Mey, 1566, en 4.º

El Cometa.

Esta obra, cuyo año de impresion se ignora, se tradujo en francés con el título de

Traité du noveau Comete, et de son Prognostique, composee premierement en espagnol par Hieronime Mugnoz, professeur ordinaire de la lengue hebraique et de matemathiques á la Universite de Valence. París, por Martin Juven, 1574, en 8.º

Alphabeticum Hebraicum cum ratione legendi cum punctis á magistro Hieronimo Muñoz. Salamanca, 1585.

Dejó manuscritos, segun Gimeno y Rodriguez, los siguientes tratados.

Lectura Geográfica.

Interpretatio in sex libros Euclidis.

De Planipherii parallelogrami inventione.

Vicente Mariner, Morla, Orti y otros autores hablan de este valenciano con mucho elogio.

El primero en su *Elegia in priscos poetas valentinos* dice de Muñoz con su acostumbrada elegancia:

Caluit historiam, Vatumque poemata novit,
Et quod divinus dogma Galenus agit.....
Ingenio et linguis lustravit compita mundi.

PEDRO RIVAS.

Vicario de San Nicolás en Zaragoza. Tradujo del toscano á la lengua castellana un libro titulado:

El Porque provechosísimo para la conservacion de la salud, y para conocer la fisonomía y las virtudes de las plantas. Zaragoza, por Juan Millan, 1567, 8.º

Esta obra, escrita por Antonio de Furno, médico italiano, trata de dar la razon de todos los fenómenos que observamos

en el hombre, tanto en el estado de salud, como en el de enfermedad. Es libro curioso, y bastante raro; contiene 172 fólios.

Pedro Arias de Benavides.

Natural y vecino de la ciudad de Toro: estudió la medicina en la Universidad de Salamanca, y despues estuvo establecido de médico en Goatemala y Méjico, y fué médico del hospital general de esta ciudad. Escribió:

Secretos de cirujía, en especial de las enfermedades de morbo-gálico y lamparones, y asimismo la manera cómo se curan los indios las llagas y heridas, y otras pasiones en las Indias, muy útil y provechoso para España, y otros muchos secretos de cirujía hasta ahora no escritos. Valladolid, por Francisco Fernandez de Córdoba, 1567, en 8.º

Está aprobada por el doctor Pedro de Torre, y por Domingo de Zabala, y dedicada al príncipe D. Cárlos.

Hace mencion de la virtud de muchas plantas, raices, frutos y gomas que usan en América para ciertos males, y despues se ocupa en tratar de la sífilis y de los medios de su curacion.

Vicente Blas Garcia.

Sacerdote, natural de Valencia: estudió en su Universidad las letras humanas, siendo discípulo del famoso Lorenzo Palmireno: dedicóse despues al estudio de la filosofía y medicina; pero impelido de su poderosa aficion á la elocuencia, empleó en ella su principal conato, consiguiendo por su inteligencia, gran fama y nombradía. Enseñó la gramática en las villas de Albacete y de Onda. Desempeñó despues la cátedra de prosodia en su pueblo natal, sucediendo en tiempos posteriores á su maestro en la de retórica. Habiendo pasado á Roma mereció ser admitido en la grande Universidad de la Sapiencia, por maestro de retórica, siendo sucesor del célebre Paulo Manucio. Obtuvo la proteccion de los cardenales y primeros príncipes de la iglesia, especialmente del cardenal Don Juan de Mendoza, el cual se le llevó y mantuvo en su casa,

encargándole la instruccion de Don Fernando de Messia, sobrino suyo, é hijo del duque del Infantado. Oró en aquel tiempo ante el Sacro Colegio en las gravísimas funciones del ingreso al Pontificado, y exequias de Gregorio XIV, en la exaltacion á la tiara de Clemente VIII, y en las exequias del serenísimo duque de Parma, Alejandro Farnesio, y del nobilísimo cardenal Don Juan de Mendoza, su mecenas. Todo Roma le reconocia por uno de los oradores que mas gloriosamente podian competir con sus antiguos padres y maestros de la elocuencia, ora se atendiese á lo majestuoso de la voz, ora á la gravedad de la accion, la pureza del estilo, la agudeza de las sentencias, ó á la copia de erudicion que le ennoblecian. Concluido en Roma á los treinta años su majisterio, le llamó la antiquísima é insigne Universidad de Bolonia para la cátedra de retórica, y le ofreció un crecido honorario. Disponia ya su viaje para aquella ciudad, y aun tenia trabajada una oracion elegantísima que despues sacó á luz en accion de gracias por tan apreciable honra; pero habiéndole sobrevenido una peligrosa enfermedad, y como recibiese en su convalecencia unas cartas llenas de frases honoríficas con que le llamaban al majisterio de Valencia para ser reintegrado en la cátedra de retóca de aquella escuela, suspendió el viaje á Bolonia, y le dispuso para su patria, creyendo que las voces de esta debian ser preferidas á cualquiera otra. Leyó en Valencia con tan numeroso concurso, que no era bastante el local de su cátedra, aunque capacísimo, para los oyentes que le frecuentaban, y era preciso que muchos oyesen desde fuera. Acudia á sus lecciones gran número de caballeros de la mas calificada nobleza de toda España. Desempeñó en esta Universidad varias funciones muy graves, entre ellas la de renovar las leyes académicas, y en una ocasion recitó ante el rey Felipe III una elegantísima oracion latina. Sobresalia tanto, especialmente en la improvisacion, que no reparó en decir Don Baltasar Zapata que en esta parte habia escedido á los Scotos, Manucios, Muretos y Lipsios; elogio verdaderamente grande, en cuyo abono cita al eruditísimo jesuita Francisco Beoció, quien habiendo oido en Roma á nuestro García, formó el mismo concepto. Con es-

ta inmortal fama murió en Valencia el dia 17 de setiembre de 1616 á los 65 años de su edad; y la Universidad celebró su memoria con una oracion latina, que en alabanza suya dijo en el teatro de la Escuela el citado Dr. Baltasar Zapata (1).

Escribió las siguientes obras:

1. *Elogia in multarum adolescentum eximia spe, virtute et doctrina commendationem.* Valencia, por Pedro Huete, 1568 y 1576, en 8.º

Las escribió, como dice el doctor Morla (2), contemporáneo suyo, antes de los diez y siete años de su edad. Muchos son los elogios; pero aun serian mas, si no le hubiera sucedido lo que él mismo refiere en el fólio 117. *Desiderantur* (dice) *alia permulta, lector optime, quæ elocuentie studia recolens, in meorum condiscipulorum laudes elogia composui. Ea enim partim furto surrepta, partim per incuriam eorum quibus commisseram, amissa, fœdissimé perierunt.*

2. *Dialogus de prosodia ad Jacobum Remirum Summæ spei juvenem.* Valencia, por dicho Huete, 1578, en 8.º Este volúmen contiene los opúsculos siguientes:

I. De arte poetica oratio habita in academia Valentina, anno 1578, *ætatis suæ vigessimo septimo Gimnasiarcha Joanne Blasio Navarro.*

II. Brevis epitome in qua præcipua rhætoricæ capita tanquam flosculi quidam sedula manu collecti continentur in gratiam studiosæ juventutis.

III. Orationes duæ, quarum altera in Laurentii Palmireni, rhetoris clarissimi, altera in Micaelis Luviælæ, magni et nobis theologi funera habenda fuerat, nisi quidam quorum erat humaniores litteras promovere, pertinaciter obstitissent.

IV. In commendationem Petri Trujol, qui Michaelem Luvielam funebri oratione laudaverat, elogium.

---

(1) Hacen mencion de este médico literato los autores siguientes: Ortiz, Mem. Hist. p. 186. Morla in præfat., p. 4. Jimeno, Escrit. Valen, p. 275.

(2) Morla in præfat. Empor. pág. 4.

V. Oratio in funere clarissimi theologi Michaelis Luvielæ, recitata á N. studiosissimo juvene.

VI. Una epístola latina con este epígrafe: *Vincentius Blasius Garcia, Valentinus, Laurenti Palmireno primæ classis Præfecto S. P. D.* Hasta aquí los opúsculos contenidos en el referido volúmen. Los de los números 2, 3 y 5 se imprimieron otra vez en Valencia en el año de 1581.

8. *Orationes romanæ, prefationes aliaque nonnulla.* Valencia, por Pedro Patricio, 1603, en 8.º

Comprende este libro cuarenta y dos oraciones á varios asuntos, de los cuales quedan algunos insinuados en el elogio. La que recitó á la exaltacion del Sumo Pontífice Gregorio XIV se estampó en Roma por Vicente Acolto, 1590, en 4.º Antes de la sobredicha impresion de Valencia se publicaron en Roma las tres oraciones que siguen:

4. *Oratio habita pro se ipso in academia romana XVI. Kal. Julii anno ab humanæ salutis exordio. MDXCII.* Roma, por los herederos de Juan Liliotti, 1593, en 4.º La dedicó al cardenal Ascanio Colona.

5. *Oratio funebris habita Nepetre cum eo cadaver Horatii Celsi, Episcopi Melphiensis, é Flaminia, cujus fuerat prolegatus translatum, humaretur, anno Domini MDXCII.* En el mismo punto, por dichos herederos, 1593, en 4.º La dedicó al cardenal Eduardo Farnesio.

6. *Oratio funebris in laudem Alexandri Farnesio, Serenissimi Parmæ, et Placentiæ Ducis.* Tambien en Roma por dichos herederos, 1593, en 4.º La dedicó al referido cardenal Farnesio.

7. *Brevis de prosodia disputatio.* Valencia, por Juan Vicente Franco, 1610, en 8.º El ejemplar que habia visto Jimeno era la cuarta impresion.

8. *Duæ orationes, altera in Exequiis Philippi II. Hispan., et Indiarum regis altera coram ejus filio, Nuru, Filia, et Genero, cum academiam valentínam per humanitatem invisissent.* Valencia, por Juan Vicente Franco, 1611, en 8.º

Salieron dedicados á Don Alonso Pimentel y de Herrera, conde de Benavente.

9. *Præfationes, orationes, et prelectiones in orationem Ciceronis pro Marco Marcello, in philippicam septimam pro rege Dejotario, in quartum Æneydos, in commentarios Cæsaris de bello gallico, et Alciati emblemata.* Recuerda él mismo estos opúsculos en el fólio 35 de sus elogios.

10. *Descripcion del incendio de Sta. Catharina Martir de Valencia, por el maestro Vicente Blas García, año del nacimiento del Señor*, 1583. Jimeno la habia visto entre otros manuscritos de la librería de Santo Domingo de Valencia, juntamente con una version latina que tiene por título: *Narratio et exemplum in latinum sermonem conversum ex Vincentio Blasio Garcia, primæ classis præfecto, et publico rhetoricæ interprete.* Ambas estan en 4.º, y á la márgen de la descripcion castellana nota el mismo García, que cuando se quemó la iglesia era obrero de esta parroquia su abuelo Cosme Torralva. Véase Juan Martin Cordero, año 1588, página 183, columna 1.ª

Santiago Diego Olivares.

Aunque este médico de cámara de Felipe II no dejó escritos por los que merezca ser colocado en la historia de la medicina española, como su nombre está enlazado con la muerte del malhadado príncipe D. Cárlos, he querido consagrar en este lugar un artículo, no solo para tratar en él de aquellos dolorosos acontecimientos, que tanto conmovieron la sensibilidad de las gentes, sino tambien para vindicar á este profesor del crímen de que lo han hecho cómplice algunos escritores lijeros, mancillando su nombre, y hasta poniendo en descrédito el honor de la misma profesion. Tal vez se juzgará no ser adecuado interrumpir la ilacion bibliográfica de nuestros escritores, para referir un pasaje de la historia que nada tiene que ver con las obras científicas de los médicos; pero si se atiende á que varios de ellos han hablado de este asunto, y á la equivocacion en que se hallan muchos de que Vesalio curó al príncipe, á pesar de que aparece lo contrario en la relacion hecha por Daza, de la herida que reci-

bió S. A., de que haremos mencion en su lugar oportuno, creo que no parecerá tan fuera de propósito que informemos antes á los lectores de lo que se ha escrito sobre la muerte del infeliz Cárlos y de la desventurada Isabel, cuya lectura servirá para desvanecer preocupaciones, poner bajo el verdadero punto de vista la conducta de los facultativos que asistieron en sus enfermedades á estos dos ilustres personajes, como igualmente para proporcionar un descanso al atento análisis de las obras científicas de nuestros médicos españoles, consagrando aqui al Dr. Olivares un artículo de vindicacion, que salve al mismo tiempo la conducta de los demas médicos de cámara de aquel reinado.

Muchos son los historiadores que se han ocupado de los acontecimientos que dieron lugar á la ruidosa muerte del jóven príncipe de Asturias, y de las causas del fallecimiento de la reina Doña Isabel de Valois: haciendo unos relaciones lastimosas y capaces de conmover al hombre mas endurecido, retratando otros á D. Cárlos cual un jóven depravado, poniendo algunos en duda el honor de una señora, y presentando todos á Felipe II como el hombre mas hipócrita y cruel á sangre fria, que podamos leer en las historias. Empero cada escritor al trazar la suya, careció seguramente de los requisitos de imparcialidad y buena fé que deben tener los que refieren hechos para que la posteridad juzgue sin aquel espíritu de partido, que hace desfigurar los sucesos mas inocentes. Las causas que dieron lugar á la ruina del príncipe, las que ocasionaron el fallecimiento de la reina, las circunstancias que precedieron á estas desgracias, como el género de muerte que sufrió D. Cárlos, se hallan velados misteriosamente, ya sea por el sigilo con que se procuró obrar en este asunto, ya porque el cauteloso temor refrenase las plumas de los escritores en aquella época, en que con graves penas se impuso silencio al pueblo enternecido y aun horrorizado. Lo cierto es que no sabemos positivamente mas que el hecho, aquel hecho que no podia ocultarse de ningun modo, cual es, que tanto la reina como el príncipe fallecieron desgraciada y prematuramente.

Si consultamos á los historiadores extranjeros, nos hace

cada cual pinturas tan exajeradas, que no podemos menos de conocer el espíritu que los movió al trazar sus obras. Verdad es que algunos parecen tan informados, que nos trasmiten las relaciones mas circunstanciadas, y presentan los hechos perfectamente enlazados, como si hubiesen presenciado hasta el mas insignificante acontecimiento; pero todos ellos nos copian mil consejas y vulgaridades increibles y sin autenticidad alguna. De este número son Jacobo Augusto Tuano y Gregorio Lebi. El abad San Real, M. Langle y Mercier entre otros, nos dan cada uno una novela mas propia para escitar la sensibilidad juvenil que para ser consultada con severa crítica y con la fria esperiencia que dan los años.

Si volvemos nuestras investigaciones á los autores españoles, desde luego se nos presenta Llorente protestando *que su único norte será la verdad*, y cayendo en las mismas patrañas que impugna en otros, y lo que es mas, manifestándose tan parcial, tan sin crítica y tan adverso al infeliz Cárlos, que hasta los impulsos juveniles mas naturales los coloca en el número de los crímenes que le imputa. A decir verdad no se puede seguir la ilacion de su historia sin sentirse impulsado á cerrar el libro. Si leemos á Ortiz hallaremos en su obra una crítica mordaz, y que emite suposiciones arbitrarias y hasta indignas de un escritor juicioso. Pero examinemos un poco mas detenidamente las obras de estos dos escritores, contra quienes principalmente se dirige este artículo.

Llorente se propone en su obra salvar á la inquisicion del cargo que le han hecho algunos historiadores de haber sentenciado á muerte al príncipe, y no hay duda que este particular parece suficientemente probado. Él era secretario de aquel tribunal, y asegura que registró los archivos del consejo de la suprema y de los tribunales de provincia para haber de hallar la causa de D. Cárlos, protestando solemnemente no existir ninguna cosa respecto á este príncipe. Aun cuando pudiera objetársele que el rey podia haber hecho desaparecer la causa, para que nunca constase aquel acontecimiento contra su propio hijo, sin embargo parece mas razonable que solo fuese sentenciado por el Consejo de Estado, cuyo presidente

era el cardenal D. Diego Espinosa, favorito del rey é inquisidor general, por entonces, de donde nació la equivocacion de haber sido el príncipe procesado por la inquisicion. Si Llorente se hubiera limitado á este propósito, no hay duda que su obra tuviera mas autoridad y valía; pero entrando luego á esplicar las causas que movieron á Felipe II á un acto tan escandaloso, no ofrece su obra sino un tejido de patrañas y de animadversion contra aquel infortunado jóven, cuya causa no se sabe á qué referir.

Si cabe disculpa, dice, *en un padre para la impiedad, la tuvo Felipe II;* y luego añade: *Felipe II fué malo, hipócrita, inhumano, cruel á sangre fria, y capaz de matar á su mujer si le conviniera y tuviera objeto; pero la capacidad no prueba la ejecucion sin causa imaginada ó real*: en seguida se muestra sumamente celoso del honor de la reina. Creo con él que esta señora fué virtuosa, pero ¿por qué causa lanza contra el príncipe los mas negros baldones? ¿qué objeto se llevó al quererlo presentar como un criminal, haciéndonos al mismo tiempo la pintura de un loco? Si Felipe II tenia capacidad para ser tirano, y fué impío contra su hijo, ¿por qué es ese empeño en acriminar á un jóven falto de juicio para disculpar á *un hipócrita, inhumano, cruel y capaz de matarlo por causa real ó imaginada?* Este autor se empeña en presentarnos á todos los de palacio como crueles y perversos, salvando solo á la reina y á la inquisicion en este asunto. «Felipe II, continúa Llorente, tenia, desde tiempos anteriores, mal concepto de las inclinaciones de su hijo, habiendo sabido que degollaba por sí mismo los conejos pequeñitos, y que manifestaba placer en verlos palpitar y morir.» Creo que para un hombre tan atroz como nos presenta á Felipe II, no debia ser este un motivo para formar tan mal concepto de un muchacho. Ademas, apenas hay niño que no martirice á los animales que tienen la desgracia de caer en sus manos, sin que por esto podamos decir que son de perversas inclinaciones. ¿Es por ventura de peor agüero que un niño inocentemente y sin reflexion mortifique á un animal hasta hacerle perecer, que salir un hombre con ella á los co-

tos á matarlos por diversion? ¿Pero qué autenticidad ofrece esta conseja? Ninguna. Llorente critica con severidad á los historiadores extranjeros; mas sin embargo, cuando habla contra el príncipe, los cita y copia sus mismas palabras. ¡Cuánta parcialidad, y qué contradiccion!

Llorente niega abiertamente la inclinacion que se ha dicho tuvo el príncipe para con su prometida esposa Isabel de Valois, y asegura que despues del matrimonio de esta con su padre, no podia existir afecto de parte de la reina, *porque el príncipe estaba flaco, débil y descolorido, de resultas de las cuartanas que padecia*; noticia que debia consignarse en los estudios fisiológicos. Ignoraba yo por cierto la imposibilidad de la pasion amorosa en una mujer para con los flacos y descoloridos, y los que padeciesen de intermitentes.

A los 17 años, continua este autor, «rodó el príncipe las »escaleras de palacio, de lo que recibió distintas heridas; Fe»lipe II mandó llevar el cuerpo del beato Diego, religioso lego »franciscano, el cual se colocó sobre el del príncipe, ya mori»bundo, y este empezó á mejorar, lo que se atribuyó al pa»trocinio de San Diego; en cuyo feliz éxito no debemos olvi»darnos de haber auxiliado al herido el célebre médico del rey »natural de Bruselas llamado el doctor *Andrés Basili*. Este »advirtió que los humores pútridos abundaban en la cabeza »del enfermo de resultas de las heridas y contusiones, y cre»yó que si no eran estraidos moriria Don Cárlos, por lo cual »abrió el cráneo, les dió salida, y no murió el paciente; pero »quedó achacoso de dolores de cabeza, que no solo le impe»dian dedicarse al estudio con intensidad, sino que de cuando »en cuando le causaban cierto trastorno de ideas, con que em»peoró su mal carácter.» Este párrafo revela en mi concepto, no solamente la poca crítica de Llorente, sino que escribió su historia sin datos, sin el necesario conocimiento de aquellos sucesos que trataba, llevado solamente de las mal zurcidas noticias que adquiriera de los mismos autores extranjeros que critica y copia, hasta en su malicia contra los profesores españoles que asistieron al príncipe en su enfermedad. Llorente comete la torpeza de equivocar el nombre de Vesalio, y

estracta la errada noticia de algunos autores franceses que han dicho que este belga curó la herida de Don Cárlos. Ya tengo manifestado que no hizo mas que asistir á una de las varias consultas, siendo desechado su aviso, y fallido su pronóstico. Llorente ignoró todos estos antecedentes, y si hubiera leido la relacion de la herida hecha por Daza (1) no hubiera estampado semejantes errores. Aun hay mas; si el príncipe quedó *con cierto trastorno de ideas de resultas de su herida*, ¿por qué se empeña en hacerle tan criminal? ¿Por qué no le consideró como un infeliz enagenado, en vez de pintarlo con un carácter tan perverso? Y si en prueba de este trastorno de ideas nos cita mas adelante varias cartas del príncipe dirijidas á su maestro, en donde manifiesta cierta incoherencia y una perversion de la memoria, olvidando lo mismo que queria espresar, y dejando las frases incompletas, ¿por qué con refinada malicia trata de probar que todo provenia de su *cortísimo talento*? ¿por qué quiere demostrar su desenfreno con varios casos, en que por lo mas insignificante abofetea, persigue y acomete á sus ayos, y á varios caballeros de la corte; siendo mas verosimil, y aun mas razonable en caso de ser ciertos todos los cuentos que ha ido recojiendo en las obras extranjeras, referir estos desvaríos al estado de enfermedad en que se hallaba? Una de dos: ó el príncipe estaba loco como nos lo demuestra, ó no; si lo primero, ¿por qué dice fué disculpable el rey en condenar á su hijo? si lo segundo, ¿qué motivo pudo tener para afirmarnos que sus ideas se hallaban en perturbacion? Aquí, pues, comete Llorente una contradiccion muy notable.

No sé cómo se haya podido dar asenso á la otra conseja del botero que nos refiere, insistiendo siempre en presentarnos al príncipe cual si fuera un mónstruo. «Perdió, dice, el respeto »muchas veces al príncipe de Evoli; dió bofetadas en diferen»tes ocasiones á distintos criados; hizo gestiones de arrojar á »varios por la ventana; puso en peligro de muerte al botero

(1) Véase su biografía.

»que le llevó estrechas unas botas, pues las mandó cocer en »trozos, y obligó al maestro á comerlas.... salia de palacio to»das las noches, á pesar de advertencias, y los desórdenes de »su conducta llegaron en poco tiempo á términos de dudarse »mucho con gravísimos fundamentos, si quedaba ó no idóneo »para el estado del matrimonio.»

Asaz crédulo y poco delicado se muestra Llorente en estas líneas; solamente la animadversion que muestra tener al príncipe pudo dar lugar á creer que el zapatero no tuvo mas arbitrio que comerse las botas; pero no es esto tan digno de criticarse, como su lijereza en presentarnos al jóven sumerjido en vergonzosos estravíos, tratando de arrebatarle, digámoslo asi, hasta la misma compasion de aquellos que leyesen sus desgracias.

En el artículo segundo recopila Llorente los crímenes de Don Cárlos, diciendo, que intentó irse á Flandes en secreto contra la voluntad de su padre, auxiliado del conde de Gelbes y del marqués de Tabara, y llevando consigo al príncipe de Evoli, su camarero mayor, á quien se daria la muerte, en caso de no seguirle, pero que este hábil político desbarató aquel proyecto; que habiendo ido el duque de Alba á despedirse de su alteza para Flandes por haberlo nombrado el rey gobernador de aquellos estados, el príncipe le dijo que su padre habia hecho mal, porque ese empleo le correspondia á él, y que habiéndole replicado el duque que tal vez habria omitido S. M. dárselo por librarlo de los peligros, Don Cárlos se encendió en cólera, sacó un puñal, y dirigió el golpe contra el duque, diciendo: «*pues yo os atravesaré aquí el carazon ántes que vayais á Flandes.*» El duque, añade, se abrazó con el desenfrenado jóven, y lo sujetó. Despues continua diciendo, que como hubiese consentido Felipe II casarlo con Doña Ana de Austria, concibió tal pasion por casar luego con su prima, que incurrió en el nuevo crímen de proyectar un viaje á Alemania sin asenso de su padre, creyendo que presentándose él en Viena, el emperador venceria todas las dificultades, con cuyas esperanzas trató de verificar su proyecto, auxiliado del príncipe de Orange, el marqués de Berg, el conde de Horn, el de Eg-

mont y el baron de Montigni, gefes de la conspiracion flamenca; que para este sigiloso viage escribió el príncipe á los grandes de España, pidiéndoles auxilios pecuniarios, y que el almirante de Castilla presentó la carta al mismo rey, revelándose de este modo el proyecto; que habiéndose ido á confesar, se le negó la absolucion, porque confesó que queria matar á un hombre de altísima dignidad, y no quiso prometer la cesacion; que Fr. Juan de Tobar, quien tambien le negó la absolucion por lo mismo, *conociendo que el príncipe estaba loco, le dijo que revelase quién era el hombre á quien queria matar, pues segun fuera, le podian tal vez dispensar la prohibicion del precepto; proposicion ciertamente temeraria,* añade Llorente, y mejor debiera haber dicho proposicion infame, y mas digna de haber sido juzgada por el tribunal, que otras menos escandalosas. Don Cárlos cayó en el lazo, y designó por blanco de sus iras al que le habia dado el ser. Tambien habia comunicado este su proyecto á su tio el príncipe Don Juan, quien segun Llorente fué asimismo del número de los delatores de aquel desgraciado jóven. Llegado el dia en que habia pensado partir, pidió ocho caballos á Tasis, correo mayor de España, el cual engañó al príncipe, diciendo que todos estaban sirviendo, y dió aviso al rey. Don Cárlos buscó á su tio Don Juan, y le anunció su próxima partida; este le dijo estar pronto á cumplir su promesa, y de seguida lo refirió todo á S. M., quien tuvo un consejo con varios teólogos y juristas sobre si podia en conciencia proseguir disimulando, y dar lugar á que surtiera efecto el proyectado viaje, resultando de aquella consulta que no debia hacer tal. Por lo tanto el mismo rey, acompañado de varios grandes y guardias, prendió por la noche á su hijo, recojiéndole las armas que tenia en su cuarto, llaves, cofres y escritorio. Felipe II llamó al consejo de estado, diciéndole que era por cosas que convenian al servicio de Dios y del reino, y le dió parte del suceso, así como á los príncipes y familia, á los soberanos de la Europa, y al Papa; y escribió á las ciudades del reino, manifestando que como padre no hubiera tomado aquella resolucion; pero que como rey no la podia escusar. Mandó, pues, que se formára proceso con-

tra el príncipe, y creó una comision especial para juzgarlo, compuesta del obispo de Sigüenza Don Diego de Espinosa, cardenal, inquisidor general; de Ruigomez de Silva, príncipe de Evoli, duque de Francavilla y Pastrana, conde de Melito, y Don Diego de Briviesca, consejero de Castilla, quedando S. M. por presidente.

Las ordenanzas de la reclusion fueron tan rigorosas, que habiendo querido visitarle para darle algun consejo, la reina y la princesa Doña Juana, no lo consintió el rey.

Don Cárlos estaba en la mayor desesperacion, y en este estado se formó empeño en que se habia de confesar, obstinándose aquel infeliz en no prestarse al Sacramento.

«Hallábase el príncipe, continua Llorente, en un completo »desórden, tanto en la comida y bebida, como en el sueño. »Abrasada su sangre, y encendida en cólera, creció su calor »corporal en tanto grado, que no bastando para mitigarlo agua »helada, sin embargo de beberla con esceso, hizo poner en su »cama gran cantidad de hielo, para templar los ardores de su »cutis que no podia soportar; andaba desnudo, y pasaba no»ches enteras en esta forma. En el mes de junio se negó á to»mar alimento, y permaneció por espacio de once dias con »solo agua helada... Comia con esceso cuando su estómago »carecia de calor necesario á la digestion, y resultaron tercia»nas dobles malignas con vómitos biliosos y disenteria peli»grosa. Le visitaba solo el doctor Olivares, protomédico de »España; pero consultaba despues fuera de la habitacion del »príncipe con los otros médicos del rey.»

«En breve se sustanció el proceso, de modo que se podia »pronunciar sentencia caso de ser en sumario, sin audiencia, »confesion, ni defensas del reo; pues no llegó el caso de noti»ficar al príncipe ninguna providencia judicial, y solamente »habia declaraciones de testigos, cartas y papeles. Por lo re»sultante de autos *no podia ménos de condenarse á Don Cárlos »en pena de muerte, conforme á las leyes del reino, porque »constaban plenamente sus crímenes de lesa majestad en pri»mero y segundo capítulo, ya por los propósitos y conatos »del parricidio, ya por la conspiracion para usurpar la*

»*soberanía de Flandes, aun á costa de guerras civiles.*»

«El licenciado Bribiesca de Muñatones falló, que como reo »de lesa majestad debia sentenciarle á muerte; pero que el rey »su padre con su autoridad podia declarar no hablaban las leyes »con el primogénito de un monarca. Felipe II dijo que su co»razon le dictaba la dispensa de la ley; pero que su concien»cia no se lo permitia, porque no esperaba fuese para bien de »la España.... pero que atento á que el estado de salud de su »hijo era tan infeliz que se debia esperar su muerte natural, »consideraba *que se debia descuidar la curacion, condescen»diendo á cuantos apetitos tuviera el enfermo, pues atendien»do al desórden de las ideas de su hijo, bastaria eso para su »muerte....*

»Enterados el cardenal Espinosa y el príncipe de Evoli de la »sentencia verbal de Felipe II, formaron concepto de que no »dejaria de ser conforme á su verdadera intencion que el en»fermo se pusiera *cuanto antes* en peligro de muerte.... El »príncipe de Evoli habló con el doctor Olivares en aquel tono »enfático y misterioso que los maestros de la política palacie»ga saben cuando conviene á las ideas del soberano y á las »suyas.... El doctor Olivares no dejó de comprender que lo »que se queria era cumplir una sentencia de muerte pronun»ciada por el rey; pero ejecutarla de manera que quedára sal»vo el honor del reo, aparentando muerte natural con la oca»sion que proporcionaba la enfermedad. Procuró esplicarse de »modo que el príncipe de Evoli quedára satisfecho de que su »intencion estaba entendida como órden real, cuyo cumpli»miento quedaba á su cargo.»

«El dia 20 de julio el *doctor Olivares recetó, y Don Càrlos »tomó una purga, la que fué sin buen efecto*, y por parecer »mortal la dolencia, persuadió el médico al doliente disponer»se para morir como cristiano.»

Mas adelante impugna Llorente al príncipe de Orange por haber imputado á Felipe II el crímen de haber quitado la vida á su hijo, y á Pedro Justiniano por haber dicho que el santo oficio fué quien le dió la muerte en pocas horas por medio de un veneno, *cuando ella fué efecto de una purga*

misteriosa, y siendo secreto el mandato, nadie dudó haber sido procurada la muerte.

«*La fuerza de la verdad*, añade, *es invencible*; *tarde ó »temprano se descubre*, y á costa del curso de dos siglos y »medio van apareciendo tantas especies sueltas, que su reu»nion produce un convencimiento interior de haber sido procu»rada la muerte con todas las apariencias de natural, aun pa»ra con el mismo paciente.»

¡Y al cabo de dos siglos y medio cree Llorente haber llegado á descubrir el secreto triunfando la fuerza de la verdad, y haciendo recaer en el doctor Olivares el negro baldon de aparecer como un verdugo ejecutor de aquella atroz sentencia! Yo apelo á la sensatez y buena fé de los lectores, á los hombres de criterio é imparciales, que juzguen si en el estracto de la relacion de este autor no se descubre una dañada intencion, una falta de veracidad ajena de un escritor público. Creo que no habrá hombre de medianos alcances que no vea en todo esto una trama escandalosa, en que desde el rey abajo se hallan complicados todos los que entendieron en aquellos acontecimientos. Si la intencion de Llorente hubiera sido probar en su historia que todos los de palacio se propusieron sacrificar al príncipe, víctima inocente de sus ideas particulares, no podia haber llenado mejor su objeto. En efecto, su proyectada fuga y su confesion de querer acabar con su padre, con quien estaba á mal, que fueron los dos puntos capitales de su proceso, ¿representan mas que unos desaciertos juveniles unidos á una enajenacion mental? ¿por ventura si el príncipe no hubiera estado loco, hubiera hecho público ante esa junta de teólogos que nos refiere Llorente, su pretendido conato al parricidio, y su obstinacion en que lo absolviesen sin desistir de su propósito? Y estándolo en realidad ¿cómo dice Llorente que si hubiera disculpa para la impiedad la tuvo el padre en ocasionar la muerte de su hijo? ¿Cómo es que nos presenta á este infeliz como un perverso, un criminal y digno de la muerte? Hay mas: si el hecho de haber querido acabar el príncipe con el rey fuese cierto, este hecho, que es el mas grave del proceso, probaría mas que otro alguno

la inocencia de un desgraciado demente contra quien todos se conjuraron, no tomando en cuenta sus padecimientos, con el objeto de arrojarlo cuanto antes al sepulcro. No aparecen con esta inocencia el rey, el consejo de estado, los confesores y hasta los mismos médicos. Llorente nos presenta á un rey hipócrita sentenciando verbalmente á su propio hijo, á honra y gloria de Dios y para bien del Estado, en la ocasion de hallarse enfermo, queriendo no solo que no se le prestasen los auxilios del arte, sino que alhagasen la enfermedad para que de ella espirase con apariencia de muerte natural; sentencia aun mas atroz que si lo hubiera condenado á una muerte violenta, y que le ahorrára el padecer; á Fr. Juan de Tobar, como un impío digno del mayor castigo, procurando arrancar el secreto del príncipe por medio de proposiciones escandalosas, tanto mas criminales cuanto que sabia que estaba tratando con un loco; á un presidente del consejo, echando en su sagrado carácter de obispo la negra mancha de una atroz crueldad, é interpretando las espresiones del rey en union con el príncipe de Evoli, para que cuanto antes se buscasen medios de que un infeliz atormentado de una grave enfermedad muriese lo mas pronto posible; al príncipe D. Juan como un traidor, y á los facultativos de cámara cual unos ignorantes que no supieron manifestar al rey que D. Cárlos estaba loco, debiendo por esto mismo hacer que no se tomasen en cuenta sus acciones y palabras, escitar la compasion general, y procurar tenerlo en custodia, prodigándole los auxilios de la medicina.

Mas prescindamos de estas reflexiones que de sí arroja la lectura de semejante historieta, y examinemos únicamente la impostura con que se ha tratado de denigrar el buen nombre del doctor Olivares. Si la contestacion de este profesor y toda la esposicion de aquel suceso que se lee en Llorente fuesen ciertas, quedarian seguramente en muy mal lugar sus principios de honor y probidad y su perseverancia en la fé que todo médico debe guardar al juramento de Hipócrates. Por fortuna de este médico y de la profesion española no refieren así el hecho otros historiadores nacionales y extranjeros. El distinguido au-

tor de las Causas célebres (1) que incluyó en su preciosa obra la de D. Cárlos, hablando de las causas que hicieron enfermar á este malhadado príncipe, produciéndole una fiebre maligna disentérica, escribe: *que el doctor Olivares, su primer médico, advirtió á Ruiz Gomez el peligro en que se hallaba, y que la enfermedad era mortal*, sin presentarlo á los ojos de la historia como un criminal; y lo mismo acredita el español Juan Lopez de Oyos, que escribió sobre la muerte de este príncipe y la de la reina Isabel.

¿Mas qué fé podemos dar á Llorente, cuando al criticar las falsas noticias de algunos autores con respecto á la inquisicion y al parricidio, copia sus patrañas sobre la purga misteriosa, presentando la noticia como un triunfo de la verdad conseguido al cabo de dos siglos y medio! ¿Qué razones alega para ese convencimiento interior con respecto á los absurdos que nos refiere, faltos de toda prueba? Ninguna. Era preciso buscar un verdugo al príncipe, y no halló otro mas á propósito que su médico de cámara.

Pasemos ahora á tratar del desacato de D. José Ortiz y Sanz, escrito en el compendio cronológico de la Historia de España, contra los médicos de cámara de Isabel de Valois, llamada de la Paz, esposa de Felipe II.

Despues de haber hablado este autor de la muerte del desgraciado príncipe de Asturias se esplica así (2): «A la muerte »de D. Cárlos se siguió otro mayor desastre. La reina Doña »Isabel estaba en cinta, y todos se congratulaban con la espe»ranza de un varon heredero de la monarquía; pero los mé»dicos se obstinaron en que no era preñez, sino una opila»cion maligna. Propináronla medicamentos catárticos y eva»cuantes de tanta violencia, que lograron hacerla abortar de »un infante de cinco meses. Lo peor fué que de resultas mu-

---

(1) Causes celebres et intteressentes avec les jugemens qui les sont decidees, por M. *** Avocat du Parlement. Tom. 12, A París au Palais, 1743.

(2) En el tomo 6, página 228, edicion de 1776.

»rió la reina el 3 de octubre, cubriendo de luto y pena toda »la córte. *Tan cierto es que muchas veces los médicos arreba- »tados y sobradamente satisfechos de su falaz ciencia, acortan »los dias de los mortales* (1).»

No fué esta la opinion general de la Europa, respecto á la muerte de la reina. Este detractor de la medicina y de los médicos no podrá presentar un testimonio auténtico que acredite su calumnia; tan lejos estuvieron los médicos de esta jóven y desgraciada reina de creer en la soñada opilacion, que por el contrario manifestaron su embarazo al monarca, y todos los de cámara tuvieron junta para deliberar si en tal situacion se podrian prescribir medicamentos que evacuasen el humor negro que la reina tenia, siendo ineficaces todos, porque al momento los arrojó, sin que pudieran hacerle ni bien ni mal. Apenas hay un historiador que sea enteramente imparcial y sincero cuando escribe las glorias de su pais, y este es un defecto reprensible, aunque digno de algun disimulo para el que conoce cuánto puede el amor de la patria; pero aquel que adulterando los sucesos, se vale de noticias falsas y de calumnias para oscurecer el mérito de hombres ilustrados, presentándolos á la nacion como ignorantes, criminales y homicidas, solo merece *el desprecio.*

La primera vez que leí este suceso esperimenté una sensacion de lástima y de rubor. Si es torpe calamidad, me decia á mí mismo con Hipócrates, el que sobrevenga la muerte al que haya tomado un purgante ¡cuál seria la de estos médicos que mataron á una reina jóven, hermosa y llena de virtudes, á una reina en cinta de un príncipe que la monarquía ansiaba para la sucesion del trono! La curiosidad despues, y el deseo de conocer á fondo cómo aconteció esta desgracia, me movieron á consultar á los escritores coetáneos de esta lamentable pérdida, y nada hallé en las obras de los mismos médicos que asistieron á la reina, ni en otros de su tiempo: hasta que

---

(1) Véase á Juan Lopez de Oyos sobre la muerte del príncipe y la de esta reina.

por fin encontré un escritor nada sospechoso que escribió la *Historia y relacion verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y suntuosas exequias fúnebres de la Serma. Reina de España Doña Isabel de Valois, nuestra señora.*

Este autor, cuya narracion es cierta y confirmada por el confesor de la misma reina, lejos de referir el hecho como lo escribe el señor Ortiz, ni acriminar á los médicos por haber desconocido el embarazo, manifiesta todo lo contrario, á saber: que se sospechó aun antes de estar la reina verdaderamente en cinta, y que cuando resolvieron darle medicamentos purgantes les detenia la circunstancia de hallarse en el quinto mes del embarazo; y que se reunieron en junta para este objeto todos los de la cámara del rey, á quien avisaron con tiempo del peligro de la enfermedad que padecia la reina. Es pues falso cuanto refiere el señor de Ortiz; pero ¿en qué consistirá la falta de verdad de este historiador? ¿Será credulidad, neglijencia ó falta de veracidad de su pluma? ¿le fué imposible averiguar este hecho, ó le faltó crítica para discernirlo? Todo puede sospecharse, y el desafecto que manifiesta, no solo á los médicos, sino á la ciencia, hace creer que en este punto le faltaron todas las condiciones de un buen historiador.

El autor de las causas célebres habla al final de la de don Cárlos de la muerte de esta reina, y refiere que los historiadores españoles atribuian su muerte á los médicos que la sangraron, estando preñada; pero defiende á estos en una nota en que asegura que nada era mas comun en Francia, y particularmente en París, que sangrar á las embarazadas.

Despues de haber leido al referido autor de las causas célebres, llegó á mis manos un antiguo manuscrito coetáneo á la época de que hablamos, el cual se deja conocer que fué formado por un hábil diplomático, proponiéndose recopilar todas las noticias que se tenian acerca de los acontecimientos que dieron lugar á la catástrofe del príncipe y fallecimiento de la reina. Este manuscrito ha permanecido en una librería particular sin haberse impreso. Cuando lo leí por primera vez busqué ansioso el oríjen de tantos improperios vertidos con-

tra los médicos; pero tuve la grata satisfaccion que en ninguna de sus hojas se hace mencion de ellos, escepto cuando habla de la caida del príncipe, cuya relacion está conforme con la que nos hace Dionisio Daza, y que veremos en su biografía. En medio de la diversidad de pareceres que nos presenta, entre las contradictorias y aun exajeradas noticias que circularon en aquella época, no hay una por la que sospecharse pueda que procediera mal ningun facultativo de la córte. Haria gustoso un estracto de esta historia, sino me detuviese la consideracion de que seria muy fuera de propósito ventilar aquí hechos políticos, no siendo mi objeto sino la vindicacion que he creido debia hacer de la medicina y sus profesores. Quede pues consignada en este artículo la falsedad de sus noticias, y aprendan con satisfaccion los hombres de honor y amantes de la ciencia, que es falso cuanto algunos autores extranjeros y nacionales, copiando á aquellos, han propalado en sus obras en detrimento de la profesion. Repito otra vez que las circunstancias de aquellos lastimosos sucesos se hallan veladas misteriosamente, sin que pueda descubrirse la verdad, siendo una maldad escandalosa que para buscar solucion á hechos inaveriguables se finjan mil cuentos y se busquen ajentes á quienes revestir de los mas negros colores, para dar á la historia las apariencias de verdadera.

Francisco Franco.

Natural de San Felipe de Játiva; estudió la medicina en Alcalá de Henares, y fué catedrático en su Universidad por los años de 1543.

Pasó á Portugal y fué agraciado con la plaza de médico de cámara del rey D. Juan III.

Viajó por diferentes partes de Europa, y despues se estableció en Sevilla, donde ejerció la profesion con grande crédito, llegando tambien á ser catedrático de prima en su Universidad.

Con motivo de sospecharse que en Utrera habia enfermedades contagiosas, el ayuntamiento de Sevilla mandó que pa-

sase Franco á informarse de los facultativos de aquella villa, y declarar de qué género y calidad eran las enfermedades que en ella reinaban. De esto tomó ocasion para escribir una obra sobre las enfermedades contajiosas, que dedicó á dicho cuerpo municipal, y cuyo título es: *Libro de enfermedades contajiosas y de la preservacion de ellas.* Sevilla, por Alonso de Barrera, año de 1569, un tomo en 4.º

En la aprobacion de este escrito consta que Franco compuso algunos comentarios sobre el libro 3.º de las enfermedades populares de Hipócrates; y en la dedicatoria promete dar otros libros en latin, sin decir sobre qué materias, los cuales no imprimió.

La obra de Franco es bastante curiosa, pero en lo relativo á la curacion de la enfermedad que se propuso describir, no tiene el mérito que las de otros médicos españoles, con respecto al mismo asunto. Encierra sin embargo reflexiones prácticas muy juiciosas y consejos higiénicós dignos de ser leidos: trata de las causas, pronóstico, preservacion y curacion de la peste.

Al hablar de la sangría cree que rara vez ó nunca puede convenir en esta enfermedad. En todo caso la permite al principio y en corta cantidad, prefiriendo las ventosas escarificadas aplicadas á cuatro dedos de distancia del bubon, y las sanguijuelas.

Hablando de los medios preservativos de la peste, dice ser uno de los mas eficaces *el huir pronto, largo, y volver tarde*; aconseja la conservacion de las fuerzas, comiendo *varonilmente*, pues habia observado que muchos escapaban siguiendo este precepto, «donde se vé claramente, añade, que aunque »se mande usar en las dolencias agudas alimentos ténues, no »se ha de entender de la peste.» Trata en varios capítulos sobre las carnes, pan, pescados, vinos y frutas que se deben usar en tiempo de epidemia. Hace mencion de diferentes antídotos, electuarios, confecciones, de la piedra de la águila, de la bezoar, de diferentes vejetales, como la escorzonera, á la que dá mucha importancia, de la pimpinela, de la tierra lemnia ó sigilata, de la triaca, de las píldoras de Rufo, y

otras composiciones llamadas magistrales en aquella época.

Asegura vió un escrito que trataba de la peste acaecida en Sevilla en 1402; nos habla tambien de las que afligieron á esta misma ciudad en 1508 y 1524, y refiere igualmente las que sufrió Játiva en 1524 y 1527.

Hace un elogio de los médicos de la escuela de Valencia, de los que dice: «que ni en letras, ni habilidad, ni en cui»dar á los enfermos, á nadie son segundos.»

Franco hizo un servicio señalado á la ciudad de Alcalá de Henares, pues que sospechándose en el año 1543 que habia peste, le comisionó el conde de Cifuentes para que se cerciorase de ello, en union de otros catedráticos de aquella escuela, los que declararon no existir mal contagioso alguno; pero sí que seria conveniente secar y cerrar una grande y honda laguna que estaba á la puerta del vado, lo que se verificó, quitando igualmente otros charcos: y añade Franco: «Alcalá, que era »antes muy enfermiza, y sepultura de navarros, aragoneses »y vizcainos, se transformó en otra templanza de tierra, y en »un lugar muy saludable: tanto puede la actividad y eficacia »de un buen gobierno.»

La segunda obra que publicó se titula: *Tratado de la nieve, dirigido al muy ilustre Sr. D. Bernardo Enriquez, compuesto por Francisco Franco, médico del serenísimo rey de Portugal y catedrático de prima en el colegio mayor de Santa María de Jesus y Universidad de Sevilla.* Sevilla, 1569, en 4.°, por el mismo impresor, aunque en letra de Tortis.

En la dedicatoria manifiesta que se habia decidido á escribir la presente obra por haber preguntado varias veces al autor el D. Bernardo Enriquez *qué le parecia de enfriar la bebida con nieve*; añadiendo que se ceñia á esta particularidad en razon de que *en otra parte habia ya escrito de la diversidad de las aguas, declarando cuáles eran mejores, cuáles se habian de cocer, y de qué manera.*

Elogia en este pequeño tratado al agua enfriada con nieve para muchos males; y trae varios modos ingeniosos de enfriarla cuando no haya nieve, prohibiendo su uso á los sexagenarios y á los niños, hasta la edad de 14 años. Las dos

obras de Franco son del número de las que se van haciendo bastante raras.

Francisco Nuñez de Oria, Toledano.

Natural de Casarrubios del Monte, pueblo inmediato á esta corte. Estudió la medicina en la Universidad de Alcalá, en donde se graduó de doctor: escribió una obra sumamente curiosa, erudita y sólida, relativa á la higiene, titulada: *Regimiento y aviso de sanidad, que trata de todos los géneros de alimentos y del regimiento de ella.*

Sin duda hubo de ser bien recibida por el público, cuando en pocos años se hicieron tres ediciones; la primera en Madrid en 1562, en 8.°; la segunda tambien en Madrid en 1572; y la tercera en Medina del Campo en 1586, ambas tambien en 8.° Esta última, que tengo á la vista, y que dedicó al ilustrísimo Sr. D. Juan Ruiz, obispo de Zàmora, manifiesta por una licencia del Rey, puesta al frente de ella, que este médico habia trabajado tambien dos libros, uno *de los aforismos y epidemias de Hipócrates, y sobre las evacuaciones universales de todo el cuerpo*, y el otro *de todas las enfermedades que fatigan el cuerpo humano, asi en lo esterior como en lo interior*: las cuales, ó no se imprimieron, ó no se encuentran.

Era mas que mediano poeta, como puede verse en varios metros que trae al principio y fin de su obra, y principalmente en otra latina que compuso en verso, titulada: *Liræ heroicæ libros* 14; *sive de Bernardo Carpiensi hispano heroe ac Pallatinis Caroli Gallorum regis.* Salamanca, 1581, en 4.° (1).

Tambien se halla una elegía de este autor á la muerte de Doña Isabel de Valois, en el libro que escribió sobre la enfermedad y exequias de esta reina, el maestro Juan Lopez, impreso en 1569.

---

(1) La he visto y leido en la biblioteca de los jesuitas de esta corte.

La obrita relativa á la sanidad es mucho mas rica y clara que la de nuestro Isaac, y superior tambien á cuantas habian escrito los antiguos y modernos hasta su tiempo. Alimentos, bebidas y todas las cosas que llamaban no naturales, están en ella tratadas con maestría.

Se conoce era muy dado á la lectura de los árabes, pues que sin embargo de citar á Hipócrates y á Galeno, lo hace con mas frecuencia de Avicena, Rhasis, Almanzor, Aliabbás, Avenzoar, Isac y Averroes.

Dá una grande importancia al uso de los alimentos, y supone que estos tienen un poder especial sobre la rectitud en las costumbres de los hombres, porque, dice, «del uso del »buen regimiento, y buenos y loables manjares, resulta buena »complexion, y de la buena complexion buen entendimiento, »del cual proceden las buenas costumbres, y por ende el di»vinal Galeno escribió un libro intitulado: *Que las costumbres »del ánimo siguen la complexion y naturaleza del cuerpo*, y »ansi lo probó, y ansi lo vemos, que el de complexion tem»plada, cual es el sanguino, es de buen entendimiento y jui»cio, y es alegre y no malicioso, y no mañoso, antes justo »y loable. El colérico es osado, veloz, agudo, sutil, inge»nioso, fácilmente se aira y aplaca. El melancólico natural es »prudente, astuto, no fácil alterable, caviloso, engañador, »triste, severo, que guarda la injuria mucho tiempo. El fle»mático, tardo, desgraciado, frio, afeminado, de grueso in»genio y juicio.»

Hállase dividida esta obra en cinco partes: en la primera trata del primer mantenimiento de los mortales, y de los que usaban en la entonces nueva India.

En la segunda trata del trigo, pan, de las carnes, de la leche y de los huevos. En esta seccion menciona la leche de marrana.

En la tercera de las hortalizas y legumbres.

En la cuarta de las frutas.

En la quinta de los manjares, guisados y confituras.

Sigue luego un tratadito que titula: *Del uso de las mujeres, y cómo sea dañoso y cómo provechoso, y qué cosas se ha-*

yan de hacer para la tentacion de la carne. Trata tambien en él, del sueño y los baños, y esplica lo que deben hacer los religiosos para guardar la castidad, dando fin á la obra con unos versos latinos, y traducidos en metros castellanos, que dedicó á Felipe II, sobre la manera de hacer una confeccion ó jarabe purgante, al que dá gran importancia.

Alonso Barba.

D. Mariano Seguer poseia un códice de este médico, titulado: *Libro de la verdadera preservacion y curacion de la peste*, año de 1569, en fólio.

Ignoro si se llegó á imprimir esta obra, pero segun dice Villalva, trasladó su título Haller á su biblioteca médica con alguna equivocacion.

Pedro Tamarit (1).

Natural de Mallorca, aunque Morlá, Esquerdo, Gimeno y Rodriguez lo hacen de Valencia. Estudió la medicina en la Universidad de esta última ciudad, y fué discípulo de los doctores Luis Perez y Juan Plaza.

Despues de haber recibido el grado de doctor en la referida Universidad de Valencia, pasó á Carmona, donde ejerció la facultad con el mayor aplauso, y fué médico del ilustrísimo D. Diego Arnedo, obispo de Mallorca, á quien dedicó la obra que escribió con este título: *De causis medicamentorum purgantium, libri duo.* Valencia, por Pedro Huete, 1569, en 8.º

Esta curiosa obrita, cuya licencia para su impresion está autorizada por el Dr. Bernardino Gomez Miedes, arcediano de Murviedro y vicario general del arzobispado de Valencia, fué desconocida de los historiadores valencianos arriba nombrados, y de D. Nicolás Antonio. Es un comento de los dos libros que escribió Galeno con el mismo título, y aunque pe-

---

(1) D. Nicolás Antonio le denomina Cristóbal Tamariz.

queño, está lleno de erudicion. Contradice la opinion que habia emitido Onofre Bruguera, en su obrita *sobre la destilacion epidémica que reinó en Barcelona*, y rebate la creencia vulgar que habia acerca de la virtud de los amuletos para la curacion de las enfermedades. Remitió el manuscrito á sus catedráticos Perez y Plaza, para que lo revisasen y cuidasen de su impresion en Valencia, por no tener confianza en las imprentas de Mallorca.

Escribió ademas *Dialogus de ré Medica.* Morlá, Esquerdo y D. Nicolás Antonio hacen mencion de esta obra, pero dicen que ignoraban si se habia dado á la prensa. Yo tampoco la he visto, y solo poseo la primera que he mencionado.

JUAN FRAGOSO.

Natural de Toledo, aunque segun D. Nicolás Antonio pretenden los portugueses que era de su nacion; fué peritísimo en medicina, y principalmente en cirujía, en la que se le puede dar el título de insigne: sus grandes conocimientos en uno y otro ramo le granjearon ser llamado á desempeñar el destino de cirujano de Felipe II. Nada mas sabemos con respecto á su vida; pero sus obras han merecido ser reimpresas varias veces, y tuvieron grande aceptacion: son las siguientes:

Erotemas quirúrgicos, en que se enseña lo mas principal de la cirujía, con su glosa. Madrid, por Pedro Cossio, 1570, en 4.º

De los medicamentos compuestos. Madrid, 1575, en 4.º

De la cirujía, de las evacuaciones y antidotario. Madrid, año de 1581, en fólio.

Todos estos tratados y algunos otros mas que á continuacion se espresan, se imprimieron juntos, haciéndose de ellos hasta ocho ediciones: la primera fué en 1601; las que tengo á la vista son la 6.ª y 8.ª, y se titulan:

Cirujía universal ahora nuevamente añadida, con todas las dificultades y cuestiones pertenecientes á las materias de que trata. Item, otros cuatro tratados. El primero es una su-

ma de proposiciones contra ciertos avisos de cirujía. El segundo de las declaraciones acerca de las diversas heridas y muertes. El tercero de los Aforismós de Hipócrates tocantes á cirujía. El cuarto de la naturaleza y calidades de los medicamentos simples. Autor el licenciado Juan Fragoso, médico y cirujano del rey nuestro señor y de sus altezas, nuevamente enmendada en esta octava impresion. Madrid, 1666, fólio.

Esta obra se escribió en castellano con objeto, segun dice el autor en el prólogo, de que los cirujanos romancistas pudieran aprovecharse de la recopilacion que habia hecho de las doctrinas de los autores antiguos, y de su propia esperiencia y observacion; servicio dirigido *al bien comun de la nacion española, al cual todos tenemos obligacion.* El órden de las materias es el siguiente:

Parte primera.

1.° *Libro primero de la definicion de la cirujía, y de la anatomía.*

2.° *Libro segundo de los tumores, llamados vulgarmente apostemas.*

3.° *Libro tercero de las heridas que los cirujanos modernos llaman llagas.*

4.° *Libro cuarto de las llagas viejas, que bárbaramente llaman úlceras.*

5.° *Libro quinto de las fracturas y dislocaciones.*

En toda esta primera parte enseña Fragoso los preceptos elementales de cada especialidad, en forma de preguntas y respuestas, y esplana las doctrinas segun los preceptos del arte, siguiendo las de los griegos y los árabes.

Parte segunda.

6.° *De la cirujía en que se contiene la glosa sobre la primera parte de la cirujía.*

7.º *Glosa sobre el libro segundo de la definicion de la cirujía, y de los apostemas en general.*

8.º *Glosa sobre el libro tercero de las heridas ó llagas frescas.*

9.º *Glosa de las llagas viejas que bárbaramente llaman úlceras.*

10. *Glosa de las fracturas y dislocaciones.*

Sigue á estos un pequeño tratado sobre los casos quirúrgicos en que conviene sangrar ó purgar; los en que se deben ordenar vomitivos, ó aplicar ventosas sajadas, hacer sudar al enfermo, administrarle lavativas, hacer ejercicio, tomar baños, fricciones, etc., bajo el título de:

11. *Tratado de las evacuaciones en los casos de cirujía.*

12. *Antidotario de los medicamentos compuestos de que en este libro se hace mencion, y de otros esperimentados por el autor para diversas enfermedades.*

Dice en el prefacio: que considerando lo necesario que era al cirujano saber la esencia de las cosas con que cura, y al mismo tiempo observando la negligencia que en esto habia, tanto en los autores y maestros como en los libros de cirujía, determinó hacer aquel antidotario; no para dar ocasion á que los haga cada cual en su casa, ni tampoco para que los cirujanos usasen el oficio de boticarios; sino para que aquellos supiesen algo mas que el nombre de las cosas, y de este modo hiciesen mejor uso de ellas.

Trata de indagar la etimologia del nombre de cada uno de los medicamentos que menciona, su naturaleza, dosis á que deben administrarse, y modo de prepararlos.

13. *Tres tratados de cirujía nuevamente enmendados y añadidos, por el licenciado Juan Fragoso, etc.*

El primer tratado se titula:

Suma de las proposiciones de cirujía que el licenciado J. F. enseña, contra unos avisos que imprimió un doctor de esta facultad el año de 1584.

El doctor á quien se refiere sin nombrarle fué el célebre Hidalgo de Agüero, á quien impugna 46 proposiciones, fundando sus argumentos en las doctrinas galénicas. Al principio

de esta obra se lee un prólogo que dirige al lector un partidario suyo, el doctor Caxal, cirujano de S. M., el cual lamentándose de la calamidad y desventura de la mísera cirujía, dice: «se trata de destruirla escribiendo con ánimo arrogante, »y ningun fundamento contra las grandes y averiguadas verdades, confirmadas y guardadas por todos los graves y no graves autores; siendo lo peor que esta desgracia se deba á un »hombre tenido por letrado, y estimado de toda una insigne »ciudad. No puedo persuadirme, sino que solo una cosa le »movió á hacer esto, y fué entender de dejar perpétua memoria de sí, por haber intentado tal hecho; como se escribe »de Herostrato, que con este mismo intento puso fuego al »antiquísimo y muy celebrado templo de Diana en Epheso, y »no por odio que tuviese á la diosa, sino con solo el intento »de perpetuar su nombre.»

Esta reconvencion fué demasiado dura en verdad, y mucho mas si se considera que la impugnacion de Fragoso á Bartolomé Hidalgo de Agüero carecia de razon, como podrá verlo quien lea las obras de estos dos sábios escritores. Pondré alguna parte de esta polémica para dar al lector una idea de ella.

La primera proposicion que combate el autor versa sobre *si se debe legrar el casco en las heridas penetrantes de cabeza, ó no*, estando por la afirmativa Fragoso, y por la negativa Hidalgo. *Si en las heridas contusas se ha de curar con medicamentos que desequen y aglutinen, ó con digestivos que llamen á supuracion*: Fragoso es de esta última opinion, Hidalgo de la primera. *Si se pueden ó no formar heridas en los golpes contundentes de cabeza sin fractura*: Hidalgo dice que no, lo contrario Fragoso. *Si en el caso en que se hallase el casco descubierto á consecuencia de un gran golpe, habiendo, como suele suceder, sangre estravenada en el casco ó debajo de él, se deberá abrir*: Hidalgo responde que no, Fragoso que se debe legrar. Hidalgo no quiere *que se abran los equimosis ó contusiones en ninguna parte del cuerpo*, lo contrario Fragoso. Aconseja Hidalgo *que los aneurismas se curen por resolucion*: su contrario condesciende en ello; pero dice que no es regla cierta, *pues cuando no se consigue el objeto deben abrirse.*

Hidalgo dijo *que los nervios, tendones, ligamentos, venas y arterias no sufrian costura:* Fragoso contesta que es doctrina confusa, pues que en caso de necesidad se podian coser las otras partes que son sensibles. Cree Hidalgo no se verifican *contrafracturas* en el cráneo; su competidor dice que es hablar contra toda razon. Aconseja Hidalgo *las fumigaciones del bermellon en el tratamiento de la sífilis, en vez de las unciones mercuriales*; su opositor le contesta que los sahumerios producen mas estragos que el mercurio en fricciones, por cuya razon reprueba el método de aquel. Dice Hidalgo *que toda mordedura de vívora es curable, y que no se ha de cortar ninguna parte mordida*; Fragoso espone que esto es afirmar tres cosas contra la esperiencia y autoridad de Galeno. Afirma Hidalgo *que el cáncer es curable sino es manifiesto*, y Fragoso dice que yerra de dos maneras, primera porque el cáncer verdadero es incurable, y lo segundo porque si algunos fuesen curables, serian escirros que degeneran en cánceres. Dijo tambien Hidalgo *que heridos los intestinos gruesos no necesitaban de costura para su consolidacion, ni se debia atar ni cauterizar el omento*; Fragoso sigue la opinion contraria.

No es estraño que Fragoso se hubiese alarmado con el sistema de Hidalgo, en razon de que este trataba de introducir una práctica nueva respecto al método de curar las heridas, y que por otra parte era de un genio algo mas independiente que su competidor, quien se hallaba como esclavizado á las doctrinas de los cirujanos de la antigüedad. Por lo demas no puede ponerse en duda que ambos fueron famosos cirujanos, y adquirieron una justa reputacion, debida á sus profundos conocimientos y larga práctica.

14. *Tratado segundo de las declaraciones que han de hacer los cirujanos acerca de diversas enfermedades, y muchas maneras de muertes que suceden.*

Este tratado, que como ya dije en la introduccion del siglo, es de mucho mérito, y aun digno de ser consultado hoy dia, nos prueba que en todos los ramos de la ciencia han dejado consignados sus conocimientos los médicos españoles; y á la verdad que la medicina legal, como estudio que es de ta-

maña importancia, no podia menos de ser objeto de sus filosóficas investigaciones.

Principia Fragoso de este modo: «Porque no les quede »que desear á los cirujanos me pareció escribirles una breve »instruccion para poderse valer con los jueces y ministros de »justicia, ora se trate de muerte, ora de enfermedad, ora de »flaqueza y depravacion en algun miembro. Para lo cual con»viene que sean cautos en el pronosticar, porque muchas ve»ces son dudosos los fines de las enfermedades, por la varie»dad del sugeto que curamos, é incertidumbre de los humores »en su especie y movimiento. Y asi conviene que consideren la »disposicion de todo el cuerpo y de los miembros, y si hay al»guna infeccion ó contagio, como mal francés, porque este »nos suele engañar muchas veces, declarando uno y suce»diendo otro, al revés de lo que pensábamos...... Para esto es »menester, ante todas cosas, que el cirujano sea muy temero»so y gran siervo de Dios, porque las heridas grandes no las »declare por pequeñas, ó las pequeñas por grandes y peligro»sas, inducido con algun favor é interés humano. Por lo cual »avisa Cornelio Celso que primero averigüemos si la enfer»medad tiene la cura dificultosa ó fácil, porque es de cirujano »prudente no entremeterse en los casos desesperados y los di»ficultosos, pero no desesperados, declararlos por tales; por»que si el mal venciere al remedio, no haya sospecha de ha»ber engaño, ó de haber sido ignorante, no entendiendo la »enfermedad. Y por el contrario es de chocarrero encumbrar »lo que no es nada, por parecer que ha hecho mucho. Antes »el que fuere hombre de bien, de lo que es poco, dirá que es »asi: y de este dicho se le seguirá un gran provecho, que es »estar atado con aquella confesion para que lo que es poco no »se haga mucho por descuido y negligencia. Pues para andar »bien acertado ha de considerar por cuantas maneras se dice »una herida grande, como tenemos enseñado. Y porque hay »algunas heridas que parecen engañosas en la manera del ten»tarse, ó por la postura del enfermo, ó por atravesarse algo »en la concavidad, será buen consejo que el cirujano no se »arroje á declarar luego, hasta que pasen por lo menos nueve

»dias, dentro de los cuales suelen venir accidentes leves, ó »graves y temerosos.»

«Las señales en general para juzgar fácilmente de las en»fermedades, si son grandes ó pequeñas, breves ó largas, »mortales ó saludables, son cuatro; porque ó se toman de la »naturaleza y esencia de la enfermedad, ó de sus causas ó »efectos, ó de la semejanza y comparacion de ella, con la »condicion y calidad del tiempo presente. Si es una llaga fres»ca que no tiene otra cosa sino un simple rompimiento en la »carne musculosa, podrase luego decir que no es de peligro »ni de muchos dias. Pero si es llaga compuesta ó contusa, y »con materias, diremos que será mas larga y dificultosa la »cura. La señales que se toman de las causas son de esta »manera, porque si la herida se hizo con arma aguda, fuerte, »ó pesada, ó de lugar alto, ó tirada con grandes fuerzas, y »de lleno, y arrojada con ímpetu, como piedras y pelotas de »escopetas y arcabuces: ó si era el arma encorvada, ó ancha, »ó si era saeta ó puñal, ó cuchillo, ó cosas semejantes, que »se dan hincando, y que suelen romper mucho y penetrar, »hemos de decir ser la tal herida grave y peligrosa, y aun »mortal, si se juntan las otras señales malas. Hánse tambien »de juzgar por malas heridas las que estuvieren desiguales co»mo sierra, y las que parte tienen cortado, y parte pendiente »medio arrancado. Malísima herida es la redonda; segurísi»ma la derecha como una raya.»

«Las señales que se toman de los efectos accidentales que »sobrevienen luego á las heridas, ó poco despues, nos dan á »entender la malignidad de ellas, y el suceso que han de te»ner; y por eso encomendó Hipócrates lo de los accidentes, »con el ejemplo de una herida en la cabeza, que si el herido »dió luego en tierra; si se le oscureció la vista; si tuvo vómi»tos de cólera; si le salió sangre por las narices, ó por los »ojos; si desvarió; si perdió la memoria y los otros sentidos, »entonces se ha de juzgar por los efectos que el mal es muy »peligroso.»

«Las últimas señales se toman comparando la enfermedad »con el tiempo que hace, y con las enfermedades que andan;

»porque hay tiempos en que todos los heridos con balas de ar-»cabuces ó escopetas peligran (como cuenta Ambrosio Pareo »haber visto en cierto cerco), y hay tiempos en que los heri-»dos de cabeza casi todos mueren, ó por el vicio del aire, ó »por la cacoquimia y turbacion de los humores, por cuya ra-»zon se hacen perniciosas aquellas enfermedades.»

«Sin las cosas dichas hace mucho al caso considerar la »naturaleza del herido, porque si es robusto, y tiene buena »formacion de miembros, y es animoso, este tal resistirá á »una herida, aunque sea grande, y sanará de ella mas fácil-»mente; porque, como dice Galeno, cuando las fuerzas son »valientes, todo lo menosprecian y sufren, pero á las flacas »cualquiera cosa las ofende y pone en aprieto.»

«Teophrasto Paracelso nota que las heridas dadas á hom-»bres airados son peligrosas y dificultosísimas de curar, por-»que la ira no tiene otro remedio sino que se consuma, y el »hervor de la cólera muy dificultosamente se templa. Él mis-»mo escribe que las heridas dadas á hombres que acaban de »comer ó beber, mayormente si fueren manjares dificultosos »de dijerir, hacen la cura mas larga, y ni mas ni menos las »enfermedades de herencia, á que los tales heridos fueren »sujetos.»

«Tambien es menester conocer la naturaleza del miembro »herido para saber declarar qué heridas son saludables, qué »mortales, y qué peligrosas: de lo cual tenemos ejemplo en »aquel aforismo de Hipócrates, que dice, rompida la vejiga, »ó el cerebro, ó el corazon, ó el diafragma, ó alguna tripa »delgada, ó el estómago, ó hígado, es el caso mortal. Tam-»bien Cornelio Celso, discurriendo por diversas partes que »se hieren en el cuerpo, dijo, que no puede escapar el que tie-»ne herida en lo hondo del cerebro, en el corazon, en la boca »del estómago, en el hígado, en el espinazo, en medio de los »livianos, en el intestino yeyuno, ó delgado, en el estómago, »ó en los riñones, ó si estuvieren cortadas grandes venas, ó »arterias cerca de la garganta. Pero será dificultosa la cura, y »apenas escapan los que tuvieren la herida en alguna parte del »pulmon, ó del hígado, ó en la tela de los sesos, ó en el bazo,

»ó en la madre, ó en alguna parte de la vejiga, ó en alguna »tripa, ó en el diafragma.»

«Tambien dice que están en mucho peligro aquellos cuyas »heridas llegaren hasta las venas grandes y escondidas en los »sobacos, ó en las corvas. Son tambien peligrosas las heridas »donde quiera que hubiere venas grandes, que suelen desan- »grar al hombre hasta morirse; y esto no solamente acaece en »los sobacos y corvas, pero tambien en las venas que des- »cienden al sieso, y á los testículos.»

Dice asimismo «ser mala la herida de los sobacos, de la »boca de la madre, de lugares vacíos, ó la que estuviere en »junturas, ó entre los dedos, y la que tocare en mureci- »llo, nervio, ó arteria, ó tela, ó hueso, ó ternilla. La mas »segura de todas las heridas es la de la carne; y de estas »unas mejores, y otras peores, conforme al lugar donde es- »tán:» y concluye con que «cualquiera herida grande es pe- »ligrosa.»

En este tratado inculca nuestro Fragoso, que para poder declarar con acierto si una herida es mortal ó no, peligrosa, etc., se ha de considerar su estension y profundidad, la clase de arma con que fué hecha, los accidentes que hayan sobrevenido despues de recibida, la naturaleza del miembro, y las partes que fueron interesadas, la constitucion del sugeto, la clase de afecciones que padece, la estacion y enfermedades reinantes.

Sigue despues con las heridas que por necesidad son mortales, las que lo son por lo regular, y aquellas que por necesidad se curan. En la primera clase coloca á todas las que hayan interesado un órgano interno; en la segunda las recibidas en la cabeza y sus músculos, á causa del gran sentimiento de los nervios que se continúan con el cerebro; y en la última las que interesaron únicamente las partes carnosas, sin ser anchas, largas ni profundas.

Despues habla de las heridas de cada órgano en particular, y de las de los nervios, venas y arterias, y pasa á esponer las señales *para conocer de qué murió el niño que se halle muerto á deshoras junto á su ama: cómo se conocerá el que*

murió de rayo: al que hallaren muerto con alguna herida de cabeza, se ha de decir que murió de ella, aunque no haya sido penetrante ni con fractura en el casco, etc.

Concluye en este capítulo diciendo, «que unos sanan de »heridas grandes, y otros mueren de pequeñas, y que asi »cuando un herido de cabeza muriese dentro de los tér- »minos de la tal herida sin estar bien sana, hemos de de- »clarar llanamente que murió de ella, no obstante que el en- »fermo haya hecho algunos escesos, porque sino estuviera »herido, claro está que no hubiera muerto.»

Cap. 2.° *Qué término se guarda en las heridas de cabeza para declarar que el enfermo está fuera de peligro.*

«No siendo, dice, la herida de suyo mortal, despues de »esponer el cirujano la esencia de ella, el lugar donde está, »con qué clase de arma fué dada, ha de decir, *que sin embar- »go de ser la herida segura de suyo, podria peligrar el enfer- »mo por esceso, flaqueza ó malos humores......*» «Pero en con- »clusion, añade, pasados veinte dias sin venir calentura, ya »se puede juzgar que no corre peligro la herida.»

Cap. 3.° *En qué se conocerá si el muerto con algunas heridas las recibió estando vivo, ó ya difunto.*

Cap. 4.° *Si al que hayan ahorcado le ahorcaron vivo ó despues de muerto.*

Cap. 5.° *Cómo se conocerá si al que hallaron ahogado le echaron vivo en el agua ó muerto.*

Cap. 6.° *Cómo conoceremos los ahogados con humo ó vapores del carbon encendido.*

Cap. 7.° *Para conocer la virginidad en la mujer.*

Dice que las señales de virginidad que los antiguos daban son muy equívocas, y de ninguna manera indicios infalibles de integridad, pues que eran dependientes de proporciones naturales; ademas de que eran sabidos los medios de que algunas mujeres corrompidas se valian para engañar á los hombres.

Cap. 8.° *Para conocer si alguno murió de veneno.*

Sus conocimientos en este particular son los de Galeno, Aecio, Cornelio Celso y Valles, cuyas doctrinas espone.

Cap. 9.º *Cómo se conocerá si la mujer que tiene mal de madre, y se duda de su vida, está viva ó muerta.*

Cap. 10. *En qué se conocerá si un apoplético está muerto ó no.*

Se remite en este capítulo á las circunstancias conmemorativas del individuo.

Cap. 11. *Cómo se declara que alguno murió de enojo y pesar.*

Cap. 12. *Si al que hallan muerto de allí á poco que recibió una melecina se ha de declarar que murió de ella.*

Cap. 13. *Declaracion acerca de los encarcelados que pretenden salir fuera á curarse.*

Dice que si el lugar donde se halla el encarcelado carece de ventilacion y capacidad para hacer ejercicio, es de sospechar que estando enfermo se ponga en peligro su vida.

Cap. 14. *Cómo se ha de haber el cirujano cuando le piden que declare de alguna persona si la enfermedad que tiene es de bubas y de mal contagioso.*

Muy circunspecto aconseja Fragoso que ande el cirujano en semejantes informaciones, «porque suele resultar infa»mia en religioso, doncella ó casada, ó detrimento y menos»cabo para algun pobre. En tu declaracion, dice, debes de te»ner presente que la enfermedad llamada mal francés y bubas »no siempre viene de ocasiones deshonestas..... así, añade, »seria yo de parecer que el cirujano no dijese que el enfermo »tiene bubas, aunque la cura vaya encaminada á ellas, sino »que es un corrimiento en los humores ó heredado ó adquiri»do por el mal régimen.»

Cap. 15. *Cómo declara el cirujano acerca de recien casados que se piden divorcio por ocasion de alguna impotencia.*

En este capítulo espone el autor las señales de la impotencia, y aconseja para su averiguacion los mismos medios que los autores antiguos, así griegos como árabes, á los cuales cita. Refiere ademas un caso de una mujer que dijo estar preñada y doncella y ser su marido impotente, suceso que se ventiló en juicio, y hubo varios y encontrados pareceres, y con este motivo trae la cuestion, si una vírjen podia concebir, di-

ciendo, que es cosa posible que pase la simiente del varon por entre la tela de la virginidad, siendo esta floja y porosa.

Cap. 16. *Para conocer y declarar acerca del pecado nefando, que se presume haber cometido algun muchacho.*

Con respecto á este particular dice que son muy sospechosos sus indicios en cirujía, para comprobar lo que el derecho pretende.

Cap. 17. *Si parida una mujer á los once meses de su preñez, se ha de declarar que fué legítimo el parto.*

Refiere varios casos en que las mujeres parieron á los once y catorce meses de embarazo, y concluye diciendo: «Que se »hallan autoridades y razones físicas confirmadas con histo»rias auténticas, en que se puede asegurar que la preñez pue»de prorogarse mas tiempo que el que usan las leyes natu»rales.»

Cap. 18. *Cómo declarará el cirujano, cuando se le pidiere, si puede enjendrar un hombre habiéndole faltado el miembro viril y puesto algun artificio.*

Fragoso cree que en tal caso es dificultoso y aun imposible que pueda efectuarse la concepcion.

Cap. 19. *Declaracion acerca de una mujer que hirieren estando preñada.*

Pone la fórmula de cómo ha de estender el cirujano su declaracion.

Cap. 20. *Cómo ha de declarar el cirujano sobre la muerte de algun herido.*

Cap. 21. *En qué conocerá el cirujano al que finje manquedad de golpe ó herida que tuvo.*

Cap. 22. *Cómo se ha de haber el cirujano cuando la justicia le compela á que esté presente habiendo de cortar la mano á alguno.*

«Mandará, dice, á un hombre de buenas fuerzas que suba »el cuero de la muñeca hácia el codo; hará luego una liga»dura fuerte cuatro dedos mas arriba de la muñeca, y hacien»do el verdugo su oficio, desate la ligadura, baje el cuero »hasta cubrir la herida, y luego se coserá con costura de pe»llejero.»

Cap. 23. *Cómo se ha de haber el cirujano en la declaracion y exámen de un esclavo que se vende.*

Cap. 24. *Declaracion acerca de sangría de que suele ser acusado algun barbero.*

Cap. 25. *Declaracion acerca de algun leproso.*

«El cirujano tomará juramento al enfermo que dirá ver»dad de lo que fuere preguntado: procurará consolarlo con »palabras blandas y amorosas: se informará de su régimen y »dieta, si ha tenido almorranas, bubas ó empeines en la cara, »ó cualquiera otra enfermedad. Hará una sangría ancha del »brazo, y examinará si el color de la sangre es de tierra ó de »plomo, si huele mal, si es viscosa ó untuosa, si arenosa y »áspera; y si lavada la sangre con agua, colada por un paño »delgado, y estregándola, se hallaren en lo hondo granos co»mo de tierra, carnosos y ñudosos, pues que esto es grande »señal de lepra. Se mirará la cabeza y el rostro; si hay gra»nos é hinchazones duras y redondas por toda la cara; si su »color es denegrido, y si está untuosa. Considérese la caida »de los pelos si hacen eras, y si en lugar de los caidos salen »otros mas cortos y ralos. Se observará si la frente está arru»gada como de leon; si los ojos están redondos y el aspecto »fijo y sin moverse. Considérense los párpados si están hincha»dos; si se caen los pelos de las cejas; si lo blanco del ojo es»tá oscuro, y si están húmedos. Mírense las orejas, si están »contrahechas y redondas por haberse consumido la parte »carnosa.—Si las narices están por defuera como abiertas é »hinchadas.—Inspecciónese la lengua, y véase si está dene»grida, hinchada, y si debajo de ella están las venas dilata»das.—Si están los labios alzados, gruesos, duros, hundidos »y denegridos ó cárdenos.—Si las encías están gastadas, sú»cias y ásperas y con mal olor.—Si tiene el enfermo ron»quera, la voz oscura, como quebrada, ó que habla por las »narices.—Si tiene consumidos los músculos de las manos, »especialmente entre el dedo pulgar y el indicador.—Si en el »cuero del cuerpo hay albarazos, desigualdades y aspereza »agranujada; si hay herpes, sarna ulcerosa ó como escamas, »de donde sale salvado.—Si hay dolor punzante en todo el

»cuero ó adormecimiento.—Si los sueños son espantosos, que »parece que ven los pacientes á los demonios, culebras, cue»vas, sepulturas y cuerpos muertos.—Si tienen desordenado »apetito del coito.—Si hay flaqueza en el pulso.—Si la orina »es turbada y gruesa como de jumento.—Por último, si hay »constipacion de vientre, y regueldos á menudo, se podrá »concluir que cualesquiera que tuviere estas señales ó las mas »de ellas, padecerá de elefancia ó lepra.»

Cap. 26. *Cómo se han de embalsamar y conservar los cuerpos muertos.*

14. *Tratado tercero de los Aforismos de Hipócrates, tocantes á la cirugía, con una breve esposicion sobre cada uno de ellos, por el licenciado J. F.*

15. *De la naturaleza, calidades y grados de los medicamentos simples.*

16. *De succedaneis medicamentis, liber denuo auctus. J. F., toletano medico et regiæ majestatis chirurgo autore. Ejusdem animadversiones, in quam plurima medicamenta composita, quorum est usus in Hispanicis Officinis.* Madrid, por Pedro Cosio, 1575, 8.º Ibid., por Gomez, 1583, 4.º; y en Sevilla, por Manuel Sandi, 1632, en 8.º

Esta obra se halla aprobada por Francisco Valles, diciendo que contiene cosas útiles para los médicos, y principalmente para los boticarios. Trata en ella de la manera de confeccionar los medicamentos, de modo que puede considerarse como una farmacopea razonada de todas las fórmulas mas conocidas de su tiempo y aun de la antigüedad.

17. *Discurso de las cosas aromáticas, árboles y frutales, y de otras muchas medicinas simples que se traen de la India Oriental, y sirven al uso de medicina.* Madrid, por Francisco Sanchez, 1572, en 8.º

Está dedicada á Doña Juana de Austria, y trata de las sustancias siguientes: ambar, anacardo, amomo, anime, acibar, asafetida, azafran índico, aljofar, árbol triste, avacari, ambare, alaqueca, añil, bangue, betre, benjuy, brindones, bdelio, canfora, canela, caña olorosa, çardamomo, cañafístula, clavos de especia, coco índico, carambolas, carandas,

coru, caceras, china, zarzaparrilla, guayacan y sasafras, costo, cubebas y cypero; del diamante, doriones, y esmeraldas; del incienso, fanfel, galanga, gengibre, granate, guayaba y hoja índica; del árbol yaca; de la piedra jacinto y jaspes; de la fruta yambos; del junco oloroso; del árbol langomas; de la goma laca, del linalve, lycio y maná; del marfil; de la fruta mangas; de las macias, nuez moscada y mirabolanos; del fruto musa, de la mirra, nardo índico, y de los árboles nimbo y negundo; del ópio; de la piedra ojo de gato; del palo colubrino; de la pimienta, piedra bezoar y piedra iman; del ruibarbo, y últimamente del spodio.

De cada una de estas sustancias espone, aunque reducidamente, la historia natural, el uso médico y las preparaciones, citando en el discurso de su obra á los principales naturalistas, así griegos, como árabes y latinos.

Francisco Bravo.

Natural de Osuna, en cuya Universidad estudió la medicina, graduándose de doctor; pasó á Méjico, donde se estableció y ejerció la profesion.

Habiendo la fiebre conocida con el nombre de punticular ó tabardete pasado á la América por medio de nuestras naves, acometió tan intensamente á la espresada ciudad de Méjico, donde se hallaba este facultativo, que los muchos casos que le proporcionó su práctica le movieron á escribir un libro, sumamente raro en el dia (1), titulado:

Opera medicinalia in quibus quam plurima extant scitu medico necessaria in quator libros digesta, quæ pagina versa continentur, authore Francisco Bravo, orsunensi doctore, ac mexicano medico. Méjico, por Pedro Ocharte, 1570, en 8.º

Está dedicado al Excmo. Sr. D. Antonio Martin Enriquez,

(1) Yo poseo un ejemplar muy bien conservado. Nuestro Villalva asegura que no habia podido proporcionárselo, ni aun verlo.

virey de Nueva España, con unos versos latinos en alabanza de dicho príncipe, por Melchor Tellez.

En el primer capítulo habla de la esencia del tabardillo. La fiel pintura que nos hace de este mal es tan exacta, que merece la traslademos aquí tal como nos la refiere, pues que en el dia apenas podríamos añadir mas: principia de esta manera..... «Si quidem nos artifices sumus sensuales qui ea, quæ »sensibus prius innotescunt, indagamus: ac ex sensibilibus »manu ducti ad internas morborum species indagandas mo- »vemur: quæ lex ita nobis in usu est, ut sine ea, nec mor- »bum adhuc minimum cognoscamus (1). Modus igitur, et for- »ma invadendi talis est: ocupat frequenter hoc morbo affectos, »febris intensa satis, quæ sine intermissione eodem tenore ad »plures dies extenditur; cum venarum maxima repletione ac »extensione, cum intensissimis corporis totius tensivis lassi- »tudinibus, et doloribus, præcipueque capitis, in quo maxi- »ma gravitas et dolor affiguntur, et sæpisime cum subeticis, »aut comatossis simpthomatibus et deliriis, cum maximo fa- »ciei rubore, cum orina crasa et colore rubra, cum pulsus »magnitudine, vehementia, velocitate, ac crebritate, cum »cordis auxietatibus, cum inexplicabili siti, ac linguæ nimia »ariditate, asperitate, ac nigredine ex humorum adustione »genitis, et gravitas in temporibus, et calor intensissimus to- »tius corporis: ita ut uri videantur: et accidit eis difficultas lo- »quendi, et angustia in spiritualibus; cui morbo his omnibus »accidentibus vexanti evenit, ut prima die, vel secunda, vel »tertia, vel quinta, vel séptima, et sic de aliis diebus erum- »pant per universam corporis cutem, pustulæ culicum mor- »sibus similes, aliquándo rubræ vel lividum, aut nigrum co- »lorem præseferentes cum accidentium maxima intensione et »sevitia.....»

En el capítulo 2.º trata del conocimiento que los médicos

---

(1) Hé aquí las bases fundamentales en que estriba mi Ideología clínica.

árabes tuvieron de este mal, presentando las señales que Rasis y Avicena describieron para darlo á conocer.

En el tercer capítulo se ocupa del parecer de los médicos griegos.

En el capítulo 4.º prueba que esta enfermedad pertenece á la clase de las ardientes.

En el quinto dice que es tambien de la clase de las pestilentes, siéndolo en cierto modo, pues que tiene una naturaleza media, que participa del carácter de las que son pestilentes y de las que no; y prueba su asercion por cuatro razones: 1.ª porque es contagiosa: 2.ª porque mueren la mayor parte de los acometidos: 3.ª porque no guarda época, manifestándose tan intensamente en una estacion del año, como en otras; y 4.ª por la aparicion de sus erupciones y pústulas, cuyos caracteres asegura que ya en el año de 1553 habia observado en Sevilla, cuando empezaba á practicar, siendo tan intensa y maligna en esta ciudad, y haciendo un estrago tan espantoso que apenas habia tiempo para aplicar á los enfermos medicina alguna.

En el capítulo 6.º prueba que las pintas que aparecen en este mal son una verdadera crisis.

En el 7.º habla de los signos. En el 8.º de las causas que dieron lugar á que apareciese esta fiebre en la ciudad de Méjico, juzgando que provenia de las emanaciones de las muchas lagunas que rodean á dicha poblacion, las cuales corrompian el aire. En este capítulo dá tambien algunos consejos higiénicos para precaverse de aquel azote.

Desde el capítulo 9.º hasta el 16.º se ocupa del método curativo. Este consistia en los evacuantes por medio de las purgas suaves, como el maná, tamarindos, etc.; en las emisiones sanguíneas, las bebidas frias, los tópicos, enemas, ventosas, fricciones y apósitos antes de aparecer las pústulas; los alterantes despues de evacuar, con objeto de reprimir el aumento del calor; y por último en corregir la intensidad de los síntomas.

En el capítulo 17.º trata del sueño profundo que solia sobrevenir á los enfermos; y en el 18.º de la enajenacion, acon-

sejando que en el caso de presentarse el enfermo con frenesí se le practique una sangría del brazo, y aun de la frente, si aquella no bastase, para calmar tan pernicioso síntoma.

Sigue luego en el capítulo 19.° hablando de la vigilia prolongada, en cuyo caso aconseja los narcóticos.

En el capítulo 20.° y último se ocupa de la sed inestinguible que esperimentan algunos enfermos, de la aspereza y color oscuro de la lengua y otros síntomas.

Despues de este tratado se halla en la misma obra otro libro titulado:

Liber secundus in quo dialogus continetur, de venæ sectione in pleuritide, et omnibus aliis inflammationibus corporis, nec non multa alia ac varia reiquè medicæ maxime proficua tractantur, ad eundem Excellentissimum principem dominum, dominum Martinum Enriquez, hujus mexicani regni proregem dignissimum.

Este tratado se halla en diálogos sostenidos entre Francisco y Luis, y al principio se ve un epígrafe de Enrique Tobares, cirujano de Méjico, en alabanza del autor. Impugna la opinion de Nicolás Monardes, y la de otros médicos de su tiempo, sobre las emisiones sanguíneas, y nos hace la historia de la pleuritis, esponiendo sus síntomas patognomónicos, curacion, etc.

Sigue á este tratado otro con el título de *Opusculum de diebus decretoriis: in quo brevi succintoque sermone eorum doctrina ex Hipp. Galenique mente enodatur, et vera, ac nullo hactenus scripta ipsorum causa exponitur.*

Lo consagra á Don Luis Villanueva, doctor en leyes, á quien dirige una larga epístola.

Habla en este opúsculo de las crisis y de los dias críticos, tanto en las enfermedades agudas, como en las crónicas, y con doctrina de los médicos griegos, árabes, latinos y regnícolas, apoya su opinion que es la de creer, que hay en los males dias críticos, que segun él, son los siguientes: hasta el 20 juzgan el 3, 4, 5, 7, 9, 11, 14, 17 y 20: desde este hasta el 40 juzgan el 24, 27, 31, 34, 37 y 40: y desde entonces en adelante el 60, 80, 100 y 120.

Sin embargo de ser partidario de los dias críticos hace la juiciosa advertencia, de que en las enfermedades agudísimas y muy peligrosas es necesario propinar los remedios que se crean mas convenientes, desentendiéndose el médico en ellas de la consideracion de los dias críticos; pero en las benignas y de carrera regular, quiere que se respeten.

Concluye esta obra con el libro cuarto, titulado:

Digresio radiculæ quæ vernácula lingua zarzaparrilla dicitur, in qua vulgaris medicorum hujus oppidi mexicani error, frigidam esse affirmantium eliminatur, cujus effectus, quos corpori impartiri solita, et morbis quibus oonveniat et reliqua, quæ scitu necessaria sunt, commodo enodantur, ad eundem illustrem admodum virum Ludovicum de Villanueva.

Trata en esta última parte de las virtudes de la zarzaparrilla, y trae un diseño de ella, esponiendo en qué enfermedades, edad, tiempo y regiones conviene administrarla.

BERNARDO QUIROS.

Fué médico de cámara de Felipe II, y protomédico general de todos sus reinos.

En una carta que se halla en los erotemas quirúrgicos de Fragoso, impresos en Madrid en el año 1570, se hacen los mayores elogios del juicio y virtudes de este profesor, diciendo entre otras cosas, *que siendo médico del duque de Medinaceli en la jornada por mar para Italia, y habiendo caido en poder de los turcos, fué llevado á Constantinopla, donde mereció ser médico del emperador Soliman, con la liberalidad y regalos que se pueden imaginar; y que escapándose despues de aquellas gentes aportó á España, y comenzaron nuevamente á resonar sus obras, siendo tan acepto y tan bien recibido de todos, que llegó á ser médico de otro mejor príncipe y monarca el señor Felipe II con la mayor aceptacion y benevolencia.* De este médico hace mencion tambien Luis de Toro en su precioso diálogo del tabardillo, diciendo que lo contaba entre sus mayores amigos.

No he visto las obras de este médico, ni tampoco hacen mencion de ellas nuestros historiadores.

ANTONIO AGUILERA.

Nació en Yunquera, provincia de Guadalajara, por los años de 1541; estudió la medicina en la Universidad de Alcalá de Henares, y llegó á ser uno de los médicos mas instruidos, no solo en su facultad, sino tambien en la farmacia: se estableció de médico en Guadalajara, y á los 30 años de su edad escribió:

1. *Preclaræ rudimentorum medicinæ libri octo, qui eorum quidem, pro vera medicorum fortuna consecuenda, nunc primum Enchiridion natum dicuntur.* Alcalá de Henares, por Juan de Villanueva, 1571, en fólio.

Está dedicada al excelentísimo señor Don Ignacio Lopez Mendoza, duque del Infantado.

Al principio del libro se halla un epígrafe latino por Francisco Fernandez Orihuela en alabanza del autor, concebido en estos términos:

Qui legis agones Nicolique volumina magna.
Summus pro cunctis est Aguilera doctus.
Grandis ut in speculo arctatur viva figura.
Non secus in isto magni Galeni dones.
Qui fortunæ pravæ jactus effugere curas.
Veræ fortunæ habes amice librum.
Gratum opus medicis morbis remedia tradens.
Et aromatarios omnes ubique docens.

Divídese esta obra en ocho libros. En el 1.º se hallan consideraciones generales sobre las enfermedades, y contiene 9 capítulos; versa el 1.º acerca de la verdadera fortuna de los médicos, diciendo que esta consiste en la buena inteligencia de la parte teórica de la facultad, y su acertada práctica: *fortunate adsequi in rei medicæ negotio recte intelligere et operari est.* En el 2.º espone la historia de varias enfermedades; en el 3.º se ocupa de varios géneros de ellas; en el 4.º de sus

diferencias; en el 5.º de sus síntomas y signos; en el 6.º emite varias consideraciones sobre el pulso, y esplica cuán difícil sea su doctrina; el 7.º es un compendio de lo que debe saberse acerca de las orinas; el 8.º versa sobre las causas de las enfermedades, y el 9.º sobre los tiempos y épocas de las mismas.

En el libro segundo se ocupa de los medicamentos en general, y abraza diez y seis capítulos.

En el tercero de la esencia, naturaleza y virtudes de dichos medicamentos, empleando en esto diez y siete capítulos.

En el cuarto trae el modo y época de cojer y conservar las flores, frutos, semillas y raices, y contiene cinco capítulos.

En el quinto, reducido á un solo capítulo, nos da las reglas que se han de tener presentes para la eleccion de las sustancias medicamentosas simples.

En el sesto espone las reglas que se han de guardar para situar en lugar conveniente y oportuno las boticas, y conservar los varios medicamentos simples y compuestos, empleando en esta materia nueve capítulos.

En el séptimo trata del tiempo que pueden conservarse, y durar los referidos medicamentos, ocupando en el particular cuatro capítulos.

En el octavo y último, dividido en once capítulos, hace consideraciones generales sobre la dieta, evacuaciones de sangre por sangría y sanguijuelas, los purgantes, enemas, friegas, baños y sudores.

2. *Esposicion sobre las preparaciones de Mesue.* Alcalá de Henares, por Juan de Villanueva, 1569, en 8.º

Está dedicada á Don Fernando de Silva, conde de Cifuentes, alferez mayor de Castilla, señor de las villas de Molina, Vasciencia y Escamilla, etc., y aprobada por el doctor Juan Gutierrez de Santander.

Se propuso el autor en ella corregir las notables adulteraciones de los medicamentos simples y purgantes de las composiciones de Mesue. Omito hacer el analísis de esta obra por ser materia de poco interés.

3. *De varia curandi ratione.*

Esta obra quedó manuscrita, y se halla en la biblioteca del Escorial (véase á Don Nicolás Antonio).

JUAN BRAVO DE PIEDRAHITA.

Natural de Piedrahita, pueblo de Castilla la Vieja: estudió en Salamanca, en donde fué nombrado catedrático de medicina por los años de 1560, y despues de treinta y seis de magisterio continuaba enseñando, y publicando sus escritos. Este médico debe ser contado entre los que mas trabajaron en pro de los adelantos de la ciencia, y fué uno de los varones mas esclarecidos de su siglo. Sus obras son las siguientes:

1. *De hidrophobiæ natura, causis, atque medela, liber unus. Salamanca*, 1571, en 8.º; idem, 1576; idem, 1588, en 4.º

2. *De saporum et odorum differentiis causis et afectionibus*, Salamanca, 1583, en 8.º Venecia, 1592, en 8.º

3. *De curandi ratione per medicamenti purgantis exhibitionem libri III.* Salamanca, 1588, en 8.º

Los puntos de que trata en cada uno de los tres libros en que dividió esta obra son los que siguen:

Liber primus. Quid medicamentorum et quomodo ejus facultas sit exploranda.

Liber secundus. Agitur de humorum vitio, et de iis quibus purgatio competit: deque anni et morbi tempore, in quibus ipsa fieri debeat, ac de methodis in ea observandis.

Liber tertius. Agitur de simplicibus, quæ nostris temporibus in usu habentur.

4. *In CL libros Galeni de differentiis febrium comentaria.* Salamanca, 1585, en 4.º; idem, 1596, en 4.º

5. *In libros prognosticorum Hippocratis comentaria.* Salamanca, 1578; idem, 1583, en 8.º

Tambien se le atribuyen las obras que á continuacion se espresan:

6. *De Marsis et Psyllis.*

7. *De Vini natura.*

Zacuto Lucitano no duda que estas dos obras fueron de Bravo, y Don Nicolás Antonio opina lo mismo.

Todos estos libros estan escritos con suma cordura, y cada uno de ellos es una prueba evidente de la vasta cultura y juicio del autor. En el de la rabia se lee al fólio 77 la singular observacion de un salamanquino, cuya transpiracion era tan enemiga de las chinches, que en cama donde durmiese jamás se vió ninguna. ¿Seria la transpiracion de este castellano análoga á las exhalaciones de la yerba marítima *alga ú obas marinas*, cuya virtud contra las chinches descubrió casualmente en Roma el español Laguna, dando un precio subido á una planta tan poco apreciada antes?

Juan Castellano Ferrer.

Nació en la ciudad de Murcia en 1529; estudió la medicina en la Universidad de Alcalá de Henares; se estableció de médico en su pais natal, y despues lo fué de cámara de Felipe II; escribió dos obritas latinas en muy buen lenguage é igual edicion, tituladas:

1.ª *De communium morborum causis. Commentarii quator libris complexi.* Valladolid, por Alfonso Diego de Córdoba, 1572, en 4.º

2.ª *De potestate indicationis quam morbi causa præscribit.* Están las dos unidas y dedicadas al obispo de Segorve, Don Francisco Soto y Salazar.

Divide su obra *De communium* en cuatro libros: 1.º *Communium asuetorum*: 2.º *Endemiorum*: 3.º *Epidemiorum*: 4.º *Pestilentium causas considerat.*

He leido estos dos escritos; el 1.º puede considerarse como una esplanacion del libro de Hipócrates, relativo á los aires, aguas y lugares, y tambien de varios pasages de las epidemias; por lo cual escribieron sin duda Oribay y Monreal, que este murciano habia comentado el libro de Hipócrates *De las enfermedades mas comunes.*

En esta obrita se halla al fólio 23 un pequeño bosquejo topográfico sobre la naturaleza del suelo, aguas, vientos y en-

fermedades de Murcia, que aunque sucinto, debe tenerse presente al formar la topografía médica de España.

Tambien hace mencion de la peste que afligió á dicha ciudad en 1558, de la que dice se comunicó desde Valencia.

En el segundo escrito trata, aunque sucintamente, del poder de las indicaciones, deducido de sus causas, y concluye con unas reglas contra la peste para los pueblos atacados de este mal.

Era muy jóven el autor cuando escribió estas obras, pues solo contaba 32 años, que dice cumplió el 1561.

Francisco Diez Villarino.

Vecino y médico de la ciudad de Zaragoza, donde ejerció su profesion. Fueron sus padres D. Juan Fernandez de Villarino y Doña Juana García de Oyarzun, segun refiere Esteban en el Noviliario manuscrito de Aragon. Escribió:

1. *Medendi canonum, in quo plurimæ gravissimorum auctorum sententiæ dificiles abditissimæque circa curationem affectum capitis et pectoris descriptæ exarantur.* Tudela, 1573, en 8.º

Esta pequeña obra constituye unos cánones relativos á cirujía. Está dividida en dos tomos, y en el segundo se lee un epígrafe latino de buen gusto por Pedro Simon de Abril.

2. *Modo de examinar los naturales para la aplicacion á los estudios.*

Ignoro donde se imprimió esta obra, y en que año.

Francisco Arceo.

Doctor en medicina y uno de los mas hábiles cirujanos que ha tenido la España. Nació en Fregenal por los años de 1493, y no en Sevilla como afirman Sprengel y Tourtelle; no se sabe á punto fijo donde estudió la facultad, aunque algunos juzgan que en la Universidad de Alcalá de Henares, y otros que fué discípulo de la escuela práctica de Guadalupe.

La primera vez que leí las cartas del ilustrísimo obispo de

Guadix, el Sr. Guevara, donde habla de la residencia de algunos médicos españoles en aquel monasterio, confieso que concebí mala idea de lo que pudieran aprender en él; pero al mismo tiempo formé el designio de investigar cuál podia ser la causa por qué acudiesen allí á estudiar los médicos y cirujanos con preferencia á otra escuela. La lectura *De la historia universal de este monasterio de Guadalupe, por Fr. Francisco de San José, impresa en Madrid el año de* 1713, y escrita en vista de los códices y manuscritos del archivo del referido convento, me sacó de la duda, haciéndome conocer que las bellas circunstancias de tener un magnífico hospital en donde se veian reunidos gran número de casos prácticos de todas clases é índole de males; el privilegio de su santidad para abrir cadáveres, y todas las demas proporciones que ofrecia, y de las que ya hemos hecho mencion á la pág. 25 de la introduccion á este siglo, y que mas por estenso se refieren en el capítulo 18 de la espresada historia, eran la causa de que muchos eligiesen esta escuela para hacer en ella con aprovechamiento unos estudios, tanto en la parte clínica como en la anatomía patológica y operaciones, que con dificultad podrian llevar á cabo con mas amplitud y comodidad en otros hospitales. En efecto, la lectura de las obras de los médicos formados en este teatro de instruccion quirúrgico-médica acabó de convencerme de toda su importancia, viendo que á casi todos les valieron la opinion de consumados, haciendo que muchos fuesen elegidos para la cámara de los reyes. Arceo es el primero que entre los escritores de este siglo se nos presenta para honra de aquel memorable monasterio ya tan olvidado. El grande crédito que adquirió de médico, y aun mucho mas de cirujano, se justifica por el buen acierto que tuvo en sus curas, de tal modo, que de todos los puntos de España y fuera de ella venian á buscarle y á operarse con él, siendo de notar que ya octogenario conservaba tal agilidad en las operaciones quirúrgicas, que las ejecutaba con la misma firmeza y celeridad que si tuviese cuarenta años, como lo testifica su célebre paisano Benito Arias Montano en el prefacio que colocó al principio de su obra.

La casualidad de haber sido llamado este sábio teólogo y célebre predicador á hacer una cuaresma á Llerena, y de haber comisionado el ayuntamiento de aquella ciudad al mismo Arceo para buscarle, fué el motivo de que el nombre de este y su habilidad no se perdiesen , como ha acontecido á otros muchos españoles. Hospedado el predicador por espacio de cuatro meses en casa de Arceo , tuvo ocasion de admirar los talentos y habilidad de este genio , y que no era vano el encomio que de él le habia hecho en Alcalá el célebre Fernando Mena, su maestro , quien le aconsejó que tomase por preceptor á este facultativo si queria instruirse en la cirujía. El esclarecido teólogo tomó el consejo de Mena , y habiendo suplicado á Arceo le enseñase la ciencia quirúrgica , condescendió gustoso, teniéndolo por discípulo cuatro meses, durante los cuales le dió asiduamente sus lecciones , como él mismo refiere con este motivo. Conociendo entonces Montano toda la profundidad de los conocimientos de Arceo, le persuadió y aun precisó en conciencia á escribir las obras que felizmente se han conservado reducidas á dos trataditos titulados: *De recta vulnerum curandorum ratione, et aliis ejus artis præceptis, libri duo: Francisco Arceo fraxinalensi doctore medico et chirurgo auctore: ejusdem de febrium curandorum ratione.*

Se imprimieron reunidos en 1574 en Amberes, con un prefacio del mismo Arias Montano, y una carta y comentarios de otro español Alvaro Nuñez, médico en el mismo Amberes. Otra edicion se hizo en Amsterdan en 1658 en 12.º, con las mismas notas de Alvaro Nuñez. En 1674 se tradujo en aleman y se imprimió en Nuremberg, reimprimiéndose en 1717 en la misma ciudad. En 1588 se tradujo al inglés, y en 1667 la vertió en holandés Lewaldé; todo á pesar de lo que tan encarecidamente suplicaba á Arias Montano, de que no se permitiese que sus obras se tradujesen para que no llegasen á manos de los imperitos y barberos ; sino que quedasen en latin para que únicamente sirviesen de utilidad á los hombres instruidos y á los médicos, de quienes se queja amargamente por haberse desprendido de la cirujía por fastidio ó negligen-

cia, y haber permitido que los empíricos é ineptos barberos se apoderasen de esta nobilísima y mas positiva parte de la medicina.

La cirujía debe á Arceo descubrimientos útiles; fué de los primeros que dejaron el método comun de curar las heridas, y aunque podia haberse atribuido esta gloria, tuvo la modestia de decir que los griegos ya la habian columbrado; desterró el uso de los clavos de hilas en la curacion de las heridas; tuvo la singular habilidad de curar las fístulas del pecho, y no solo acudian como ya he dicho en busca de su auxilio de todas las provincias de España, sino que los italianos y franceses venian tambien á operarse con él. Introdujo una juiciosa reforma en el tratamiento de las heridas, oponiéndose con vigor á las suturas y frecuentes amputaciones, sin querer que se mutilase jamás sino lo necesario, economizando mucho el uso de instrumentos. Imitó tambien á Hipócrates, pues sin nombrar mas que los abusos, calla y respeta las personas.

Su estilo es difuso, pero claro; y en medio de mostrarse algo polifarmaco, como los profesores de su tiempo, es bastante selecto. Sin embargo, en la parte médica fué muy inferior á sí mismo. El tratado de calenturas, ademas de incompleto, está fundado sobre las ideas de Avicena, y en la polifarmacia de Mesué: despues de haber agotado los jarabes y cocimientos, echaba mano de las perlas orientales, topacios, rubíes, esmeraldas, y de los panes de plata y oro, pagando asi un tributo á la credulidad de su siglo. Tenia tal confianza para curar las cuartanas, en la zarzaparrilla colorada, que asegura se disipan todas bebiendo su cocimiento por espacio de veinte dias (1).

Es digno de alabanza por la máquina ortopédica que inventó para curar las torceduras de nacimiento de pies y piernas, cuya lámina se encuentra á la pág. 173 de su obra, edicion de 1658, y lo es mas aun por la caridad y desinterés con que asistia á los pobres.

---

(1) Página 283.

Al fin de su obra trae una analogía sobre la curacion de la tisis pulmonal, deducida de la semejanza que le parecia tener con las heridas penetrantes del pulmon, en cuya curacion ya se ha dicho que era feliz. Aplicando la de estas á aquella, se lisonjeaba de poder curar con la misma facilidad la una que las otras. Al paso que esta conjetura honra la filantropía de Arceo, es para mí un nuevo testimonio del peligro que hay en deducir analogías de las enfermedades esternas ó quirúrgicas, para gobernarse en las internas. No se cesa de repetir que una erisipela, que un divieso, que una úlcera tienen igual mecanismo y son enfermedades idénticas en la piel, que en las entrañas; lo cual es tan falso como lo demuestra la esperiencia. La erisipela del útero, del pulmon, del cerebro, por lo comun son enfermedades mortales, aun cuando las dirija un profesor inteligente; la vida particular de cada órgano, y mas todavía la cualidad específica de la causa que obra en él, diversifica de tal modo la naturaleza íntima de la enfermedad, que en ocasiones una bala que atraviesa el pecho, ó una espada que perfora los pulmones, es menos temible que una ligera destilacion catarral continuada, que una retropulsion cutánea, de la artritis ó de la gota, que un lijero tubérculo ó un pequeño apostema, resultado de cualquier inflamacion pulmonal.

Al leer el plan con que Arceo intenta curar la tisis, siento una mezcla de admiracion hácia este grande hombre, y de lástima por su falta de ideologia clínica. Mandaba purgar á los enfermos por tres dias con el jarabe de rosas y de culantrillo, y el água de escabiosa; despues les administraba unas píldoras de agarico, y á esto se reduce toda la curacion de la tisis. ¡Ojalá que para esta enfermedad nos hubiera dejado consejos prácticos tan luminosos como consignó para las fístulas! ¡pero cuán pocos pueden envanecerse con el honroso y doble dictado de buen médico y buen cirujano á la vez! Hé aquí otra nueva prueba que acredita y convence de lo imposible que es, que la generalidad de los profesores tengan igual disposicion y hagan iguales adelantos en la medicina y en la cirujía.

La composicion de su bálsamo ha contribuido á su cele-

bridad, mas quizá que sus escritos. Estos apenas los leen una docena de profesores en España, y el bálsamo no hay médico ni cirujano que no le haya oido y aun dispuesto, de modo que ha conservado su reputacion al través de los siglos, como un escelente vulnerario, supurante y digestivo. Los simples que entran en su composicion y su dosis se hallan á la pág. 28, de esta manera:

R. Gummi elemii, et
Terebietinæ abietinæ, quam vulgo de abiete vocant. aa.......... unciam et semis.
Lepi castrati antiqui et lique facti.... uncias duas.
Pinguedinis porcinæ antiquæ liquefactæ. unciam.
Misce, et ad ignem linimento facito.

Alvaro Nuñez.

Médico y cirujano español: escribió.

Annotationes ad libros duos Francisci Arcei de Recta curandorum vulnerum ratione, cum iisdem excussas. Amberes, 1574, en 8.º

Estas anotaciones están dedicadas al célebre Arias Montano, quien hace de Nuñez un gran elogio en el prefacio que escribió á la obra de Arceo, llamándole «su íntimo amigo Alvaro Nuñez, médico en Amberes, en donde ejercia la profesion con mucho crédito.»

Alfonso de Torres.

Natural de Plasencia, escribió:

De febris epidemicæ et novæ quam, vulgo tabardillo, *vocant, natura, cognitione et medela.* Burgos, 1574, en 8.º Valencia, 1591, en 8.º

De esta obra hablan Alberto de Haller, Blas Torquato, Lopez Turel, y D. Nicolás Antonio; pero Villalba juzga, con razon en mi concepto, que estos autores la confunden con la que escribió Luis de Toro sobre el mismo objeto, con el pro-

pio título, impresa y reimpresa en los mismos años y en igual tamaño, siendo el impresor de la misma poblacion.

Luis Mercado.

Aun cuando en la introduccion á este siglo hemos hecho la debida apología de este sábio profesor, tomo II, pág. 138 y siguientes, defendiéndolo contra la injusta crítica del aleman Kurt-Sprengel, réstanos ahora presentar las cortas noticias biográficas que tenemos de él, y dar á los lectores una lijera idea del mérito singular de sus obras, á las que no han podido menos de recomendar varios extranjeros, hasta decir el mismo M. Jourdan, tan poco propicio á nuestra literatura, en el tomo VI de su Diccionario bibliográfico, pág. 252, *que fué el médico mas célebre del siglo* XVI, *y que sus obras, aunque frecuentemente citadas, son poco leidas, siendo asi que merecen serlo mucho mas.*

Nació en Valladolid por los años de 1520, en donde es probable que siguiese sus estudios de gramática, artes y medicina. La sutileza de su ingenio, y los vastísimos conocimientos que poseia en la facultad, le hicieron digno de ocupar una cátedra en las escuelas de su pueblo natal: desempeñó su magisterio por espacio de muchos años, instruyendo á sus discípulos en las máximas hipocráticas, y difundiendo el raudal de su doctrina con tan merecido aplauso y fama de sabiduría, que no solamente mereció que Felipe II le llamase á ocupar un lugar muy distinguido entre sus médicos de cámara, cuyo destino sirvió por espacio de veinte años, continuando en él despues del fallecimiento del monarca en el reinado de Felipe III; sino que fuese reputado por el mas filósofo y profundo práctico de su siglo, rivalizando con el mismo Valles, y aun dándole muchos la primacía. En efecto, D. Nicolás Antonio, hablando de Mercado, confirma esta verdad con aquella fina crítica qué le distingue, diciendo: «que los que »en España atribuyen la primacía y miran á Valles como el »mas sobresaliente de los médicos, deben tener entendido que

»si este sobrepuja en la agudeza de filosofar y en el arte teóri»co de la ciencia; en la profundidad de conocimientos prácti»cos, encierra Mercado mas tesoro.»

Empero si este castellano viejo se hizo célebre por su gran talento, mereciendo que su nombre viva á la par de los primeros maestros de la ciencia, no es menos digno de elogio y de honorífica memoria por su honradez como ciudadano, y sus virtudes como padre de familia. En el elogio que Pedro Jordan, licenciado en medicina, hizo de él, y colocó al frente de su obra sobre la curacion de las enfermedades internas, dice: «que Mercado fué hombre lleno de virtudes, modesto en »el vestir, parco en la comida, humilde, y que su casa era un »pequeño templo de piedad y religion.» Tuvo dos hijos y dos hijas: los primeros entraron, el mayor en la compañía de Jesus, y el otro en los carmelitas descalzos; y las dos hijas, para valerme de las mismas palabras de Jordan, «abra»zaron la soledad, sin que fuera de maravillar que de una »casa de religion, se trasladasen á otra.»

Falleció este profesor á los 86 años de edad, en el de 1606, despues de una gloriosa carrera literaria, y segun he podido indagar por las antigüedades de Valladolid, se dice está enterrado en la capilla de San Jacinto, que se halla en el claustro principal del convento de San Pablo de aquella ciudad. Pedro Castellano, que escribió las vidas de los médicos ilustres, contó entre ellos á nuestro Mercado, y dice que murió de un cálculo de la vejiga, despues de diez y ocho dias de supresion de orina y dolores acerbos.

La mayor parte de las obras que publicó se hallan reunidas en tres tomos en fólio, con este título:

Ludovici Mercati medici á cubiculo Philippi II et III Hispaniarum atque Indiarum Regum potentissimorum, eorundemque Protomedici, et in Vallisoletana academia primariæ Cathedræ professoris emeriti, opera omnia, in tres tomos divisa. Valladolid, 1605, 1611, 1613. Francfort, 1608, 1614, 1620. Venecia, 1609.

Las materias que contienen son las que en seguida vamos á esponer, colocando á continuacion de cada tratado en

particular, el año en que por primera vez salió á luz por separado, y ediciones sucesivas que de él se hicieron.

Tomo primero.

1. *De veritate et recta ratione principiorum, theorematum ac rerum omnium ad medicam facultatum spectantium: in quo libri tres.*

Segun D. Nicolás Antonio se imprimió en Valladolid el año de 1604, en fólio.

El primer libro está dividido en cinco partes.

Parte 1.ª *De constitutione et fabrica corporis humani, ex elementis usque ad ipsius integritatem.*

Esta primera parte la subdividió en cinco clases.

1.ª clase. *Quætiones proemiales circa medicæ facultatis naturam et dignitatem continet, in sex articulos dissectas.*

2.ª *De elementis: in tres articulos divisa.*

3.ª *Quid sit elementum: in sex articulos divisa.*

4.ª *De passionibus elementorum, in tredecim articulos dividitur.*

5.ª *Propter quid sint elementa: quæ docet usum, officiumque et potestatem ipsorum elementorum, in quatuor articulos dissecta.*

Parte 2.ª *De temperamentis.*

Se halla subdividida en cuatro clases.

1.ª clase. *An temperamenta sint.*

2.ª *Quid sit temperamentum.*

3.ª *Quale sit temperamentum.*

4.ª *Propter quid sit temperamentum.*

Parte 3.ª *De humoribus.*

Subdividida tambien en cinco clases.

1.ª clase. *De humoribus in genere.*

2.ª *De sanguine.*

3.ª *De pituita.*

4.ª *De bile.*

5.ª *De melancolía.*

Parte 4.ª *De humani corporis fabrica et partibus.*

Subdividida en seis clases.

1.ª clase. *De partium simplicium materia.*

2.ª *De partium simplicium et organicarum historia.*

3.ª *De partibus principibus, et partibus ventris earumque historia.*

4.ª *De thoracis et partium ejus historia.*

5.ª *De capite et partium ejus historia.*

6.ª *De musculorum et ossium membra seu artus componentium historia.*

Parte 5.ª *De animæ facultatibus et earum actionibus.*

Subdividida igualmente en seis clases.

1.ª clase. *De anima in communi illiusque essentia.*

2.ª *De potentiis animæ in communi.*

3.ª *De potentiis animæ vegetativæ.*

4.ª *De potentiis sensitivis et de motiva.*

5.ª *De sensibus internis.*

6.ª *De sensibus externis.*

Libro segundo.

De sanitate et arte ipsam conservandi ac precavendi, juxta varietatem temporum et ætatem.

Dividido en tres clases.

1.ª clase. *De sanitate ac de causis ipsam conservantibus in genere.*

2.ª *De sex rebus non naturalibus.*

3.ª *De puerorum providentia et custodia.*

Libro tercero.

Está dividido en tres partes.

Parte 1.ª *De morbis, eorum causis, differentiis, accidentibus, cognitione, præsagio, et curatione.*

Parte 2.ª *De principiis artis præsagitoriæ.*

Subdivididos en cinco clases.

1.ª clase. *De præcognitione morbi, et futura mutatione præsentis sanitatis ad morborum statum.*

2.ª clase. *De mutatione morborum dùm sunt in vigore, ad salutem, aut ad mortem.*

3.ª *De signis coctionis et cruditatis, prædicentibus convalescentiam in integram salutem terminari, aut iterum in morbum relapsurum.*

4.ª *De signis criticis, et crisium natura.*

5.ª *De dierum criticorum ac decretoriorum natura, numero, ac vi.*

Parte 3.ª *De principiis curatoriæ facultatis.*

Subdividida en tres clases.

1.ª clase. *De constitutione et natura partis curatoriæ.*

2.ª *De potestate, efficatia, et mediis artis practicæ ad rectam curationem instituendam.*

3.ª *De potestate artis curativæ, exemplis, ac remediis copiosissimis probata, ex parte affecta sumpta indicatione.*

La dialéctica de Mercado en la obra cuyo plan acabamos de esponer, y la sutileza de sus razonamientos en la gran copia de argumentos que trae, hizo que Sprengel le comparase con Santo Tomás de Aquino. Sin embargo, en medio de su metafísica, descúbrese en sus ideas un fondo de sabiduría y de máximas prácticas que forman la base principal de sus doctrinas, de esa pirámide asombrosa á que podemos comparar sus obras, y en cuya cúspide se ostenta el alma metafísica de este hombre singular. Empero no en todos sus escritos sigue el mismo órden de cuestiones y sutilezas. Si Sprengel los hubiera leido todos, en vez de tomar entre los capítulos de este primer tomo los que mas hacian á su intento para denigrar al español, habria visto cuán cierto es lo que escribió el doctor Francisco Ruiz, médico de Felipe III, en elogio de Mercado, á saber: «*Que abrió y allanó el camino para llegar á penetrar »los secretos y lo mas divino de las obras de Hipócrates.*»

Tomo segundo.

II. *De internorum morborum curatione.*

Segun D. Nicolás Antonio se imprimió en Madrid en 1594, en fólio.

Está dividida en cuatro libros: en el primero trata de las enfermedades de la cabeza, y de las de cada una de sus partes; en el segundo de las afecciones de las partes continentes y contenidas del pecho; en el tercero de las del vientre en general; y en el cuarto de las enfermedades del hígado, bazo, riñones y vejiga, y curacion de cada una de ellas.

El autor se propuso escribir un tratado de medicina práctica, y consiguió su objeto en esta obra, en la cual se vé patentemente que Mercado bebió el espíritu de los médicos griegos, latinos y árabes, y que lejos de haber sido su obra un obstáculo para la introduccion de la doctrina hipocrática en España, contribuyó á darle un nuevo esplendor. Infinitas son las ocasiones que aprovecha de citar á Hipócrates en este y en todos sus escritos, y aunque aficionado á Galeno y á Avicena, cuya autoridad era tan imponente en aquella época, cuando se trata de decidir entre las ideas de estos, y las del viejo de Coo, se vé que el último merece en su concepto constante preferencia. Este tratado de las enfermedades internas es uno de los que mas aceptacion tuvieron, y cualquiera que le lea no podrá menos de conocer su mérito. Entre varias enfermedades que describe en particular, se ocupa de la gota en un tratado muy interesante, y digno de ser consultado aun hoy dia. «Se ha de poner, dice, todo esmero en que los »dolores no se hagan habituales, ó repitiendo muchas veces »contraigan un hábito las partes; porque en este caso con di»ficultad se cura; antes bien por esperiencia consta que lo »pasan peor los enfermos, porque los remedios no pueden de»jar de producir una cierta debilidad al cuerpo (si son san»grías ó purgantes), ó en la parte afecta si se aplican como tópi»cos, que ó adelgazan y debilitan la articulacion, cuando obran »como anodinos ó calentando la parte, ó refrescando engrue»san el humor y lo hacen mas dificil de disiparse. Por todo lo »cual en los principios del mal, es cuando se han de aplicar los »remedios con todo empeño para que no hagan hábito, y »despues no solo no puedan procurar bien alguno, sino que »hagan el mal mas rebelde y pertinaz, aunque en el primer »acceso ó ataque parezca que le mitigan ó alivian.»

«No deja de haber peligro en que la parte se fortalezca »durante el ataque, porque este acarrea males mas graves y »funestos.»

«No se ha de purgar al enfermo en el principio y aumento »del mal; porque muchos de aquellos que se han purgado han »sido atormentados despues de crueles dolores, y el mal que »habia de durar hasta los cuatro dias, se ha prolongado por »mucho mas tiempo. He visto por esperiencia que es mucho »mas seguro y conforme á razon usar mas tarde de los pur»gantes, si los humores fluyen poco á poco, ó en la declina»cion del mal. Y si este es habitual, cuanto menos purgues »menos dañarás. Vale mas en este caso desistir de todo remedio, »porque es mejor conservar por mas tiempo las fuerzas, que »hacer incurable la dolencia, y reducir el cuerpo á un abati»miento irreparable, sin otro bien que un pequeño y fugaz ali»vio, dejando por otra parte la enfermedad en toda su fuerza.»

«Los revulsivos son muy peligrosos, porque el humor »acude entonces á otras partes mas importantes y necesarias »á la vida. Si se aplican los diaforéticos y resolutivos no se »daña menos: si los anodinos relajan la parte: los narcóticos la »debilitan. Por lo cual algunos desengañándose *han preferido »padecer los dolores, á empeorarse despues de un pequeño alivio.*»

III. *De morbo galico, libri duo: quorum primus ejus naturam et curationem in genere continet: secundus omnium ejus accidentium.*

Despues de tratar el autor de la esencia y asiento de la sífilis, espone la historia de cada una de las fases con que se presenta este *Proteo*, enemigo de la especie humana, y de los medios terapéuticos con que se le combatia en su época. Mercado es de opinion que esta enfermedad vino de América; recomienda los leños sudoríficos, y aunque propinaba el mercurio y sus fumigaciones, era muy cauto en ellas, procurando mas bien administrar los medios revulsivos que las preparaciones del azogue, en las cuales suponia virtudes venenosas. Este tratadito de Mercado, aunque corto, es muy curioso; merece leerse, y es seguro que no será tiempo perdido el que se emplee en su estudio.

IV. *De morbis hæreditariis : tractatus unicus.*

Se reduce esta pequeña obrita á esponer que hay enfermedades hereditarias, probando con argumentos silogísticos que son incurables, pero que algunas se pueden remediar en los hijos, aunque no en los padres; y otras que no se curan en los hijos, se prestan en los padres á que pueda corregirse en algun tanto la disposicion que las trasmite á la prole venidera.

V. *De febrium esentia, differentiis, causis, dignotione et curatione.* Valladolid, 1586, en 8.º

Está dividida en siete libros.

1. *De febrium essentia.*
2. *De febrium differentiis.*
3. *De febrium causis.*
4. *De febrium ephemerarum, natura, causis, differentiis, signis, et curatione.*
5. *De febrium hecticarum essentia, causis, dignotione, et curatione.*
6. *De febrium putridarum, natura, causis, dignotione, et curatione.*
7. *De febrium pestilenti et de maligna, ac de accidentibus, quæ iis et reliquis putridis succrescunt.*

El tratado de que acabo de hacer mencion se recomienda por sí solo. Es uno de los mejores que vió el siglo XVI, y merecia por lo tanto que hiciéramos un estracto de cada una de las diferencias de las fiebres, y principalmente de las intermitentes, á que dió el nombre de *perniciosas*, distinguiéndolas de las benignas con aquella penetracion propia de su ingenio y fino criterio; pero ya que me lo impida lo estenso de la materia, porque haria esta bibiografía demasiado larga, cuando no es tan rara la obra de Mercado que no puedan los médicos curiosos hallarla con facilidad, y leer en su original la precision y fiel pintura que nos hace de tales dolencias; voy á trasladar ligeramente algunas consideraciones que nos hace sobre las referidas intermitentes perniciosas, y que testualmente traduzco asi:

«En el mismo género de intermitentes, dice, hay unas ca-

»lenturas que tienen su exacerbacion cada tres dias. Entre »estas se encuentra una especie de calentura poco vulgarizada, »con gran daño mal éxito de los pacientes, y admiracion de »los médicos. Lo que sobreviene menos veces se desconoce con »mas facilidad, por cuya razon acomete con mas energía, y por »esta ignorancia causa mayor terror y admiracion : y lo que »es mas malo y pernicioso se mira con mas desprecio. ¿Quién »creerá pues que una intermitente terciana puede hacerse »mortífera , y en especial habiendo dicho Hipócrates: *que la »calentura de cualquier modo que intermita, significa estar el »paciente fuera de peligro, y en otros mil lugares que la ter»ciana es muy breve y segura?* Pero déjese de admirar cual»quiera, porque la esperiencia acredita muchas veces, que no »pocos de los que padecen tales intermitentes, mueren impen»sada y rápidamente, habiéndose engañado hasta los médicos »mas sábios.»

«Asi pues , esta terciana perniciosa es una calentura, que »con rostro fingido y enmascarado , es mortal, y se complica »con mil accidentes perniciosísimos. Ya hemos advertido que »bajo el dictado de terciana se debe comprender la simple y »doble, las cuales he visto frecuentemente ser ambas perni»ciosas ó malignas.»

«De uno de seis modos puede cualquiera terciana hacerse »perniciosa. Primero, por depositarse ó afectar un miembro »ó parte principal la causa del mal, la cual trasmite la natu»raleza por los vasos á todos los estremos; porque siendo el »miembro interesante , no se puede dudar que amenaza pe»ligro de muerte cualquiera lesion de este , lo mismo que la »turgencia de los humores, que por la propia razon juzgamos »ser peligrosa , y por temer que ataque un miembro prin»cipal.»

«Segundo, se hace perniciosa , porque el humor que por »las venas pasa á dichos estremos, se hace muy delgado y »muy pútrido, cual se considera por ejemplo la bilis muy »delgada y cargada de un líquido sanioso. De aqui resulta »que aquellos que padecen esta calentura, caen frecuente»mente en un síncope; se debilitan con mas facilidad; se des-

»mayan; se consumen en medio de un sudor muy pernicioso, »que arrastra consigo por vicio del humor, mucha parte espiri»tual y alimenticia.»

«Tercero, sucede esto, no por la corrupcion, sino por »una mala calidad del humor, contraida por los malos alimen»tos, de lo cual ya se acordó Hipócrates (7 popul. tex. 81) »refiriendo las causas y ocasion del cólera-morbo, que suele »acompañar á estas tercianas muchas veces, como lo com»prendia perfectamente Valles; siendo tanta la malicia de es»tos humores, que si ademas se les junta la putrefaccion y »los escita el calor, se empeoran de tal modo que á cualquiera »parte que vayan á parar causan accidentes muy perniciosos »y mortales. Muchos médicos árabes, y entre ellos Isac, Ras»sis, Avicena, Serapion y Haliabas han pensado era imposi»ble que de dichas causas se produjesen calenturas, porque »semejantes humores eran por su naturaleza venenos, á los »cuales la naturaleza prontamente espelia en cualquier afecto »por vómito, aunque por lo regular mortalmente. Dichos au»tores se esfuerzan en probar su argumento, fundándose en »que Aristóteles dice, que el fuego y todas las cosas de fuego »no podian corromperse. Pero si alguno mira detenidamente »esta materia y á sus autores, encontrará que estos humores »han escitado, no solo calenturas, sino otros afectos. Com»pruébalo asi Galeno en la historia de un jóven calenturiento »que arrojó una cólera eruginosa, por cuya razon fué luego »acometido de convulsiones.»

«Cuarto, una terciana se hace perniciosa por la abundan»cia escesiva de humor crudo y de desigual consistencia, por »cuya razon se vuelve entonces en una especie de calentura »sincopal humoral; y asi como esta procura estinguir el calor »del corazon, la terciana el de todo el cuerpo.»

«Quinto, se hace no menos perniciosa por la complica»cion de algun otro accidente, á saber: por algun flujo de»terminado por el calor febril; motivo porque frecuentemente »el pulmon, el corazon, y la boca del estómago se afectan de »varios modos, por ansiedad, dificultad de respirar, y pulso »intermitente.»

«Del sesto y último modo se hace una intermitente per»niciosa por una condicion venenosa, contajiosa y pesti»lente del humor que es arrojado de los mismos vasos, el »cual cuanto mas se mueve y agita, tanto mas graves ac»cidentes produce, pues aunque ocultándose y descansando »en el dia intermedio, y aun combinándose con otros humores, »parece que no produce ningun mal, y que el cuerpo nada »tiene, bien pronto manifiesta y despliega su malicia vene»nosa y matadora, y no sin grande riesgo del enfermo.......»

«Los signos que indican que las tercianas serán pernicio»sas, son ciertos graves accidentes que al punto deben poner »al médico en el mayor cuidado. Tales son: el semblante del »enfermo cadavérico ó muy abotagado; el pulso desigual, pe»queño, débil, intermitente, ó la asfixia. La orina demasiado »crasa y de mal color; un desasosiego no acostumbrado; la »ansiedad, el síncope, el desmayo, la postracion, sudores »frios; ó durante todo el tiempo de la accesion, frios irregu»lares, respiracion dificil, delirio, ó un sueño profundo; vó»mitos eruginosos, náuseas, ó vómitos escasos pero con mu»chas náuseas. Los flujos de vientre ó cámaras gruesos, di»sentéricos, de varios colores ó humores puros; pesadez ge»neral, inquietud y una sed inestinguible. Ademas de estas »señales hay otras que son comunes á las demas tercianas, »de las que apenas se ven libres los enfermos, alargándose »hasta en el dia de descanso, en el cual aun están tris»tes, lánguidos, angustiosos, sedientos ó afligidos con otra »clase de dolor, aunque en este caso sea la fiebre muy leve ó »no haya vestigios de ella. Y aun pienso que es muy malo »que en la fiebre aparezca temblor, ó que en medio del frio »venga el sudor, ó que sudando se enfrien los pacientes, que se »desmayen ó que esten muy desasosegados. Todo lo cual debe »llamar la atencion del médico para que sepa que desde la pri»mera accesion está amenazado el enfermo de grandes males.»

«Aunque es cierto que las dichas tercianas son pernicio»sas, no por eso se ha de inferir que todas sean mortales: »unas son muy graves, otras indican degenerar en varias en»fermedades; cual de ellas en afectos diarios: y aunque to-

»das por lo general están acompañadas de cruelísimos acci»dentes, no ofrecen sin escepcion un término funesto.»

«*De cualquier modo que sea, y cualquiera que sea el ór»gano afecto, muy luego y sin dejar pasar la ocasion, se ha »de emprender la cura; porque la menor tardanza acarrea »el mayor peligro: la dilatacion en estos casos, es peligrosísi»ma.* Téngase entendido por regla general, que ya ataque el »humor al corazon, al cerebro ó al vientre, al punto se debe »recurrir á los medicamentos purgantes......»

Despues de estas consideraciones presenta Mercado varias composiciones de medicamentos purgantes, en las que entran el maná, la caña fístula, el ruibarbo, y otras sustancias análogas para hacer evacuar á los enfermos de esta clase de afecciones.

Purgado que hubiese sido el enfermo, aguardaba la siguiente accesion, y si en ella no habian calmado los síntomas, aconsejaba las emisiones sanguíneas, siempre que las fuerzas del paciente lo permitiesen, queriendo que se practicase la sangría de la basílica, salvatela, ó de la poplitea, segun las circunstancias de que hace mérito.

Antes de la quinta accesion volvia á administrar los mismos purgantes, y procuraba derivar el humor á las partes mas lejanas de los centros de accion, por medio de los revulsivos, como eran las friegas ásperas, las ligaduras, los paños sahumados, las ventosas, que mandaba aplicar por todo el cuerpo, etc., etc.

Ultimamente, Mercado llama la atencion de los prácticos para que en los casos en que se presente la intermitente perniciosa acompañada de cardialgia, obren con mucha prudencia, y se guarden bien de sangrar. *Si tamen ventriculi os pati in hac febre compertum sit præterquam quod mox sanguinem mittere recusabis.......*

¡Lástima es que en tiempo de Mercado no se hubiese aun descubierto el tesoro de la quina, pues ciertamente, atendido el tino práctico que caracteriza á este sábio profesor, es de creer que hubiera hecho de ella un acertado uso, en vez de los medios farmacéuticos de que se valia, como todos los médicos de su siglo, para combatir las calenturas intermiten-

tes! Sin embargo, usaba Mercado y todos los prácticos de su época los tónico-amargos, como la genciana, la manzanilla, los ajenjos, etc.

VI. Consultationes morborum complicatorum, et gravissimorum: cum disputationibus necessariis ad naturam cujusque morborum capessendam, præsagium et curationem.

Este libro es sumamente curioso; contiene treinta consultas que son las siguientes:

1. *De spurio, seu illegitimo tremore, pro vivo quodam nobilissimo.*
2. *De spuria angina, pro quodam adelescente.*
3. *De puella epileptica.*
4. *De fastidito et siticuloso.*
5. *Dē hepatico et obstructo, cum malo corporis habitu, in hidropem commigrato.*
6. *De calculo vesicæ ex renibus deciso et in vesica adaucto.*
7. *De paralitico convulso et tabescente.*
8. *De convulsione ex vulnere.*
9. *De phrenitide in typhomaniam et lethargum degenerata.*
10. *De ventriculi imbecilitate, nausea, vomitu, ac singultu cum ventris palpitatione.*
11. *De pleuritide in peripneumaniam terminata, et postea in suppurationem.*
12. *De successione et complicatione fluxuum ventris.*
13. *De muliere patiente fere omnem histericarum affectionum sortem.*
14. *De tussi antiqua, et ophtalmia quæ commigrarunt in visus offuscationem, et suffusionem.*
15. *De complicatione febris ardentissima cum accidentibus histericis et aliis gravissimis.*
16. *De antiquo capitis dolore cum aurium tinitu, qui degeneravit in gravem auditum, et tandem in surditatem integram.*
17. *De muliere, quæ ex albo diutius adstricta frecuentissime in colicos dolores, et non nunquam icteriosos, incidebat, ac ultimo in ilei dolorem decidit.*
18. *De laborante salsuginosa spuitione, quæ commigravit in copiosam urinam et mox in reliquas urinæ difficultates.*

19. *De icterico quodam affectu pernitioso.*

20. *De muliere, quæ sterilis cum fuisset quindecim annis, postea concepit quid informe, et aliquando cum deformitate fætum peperit monstruosum, et mortuum, et ultimo curata vivum et parentibus similem peperit.*

21. *De nobilissimo quodam viro febre acuta correpto, qui minorativo pharmaco in augmento febris exhibito, ex toto, estra recidivam, evasit á febre.*

22. *De puero gallica infectione tabido, febriente et apostemoso.*

23. *De nobili quodam viro ex rehumatica affectione mille modis laborante, cum hipocondriaca melancholia.*

24. *De faucium et gulturis anginosis et lethalibus ulceribus.*

El primer español que encuentro haber hablado del garrotillo es Luis Mercado, el cual pinta esta enfermedad en la referida consulta, diciendo que en los años que ejerció la medicina en España (y no fueron pocos) la enfermedad mas peligrosa que se presentó á su consideracion fué esta, que en su tiempo cundia por varias ciudades y provincias. Con motivo de haberle llamado el noble Rodrigo Suarez de Toledo á curar á un hijo suyo que le padecia, describe con exactitud, injenio y belleza la historia de este caso, y luego la de otra afeccion igual que padeció el mismo padre contagiado por su hijo. Hace ver la diferencia que habia entre las anginas ordinarias, y este mal que el vulgo de los médicos de su tiempo llamó *garrotillo*, y asegura consistir en *una inflamacion maligna, pestilente, carbunculosa, que al momento producia en las fauces y garganta unas úlceras corrosivas, hediondas, y mas mortíferas que aquellas que los antiguos llamaron chironias.* Discurria con juicio sobre su plan de curacion; sangraba, y ponia sanguijuelas debajo de la barba en los principios; no aprobaba la evacuacion de sangre, sino en los primeros momentos; escarificaba las partes laterales de la lengua y velo del paladar; usaba de gárgaras frescas subácidas, y algo astringentes en los primeros periodos, pasando despues á las tónicas y antipútridas, y en ciertos estados de las úlceras, se valia del alum-

bre, del arsénico, de las preparaciones del cobre, y aun *del cáustico del oro candente,* artificiosamente introducido en las fauces (1). Reprobó los purgantes en el principio, tambien los vejigatorios, y elogió su contrayerba, llamando la atencion de los demas autores de su tiempo que simultáneamente ó poco despues escribieron de esta enfermedad.

25. *De sudore diaphoretico et syncoptico.*

26. *De viro illo qui frecuenter incidebat in animi deliquium.*

27. *De pernicioso erisypelate.*

28. *De viro quodam patiente jecoris callidam intemperiem, cum ventris frigiditate, et principio hypocondriacæ affectionis.*

29. *De colico dolore, spurio et periodico molestissimo pro viro quodam nobili.*

30. *De atrocissimo et lethali quodam affectu, qui accidit parturienti quidam mulieri, in ipso pariendi actu.*

VII. Tractatus unicus: continens gravissimarum atque difficilium et abditarum rerum disputationes, magni momenti et usus.

Este pequeño tratado contiene cinco controversias sobre las materias siguientes:

1. *De essentia et natura caloris febrilis.*

2. *Disserit de numero spirituum nostrum corpus gubernantium, ac de cujusque natura et motu.*

3. *Disserit, de natura et generatione sudoris, ac de ejus differentiis: nec non de materia efficiente ac de causa ipsum expellente.*

4. *Án actio, ut vitalis dici mereatur, specificetur solum á principio intrinseco, et in eo necessario teneatur permanere.*

5. *Disserit, quando et quomodo liceat, supressis menstruis purgationibus, aliunde quam á talo sanguinem mittere, aut purganti pharmaco uti.*

VIII. De puerorum educatione, custodia, et providentia

---

(1) Si Vamvenuti hubiera leido á nuestro Mercado, no se hubiera dado por inventor de su instrumento.

libri duo: quorum primus docet infantium educationem: secundus enumerat, et curare docet puerorum morbos. Valladolid, 1611, en 4.º

Esta obra de las enfermedades de los niños es otra de las que merecen estudiarse; y segun dice Piquer, *unida á la de enfermedades de mujeres, es un sinopsis de cuanto bueno habian escrito los griegos y latinos, fundadores de la medicina.* Si Astruc hubiera leido con mas detenimiento estas obras, no hubiera dicho tan equivocadamente que Mercado siguió solo las doctrinas de los árabes.

Tomo tercero.

IX. De communibus mulierum affectionibus liber primus.

De virginum et viduarum affectionibus, et de uteri morbis: iber secundus.

De esterilium et prægnantium affectionibus: liber tertius.

De puerperarum et nutri cum affectionibus: liber quartus. Valladolid, 1579, en 4.º Venecia, 1587, en 4.º 1602. Basilea, 1588, en 4.º Madrid, 1594, en fólio. Francfort, 1608, en fólio.

El catedrático de Valladolid Don Pedro Sosa, dando el parabien á Mercado, y tributándoselo á sí mismo por esta obra que habia publicado de las enfermedades de las mujeres, escribe: «que no es fácil resolver si en el siglo que vió la luz la »de Mercado, habia nadie merecido mas del bello sexo, pues »compadecido de sus enfermedades habia escrito una obra de »estas, exenta de supersticion, resucitando la antiquísima doc»trina de Hipócrates, casi borrada ya de la memoria de los »hombres, y aclarando las dificultades de este griego.» En efecto, nunca será bastantemente alabada esta obra, pues ademas de la maestría con que en ella se ven pintadas cada una de las afecciones á que están espuestas las mujeres por su constitucion y ejercicios, fué en los tiempos en que salió á luz por primera vez un paso agigantado que dió hácia su perfeccion la medicina práctica, presentando á la consideracion de los médicos un tratado especial que no tenia semejante, ni

por su estension y filosofía, ni por la gran copia de doctrina que reune. El profesor que quiera hacer un estudio profundo en este ramo, no debe olvidar á Mercado, en quien hallará tantas verdades que no las ofrecen mayores los adelantos ulteriores de la ciencia.

X. *De motu cordis et arteriarum quem medici pulsum vocant; libri duo.* Valladolid, 1584, en fólio. Pádua, 1592; en 4.º

El libro primero se subdivide en tres tratados.

1. *De nomine, essentia, et instrumentis pulsus.*
2. *De usu cordis et arteriarum, ac de usu etiam motus earundem partium.*
3. *De vitali facultate.*

Libro segundo.

De motu cordis et arteriarum quem medici pulsum appellant.

Subdividido en cuatro tratados.

1. *De pulsuum differentiis.*
2. *De dignoscendis pulsibus.*
3. *De pulsuum causis.*
4. *De præsagitione ex pulsibus.*

Nadie como Mercado desempeñó hasta su época este importante ramo de la semeiótica. Quéjase con justo motivo del descuido con que algunos médicos estudiaban el pulso, y enriqueció su obra con tanta variedad de tablas y observaciones, que si bien demasiado complicadas, son sumamente importantes. Habla por incidencia de los baños naturales mucho antes que Henry, quien escribió en 1828, diciendo *que las aguas minerales no son medicinales por los principios que contienen, sino por una causa oculta*, idea que veo repetir á Hoffman. En el tratado *de causis pulsuum* establece seis diferencias de pulsos que producen los baños de agua caliente y los de fria. Dice, asi: «cuando el baño caliente es de cortos momentos, los »pulsos son grandes, ligeros, frecuentes y vehementes: si se »prolonga, los pulsos se hacen pequeños, tardos, débiles, y

»hay peligro de desmayo: si el calor es moderado, entonces »los pulsos se presentan regulares y blandos: si es muy es- »cesivo, los pulsos son intermitentes, pequeños y dilatados: »si se toman despues de comer, los pulsos discrepan poco »del primer caso; si en ayunas, los pulsos son tardos, blan- »dos y concentrados, etc.»

Hablando de los frios, dice: «si los baños son generales, »los pulsos son raros, tardos y débiles: si parciales, los pul- »sos son frecuentes, ligeros y vehementes; si los sugetos son »robustos, los pulsos son grandes y acelerados; si delicados, tardos y raros, etc.»

XI. Methodus universalis et compendiaria cum partes affectas, tum ipsos affectus, dignoscendi, et curandi, in tres partes dissecta.

Es un pequeño tratado dividido en tres capítulos.

El primero *de dignoscendis locis patientibus.*

El segundo, *circa morborum dignotionem.*

El tercero, *circa medendi rationem.*

XII. De recto præsidiorum artis medicæ usu: libri duo. Valladolid, 1574, en 8.° Colonia, 1588, en 8.°

Recomiendo esta obra muy encarecidamente como una de las mas ricas en útiles noticias. Habla entre otras materias de las aguas y vinos, y tan estensa y doctamente de los baños, tanto naturales como minerales, de mosto, de vino, de aire, de arena, de trigo, de sal, de avena, de mijo, y de sustancias viráceas, que si levantára su frente, y viera cuanto se ha escrito despues, diria con Virgilio.

¡Oh sors miseranda! ¡Oh deploranda calamitas!
¡Oh falax, vana, ac futilis prorsus falacia!
Hos ego versículos feci; tulit alter honores!

Si los traductores del diccionario de ciencias médicas hubieran tenido presente lo que dejo dicho, ¿cómo era posible que no hubieran puesto una nota á los artículos *baños y aguas minerales*? Léase este tratado, y se verá con cuánta sinrazon

se ha olvidado á este español, que antes que otros muchos conoció la importancia de las aguas medicinales.

Ademas de estas obras contenidas en los tres tomos que acabamos de analizar, escribió Mercado otras varias, que no se incluyeron en dicha coleccion: tales son las que á continuacion espongo.

XIII. *Institutiones medicæ jussu regio factæ pro medicis in praxi examinandis, authore Ludovico Mercato, etc. in duos libros dissectæ.* Madrid, por Luis Sanchez, 1594, en 8.º

XIV. *Institutiones chirurgiæ jussu regio factæ pro chirurgis in praxi examinandis, etc. in duos libros dissectæ.* Madrid, por Luis Sanchez, año de 1594, en 8.º

Por una órden especial de Felipe II se cometió á Mercado la formacion de estas instituciones, que son una obrita elemental de medicina, y otra de cirujía. Hállase el mandato al principio de ellas, y puesto que es una prueba de la gran reputacion que gozaba el autor en la córte al mismo tiempo que espresa el objeto de dichas instituciones, voy á trasladarlo aquí:

«El rey.=Doctor Luis Mercado, médico de nuestra cámara, y uno de nuestros proto-médicos, por la necesidad precisa que se entiende hay en estos mis reinos, de que los médicos despues de graduados de Bachilleres, y haber practicado dos años, sean examinados de aquí adelante por instituciones particulares, en cosas concernientes á la práctica y buen uso de los remedios de la facultad de la medicina; y asimismo los cirujanos de mas de haber oido cirujía: se acordó que las dichas instituciones se hiciesen por los nuestros proto-médicos. Y porque ellos no pueden juntarse agora, ni conviene diferirlo mas, confiando yo de vuestras letras, prudencia y esperiencia, que las sabreis hacer y disponer como es menester, os las he querido cometer y encargar, como por la presente lo hago, para que vos ordeneis y recopileis dichas instituciones, por las cuales de aquí adelante han de ser examinados los dichos médicos y cirujanos. Y para que las puedan tener todos, se imprimirán y distribuirán por estos mis reinos; advirtiendo que si conforme á ellas no fueren

»hallados con la suficiencia necesaria, no han de ser admiti-»dos al uso y ejercicio de sus oficios. Fecha en San Lorenzo á »veinte de setiembre de mil y quinientos noventa y tres años. »Yo el rey.=Por mandato del rey nuestro señor.=Gerónimo »Gassol.»

XV. *De essentia, causis, signis et curatione febris malignæ in qua maculæ rubentes similes morsibus pulicum per cutem erumpunt. Cui accessit consilium continens summam totius præsagationis in eodem afectu.* Valladolid, 1574, en 8.º Basilea, 1594, en 8.º

En el prefacio y epílogo de esta obra vierte el autor las siguientes ideas. «Desde la mas remota antigüedad han dicho los »sabios que hay vicisitudes en todas las cosas; si alguno anali-»za esta verdad, á cada paso con repetidos ejemplos la verá »comprobada; y asi notamos una armoniosa revolucion de »dias y años, y una incomprensible variedad en ellos, que no »nos estraña por su frecuencia y uso cotidiano; pero ¿quién »alguna vez no se admira al ver las alternativas de noches y »dias, y las mudanzas de las estaciones del año, que se suce-»den por un órden maravilloso, y por una ley muy observada? »Pero si alguno considera esto con sorpresa, mucho mas le »admirará la presencia de ciertos astros, que desaparecen para »volverse á presentar en épocas determinadas. Es igualmente »digno de admiracion ver cómo las plantas vuelven á adquirir »todos los años su belleza intermitida en medio de su curso »inalterable; pero causa mas asombro observar que ciertas »plantas, algunas de las estaciones, y varias ciencias en »diversos tiempos y naciones diferentes están en boga, ín-»terin las demas están calladas. Y sobre todo lo dicho es sor-»prendente otra cosa que se nota en nuestro arte, á saber: »que tambien hay vicisitudes de enfermedades, no solo en »ciertas estaciones del año, sino por el transcurso de algunos »años, en los que principia, florece, y toma vigor la natura-»leza de una misma enfermedad; que por algun tiempo ha »estado como oscurecida, de suerte que parece que los hom-»bres la han echado en olvido, mas bien que haberse borra-»do su especie, y asi cuando vuelve como una produccion

»nueva, causa novedad y admiracion. Tal se ve en algunas »constituciones pestilenciales, y otras muchas enfermedades, »en las que se desarrolla cierto género de fiebre, que los mé»dicos para distinguirla de otras tambien pestilenciales la han »dado el nombre particular de maligna. Estas enfermedades, »ó por su naturaleza estuvieron ocultas, ó no se conocieron »en tiempo de Hipócrates, y en ellas salen por toda la cu»tis manchas encarnadas semejantes á las picaduras de pul»gas ó mosquitos que conviene distinguir de los demas exan»temas. Todas estas cosas en el lenguaje español se dan á en»tender con el nombre de Tabardillo.»

Veamos ahora los consejos y reglas que nos dá sobre el pronóstico y curacion de la misma fiebre.

«Estas son las cosas útiles y necesarias que he podido re»copilar en este libro, comprobadas por la observacion y el »uso, y conformes á la razon, de las que conviene usar con »diligencia y examinarlas con un juicio maduro, no sea que »para vergüenza nuestra quede alguno perjudicado, usando de »aquellos remedios que fueron saludables á otros. Por tan»to, á la verdad, ni se ha de omitir temerariamente, ni se ha »de hacer ninguna cosa de estas sin haberlas examinado, por»que en esta fiebre cualquier error que se cometa tiene mas »trascendencia que en otra enfermedad, porque la naturaleza »es menos tolerante y la afeccion se exacerba mas; *por lo que »el médico debe ser pronto en el diagnóstico de esta enferme»dad, para atacarla desde el principio, no sea que dudoso »en su conocimiento pierda la ocasion precisa de obrar.* He»mos dado muchas y varias señales para que nos hagan venir »en conocimiento del mal, ó al menos nos hagan recelar su »existencia, obligándonos de paso á ser mas diligentes en la »investigacion de su naturaleza; pues ha sucedido mil veces »que por el desprecio de algun ligero síntoma no se ha cono»cido su índole, que en el primer periodo por los signos comu»nes es muy dificil conocer. Pero el médico sábio, por el exá»men circunstanciado, deduce muchas cosas que se ocultan »al ignorante, y desde el principio prevé los daños que aca»so despreciados serian mortales, ó despues no cederian á los

»auxilios del arte, mas bien indicados. Es pues indispensable »cuidar del mas exacto diagnóstico desde el principio, porque »ademas de ser un deber del médico, indica al momento la »ocasion de los remedios, que es de tanta importancia en es»ta enfermedad. Conocida que sea, ningun terror doméstico »nos debe arredrar para ocultar el peligro, sino que con áni»mo jovial y una lisonjera esperanza debemos manifestárselo »á los interesados. Finalmente, en el pronóstico debe usar el »médico de espresiones que no induzcan á la desesperacion, »sino á diligencia; no pronostique el peligro cierto, sino la es»peranza dudosa, ni manifieste la crueldad de la enfermedad, »sino su pérfida naturaleza. Conviene ademas, ya se pronos»tique la salud, ya la muerte, irse con tino, porque á cada »paso sucede uno y otro de muy diverso modo, y si se pre»dice el peligro, se abate el espíritu del paciente, si la espe»ranza, se anima mas de lo que puede ser útil; y hé aquí la ra»zon porque el vulgo moteja de imprudente, temerario é ig»norante al médico. Conocida ya la naturaleza de la enferme»dad, y previsto lo que ha de suceder, sin dilacion alguna se »halla obligado á poner de su parte los auxilios que estén á su »alcance y el arte le suministre, teniendo presente que esta »es de aquella clase de enfermedades de las que dice Hipócra»tes, que *la naturaleza ha enseñado se debe purgar en las en»fermedades muy agudas en el mismo dia en que se conocen, »porque el retardarse, no solo es malo, sino peligroso.* Como »esta afeccion viene siempre unida á una cualidad venenosa, »cuanto mas se retarde el purgar á los enfermos, tanta ma»yor seguridad habrá de que esta cualidad se haya difundido »por todos los humores; luego importa para la curacion es»peler al instante los depósitos que sostienen la enfermedad, »y si no los hay, conviene sangrar á los enfermos. En segundo »lugar debe estinguirse el calor y la putridez: en tercer lugar »apartar la cualidad venenosa; y últimamente, conviene ha»cer diversiones á las partes inmediatas. Por lo cual descar»gadas las primeras vias por medio de lavativas y medicamen»tos emolientes, es bueno sangrar con intrepidez, sin dilatar»lo, siempre que no lo contraindique otra evacuacion. Pero si

»hubiese alguna lenta evacuacion, no se debe por eso desis»tir del todo de la sangría, sino considerar qué clase de eva»cuacion es, á saber: crítica, suplementaria, etc.; si hay »bastante robustez, y si ha sido muy larga la evacuacion; en »cuyo caso deben aplicarse ventosas inmediatas al lugar de la »evacuacion; pero de lo contrario conviene sangrar pronta»mente cuanto consientan las fuerzas, y si la debilidad del en»fermo no permitiese la sangría, purgar enérjicamente. Esta »ocasion, segun la esperiencia, dura seis dias, mas sino hay »proporcion de purgar antes de este tiempo, se debe aguardar »á la remision de la fiebre, que será á los catorce dias, segun »lo ha demostrado la esperiencia, en cuyo tiempo se ha de »huir de los alimentos cálidos, como que exasperan segunda »vez la fiebre. Asi pues, se ha de cuidar en la curacion de »la enfermedad que todas las cosas se hagan en el tiempo se»ñalado y con los medicamentos mas seguros; pero si sobre»viene algun accidente, por ligero que sea, conviene cono»cerlo y preverlo al momento, no sea que altere el curso de »la naturaleza y produzca mayores males: porque consta por »la esperiencia que suele ser de mas importancia este accidente »por su naturaleza mas pertinaz, que la misma enfermedad, y »así se ha de atender á su curacion sin despreciar las demas »circunstancias de la afeccion principal.

»Cuanto se ha dicho sobre el uso de las sangrías se debe »aplicar á el de las ventosas; pero si el mal tiene su asiento en »el corazon ó en la cabeza, se deben usar con cautela las ven»tosas, porque avocando el calor del interior á la periferia, au»mentan la enfermedad; mas si no tiene su asiento en dichas »partes, entonces son útiles desde el principio hasta el fin las »revulsiones. Entretanto, conviene refrenar el ardor con be»bidas suaves, endulzadas con jarabes; y además en toda la du»racion de la enfermedad es bueno embotar, estinguir y en»tretener la causa morbífica, parte con los verdaderos alexi»farmacos, parte con los que hacen sus veces; pero siempre »se debe cuidar de las fuerzas del enfermo, no sea que su»cumba á un acceso de debilidad; para lo cual debe alimen»társele con caldos de poca sustancia y que se tomen sin mucho

»trabajo, pero no repetidos con harta frecuencia, no sea que »agraven, molesten y distraigan á la naturaleza. *Por lo tan»to conviene que el médico sea muy circunspecto en todas es»tas cosas, no sea que mientras prevé lo que ha de suceder, »olvide ó desprecie la indicacion de la enfermedad; y la natu»raleza, aunque algun tanto recuperada, de ninguna mane»ra baste para triunfar del mal.* Y así el médico, para no ha»cerse cómplice en la muerte, desempeñando el cargo de un »buen gobernador, sin turbarse y con tranquilidad de espíri»tu, está obligado á recordar á todos lo pasado, hacerles co»nocer lo presente con prudencia, y prever lo venidero. Por»tándose el médico de esta manera en los casos desesperados »del vulgo, si mediante Dios se restituye la salud del enfer»mo, lo tienen casi por milagro; y si sucede lo contrario cul»pan á la perfidia de la enfermedad por su naturaleza y con»dicion incomprensibles.»

XVI. *Libro en que se trata con claridad la naturaleza, causas, providencia y verdadero órden y modo de curar la enfermedad vulgar, y peste que en estos años se ha divulgado por toda España.* Madrid, por el licenciado Varez de Castro, 1599, en 8.º

Refiere Villalva que hallándose los estados de Flandes sujetos al dominio español, cruelmente afligidos con la peste bubonaria, la ambicion del comercio hizo llegar al puerto de Santander unas naves cargadas de mercaderías y ropas, y en ellas vino el contagio, estendiéndose prodigiosamente por las Castillas, é invadiendo los pueblos, ciudades y provincias enteras. En aquel entonces suscitóse entre los médicos la abominable disputa *sobre si era ó no contagio la enfermedad que arrebataba casi todas las poblaciones.* Estas malhadadas controversias obligaron al rey Felipe III á dar órden al doctor Luis Mercado, proto-médico del reino, para que hiciese un libro en que apurase esta verdad, cuya órden está concebida en estos términos:

«El rey.—Mi tesorero de la casa de la moneda de la ciu»dad de Valladolid, ó vuestro lugar teniente en el dicho oficio, »yo os mando que de la moneda de vellon que al presente hay »labrada, ó de la que se labrase en esa dicha casa, por ha-

»cienda mia, deis y entregueis al doctor Mercado, mi médico »de cámara, dos mil ducados, que valen setecientos y cin- »cuenta mil maravedís; que se los mando entregar para la im- »presion de un libro de medicina que ha compuesto el dicho »doctor, que se entiende ha de ser muy conveniente para el »bien público; los cuales ha de gastar entera y precisamente »en la dicha impresion, y no en otra cosa alguna, de que no »se ha de hacer cargo alguno ni pedir cuenta al dicho doctor, »porque estoy cierto que cumplirá con su obligacion; y to- »mad su carta de pago ó de quien su poder hubiere, con la »cual y esta mi cédula, habiendo tomado la razon el contador »del libro de razon de mi hacienda y los de la razon de ella: »Mando os reciban y pasen en cuenta sin otro recaudo algu- »no, que así es mi voluntad. Fecha en Aguila Fuente á veinte »y cuatro de octubre de mil setecientos y tres años. = Yo el »rey. = Por mandado del rey N. S. = Alfonso Nuñez de Val- »dibia.»

Cumpliendo Mercado con el mandato del rey, escribió este librito en castellano para inteligencia de todos, habiendo compuesto otro en latin sobre el mismo objeto, con el título de *febrium pestilenti*, y el cual se halla en el 7.º libro de su obra sobre las fiebres, como él mismo nos dice en el prólogo de esta última del modo siguiente:

«Aunque en los años pasados escribí é hice imprimir un »libro en latín para reparo de la enfermedad popular de peste »(que aun dura), ahora por mandado de la magestad del rey »nuestro señor, he hecho en lengua vulgar otro, para que sea »en beneficio mas comun, así de las repúblicas como de sus »gobernadores: y para consejo y guarda de la salud en cada »uno de los sanos, como para reparo y verdadera curacion de »los apestados; advirtiendo que la peste solo tiene tres reme- »dios, sin los cuales, ni la medicina ni sus auxilios tienen su- »ficiencia ni buen efecto; y con ellos solos se suelen defender »grandes repúblicas, que son: oro, fuego y castigo. Oro, pa- »ra no reparar en costa ninguna que se ofrezca; fuego, para »quemar ropa y casas, que ningun rastro quede. Castigo pú- »blico y grande para quien quebrase las leyes y órden que se

»les diese en la defensa y cura de estas enfermedades. Plegue »á la divina misericordia le haga tan provechoso como la gran »necesidad de los tiempos presentes lo pide, y siempre ha si»do mi celo y deseo para honra y gloria de Dios, que sea ben»dito por siempre.»

Esta obra de Mercado tuvo mucha aceptacion; se imprimió repetidas veces, y el mismo consejo de Castilla mandó el año de 1648 se hiciera una nueva reimpresion, á la cual se añadió el tratado *sobre las causas de las recaidas de esta enfermedad pestilente.*

Quéjase Mercado al principio de esta obrita de la dificultad en persuadir á algunos médicos que el mal era contagioso, y admírase que hubiese quién lo pusiera en duda y aun quién lo negase. «No puedo, dice, hallar otra causa sino haber dado »algunos médicos aquel parecer en público, sin tan diligente »exámen como cosa tan grave requeria, y por no torcer su »decreto buscan el modo con que torcer el ajeno con razones »harto fútiles; de manera que es tan cierto ser esta enferme»dad popular peste, en su modo de serlo, perniciosa y conta»giosa, que buscarle mas razones adonde dá testimonio el »sentido, será muestra de mucha flaqueza de entendimiento.»

Divide el autor su tratado en cinco partes. En la primera habla del oríjen, esencia, naturaleza, causas y conocimiento de esta enfermedad, probando ser peste en su género y modo de serlo. En la segunda trata de las providencias que se deben tomar en tiempos de peste, y de los consejos que los médicos deben dar á los gobernadores de las repúblicas para la defensa comun. En la tercera espone las prevenciones que cada cual debe usar para conservar la salud, así huyendo del daño, como quedando donde le hubiere. En la cuarta dá las reglas y método que deben ponerse en la práctica para la referida enfermedad, y habla de las sangrías y purgantes y otros remedios particulares arreglados á la complexion del paciente y naturaleza del mal. En la quinta y última trata de las providencias que deben tomarse á fin de estorbar y prevenir las recaidas en las poblaciones, cuando parezca que haya finalizado la dolencia.

XVII. *Instituciones que S. M. mandó hacer al doctor Mercado, su médico de cámara y proto-médico general, para el aprovechamiento y exámen de los algebristas. En las cuales se declaran las diferencias que hay de coyunturas y los modos que puede haber de desconcertarse. Asimismo cómo se pueden y deben reducir á su figura y lugar. Y últimamente se trata de los huesos quebrados y de su curacion.* Madrid, por Pedro Madrigal, año 1599, en 4.°

Describe el autor en esta obra las diferencias de coyunturas y los modos que puede haber de desconcertarse, despues de dar una lijera idea de los huesos; trata en seguida de pronóstico y juicio que se ha de hacer de las luxaciones, del cómo se han de reducir á su figura y lugar, y de la curacion de los huesos fracturados. Ademas está adornada la obra con diez y ocho láminas que representan los medios mecánicos de esta parte de la cirujía, con su esplicacion y modo de usarlos.

Observando Mercado el abandono en que tenian los médicos esta parte de la medicina, escribió el presente tratado para que los ignorantes dedicados á la cura de las luxaciones y fracturas tuviesen algun corto conocimiento de lo que hacian, y «porque desamparada, dice, de los hombres doctos y »letrados ya no la conocen ni tratan sino pastores ó labradores »rústicos, ó mujercillas que á falta de otro entretenimiento »para vivir se entran por este portillo, ó por mejor decir cor»ral sin puerta.» Y mas adelante añade: «que ya que los mé»dicos ni hombres doctos, nadie quiere poner en este minis»terio las manos, fuerza es dar á los que no lo son órden y »modo como no sean tan ignorantes en todo lo necesario pa»ra conseguir el fin que se pretende en enfermedades tan gra»ves como lo son.» Asi pues, el mérito de esta obra es su misma sencillez, y el objeto que se propuso el autor, ilustrándola con doctrinas claras y consejos saludables arreglados á la capacidad de aquellos á quienes se dirigia.

Esta obra está escrita con tal sencillez, precision, claridad y copiosa doctrina, que me atrevo á decir que en Europa no habia otra mas completa en su tiempo, y para que na-

da le faltase, la enriqueció con láminas ó figuras para que no quedase duda en el manejo y procedimiento de estas curaciones, como viene dicho. Baste decir en elogio de la obra de este español, que el célebre médico Cárlos Pison la tradujo del castellano al latin, para que en este idioma fuese mas conocida en la culta Europa.

Luis de Toro (1).

Segun parece nació en Plasencia por los años de 1532: despues de haber estudiado gramática y filosofía, á la edad de quince años, pasó á la ciudad de Salamanca á continuar su carrera, y tuvo por maestros en medicina á los doctores D. Agustin Lopez, Juan Parra, Lorenzo Perez, Alderete y Veiga. Licenciado ya en la facultad se estableció por los años de 1550 en su pueblo natal, y contrajo amistad con los mas célebres médicos de aquella época, como lo fueron el doctor D. Enrique Matisio (2), Juan Gutierrez de Santander, Fernando Mena, Bernardo Quirós, y el doctor Olivares, médicos todos de Felipe II.

Por los años de 1557 empezó en España una fiebre contagiosa que, segun opinion de Toro, era una nueva enfer-

---

(1) «D. Nicolás Antonio y Alberto de Haller, dice Villalva á la pá»gina 110 del tomo I de su Epidemiologia, equivocan el nombre del »autor llamándole Alonso de Torres, y aunque veo confirmada la au»toridad de estos dos bibliógrafos por Blas Torcuato Lopez Turel, pá»gina 11 de su Apología, citando al mismo Alonso de Torres para »confirmar su opinion en el uso de las unciones frias en la declina»cion universal de las calenturas del tabardillo, me afirmo siempre en »que le nombran equivocadamente á causa de hallarse en el título de »su obra el nombre de *Aloissium* en vez de *Ludovicum*; pero que su »verdadero nombre sea este se confirma en la licencia y tasa de la »obra, en donde se le dá el de Luis, y asi le nombran tambien otros »varios autores.»

(2) Este médico de cámara del emperador Cárlos V fué el que le acompañó al monasterio de Yuste, y lo asistió en su última enfermedad.

medad, desconocida de los antiguos hasta las guerras civiles de Granada en que apareció, y la cual despobló mucha parte de nuestra península, y no empezó á corregirse y mitigarse hasta el año de 1570. Está enfermedad se cree que tomó orígen de los sarracenos, despues de la guerra de Granada, esto es, despues que el rey Don Fernando de Aragon y Doña Isabel dè Castilla conquistaron dicha ciudad: llamáronla los españoles, segun refiere el mismo Toro, *fiebre puticular ó punticular*; otros *lenticular*; algunos *pulgon*, y la mayor parte *tabardillo ó tabardete*, aunque el vulgo la distinguia con el nombre de *pintas*. Mitigado ya este contagio en la época referida de 1570, el marqués de Mirabel, D. Luis de Astuñiga y Avila, deseó tener escrita la historia de su invasion y curso, y para ello solicitó de su amigo el doctor Luis de Toro la escribiese, lo que efectuó en una obra en forma de diálogo, sostenido entre Toro, Quirós y Nuñez, titulada:

De febris epidemicæ et novæ quæ latiné punticularis, vulgo tabardillo, et pintas dicitur, natura, cognitione et medela: ad eos qui introducuntur, per Aloissium Toreum phisicum et medicum Placentinum. Burgos, por Felipe Junta, 1574. Valencia, 1591, en 8.º

El autor dedicó su obra al proto-médico doctor Santiago Olivares. Al principio de ella se halla un elogio que le dirije Gerónimo Higuera en estos versos.

Ingenio celeber nostri quæque gloria secli,
Unica lux patriæ magne Toree tuæ:
Netua solicitent ultrices pectora curæ,
Neve pius pungat posteritatis amor:
Vivet, et ore virum passim liber iste legetur,
Quem feret ad patrios ad vena quisque Lares:
Quamque diu medicæ durabit sacra facultas
Artis, et hic vivet, tot quoque secla liber.
Nec mirere tuo detur hæc quod gloria libro,
Si nescis genium quo remanebit habet.

Empieza el diálogo tratando del orígen de la fiebre punticular, la que se habia pretendido colocar en el género de las

calenturas pútridas en virtud de ciertos síntomas que la acompañan; pero segun su opinion era epidémica y universal, y aun cuando algun tanto análoga á la peste, enteramente distinta de ella, y sus efectos mucho menos funestos. Añade que era contagiosa, como lo ponia de manifiesto la esperiencia de los hechos; siendo tan visible esta propiedad, que cuando un sugeto predispuesto tenia un inmediato contacto con otro infecto, contraia la enfermedad, lo que no sucedia sino rara vez en personas separadas de los enfermos sin otra comunicacion que la del aire atmosférico.

Esta enfermedad, continúa Toro, ataca primeramente á las pequeñas venas del cutis, pasando de estas á otras mayores, y de aquí á los principales órganos. El contagio, en concepto de este médico, no tenia afinidad ni analogía con ningun humor en particular, sino que en virtud de la disposicion del individuo, se le desenvolvia un sinoco, *un causus ó una terciana*, segun la naturaleza del humor infestado, bien existiese el vicio en la sangre, bilis, pituita ó melancolía: dice que si en algunas calenturas intermitentes aparecian exantemas, no por eso pertenecian á la punticular, pues aun cuando esta se presentaba con síntomas muy variados, y simulando otras varias enfermedades no mudaba de naturaleza, sino que era debida á ciertas causas análogas ó idénticas entre sí, y por consiguiente siempre la misma; sin embargo, añade que este es uno de los motivos por qué es tan dificil formar el diagnóstico en el principio de la enfermedad; por lo que recomienda tener muy presente sus signos precursores y patognomónicos para poderla distinguir de aquellas otras que tanto se le parecian ó asemejaban.

Hablando de los síntomas de la referida fiebre, que el autor llama patognomónicos, no puedo menos de presentar aqui sus mismas palabras, porque verdaderamente rivalizan la elegancia del estilo con la hermosura y fidelidad de la descripcion. Dice pues: «Igitur cum contagionis seminaria in »sanguine accenduntur (accenduntur autem quoties plétho»ricus et bene calens corporis habitus est, et temperamentum, »si dicere ita licet, sanguineum) statim magna quædan corpo-

»ris totius lassitudo et gravitas eveniunt, dorsi et inter sca-»pulii infestat dolor: rubet facies, oculi sanguine suffundun-»tur, et nolentes illachrimant, caput cum gravitate pulsat, ig-»nen concitatissime spirant, pulsus magni fiunt atque veloces, »sed tamen inæquales, pectus dolet, sanguinolenta excreant, »ut pleuritidem habere se credant, magnum veluti pondus in »lumbis sentiunt, tumultuarie dormiunt, et delirantes vigi-»lant, urinam valdé rubram, et perturbatam redunt, ut ju-»mentorum esse dixeris, et latioribus ac magis rubicundis »suffunduntur pustulis. Ubi vero biliosior fuerit sanguis, vel »inficitur á seminariis bilis, ea quidem eveniunt, quæ Toreus »proximé tanquam morbi puncticularis propria referebat, »ardor videlicet externus, sitis inexplebilis, lassitudo ulcero-»sa, anxietas, inquietudo, linguæ asperitas et nigredo, et alia »quidem reliqua de quibus fortasse alibi nos copiosius disse-»remus. Pariter vero infecta cum sanguine pytuita, somno-»lentos et graves redit homines, et quadamtenus morosos: et »lentores quidem circa dentes apparent, non sitiunt, nec in-»quieti plurimum videntur. Bilis vero atra (usto scilicet atque »amplius exassato sanguine) melancholica facit deliramenta, »turbatos somnos, timores, tristitias, animi deliquia, et »hujusmodi plura nihilominus: quæ quidem licet uni magis »quam alteri respondeant, et pro causarum varietate pluri-»mum varient, admiratione profecto non carent: nullam esse »corporis humani facultatem, sive animalem dixeris, sive »vitalem, sive naturalem, quæ ab immanissima hac (ut ita »loquar) hydra, et harpiarum fædissima, non inquinetur, la-»befactetur corrumpaturqué...... Quis enim non persæpe vi-»deat, præter ea, quæ nuper diximus, symptomata, in puli-»cari febre multiformia infestare deliria, molestissimas ac diu »durantes vigilias, alios é contra vehementissime dormien-»tes et comatosos, alios difficulter spirantes, alios voces des-»titutos, surdos alios, rigentes, horrentes, tremebundos, »convulsos, comitiales, animo defectos, innappetentes, atque »alia quidem innumera ad animalem facultatem symptomata »attinentia perpessos. Nam vitalem quid referam? certé præ-»ter pulsus inæquales (quos pro signo pathognomonico posui-

»mus) nemini non quotidie, et crebri, et parvi, et minimi, »et intercidentes contigebant: cordis palpitationes, syncopes, »tam visceris quam stomachicæ, quæ nobilissimum corporis »totius viscus, et regem maquinæ adoriantur...... Ad natura- »lem facultatem quanta attinent? narium sanguinis fluores, »et stillæ, biliosæ vomitiones, in quibus non solum pallida »et flava et vitellina, sed et porrum referens colore bilis et ru- »bra, et æruginea, et atra expellebantur. Quid commemorem »dyarrhæas, choleras, dyssenterias, tam intestinales, quam »jecorarias, copiossisimos item sudores, variam de se consi- »derationem exhibentes? Nam de urinis dictum est jam an- »tea, iterumqué (quod ad febrem spectat) est dicendum.....»

En cuanto á los signos que demuestran una feliz termina- cion, dice Toro, se pueden deducir de las funciones principa- les que se van acercando al estado natural, como la igualdad y constancia del pulso, la falta del delirio, la respiracion franca, la estincion de la sed, de los dolores, y en una pala- bra los signos de coccion. Ademas, que es una señal se- gura y cierta del perfecto restablecimiento el sueño prolonga- do, la sordera, y los sudores que aparecen aun desde el prin- cipio.

La languidez y grande desigualdad del pulso manifiesta las mas veces un éxito fatal, á lo que puede añadirse la intermi- tencia, debilidad y frecuencia del mismo: la inmoderada vi- gilia, el delirio, el rechinamiento de dientes, los rigores cuando no son seguidos ó alternados de calor, las gotas de sangre por la nariz, y los pequeños vómitos, etc., etc.

Con respecto al método terapéutico no queria que se em- pezase por una rigorosa dieta como en las demas fiebres, si- no que se hiciese uso de los alimentos y medicamentos as- tringentes y aperitivos, de las yerbas y sustancias aromá- ticas, de las frutas, raices, conservas, carnes y pescados. ¿Conviene, dice, como algunos pretenden, provocar inme- diatamente el sudor, ó bien cuando se haya estraido la canti- dad de sangre competente, despues de haber limpiado la *ca- coquimia* con los medicamentos apropiados? Responde á esto que seria lo mas ventajoso empezar por las evacuaciones

sanguíneas; pero que nos debíamos abstener de ellas cuando faltase el estado pletórico. La época del mal en que se debe de sangrar ha de ser, segun su opinion, cuando las manchas se hayan esparcido por toda la superficie cutánea; pero aconseja que en el caso de sobrevenir la plétora despues de la aparicion de aquellas, nos abstengamos de las emisiones sanguíneas, porque de lo contrario seríamos autores de un grande mal. En cuanto al método de purgar prohibe que á los pletóricos se les administren los calefacientes, y generalmente, dice, debemos ser muy circunspectos en las purgas, no administrándolas jamas cuando aparezcan las punticulas, porque acarrearian muy funestas consecuencias. Sin embargo, al principio de la enfermedad, añade, que podian usarse los suaves catárticos con el objeto de arrojar la causa del mal con los humores, principalmente si estos eran turgentes. Despues de arrojada del cuerpo la causa productora de la enfermedad, aconseja administrar los revulsivos, las ventosas, fricciones y fomentos. Por último, recomienda las bebidas frias en la declinacion de estas calenturas, y la piedra bezoar para promover el sudor, impedir el contagio y corregir su propiedad venenosa, siguiendo en esto la estravagante opinion de los médicos de su siglo. Espone en qué circunstancias se habian de aplicar el vinagre rosado en la cabeza, los epitemas al corazon, y los ungüentos frios á la region del hígado. Finalmente, refiere los remedios que empleaban los prácticos de su época para combatir la enfermedad, siendo de advertir que generalmente hacian mucho uso de los ácidos, y particularmente de los limones.

Luis de Toro tiene derecho á ser considerado como uno de los primeros que con mas acierto han escrito sobre el tabardillo, principalmente en la parte descriptiva, pues aunque antes ya lo habia verificado, como él mismo confiesa, Amato Lusitano en sus centurias muy concisa é inexactamente, y asimismo Falopio, Juan Andernake y Bautista Montano entre los extranjeros; Alonso Lopez de Corella, Gomez Pereira, y Juan Bravo de Piedrahita entre los españoles; ninguno de ellos ha presentado un cuadro mas preciso y bien acabado

que Toro, haciendo abstraccion de sus teorías galénicas, y de otras credulidades en la parte terapéutica, hijas del estado de los conocimientos de su siglo.

Andres Alcazar.

Este insigne cirujano fué uno de aquellos injenios inspirados por Apolo para el ejercicio de la cirujía, como dice Villalva. Nació en Guadalajara y estudió medicina y cirujía en la Universidad de Salamanca, en donde desempeñó despues la cátedra de cirujía establecida en aquella escuela, á cuyo ramo se dedicó con gran aprovechamiento y adelantos. Escribió una obra titulada: *Andreæ Alcazaris medici ac chirurgi Guadalaxarensis in amplissima Salmanticensi academia chirurgiæ facultatis primi profesoris chirurgicæ. Libri sex. In quibus multa antiquorum et recentiorum sub oscura loca hactenus non declarata interpretantur. Salmanticæ, in ædibus Dominici Portonarii, S. C. M. Typographi*, 1575, en fólio.

Las materias de que trata cada uno de los seis libros en que está dividida esta obra, son las siguientes:

Libro 1. *De vulneribus capitis.*

Id. 2. *De vulneribus nervorum aliisque ipsorum affectibus.*

Id. 3. *De vulneribus thoracis.*

Id. 4. *De vulneribus ventri inferioris regionis abdominis.*

Id. 5. *De pudendagra, vel mentagra, vel lychenis, vulgo morbo gallico.*

Id. 6. *De pestilenti constitutione et curatione bubonum, sive venenosarum inflamationum, tempora pestis evenientium.*

Encarga Alcázar en el primer libro de esta obra que el cirujano fije su atencion antes de practicar la cura de las heridas de cabeza en la estructura de esta, y en la figura del instrumento vulnerante, y para mayor inteligencia, como punto interesante para un buen resultado en las operaciones, presenta el diseño de varias figuras de cabezas en el acto de

ser heridas con cuchillas rectas, convexas y curvas. Ocúpase luego de estas heridas en particular, segun su sitio, estension y demas circunstancias, haciéndonos la descripcion de los síntomas consecutivos, diagnóstico y pronóstico, y presentando los medios mas racionales y adecuados para reducirlas y curarlas.

Divide este primer libro en veinticinco capítulos.

Capítulo 1.° *De la anatomía de la cabeza.*

En los capítulos 2.° y 3.° trata *de la division de las heridas, de sus causas, de los lugares en que pueden hacerse y los diferentes modos de hacerlas.*

Cap. 4.° *De las señales para conocer las heridas penetrantes de cabeza.*

Cap. 5. *Del diagnóstico de las heridas de las membranas del cerebro.*

Cap. 6. *De las señales de estar interesada la sustancia cerebral.*

Cap. 7. *Del diagnóstico de las heridas del cerebro y de sus membranas.*

Cap. 8. *Del derrame de pus en las membranas del cerebro.*

Cap. 9. *Del pronóstico de las heridas de cabeza y de sus síntomas consecutivos.*

Cap. 10. *Si las heridas laterales del cráneo á colgajos, hechas por un cuerpo cortante deben unirse con la sutura.*

Cap. 11. *De las heridas de la parte superior del cráneo, con lesion del periostio.*

Cap. 12. *Si es segura y eficaz la aplicacion de los aceites y ungüentos en las heridas de cabeza.*

Cap. 13. *De las heridas que interesan el diploe.*

Cap. 14. *De las heridas que interesan la dura-mater.*

Cap. 15. *Si en las heridas penetrantes de la cabeza hay necesidad de trepanar.*

Cap. 16. *De los ocho preceptos de Guido que han de observarse antes de trepanar.*

Los mas interesantes son los siguientes:

1.° En los débiles, proscríbase la trepanacion.

2.° Prevéngase antes de practicarla el peligro que lleva consigo, para que no se impute á ignorancia y crueldad si acaeciere la muerte.

3.° Húyase todo lo posible de las comisuras.

Refiere á la pág. 60, hablando del trépano, su uso é invencion, y que cuando Francisco I vino prisionero á España, trajo consigo á su primer cirujano Luis Debourges, el que estuvo alojado en su casa, y habiendo visto todos los instrumentos quirúrgicos que tenia, observó tambien las mejoras que habia hecho en los que hasta entonces se conocian para el trépano, cuyas mejoras alabó, queriendo llevarse á Francia los tales instrumentos asi corregidos. Añade que el doctor Luis Lucena, amigo y paisano suyo, que habia presenciado la fabricacion de dichos instrumentos, marchó á Roma, y despues anduvo por Francia é Italia por espacio de mas de veinte años, en cuyos viajes tomó amistad con los mejores cirujanos extranjeros, á quienes comunicó la mejora y perfeccion del trépano, que luego trae como suya Vidi-Vidius en la obra que publicó treinta años despues. Esta noticia es curiosa y bastante interesante, y probando nuestro Alcázar que esclusivamente le es debida la idea de perfeccionar los referidos instrumentos, segun se vé en su obra por los dibujos que presenta de los antiguos y los mejorados por él, con una esplicacion de las ventajas de estos últimos, merece que fijemos la atencion sobre el particular, y por lo tanto voy á trasladar aqui sus mismas palabras (pág. 60).=«Cum Christianis»simus Galliarum Rex Franciscus Primus, Caroli Cœsaris »Quinti Imperatoris nostri, potenti exercitu in Itallico bello »victus atque in Hispaniam vectus, principem chirurgum in»ter reliquos secum duxit, quem in oppido Caracensi vel Gua»dalajara patria nostra, ubi tunc degebam forté fortuna hospi»tem habui, cui interea temporis veluti per otium varia mea »chirurga instrumenta, et inter reliqua terebrarum varia ge»nera quæ calvariæ fractæ accomodantur ostendi; quæ quous»que sibi arrisere, ut pollicitus fuerit se quam primum in pa»triam reversus esset, eadem conditurum. Doctor præterea »Ludovicus Lucena Phisicus ac medicus rarissimus conterra

»neus ac mi amicissimus (qui in condendi illis ferramentis »mecum semper aderat) tunc Roman profectus est, ubi duc »vitam egit, indeque per totam Galliam et Italiam plusque »vigenti annis divagavit, semper cum omnibus magni nomi- »nis versatus (erat enim chirurgiæ maxime deditus) quibus »omnia illa instrumenta sensim divulgavit. Tandem post mul- »tam temporis intercapedinem ecce Vidus-Vidius in omnibus »illis regionibus versatus, tandem Romæ librum in lucem edi- »dit, multis certe ex meis ferramentis vafré in eo depictis, quæ »triginta annis anté edideram: quibus quidem longé securius »quam anstiquorum trepanis operatio molitur.»

Cap. 17. *De la curacion completa de las heridas de cabeza con fractura del cráneo.*

A la verdad los demas capítulos no ofrecen cosa digna de particular mencion, concluyendo con un antidotario, ó sea una coleccion de recetas para curar las heridas de cabeza, que el autor gradua segun el sitio ofendido y demas circunstancias que concurran en el herido.

En el libro 2.º trata de las diferencias que hay entre las heridas de los nervios y las de los tendones, y de su cura respectiva: esta consistia en el método aglutinante indicado por la naturaleza, y en la prohibicion del emoliente y humectante. Habla de las suturas de los tendones y punturas de los nervios y del modo de ejecutarlas, esponiendo los inconvenientes que tenia el método de Saliceto para la sutura de los tendones, y presentándonos otros que le habia enseñado su propia práctica.

Está dividido en veintiseis capítulos.

Capítulo 1.º *De la definicion y descripcion de los nervios.*

Cap. 2.º *De su orígen.*

Cap. 3.º *Si el sentido y movimiento se verifican ó no por un solo nervio.*

Cap. 4.º *De la anatomía de los nervios.*

Cap. 6.º *Temperamento y naturaleza de los nervios, tendones y cuerdas.*

Cap. 7.º, 8.º y 9.º *De las heridas de los nervios y de su pronóstico.*

Cap. 10. *De la causa de los acerbos dolores que se siguen á las heridas de los nervios.*

Cap. 11. *De las diferencias que hay entre las heridas de los nervios, cuerdas y tendones.*

Cap. 12. *De la cura universal de las úlceras de los nervios.*

Cap. 13. *De las punturas de los nervios.*

Cap. 14. *Si los tendones cortados al través parcialmente deben coserse.*

Cap. 15. *De la variedad de suturas de los tendones cortados al través, y de su curacion por primera intencion.*

En los capítulos 16, 17, 18, 19 y 20 trata *de las heridas de los nervios y tendones, ya sean aquellas transversales ó rectas.*

Cap. 21. *Si un miembro cortado del todo puede reunirse por la sutura de res.*

En los capítulos 22, 23, 24, 25 y 26 se ocupa del mismo asunto.

Continua hablando de la misma materia en los demas capítulos.

Describe en el libro 3.º el modo de curar las heridas penetrantes del pecho; combate sábiamente la opinion de algunos cirujanos de su época, que juzgaban que estas interesaban toda la cavidad torácica, haciendo ver que esta opinion pendia de falta de conocimientos anatómicos, y que si hubieran visto como él los tabiques membranosos que dividen la citada cavidad, conocerian que no era posible que el pus ni la sangre se esparciesen en toda ella. Al practicar una contraabertura aconseja mucha circunspeccion, sin arrojarse á semejante procedimiento sino despues de haber adquirido la conviccion de que el caso le requeria de necesidad. Presenta luego el modo de ejecutar esta operacion, y los medios de estraer el pus con instrumentos, cuyos diseños trae en el mismo libro. La figura de estos instrumentos es la de un embudo, cuya parte ancha debe aplicarse á la herida para hacer la succion con el otro estremo; y en medio está sujeta una vejiga, en donde entra el pus estraido, sin que el aire se introduzca en el pecho. El mecanismo de este aparato es bastante senci-

llo é ingenioso, pero desgraciadamente se debe á un español, cuya memoria se halla borrada, digámoslo asi, de los fastos de la historia, y con ella la invencion que nos ocupa, que sin duda figuraria al lado de otras muy ponderadas si hubiera tenido la suerte de no pertenecernos.

Hállase dividido este libro en trece capítulos.

El 1.º se ocupa *en generalidades respecto á la division de las tres cavidades: cabeza, pecho y vientre.*

En el 2.º enumera *algunas de las causas de las heridas del pecho.*

En el 3.º trata *de las señales y síntomas que las caracterizan.*

En el 4.º habla *del juicio ó pronóstico.*

En el 5.º hace mencion *de las heridas de pecho no penetrantes.*

En el 6.º presenta la cuestion *de si las heridas penetrantes del pecho deben curarse por medio de la sutura ó de los aglutinantes.*

Reprueba la sutura cruenta, y encomia la reunion de los lábios de las heridas por medio de los aglutinantes.

En el 7.º manifiesta *el modo de curar las heridas penetrantes del pecho por medio de los aglutinantes sin el auxilio de hilas.*

En el octavo trata *de las heridas penetrantes de pecho, que no deben curarse por medio de los aglutinantes.*

En el 9.º trae *el método que ha de emplearse para estraer el pus de la cavidad del pecho, y de los medicamentos que se han de usar al efecto.*

En el 10 trata *de probar el error en que estaban en aquella época algunos cirujanos, que creian que las heridas penetrantes del pecho interesaban toda la cavidad.*

En el 11 promueve la cuestion *si en las heridas penetrantes de pecho puede convenir ó no hacer una contra-abertura para dar salida al pus derramado.*

En el 12 propone *en qué época y circunstancias del mal conviene hacer la contra-abertura, y cuándo será peligroso el no hacerla: si debe hacerse entre la cuarta y quinta costi-*

lla, ó entre la tercera y cuarta; del modo de contar las costillas para decidirse, y de los instrumentos de que debe valerse el cirujano para abrir la cavidad del pecho (1).

Y últimamente, en el décimotercio *esplica el método que ha de emplearse para abrir la cavidad del pecho, ya sea en la parte anterior, ya en la posterior, y los instrumentos de que ha de valerse el operador para estraer el pus contenido en aquella y limpiarla convenientemente.*

El libro 4.º está consagrado á las heridas penetrantes del vientre. Principia describiendo esta cavidad, habla de las causas, síntomas, pronóstico y curacion de aquellas; de la reduccion de los intestinos y del omento y demas operaciones que deben ejecutarse en las lesiones de los órganos abdominales.

Está dividido en quince capítulos.

En el 1.º *hace una lijera descripcion de las partes continentes y contenidas de esta cavidad.*

Cap. 2.º *Trata en este de los síntomas que demuestran las heridas penetrantes del vientre.*

Cap. 3.º *De los signos de estas heridas.*

Cap. 4.º *De su pronóstico.*

Cap. 5.º y 6.º *De su curacion.*

Cap. 7.º *De la reduccion de los intestinos y del omento cuando salen por estas heridas.*

Hace en este capítulo relacion del instrumento *syringotomo*, conocido ya de Galeno y mejorado por él mismo, dibujando su figura en la pág. 161.

Cap. 8.º *De los casos en que conviene escindir el omento.*

Cap. 9.º *Del modo de practicar la sutura del abdomen y de los intestinos.*

Cap. 10. *De los medicamentos y régimen en los alimentos.*

---

(1) Con doctrina de Hipócrates, Galeno, Cornelio Celso y Avicena, dice, *que para esta operacion se valia de un sutil instrumento de hierro candente*, cuyo diseño presenta en su obra... *Subtili candenti ferramento (cujus hæc est effigies) aperire consuevi* (pág. 150).

Cap. 11. *De los medicamentos aglutinantes en estas heridas.*

Cap. 12. *De los medicamentos que impiden la coagulacion de la sangre en estas heridas.*

Cap. 13. *De los medicamentos que corrigen el flato, y no perjudican á dichas heridas.*

Cap. 14. *Del modo de precaver que una parte sana y principal del vientre no se dañe por otra inficionada inmediata.*

Cap. 15. *De los medicamentos conducentes para corregir la inflamacion y dolor de vientre que acompaña á estas heridas.*

El libro 5.º que titula: *De pudendagra, vel mentagra, vel lichenis, vulgo morbo gallico*, lo consagra á las enfermedades sifilíticas, tratando con bastante estension de su orígen, causas, síntomas, diferencias, pronóstico y curacion.

Lo divide en veintiocho capítulos.

Trata de probar en ellos que la sífilis fué conocida y descrita con el nombre de *lichen* por Hipócrates, Plinio, Tiberio, Claudio, y con el de *pudendagra y mentagra* por varios otros.

Se detiene á mencionar la cualidad antisifilítica del palo santo, y el modo de prepararlo y administrarlo á los atacados de este mal. Aconseja el mercurio, ya en fricciones, ya en fumigaciones, y espone el método que ha de emplearse para corregir las úlceras de la boca y garganta, y el que ha de ponerse en práctica para curar las que se presenten en el prepucio y balano, destinando el capítulo 27 y 28 á consignar todas las recetas de los medicamentos que hasta su tiempo se habian aconsejado para esta dolencia.

El sesto y último libro lo destina á hablar de la peste bubonaria: divídele en veintiun capítulos, tratando respectivamente en cada uno de ellos del método higiénico que deben observar los que viven en una poblacion apestada, y de las causas, síntomas, pronóstico y curacion de dicho mal.

Alberto de Haller, Astruc y Portal hacen honorífica mencion de este insigne castellano, honra de la cirujía del siglo XVI.

FRANCISCO DIAZ.

Se ignora donde nació este célebre médico y cirujano español.

Estudió en la Universidad de Alcalá de Henares, en donde se graduó de maestro en filosofía, y de doctor en medicina. Con el deseo de perfeccionarse en esta y en la cirujía pasó á la Universidad de Valencia, y fué discípulo de los doctores Collado y Jimeno, como él mismo lo espresa en su tratado sobre las enfermedades de los riñones, fólio 19 vuelto.

Se didicó con especialidad al ejercicio de la cirujía, y consiguió gran celebridad por las muchas y escelentes curas que hizo en esta facultad, tanto que el rey Felipe II le nombró cirujano de su cámara.

Escribió las obras siguiente:

Compendio de cirujía, en el cual se trata de todas las cosas tocante á la teórica y práctica de ella, y de la anatomía del cuerpo humano, con otro breve tratado de las cuatro enfermedades. Compuesto en coloquios, por Francisco Diaz, médico y cirujano de la C. R. M. del rey Don Felipe, doctor y maestro en filosofía por la insigne Universidad de Alcalá de Henares. Madrid, por Pedro Cosin, 1575, en 8.º

Esta obra, á cuyo frente se hallan dos sonetos de Juan de Vergara, en alabanza de Diaz, está dedicada al doctor Olivares: dice el autor en el prólogo, que la escribió para provecho y ejercicio de los cirujanos romancistas, por la gran falta que tenian de libros, presentándoles el fruto de su larga esperiencia en los muchos años que habia practicado en varios pueblos de España, principalmente en Burgos, en Alcalá, y últimamente en la corte al servicio del monarca.

Hállase dividida en cuatro libros: 1.º de la anatomía: 2.º de los apostemas y su curacion: 3.º de las heridas: 4.º de las úlceras, concluyendo con un tratadito que tituló *de las cuatro enfermedades*, á saber, *de la ninfea*, ó sea crecimiento ó desarrollo desmesurado del clítoris y de su estirpacion: *de las hernias y de su método curativo*, *de las almorra-*

nas y su curacion, *y de lo que el vulgo llama flema salada que se subyecta á liquenes, y es lo que llamamos empeine y su curacion.*

2. *Tratado nuevamente impreso de todas las enfermedades de los riñones, vejiga y carnosidades de la verga y urina, dividido en tres libros.* Madrid, por Francisco Sanchez, 1588, en 4.º

El primer libro de esta obra trata de los cálculos renales: hablando de sus causas, dice que son la destemplanza del órgano, ocasionada por pasar de una tierra fria á otra calorosa, por beber cosas calientes, por el uso de vinos fuertes, por el escesivo abrigo, por traer los vestidos demasiado apretados, por la costumbre de dormir de espaldas, por el uso de colchones de pluma, por la frialdad esterior que hace reconcentrar el calor á los órganos internos; por apostemas sobrevenidas á los riñones, y últimamente por hambres. Esplica luego el modo de formarse la piedra, diciendo que es de dos maneras; la una de las arenas, y la otra de los humores gruesos y glutinosos. Las arenas, dice, se enjendran del ardor que seca la humedad sutil, dejando unos cuerpecillos duros y menudos que no pueden resolverse; juntas estas arenas ó corpúsculos suele venir un humor glutinoso que los une mediante el calor, quedando de esta manera formada la piedra, la cual es poco dura y fácil de desmoronar. De las que se forman de humor, añade, que el calor endurece á este, y como la destemplanza permanezca, cada dia se va endureciendo mas la piedra, á la que se une el humor glutinoso, formándo las capas que en ella se observan. Hablando de los síntomas, advierte que no se han de confundir con las señales de cólica, aunque se asemejen, porque en la piedra el dolor es fijo en los riñones sin apartarse de ellos, y en la cólica es mudable: el dolor da treguas en los casos de piedra, pues que se suele quitar para luego volver; pero en la cólica no cesa un punto: el dolor ademas es agudo en esta última afeccion, y acompañado de vómitos biliosos, y en la piedra es grave, y no tiene el vómito el carácter de colérico: por último en la cólica no hay cámaras, y si estas se presentan, son estercoráceas; en la piedra

renal no se observa alteracion en las heces ventrales, si no es la sequedad ó constipacion. Muéstrase que hay piedra ó temor de que la puede haber, cuando el paciente espele arenas, y tiene dolor gravativo en uno ó en los dos riñones; cuando haya estupor ó amortecimiento en el muslo del lado afecto; contraccion del testículo del mismo lado; dolor ó escozor en el principio de la uretra; escozor en toda ella despues de orinar; desgano y estreñimiento.

Con respecto al pronóstico de la nefritis calculosa dice que es enfermedad larga, prolija, enfadosa y molesta, no solo al que la padece, sino tambien al médico; que es mortal en la vejez, aun cuando el cálculo sea pequeño; que cuando las piedras son grandes no pueden salir por los ureteres, ni hay que pensar en su estraccion por los medios quirúrgicos, porque es imposible. Pero añade que es enfermedad, con la que se puede vivir muchos años, aun cuando es necesario que el paciente guarde un gran método en todo. Las señales de exacerbacion y de muerte son la privacion de ganas de comer, ansias gravísimas en el estómago, náuseas, melancolía, dolor grande y no poder orinar, ó efectuarlo gota á gota, sed vehemente, fiebre, delirio, postracion, contraccion del esfinter del ano, almorranas, y pòr último la alteracion de todas las facultades. Tratando de los medios preservativos, proscribe los medicamentos diuréticos, diciendo que es un abuso estrañísimo que los médicos sin consideracion los administren. Aconseja á los acometidos de piedra el uso de las aguas delgadas, como las de la Corneja en Avila, las de Leganitos en Madrid, las de la fuente de la piedra, á tres leguas de la ciudad de Antequera, las de la fuente de la Nava, junto á Almagro, las de Munico próximas á Lavajos, en Castilla la Vieja, las de una fuente inmediata á Vitoria (1), las de la fuente de Gayangos, cerca de Medina de Pomar, las de la fuente de Lle-

(1) No nombra la fuente; pero dice que sus aguas son análogas en sus virtudes á las de Lieja en Alemania, de las que ya habló Plinio, encomiándolas.

ro, en Valdecabras, junto á Cuenca, y las de Corpa á dos leguas de Alcalá de Henares. Aconseja lavativas emolientes, las sangrías del brazo correspondiente al riñon afecto, los laxantes suaves, los tópicos anodinos para mitigar los dolores, los baños templados de yerbas emolientes y las unturas oleosas, proscribiendo el cocimiento de los leños de la India, á menos que no haya complicacion con el mal venéreo. Entre las medicinas que recomienda para hacer espeler la piedra hállanse principalmente las que tienen una virtud diurética y fortificante, como son la grama, culantrillo, azafran, canela, garbanzos, regaliz, raiz de espárrago, hinojo, corteza de ciprés y de alcaparras, ortigas, ciento en rama, salgifragia, apio, verdolaga, etc., con varias composiciones recomendadas por los médicos griegos y árabes.

El libro segundo trata *de las enfermedades de la vejiga.* Principia por su anatomía, enumera las causas que producen las arenas y la piedra, y al llegar al método curativo nos presenta en diseño diferentes instrumentos quirúrgicos para la estraccion de los cálculos, cuyo procedimiento nos esplica, trayendo varios modos de practicarlo.

En el libro tercero se ocupa *de las carnosidades de la via de la verga* (hoy estrecheces). Manifiesta el autor que siendo esta enfermedad nuevamente entendida, y habiéndose dedicado á su curacion por espacio de mas de veinte años, determinó escribir sobre ella en razon á que ni en las obras antiguas, ni en las modernas de Laguna, Angelo Blondo, Mariano Santo, Amato Lusitano y Pareo se hallaba suficiente luz para una enfermedad tan peligrosa, que si no se acude con el remedio en tiempo oportuno, se enfurece, forma callo, y se hace casi incurable. Entre las causas de las escrecencias del cuello de la vejiga pone las ulceraciones, ya por acrimonia de la orina, ya causada por la espulsion de alguna piedra, por purgacion provenida de los riñones, por enfermedades sifilíticas, como tambien por golpes, caidas, heridas, hernias, etc. Los signos por donde se muestra esta enfermedad son el escozor y la dificultad al orinar, observándose que á veces sale la orina bifurcada ó en dos chorros, que siempre se queda con ganas de

orinar, y que es difícil arrojar el semen en el coito; en tales casos, continua, se debe practicar el reconocimiento con la algalia. Con respecto al pronóstico dice, que es enfermedad peligrosa por las circunstancias del lugar que ocupa; pero que el mayor mal es el no ponerse en cura, pues cada dia tomará un carácter mas grave, haciéndose callosa, tapando el conducto de la orina, y poniendo al enfermo en el mayor peligro. Con respecto al método curativo, despues de esponer los varios medios que usaban entonces para cauterizar las carúnculas, dice que su fortaleza era la causa de los graves daños que sobrevenian, de dolores agudísimos, inflamaciones, gangrenas, esfacelos, calenturas, etc.; pero que él habia inventado un nuevo medio, con el cual los enfermos no padecian ninguna de tan graves consecuencias, siendo ademas de los mas eficaces hasta el dia conocidos. Advierte luego que haciéndosele escrúpulo tener guardado un secreto tan útil al género humano, lo revelaba sin mirar á la hacienda y ganancia que podia reportarle, y que tanta honra y provecho le habia valido; para que todos pudieran hacer uso de él en bien de la república, pues ciertamente habia hecho curas milagrosas. Su método es el siguiente, copiado tal como nos lo presenta el autor.

«Tomar soliman en piedra una onza, y molella, echándo»le al moler un poco de agua rosada, y dejalla en ella hasta »que se cubra, y añadille media onza de cardenillo, y media »de caparrosa muy molido; y todo junto se ha de tener en »el agua nueve dias, hasta que quede enjuto, y hase de moler »lo mas sutilmente que ser pudiere, y cuando esté, le han de »añadir de tucia preparada y plomo, de cada cosa media onza, »y veinte granos de opio, y todo junto echallo en claras de »huevos que fueren menester, y batillo fuertemente hasta que »se enjugue, y despues de enjuto tornallo á moler, y tenelle »guardado en un bote de vidrio. El modo que tengo en usalle »es este. Tomo la mas delgada candela que hallo, y póngola »en una tabla lisa, en donde echo la cantidad del polvo, y en »invierno entibio la candela un poco, y tráigola por encima de »la tabla, hasta que se carga muy bien, y para que mejor se »pegue echo un poco de tinta á vueltas, y como lo voy trayen-

»do se va pegando el cáustico, y despues dejo las que hubiere »cargado que se enjuguen dos ó tres dias.... la unto con un »poco de aceite de almendras dulces ó violado, y póngola por »la via de la urina....»

Hablando de las tientas é instrumentos para estirpar las carnosidades, trae á la página 352 el dibujo de uno llamado *Cisorio*, propio de su invencion, y que viene á ser una tienta hueca en figura de arco de círculo, en donde se introducia un fino bisturí. Dice que habiendo observado lo poco que aprovechaba en ciertos casos el uso de las varias candelillas que se habian inventado, siendo muchas de ellas dañosas á los enfermos, andaba confuso y con mucho cuidado, buscando remedio é instrumento que fuese suficiente para la estirpacion, que la efectuase con presteza, y con el menor peligro posible; hasta que llegó á imaginar una como algalía que en vez de estar abierta por los lados, lo estuviese por la punta, de modo que hubiese dentro una *verga de plata con su punta*, que cortase la callosidad. El modo de usarla era introduciéndola por la uretra hasta donde estuviese la carnosidad, y con mucho despacio, y el mayor tino posible, ir cortando hasta acabar de romper el obstáculo. Este instrumento, como él mismo confiesa, era peligroso; pero *mayor peligro es*, dice, *dejar en su ser la dureza*. Con todo, refiere que curó á varios por este medio, entre ellos á un caballero, cuya historia trae al principio del libro, pág. 11, y á quien estrajo los pedazos de la carnosidad que todos juntos hacian un cuerpo del tamaño de dos avellanas.

Consagra un capítulo á tratar *de los accidentes que suelen suceder al tiempo de estirpar las carnosidades con el cáustico, y su cura*. Estos son, dice, frio, calentura, inflamaciones, flujo de sangre, laxitud de cuerpo, ardor de orina y dolor; á cuyos accidentes aconseja que se acuda con presteza con remedios universales, como son purgas, sangrías, ventosas, fricciones, baños y otros medios derivativos. En caso de flujo dice que se atienda á si la sangre sale gota á gota, pues en este caso indica que hay rotura de la carúncula; pero si sale á chorro es rotura de vaso, para la cual administraba astringentes en forma líquida.

Concluye esta obra, dando algunos preceptos á los que fuesen curados de semejante enfermedad; diciendo que por término de cuatro meses deben observar sumo arreglo en las comidas y bebidas, y en el coito, pues habia observado que los que no se contenian en él, volvian á padecer el mal con mayor peligro.

Esta obra tuvo mucha aceptacion en su época, y es digna de la mayor recomendacion. Algunos de nuestro insignes vates le consagraron varios versos que se hallan al principio y fin de ella: tales son los siguientes, que por ser de Lope de Vega y de Cervantes me determino á copiarlos aquí:

De Lope de Vega.

A la inmortalidad os mueve y llama,
Un nuevo bien al mundo descubierto,
Divino injenio que hoy habeis abierto
La boca de la envidia y de la fama.
Pues como al fin la ingratitud desama,
Vuestro raro valor aquel incierto
Tesoro á los antiguos encubierto,
Con mano celestial vierte y derrama.
Italia cese y la opinion famosa
De Alarabes, á quien descubre el cielo,
De ignotas yerbas la virtud sin tasa.
Muéstrese agora España venturosa,
Que á todos cuantos hoy celebra el suelo,
Francisco Diaz los escede y pasa.

De Miguel Cervantes.

Tú que con nuevo y sin igual decoro
Tantos remedios para un mal ordenas,
Bien puedes esperar de estas arenas
Del sacro Tajo las que son de oro.
Y el lauro que se debe al que un tesoro
Halla de ciencia con tan ricas venas,

De raro advertimiento y salud llenas,
Contento y risa del enfermo lloro.
Que por tu industria una desecha piedra,
Mil mármoles, mil bronces, á tu fama,
Dará sin envidiosas competencias.
Daráte el cielo palma, el suelo yedra,
Pues que el uno y el otro ya te llama,
Espíritu de Apolo en ambas ciencias.

Diego Merino.

Natural de la villa de Uruñuela, provincia de Búrgos; fué profesor en el hospital real y general de esta ciudad, en donde imprimió una obra titulada:

Didaci Merini Hurunnuelensis, Xenodochii regii jugi burgensis medici, de morbis internis libri sex. Burgos, por Felipe Junta, 1575, en fólio.

La dedicó á D. Diego Cobarrubias, obispo de Segovia, á cuyo prelado dice *que en su juventud habia sido aficionado á las doctrinas teóricas; pero que los estímulos de la conciencia le habian convertido y concentrado en la práctica, moviéndole á escribir los seis libros de las enfermedades internas.* Distribúyelas por el método anatómico, comenzando por las agudas de la cabeza, siguiendo las del cuello, pecho y vientre, y terminando con las calenturas, por no tener un lugar determinado, y ser comunes á todo el cuerpo.

Merino era perito en lenguas, y particularmente en la griega; y su obra, atendiendo al tiempo en que la publicó, es un buen libro de medicina práctica, menos difuso que los que acostumbraban á escribirse entonces. Su espíritu era el de Hipócrates, y particularmente el de Galeno, á quien frecuentemente cita con cariño; pero tambien trae observaciones propias. Son dignas de notarse las curaciones que hizo en un sacerdote de Burgos, desauciado de cinco médicos doctos, quien padecia un flujo seminal que le habia estenuado; como tambien la de una mujer que por el contrario sufria una retencion de ménstruos. Merino, en fin, tiene derechó á ser

mirado como uno de los médicos que honraron á su patria en el siglo XVI. Si se lee su artículo sobre la melancolía se verá el filantrópico pensamiento que tuvo de aconsejar que los melancólicos y locos no sean encerrados y colocados en lugares oscuros, sino que al contrario estén en parages claros, acompañados de gentes alegres que les canten y diviertan: ¡qué contraste con el encierro y abandono á sus propias reflexiones y manías de su enagenacion en que generalmente se les tiene!

Antonio Perez.

Portugués, y cirujano de cámara de Felipe II. Escribió:

Suma y exámen de cirujía con breves esposiciones de algunas sentencias de Hipócrates y Galeno. Alcalá, 1575. Zaragoza y Madrid, 1604. Valencia, 1634 y 1649, en 4.º

Esta obra fué aprobada por los doctores Fernando Mena y Luis Rives, y dedicada al doctor Juan Gutierrez de Santander, médico de cámara.

Hizo este tratado para los cirujanos romancistas, y en él esplica qué sea cirujía, las condiciones que ha de tener el buen cirujano, las apostemas, llagas, úlceras, dislocaciones y fracturas, y últimamente incluye los aforismos de Hipócrates pertenecientes á cirujía.

D. Nicolás Antonio hace mencion de otro Antonio Perez, médico y cirujano de cámara, suponiéndolo diferente del referido; pero yo creo que fué el mismo, y escribió ademas la siguiente obra:

Tratado de peste y sus causas, señales y curacion. Madrid, 1598, en 8.º

Juan Huarte de San Juan.

Natural de San Juan de Pie de Puerto; fué uno de los médicos mas eruditos del siglo XVI, y de los de mayor talento; estudió en la Universidad de Huesca, en donde residió y ejerció muchos años la facultad. La lectura del libro de Galeno *de la relacion que tienen los temperamentos y las costumbres,*

escitó vivamente su curiosidad, y sobre el modelo del médico de Pergamo, escribió una obra con este título:

Exámen de ingenios para las ciencias, en el cual el lector hallará la manera de su ingenio para escojer la ciencia en que ha de aprovechar, y la diferencia de habilidades que hay en los hombres, y el género de letras y artes que á cada uno responde en particular. Se imprimió por primera vez en Baeza, por Juan Bautista Montoya, en 1575, en 8.º, y 1594. Pamplona, 1578, en 8.º, por Tomás Porral. Logroño, 1580. Bilbao, 1580. Huesca, 1581. Medina del Campo, 1603. Barcelona, 1607. Alcalá, 1640. Madrid, 1668, en 4.º

Se tradujo al italiano, y se imprimió en Venecia, 1582; idem, 1603. Roma, 1540, 1619. Tambien se trasladó al latin, y se publicó en Strasburgo, 1612; en Anhalt, 1621. Lóndres, 1652. Gena, 1663. Asimismo se tradujo al francés; Leon, 1580. París, 1605, 1675, y á varios otros idiomas.

A pesar de haber recibido esta obra antes de su impresion la censura y licencias correspondientes para que saliera á luz, fueron muy luego recojidos los primeros ejemplares por órden del tribunal de la inquisicion. Corrigióse en seguida, y se volvió á dar al público; resultando de aqui que la primera edicion se ha hecho sumamente rara; pero verdaderamente nada esencial se le suprimió, ni se alteró en cosa alguna el fondo principal de las ideas de Huarte, tan filosóficamente vertidas en este escrito.

Un médico francés, el célebre Bordeu, ese moderno Balonio, en sus *Investigaciones sobre la historia de la medicina*, analizó detenidamente la obra de Huarte, y despues de probar que muchos de los pensamientos de Montesquieu se han copiado de este español, escribe asi: «La obra de Huarte está »llena de reflexiones singulares y de un gusto delicado; se »lee muy poco á mi parecer, y mereceria un largo comenta»rio (1).» Lo que han escrito despues sobre el mismo objeto

---

(1) Oeuvres complètes de Bordeu, par M. Richerand, tomo II. París, 1818, pág. 681 y siguientes.

Pujasol y el P. Ignació Rodriguez de las escuelas pias, todo és copiado de la obra de este médico, que la llevó tan á cabo, que no contento con haber dado las reglas para discernir en los hombres el ingenio mas propio para cada arte ó ciencia, se entretuvo al fin de su escrito en declarar las señales de las mujeres aptas para concebir, los hombres con quienes habian de casar, las dilijencias para que salieran varones y no hembras, y para que los hijos fuesen ingeniosos y conservarles el ingenio despues de nacidos, y mantenerles la salud; y ocho condiciones con que se han de criar para que tengan la salud y el ingenio que requieren las letras; cuyos pensamientos han copiado igualmente los autores de la célebre *Megalantropogenesia.*

Un escritor moderno dice asi: «Fué Huarte una de las es»pecialidades del siglo XVI; uno de esos hombres atrevidos, »curiosos é investigadores; uno de esos libres meditadores »que por la fuerza de su superior ingenio descubren altas ver»dades.... al leer su libro, se admira con frecuencia la pro»fundidad y penetracion de su autor, y las inducciones filo»sóficas á que le llevan sus principios; por todas partes se en»cuentra la sana observacion, la reflexion atenta, y aquella »especie de virilidad científica, que no concediendo nada á »las sutilezas de la metafísica, ni á las veleidades del orgullo, »marcha derecha á su fin; no juzga sino por los hechos; no »se apoya sino en la esperiencia, y constituye la filosofía de »la sensatez, elevada á la mas alta potencia.»

La aparicion del libro de este español produjo entre todos los médicos y filósofos de su tiempo una admirable y gustosa sensacion, y asi es que la mayor parte de las naciones de Europa se apresuraron á traducirle en su idioma, como ya hemos insinuado.

Huarte tiene derecho á ser considerado como uno de los médicos mas juiciosos, instruidos y filósofos de su tiempo. Escribió con arrogancia y valentía en un lenguaje puro y selecto, y su libro será siempre una de nuestras bellezas literarias.

Haremos una lijera reseña de los principales puntos de

que trata. Sin apartarse Huarte de las doctrinas humorales que dominaban en las escuelas de su tiempo, y siguiendo al autor de la filosofía peripatética, y al profundo Galeno, sienta principios enteramente nuevos, y deduce consecuencias que si bien no estuvieron exentas de la crítica, son al menos tan ingeniosas como sábias. En efecto, la obra del *Exámen de los ingenios* no fué generalmente bien recibida; muchos no la miraron bajo el punto de vista que debian, y solo vieron en ella una paradoja, abortada por una imaginacion sutil. Entre los que impugnaron á Huarte hay uno que merece sin duda que hagamos mencion de él, porque no fué ciertamente su objeto rebatir las doctrinas del exámen, llevado de un espíritu de contradiccion, ó movido de alguna pasion poco generosa. Refiérome á un sábio extranjero, que con grande erudicion y ameno estilo ventiló las opiniones del español con mucha imparcialidad, sin acritud y *no con intencion de zaherirlo*, como él dice. El autor de que hago mérito fué *Jourdan Guibelet*, célebre médico de Evreux, y su obra se titula *Exámen del exámen de los ingenios*, dada á luz en 1631; por consiguiente cincuenta y seis años despues de la de Huarte.

Guibelet llama algunas veces en su obra á nuestro español *alambicador de temperamentos*; sin embargo, conviene con él en la gran influencia de la organizacion y en otras varias ideas. Así es que examinando por qué un individuo de complexion sanguínea es mas inclinado á los manjares que al estudio, cree que consiste en el temperamento: dice que el receptáculo de las concepciones es el cerebro, y que la mayor ventaja que puede tener un hombre es la buena estructura y composicion de él; juzga tambien que el enflaquecimiento dá debilidad al cuerpo, y que la gordura le hace estúpido, ideas que están conformes en un todo con las de Huarte, quien en comprobacion de esta doctrina trae el ejemplo del cerdo, diciendo que es el mas estúpido de todos los animales á causa de la cantidad de gordura que tiene, añadiendo que su alma, segun Crisipo, no le sirve sino de sal, para impedir que se corrompa.

Guibelet emite tambien en su obra varias ideas enteramen-

te conformes con la ciencia que hoy se llama *frenologia.* Reflexionando sobre la estructura de la cabeza, discurre desfavorablemente de las cabezas duras, de las agudas, de las que son estrechas de sienes, de las pequeñas, de las grandes con reducida masa encefálica, etc. etc.; pero opina que una frente espaciosa y cuadrada indica un gran desarrollo de las facultades intelectuales, y muestra injénio y sensatez.

Mas no siendo mi intento analizar la obra de este médico extranjero, sino consignar aquí el mérito que encierra la juiciosa crítica que hizo de la de Juan Huarte, á pesar de convenir con él, como llevo dicho, en el fondo de sus principios; dejaré de manifestar las bellezas que contiene, y paso á ocuparme de las del español.

Creia este que si en nuestras escuelas se hubiera establecido una comision para discernir los injénios, hubieran hecho las ciencias grandes adelantamientos; por lo que en su proemio dice al rey estas notables palabras: «Para que las obras »de los artífices tuviesen la perfeccion que convenia al uso de »la república, me pareció, católica real majestad, que se ha»bia de establecer una ley: = Que el carpintero no hiciese obra »tocante al oficio de labrador, ni el tejedor del arquitecto, ni »el jurisperito curase, ni el médico abogase, sino que cada »uno ejercitase solo aquel arte para la que tenia talento natu»ral, y dejase las demas. Porque considerando cuan corto y »limitado es el injénio del hombre para una cosa no mas, tu»ve siempre entendido que ninguno podia saber dos artes con »perfeccion, sin que en la una faltase: y porque no errase en »elegir la que á su natural estaba mejor, habia de haber di»putados en la república hombres de gran prudencia y saber, »que en la tierna edad descubriesen á cada uno su injenio, »haciéndole estudiar por fuerza la ciencia que le convenia, y »no dejarlo á su eleccion. De lo cual resultaria en los estados »y señorios de V. M. haber los mayores artífices del mundo »y las obras de mayor perfeccion, no mas de por juntar el »arte con naturaleza.»

«Esto mesmo quisiera yo que hicieran las academias de »vuestros reinos, que pues consienten que el estudiante pase

»á otra facultad, que tuvieran tambien examinadores para sa-
»ber si el que quiere estudiar dialéctica, filosofía, medicina, »teología ó leyes tiene el injénio que cada una de estas scien- »cias ha menester. Porque fuera del daño que este tal ha- »rá en la república cuando ejerza su arte mal sabido, es lásti- »ma ver á un hombre trabajar y quebrarse la cabeza en cosas »que es imposible salir con ellas. Por no hacer hoy esta dili- »jencia, han destruido la cristiana religion los que no tenian »injénio para teología; y echan á perder la salud de los hom- »bres los que son inhábiles para la medicina; y la jurispru- »dencia no tiene la perfeccion que pudiera, por no saber á qué »potencia racional pertenece el uso y buena interpretacion de »las leyes. Todos los filósofos antiguos hallaron por esperien- »cia que donde no hay naturaleza que disponga al hombre al »saber, por demás es trabajar en las reglas del arte. Pero nin- »guno ha dicho con distincion y claridad qué naturaleza es la »que hace al hombre hábil para una ciencia y para otra inca- »paz; ni cuántas diferencias de injénio se hallan en la espe- »cie humana, ni qué artes ni ciencias responden á cada uno »en particular, ni con qué señales se habia de conocer, que »era lo que mas importaba. Estas cuatro cosas (aunque pa- »recen imposibles) contienen la materia sobre que he de tra- »tar, fuera de otras muchas que se tocan al propósito de esta »doctrina, con intento que los padres curiosos tengan arte y »manera para descubrir el injenio á sus hijos, y sepan apli- »car á cada uno la ciencia en que mas ha de aprovechar.»

En el segundo proemio al lector dice, que cuando Platon queria enseñar alguna doctrina grave y sutil, escogia de sus discípulos el que á él le parecia de mas delicado injénio, y que esta manera de proceder quisiera que se guardase con los que se dedican al estudio: «si hubiera forma, añade, pa- »ra poderte primero tratar, curioso lector, y descubrir á mis »solas el talento de tu injénio; porque si fuera tal cual con- »venia á esta doctrina, apartándote de los injénios comunes, »en secreto te dijera sentencias tan nuevas y particulares, »cuales jamás pensaste que podian caer en la imaginacion de »los hombres. Pero como no se puede hacer, habiendo de sa-

»lir al público para todos esta obra, no es posible dejar de »alborotarte, pues que si tu injénio es de los comunes y vulgares, bien sé que estás persuadido que el número de las »ciencias y su perfeccion ha muchos dias que por los antiguos »está ya cumplido, movido con una vana razon, que pues »ellos no hallaron mas que decir, argumento es que no hay »otra novedad en las cosas. Si por ventura tienes tal opinion, »no pases de aquí ni leas mas adelante, porque te dará pena »ver probado cuan miserable diferencia de injénio te cupo. »Pero si eres discreto, bien compuesto y sufrido, decirte he »tres conclusiones muy verdaderas, aunque por su novedad »son dignas de grande admiracion. La primera es que de mu»chas diferencias de injénio que hay en la especie humana »sola una te puede con eminencia caber, sino es que natura»leza, como muy poderosa, al tiempo que te formó echó todo »el resto de sus fuerzas en juntar solo dos ó tres, ó por no »poder mas te dejó estulto y privado de todas. La segunda, »que á cada diferencia de injénio le responde (con eminencia) »sola una ciencia y no mas; de tal condicion, que si no acier»tas á elegir la que responde á tu habilidad natural, ten»drás de las otras gran remision, aunque trabajes dias y no»ches contínuamente en ello. La tercera, que despues de ha»ber entendido cuál es la ciencia que á tu injénio mas le »responde, te queda otra dificultad mayor por averiguar, y »es si tu habilidad es mas acomodada á la práctica que á la »teórica, porque estas dos partes (en cualquier jénero de »letras que sea) son tan opuestas entre sí, y piden tan dife»rentes injénios, como si fuesen verdaderos contrarios.....» Y mas adelante continúa: «De aquí se infiere, que pues »hay eleccion de injénios para las sciencias sobrenaturales, »y que no cualquiera diferencia de habilidad es cómodo ins»trumento para ellas; que las letras humanas con mas ra»zon la pedirán, pues las han de aprender los hombres con »las fuerzas de su injénio.»

«Saber, pues, distinguir y conocer estas diferencias natura»les del injénio humano, y aplicar con arte á cada uno la cien»cia en que mas ha de aprovechar, es el intento de esta mi obra.»

El autor examina despues en el primer capítulo *lo que se debe entender por injénio y cuántas sean sus diferencias.* La palabra *injénio* dice que se deriva de *gigno*, y por consiguiente significa *enjendrar;* así que el hombre tiene dos potencias generativas, una comun con las bestias y plantas, y otra que participa con las sustancias espirituales, Dios y los ánjeles.

Ocupándose Huarte de la segunda, establece por principio que la inteligencia sometida á la conformacion corporal, varía segun los individuos, y que cada forma responde á la aptitud que se tiene para tal ó cual ciencia, sentando por axioma: *que la naturaleza es la que hace hábil para ellas; que el arte facilita y el uso perfecciona.*

Despues de establecer varias diferencias de injénios, y de analizar con estension las diversidades de *inhabilidad* que se observan en los hombres, prueba la influencia del temperamento en las acciones de ellos, diciendo que «de él nacen la »idoneidad particular de cada hombre, como tambien los ac»tos de su moral; así que no hay virtud ni vicio que no ten»ga su temperamento en los miembros del cuerpo, que le ayu»de ó desayude en sus obras; á lo cual llaman impropiamente »los filósofos morales vicio ó virtud, viendo que ordinaria»mente los hombres no tienen otras costumbres sino aque»llas que apunta su temperamento.»

En el capítulo 2 declara *las diferencias que hay de hombres inhábiles para las ciencias.* Prueba que el estudio y la sabiduría, tanto cuanto facilitan al hombre injenioso para discurrir y filosofar, tanto y mucho mas entorpecen al necio, y que así mucho mejor pasaba el hombre inhabil sin letras que con ellas, pues que no estaba obligado á saber. Dice que la observacion de que el arte y letras fuesen grillos y cadenas para atar á los tontos, y no para iluminarlos, era cosa muy manifiesta en las Universidades, en donde se hallaban estudiantes que el primer año sabian mas que el segundo, y en este mas que en el tercero; soliéndose decir de estos que el primer año eran doctores, el segundo licenciados, el tercero bachilleres y el cuarto ignorantes.

Presenta luego tres diferencias de inhabilidad correspon-

dientes á las diferencias de injénios. «Hay unos, cuyas áni»mas están sepultadas en las calidades materiales del cuer»po, y tan asidas de las causas, que echan á perder la par»te racional, y para siempre quedan privados de poder en»jendrar ni parir conceptos tocantes á letras y sabiduría. La »inhabilidad de estos responde totalmente á los capados, por»que así como hay hombres impotentes para enjendrar (por »faltarles los instrumentos de la generacion), asi hay enten»dimientos capados, y eunucos, frios y maleficiados, sin fuer»zas ni calor natural para enjendrar algun concepto de sabi»duría. Estos no pueden atinar á ciertos principios que presu»ponen todas las artes en el injénio del que aprende. Antes »que se comience la disciplina, no hay otra prueba ni demos»tracion mas que recibirlos el injénio por cosa notoria, y si »la figura de esta no la pueden formar dentro de sí, es la su»ma estulticia que para las ciencias se puede hallar, porque »impide totalmente la entrada por donde se han de enseñar. »Con estos no hay que tratar ni quebrarse la cabeza en ense»ñarlos, porque no bastan golpes, castigo, voces, arte de en»señar, disciplina, ejemplos, tiempo, esperiencia, ni otros »cualesquiera despertadores para meterlos en acuerdo y ha»cerlos enjendrar.....»

«Otro segundo género de inhabilidad se halla en los hom»bres no de tanta torpeza como el pasado, porque conciben la »figura de los primeros principios, y de ellos sacan algunas »conclusiones, aunque pocas y con mucho trabajo; pero no »les dura la figura mas tiempo en la memoria, de cuanto los »maestros se la están pintando y diciendo con muchos ejem»plos y maneras de enseñar, acomodadas á su rudeza. Son »como algunas mujeres, que se empreñan, paren; pero en »naciendo la criatura se les muere: estos tienen el cerebro »muy aguanoso, por donde las figuras no hallan pingüe, ni »lentor aceitoso en que trabarse; y así, enseñar á estos no es »mas que coger agua en cesto.....»

«Otra tercera diferencia de inhabilidad se halla muy ordi»naria entre los hombres que aprenden letras, que participa algo »de injénio; porque concibe dentro de sí la figura de los pri-

»meros principios, y de ellos saca muchas conclusiones y las »retiene y guarda en la memoria; pero al tiempo de poner »cada cosa en su asiento y lugar, hace mil disparates: es co»mo la mujer que se empreña, y pare un hijo á luz, con la »cabeza donde han de estar los pies y los ojos en el colodri»llo. Hácese en este tercer género de inhabilidad una mara»ña y confusion de figurás en la memoria, tan grande, que al »tiempo que quiere darse á entender no le bastan infinitas »maneras de hablar para recitar lo que ha concebido; porque »no fué otra cosa mas que infinitos conceptos, todos sueltos, »y sin la trabazon que han de tener.....»

«Otra cuarta diferencia de inhabilidad he considerado en»tre los hombres de letras, que ni estoy bien de llamarla in»habilidad, ni menos injénio; porque los veo que conciben la »doctrina, y la retienen con firmeza en la memoria, y asien»tan la figura con la correspondencia de partes que ha de te»ner, y hablan, y obran muy bien cuando es menester, y pi»diéndoles el propter quid de aquello que saben y entien»den, descubren claramente que sus letras no son mas que »una aprehension de solos los términos y sentencias que con»tiene la doctrina, sin entender ni saber el por qué.....»

En el capítulo 3.º *prueba con un ejemplo que si el muchacho no tiene el injénio y habilidad que pide la ciencia que quiere estudiar, por demás es oirla de buenos maestros, tener muchos libros, ni trabajar en ellos toda la vida.*

Entre varios ejemplos que presenta el autor para probar su aserto, es el del hijo de Ciceron, que habiéndole enviado su padre á estudiar á Atenas con el gran filósofo Cratipo, no pudo lograr, por mas dilijencias que se hicieron, que llegase á aprender; por lo que cuenta el mismo Ciceron que mas fácil era que los gigantes venciesen á los dioses que hacer sabio á quien la naturaleza habia hecho necio.

A este propósito añade: «Yo á lo menos si fuera maestro, »antes que recibiera en mi escuela ningun discípulo, habia de »hacer con él muchas pruebas y esperiencias para descubrirle »el injénio, y si le hallára de buen natural para la ciencia que »yo profesaba, recibiérale de buena gana, porque es gran con-

»tento para el que enseña instruir á un hombre de buena ha»bilidad; y sino aconsejárale que estudiase la ciencia que á su »injénio mas le convenia. Pero entendido que para ningun »género de letras tenia disposicion ni capacidad, dijérale con »amor y blandas palabras: hermano mio, vos no teneis reme»dio de ser hombre por el camino que habeis escogido; por »vida vuestra que no perdais el tiempo ni el trabajo, y que »busqueis otra manera de vivir que no requiera tanta habili»dad como las letras.....»

«Esto que tengo dicho, á lo menos no se puede negar, »sino que hay injenios determinados para una ciencia, los »cuales son disparatados para otra; y por tanto conviene an»tes que el muchacho se ponga á estudiar, descubrirle la »manera de su injenio, y ver cual de las ciencias viene bien »con su habilidad, y hacerle que la aprenda; pero tambien »se ha de considerar que no basta lo dicho para que salga »muy consumado letrado, sino que ha de guardar otras con»diciones, no menos necesarias que tener habilidad. Y asi, »dice Hipócrates, que el injenio del hombre tiene la misma »proporcion con la ciencia que la tierra con la semilla; la »cual, aunque sea de suyo fecunda y paniega es menes»ter cultivarla y mirar para qué género de simiente tiene mas »disposicion natural, porque no cualquiera tierra puede pa»nificar con cualquiera simiente sin distincion. Unas llevan »mejor trigo que cebada, y otras mejor cebada que trigo; y »del trigo tierras hay que multiplican mucho candeal, y el »trujillo no lo pueden sufrir. Y no solo con hacer esta distin»cion se contenta el buen labrador; pero despues de haber »arado la tierra con buena sazon, aguarda tiempo conveniente »para sembrar: porque no en cualquiera parte del año se »puede hacer; y despues de nacido el pan lo limpian y escar»dan para que pueda crecer, y dar adelante el fruto que de la »simiente se espera. Asi conviene, que despues de sabida la »ciencia que al hombre está mejor, que ya comience á estu»diar en la primera edad; porque esta (dice Aristóteles) es la »mas aparejada de todas para aprender. Allende que la vida »del hombre es muy corta, y las artes largas y espaciosas;

»por donde es menester que haya tiempo bastante para ha»berlas, y tiempo para poderlas ejercitar, y con ellas apro»vechar la república......»

«Sabida ya la edad en que se han de aprender las ciencias, »conviene luego buscar un lugar aparejado para ellas, donde »no se trate de otra cosa sino letras, como son las Universi»dades. Pero ha de salir el muchacho de casa de su padre, »porque el regalo de la madre, de los hermanos, parientes y »amigos, que no son de su profesion, es grande estorbo para »aprender. Esto se vé claramente en los estudiantes natura»les de las villas y lugares donde hay Universidades; ninguno »de los cuales (sino es por gran maravilla) jamás salen letra»dos. Y puédese remediar fácilmente trocando las Universi»dades; los naturales de la ciudad de Salamanca, estudiar en »la villa de Alcalá de Henares, y los de Alcalá en Salamanca. »Esto de salir el hombre de su natural para ser valeroso y sá»bio, es de tanta importancia, que ningun maestro hay en el »mundo que tanto le pueda enseñar, especialmente viéndose »muchas veces desamparado del favor y regalo de su patria...»

«La tercera diligencia es buscar maestro que tenga clari»dad y método en el enseñar, y que su doctrina sea buena »y segura, no sofística ni de vanas consideraciones; porque »todo lo que hace el discípulo en tanto que aprende, es creer »todo lo que le propone el maestro, por no tener discrecion »ni entero juicio para discernir ni apartar lo falso de lo ver»dadero. Aunque esto es caso fortuito, y no puesto en eleccion »de los que aprenden venir en tiempo á estudiar, que las »Universidades tienen buenos maestros y ruines; como les »aconteció á ciertos médicos, de quien cuenta Galeno, que »teniéndoles ya convencidos con muchas esperiencias y ra»zones, que la práctica que usaban era errada y en perjuicio »de la salud de los hombres, se les saltaron las lágrimas de »los ojos, y en presencia del mismo Galeno comenzaron á »maldecir su hado y la mala dicha que tuvieron en topar con »ruines maestros al tiempo que aprendieron. Verdad es que »hay algunos injenios de discípulos, tan felices, que entienden »luego las condiciones del maestro y la doctrina que trae, y

»si es mala se la saben confutar, y aprobar lo que dicen bien. »Estos tales mucho mas enseñan al maestro en cabo del año, »que el maestro á ellos; porque dudando y preguntando agu»damente, le hacen saber responder cosas tan delicadas, que »jamás las supo ni supiera, si el discípulo (con la felicidad de »su injenio) no se las hubiera apuntado; pero los que esto »pueden hacer son uno ó dos, cuando mucho, y los de rudo »injenio son infinitos; y asi es bien, ya que no se ha de ha»cer esta eleccion y exámen de injenios para las ciencias, que »las Universidades se provean siempre de buenos maestros, »que tengan sana doctrina y muy claro injenio, para que á »los ignorantes no les enseñen errores ni falsas proposi»ciones.....»

«La cuarta diligencia que se ha de hacer es estu»diar la ciencia en buen órden, comenzando por sus princi»pios, y subiendo por los medios hasta el fin, sin oir otra »materia que presuponga otra primero. Por donde siempre he »tenido por grande error oir muchas lecciones de varias ma»terias, y pasallas todas juntas en casa: hácese por esta via »una maraña de cosas en el entendimiento, que despues en la »práctica no sabe el hombre aprovecharse de los preceptos de »su arte, ni asentarlos en su conveniente lugar. Pero mejor »será estudiar cada materia de por sí, y con el órden natural »que tiene su composicion; porque de la manera que se »aprende, de aquella misma forma se asienta en la memoria. »Hacer esto conviene (mas en particular) á los que de su pro»pia naturaleza tienen el injenio confuso; y puédese remediar »fácilmente oyendo una sola materia, y acabada aquella, en»trar en la que sigue hasta cumplir con todo el arte. Enten»diendo Galeno cuánto importaba estudiar con órden y con»cierto las materias, escribió un libro para enseñar la manera »que se habia de tener en el leer sus obras, con fin que el »médico no se hiciese confuso. Otros añaden que el estudiante »(en tanto que aprende) no lea mas que un libro que con»tenga llanamente la doctrina, y en este estudie y no en mu»chos, porque no se desbarate ni confunda; y tienen muy »gran razon....»

En el capítulo 4.º *sobre qué naturaleza es la que hace al muchacho hábil para aprender,* dice: «La naturaleza es la que »hace al hombre hábil; el arte le facilita y el uso y la espe- »riencia le hace poderoso para obrar.» Y luego continúa: «Hay entre los filósofos y gente sin letras una cuestion muy »reñida sobre dar la razon y causas de cualquier efecto: los »unos viendo á un hombre de grande injenio y habilidad, »luego señalan á Dios por autor, y no se curan de otra cosa »alguna....»

«Pero yo muchas veces me he puesto á considerar la ra- »zon y causas de dónde pueda nacer que la gente vulgar sea »tan amiga de atribuir todas las cosas á Dios y quitarlas á »naturaleza, y aborrecer los medios naturales, y no sé si la »he podido atinar; á lo menos bien se deja entender, y es por »no saber el vulgo qué efectos se han de atribuir inmediata- »mente á Dios, y cuáles á naturaleza....»

«La segunda causa es por qué los hombres somos arro- »gantes y de vana estimacion, muchos de los cuales desean »allá dentro de su pecho que Dios les haga alguna merced par- »ticular, y que no sea por la via comun....»

«La tercera es por ser los hombres amigos de holgar, y »estar dispuestas las causas naturales por tal órden y con- »cierto, que para alcanzar sus efectos es necesario trabajar, »y por lo tanto querrian que Dios usase con ellos de su om- »nipotencia, y que sin sudar se cumpliesen sus deseos....»

«La última causa es el ser la gente vulgar religiosa y »amiga que Dios haga milagros....»

Mas adelante se ocupa en definir á la naturaleza con autoridad de Aristóteles, y segun este filósofo «No entiendo, »dice, que naturaleza fuese alguna causa universal con juris- »dicion apartada de Dios, sino que es nombre del órden y »concierto que Dios tiene puesto en la compostura natural »del mundo, para que sucedan los efectos que son necesarios »para su conservacion, porque de la misma manera se suele »decir que el rey y el derecho civil no hacen agravio á nadie, »en la cual manera de hablar ninguno entiende que este nom- »bre, derecho, significa algun príncipe que tenga jurisdiccion

»apartada de la del rey, sino que es un término que abraza »con su significacion todas las leyes y ordenamiento real que »el rey tiene hecho para conservar en paz su república; y asi »como el rey tiene casos reservados para sí, los cuales no pue- »den ser determinados por el derecho por ser estraños y gra- »ves, de la misma manera dejó Dios reservados para sí los efec- »tos milagrosos..... Y de la manera que los letrados trabajan y »estudian en leer el derecho civil, y guardarlo en la memoria »para saber cuál fué la voluntad del rey en la determinacion »de tal caso, asi nosotros los filósofos naturales (como letra- »dos de esta facultad) ponemos nuestro estudio en saber »el discurso y el órden que Dios hizo el dia que crió el »mundo, para contemplar y saber de qué manera quiso que su- »cediesen las cosas, y por qué razon. Y asi como seria cosa »de reir si un letrado alegase en sus escritos de bien probado »que el rey manda determinar tal caso sin mostrar la ley y »razon por donde lo decide, asi los filósofos naturales se rien »de los que dicen: esta obra es de Dios, sin señalar el órden »y discurso de causas particulares de donde pudo nacer. Y »de la manera que el rey no quiere escuchar cuando le piden »que quebrante alguna ley justa, ó que haga determinar el »caso fuera del órden judicial que él tiene mandado guardar, »asi Dios no quiere escuchar cuando alguno le pide milagros »hechos fuera del órden natural sin necesidad; porque aun el »rey cada dia quita y pone leyes, y muda el órden judicial »(asi por variedad de los tiempos, como por ser el consejo »del hombre caduco, y no poder atinar de una vez á la recti- »tud y justicia); pero el órden natural de todo el universo, »que llamamos naturaleza, dende que Dios crió al mundo, no »ha habido que añadir ni quitar, porque lo hizo con tanta »providencia y saber, que pedir que no se guarde aquel ór- »den, es poner falta en sus obras...... Aristóteles y los de- »mas filósofos naturales descienden mas en particular y llaman »naturaleza á cualquiera forma sustancial que dá ser á la co- »sa, y es principio de sus obras; en la cual significacion nues- »tra ánima racional con razon se llama naturaleza, porque »de ella recibimos el ser formal que tenemos de hombres, y

»ella misma es principio de cuanto hacemos y obramos; pero »como todas las ánimas racionales sean de igual perfeccion »(asi la del sábio como la del necio), no se puede afirmar qué »naturaleza (en esta significacion) es la que hace al hombre »hábil; porque si esto fuese verdad, todos los hombres ten»drian igual injenio y saber. Y asi el mismo Aristóteles buscó »otra significacion de naturaleza, la cual es razon y causa de »ser el hombre hábil ó inhábil, diciendo: que el temperamento »de las cuatro calidades primeras (calor, frialdad, humedad » y sequedad) se ha de llamar naturaleza, porque de esta na»cen todas las habilidades del hombre, todas las virtudes y »vicios, y esta gran variedad que vemos de injenios. Y prué»base claramente considerando las edades de un hombre sa»pientísimo, el cual en la puericia no es mas que un bruto »animal, ni usa de otras potencias mas que de la irascible y »concupiscible: pero venida la adolescencia, comienza á des»cubrir un injenio admirable, y vemos que le dura hasta »cierto tiempo, y no mas; porque viniendo la vejez, cada dia »vá perdiendo el injenio, hasta que viene á caducar. Esta va»riedad de injenios, cierto es que nace del ánima racional, »porque en todas las edades es la misma, sin haber recibido »en sus fuerzas y sustancia ninguna alteracion, sino que en »cada edad tiene el hombre vario temperamento y contraria »disposicion, por razon de la cual hace el ánima unas obras »en la puericia, y otras en la juventud, y otras en la vejez; »de donde tomamos argumento evidente, que pues una mis»ma ánima hace contrarias obras en un mismo cuerpo, por »tener en cada edad contrario temperamento; que cuando de »dos muchachos, el uno es hábil y el otro necio, que nace »de tener cada uno temperamento diferente del otro, al cual »por ser principio de todas las obras del ánima racional, lla»maron los médicos y filósofos naturaleza; de la cual signifi»cacion se verifica propiamente aquella sentencia: *Natura »facit habilem.* En confirmacion de esta doctrina escribió Ga»leno un libro probando que las costumbres del ánima siguen »el temperamento del cuerpo donde está, y que por razon del »calor, frialdad, humedad y sequedad de la region que ha-

»bitan los hombres, y de los manjares que comen, y de las »aguas que beben, y del aire que respiran, unos son nécios, »y otros son sábios; unos valientes, y otros cobardes; unos »crueles, y otros misericordiosos; unos cerrados de pecho, y »otros abiertos; unos mentirosos, y otros verdaderos; unos »traidores, y otros leales; unos inquietos, y otros sosega- »dos; unos doblados, y otros sencillos; unos escasos, y otros »liberales; unos vergonzosos, y otros desvergonzados; unos »incrédulos, y otros fáciles de persuadir; y para probar esto, »trae muchos lugares de Hipócrates, Platon y Aristóteles; los »cuales afirmaron que la diferencia de las naciones, asi en la »compostura del cuerpo como en las condiciones del ánima, »nace de la variedad de este temperamento. Y vése clara- »mente por esperiencia cuánto distan los griegos de los scitas, »y los franceses de los españoles, y los indios de los alema- »nes, y los de Etiopía de los ingleses. Y no solamente se echa »de ver en regiones tan apartadas; pero si consideramos las »provincias que rodean á toda España, podremos repartir las »virtudes y vicios que hemos contado entre los moradores »de ellas, dando á cada cual su vicio y virtud.»

«Y sino consideremos el injenio y costumbre de los cata- »lanes, valencianos, murcianos, granadinos, andaluces, es- »tremeños, portugueses, gallegos, asturianos, montañeses, »vizcainos, navarros, aragoneses, y los del riñon de Castilla. »¿Quién no vé y conoce lo que estos difieren entre sí, no solo »en la figura del rostro y compostura del cuerpo, pero tam- »bien en las virtudes y vicios del ánima?; y todo nace de te- »ner cada provincia de estas su particular y diferente tem- »peramento. Y no solamente se conoce esta variedad de cos- »tumbres en regiones tan apartadas; pero aun en lugares que »no distan mas que una pequeña legua, no se puede creer »la diferencia que hay de injenios entre los moradores. »Finalmente, *todo lo que escribe Galeno en su libro es el »fundamento de esta mi obra;* aunque él no atinó á las di- »ferencias de habilidad que tienen los hombres, ni á las »ciencias que cada una demanda en particular; pero bien en- »tendió que era necesario repartir las ciencias á los mucha-

»chos, y dar á cada uno lo que pedia su habilidad natural, »pues dijo que las repúblicas bien ordenadas habian de tener »hombres de gran prudencia y saber, que en la tierna edad »descubriesen á cada uno su injenio y solercia natural para »hacerle aprender el arte que le convenia, y no dejarlo á su »eleccion.»

En el capítulo 5.º *declara lo mucho que puede el temperamento para hacer al hombre prudente y de buenas costumbres.* Huarte se propone probar que no hay virtud ni vicio en el hombre que no tenga su temperamento en los miembros del cuerpo, á lo que dice, «los filósofos moralistas impropia»mente llamaban vicio ó virtud, viendo que ordinariamente »los hombres no tienen otras costumbres sino aquellas que »apunta su temperamento. Los hombres, continúa, que tie»nen el ánima llena de virtudes, y los miembros del cuerpo »no tienen temperamento que les ayude á hacer lo que el »ánima quiere, sufren una gran lucha y contienda, de lo que »es buena prueba San Pablo, que sentia dentro de sí dos le»yes contrarias, una en el ánima, con la que amaba la ley »de Dios, y otra en los miembros que le convidaba á pe»car.» Confirma esto mismo mas adelante con el testimonio de Jesucristo cuando dijo á sus discípulos en el huerto, que el espíritu estaba pronto, pero la carne flaca, de lo que deduce cuán dificultoso es obrar virtuosamente, inclinando al hombre su temperamento á actos contrarios: «asi, por ejem»plo, el ánima quiere que el hombre sea casto y continente, »y cuando vá á los instrumentos de la generacion los halla »con un fuego ardiente, dispuestos á pecar. Pero si el ánima »cuando quiere meditar hallase el cerebro caliente y seco, »que es disposicion natural para velar, y cuando quiere ayu»nar hallase al estómago caliente y seco, que entonces abor»rece el hombre el comer, y si cuando quiere y ama la cas»tidad estuviesen los testículos frios y húmedos, todo se lo »hallaba hecho sin ninguna contradiccion, y asi obraria el »hombre con mucha suavidad.»

El autor pasa luego á probar el influjo de la medicina para que los hombres practiquen la virtud sin repugnancia en sus

temperamentos. «Lo primero que se ha de hacer, dice, con »respecto á la lujuria, es aconsejar el ayuno, el rezo, la me»ditacion, el poco dormir, el acostarse en el suelo, y vesti»do, las disciplinas, el apartarse de las mujeres y ocuparse »en obras de piedad: con estos remedios deberán perseverar »muchos dias, y con ellos se pondrá el hombre flaco y ama»rillo, y tan diferente del que solia ser, que el que antes se »perdia por las mujeres, y por comer y beber, le dará luego »pena y dolor el oirlo mentar.»

Discurre luego por las edades del hombre, probando que cada una tiene su temperamento, siendo en unas virtuoso, en otras vicioso, imprudente ó sábio. «En la ni»ñez, continúa, cuyo temperamento es caliente y húmedo, »las virtudes son muchas y pocos los vicios; estos son admi»rativos, disciplinables, blandos y tiernos, vergonzosos, te»merosos, crédulos, fáciles de persuadir, caritativos, libera»les, castos, humildes, simples, y no maliciosos. En la ado»lescencia, segunda edad del hombre, que se cuenta desde »los catorce años, hasta los veinticinco, y cuya temperatura »ni es caliente, ni fria, ni húmeda, ni seca, sino templada, »sus virtudes parecen hechas con discrecion, y no como en »la puericia con solo el instinto natural. Asi el adolescente »entiende lo que hace con propósito y conocimiento del fin, »sabiendo disponer los medios para conseguirlo: despues de »la puericia, la adolescencia es la edad donde el hombre es »mas virtuoso....»

«La tercera edad es la juventud; cuéntase desde los 25 »años hasta los 35; su temperamento es caliente y seco, y »asi lo muestra la esperiencia, porque no hay maldad de que »no esté el hombre tentado en ella: ira, gula, lujuria, so»berbia, homicidios, adulterios, robos, temeridades, rapiña, »audacia, enemistad, engaños, mentiras, bandos, disensio»nes, venganza, odios, injurias y protervia....»

«En la cuarta edad, que es de consistencia, torna el hom»bre á templarse en la posicion de calor y frialdad, porque »quien de mucho calor baja á frialdad, forzosamente ha de »pasar por el medio, y con la sequedad que le quedó al cuer-

»po de la juventud, se hace el ánima prudentísima; por donde »los hombres que han vivido mal en la juventud, dan las »vueltas notables que vemos, reconociendo la mala vida pa»sada, y viviendo de otra manera. Comienza esta edad desde »35 años hasta 45, en unos mas, y en otros menos, confor»me á la compostura y temperamento de cada uno.»

«La última edad del hombre es la vejez, en la cual está el »cuerpo seco y frio, y con mil enfermedades y flaco; todas »las potencias perdidas; sin poder hacer lo que antes solia. »Pero con ser el ánima racional la misma que fué en la pue»ricia, adolescencia, juventud, consistencia y vejez, sin haber »recibido ninguna alteracion que le debilitase sus potencias; »venida á esta última edad, y con este temperamento frio y se»co, es prudentísima, justa, fuerte, y con temperancia. Son »tambien cobardes, porque el ánimo y valor consiste en el »mucho calor y sangre, y los viejos tienen poca y muy fria; »son avarientos, y guardan el dinero mas de lo que es me»nester; sospechosos, de mala esperanza, incrédulos; jamás »piensan que les dicen verdad, trayendo á la memoria los »embustes y engaños de los hombres, y lo que han visto »en el mundo en el largo discurso de su vida, etc.»

Por último, finaliza este capítulo, discurriendo que lo mismo que con respecto á las edades sucede con las comidas y bebidas, que unas ayudan á la virtud, y contraindican al vicio, y otras favorecen el vicio, y alejan la virtud.

En el capítulo 6.º trata «*de las partes del cuerpo que han de estar bien templadas para que el muchacho tenga habilidad.*» Impugna la opinion de los antiguos que creian que el corazon era la parte principal donde residia la facultad racional, y solamente concede al cerebro esta prerogativa. «Cuatro »condiciones, dice, ha de tener para que el alma racional »pueda con él hacer cómodamente las obras de entendimiento »y prudencia. La primera es la buena conformacion: la segun»da que sus partes esten bien unidas: la tercera que el calor »no esceda á la frialdad, ni la humedad á la sequedad; y la »cuarta que la sustancia esté compuesta de partes subtiles y »muy delicadas.» Despues de examinar detenidamente estas

cualidades entra en la insondable cuestion de los animales: «nace de aquí una dificultad, dice, como es, que si abrimos »la cabeza de cualquier animal hallamos que su cerebro está »compuesto de la misma suerte que el del hombre, sin faltarle »ninguna de las condiciones que hemos dicho.» Huarte cita á Aristóteles y á otros filósofos; pero verdaderamente no resuelve la cuestion. Admite en los animales de una misma especie diferencias en los talentos: «asi, continua, vemos que hay as»nos que lo son propiamente en el saber, y otros hay tan agu»dos y maliciosos que aventajan á los de su especie; entre los »caballos se ven muchas ruindades y virtudes, y unos mas »disciplinables que otros; todo lo cual acontece por tener bien »ó mal organizado el cerebro.»

En el capítulo 7.º *declara que el ánima vejetativa, sensitiva y racional son sabidas sin ser enseñadas de nadie, teniendo el temperamento conveniente que piden sus obras.* Demuestra el autor que aunque el ánima racional ha menester el temperamento de las cuatro cualidades primeras, asi para estar en el cuerpo, como para discurrir y raciocinar, que no por eso se infiere que es corruptible y mortal. Admite como razonable este principio, y propone la siguiente cuestion: *¿cómo es que todas las almas racionales sean de igual perfeccion?* Jamás, dice, ha podido comprender esto Galeno; al contrario siempre lo ha tenido por dudoso, viendo al hombre delirar, y salir de su conocimiento cuando tenia el cerebro muy acalorado, y viéndole recobrar su juicio por la aplicacion de medicamentos frios. Asi decia el médico de Pergamo, que se hubiera alegrado que Platon hubiera vuelto á la vida, para preguntarle cómo era posible que el alma racional fuese inmortal, puesto que fácilmente sufria cambios y alteraciones por el calor, el frio, etc., que salia del cuerpo, por el grande ardor de una fiebre, por una copiosa sangría, por haber tomado cicuta, ó por otras alteraciones corporales con que acostumbraban los hombres á quitarse la vida.

En el capítulo 8.º *prueba que de solas tres calidades, calor, humedad y sequedad, salen todas las diferencias de ingenios que hay en el hombre.* El autor principia este capítulo sentan-

do por base, que estando el ánima racional en el cuerpo, era imposible poder hacer obras contrarias, si para cada una tiene su instrumento particular. Compara esta facultad animal con los sentidos esteriores, y deduce que lo mismo pasa en los interiores, con cuya virtud animal entendemos, imaginamos, y nos acordamos. De seguida pasa á hablar de los ventrículos cerebrales, dando á cada uno el desempeño de una de las facultades intelectuales, memoria, entendimiento é imaginacion, y suponiendo que el cuarto tenia por oficio cocer y alterar los espíritus vitales, convertirlos en animales para trasmitirlos á todas las partes del cuerpo. Despues de esto espone las diferencias de injenio, segun sean las cuatro calidades, calor, frialdad, humedad y sequedad, y el carácter particular que imprima en el hombre la preponderancia de cada una de ellas, de manera, dice, «que no hay en el hombre mas que tres »diferencias genéricas de injenio, porque no hay mas de tres »calidades de donde puede nacer; pero debajo de estas tres »diferencias universales se contienen otras muchas particula- »res por razon de los grados de intension que puede tener el »calor, la humedad y sequedad.» Considera luego las diferencias que nacen de injenio por razon de la intension de cada una de estas tres calidades: dice que el entendimiento ejerce tres acciones, inferir, distinguir y elejir, y la memoria otras tres: una que recibe con facilidad, y luego olvida; otra que tarda en percibir, y luego olvida, y la tercera que recibe con facilidad, y tarda en olvidar. Tambien considera tres diferencias de injenio en los estudiantes: unos que son aptos para las contemplaciones claras y fáciles del arte que aprenden, pero incapaces para las oscuras y difíciles; otros que aprenden las reglas y consideraciones del arte, tanto las claras, como las difíciles, pero que asi los argumentos como las distinciones, se los han de dar hechos, y otros en fin que no necesitan maestros que los enseñen, porque de una consideracion que les apunte el doctor sacan ellos cien consecuencias, y se les hincha la boca de ciencia y saber. Deduce luego de estas consideraciones la clase de trabajos intelectuales á que cada uno de estos injenios debe dedicarse.

En el capítulo 9.º *espone algunas dudas y argumentos contra la doctrina del capítulo pasado.*

En el capítulo 10 *da á cada diferencia de injenio la ciencia que le corresponde en particular, y le quita la que le es repugnante y contraria.* Quiere probar el autor que cada potencia intelectual corresponde á una ciencia. Las que se adquieren por la memoria dice que son el estudio de las lenguas, la teoría de la jurisprudencia, la teología positiva, la cosmografía y la aritmética. Las que pertenecen al entendimiento son la teología escolástica, la teoría de la medicina, la dialéctica, la filosofía natural, la práctica de la jurisprudencia, y las correspondientes á la imaginacion, entendiendo por esta, la sagacidad y penetracion, la poesía, elocuencia, música, la práctica de la medicina, matemáticas, astrología, el arte de gobernar la república, el militar, el de la pintura, etc. Con este motivo trae la opinion de Galeno, que decia *que el verdadero médico era inventor de la ocasion*, sobre lo que entra en particularidades bastante interesantes, estendiéndose en los capítulos siguientes sobre las diferencias de injenios que requieren las artes y destinos públicos.

En el capítulo 11 *prueba que la elocuencia y policía en hablar no puede estar en los hombres de grande entendimiento.* Impugna el sentir del vulgo que reputa por hombres sábios y prudentes á todos los que hablan con grande elocuencia, cuando esta no es mas que la combinacion de una buena memoria é imaginativa, corroborando su opinion con el testimonio de algunos sábios varones, como Sócrates, Platon, Hipócrates, etc., que fueron de sublime entendimiento, y apenas sabian hablar ni aun escribir con ornamento, y criticando al mismo tiempo tanto á los predicadores como á ciertos escritores, que por aglomerar un fárrago de testos, haciendo ostentacion de sus conocimientos en hebreo, griego, latin, etc., se juzgaban hombres científicos y aptos para comentar las escrituras, cuando todo ello no era obra del entendimiento, sino puramente de la memoria.

En el capítulo 12 *prueba que la teoría de la teología pertenece al entendimiento, y que el predicar es su práctica.* «Pro-

»blema es, dice el autor, muy preguntado no solamente de la »gente docta y sábia, pero aun de los hombres vulgares, cuál »sea la razon y causa por qué siendo un teólogo grande hom»bre de escuelas, en disputar agudo, en responder fácil, en »escribir y leer de admirable doctrina; subido en un púlpito »no sabe predicar; y por el contrario en saliendo galano pre»dicador, elocuente, gracioso, y que se lleva la gente tras sí »por maravilla, sabe mucha teología escolástica....... ningu»no hasta ahora ha podido responder á esta pregunta mas de »lo ordinario, que es atribuirlo todo á Dios y á la distribucion »de sus gracias.....» La respuesta de esta duda, aunque consignada en el capítulo anterior, la reproduce diciendo, «que »la teología escolástica pertenece al entendimiento, y la predi»cacion á la imaginativa.» Despues nos presenta las cualidades que debe tener un buen predicador. Mas adelante señala la suerte de injenio que ha de ofrecer aquel á quien se trata de confiar el oficio de la predicacion, que es en su concepto el que reuna un grande entendimiento con mucha imaginativa y memoria; infiriendo que los temperamentos melancólicos, aun cuando faltos de memoria, son los mas adecuados para dedicarse á la oratoria. «Las señales, continúa, con que se co»nocen los hombres que son de este temperamento son muy »manifiestas; tienen el color del rostro verdinegro ó cenizo»so, los ojos muy encendidos, el cabello negro y calvo, las »carnes pocas, ásperas y llenas de vello, las venas muy anchas: »son ademas de muy buena conversacion y afables, pero luju»riosos, soberbios, altivos, renegadores, astutos, doblados, »injuriosos, amigos de hacer mal, y vengativos. Esto se ha de »entender, añade, cuando la melancolía se enciende, pero si se »enfria, luego nacen en ellos las virtudes contrarias, etc.»

En el capítulo 13 *prueba que la teoría de las leyes pertenece á la memoria, y el abogar y juzgar que es su práctica al entendimiento, y el gobernar una república á la imaginativa.* Despues de esplicar lo que debe entenderse por ley, las cualidades de un buen legislador, y las causas final y material de aquella, dice: que siendo ella el medio para procurar el bien y la paz de la sociedad, debia escribirse con palabras

claras, no equívocas ni oscuras, ni de varios sentidos sin cifras ni abreviaturas, y tan manifiestas y patentes, que cualquiera que las leyese pueda fácilmente entenderlas y retenerlas en la memoria. Que el abogado no debe meterse en juzgar si la ley es ó no justa, sino atenerse á la letra, por lo que se le nombra *letrado*, esto es, á la *letra-dado*. Luego si el abogado ha de sujetar su entendimiento é imaginativa á seguir lo que dice la ley sin quitar ni poner nada de suyo, solo á la memoria ha de pertenecer el estudio de las leyes: luego es mejor que el legista tenga mucha memoria y poco entendimiento, que no mucho entendimiento y poca memoria. Despues señala las diferencias que hay entre el letrado y el legislador, diciendo que este último debe tener poca memoria y mucho entendimiento, porque debiendo hacer las leyes, debia tener unos conocimientos muy estensos de las necesidades del hombre en sociedad, como tambien del bien y el mal que puedan producir las leyes que establezca.

En el capítulo 14 *prueba que la teoría de la medicina, parte de ella pertenece á la memoria, y parte al entendimiento, y la práctica á la imaginativa.* «En el tiempo que la me»dicina de los árabes floreció, dice Huarte, hubo en ella un »médico grandemente afamado, asi en leer como en escribir, »argumentar, distinguir, y responder y concluir, del cual se »tenia entendido, atento á su gran habilidad, que habia de »resucitar los muertos, y sanar cualquiera enfermedad, y »aconteciale tan al revés, que no tomaba enfermo en las ma»nos que no le echase á perder. De lo cual corrido y afrenta»do se vino á meter fraile.... ¿Por qué razon, pues, los médi»cos muy letrados, aunque se ejerciten toda la vida en curar, »jamás salen con la práctica, y otros idiotas con tres ó cua»tro reglas de medicina que aprendieron en las escuelas en »menos tiempo saben mejor curar?» Antes de contestar á esta pregunta dice que «en dos cosas consiste la perfeccion del »médico, la primera saber por reglas y preceptos curar al »hombre en comun, sin descender en particular; la segunda »haberse ejercitado mucho tiempo en curar y conocer por »vista de ojos gran número de enfermos, porque los hombres

»no son tan diferentes entre sí que no convengan en muchas »cosas, ni tan unos que no haya entre ellos particularidades »de tal condicion, que ni se pueden decir, ni escribir, ni en»señar, ni recojerlas de tal manera que se puedan reducir á »arte.......» «De lo cual se infieren necesariamente dos con»clusiones: la primera que cada hombre que enferma se ha »de curar conforme á su particular proporcion; la segunda »que para hacer esto como conviene es necesario que el mé»dico haya visto y tratado al enfermo muchas veces en sani»dad.......» «Para lo primero es necesario el entendimiento, »y para lo otro memoria, y como sea tan dificultoso juntar »estas dos potencias en grado intenso, por fuerza ha de que»dar el médico falto de una..........» «Y que la imaginacion »sea la potencia de que el médico se aprovecha en el conoci»miento y cura de los particulares, y no el entendimiento, »es cosa muy fácil de probar, porque el entendimiento no »puede conocer los singulares ni diferenciar uno de otro, »ni conocer el tiempo y lugar, ni otras particularidades »que hacen diferir los hombres entre sí, y curarse cada uno »de diferente manera.............» «La imaginativa, conti»núa mas adelante, es la que hace el juicio y conocimiento de »las cosas particulares, y no el entendimiento ni los sentidos »esteriores; de donde se sigue que el médico que supiere mu»cha teórica, ó por tener grande entendimiento ó mucha me»moria, será por fuerza ruin práctico, por la falta que ha de »tener de imaginativa; y por lo contrario el que saliere gran »práctico forzosamente ha de ser ruin teórico, porque la mu»cha imaginativa no se puede juntar con mucho entendimien»to y memoria; y esta es la causa por donde ninguno puede »salir muy consumado en la medicina, ni dejar de errar en las »curas.........» Propone luego una dificultad, y es «¿cómo »pueden los médicos de grande imaginacion aprender el arte »de medicina, siendo faltos de entendimiento? y si es verdad »que curan mejor que los que saben muy bien, ¿de qué sirve ir »á las escuelas á estudiar?» A esto responde que «era muy »importante saber primero el arte, porque en dos ó tres años »aprende el hombre todo lo que alcanzaron los antiguos en

»dos mil, y si el hombre lo hubiera de adquirir por esperien-»cia, habia menester vivir tres mil años, y esperimentando »las medicinas mataria primero, antes que supiera sus cali-»dades, infinitos hombres, todo lo cual se escusa leyendo los »libros de los médicos esperimentados, etc., etc.....»

En el capítulo 15 *declara á qué diferencia de habilidad pertenece el arte militar, y con qué señales se ha de conocer el hombre que alcanzare esta manera de ingenio.* «La mali-»cia, dice el autor, y la milicia casi convienen en el mismo »nombre, y tienen tambien la misma definicion, porque tro-»cando la *a* por la *i* de malicia se hace milicia, y de milicia »malicia con facilidad. Cuáles sean las propiedades y naturale-»za de la malicia tráelas Ciceron diciendo: *malitia est versa-»ta et falax nocendi ratio*.......» «De la misma manera en la »guerra no se trata de otra cosa mas de cómo ofenderán al »enemigo, y se ampararán de sus asechanzas. Asi la mejor »propiedad que puede tener un general es ser malicioso con »el enemigo, y no echar ningun movimiento suyo á buen fin, »sino al peor que pudiere, siguiendo para ello el consejo del »eclesiástico *non credas inimico tuo in æternum, etc*.....» Por esta razon el capitan debe tener una imaginativa adivinadora que sepa conocer los engaños que vienen debajo de alguna cubierta..... «Pero el entendimiento, añade, es tan imperti-nente en todas las maquinaciones como los oidos para ver.» No duda decir que el arte militar pertenece á la imaginativa; pero la diferencia de esta facultad que corresponde al ejerci-cio de la guerra, asegura ser, no la que hace al general va-liente y atrevido peleando á cureña rasa, ordenando una ba-talla campal y rompiendo á su enemigo, sino lo que con ar-dides y mañas le destruye sin que le cueste un soldado....... Despues analiza cada una de las propiedades y circunstancias que debe tener un buen general, compara el juego del ajedrez al arte militar, representando en él todos los pasos y contem-placiones de la guerra, y diciendo «que asi como en este »juego no hay fortuna ni se puede llamar dichoso al jugador »que vence á su contrario, ni al vencido desdichado, asi tam-»bien el capitan que venciere se ha de llamar sábio, y el ven-

»cido ignorante, no dichoso ó mal afortunado, etc., etc., etc.»

En el capítulo 16 *declara á qué diferencia de habilidad pertenece el oficio de rey, y qué señales ha de tener el que tuviere esta manera de ingenio.* Asegura Huarte que asi como el oficio de rey escede á todas las artes del mundo, de la misma manera pedia la mayor diferencia de ingenio que naturaleza puede hacer. La primera propiedad de un rey, dice, que ha de ser la sabiduría, y segunda la prudencia, discurriendo largamente sobre las señales que dan á conocer esta virtud. La tercera propiedad es la de tener memoria; la cuarta imaginativa, y por último un gran entendimiento; estendiéndose mucho sobre cada una de estas propiedades, y asegurando que ademas de todas ellas era necesaria una asistencia particular de la divinidad, para que pueda un rey gobernar su estado y mantenerlo en paz y concordia, etc., etc., etc.

Hácia el fin de la obra en el capítulo 17 y siguientes trata *de las dilijencias que deben emplear los padres para hacer que nazcan los hijos ingeniosos y sabios.* Huarte es de opinion que la imperfeccion de los hombres no consiste precisamente en la naturaleza, sino en la diferencia de los temperamentos de sus padres; asi quisiera que los casamientos se hicieran fisiológicamente, es decir, que el hombre que se hubiese de casar lo efectuase con mujer cuyo temperamento le correspondiese. Examina despues los elementos, y de qué modo entran en el vientre de la mujer para formar la criatura; espone las dilijencias que se han de hacer para que salgan varones y no hembras, y los preceptos higiénicos que se han de guardar, aconsejando el uso de las carnes, y principalmente la de caza, y el pan de flor de harina; y concluye con algunos pormenores sobre los medios que se han de emplear para que los hijos salgan ingeniosos y sabios, y para conservarles el injenio despues de nacidos.

He aquí el analísis de la obra de Huarte, por el cual se puede juzgar que si bien el autor conoció algunas verdades, y supo atrevidamente publicarlas en su época; tambien escribió muchas paradojas, que nunca llegarán á ser mas que un bello entretenimiento científico. Sin embargo, en medio de todo

debe considerarse como un autor de ingenio perspicaz, independiente y filosófico, un hombre lleno de ciencia y de ideas originales, y de un espíritu valiente, que supo arrostrar las preocupaciones de su siglo, y tratar con libertad filosófica sobre puntos verdaderamento espinosos en la época en que escribió.

PEDRO VAEZ.

Portugués, natural de Covilhaon: estudió la medicina al parecer en la Universidad de Salamanca, en donde se graduó de doctor, habiéndose establecido de médico titular en la ciudad de Avila, pasando despues á Barcelona con el carácter de facultativo de cámara del duque de Maqueda, Virey del principado de Cataluña.

Las obras que escribió son las siguientes:

1. *Commentarius medicus multa rei medicæ sub-obscura lucidans, et à plurimis neotericorum calumniis probatæ doctrinæ autores defendens: accedit etiam medicamentorum compendium primatum obtinentium ad varias affectiones, ex clasicis auctoribus, Petro Vaezio Lusitano medico auctore.* Madrid, por Alfonso Gomez, 1576, en 4.º

Está dedicada á Don Enrique de Avila, descendiente de los señores de los pueblos de Villatoro y Navamorcuende.

Al principio se halla el siguiente epígrama anónimo en su alabanza y la del autor.

Fama volat, quamquam nimium secreta lateret,
Venit ad hos ipsos musa pudica libros.
Et si te minimum rebare, humilisque tacebas:
Dante Deo, tandem scribis, ecce micas.
En medica vernant, maioraque robora sumumt:
Sed magis hoc opere jam recreata tuo.
Quod propie divina flammatum luce corusca
Splendet, et in tenebris, lucet ut ipsa dies.
Ergó patris docti non ultima gloria, decus
Sit, patriæ autor hic erit primus suæ.

Esta obra no es otra cosa sino el comento de noventa y una

cuestiones curiosas en sí mismas, ya de medicina práctica, ya de higiene, ya de terapéutica, en las que hace el autor referencia de las opiniones de los griegos y árabes, finalizando con un pequeño recetario de los mas usuales medicamentos de su tiempo, que aconseja para ciertas y determinadas dolencias.

2. *Petri Vaezi Lusitani, excellentissimi principis ducis Machedæ et pro regis Cathaloniæ medici, apologia medicinalis. Accedunt egregiæ censuræ, de venæ sectione in febribus putridis, et curatione puncticularis: duæque medicinales epistolæ apprime utiles eodem autore.* Barcelona, por Sebastian Cormellas, 1593, en 8.º

Está dedicada al referido duque de Maqueda. Trata en ella, aunque sucintamente, de la lue venérea, y de su remedio el mercurio; de la frenitis, de los vértigos, la epilepsia, melancolía, apoplegía, pleurítis, empiema, palpitaciones de corazon, afecciones del estómago, diarrea, disenteria, hidropesía y litiasis, destinando los dos últimos capítulos á manifestar mas estensamente el cuándo y cuánto se ha de sangrar en las calenturas pútridas, y el método curativo que ha de emplearse en la fiebre punticular ó tabardillo. Defiende á Galeno contra Argenterio, y á nuestro Valles, contra Pedro Pablo Pereda. Reprueba los medicamentos astringentes y alexifármacos en la fiebre petequial, y aconseja las sangrías y atemperantes para combatir las obstrucciones, concluyendo la obra con una epístola dirigida á su hermano Pedro Vaez, tambien portugués, y doctor en medicina, sobre el temperamento y las fiebres.

3. *Apologia contra praxim Donati Antonii ab Altomari.* Madrid, por Diego Lopez, 1582, 8.º

4. *De scopiis mittendi sanguinem librum* 1. Valencia, por Pedro Patricio Mey, 1601, en 8.º

5. *De epidemia pestilenti lib.* Valencia, por el referido Mey, 1601, en 8.º

Don Nicolás Antonio hace mencion de estas tres últimas obras, que en mi concepto no son sino capítulos de la precedente.

Francisco Micon.

Nació en la antigua Usona, hoy Vich, á 28 de mayo de 1528. Estudió la medicina en la Universidad de Salamanca, siendo discípulo del famoso catedrático de aquella escuela el doctor Alderete, y llegó á ser uno de los médicos mas ilustrados del siglo XVI. Habiéndose dedicado al ameno y delicioso estudio de la botánica, halló varias y curiosas plantas en muchas partes del principado, y herborizó tambien en Castilla y Estremadura, particularmente en las sierras de Guadalupe. Dibujó muchas plantas que dió á conocer al célebre Delecampio, siendo una de ellas la desconocida y hermosa que este denominó *Miconia*, y Lineo despues, *Verbascum Miconi*, vulgo *yerba tosera*. Incluyóla Delecampio en su historia natural, impresa en Leon de Francia, año 1587, en cuya obra, ademas de presentarla como perteneciente á Micon, le elogia con entusiasmo por su descubrimiento. Asi que, la memoria y fama de nuestro catalan se han conservado hasta nuestros dias, y serán eternas, á pesar del empeño que en destruirlas ha manifestado el francés Richard, cambiando inconsideradamente el nombre de la planta *Miconia, ó Verbascum Miconi*, con el de *Ramonda pirenaica ó Ramondia*, para dedicarla tambien á su compatriota Ramond. Mas bien cara ha pagado su injusticia, porque Decandolle ha demostrado claramente la referida usurpacion.

Escribió Micon una obrita que tituló:

Alivio de sedientos, en el cual se trata la necesidad que tenemos de beber frio y refrescado con nieve, y las condiciones que para esto son menester, y cuáles cuerpos lo pueden libremente soportar. Barcelona, por Diego Galvan, 1576, en 8.º
Idem, por Mateo Barceló, 1792, en 8.º

La primera edicion de esta obra se halla dedicada á Don Juan de Austria, y le movió á escribirla la ocasion de preguntar este príncipe, pasando por Barcelona, al doctor Gregorio Mamera, su médico de cámara, si era bueno beber ó no con nieve. Dice que es muy antiguo el uso de beber agua fria; refiere

los diferentes medios é invenciones de que se han valido para refrescarla, y afirma que la mejor es la enfriada con nieve: habla de esta, y dice que se adquiere deleite con semejante bebida; que la recibe bien el estómago; ayuda á la digestion; quita la sed; escita el apetito; preserva de la putrefaccion y la peste; impide la produccion de piedras en los riñones, y la embriaguez; provoca á plácido sueño; se opone al flujo de cámaras, y cura calenturas ardientes y otros males (1).

En la última impresion dice el editor: «habiéndose he»cho ya bastante rara la primera, se reimprime ahora asi por »probar con abundante y selecta doctrina de los antiguos lo »saludable y provechoso que es el oportuno uso de la nieve, »como por traer muchas y varias cuestiones á propósito, docta y »curiosamente tratadas.» El mismo editor añade: «las alaban»zas que dieron á esta obrita, asi el erudito caballero barce»lonés Francisco Calza, contemporáneo del autor, como otros »célebres literatos del siglo XVI, será siempre un raro testi»monio de su verdadera estimacion y utilidad. En el presente »siglo, en que va reviviendo el esquisito gusto de aquel, revi»ve tambien en cierto modo el egregio doctor Don Francisco »Micon.»

Esta obrita es digna de leerse, no solo por la erudicion que contiene, sino por las juiciosas y sólidas ideas prácticas que encierra. No se manifiesta Micon encaprichado por el uso del agua de nieve, señala á qué temperamentos conviene, y á cuáles perjudica: emplea el agua tibia y caliente en algunos males, y esplica la base de su pensamiento en el primer capítulo de su libro, donde trata *de la composicion del hombre, qué principios tiene, cómo se hace, y cómo de cada dia se para seco, y por eso la necesidad que tenemos de beber para reparar esta sequedad.*

---

(1) Fernando Cardoso, de quien ya hemos hablado, y que escribió sobre el mismo objeto, debió tener presente la obra de este médico catalan, cuando se ocupó del propio asunto.

Pedro Lopez.

Natural de la villa de Madrigal de las Torres, en Castilla la Vieja. Estudió la medicina en la Universidad de Valladolid, y habiendo recibido el grado de doctor, llegó á ser médico del emperador Cárlos V, y de su hijo Felipe II. A pesar de que no dió á luz tratado alguno de medicina, merece particular mencion, por haber fundado el colegio de la Asuncion de nuestra señora en la ciudad de Córdoba, donde residia, con el objeto de educar, y dar carrera á estudiantes pobres. Formó por sí mismo en 1576 unas constituciones para el arreglo y direccion de este colegio, que despues reformaron los padres de la compañía de Jesus de dicha ciudad de Córdoba, por haberlos dejado el fundador, Superintendentes de su benéfico establecimiento.

Hizo la mencionada fundacion por consejo del M. Juan de Avila, á quien tuvo por padre espiritual, habiendo destinado su hacienda para tan piadoso fin, y alcanzado al efecto bula de S. S. Gregorio XIII en 1588. Le ayudó en esta obra el licenciado Pedro Bujedà, varon de muy loables costumbres.

Matias Narvaez Cuerve-cuercu.

Natural del antiguo reino de Aragon, aunque no se sabe de qué pueblo. Fué hábil médico y cirujano, y buen anatómico. Escribió: *Silva sententiarum ad chirurgiam pertinentium ex libris Hippocratis in studiosorum utilitatem desumta, et nova quœdam instrumentorum genera, quorum usus in curandis capitis vulneribus necessarius.* Amberes, por Teodoro Lindano, 1576, en 8.º, y 1634.

Este libro es un compendio de la mayor parte de los pasages de las obras de Hipócrates, principalmente del libro de *vulneribus capitis*: todo él consta de las máximas del griego relativas á las heridas de cabeza; pero lo mas particular que contiene son las noticias que da de los instrumentos quirúrgicos reformados por él, cuya utilidad y finura han elogiado muchos y muy doctos cirujanos.

Esta obra es bastante rara, y ninguno de nuestros bibliógrafos hace mencion de ella. Está adornada con cinco láminas que representan varios instrumentos, principalmente una reforma del trépano. El autor la dedicó al ilustrísimo Julian Romero, caballero del hábito de Santiago, maestro y consiliario de los hospitales de Bélgica. Es de inferir que Narvaez fuese médico militar; pero nada se sabe con respecto á su vida.

Alonso Diez Daza.

Natural de Caracena (1), y no de Sevilla, como equivocadamente se dice en el diccionario de Ballano: estudió la medicina en la Universidad de Salamanca, siendo su maestro el célebre Alderete. Ejerció la profesion con lucimiento en Sevilla, y nos dejó las obras siguientes:

1. *Libri tres de ratione cognoscendi causas et signa tam in prospera quam adversa valetudine urinarum, deque earum veris judicis et prænuntiationibus etc. nonnulla tandem de febribus et diebus decretoriis.* Sevilla, por Alonso de la Barrera, 1577, en 4.º

Hubo un tiempo en que se dió tanta importancia á la orina de los enfermos, que se creia que solo por su color, olor, sabor, nubécula, suspenso y sedimento se podia, no solo conocer á fondo la naturaleza íntima de los males, sino predecir tambien hasta la preñez de las mujeres. Asi que no es estraño que nuestro Daza escribiese sobre un punto que tanto llamaba entonces la atencion de todos los prácticos, desempeñándolo de un modo digno de sus conocimientos.

Estos signos, que no son despreciables en muchas dolencias, pero que han de estar unidos al síndrome ó conjunto de los que las caracterizan, son falaces y de ningun valor, cuando se les considera solos y aislados; pudiéndose decir lo mismo de todos los demas.

2. *Libro de los provechos y daños que provienen con la sola*

---

(1) Libro de daños y provechos del agua, fólio 19.

bebida del agua: cómo se deba escojer la mejor, y rectificar la que no es tal, y cómo se ha de beber frio en tiempo de calor sin que haga daño. Sevilla, por Alonso de la Barrera, 1576, en 8.º

He leido esta obrita que consta de 124 fólios, en donde el autor no considera al agua del Tormes muy beneficiosa para la salud, pues dice ser muy fria por tener su orígen este rio en sierras cubiertas la mayor parte del año de nieve, que al deshacerse se mezcla con su manantial, añadiendo que por lo mismo padecen los que las beben, principalmente los viejos, de arenas y de piedra. En este escrito de Daza se hallan reglas higiénicas muy provechosas sobre este indispensable y benéfico líquido.

Hay en esta obra un epígrama del doctor Antonio Abraham de Gracua, catedrático de la Universidad de Sevilla, en alabanza del autor y de su obra.

3. *Avisos y documentos para la preservacion y cura de la peste.* Sevilla, por Clemente Hidalgo, 1599, en 4.º

Este docto escrito de Daza es uno de los mejores tratados que se publicaron en aquella época sobre la peste que afligió á Sevilla en el referido año de 1599; por lo tanto es digno de ser leido.

Tambien desempeñó á satisfaccion del licenciado Martin Perez de Bernuy, oidor de la audiencia de Sevilla, la comision que se le dió, en union de otros cinco profesores de los de mas crédito de aquella ciudad, de informar sobre el reconocimiento y recibo de los enfermos leprosos en el hospital de San Lázaro. De su dictámen se sirven y han servido los médicos y cirujanos titulares de dicho hospital, con el referido objeto.

Tambien fundó Daza en Sevilla capellanías y obras pias, de las que es patrono el ilustrísimo cabildo de su iglesia patriarcal.

GERÓNIMO GUDIEL.

Catedrático de medicina de la Universidad de Alcalá de Henares y de la de Osuna, adonde lo llevó el fundador de la

misma Don Pedro Jiron, duque del propio título, el año 1552. Gozó grande crédito en su profesion, y aun cuando no escribió obra alguna de medicina, dió á la prensa: «*Compendio de »algunas historias de España donde se tratan muchas anti»güedades dignas de memoria, y especialmente se da noticia »de la antigua familia de los Girones, y de otros muchos li»najes, dirigido al excelentísimo señor Don Pedro Giron, »cuarto de este nombre, duque primero de Osuna, y quinto »de Ureña.*» En Alcalá, 1577, un tomo en fólio. Al frente de esta obra se hallan unos versos del licenciado Don Juan de Vergara, médico en Alcalá, en elogio del doctor Gudiel.

Es obra curiosa, y escrita en buen lenguaje. Asegura que la escribió en unas vacaciones para que le sirviese de alivio y descanso del trabajo que le proporcionaba el desempeño de su cátedra, y que en ella se habia propuesto el objeto que señala su título, en justa gratitud de las *largas y magníficas mercedes* que habia recibido de los duques de Osuna. Es digno de trasladarse aquí lo que dice en el prólogo. «La claridad »antigua del linage, aunque no es tan gran bien que deba el »hombre cristiano ó prudente poner en él todo el caudal de »su gloria; pero no es tan pequeño que no deba ser estimado »como don raro y particular, y que á todos los hombres no es »concedido. Sola la virtud es el bien de que el hombre sabio »y discreto debe gloriarse como joya y tesoro inestimable, »pues ella es la que hermosea el alma, y lo hace señor de sí »mismo, refrenando la furia de las pasiones que de sí lo ena»genan, y por tanto digno de admiracion y estima entre mu»chos, y aventajado de todos los otros, á quienes el vicio tie»ne abatidos. Pero, aunque esto y mucho mas se deba á toda »virtud, es tanto lo debido á aquella que de todo punto se em»plea en el bien y aprovechamiento comun, en la paz y gobier»no de la república, en la defensa y amparo suyo, en la resis»tencia y espulsion de los enemigos, en la ampliacion de »los términos con efusion de sangre y peligro de la propia vi»da; que no sabe el mundo qué muestras dar dè recompensa »y agràdecimiento, sino con loores eternos y perpétuas ala»banzas, para cuya significacion se inventaron las inscripcio-

»nes, estátuas y colosos, y finalmente la inmortal y clara no»ticia en todos los descendientes. Esta es aquella tan podero»sa y aventajada virtud, que con su grandeza y resplandor »hizo la diferencia de los linajes de los hombres, pues siendo »todos hijos de unos primeros padres, y criados por la mano »de Dios de una misma masa, levantó los unos á gloria, alte»za y mando, y dejó los otros oscuros, bajos y sujetos.»

Cristóbal Acosta.

Este médico, oriundo de Africa, y que fué titular de la ciudad de Burgos, sediento de indagar los secretos de la naturaleza, dice que pudo tanto en él la sentencia del filósofo, *que todos los hombres desean saber*, que le obligó á dejar su patria y peregrinar, como lo hizo por las Indias, China y Persia, para ver en estas regiones la diversidad de plantas que Dios habia criado para la salud humana. Hallándose en las Indias Orientales tuvo la suerte de encontrar allí al médico portugués García de Orta, quien le enseñó la obra que habia compuesto en forma de coloquios, sobre los simples y drogas de las Indias; y la emulacion le obligó á trabajar, la que imprimió en Burgos, en una hermosa edicion hecha por Martin de Vitoria, en la cual dá á conocer varios minerales y plantas nuevas, descubiertas en Asia, Africa y América, y su utilidad en medicina. Su título es: *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales, con sus plantas dibujadas al vivo, etc.* Burgos, por Martin de Vitoria, impresor de S. M., 1578, en 4.º: traducido al italiano, é impreso en Venecia en 1585.

Los que cotejen los diálogos de García de Orta y la obra del médico de Burgos, verán la superioridad de la de este, y que es cierto lo que dijo el catedrático de retórica de Salamanca Juan Costa: que aunque se debia mucho en esta materia á la diligencia del doctor García de Orta, que la trabajó con mucha curiosidad, habiendo conferido su obra con esta, la halló tan otra, como lo podria ver cualquiera si hiciere lo mismo, pudiéndose decir que Orta solo dibujó las primeras líneas, y

que Acosta puso los vivos colores, pues llevó á su perfeccion las que él habia comenzado.

En efecto, la obra del médico de Castilla tiene el mérito de las láminas, que él mismo dibujó en las diferentes regiones por donde hizo sus viajes, y las cuales, aunque de madera, están muy exactas. Se conoce la moderacion y desconfianza que tenia Acosta al publicar su obra, cuando el referido catedrático de retórica dice: «que el autor tenia el recelo que tienen los hombres comedidos y considerados que »quieren antes ganarse por cobardes en sus designios, que »perderse en ellos de atrevidos.» Y añade: «Parecióme tan »mal su encogimiento para la publicacion de su obra, que le »importuné, fatigué, molí y forcé á que venciendo al temor »su buen celo, quebrase ese yelo y depositase en las manos »del lector la limpieza de su intencion.»

Al principio de este libro se halla el retrato del autor con varios epígramas latinos dirigidos á su loor, y un diálogo en metros castellanos entre la *Fortuna* y la *Fama*, por el bachiller Alonso Gonzalez de la Torre.

Está dedicada al ilustre senado de la ciudad de Burgos, ó sea al ayuntamiento de ella.

En el prólogo encomia al doctor García de Orta, á quien denomina varon grave, de raro y peregrino injenio, cuyos loores, dice, dejaba para mejor ocasion, por ser tantos, que cuando pensase haber dicho muchos, serian mas los que callaria.

Mas adelante, en el mismo prólogo, ocupándose de su obra, dice: «Y cierto no me ha movido á tomar este trabajo »alguna vanagloria de querer ser tenido por docto, ó que se »me dé por esta via mas de lo que en mí cabe y merezco, pues »solo ha sido mi fin desearte servir con sana y entera volun»tad. Y tengo por cierto, que si en esta obra no loas el pro»vecho, á lo menos tendrás por buena la diligencia, y por ho»nesto el trabajo, no reprobando el ánimo con que he procu»rado (peregrinando tantas y tan diversas tierras) ver con mis »ojos lo que otros de solo oidas escribieron. Y conozco que »pudiera esto escribirse en estilo mas elegante, pero precio

»mas decir verdades ciertas que palabras limadas; y asi te »ruego rescibas mi deseo en la cuenta que debes, y no mires »al pequeño volúmen de esta obra, que aunque paresce pe- »queña en cantidad, su calidad es grande.....» Al fin del referido prólogo hace la siguiente oferta. «Y si asi lo hicieres »procuraré ofrescerte *otro tratado mayor y mas copioso, con »el resto de las mas de las yerbas, plantas, frutos, aves y »animales, asi terrenos como aguátiles, que en aquellas par- »tes y en la Persia y en la China hay, no dibujados al natu- »ral hasta agora, y muy poco de ellos escripto, con otras par- »ticularidades y cosas curiosas que te darán mas contento.»* Y á la pág. 448 añade..... «de las drogas medicinales que de »aquellas partes se traen á Europa, el doctísimo doctor Orta »con curiosidad y diligencia escribió. Él lo hizo mas por re- »laciones; yo por vista de mis ojos, por las pintar y sacar al »vivo con mis manos, en las propias tierras donde las hay, »cogiéndolas á costa de mi libertad y sangre, por mas en la »verdad poder escribir, asi este como el otro libro que entre »manos me queda, en el cual espero mostrar el resto de to- »das las medicinas, plantas, aves y animales que en aquellas »tierras hay (1).»

Las sustancias de que trata en esta obra son las siguientes:

De la canela.—De la pimienta.—De los clavos.—De la nuez moscada.—De la macer.—Del pavate.—De la galanga.—Del tamarindo.—De la higuera de las Indias.—Del palo de la China.—De la datura.—De la avellana índica.—De la palma y de su fruto.—De los cocos contraveneno.—De las manzanas de la India.—Del lacre.—De la cañafístola.—De las cubebas.—Del folio indo.—Del cate.—De la piedra bezoar.—De los sándalos.—Del spicanardi.—Del schinantho.—Del acíbar.—Del ambar.—Del árbol triste.—Del amomo.—De los duriones.—Del anacardo.—De la yerba viva.—De la yerba mimosa.—De la canfora.—De las carambo-

(1) ¡Doloroso es que Acosta no publicase obra tan curiosa, como hubiera sido la que prometió!

las.—Del azafran de las Indias.—Del gengibre.—De la Yaca.—De los yamboloins.—De los yambos.—De las yangocomas.—De los mirabolanos.—Del negundo.—Del nimbo.—Del reobárbaro.—De los ámbares.—Del spodio.—Del turbit.—De los piñones de Malacu.—De las mangas.—De los charameis.—Del cayus.—De la yerba de Malacu.—Del palo de Malacu.—Del palo de culebra.—De la moringa.—Del ananas brabo.—Del ananas.—Del sargazo.—Del carcapuli.—Del bangue.—Del asafétida.—Del calamo aromático.—Del cardamo.—Del costo.—De la manna.—Del añil.—Del opio (1).

---

(1) Al hablar de esta sustancia y de las diferentes clases de opio que en aquellos paises se conocian, trae una observacion muy curiosa, y que seria utilísimo comprobar actualmente, es decir: *si el uso moderado del vino es un antídoto contra los efectos perjudiciales del abuso del opio.* A la pág. 412 dice á este propósito..... «*No lo pue-»den dejar* (el opio) *sin grande riesgo de la vida, la cual les falta »en faltándoles el opio, si con buen vino puro en lugar del opio no »les socorren....* Lo cual supe acaso de un discreto y sábio turco á su »guisa, natural de Aden, quien (navegando yo por la mar de la In-»dia en demanda del Cabo de Buena Esperanza en una nave, en la »que el pobre turco, con otros turcos y persios, y árabes, venian cap-»tivos para Portugal, y de algun opio que escondido traian susten-»tándose, del cual por ser poco tomaban como por medicina), me dijo »que si no le daba opio, no viviria dos dias: y no lo habiendo para se »lo dar, me dijo el dicho turco, que pues en aquella nave yo tenia »cargo de curar á los enfermos y socorrer á los mezquinos, que su-»piese, sino le daba opio, que él y todos sus compañeros habian de »morir por el contino uso que de su puericia tenian de lo comer: y »al fin no lo habiendo me dijo, que si á todos estos hombres vezados »al opio, les diese cada mañana un trago de vino puro, y acrescen-»tando la cantidad, se lo fuese dando entre dia, que todos se escapa-»rian de la muerte por la falta del opio. Y que supiese, que solo este »remedio habia para les quitar el uso, y falta de él: aunque era re-»medio para ellos muy duro y enojoso, por ser contra su ley; mas que »pues necesidad de la vida tanto les constreñia que era por fuerza su-»frirlo. Y asi yo les fui dando el vino por la órden de dicho turco, y »ninguno de ellos murió, y antes de un mes no quisieron el vino, y »no les hizo daño la falta de opio: y acometiéndoles por veces con »vino, y tentándoles con un poco de opio que yo tenia en la botica,

Trae Acosta la sinonimia de cada una de las plantas y sustancias de que acabamos de hacer mencion, de modo que puede decirse estaba instruido en varios idiomas y diversos dialectos. Nos presenta el nombre latino, castellano, portugués, chino, árabe, turco, y el que le daban en los diferentes paises que habia recorrido, como Malabar, Canarin, Decanin, Cochin, Cranganon, Coulaon, Tanor, Persia, etc. Asi que la obra de Acosta es curiosa é instructiva aun hoy dia.

En seguida hace la descripcion botánica segun el método de aquel tiempo: manifiesta que parte del vegetal ó sustancia que nombra es la medicinal, sus virtudes, dosis y modo de administrarla; precediendo á todo la lámina que la representa, como ya hemos dicho.

Maestre Alfonso Lopez de Hinojoso.

Natural de Castilla la Vieja: estudió la medicina en la Universidad de Valladolid, y á poco tiempo tomó el hábito de San Ignacio de Loyola, y se trasladó á Mégico, en donde escribió una obra titulada: *Suma y recopilacion de cirujía, con un arte para sangrar y examinar barberos.* Méjico, 1578, en 4.º

Esta obra se imprimió segunda vez con el mismo título, y añadida con: *un tratado sobre el orígen y nacimiento de los reumas y las enfermedades que de ellas proceden, con otras cosas muy provechosas para añadir al remedio de ellas, y de otras muchas enfermedades.* Méjico, por Pedro Balli, año de 1595, en 4.º

Esta última, que es la que tengo á la vista, está aprobada

»que en la nave llevaba para curar á los enfermos, ni opio ni vino »quisieron.... El ordinario uso que tienen de tomar cada dia del opio, »es de veinte granos hasta un dracma. Yo conoscí en el Malabar en »Tanor, un canacápola nayre, escribano de cámara del rey de Tanor, »muy discreto y vivo, y de grande habilidad y astucia, y nota, que »comia cada dia peso de cinco dracmas, y ante mí lo tomó.»

por el doctor Francisco Brabo, de quien ya hemos hablado. Este libro no es otra cosa sino un tratado de medicina doméstica, dividido en diez títulos.

El 1.º habla del reuma, en donde se halla un capítulo para saber como de resfriado se hace tabardete.

El 2.º es un pequeño compendio de anatomía.

El 3.º es de flebotomia y exámen de barberos.

El 4.º trata de apostemas de humores.

El 5.º de opilacion.

El 6.º de heridas.

El 7.º de fracturas y dislocaciones.

El 8.º de cocoliste y tabardete, cámaras de sangre, tercianas, y otras enfermedades.

El 9.º de la dificultad del parto, con cura para él.

Y el 10 de las enfermedades de los niños.

Es obra muy rara, como todas las que se imprimieron en aquellos paises en el siglo XVI.

Francisco Fernandez de Rajo y Gomez.

Natural de Orihuela de Albarracin, hijo de padres ilustres; se dedicó desde jóven al estudio de las humanidades; pasó á la Universidad de Valencia, donde se graduó de doctor en medicina, y obtuvo en ella una cátedra. Los grandes conocimientos de este médico, principalmente en astrología, le dieron mucho crédito, y tal vez por la nombradía que adquirió, le llamó Felipe II cerca de sí, nombrándole su médico de cámara y protomédico del reino de Aragon.

Imprimió una obra titulada: *De cometis et prodigiosis eorum portentis, libri quatuor.* Madrid, 1578, en 4.º

El autor trata en esta obra con bastante estension y copia de doctrina, sobre los cometas y sus efectos, defendiendo la astrología física. El médico cordobés Antonio Gonzalo Serrano, hace mencion de ella, y elogia al autor en su tratado de astronomía.

Gerónimo Jimenez.

Natural de Zaragoza, aunque al mencionarle Andrés Escoto en su Biblioteca Hispana, lo cree oriundo de Epila: fué uno de los primeros catedráticos que el señor Cerbuna nombró al formar la escuela de aquella ciudad. Escribió:

1. *Institutionum medicarum, libri quatuor, nunc primum in lucem editt. Hieronimo Ximeno Cæsaraugustano autore.* Epila, 1578, en fólio; idem, 1596, en 4.º Toledo, 1578, en fólio.

Esta obra contiene lo mas sólido que los médicos griegos, latinos y árabes supieron relativamente á la patologia general de las enfermedades, y lo que este aragonés habia comprobado y perfeccionado con su práctica y esperiencia. En razon de la propiedad y pureza de su lenguaje, creo deberle mirar como al *Cornelio Celso de los españoles.* Al terminar el prólogo de su obra «he preferido, dice, el modo de hablar, que ni pareciese humilde y bajo, ni ofendiese los oidos con una pomposidad desacostumbrada de palabras escojidas, y que al mismo tiempo no se hiciera oscuro por su demasiada cortedad, ni fastidioso con una vana estension de espresiones.»

Entre los artículos de esta obra que mas merecen leerse, se halla el del asiento de las enfermedades. En él verán los modernos que los médicos antiguos no se habian olvidado de los órganos ofendidos, sino que ademas dirijian su atencion sobre los agentes que ponian á estos en movimiento, y las relaciones simpáticas y asociacion que tenian con otros.

En el artículo que trata de los pulsos se estiende y pasa á manifestar las ideas sobre el ritmo, valiéndose de las notas de la solfa. Se detiene mucho en la ciencia del pronóstico y de las reglas para que el médico conozca el dia, y aun la hora en que ha de morir el enfermo, vertiendo sobre este punto mucha doctrina hipocrática.

Habla largamente de los remedios y modo de administrarlos; de la revulsion y derivacion, para cuya inteligencia hace preceder un capítulo sobre las venas, fundado en la antigua idea

de su nacimiento en el hígado, y termina en fin su obra hablando de la elefantiasis, para cuya curacion entre otros remedios aplicaba sanguijuelas al ano; como tambien de la anasarca, ictericia y lue venérea.

2. *Hippocratis de natura humana liber, Hieronimi Ximenez philosophiæ ac medicinæ Doctoris ejusdem que in academia Cæsaraugustana publici interpretis commentariis illustratus nunc primum in lucem editus.* Zaragoza, por Lorenzo Robles, 1589, en 8.º

Está aprobada por el doctor D. Bartolomé Foncalda, médico de Zaragoza, y dedicada á D. Pedro Cerbuna, obispo de Tarazona.

En el prefacio dá la definicion de la medicina y de su fin, y habla de su objeto y de las partes que la constituyen. Emplea despues 305 páginas en comentar el libro de *natura humana* de Hipócrates, en el que vierte una erudicion selecta en un lenguaje latino, correcto y elegante.

D. Nicolás Antonio dice imprimió Jimenez otro tratado titulado:

Cuestiones médicas, en fólio, sin año de impresion.

Alfonso de Jubera.

Boticario y vecino de Ocon, no de Ocaña (1), como lo hace Jourdan, ni médico, como dice D. Nicolás Antonio. Escribió una obra farmacéutica, titulada:

Dechado y reformacion de todas las medicinas compuestas usuales, con declaracion de todas las dudas en ellas contenidas, asi de los simples que en ellas entran y sucedáneos que por los dudosos se hayan de poner, como en el modo de las hazer. Valladolid, por Diego Fernandez de Córdoba, 1578, en 4.º

---

(1) En el prólogo, tomo I, pág. xxii, se deslizó el siguiente error de imprenta, hablando incidentalmente de Alfonso de Jubera. Léese «será trasladado..... desde Ocon á su pueblo natal Ocaña;» debiendo decir «desde Ocaña á su pueblo natal Ocon.»

La dedicó al ilustrísimo señor D. Juan Manrique de Lara, duque de Nájera, conde de Valencia y de Treviño, etc.

Esta obra está en diálogo entre padre é hijo. En el prólogo dice el autor que habia emprendido este trabajo en su vejez para que fuese provechoso á los de su profesion y arte de boticario. Recopila en él todos los medicamentos compuestos, así doctorales (que él denomina) como magistrales, la aplicacion de algunos simples dudosos, y de los succedáneos que por ellos se hayan de poner, etc.

Esta obra es una farmacopea razonada, que en su época fué muy bien recibida.

Pedro Pablo Pereda.

Natural de la ciudad de San Felipe (antes Játiva), doctor y catedrático en la Universidad de Valencia, varon consumado en la lengua griega, é insigne en su facultad: sus obras son:

1. *Scholia in Michaelis Joannis Pasqual methodum curandi morbos.* Barcelona, 1579, en 8.º Leon, 1585, 1602 y 1630, en 8.º, á cuya última impresion está unido el opúsculo siguiente:

Disputatio medica an Cannabis et aqua in qua mollitur possint aerem inficere.

Dejó manuscritas las obras siguientes:

2. *Commentaria sex in libros Galeni de differentiis morborum, de causis morborum, de differentiis syntomatum, et de syntomatum causis.*

3. *Commentaria in librum primum et secundum Galeni, de differentiis febrium.*

4. *Disputatio utilissima de signis et causis morborum internorum feré omnium.*

Estos tres manuscritos paraban en poder de Vanderlinden, como lo manifiesta en su libro de *Scriptis medicis*, fólio 401.

Lope Serrano.

Portugués, natural de Ebora. Este médico fué desde jó-

ven muy amigo de las musas, empleando el dia en el ejercicio práctico de la medicina, y las noches en su amada poesía. Publicó en Lisboa una obra en verso, con este título:

De senectute et aliis utriusque sexus ætatibus et moribus, totum hoc opus carmine expositum est. Sunt libri quatuor decim.

Hállase añadida á esta obra otra tambien en verso del mismo autor, titulada:

Deploratio Populi Israelitici propé flumina Babylonis, et ejusdem exitus de terra Ægypti. Lisboa, 1579, en 8.º

Los que no hayan leido mas que el título de esta curiosa obrita se persuadirán que es un tratado de fisiologia sobre las edades y sus pasiones; mas no es asi, el objeto que se propuso en ella Serrano es puramente moral, á saber: la enseñanza del bien vivir; aconsejar á los jóvenes que respeten á los ancianos; exhortar á los ricos á protejer á las viudas y á los huérfanos, y á que instituyan buenas artes; persuadir á los reyes y magistrados que ejerzan bien la justicia, premiando el mérito y castigando los delitos; dar razones para no temer á la muerte, sino considerarla como el paso á la eternidad; inclinar por último á que se mire á la divinidad como un piadoso padre dispuesto siempre á perdonar al hombre, etc.

Para dar una muestra de su estilo bastan los versos siguientes del principio y fin de este librito. Empieza asi:

Ordior ingratos morbos, variosque labores,
Qui te discruciant mox moriture senex.
Defessus curis vetulus, vitaque peracta,
Ingemit ætatem, quæ sibi longa fuit.
Effundit gemitus, moveant qui pectora dura,
Quique rudes possint perdomuisse feras.
Alma Dei genitrix supplex tua numina posco,
Naviget ut fælix, hæc mea cymba mari.
Tu vero aligeri Regina puerpera cœtus,
Vela senectutis flamine tende tuo, etc.....

Concluye el libro décimo-cuarto de esta manera:

Est Deus omne bonum, Deus est quæcumque, putantur
Optima: sed melius quid pietate dabis.
Expectat te summus apex, te regia cœli
Clamat: et æterni curia sancta Patris.
Dic age: jacturam quid amas: tua damna quid optas?
Non ne putas summo damna carere bono?
Dic age: quid trepidas, metuisque in amica venire
Atria: quid pænam suppliciumque times?
Quantumcumque gravis fuerit tibi conscius error,
Corde dole, crimen diluit omne dolor.
Si luges: pater indulgens tua debita solvit,
Vult humiles animos, vult pia vota Deus.
Grata Deo non sunt fumantia thura, nec aræ,
Nec sacra: si cordis relligione vacent.
Virga recens Zephyro, nervo curvabitur arcus,
Igne chalybs; adamas sanguine, corde Deus.
Cedite terrenæ (turpissima vincula) curæ,
Cedite: nec mentes sollicitate pias.
Forma, voluptates, honor, atque potentia, et omnes
Fortunæ et fato subiiciuntur opes.
Hæc sunt quæ in cautas rapiunt in tartara mentes,
Ista solent nostros illaqueare pedes.
Solve senex animi curas et concipe mente
Æthereum dominum, desere cuncta soli.
Cogere vela licet, dum navis littora pulsat,
El licet optatas calce subire domos.
Hoc opus absolvit fælici carmine musa,
Parta qui es ergo limina nostra beet.

Toda esta obra está llena de hermosísimos similes, de apóstrofes fuertes, y de versos escojidos de los mejores poetas. Es digna de leerse, y aun convendria hacer de ella una nueva edicion.

Dionisio Daza Chacon.

Uno de los cirujanos mas eruditos y famosos operadores que florecieron en los reinados del emperador Cárlos V, y Felipe II, fué Dionisio Daza Chacon; por lo tanto merece que hagamos aqui de él una honorífica memoria, procurando de este modo que un hombre tan célebre no quede como oscurecido entre la muchedumbre de escritores de su siglo, antes por el contrario se le tenga por uno de los mas diestros é ilustrados profesores, á quien la ciencia quirúrgica debe muchos y señalados servicios.

No puedo menos de lastimarme aqui, como ya he dicho en otros parajes de esta obra, del silencio que se observa en las bibliografías de los extranjeros, con respecto á nuestros mas distinguidos escritores. En vano buscará nuestra curiosidad en ellas á Dionisio Daza; Jourdan no hace mas que consignar su nombre y el título de su obra, merced debida á nuestro D. Nicolás Antonio; pero sin referirnos cosa alguna ni de su mérito como escritor, ni como práctico, ni mucho menos señalarlo como uno de los que gozaron mas nombradía en la corte de Felipe II y fuera de ella; siendo de notar que se ocupa de otras obras españolas insignificantes, en donde tiene ocasion de lanzar los dardos de su crítica. ¿Consistirá en que Daza Chacon proponiéndose ilustrar lo mejor posible á los cirujanos romancistas, para quienes dice escribia, pues les faltaba una obra maestra á quien poder consultar, publicó la suya en idioma castellano, *á pesar de lo mucho mas fácil que le hubiera sido ponerla en latin*, *como él mismo nos lo asegura?* ¿O tal vez en haber sido este español el que en cierto modo eclipsó las glorias de Vesalio, á quien se han empeñado en presentar como el gigante de su época? Todo podrá ser; pero no hay duda que si Jourdan y otros historiadores hubieran leido la obra de Dionisio Daza, cuando escribieron los sucesos del desgraciado príncipe D. Cárlos, y cuando nos refirieron las consejas del belga, no hubieran cometido los errores

que iremos notando cuando hablemos de nuestro castellano, y hagamos el análisis de su célebre obra quirúrgica.

Nació Dionisio Daza Chacon en Valladolid por los años de 1503: despues de haber hecho los estudios preliminares de gramática y filosofía, estudió la cirujía en la Universidad de su pueblo natal, siendo sus maestros el licenciado Arias y el bachiller Torres (1), y pasó despues á Salamanca, en dondé cursó la medicina y practicó la cirujía con Ponce el chico (2). Concluida su carrera entró á ejercer la profesion en los ejércitos del emperador, en donde empezaron sus viajes y peregrinaciones que él mismo nos refiere en el prólogo de su obra del modo siguiente:

«Ahora vengamos al principal intento, que es daros cuen»ta de mis trabajos y peregrinaciones, que no fueron tan po»cos que se hayan de pasar en silencio. El año de 1543 pasé »á Flandes, embarcándome en Laredo con D. Pedro de Guz»man, que iba por maese de campo de tres mil hombres, y »desembarcamos en la Inclusa, y de allí nos fuimos á sitiar á »Landresi, con seis mil hombres flecheros ingleses, que en »servicio de la majestad del emperador D. Cárlos nuestro se»ñor vinieron. A pocos dias que llegamos se juntó con nos»otros el duque de Ariscot, que entonces era general de Flan»des, con quince mil hombres valones y borgoñones, y yo, »aunque harto mozo, curaba lo principal que en este ejérci»to se ofrecia, porque no habia muchos de quien poder echar »mano. De allí á mes y medio que estábamos sobre la dicha »fuerza vino la majestad del emperador, habiendo tomado á »Dura, y se juntó con nosotros, y estuvimos sobre la fuer»za hasta 12 de diciembre que nos retiramos á Valencianas, »y S. M. me mandó quedar curando en un hospital donde se »recogieron todos los heridos del campo, y continué allí tres »meses; donde estando S. M. en Bruselas me hizo merced de »darme título de su cirujano, con el salario ordinario por el

(1) Libro II, pág. 174, edic. de Madrid, año de 1678.

(2) Libro I, pág. 188 de la misma edicion.

»tiempo que durase la guerra. El año de 44 S. M. fué á Espi-
»ra á la Dieta, y acabada se formó ejército de cien mil hom-
»bres, y fuimos á sitiar á Sandisier, adonde por una arreme-
»tida sin órden que hicieron los españoles á la batería mataron
»é hirieron en un cuarto de hora mil y cuatrocientos hom-
»bres. Tomada la fuerza, me mandó S. M. quedar alli con
»quinientos heridos por nómina y con ocho cirujanos que
»quedaron por mi órden, entre los cuales yo repartí por cuar-
»teles los dichos heridos; y en cuatro meses que alli estuve,
»con grandísima falta de aguas y mantenimientos, envié, con
»el favor de nuestro Señor, mas de trescientos y tantos en
»veces sanos á la córte. El año de 45 el doctor del Aguila y yo
»vinimos desde Bruselas á Madrid por toda Francia, curando
»á Juan Vazquez de Molina, primer secretario que á la sazon
»el emperador tenia. El año de 47, habiendo yo ido desde es-
»ta villa de Valladolid hasta Augusta por tierra, no con poco
»trabajo y grandes peligros, y estando S. M. en aquella ciu-
»dad, habiendo vencido al duque de Sajonia, y estando alli el
»serenísimo rey de Romanos, y sus dos hijos Maximiliano y
»Fernando, y todos los electores y señores del imperio, se co-
»menzó á picar la ciudad de peste, y S. M. mandó que los es-
»pañoles tocados de ella se recogiesen en una casa fuera de
»la ciudad, y que un cirujano de los suyos se recogiese alli
»para curarlos, y ninguno, visto el peligro, quiso aceptarlo,
»y mandóseme á mí, y yo de muy buena voluntad me metí
»alli y estuve alli encerrado tres meses y medio, enviándome
»todo aquello que por mi firma se pedia, porque asi lo habia
»mandado S. M. Lleváronme 82 heridos de peste de landres, y
»fué nuestro Señor servido, no solo de librarme, pero de to-
»dos no peligraron sino dos solos. Como todos lo supieron, el
»Exmo. duque de Alva, que entonces no solo era mayordomo
»mayor de S. M., pero capitan general del ejército, informó
»á S. M. muy cumplidamente. El año 43 me mandó S. M. vol-
»ver á España en servicio del Sermo. Maximiliano, que des-
»pues fué emperador segundo de este nombre, quien se vino
»á casar á esta villa con la Serma. infanta Doña María, que
»despues fué emperatriz, y ahora lo es, y serví á S. A. todo

»el tiempo que estuvo en España. Cuando S. A. se volvió á »Alemania me dejó en servicio de la Serma. princesa Doña »Juana, con la cual yo fuí sirviéndola hasta Lisboa, donde se »fué á casar, y estuve allí sirviendo á S. A. hasta que des- »pues de viuda se volvió á esta villa de Valladolid. El año de »57 vacó en esta villa el asiento del cirujano del hospital real »de la córte, por muerte del licenciado Herrera, gran ciruja- »no, y S. A. como gobernadora de estos reinos, hízome mer- »ced de aquel asiento, de lo cual los diputados del dicho hos- »pital, hombres de gran autoridad, se agraviaron por haber »hecho esta provision S. A. sin comunicarlo con ellos; y asi »no solamente se quejaron en el consejo, pero fueron á decir »á S. A. que yo no era suficiente para servir alli, y con esto »S. A. lo remitió al consejo real, porque no queria cargar »su conciencia; el cual mandó se pusiesen edictos en to- »da España, como se pusieron, diciendo que de todos los ci- »rujanos que quisieran venirse á oponer al dicho asiento, al »que mas hábil y suficiente fuese, se le darian sesenta mil »maravedís de salario ordinario, y veinte mil de ayuda de »costa, y posada en la corte. A esta fama vinieron de dife- »rentes partes, quince opositores, de los cuales, viendo que »yo me oponia, todos desistieron, sacando el doctor Vitoria »y el doctor Francisco Diez, graduados por la Universidad de »Alcalá y muy doctos, y el licenciado Torres de Madrid. »Nombró el real consejo seis jueces, que fueron el doctor »Abarca, médico de cámara de la Serma. princesa, y el doc- »tor Santacara, y el doctor Vega, gran émulo mio, médicos »de cámara del príncipe D. Cárlos nuestro señor, y el bachi- »ller Torres, maestro mio, al cual S. M. recibió en su servi- »cio cuando curamos al príncipe D. Cárlos nuestro señor de »la herida de la cabeza, y el doctor Quijar, que despues fué »tambien recibido por S. M., y al presente la sirve, y el li- »cenciado Guadalupe, cirujanos del emperador nuestro señor. »Los cuales jueces nos mandaron leer de oposicion, señalán- »donos testo sobre que leyésemos públicamente, arguyendo »todos los opositores al que leia. Asistieron á las lecciones, no »solo todos los médicos y cirujanos de S. M. y los de esta vi-

»lla, pero todos los alcaldes de córte y algunos señores del »real consejo y muchos señores de título y caballeros. Des»pues de esto hubo exámen secreto harto riguroso á cada opo»sitor por sí, porque curamos los casos graves que á la sazon »habia en el hospital (que eran mas de veinte) delante de los »jueces, preguntándonos cuántos afectos habia en cada caso, »y por cuál se habia de comenzar la cura, y con qué medica»mentos se habia de proseguir. Hecho esto, votaron con ju»ramento delante del consejo, y fué Dios servido que de seis »votos tuve los cuatro, y asi llevé el dicho asiento con gran »aplauso de esta villa y córte, por la sinrazon que los dipu»tados me habian hecho; y SS. AA. recibieron grandísimo »contento, como lo mostraron, pues mandaron que en mi pa»seo fuesen todos los señores de título y caballeros que á la »sazon habia en la córte. Yo serví este asiento seis años, al »cabo de los cuales le dejé, porque no podia sufrir tanto tra»bajo, porque el príncipe D. Cárlos nuestro señor, al cual yo »servia en su real cámara, me dijo que si habia de entrar en »su real cámara, que no habia de entrar en el hospital, y asi »me quedé sirviendo á S. M. con ochenta mil de salario, á la »Serma. princesa con veinte mil de salario, y al príncipe »nuestro señor con mucha merced que me hacia de su real »cámara. Despues el año 69 S. M. me mandó que fuese á ser»vir al Sermo. D. Juan de Austria á las galeras, que fué el »primer año que S. A. entró en ellas, y fuimos á embarcar á »Cartajena, en las cuales anduvimos algunos meses visitando »la costa de Berbería, y proveyendo las fuerzas, como al Pe»ñon, y Melilla y á Mazalquivi, y á Oran, de donde fuimos al »estrecho, á Málaga, á Cádiz, al Puerto de Santa María hasta »las Arenas gordas, y despues tornamos á navegar toda la »costa hasta Barcelona, de donde por tierra vinimos hasta »Madrid. El año adelante, estando el Sr. D. Juan en la guer»ra de Granada, S. M. cuando iba á Sevilla, me escribió una »carta desde Ntra. Sra. de Guadalupe, firmada de su real ma»no, por la cual me mandaba que con mucha brevedad fuese »á servir al Sr. D. Juan en aquella guerra, y asi luego me »puse en camino para allá. El año de 71 me mandó S. M. pa-

»sase en Levante, donde el señor D. Juan estaba en la guerra »contra el turco, y fuí á embarcarme á Cartajena, y de allí á »Barcelona, y á Génova, Nápoles y Sicilia, y de allí á Corfú, »hasta que nos encontramos con S. A., donde serví hasta el »año de 73, que se acabó la jornada de Lepanto. Y de allí »volví á España, con muchos y grandes trabajos que en la »navegacion me sucedieron, y me vine á desembarcar á Pe»ñíscola en el reino de Valencia, y de allí por tierra á Ma»drid, y cuando S. M. fué á Ntra. Sra. de Guadalupe á verse »con el Sermo. rey de Portugal D. Sebastian me mandó le »fuese á servir, como fuí en aquella jornada. Finalmente, »viendo S. M. que habia treinta y siete años que servia, y »tantos trabajos y peregrinaciones como tengo contadas, fué »servido de jubilarme, y que gozase de mi salario, donde »quiera que yo quisiese residir. Fué la merced doblada por »dos razones. La primera por ser yo el primero á quien »S. M. y el emperador su padre, de gloriosa memoria, jubi»laron de esta facultad. Y la otra por ser ocho dias antes que »S. M. se partiese para la guerra de Portugal, donde habia »mas necesidad de mi servicio.»

Dionisio Daza contaba pues 70 años de edad y 37 de buenos servicios, cuando fué jubilado, y en esta ancianidad escribió su obra, fruto de su mucha esperiencia y del grande esmero con que se aplicó al estudio, de resultas de un compromiso en que se vió en una junta, cuyo suceso quiero referirlo aquí, no solo para hacer ver la rara virtud de la modestia que tenia este habil cirujano, sino para que sirva de aviso á los médicos jóvenes, y procuren evitar un sonrojo igual al que tuvo que sufrir nuestro célebre Daza. Quejándose este de los médicos presuntuosos é ignorantes que desgraciadamente suelen tener en el vulgo aun mas aceptacion que un verdadero sabio, dice, «no hay mayor mi»seria que cuando uno de estos necios tiene que asistir á »una junta con algun profesor científico, pues que si conser»van algun respeto de hombres, han de ponerse cien veces »colorados de pura vergüenza. De mí os digo cierto, conti»núa, que el tiempo que fuí distraido en este oficio no habia

»para mí mayor infortunio que juntarme con alguno que sa-»bia yo que era docto; porque si habia yo de decir primero »habian de ser necedades; si á la postre, lo que el otro decia »no tenia habilidad para referirlo (como hacen ahora algunos) »y todo me era vergüenza. Acuérdome que luego que fuí con la »Serma. princesa Doña Juana á Portugal, el año de 1552, en »Lisboa acaeció que un hombrecillo, hallando en su casa á »un caballero principal, con la mala sospecha que tomó, echó »mano á la espada, y como el caballero, no teniendo armas, »porque su hábito no requeria, volviese las espaldas, por de-»bajo de la espaldilla izquierda dióle una estocada que casi »entre cuero y carne, como dicen, le fué á salir la punta á »la parte delante de la garganta sobre la nuez. Fueron llama-»dos algunos médicos, y cuantos buenos cirujanos habia en »Lisboa, que eran hartos, y entre ellos yo, que por haber »ido con S. A. pensaban que era gran cosa; y al tiempo de la »junta, estando el cirujano mayor (que tambien hay este allá »como médico mayor) y muchos caballeros presentes, comen-»zaron á decir, y á dar sus pareceres, mostrando muchas le-»tras y mucha esperiencia, y á mí (por honrarme mas) de-»járonme para la postre, y cuando me vino la tanda, yo os »digo cierto que yo quisiera mas estar enterrado vivo que »verme allí, porque de necesidad habia de dar muestra que »era necio, y firmarlo de mi nombre, como lo hice.»

Este desgraciado suceso que acabo de referir fué el feliz acaso á que debió Daza la merecida reputacion que adquirió luego; y puede asegurarse que sin esta ocasion en que su amor propio tuvo que sufrir el martirio de hacer públicos sus pobres conocimientos, no hubiera llegado á hacerse tan perito y diestro en el arte quirúrgico, que segun sus mismas espresiones, requiere hombre mas que natural; ni el gran Vesalio hubiera llegado á poner en sus manos el cuchillo, siempre que se trataba de una operacion en donde concurrian estos dos atletas; ni se hubiera debido á su pluma la verídica relacion de la herida del príncipe D. Cárlos. A propósito de esta herida de que hemos hablado ya en la biografía del médico de Bruselas, quiero copiar el testimonio que nos inserta

Daza en el cuerpo de su obra, y que traslado íntegro por ser un monumento histórico ignorado, no solo de los literatos extranjeros, sino hasta de no pocos nacionales.

«Relacion verdadera de la herida de la cabeza del Sere»nísimo príncipe D. Cárlos nuestro señor, de gloriosa memo»ria, la cual se acabó en fin de julio del año de 1563.»

«Muy alto y poderoso señor.»

«Ha sido tan grande la merced que Dios nuestro señor ha »hecho á todos los reinos y señoríos de V. A., en dar tan fe»liz suceso á un caso tan grave y estupendo como ha sido la »herida de V. A., que verdaderamente mas parece cosa con»seguida del cielo, con tantas oraciones y rogativas y derra»mamiento de lágrimas como universalmente se ha hecho en »España y fuera de ella, que conseguida por curso de natura»leza: aunque en este particular S. M. y V. A. están bien en»terados que se hizo todo lo último de potencia, como era de »razon se hiciese en un sugeto el mas alto que hay en la tier»ra, y mas asistiendo á la cura y á tantas juntas la majestad »del rey nuestro señor. V. A. me mandó (aunque otros lo »pudieran hacer mejor) que yo escribiese la relacion y suceso »de esta cura, lo mas particularmente que yo pudiese, por »dos razones. La una por ser yo criado de V. A. y haberme »hallado presente desde el principio de la herida. Y la otra »porque V. A. supo que á otro dia del suceso la Serma. Prin»cesa de Portugal Doña Juana, á quien yo servia y habia ser»vido muchos años, me envió á mandar con el marqués de »Sarria, su mayordomo mayor, espresamente, que todos los »dias sin dejar ninguno, escribiese á S. A. lo que pasase pun»tualmente; y asi lo hice, suplicando á S. A. mandase guar»dar todas mis cartas, y asi lo mandó, y que se me tornasen »á entregar, de las cuales yo he sacado todo el suceso, que »de otra manera fuera imposible tener memoria de cosas tan »particulares, el cual es como se sigue.»

«En la villa de Alcalá de Henares, domingo á los 19 de »abril de 1562 años, habiendo cincuenta dias justos que le »faltaba la cuartana, de la cual se habia estado curando en la »dicha villa, este dia el príncipe nuestro señor, despues de ha-

»ber comido á hora de las doce y media, bajando su alteza »por una escalera muy oscura, y de muy ruines pasos, y »cinco escalones antes que acabase de bajar, echó el pie dere»cho en vacío, y dió una vuelta sobre todo el cuerpo, y cayó, »y dió con la cabeza un gran golpe en una puerta cerrada, »quedando la cabeza abajo, y los pies arriba. Descalabróse en »la parte postrera de la cabeza á la parte izquierda junto á la »comisura que se llama lamdoides, por parecerse á esta letra »griega Λ. Llamáronme, y descubrí la herida, presentes Don »García de Toledo, su ayo y su mayordomo mayor, y Luis »Quijada, caballerizo mayor de su alteza, y los doctores Ve»ga y Olivares, médicos de cámara, y ví una herida del tama»ño de una uña del dedo pulgar, y la circunferencia bien con»tusa; y descubierto el pericráneo, se vió que estaba algo »contuso. Hecho, y aparejado lo que convenia, comencé á »formar la herida, y su alteza se quejaba, y sentia demasia»do; y visto esto Luis Quijada me dijo (pensando que yo por »no dar dolor á su alteza, no hiciera lo que convenia): no cu»reis á su alteza como príncipe, sino como á un hombre par»ticular. Los doctores respondieron que asi se hacia. Acabado »de curar su alteza, se acostó, y estando consultando que se »sangrase, comenzó á sudar, y sudó pasado de hora y media, »y esto fué causa que se difiriese la sangría. Habiéndole se»cado, y limpiado el sudor, recibió una melecina, con la cual »obró bien, y á poco rato se sangró del brazo derecho, porque »entendimos haber gran replecion de la vena de todo el cuer»po, y se sacaron ocho onzas de sangre, y luego comenzó á »tener un poco de calentura. Acabada la cura, Don García de »Toledo despachó á Don Diego de Acuña, gentil hombre de »cámara de su alteza, para que diese cuenta á su majestad de »lo que pasaba, el cual mandó al doctor Juan Gutierrez, su »médico de cámara, y su protomédico general, se partiese »luego para Alcalá, y llevase consigo á los doctores portu»gués, y Pedro de Torres, cirujanos de su majestad, los »cuales llegaron á Alcalá lunes siguiente al amanecer, y que»riendo yo curar, me dijo su alteza: Licenciado, á mí me da»rá gusto de que me cure el doctor portugués; no recibais pe-

»sadumbre de ello; yo viendo un cumplimiento de un tan gran »príncipe, respondí que en ello recibiria grandísima merced, »pues su alteza gustaba de ello; y hubiera de costar la vida »á su alteza, segun se verá adelante; y asi se curó su alteza en »presencia de los dichos, y de los que en Alcalá estábamos á »las ocho de la mañana. Acabada la cura, nos juntamos por »mandado de Don García de Toledo, y en su presencia; y »acordamos, que atento á que su alteza tenia calentura, y el »tiempo era primavera, y la caida habia sido grande, y la »edad y el regimiento pasado no lo contradecian, y que habia »veinte meses que su alteza tenia la cuartana, y en ella ha»bia comido siempre muy bien, y muy buenos manjares, »y nunca se habia sangrado ni purgado sino sola una vez, y »muy ligeramente; por todas estas razones pareció necesario »reiterar la sangría, y asi se hizo del brazo izquierdo de la ve»na de todo el cuerpo, sacándole unas ocho onzas de sangre. »Este dia comió su alteza unas ciruelas pasas, un poco de »caldo, y unas piernas de pollo, y acabó de comer con un po»co de mermelada. Dióscle esta comida por la costumbre, y »por la edad, y por el tiempo del año. Cenó unas ciruelas pa»sas, y el caldo, y un poco de conserva. Esta órden se tuvo »hasta pasado el seteno; la calentura hasta el cuarto fué har»to remisa. En el cuarto creció alguna cosa, aunque poco, y »vimos en la parte izquierda del pescuezo unas sequillas con »un poco de dolor. Tambien tuvo un entomecimiento en la »pierna derecha, el cual solia sentir su alteza en la cuartana »algunas veces, por esto no lo tuvimos en tanto; ni lo de las »secas, por estar su alteza al tiempo de la caida muy arroma»dizado; la calentura pasado el cuarto se tornó á remitir; el »quinto y sesto fué de la misma manera; de modo que el se»teno y la calentura se acabaron juntos, y ayudó á esto que »al sesto se purgó con dos onzas de maná, y purgó muy bien. »La herida iba de bien en mejor, buena materia, buen color »en los labios, y el pericráneo asimismo de muy buen color. »Pasó su alteza con esta mejoría, sin que nos pareciese que »debia hacerse otra cosa, con la órden y cura ordinaria, y con »la misma en comida y cena. Al deceno dia de la caida, á la

»hora de la cura, la herida no estaba tan buena como de antes, »porque la hallamos algo sucia, y no de tan buen color: te»mimos no revolviese, como suelen heridas de cabeza. Pasa»da la mitad del onceno, con haber tenido buen sueño y ape»tito, miércoles antes de media noche poco mas ó menos, sin»tió su alteza un poco de frio, y pensando que seria del tiem»po, porque aquellos dias hacia muy fresco, no llamó á nin»gun médico, antes procuró de dormir, mas no pudo: por »lo cual Don García de Toledo mandó llamar al doctor Oliva»res á las dos de la noche, el cual vió luego á su alteza, y le »halló con buena calentura, aunque por no ponerle temor, le »dijo que no era nada, que solo era un poco de alteracion. »Dijo su alteza, calentura, y al onceno en herida de cabeza, »mala señal es. La calentura era tan crecida, que convino »no le dejar dormir hasta el amanecer. Entonces llamaron to»dos los médicos y cirujanos, los cuales vinieron jueves últi»mo de abril: Don García de Toledo los juntó para que trata»sen de lo que se debia hacer, y atento á lo dicho, y que el »dolor del pescuezo, donde estaban las sequillas, tornó, y »tambien el entomecimiento de la pierna, pareció á todos que »aquello podria venir por una de dos cosas, ó por lesion inte»rior, ó por haberse podrecido el pericráneo, y haber quedado »alguna materia encerrada, que no pudo salir afuera: y en »esto nos afirmamos mas, porque en la cura que se habia he»cho el dia antes, que fue el noveno, el doctor portugués no »formó la herida como solia, ni quiso hacerlo, aunque se le »dijo, sino puso un lechino en la boca de la herida, y mu»chas planchetas secas encima, y con esto obturó el orificio, »y en lo vacío de la llaga recogióse la materia, la cual con »su mala calidad bastó á hacer los accidentes dichos. De cual»quiera de estas cosas que fuese, pareció necesario mani»festar la herida, y ampliar el orificio para pasar adelante, si »hubiese lesion interna, ó para dar éxito y lugar á la mate»ria que se habia embebido en la llaga; porque desta se po»dria comunicar fácilmente por la comisura á la parte de »dentro, ó podria ser que el casco estuviese purulento: no se »habia esto hecho antes, porque no era razon se pusiese á

»riesgo la vida de su alteza sin grandes causas, porque mu»chas veces al apartar naturaleza lo podrido del pericráneo »suelen venir semejantes accidentes, y no hay cirujano que no »sepa esto. Vistos estos accidentes, yo propuse en la consulta, »que pues era negocio tan de duda, que trajesen al bachiller »Torres, cirujano y maestro mio, que residia en la villa de »Valladolid, hombre de muchas letras, y gran esperiencia, y »á todos les pareció muy bien, y Don García de Toledo man»dó luego despachar un correo, el cual dió tanta dilijencia, »que á los seis de mayo ya estaba el bachiller Torres con no»sotros. Con la determinacion acordada por los seis que allí »estábamos se hizo la manifestacion hasta descubrir el casco, »y hízose la abertura en forma de Tao, y apartóse con gran »facilidad el pericráneo, porque estaba ya podrecido, lo uno »por la contusion que tuvo, lo otro por la cantidad de mate»ria que se embebió en él, sin tener lugar por donde salir, »cuando al nono, sin formar la herida, se tapó el orificio. He»cha la abertura, no se pudo ver si habia daño en el casco »por el gran flujo de sangre que hubo, y asi no se hizo mas »de sistir el flujo, y curarle. Luego se despachó un correo á »su majestad, dando cuenta de lo pasado, que por el peligro »que á todos pareció que podria haber en la dilacion, se hizo »la abertura sin avisar á su majestad. El cual, sabida esta »nueva, el viernes primero de mayo partió de Madrid antes de »amanecer, y llegó á Alcalá antes que curásemos á su alteza, »el cual luego se curó presente su majestad, y el doctor An»drés Vesalio, hombre doctísimo. En esta cura que se hizo, »se miró el casco con mucha dilijencia, y ninguna fractura, »ni cisura se halló en él, aunque á una parte tenia una man»cha pequeña. Esta nos puso en duda de estar el casco con»tuso, porque si pasaba adelante, era necesario legrar el cas»co hasta entender lo que habia en él. El dia siguiente, que »fué sábado á dos de mayo á las nueve de la mañana, se curó »su alteza, y hallamos el casco sin la mancha que habíamos »visto. Ni mas ni menos el domingo siguiente, de donde se »entendió que habia sido superficial, y la tintura podria ser »de alguna materia retenida. Dos dias antes que se hiciese la

»apercion, desde que se descubrió el casco, se curó su alteza de esta manera: junto al casco con unos polvos de yreos »y de aristoloqia, y en los labios, dijestivo de trementina, y »yema de huevo en el tiempo que fué necesario digerir, y »despues, para mundificar, miel rosada, y encima el emplas»to de betónica, por haber tomado esta caida al príncipe tan »lleno, con haberse purgado, y hecho las dos sangrías, y te»nido la dieta en la comida que hemos dicho. Desde el vier»nes, que fué un dia despues de la manifestacion, se le co»menzó á apostemar la cabeza con una gran erisipela, mez»clada con sangre gruesa; la cual fué estendiéndose primero »por la parte izquierda, oreja y ojo, y despues por la dere»cha; por manera que se apostemó toda la cara, y fué bajando »hasta la garganta, pecho y brazos.»

«Cuando estuvo esta inflamacion sobre la cabeza y comi»suras, no usamos remedios particulares sobre el lugar, por»que como estos habian de ser repelentes, no se sufrian po»ner, porque no entrase la erisipela á la parte interior. San»gría no se hizo por parecernos que no habia fuerzas para »sacar sangre por vena: mayormente que se habia de tener »cuenta con que la herida habia de ir muy á la larga, y tenía»mos necesidad de conservar la virtud, como se ha de hacer »en las enfermedades largas, porque enflaquecida la virtud se »daria con todo al traste. Lo que entonces hicimos fueron »fregamientos de piernas amenudo, lavatorios y ventosas, co»mo se dirá adelante, y acortar la comida; porque solamente »se daba al príncipe un poco de caldo cuando nos parecia. »Despues que fué bajando este tumor de la cabeza, se le pu»sieron los remedios particulares que convenian, que fue»ron repelentes mezclados con algunos resolutivos, porque »ya habia la inflamacion pasado casi el principio, y comenza»ba el aumento. Fué tan grande el calor de esta erisipela, y »la fiebre estaba tan intensa en sus crecimientos á los terce»ros, que comunicándose el calor á la parte interior, sobrevi»no un delirio, con el cual estuvo su alteza cinco dias y no»ches. Esto nos puso en gran cuidado, y fué causa que hu»biese diversas opiniones en nuestro negocio: mayormente

»que el lunes á cuatro de mayo al amanecer, habiendo su al-»teza tomado el servidor, porque tenia unas camarillas colé-»ricas y muy corrompidas, estando en una camilla se enfrió »un poco, y se le encogió el pulso, aunque no tuvo rigor ni »temblor. El doctor Vesalio y el doctor portugués, visto esto, »fueron de parecer que el daño era interior, y que no tenia »otro remedio, sino penetrar el casco hasta las telas: en esta »opinion permanecieron tanto tiempo cuanto duró la calentu-»ra, teniendo por burla que se tratase de otro beneficio. To-»dos los demas fuimos de parecer, que la causa de estos acci-»dentes era una de dos: ó que el hueso del casco estaba puru-»lento (y para esto era bien que se legrase) por las señales »dichas, porque lunes y martes y todos los otros dias despues »de la apercion, tornó á aparecer aquella manchuela que he-»mos dicho en el casco: ó que la inflamacion esterna se habia »comunicado por las suturas á las membranas del cerebro, y »en esto nos afirmamos mas, y que si habia daño dentro, que »era este, y no otro. No dejó de tener Vesalio muchos fun-»damentos para su opinion, los cuales de lo dicho se pueden »colejir. Ni han faltado algunos de la facultad que no se halla-»ron presentes, que dijeron que esto no se podia alcanzar por »arte, sino que acaso acertamos. Y aunque en este lugar no »se habia de tratar mas que de lo que tocaba á la herida de »su alteza, todavía para que los médicos que leyeren esto »entiendan nuestro fundamento y razon, la diré, como todos »los que éramos de esta opinion, la referimos en presencia de »su majestad. Tuvimos por cierto que las señales dichas no »argüian daño en la parte interior, porque la calentura que »vino á su alteza á medio del onceno, vino sin rigor, la cual se »causó, como tengo dicho, de la putrefaccion y separacion del »pericráneo que, como arriba dije, se despegó del casco con »grandísima facilidad, y no hubo vómitos ni convulsiones. »Las sequillas que tuvo en el pescuezo en la parte izquierda, »y el dolor en aquel lugar, fué un flujo catarroso, pues como »dije, su alteza al tiempo de la caida estaba arromadizado. »El estupor de la pierna tambien dije que lo tenia muchas »veces con la cuartana. El delirio que despues comenzó mar-

»tes cinco de mayo fué accidente de calentura y de la eri-
»sipela; y asi cuando estuvo sobre la comisura y la calentura »mas crecida, el príncipe deliraba mas, y en bajando la erisi»pela y la calentura deliraba menos, y como está dicho, ni »hubo rigores, ni vómitos, ni náuseas; por lo cual, viendo »estas causas tan manifiestas del dicho delirio, que fueron »las mismas que hicieron la falta del sueño y tan crecida ca»lentura, y erisipela en la cabeza, y sobre las comisuras, y »que se habia comunicado por ellas la inflamacion á la mem»brana, que fué realmente la causa del delirio, y no habien»do señales ciertas de lesion interior, porque estas no se sue»len esconder, antes repiten muy amenudo y sin órden, tu»vimos por cierta nuestra opinion. Tambien no nos osamos »afirmar que hubiese daño en el casco, porque estando blanco »dos dias arreo, como está dicho, la mancha que pareció el »viernes se tuvo por superficial, y si despues tornó á apare»cer fué por los medicamentos. Si alguno preguntáre por qué »razon estaba manchado el casco en aquella parte, y no en »todo lo descubierto, digo que es porque en aquella parte es»taba mas alterado del aire, por haber estado mas tiempo »descubierto, y por esto se podia teñir con los medicamen»tos, y no la otra que estaba mas tersa, y mas polida, y me»nos alterada. No quiero decir que los que decian que la le»sion era interna no tuviesen muchos y muy grandes funda»mentos; mas no es razon que de los que tuvieron injenio para »entender lo que despues pareció claro, digan que lo supi»mos por adivinanzas, y no por causas y razones muy fun»dadas, aunque por haber pronosticado lo que estaba encu»bierto nos podrian llamar adivinos. Héme alargado en esto »porque fué una de las cosas mas sustanciales de que se tuvo »duda, y se trató diversas veces; por lo cual se fué curando »S. A. sin tocar en el casco por entonces. Miércoles á 6 de »mayo vino el bachiller Torres, el cual fué de parecer que se »debia de legrar el casco, aunque dijo que se dejase para otro »dia. Como la erisipela iba tan adelante, y la calentura era »grande, con los crecimientos á los tercios, no obstante que »S. A. tenia cada dia tres, cuatro y cinco cámaras, viendo

»que con todo no aplicaba ninguna cosa; pareció que debia»mos ayudar á naturaleza por donde señalaba, y porque te»niamos temor no vomitase la purga, lo cual fuera grandísi»mo daño, por estar la cabeza abierta, y tan apostemada, no »nos atrevimos á dar otra cosa mas de tres onzas de jarabe »de nueve infusiones, hecho de nuevo; el cual S. A. tomó de »tan buena gana, que tornó por un poco que quedaba en el »vaso. Detúvolo el estómago, y obró tan bien con él, que »hizo mas de veinte cámaras. Esta purga se dió jueves á 7 de »mayo á las cuatro de la mañana, habiéndose consultado dos »horas antes, y cierto fué una de las cosas mas acertadas que »se hicieron en todo el discurso de la dolencia, aunque no »faltaron algunos censores ausentes que les pareció otra cosa, »sin entender el por qué. Sábado á las cuatro de la mañana, »que era á la fin del vijésimo, estando todavía en la duda de »la lesion del casco, se nos tornó á proponer el legrarle, y »viendo el poco inconveniente que se seguia por estar S. A. »tan desacordado, que no podia entender lo que se hacia, y »que no se le habia de dar ningun género de dolor; visto »tambien que los mas eran de aquel parecer, y la inclinacion »que S. M. y los grandes que estaban presentes, tenian á que »se hiciese; y visto tambien el peligro en que S. A. estaba, »y la poca esperanza que las señales que veiamos nos daban »de su salud, acordamos que se legrase. Esto fué sábado á »las nueve de la mañana, tres horas antes que entrase en el »veintiuno; comenzó el doctor portugués á echar la legra, y »á pocos lances me mandó el duque de Alba que la tomase yo, »y fuí legrando, y á poco rato hallé el casco blanco y sólido, »y comenzaron á salir de la porosidad del hueso unas gotillas »de sangre muy colorada, y con esto paré la legra. Vióse por »vista de ojos no haber daño en el casco, ni en la parte in»terna que correspondiese á aquel lugar. Sirvió esto de salir »de la duda que se tenia, y asi todos, escepto Vesalio y el »portugués, que nunca mudaron de parecer, entendimos que »el daño era comunicado y accidental de la calentura y de la »erisipela. Todos estos dias estaba la herida con poca mate»ria, y los lábios de mala color coliquados, y muy abiertos.

»Tambien los ojos se fueron apostemando, de manera que se »entendió que se vendrian á supurar. Visto cuán mal iba la »herida, aunque se entendia que los medicamentos que se »aplicaban eran los que convenian, y que la falta no estaba »en ellos, sino en la falta de virtud y en la gran fuerza de la »calentura, porque la virtud enflaquecida, como no puede »hacer buena obra aun en las partes que no tienen particular »lesion, mucho menos la podrá hacer en las partes flacas y »heridas; y el calor estraneo, como era de una tan grande »fiebre, por fuerza habia, ó de consumir la materia, ó de al- »terarla; habíasenos propuesto muchas veces que curásemos »á S. A. con los ungüentos del Pinterete, moro del reino de »Valencia, los cuales son dos; uno blanco, que se tiene por »repercusivo; otro negro, el cual es caliente, que es necesa- »rio templarlo con el blanco. Habíamoslo contradicho los mas »que no se usase de estos ungüentos, lo uno por no saber la »composicion de ellos, y no ser razon que en un tan gran »príncipe, y en tan grave caso se usase de remedios, sin sa- »ber y entender lo que llevaban. Lo otro, porque no nos pa- »reció conforme á razon usar siempre de unos mismos me- »dicamentos en todos tiempos, edades y complexiones. Mas »viendo la fé que muchos tenian con estos ungüentos, y la »opinion general del vulgo, que á todos nos ponian culpa por- »que no usábamos de ellos, y tambien que algunos médicos y »cirujanos que estaban presentes los habian esperimentado »en algunos graves casos; por esto nos pareció que se proba- »sen y se usase de ellos conforme á la órden dada por el mis- »mo moro, al cual de hora en hora estábamos esperando. Los »ungüentos se pusieron viernes y sábado antes que viniese. »El moro vino sábado á la noche á 9 de mayo. El domingo si- »guiente vió curar á S. A. con sus ungüentos. El lunes los »puso con sus propias manos. Martes los tornó á poner el »doctor portugués. Todos estos dias, con haber mejorado S. A. »de todos los accidentes, la herida iba de mal en peor; por- »que el ungüento negro la quemó, de manera que puso el »casco tan negro como una tinta: entendióse, que pues la »virtud iba mejorando, y la calentura disminuyéndose, que

»la falta estaba en los ungüentos, los cuales en la carne de »S. A., por ser delicada, no convenian. Acordamos dar con »los ungüentos y con el morillo al través, y él se fué á Ma- »drid á curar á Hernando de Vega, al cual con sus ungüen- »tos envió al cielo. S. A. se tornó á curar á nuestro modo, »como se dirá adelante. El sábado 21 de la caida, y 9 de »mayo, estuvo S. A., que ninguna señal tuvo que no fuese »mortal. Solo nuestra confianza era en la misericordia de »Dios, y estar S. A. en la edad, que no pasada de diez y siete »años. Tambien teníamos entendido que su pulso natural no »era muy fuerte. Este sábado en la tarde vino á palacio en »procesion la villa, y trajeron el cuerpo del bienaventurado »San Diego, cuya vida y milagros es tan notoria; metiéronle »en el aposento del príncipe, y llegáronsele lo mas que fué »posible, aunque aquel dia estaba tan fuera de sí S. A., y »los ojos estaban tan apostemados y cerrados, que daria muy »poca razon de lo que acaeció. S. M. visto esto, y porque el »doctor Mena, médico de su cámara, le dijo que S. A. sin duda »moriria, se partió de Alcalá entre diez y once de la noche con »una oscuridad y tempestad grandísima, y fuese á San Geró- »nimo de Madrid, con la pena que todos podemos entender, »y á nosotros nos dejó en el mayor cuidado y trabajo del »mundo; pues allende de lo universal, que como criados y »vasallos teniamos por tener tan grave negocio en nuestras »manos; cada uno puede entender nuestra pena, principal- »mente yo, porque el vulgo decia que en la primera cura no »habia hecho lo que convenia. Pues viendo que la tardanza »en un tan agudo mal era peligrosa, habiendo puesto á S. A. »viernes en la tarde seis ventosas y sajádole las dos de ellas; »habiéndose hecho el mismo viernes unos lavatorios de piernas »para divertir, y otros en la cabeza para humedecer y pro- »vocar el sueño, y en las narices evaporatorios para lo mis- »mo; habiéndose tambien el sábado tornado á hacer los mis- »mos lavatorios; este mismo sábado se tornaron á poner »seis ventosas secas en las espaldas, y despues á la noche se »sangró con lanceta de las narices, y á las diez de la noche »se le tornaron á poner cinco ventosas. Fué Dios servido que

»con estos beneficios S. A. durmió esta noche en veces cinco »horas. A la mañana el pulso estaba con mas vigor y el de»lirio no tan grande. Con esta mejora domingo al amanecer »el duque de Alba despachó á S. M. al alguacil Malaguilla, »el cual llegó á Madrid á tiempo que habian sacado á nuestra »señora de Atocha en procesion, en la cual iban la mages»tad de la reina nuestra señora, y la serenísima princesa Doña »Juana, y alli les dió la buena nueva, con la cual SS. MM. »recibieron el contento que se puede entender. Domingo en »la noche durmió otro tanto, y asi el lunes y el martes. La »llaga, como ya está dicho, con todas estas mejorías iba de »mal en peor con los ungüentos del moro, pues para quitar »el calor grande que dejó el ungüento negro, que á nuestro »parecer era un gentil cáustico, miércoles á los 13 de mayo »se curó S. A. con unas hilas secas junto al casco, y en los »lábios de la herida se puso un poco de manteca de vacas, la»vada con agua rosada, y encima el emplastro de betónica. »Este dia tornó S. M. á Alcalá, estando ya S. A. en todo su »juicio, teniendo mediano sueño, aunque en los terceros »con el crecimiento no dormia tan bien. Los ojos, con ha»berse puesto fomentos y emplastros para que resolviesen »moderadamente, fué tanta la groseza de la materia, que no »pudiendo resolverse vino á madurarse, y primero en el iz»quierdo, que fué donde comenzó á correr y á estender la »erisipela. En las orinas siempre habia señales de crudeza, y »asi nos pareció á todos que S. A. tomase algun jarabe que »tuviese intencion de adelgazar y templar; y fuéle tomando »nueve ó diez dias. Jueves á 14 de mayo á la tarde se curó la »herida de la misma manera que el dia antes, y hallóse con »alguna materia y mejor. Viernes siguiente á las dos y media »la herida estaba con harta materia, los lábios mediana»mente colorados, gruesos, y mas juntos. Desde este dia »adelante se curó S. A. con los polvos de yreos á raiz del »casco, y en los lábios con su digestivo, y encima el emplas»tro de betónica. Cenó S. A. á las cuatro, porque esperába»mos la nueva accesion á las diez de la noche, mas ella se »anticipó tres horas, porque vino á las siete de la tarde. Es-

»tuvo el príncipe sin dormir todo el principio. A las tres de la »mañana bebió tres onzas de agua con una tablilla de manus-»christi, y con esto se tornó á dormir hasta las seis, que fué »á 16 de mayo; dormiria esta noche cerca de ocho horas. »Este dia, tocando todos el ojo izquierdo, nos pareció que »habia materia, solo el doctor portugués no la halló, aunque lo »tentó con mucha atencion. Acordóse que se deberia abrir con »una punta de lanceta; abriólo el doctor Pedro de Torres, y sa-»lió una materia gruesa y blanca: si se difiriera pudiera quedar »alguna rija en el ojo: el derecho no pareció por entonces tener »materia, y asi no se abrió. Este dia comió su alteza su ordina-»rio, durmió una hora despues de comer, despertó bueno, y »con poca calentura: curóse la cabeza cerca de las cuatro. En »todo iba la herida mejor; cenó á las cinco; á las ocho de la »noche se abrió el ojo derecho, y salió de él harta materia; »la misma necesidad tuvo de abrirse que el izquierdo. Este »sábado desde que su alteza despertó hasta que se curó el »domingo 17 de mayo por la mañana, la calentura estaba har-»to remisa. Tomó el jarabe, y tornóse á dormir hasta las »ocho, y á esta hora se curó de ambos ojos; la materia que »salió del izquierdo era gruesa, y como cascal; la del dere-»cho era mejor. Este dia comió á las nueve, y estuvo bueno »toda la tarde, sin dormir á mediodia; á las tres se curó la »cabeza, la cual estaba en todo mejor que el dia antes. Cenó »á las cinco, y púsose á dormir á las diez. Este dia hubo algo »de crecimiento, por lo cual durmió algo menos que la noche »antes; dímosle el jarabe á las cinco y media, á las ocho se »curaron los ojos, y el derecho se halló muy bueno, el iz-»quierdo no tal, por haber corrido á aquella parte mas canti-»dad de humor, por estar la herida hácia aquel lado. Comió á »las nueve dadas bien de su ordinario. Lunes á 19 de mayo »tuvo todo el dia harto poca calentura; la herida se curó á »las tres, siempre con mejoría; cenó entre cuatro y cinco; á »las ocho se tornaron á curar los ojos; el izquierdo estaba »bien hinchado, sin purgar ninguna cosa. Por esto el doctor »Torres metiendo la tienta por el orificio que habia hecho, sa-»có cantidad de materia algo delgada, con lo cual se bajó

»mucho la hinchazon, y su alteza abrió mas el ojo, porque »hasta entonces le abria poco, y con dificultad: el ojo dere»cho iba bueno. Esta noche durmió su alteza cerca de diez »horas. Martes por la mañana se curaron los ojos, el derecho »se halló ya bueno, sin ninguna materia, y del izquierdo, »como se amplió el orificio, salió cantidad de materia, poco »menos de la que cabria en un huevo de paloma. Con esto se »bajó tanto, que casi se pudo abrir todo el ojo. Estuvo la »materia tan profunda, que fué acertado abrirse en dos veces, »y asi se debe hacer por el peligro que podria haber de rom»per el ojo, poniendo la lanceta sin discrecion. Por lo cual »los que quisieron poner culpa al doctor Torres, porque hizo »esta apercion en dos veces, no tuvieron razon, porque él hi»zo segun lo manda el arte. Este dia comió el príncipe á las »ocho de la mañana, durmió una hora á mediodia, y á las »tres de la tarde se curó la cabeza de esta manera: á raiz del »casco se ponian los polvos de yreos, sobre ellos unas plan»chuelas con trementina lavada y polvos de mirra, y sobre todo »el ungüento de gumielemi de conciliador. Esta noche era de »crecimiento, y fué Dios servido que faltó: durmió mas de »ocho horas. Miércoles á 20 de mayo se curó de los ojos á las »ocho; en el derecho no se puso mecha, porque estaba bueno, »y el izquierdo harto mejor. Púsose en este una pequeña me»cha, y encima el emplasto de diaquilon menor. Comió entre »ocho y nueve. La calentura era poca; por manera que cada »dia se veia la mejoria á la clara. A mediodia durmió un po»co; á esta hora entró en los treinta y dos de la caida, y en »el veintiuno de la calentura, que sobrevino al onceno; á las »tres se curaron cabeza y ojos, y todo iba con la mejoría ya »dicha. Desde este dia se acordó se curase la cabeza por la »mañana: cenó á las cinco, durmió esta noche nueve horas. »Jueves 21 de mayo, á las ocho de la mañana se curaron ca»beza y ojos, que iban con su mejoría; el ojo derecho sano, »el izquierdo estaba bien bajo, aunque con gran rubor en »los párpados; este dia hubo tan poca calentura, que á al»gunos les pareció que no la habia: comió á las nueve su or»dinario; á medio dia durmió una hora, y á las tres se curó

»el ojo izquierdo. Acabado de curar, su magestad se partió »para Madrid con gran contentamiento, dejando mandado á »don García de Toledo le avisase dos veces cada dia de lo »que sucediese. Cenó á su hora, recojióse á dormir á las diez, »y esta noche tambien faltó la accesion; durmió nueve horas, »y tomó el jarabe á las cuatro de la mañana. Viernes á 22 de »mayo á las siete, nos pareció á todos que su alteza no tenia »calentura (desde este dia no se pondrá todo tan particular- »mente como hasta aqui, porque seria gran proligidad; de lo »pasado se puede entender, que siempre se guardó la misma »orden en todo), y desde entonces nunca mas tornó la fiebre. »Cuando habia necesidad de algun liviano remedio, como era »alguna melecina ó algun lavatorio para los ojos, ó mudar en »ellos algun emplastro, se hacia segun la necesidad. La ca- »beza, como está dicho, iba con su mejoría adelante. Tambien »los ojos, aunque el izquierdo estuvo mas rebelde, y se tardó »mas en curar. Sábado á los 30 de mayo tornó su magestad á »Alcalá, y partióse el domingo siguiente para Aranjuez des- »pues de comer. Todos estos dias como su alteza estaba sin »calentura dormia diez y once horas de noche, por lo cual »no dormia á mediodia. Martes á 2 de junio, entre ocho y »nueve de la mañana, que era casi al fin de los cuarenta y »cuatro de la caida, y entraba en los treinta y tres de la aper- »cion, andando el doctor portugués tentando el casco con »un garabatillo, lo metió dos ó tres veces, y arrancó el cas- »co, saliendo al propio y forma de un corazon: todos quisié- »ramos que se detuviera algunos dias, y que el hueso saliera »de suyo sin hacerle fuerza; y asi tuvimos necesidad algunos »dias de dijerir y mundificar la herida. Desde el domingo á 7 de »junio se curó su alteza dos veces al dia. Desde que salió el »casco no se pusieron los polvos; usábase la misma mistura, »y en lugar del ungüento gumielimi se puso el emplastro ge- »minis. Como la erisipela habia ocupado toda la cabeza, dejó »en muchas partes pelado el cabello, y en muchos lugares »unas costras, las cuales daban comezon á su alteza. Tam- »bien estaba la cabeza tan súcia, mayormente alrededor de la »herida, de los ungüentos y emplastros que en ella se ponian,

»que le daba mucha pena, y no hacia ningun provecho á la »llaga. Por esto nos pareció que en las partes que se pudiese »usar de la navaja, se quitase el cabello lo mejor que ser pu»diese, y donde no con la punta de la tijera, y las pústulas »se untasen con un poco de tocino gordo cocido en vino blan»co. De la navaja se aprovechó bien Ruy Diez Quintanilla, »barbero de su alteza, que en tres ó cuatro veces acabó de »quitar lo que era menester. Con la untura se fueron secan»do poco á poco las pústulas. Domingo á 14 de junio se le»vantó su alteza la primera vez, y asi lo hizo todos los dias »adelante, y en muy pocos sintió fuerzas en cuerpo y piernas. »En levantándose oyó misa, y recibió el Santísimo Sacra»mento. La cabeza se curó estos dias con unos polvos de ba»luastias sobre la carne; luego unas hilas secas, y encima »el emplastro de diapalma. En la cura de la tarde vimos que »las balaustias habian hecho una costrilla, y asi solamente se »curó con hilas secas, estendiendo en ellas un poco de un»güento blanco, y encima el diapalma. Otro dia á la hora de »la cura se halló caida la costrilla que habian hecho las ba»luastias; y porque la carne estaba muy crecida y esponjosa, »fué acordado se pusiesen sobre ella unos polvos de alumbre »quemado para que la consumiesen, porque sobre ella no se »podia hacer la cicatriz: sobre los polvos se ponian las hilas »secas, y encima de todo el emplastro de diapalma. Martes »á 16 de junio, cerca de media noche, tornó su magestad á »Alcalá. Miércoles siguiente á las ocho de la mañana se le»vantó el príncipe, y pasó al aposento de su padre, el cual le »recibió y abrazó con grande alegría, y luego se vinieron jun»tos al aposento del príncipe, adonde le curaron la cabeza »como la tarde pasada: los ojos ya no tenian que curar. Lue»go comió su alteza su ordinario, que era un pastel hecho de »pechugas de pollos. Antes de las cuatro de la tarde se tornó »á curar de la misma suerte en presencia de su magestad, el »cual se partió luego para Madrid, y dijo que enviaria á man»dar lo que se debia hacer acerca de la partida de Alcalá, »porque las calores eran muy grandes, y aquel tiempo suele »ser muy doliente, y su alteza se altera fácilmente del frio,

»y del ca or, por lo cual tenia voluntad de salir de allí. Como »la cicatriz iba tan de espacio, no pareció justo ponerle en ca»mino, estando la herida por encorar. Desde este dia se cura»ba conforme á la necesidad, ó una vez sola, cuando se ha»bian puesto los polvos de alumbre, ó dos veces cuando no se »ponian y era menester limpiar la llaga de alguna humedad. »Esta órden se tuvo despues que se trató de hacer la cicatriz, »comiendo la carne supérflua con los polvos de alumbre; otras »veces con hilas secas, y poniendo encima el emplastro gémi»nis; y otras lavando la herida con agua luminosa: con »lo cual naturaleza fué haciendo su cicatriz, y no es de ma»ravillar se tardase tantos dias en una herida tan grande, y »de donde salió tanto casco. Lunes, dia de San Pedro, salió »el príncipe á misa á San Juan Francisco, á la capilla del »bienaventurado San Diego, y entonces le mostraron su cuer»po, el cual habia estado fuera de su sepulcro desde el dia »que le llevaron á palacio hasta el último del mes de junio. »De ahí adelante todas las mas tardes salia su alteza á espa»ciarse al campo, caido el sol. Domingo á 5 de julio salió á »oir misa á San Bernardo; dijo misa nueva su maestro Ho»norato Juan, siendo padrino D. Pedro Ponce de Leon, obis»po de Plasencia. Comió su alteza en aquella casa su ordina»rio. De alli se fué poco antes de las cinco de la tarde á la »plaza mayor á ver las fiestas de toros y juegos de cañas que »se hicieron. En el aposento que los vió cenó á su hora, y an»tes de anochecer se tornó á palacio. Aquella noche entre diez »y once vino nueva, que la serenísima princesa de Portugal »estaba con calentura desde el viernes pasado. Lunes si»guiente vino licencia de su magestad para que se fuesen los »médicos y cirujanos que habian venido á la cura de su alte»za. Martes siguiente se pesó el príncipe para dar cuatro pe»sos de oro y siete de plata que prometió á ciertas casas de »devocion. Pesó en calzas y en jubon, con una ropilla de da»masco, tres arrobas y una libra. Estos dias se iba haciendo »la cicatriz, y para mas ayudarla se le ponian unos polvos de »albayalde, y unas hilas secas, y sobre ellas el emplastro gémi»nis. Jueves á 9 de julio se partieron los médicos y cirujanos,

»y quedamos los dos médicos de cámara Vega y Olivares, y »yo. Viernes á 17 de julio, estando la herida toda encorada, »partió su alteza de Alcalá, y fué á dormir á Barajas, donde »estuvo todo el sábado hasta poco antes de anochecer que »partió, y entró en Madrid cerca de las diez de la noche. La »herida estuvo con su parche hasta 21 de julio, cuyo dia an»tes de comer se le quitó, y no se pusieron mas cosas sobre »ella. Por manera que desde la hora de la caida hasta el fin de »la cura, que fué cuando se quitó el parche, pasaron noventa »y tres dias menos tres horas.»

«En esta dolencia mostró el príncipe nuestro señor gran »devocion y cristiandad, porque allende que como cristianí»simo príncipe confesó y recibió el Santísimo Sacramento en »todas las ocasiones que tocaron á su ánima; á la honra y ser»vicio de Dios tuvo tanta cuenta, que ni la enfermedad, por »récia que fué, ni otra cosa le estorbó para que de esto se »descuidase: todo lo mas del dia entendia en rezar y hacer »oracion á Dios y á nuestra Señora, y en adorar las reliquias »que S. M. mandó allí traer, prometiendo de ir á visitar per»sonalmente, dándole nuestro Señor salud, muchos lugares á »donde su Divina Majestad y la Sacratísima Reina del cielo »suelen mostrar sus maravillas, como á nuestra Señora de »Monserrate, de Guadalupe, y al crucifijo de Burgos y otras »casas de devocion. Ofreció, como he dicho, cuatro pesos de »oro y siete de plata. La primera cosa que S. A. vió en abrien»do los ojos fué una imájen de nuestra Señora que estaba en »un altar frontero de su cama, á la cual devotísimamente hi»zo oracion. Estuvo tanto en las cosas de Dios, que hablando »un dia (de los de mayor trabajo) con su confesor, le pidió »el Santísimo Sacramento, y respondiéndole que S. A. le ha»bia recibido, dijo: eso ha ocho dias, y era asi puntualmente. »Por manera que para las cosas que tocaban á su ánima nun»ca faltó: fué tanta su devocion, que segun S. A. cuenta, el »sábado en la noche á 9 de mayo se le apareció el bienaventu»rado santo Fr. Diego, con sus hábitos de San Francisco y »una cruz de caña en las manos, atada con una cinta verde, y »pensando el príncipe que era San Francisco, le dijo: ¿cómo

»no traeis las llagas? No se acuerda de lo que respondió, mas »sí de que le consoló, y dijo que no moriria de este mal; y »así siempre tuvo S. A. grandísima devocion con el santo »Fr. Diego; y entonces prometió muchas y diversas veces pú- »blicamente delante de todos de canonizarle. Mostró S. A. gran »obediencia y respeto á S. M., porque ninguna cosa de las »que el duque de Alva ó D. García de Toledo le decian en su »nombre dejó de hacer con gran facilidad aun en los dias del »delirio. Lo que á su salud cumplia hizo de la misma suerte, »siendo tan obediente á los remedios que á todos espantaba, »que por fuertes y recios que fuesen nunca rehusó, antes todo »el tiempo que estuvo en su acuerdo él mismo los pidió, lo »cual fué gran ayuda para la salud que nuestro Señor le dió. »La dilijencia y cuidado que todos sus criados tuvieron nunca »se vió jamás: tomaron todos ejemplo en la majestad del rey »nuestro señor, el cual mostró su real ánimo, juntamente »con tanta humanidad y devocion que á todos la puso. El du- »que de Alva, que allí estuvo por mandado de S. M., ningu- »na hora ni momento en tiempo de la necesidad faltó, vien- »do siempre lo que se hacia, que como hombre acostumbrado »á tantos trabajos de cuerpo y espíritu, gobernando tantas ve- »ces tantos ejércitos, se le hizo fácil lo que otros tuvieron por »inmenso trabajo, porque cierto todas las noches estaba ve- »lando vestido sentado en una silla. D. García de Toledo, ayo »de S. A., desde el dia de la caida hasta el fin, tuvo tanto »cuidado y trabajo que fueron pocas las noches que se desnu- »dó, y los mas de los dias juntaba á los médicos y cirujanos »en su presencia y daba órden en todo. Luis Quijada, su ca- »ballerizo mayor, trabajó tanto que enfermó de una erisipela »y calenturas, y llegó á harto riesgo de perder la vida. Su »maestro Honorato Juan, con haber estado todo el invierno »diversas veces enfermo, y no estando aun bien convalecido, »no faltó dia de estar presente á las curas, comidas y juntas. »Para contar los trabajos que todos tuvieron, especialmente »los gentiles-hombres de la cámara y los mayordomos de »S. A., fuera menester una larga escritura, pues ninguno hu- »bo que dias y noches reposase. Todos los demas oficiales y

»criados, cada uno en su oficio, hizo lo que humanamente »pudo. No sé yo si por sus vidas pudieran hacer mas, porque »segun las muestras ninguno hubo que no la perdiera por sal-»var la de su señor. El cuidado y dilijencia que tuvieron los »que á S. A. curaron no quiero decir, porque siendo uno de »ellos no parezca que alabo mis agujas. Solas dos cosas no ca-»llaré. La una, que aunque se ofrecieron algunas dudas, co-»mo las hay en todas las cosas que son de conjetura, porque »ninguno pretendia otra cosa sino solo la salud del príncipe, »en todas nos vinimos á conformar, tomando siempre el mas »sano y seguro parecer, tanto que jamás se han visto tantos »médicos y cirujanos tan conformes. Tampoco quiero callar el »peligro en que todos estuvieron por estar el vulgo ignorante »indignado contra ellos, lo cual entendió muy bien D. Fran-»cisco de Castilla, alcalde de casa y córte de S. M., al cual »cupo no pequeña parte de trabajo del mal de S. A. De nues-»tra parte se hizo lo que se pudo, juntándonos diversas veces »de noche y de dia á tratar lo que se debia hacer, no solo en »la presente situacion en que el príncipe nuestro señor esta-»ba, mas segun lo que podria suceder; y estaba tan preveni-»do todo que nunca se trató de remedios para el mal presen-»te, que no estuviesen ya pensados y aparejados muchos para »lo que podia suceder, y de esta manera nunca se perdió la »ocasion. Cuánto haya valido esto podrán juzgar los hombres »doctos en este arte, y cualquiera de buen entendimiento. »Con los demas no son menester cumplimientos, pues estan-»do ausentes han querido culpar á los que estaban curando á »S. A., que con muchos ojos miraban las cosas. A estos ta-»les su miseria les debe bastar por castigo, la cual es testigo »de su ignorancia. La muestra que en estos reinos se ha he-»cho, y el sentimiento que todos en general han tenido de la »enfermedad del príncipe, es tan notoria que no hay para que »yo la escriba. Los que tuvieren cargo de escribir la historia »de estos tiempos lo harán, pues es una de las señaladas cosas »que en ellos ha acaecido. Y no solo los súbditos de S. M. han »mostrado este amor, mas muchos que no lo son, los cuales »en la dolencia han hecho grandes oraciones á Dios por su

»salud, y con esta grandes alegrias. Esto debe S. A. á Dios, »pues le dió gracia de ser amado por todos: y así será justo »le dé gracias, pues le libró de una tan grande dolencia.»

«En esta enfermedad y convalecencia han venido tantos »grandes, duques, condes, marqueses y otros señores ilus»tres, y caballeros, prelados, y embajadores, que seria pro»lijidad nombrarlos: baste que no ha habido hombre de cuen»ta (que no estuviese legítimamente impedido) que no vinie»se á visitar á S. A.; unos á servirle en su enfermedad, »otros en la convalecencia, ofreciéndole sus personas, dando »muestras en el tiempo del trabajo de gran tristeza y en el »de la salud de gran contentamiento y alegría. Los médicos y »cirujanos que se hallaron en la cura del príncipe son los si»guientes: desde el principio hasta el fin, el doctor Vega, el »doctor Olivares, el licenciado Dionisio Daza: desde el se»gundo dia con los dichos, el doctor Juan Gutierrez de San»tander, médico de cámara de S. M., y su proto-médico ge»neral el doctor portugués, y el doctor Pedro Torres, ciru»janos de S. M.; despues del descubrimiento del casco, el doc»tor Mena, médico de cámara de S. M., y el doctor Vesalio, »insigne y raro varon; desde 6 de mayo el bachiller Torres, »cirujano de Valladolid, al cual, allende de la merced que »S. M. le hizo, como á los otros cirujanos, le recibió por ci»rujano de su casa y corte, con el asiento ordinario, y con »licencia de tres años para que se esté en su casa, lo cual me»recen muy bien su juicio y letras. No quiero alabar en par»ticular á todos los que á S. A. curaron, pues todos ellos son »bien conocidos por sus letras y obras, y en las consultaciones »que se hicieron, y en tantos años que ha que ejercitan este »arte, cada uno ha dado muestra de sus letras.»

«Tuviéronse en esta enfermedad del príncipe nuestro se»ñor pasadas de cincuenta juntas, y las catorce de ellas en »presencia de S. M. Y estas fueron de manera que ninguna »duró menos de dos horas, y algunas duraron mas de cua»tro; y S. M. estuvo á ellas con una humanidad y atencion »notable, y preguntando á cada uno que decia que le decla»rase los términos de la facultad que no entendia. Hacíanse

»las juntas de esta manera. S. M. se sentaba en una silla, y »á las veces rasa, y todos los grandes y caballeros detrás; »el duque de Alva y D. García de Toledo á los lados; los mé-»dicos y cirujanos estábamos en forma de media luna; don »García nombraba al que habia de decir, y el mandado decia »su parecer, fundándose con las autoridades y razones que »sabia, y así nombraba á todos. Un dia, viniendo á mí la tan-»da, me dijo D. García: decid vos, licenciado Daza, y »S. M. manda que no alegueis tantos testos, que fué muy »grande merced, y por tal la tuve: digo esto porque allí no »habia lugar de estudiar, y así se vió lo que cada uno tenia »estudiado.»

«Esta caida de S. A. estaba pronosticada muchos años ha-»bia en esta manera. El príncipe de España Cárlos correrá »peligro de una caida de grados, ó de alto, ó de caballo, pero »de caballo menos. Y aunque yo tengo por burla todo lo mas »judiciario de la astrologia, todavía en lo que toca á naci-»mientos y revoluciones del año se acierta algo. Todo es lo que »Dios quiere, el cual por su infinita misericordia, pues á es-»tos reinos ha hecho tanta merced con la salud que al prínci-»pe nuestro señor ha dado, sea servido de guardarlo largos »años, para que juntamente con S. M. los tenga en paz y en »justicia como hasta aquí, á honra y gloria de Dios, para »mayor aumento de nuestra santa fé católica. Amen.»

«Acabose esta relacion en esta córte y villa de Madrid, dia »del Señor Santiago á veinte y cinco de julio de mil quinien-»tos sesenta y dos años.»

«Muy alto y muy poderoso príncipe.»

«Héla aquí la relacion que V. A. me mandó hacer del su-»ceso de la herida de V. A., la cual si no va con aquel lengua-»je y discrecion que debiera, eche V. A. la culpa al poco ta-»lento mio; pero una cosa hay en ella: que en ninguna cosa »discrepa un punto de la verdad, que es lo que V. A. ha de-»seado saber. Dios nuestro Señor guarde y prospere á »V. A. tantos años como puede, con el acrecentamiento de

»mas reinos, como los humildísimos criados de V. A. de»seamos.»

«Muy alto y muy poderoso señor.»

«Menor criado de V. A., que sus reales manos besa.»

«El licenciado Dionisio Daza.»

Creo que la autenticidad de este documento no dejará ninguna duda de ser falsa la idea, de que fué Vesalio quien curó al príncipe; cuya noticia han repetido casi todos los historiadores extranjeros y algunos españoles, tan mal informados como aquellos. Tambien se ha escrito que el príncipe de Parma D. Juan fué muerto de resultas de unos botines envenenados que le envió Felipe II; y un historiador refiere el caso del modo siguiente:

«La princesa de Evoli hizo presente al rey la gloria que se »habia adquirido Don Juan en la batalla de Lepanto, y el »mucho amor que le habian mostrado todas las naciones, es»pecialmente los españoles, que por sus hazañas le preferian al »mismo rey. Representóle el fausto con que recibió las acla»maciones del ejército en Granada, cuando los soldados grita»ron en su presencia, diciendo: *este si que es el hijo del empe»rador*; y finalmente su obstinacion en quererse hacer rey »de Tunez, y la pérdida de la flota que habia dejado tomar en »despique de no haber el rey favorecido sus designios. Con tal »arte pintó esta hembra estas cosas, que hizo creer al rey que »su hermano tenia algun designio contra su persona. Confir»móse mas en esto con el matrimonio de Inglaterra, penetran»do tanto su corazon estas consideraciones, que juzgaba no »estar segura su vida y estados, viviendo su hermano, y que »no debia perder tiempo en quitarle del mundo. Buscó modo »para enviar á Don Juan por medio no sospechoso unos boti»nes aderezados para que en su nombre se los pusiese. Don »Juan, sin recelo de tal maldad, se los puso el dia siguiente á »su recibo á las nueve de la mañana, y á las tres de la tarde »del mismo dia sintió una mortal flaqueza. Lleváronle á su »tienda, y los médicos le mandaron desnudar y acostar, y »aunque conocieron que estaba su vida en gran peligro, no pu»dieron adivinar su enfermedad. Esta duró cinco dias, y al fin

»de ellos murió en 1.º de octubre de 1578 en los reales de »Bruxe, y de allí fué llevado en hombros de los maestres de »campo de todas las naciones á la iglesia mayor de Namur, y »despues trasladado al Escorial.»

Esta otra falsedad está completamente desmentida con la relacion que de su muerte nos hace Daza al fólio 451, á la ocasion de aconsejar las sanguijuelas en ciertos casos de almorranas, en vez de sajarlas como acostumbraban los cirujanos en aquella época. Dice asi: «Este remedio de las sangujas es »muy mejor y mas seguro, que el sajarlas ni abrirlas con lan»ceta, porque de sajarlas algunas veces se vienen á hacer lla»gas muy corrosivas; y de abrirlas con lanceta lo mas comun »es quedar con fístula, y alguna vez es causa de repentina »muerte; como acaeció al serenísimo Don Juan de Austria; el »cual despues de tantas victorias (principalmente la batalla »naval, cosa nunca vista, ni aun oida en todos los tiempos »pasados) vino á morir miserablemente á manos de médicos »y cirujanos, porque consultaron (y muy mal) darle una lan»cetada en una almorrana, y proponiéndole el caso, respon»dió: *aquí estoy, haced lo que quisiéredes.* Diéronle la lance»tada, y sucedióle luego un flujo de sangre tan bravo, que »con hacerle todos los remedios posibles, dentro de cuatro »horas dió el alma á su criador; cosa digna de llorar y de gran »lástima. Dios se lo perdone á quien fué causa de tanto mal... »y mas adelante concluye: si yo hubiera estado en su servi»cio, no se hiciera un yerro tan grande como se hizo.»

Han presentado los extranjeros á Vesalio como el mas sobresaliente anatómico y cirujano que tuvo España, en la corte del emperador y de Felipe II; pero oigamos á nuestro castellano que sin negarle su habilidad como disector, dice de él á la página 232 de la segunda parte de su obra. «Ví el año de »1547, estando la majestad del emperador Don Cárlos en Au»gusta, abrir un empiemático al doctísimo Vesalio, el cual, »aunque hacia las secciones anatómicas milagrosamente (co»mo yo lo ví muchas veces), en las cirúrgicas era tardo, y »*asi casi me las cometia todas.* Abrió aquel entre la tercera y »cuarta, teniéndose siempre hácia arriba por guardarse de las

»venas y arterias que van entre costilla y costilla ; fué grande »la perfusion de sangre, y aunque penetró la pleura, no salió »nada de lo estravenado , y eso que se hicieron hartas dilijen- »cias, y asi pereció.»

No es menos digno de elogio nuestro hábil cirujano Daza, por la impavidez con que supo arrostrar en Augusta los peligros de la peste en cumplimiento de su deber, cuando todos los cirujanos del emperador se escusaron de ir á curar á los apestados, siendo él solo el único que se prestó á tan humanitario servicio, con inminente riesgo de su vida. Oigase el caso que él mismo nos refiere en la primera parte de su obra, página 464 y siguientes.

«Estando en Alemania en la ciudad de Augusta, adonde »habia entrado el emperador Cárlos V la víspera de Santiago, »año de 1547.... comenzóse á picar la ciudad de peste, y co- »menzáronse luego á hacer grandes preparativos para remediar »tan grande mal, y entre ellos mandó S. M. que se buscasen »fuera de la ciudad dos casas grandes bien apartadas, y que en »la una se recojiesen los alemanes heridos de la peste, y en la »otra los españoles, y que se les diesen cirujanos de su mis- »ma nacion y todo lo necesario. Señalóse para ser curados »los españoles una casa grandísima, á medio cuarto de legua »de la ciudad.... cometió S. M. al duque de Alba que nombra- »se un cirujano de los suyos para que residiese en aquella ca- »sa, y que no saliese de allí.... El duque mandó llamar á un »cirujano de S. M. que se llamaba maese Vicente Sierras, »natural de Zaragoza (harto buen cirujano).... El maese Vi- »cente, visto no solo el gran trabajo, pero grandísimo peligro »que en ello habia, escusóse lo mejor que supo; pero apretán- »dole el duque que aquello mandaba S. M., y convenia á su »servicio, respondió que en ninguna manera lo haria: el du- »que quedó sentido, y mandóle borrar de los libros del rey. »Mandó el duque lo mismo á otros cirujanos del rey que allí »estaban, mas viejos, y tuvieron justa ocasion de escusarse. »Asi S. E. me mandó llamar, y me propuso el negocio... y yo, »considerando que si Dios era servido que yo muriese, no me »lo escusaria el aceptar yo esto, ó dejarlo de aceptar, aunque

»consideré el grandísimo peligro de meterme en batalla con »una hidra invisible, determiné de aceptarlo. El duque me lo »agradeció mucho, y dió cuenta á S. M., etc.»

Por lo relacionado se ve que solo llamaron *á los cirujanos de cámara* para que asistiesen á los apestados, y que habiéndose negado todos, acudieron *últimamente* á Daza, quien les dió una leccion de honor, de patriotismo y de humanidad, al mismo tiempo que logró una nueva ocasion de probar su feliz acierto hasta en aquellas enfermedades cuyas causas son ocultas, y que no tienen una terapéutica segura, ignorándose los ajentes racionales que se pudieran poner en juego para combatirlas.

Dionisio Daza, sin embargo de ser médico y cirujano, se ciñó al ejercicio de la cirujía, en donde puso su esmero y aplicacion, y en prueba de ello se ve que en ninguna página de la obra donde nos refiere su vida, sus compromisos, y la historia de su práctica, nos dice haber ejercido mas que la cirujía, si se esceptua la asistencia que prestó á los apestados en la ciudad de Augusta. Esta conducta es por sí sola en mi concepto una de las cualidades distintivas de su mérito. Nadie conoció mejor cuanto estudio y desvelos son necesarios para llegar á poseer la medicina ó la cirujía. El compromiso de hacer pública su insuficiencia, determinóle á ser perito en una sola, y logró su objeto, haciendo en ella tales adelantos como se pueden ver en el discurso de su erudita y voluminosa obra. Digno es de particular mencion el método que adoptó para curar las heridas de armas de fuego; pues siendo estas armas descubrimiento enteramente nuevo, las enfermedades que de ellas resultaban no eran conocidas, y asi fué preciso cultivarlas desde principios del siglo XVI, y crear enteramente su terapéutica, no siendo posible recurrir á los libros de los árabes, ni de los griegos, para hallar preceptos curativos acerca de una dolencia que ellos no habian observado. Braunschweig, cirujano de Estrasburgo, á fines del siglo XV las trataba como venenosas, introduciendo en ellas trozos de tocino, y dando interiormente la triaca; *Juan de Vigo* atribuyó sus accidentes á la forma redonda de las balas, á la ustion, y á sus cualida-

des ponzoñosas, y por lo tanto las cauterizaba con un hierro encendido, con el ungüento egipciaco, ó con el aceite hirviendo. *Alfonso Ferri* de Faenza, cirujano de Nápoles, y médico despues del Papa Paulo III, sostuvo tambien que eran venenosas, no solamente ellas, sino el vapor que las balas comunicaban al cuerpo, cuando pasaban cerca. Esto no obstante, fué el primero que creyó útil la estraccion de los cuerpos estraños, á cuyo efecto inventó un instrumento, para poderlo verificar, sin desbridar las heridas, que ha sido llamado *Alfonsimo*. Asegura ademas que pueden existir las balas impunemente dentro del cuerpo muchos años, y que es necesario limpiar prolijamente las heridas. Maggi, maestro de Pareo, se opuso á la opinion de que las heridas de armas de fuego fueran acompañadas de quemadura ni de veneno: las dilataba por medio de torundas ordinarias, ó mediante la raiz de genciana, estraia los cuerpos estraños, empleaba tópicos suaves, como el aceite rosado, etc., daba buenos preceptos sobre las fracturas, y encargaba la amputacion en casos de esfacelo. La práctica de Maggi fué sostenida por Juan Bautista Carcano Leone de Milan, por Bartolo y por Falopio. Feliz Wartz, cirujano aleman, dulcificó algun tanto el tratamiento de las heridas de armas de fuego, asi por haber reducido la multitud, y corregido la grosería de los instrumentos estractivos de las balas, como por haber reformado el sedal, y tratado estas heridas por el método antiflogístico; á lo que se acomodó Guillemau, recomendando ademas el desbridamiento y la pronta estraccion de los cuerpos estraños.

Dionisio Daza, lo mismo que Andrés Vesalio, curaba al principio á los heridos en los campos de batalla, segun el método que entonces se seguia: rellenaban las heridas con lechinos empapados en trementina y aceite de sauco hirviendo, con lo que, segun él mismo confiesa, no solo mortificaban á los pacientes con vehementes dolores, de lo que resultaban accidentes perniciosos, sino que hacian las llagas sórdidas y pútridas. Pero un cirujano italiano, Micer Bartolomé, y despues Andrés Laguna, se presentaron en el campo curando á los heridos por un método mucho mas racional, y viendo sus bue-

nos resultados, lo adoptó Daza; con el cual logró enviar á la corte gran número de soldados curados completamente.

Asi pues, el capítulo que escribió sobre la curacion de estas heridas, fué de gran beneficio para los cirujanos de su época, y debe considerarse como un adelanto de importancia.

Este español, en fin, considerado en el siglo XVI, es uno de los hombres mas ilustrados que podemos presentar en la historia de la medicina; no sabemos dónde, ni de qué edad falleciese; pero debió llegar á una larga ancianidad, puesto que de 70 años escribia su obra; la cual tiene por título:

Práctica y teórica de cirujía en romance y en latin: primera y segunda parte, compuesta por el licenciado Dionisio Daza Chacon, médico y cirujano de S. M. el rey Don Felipe II. Valladolid, en casa de Ana Velazquez, 1609. Madrid, por Lucas Antonio de Bezmar, 1678, todas en fólio. La censura de esta obra está firmada por los doctores Olivares y Espinosa en el año de 1580; y en la licencia para las reimpresiones que se hicieron al principio del siglo XVII se espresa haberse hecho otras á fines del XVI. Ignoro en qué año salió á luz por primera vez. Las ediciones que he visto y poseo son las que dejo señaladas; pero es muy probable que se imprimiera poco tiempo despues de la censura.

La dividió el autor en dos partes, y cada una de ellas en tres libros, dando principio con una epístola nuncupatoria al lector, diciendo: que la razon que le movió á escribirla era el aprovechamiento de los que se dedicaban al arte y no á la especulacion, y asegurando que desde la edad de veinte años hasta los setenta que tenia, habia hecho constantemente un asíduo estudio teórico y práctico, asi en la paz como en la guerra y hospitales, en los tiempos saludables, como en los de peste, dentro y fuera del reino, leyendo muchos y muy diversos autores, conversando con hombres doctos, y dándose por esclavo al estudio; que nada menos se necesitaba para haber podido conseguir el fin que se habia propuesto. Manifiesta que no era codicioso de nombradía, sino que buscaba la utilidad que de los escritos se ha de seguir, por lo cual, añade, *me deleitan poco los médicos que demasiadamente se entretienen en la*

filosofía natural, y no llegan al remedio de los rendidos á la enfermedad. Acaéceles á estos lo que á las higueras locas que convidan con su verdor y frescura á cualquiera que las mira, y llegados á ellas, por su esterilidad las maldicen ¡Leccion muy sabia para aquellos que se curan principalmente de estudios estraños á la profesion que ejercen!

En el prólogo, despues de dar la razon de por qué escribia en su idioma nativo, y de hacernos una relacion circunstanciada de sus viajes, concluye: «Héos dado esta cuenta »para que las ocupaciones que os viniesen, no sean parte para »que dejeis de estudiar, pues haciéndolo será para que val»gais mas; que yo os doy mi palabra que el que lo hiciere y »saliere con ello, segun hay falta de buenos cirujanos, y la »habrá mas de aqui adelante, que ha de ser llamado y rogado »de señores y ciudades muy principales, como yo lo he sido, »y muy bien remunerado.»

En un largo prefacio, dividido en nueve capítulos muy interesantes, nos hace la historia de la cirujía, con una erudicion tan inmensa, que solo un hombre de su edad, y que tan bien habia aprovechado el tiempo, era capaz de desempeñar semejante trabajo. Espone en ellos, qué ciencia es la mas antigua, la mas noble, la mas cierta y dificil de cuantas hay; nos presenta las dificultades anejas á esta profesion; nos dá su definicion segun la autoridad de gran número de autores; nos habla de sus acciones, de los instrumentos que son necesarios, denominando todos los que en su época se conocian, del órden que se ha de seguir en el estudio, y de las condiciones generales y costumbres que debe tener el cirujano.

Despues de estos preliminares empieza el primer libro de la obra, con un tratado sobre las apostemas. Espone su esencia y definicion; divide los tumores en varias clases, nos habla de sus causas, terminacion, ora en flemon, erisipela, edema ó en escirro; hace variar su terapéutica segun la naturaleza del miembro donde se hallen, su organizacion, lugar, influjo y sensibilidad, siguiendo en todo esto las doctrinas de Galeno, de quien se deja ver era gran partidario: se ocupa luego de los medios para mitigar los dolores; aconseja para la

curacion las emisiones sanguíneas, las aplicaciones tópicas, los repercusivos, resolutivos y madurativos, queriendo ademas no se dejen de abrir los diviesos lo mas pronto posible, antes que llegue el pus á formar senos y mine las partes sanas, y concluyendo con los preceptos que se han de guardar cuando se llegue á dar salida á las materias.

En el libro 2.º trata del flemon, de sus causas, diagnóstico, pronóstico y método curativo; del divieso maligno; del carbunco; de la gangrena y del esfacelo; consagrando un capítulo á las amputaciones de los miembros, que aconseja hacer del modo siguiente. Póngase una ligadura muy apretada mas arriba del lugar por donde se ha de cortar, haciendo que los practicantes ó asistentes tiren antes hácia arriba del cuero, despues córtese hasta el hueso alrededor del miembro, aplíquese de seguida el cuchillo corvo candente, y cauterícense las bocas de venas y arterias, sin llegar á los bordes de la seccion. Luego siérrese el hueso con instrumento de menudos dientes, polvoréese la herida con caparrosa y sarcocola para hacer la escara mas gruesa, reúnanse los lábios bajando los tegumentos, pónganse luego unos paños de claras de huevos batidas con sangre de drago, bolo-arménico y acíbar, aplíquese un vendaje retentivo, y sitúese el miembro mas bien alto que derecho. Pero esta operacion, añade, no se hace sin gran peligro de morir el enfermo, y asi es necesario pronosticarlo antes, sopena de quedar infamado. Hablando luego de lo peligroso y dificil de las amputaciones por contigüidad, principalmente la del codo, refiere el caso siguiente de Vesalio. «Vi el año de 1554, estando el ejército de la magestad del emperador Cárlos sobre Sandesier, que al capitan Solis le quiso cortar el brazo por el codo, y con trabajar buen rato nunca pudo, y hubímosle de cortar cuatro dedos mas arriba; y de estas cosas os habeis de apartar, pues ninguna honra habeis de ganar con ellas.»

Pasa luego á tratar de los aneurismas, haciéndolos consistir en un tumor blando al tacto, formado de sangre arterial y causado por la dilatacion y relajacion de una arteria, ó por una solucion de continuidad en ella. Dice, que es necesario

ser muy docto y ejercitado para conocer esta afeccion, y en prueba de ello trae el caso que él presenció siendo practicante, de un hombre que tenia un aneurisma en el cuello, causado por dilatacion; y habiéndose juntado muchos y muy buenos cirujanos, creyeron que era un absceso muy supurado, y asi trataron de abrirlo; pero lo dejaron hasta que los licenciados Arias y Herrera, que eran cirujanos de cámara, y de los mejores de aquel tiempo lo viesen; los cuales fueron del mismo sentir, pero difirieron la operacion hasta el dia siguiente, en que conocieron ser el tumor aneurisma, librándose afortunadamente el enfermo de una muerte segura.

Daza propone para su curacion la ligadura. Buscaba la arteria en un punto distante del aneurisma; tomaba una aguja corva y enhebrada, la introducia por debajo del vaso y le ataba. Seguro ya de la hemorragia, abria el tumor, lo limpiaba, y curaba despues la herida por el método ordinario.

A la erisipela, herpes, edemas y otras enfermedades de la piel, consagra varios capítulos. Al hablar de las escrófulas ó lamparones, entre los varios medios que propone para su curacion, incluye la estirpacion, la cauterizacion ó la ligadura, cuando no se han podido resolver ni madurar, esponiendo mas adelante los peligros de estas operaciones, y haciendo relacion de aquellas sustancias á que los antiguos atribuian una virtud preservativa, con varias prácticas supersticiosas, á las que no dá crédito, pues dice, que aun cuando las recomendaban los autores, y el vulgo las creia, no estaban probadas.

Concluye este libro con varios capítulos consagrados á tratar de los lobanillos, escirros y cancros, en donde se estiende sobre sus causas, método curativo y operaciones.

El tercer libro trata *de los apostemas que vienen en los miembros particulares*: empieza por el hidrocéfalo, sus causas, señales y curacion, y sigue con las enfermedades de los ojos; las de los oidos; parótidas; polipos nasales; dolores de dientes y muelas, provenidos de inflamacion, para los que prescribe gran número de remedios; las inflamaciones de las glándulas sublinguales, de las amigdalas y campanilla, y en

qué casos se ha de escindir este órgano; las esquinancias; los medios de remediar á los asfixiados por submersion en el agua, ó por estrangulacion; el bocio, del cual dice que solo curó uno en toda su vida por medio de los cáusticos; las apostemas del espinazo, y las enfermedades de los pechos en las mujeres que crian; apostema de los riñones; ceática; apostemas de los órganos genitales; inflamaciones de los mismos y de la vejiga; apostemas del periné é intestino recto; almorranas y flujo hemorroidal; apostemas inguinales ó encordios; bubon pestilencial, en donde nos pinta este terrible azote, y los medios curativos que empleó cuando hubo de combatirle; la inflamacion y apostemas de la berga y de los testículos, y últimamente causas y curacion de los panadizos.

Segunda parte, que trata de la práctica y teórica de la cirujía, de todas las heridas en general y particular, compuesta por, etc.

En los seis primeros capítulos del primer libro de esta segunda parte, trata *de las heridas en general, de su definicion, especies y nombres, segun el miembro en que están*: establece quince indicaciones para poder formar el pronóstico: 1.ª de la magnitud de la herida: 2.ª de su figura: 3.ª de la sustancia de la parte donde está la herida: 4.ª del temperamento del individuo: 5.ª de la conformacion de las partes: 6.ª del sitio: 7.ª de la virtud ó fuerza vital de la parte: 8.ª del sexo: 9.ª de la edad: 10 de la temperatura de la atmósfera: 11 de la estacion del año: 12 del clima: 13 del género de vida del paciente: 14 de las circunstancias antecedentes del individuo; y 15 de los accidentes sobrevenidos despues de la herida. Esplica despues por menor cada una de estas indicaciones, y pasa luego á tratar del órden que se ha de seguir en las declaraciones judiciales, cuando sea el cirujano requerido por el juez, y del pronóstico que se ha de dar en las heridas de los órganos principales de la economía; teniendo por mortales las del corazon; las que interesan profundamente el cerebro y el tragadero; las del hígado, que afectan la vena porta; las del espinazo habiendo lesion de la médula; las de los pulmones; las de los intestinos delgados; las del estómago y riñones; las

que cortan las yugulares ó carótidas, y por último, todas las que comprenden á un órgano ó vaso importante para la vida.

El método curativo que aconseja es el siguiente: 1.º limpiar la herida y estraer los cuerpos estraños, escepto cuando se sospeche que su estraccion ha de causar un vehemente dolor, ó un flujo de sangre que ponga en peligro al paciente, pues en este caso es mas acertado dejar obrar á la naturaleza: 2.º unir las partes que están separadas, sea por costura, ó por otros medios que hagan su oficio: 3.º conservar estas costuras el tiempo que sea suficiente; y 4.º impedir los accidentes que se opongan á la curacion. Esplana luego cada uno de estos puntos, estendiéndose en la esplicacion de las costuras y sus diferencias; en los vendajes, en los medios de precaver y de curar los accidentes que sobrevengan al herido; en el régimen alimenticio, sueño y vigilia, etc., y en las señales del flujo de sangre y medios para contenerlo.

Pasa luego á tratar de las heridas de los nervios y contusiones, sus diferencias, accidentes, pronóstico y curacion, concluyendo con las heridas venenosas, y las causadas por el perro rabioso.

En el libro 2.º se ocupa *de las heridas de la cabeza, contusiones y fracturas*, empezando por su anatomía. Espone muy bien las heridas simples, en las que aconseja los aglutinantes para haber de cerrarlas sin que sobrevenga supuracion, y las contusas complicadas con fractura y causadas por contragolpe, dedicando varios capítulos á tratar de la operacion del trépano, de los casos en que está indicada, de sus consecuencias, y de los medios de corregir los accidentes que sobrevengan.

El 3.º y último libro está dedicado *á todas las heridas en particular de todos los miembros.*

Principia por las heridas del rostro, ojos y narices, aconsejando que en el caso de faltar estos órganos, no siendo posible regenerarlos, se hagan de oro, plata, lienzo encolado ó pergamino del mismo color, tamaño y figura que los naturales, sujetándolos con cordones; pero ya en su tiempo habia

quien regeneraba estas partes del modo que él á continuacion nos refiere. «Estando yo en Nápoles, dice, habia en la Cala- »bria un cirujano que restauraba las narices perdidas, y ha- »cíalo de esta manera. Quitaba todo lo calloso, como se quita »cuando curamos las curtas de los lábios ó de las orejas, y »luego en el morcillo del brazo izquierdo con una navaja, á lo »largo del brazo daba una cuchillada tan larga cuanto habia »de ser la nariz, y hacia que los enfermos metiesen alli la na- »riz, y ataba al brazo la cabeza, de manera que no se pudiese »revolver, y asi continuaba cuarenta dias, en los cuales ya »habia crecido en la nariz cantidad de carne, de la cual qui- »taba con una navaja lo que sobraba, y dejaba la nariz que »se echaba poco de ver la falta que tenia.» Continúa tratando de las heridas de los lábios, lengua y cerviz, y las de las venas yugulares y arterias carótidas, en donde refiere la desgracia acaecida á D. Luis Quijada, favorito de Cárlos V, que fué quien crió ocultamente al hijo natural del emperador, Don Juan de Austria. «Fué el caso, que estando en Nápoles los »caballeros españoles dispusieron un juego de cañas, en que »tomaron parte algunos italianos. Uno de estos no supo alzar »la lanza, y fué á dar en la parte derecha del cuello de Qui- »jada, cortándole las venas yugulares y arterias carótidas: »acudieron á su cura maese Francisco de Zaragoza, cirujano »del emperador, y otros muchos de la ciudad, pero ningun »remedio aprovechó. Tuvo amagos de desmayarse, y enton- »ces el flujo empezó á ceder, durmióse luego, y cesó de un »todo, logrando el enfermo ir cada vez mejor de su herida, »hasta que sanó........ Este mismo Quijada murió de resul- »tas de un arcabuzazo que le disparó un moro al ir á reco- »nocer la fortaleza de Seron, cuando el levantamiento de Gra- »nada. La bala le entró por la mitad del hombro, y como los »cirujanos entonces no habian visto curar las heridas de ar- »cabuz, creyeron que todo el buen resultado de ellas consis- »tia en estraer la bala; asi es que le hicieron varias dila- »taciones de las que le sobrevinieron accidentes mortales, »*cuando con la bala en el cuerpo podia haber vivido muchos* »*años*.»

Enterado Felipe II de este suceso escribió á Daza por su misma mano, para que desde luego se trasladase desde Madrid al punto donde se hallaba D. Juan de Austria; lo que efectuó encontrando á Quijada en tan mal estado, que no duró mas su existencia que dia y medio despues de su llegada, habiendo mandado decir al rey este caballero, *que de siete aberturas que le habian hecho para sacarle la pelota, venia á morir mas que del arcabuzazo.*

Continúa tratando de las heridas del tragadero, tráquea, y de las simples y penetrantes del pecho; de cuándo y cómo conviene abrir el empiema; de las heridas del pulmon; de las del vientre é intestinos, y de las de cada uno de los órganos contenidos en la cavidad abdominal, concluyendo la obra con un tratado sobre las heridas de armas de fuego, en donde prueba, contra el sentir de los cirujanos de su época, que no eran venenosas ni combustas, refiriendo varios casos curiosos en prueba de su opinion. En su método curativo critica la práctica de cauterizar estas heridas, y aconseja la estraccion de los cuerpos estraños, sino se teme causar daño, pues en este caso quiere se deje la bala, diciendo: «Si quereis que os diga »una verdad con juramento, os aseguro que millares de he»ridos que he curado, muchos mas sanaron de los que les »dejé las balas en el cuerpo, que no de los que se las saqué, »y asi si las podia sacar con facilidad, lo hacia, sino, las de»jaba, porque de no sacarlas, nunca tuve mal suceso, y de »sacarlas, muchos.»

Aconseja igualmente que se ponga al herido en la posicion que tenia cuando lo hirieron, para que los músculos no tomen otra postura que cierre el orificio de la solucion de continuidad; quiere que se meta el dedo por la herida para percibir mejor el cuerpo que está dentro, ó por lo menos que se procure que la tienta sea de un grueso proporcionado; últimamente, el método que aconseja en la cura es el de las heridas por contusion, limpiar, enjendrar carne, facilitar la cicatriz, y corregir los accidentes.

He presentado esta lijera idea de la obra de Dionisio Daza, para que se juzgue cuán injustamente se olvidan de mencio-

narla los extranjeros, cuando su lectura suministra muchas luces, no solo con respecto á casos históricos, sino tambien para saber positivamente hasta qué grado llegaron los conocimientos quirúrgicos del siglo XVI.

JUAN CALVO.

Natural de Valencia, en cuya Universidad estudió y se graduó de doctor, habiendo obtenido despues una cátedra de botánica, que desempeñó por algun tiempo con general aplauso. Pasó luego á Montpellier, y en su escuela enseñó cirujía: no sabemos cuanto tiempo permaneció en aquel magisterio; mas por los años de 1568 se hallaba de vuelta en su patria, ocupando una cátedra de cirujía, y segun se espresa en el prólogo de la primera obra, que se imprimió en 1580, *determinó escribirla despues de haber leido doce años esta facultad en la escuela valenciana para satisfacer la voluntad que le tenian no solo los cirujanos que habian sido sus discípulos, sino otros tambien que le consultaban las dificultades que hallaban en la práctica.*

Juan Calvo fué uno de los mejores cirujanos que florecieron á fines del siglo XVI. Las obras que imprimió son las siguientes:

1. *Primera y segunda parte de la cirujía universal y particular del cuerpo humano.* Sevilla, 1580, en 4.º Madrid, 1626, en fólio; idem, 1657, en fólio; idem, 1674, en fólio. Valencia, 1690, en fólio.

Divídise esta obra en dos tratados:

Primero, *Anatomía verdadera del cuerpo humano.*

Segundo, *Del morbo gálico, en el cual se enseña su orígen, causas y curacion, el modo de hacer el vino santo, dar las unciones, y corregir sus accidentes.*

El autor apoya la opinion de que este mal fué traido de la América por los años de 1493; pero nada nos dice de nuevo sobre lo que Ruiz Diaz de Isla y otros, copiando á este, nos han referido. Esta obra tuvo tal aceptacion, que no obstante el crecido número de impresiones que de ella se hicieron, fué

buscada y recomendada en siglos posteriores, haciéndose en este tan rara que con dificultad se encuentra un ejemplar.

2. *Cirujía de Guido Cauliaco con la glosa de Falcó, nuevamente corregida y enmendada; muy añadida, y declarados los vocablos oscuros que en ella habia, con un tratado de los simples.* Valencia, por Pedro Patricio, 1596, en fólio.

Esta obra se reimprimió en Madrid año de 1658, en fólio, corregida y anotada por el doctor Fernando Infante de Aurioles, médico de Alcalá, y natural de Carrion.

Tomas Alvarez.

Médico portugués. Escribió:

Regimiento para preservar de la peste. Coimbra, 1569. Lisboa, 1580.

De esta obra hacen mencion Alberto de Haller y nuestro Villalba en su Epidemiologia, pág. 109.

Luis Oviedo.

Boticario en la villa de Madrid. Escribió:

Método de la coleccion y reposicion de las medicinas simples, de su correccion y preparacion. Madrid, por Alfonso Gomez, 1581, en 8.º; idem, por Luis Sanchez, 1595, en 4.º; idem, idem, 1609, en fólio.

En la segunda edicion se añadió el tercer libro; *en el cual trata de los lectuarios, jarabes, píldoras, trociscos y aceites que están en uso.*

Está dedicado al doctor Andrés Zamudio de Alfaro, médico de cámara de Felipe II.

Esta obra es una farmacopea de los medicamentos compuestos. Por no estar conformes los pareceres acerca del número y dosis de sus componentes, se determinó el autor á escribir este tratado, *presentando lo mas cierto que habia en el particular, y consultando á la esperiencia y autoridad de los graves autores.*

Segun D. Nicolás Antonio escribió otra obra, titulada:

Tratado de botica. Madrid, por el mismo Sanchez, 1621, en fólio.

VICTORIAN ZARAGOZANO.

Nació en el pueblo de Alborton por los años de 1545. Fué hijo de Miguel Zaragozano y de García Zapater, de linage esclarecido. Completó el curso de filosofía, y recibió el grado de bachiller en artes y el de doctor en medicina; dedicóse ademas á otras ciencias, principalmente á la astrología y matemáticas, en las que adquirió muchos conocimientos. Las obras que publicó fueron estas:

1. *Repertorio de los tiempos, compuesto por Juan Aleman, doctor en medicina, corregido y enmendado por el doctor Victorian Zaragozano. Contiene las conjunciones, oposiciones, cuartos ó quintos de la luna, hasta el año de* 1610. Zaragoza, 1583, en 8.º

2. *Lunario y repertorio de los tiempos que sirve á toda Europa, calculado y compuesto al Meridiano, y elevacion del Polo de la muy insigne y real ciudad de Zaragoza, que sirve hasta el año de* 1910, *dedicado al serenísimo señor don Felipe de Austria, príncipe de Asturias.* Zaragoza, 1584, en 4.º; idem, 1587, en 8.º

Al principio de esta obra se hallan las armas del autor, que son cuatro bastones y dos columnas con bayas y capiteles, puestas en aspa y en la cabeza del escudo, y dentro de él un castillo con puertas y dos ventanas, con sus torres; todo en campo de plata y azul.

3. *Lunario y discurso del tiempo sobre el año de* 1592, *calculado al meridiano y elevacion del Polo de la ciudad de Zaragoza.* Zaragoza, 1592, en 8.º

4. *Lunario y repertorio de los tiempos, que sirve para toda Europa, dedicado al rey don Felipe, con el arte del Cómputo castellano.* Zaragoza, 1594, en 4.º; idem, 1599, en 8.º

5. *Compendio breve de la cura de la peste, con la cual cada uno se puede curar sin consulta de médicos, recopilada de muchos autores.* Zaragoza, 1597, en 8.º

En la Atlanta del marqués de San Felices, canto 7.º, pá-

gina 203, se hace mencion de este español, diciendo que escribió diferentes obras de matemáticas y poesia, que no se llegaron á imprimir.

FERNANDO VALDES.

Natural de Sevilla, segun parece. Estudió la medicina en la Universidad de Alcalá de Henares; se graduó en ella de doctor, y fué catedrático de la misma, como lo manifiesta en la dedicatoria de su obra. Despues fué tambien catedrático de prima en la escuela de Sevilla. Escribió el siguiente tratado:

De la utilidad de la sangría en las viruelas y otras enfermedades de los muchachos. Sevilla, por Fernando Diaz, 1583, 4.º A este libro se halla unido el mismo tratado en latin, impreso en el propio año y lugar.

Están dedicados á D. Mateo Vazquez de Lacca, arcediano de Carmona, y canónigo de Sevilla.

El motivo que movió á Valdés á escribir esta obra fué la publicacion de un anónimo en Sevilla, que aseguraba haber sido la causa de la muerte de muchos niños que habian padecido viruelas, el haberlos sangrado. Valdés trata de probar que es útil sangrar á los muchachos, asi en las viruelas, como en otras enfermedades eruptivas.

Se conoce que este sevillano era hombre instruido, pues cita con frecuencia y oportunidad, y apoya su opinion en la de los principales autores griegos, árabes, latinos y regnícolas.

Al fin del escrito castellano se hallan unos versos de Don Diego Giron en loor del autor.

Valdés era tambien aficionado á la poesia.

BARTOLOME HIDALGO DE AGUERO.

Doctor en medicina, y peritísimo cirujano, natural de Sevilla, en cuya ciudad siguió sus estudios: fué discípulo de los doctores Cueva y Quadra, cirujanos de gran nombradía en

su época. Concluida su carrera empezó á ensayar un nuevo método de curar las heridas, al cual llamó *via particular*, y que consistia en no dilatar las heridas, ni trepanar, ni tampoco usar de los digestivos, sino los medios de unir las partes separadas, los desecantes y aglutinantes, y poner las heridas á cubierto del contacto del aire atmosférico. Los felices resultados que desde luego empezó á obtener por este medio, llegaron á darle tanta fama, que segun refiere su yerno ya no temian los valentones de Sevilla herir y ser heridos; sino que llenos de osadía decian como por refran al acometer en sus desafíos, *á Dios me encomiendo, y al doctor Hidalgo de Agüero*, acojiéndose á él como al áncora de su salvacion.

Desempeñó en la Universidad de su pueblo una cátedra de cirujía, y tuvo discípulos que le honraron en sus escritos, y fueron grandes partidarios de su nuevo método. Uno de ellos fué Pedro Lopez de Leon, el cual refiere en su obra quirúrgica sobre las apostemas, que en el espacio de cuatro años que practicó con él en Sevilla, habia curado mas de tres mil heridos, y á la pág. 223 añade, que la causa porque Hidalgo, su maestro, se apartó de la marcha seguida de todos los cirujanos antiguos y modernos fué, que habiendo observado que en el hospital llamado del Cardenal se le morian al doctor Cuevas de cada treinta heridos los veinticinco, procuró remediar este desastre, convencido que la mayor parte sucumbian á consecuencia de las operaciones. Asi, pues, habiendo fallecido el referido Cuevas, y obtenido su discípulo Hidalgo la plaza de cirujano del hospital, empezó este, á presencia de los mismos estudiantes de su escuela, á ensayar *su via particular*, dejando las legras, trépanos y demas instrumentos férreos, y vistos sus buenos efectos, fué limando y perfeccionando su método hasta que halló lo que deseaba.

Sin embargo de los públicos y felices resultados que diariamente presentaba su práctica á la consideracion de los cirujanos, no por eso dejó de esperimentar las impugnaciones y crítica de los partidarios de la rancia costumbre de la *via comun*. Fragoso fué uno de los que arguyeron en contra de su nueva práctica, aunque no con tan sólidas razones como

alega Hidalgo en la réplica que le hizo. Se puede decir que el tiempo y la esperiencia no solo han coronado al médico de Sevilla como victorioso en la lid científica que sostuvo, sino como á príncipe de su método de la *via seca ó particular*, dado á luz mucho mas de un siglo antes que el que publicó César Magato en su obra *De rara medicatione vulnerum*, impresa en 1733, y en la que á pesar de hallarse copiadas las doctrinas del español, ni siquiera se le menciona. Empero, pues que tanto se ensalzó esta obra, y tanta fama valiera á su autor, mucha mayor le es debida á nuestro Hidalgo, que llevado de un recto juicio y amor á la humanidad, fué el primero que puso en práctica el mismo método, y con él consiguió dar vida á muchos desgraciados, que de otra suerte hubieran perecido.

Hidalgo falleció en Sevilla despues de una larga y afortunada prática, á los 67 años de su edad, en el de 1597: su memoria debe vivir á la par de la de los mas esclarecidos varones de nuestra profesion. Todos sus escritos se dieron al público en un tomo en fólio por el profesor D. Francisco Jimenez Guillen, yerno del autor, bajo este título:

Tesoro de la verdadera cirujía y via particular contra la comun; compuesto por el doctor D. Bartolomé Hidalgo de Agüero, médico y cirujano, con la cual se hace un perfecto cirujano. Sevilla, 1604, en fólio. Barcelona, 1624, en 4.º Valencia, 1654, etc.

En esta obra que publicó el citado Guillen despues de la muerte de Agüero, se hallan unos versos latinos de aquel en alabanza de su autor, y dos sonetos anónimos, que uno de ellos es el siguiente:

Doctor ilustre, honor del patrio nido
De Hidalgo, y Agüero por renombre,
Y tan Hidalgo en trato como en nombre,
Por agüero de Apolo habeis nacido.
Porque tanto en su esciencia habeis sabido,
Que perplejo y confuso cualquier hombre
Duda á cual de los dos primero nombre,

Por haber nueva esciencia introducido.
Vos sois lo que pudiste ser vos solo,
Si postrero ó primero no se prueba;
Que postrero no sois mas que primero.
Lo uno y lo otro sois: primero Apolo,
Porque sois inventor de esciencia nueva,
Segundo Apolo por nacer postrero.

Esta obra contiene las materias siguientes:

1. *Avisos de cirujía contra la comun opinion.*

En esta primera parte presenta el autor su nuevo método, probando que en el tratamiento de las heridas, en general se debe proscribir *la via comun digeriendo*, y adoptarse la *particular*, ó sea *desecando.* Salió á luz la primera vez en Sevilla, año de 1584.

2. *Tratado de las evacuaciones tocantes á los casos de cirujía.*

Habla en él de cuándo, y en qué circunstancias se ha de purgar á los enfermos en los casos de cirujía.

3. *Tratado de la sangría.*

En este se ocupa de los casos en que se debe recurrir á las emisiones sanguíneas en las enfermedades quirúrgicas, concluyendo con un epítome de anatomía por preguntas y respuestas.

4. *Tratado de las heridas en universal y particular.*

Principia este manifestando que no es doctrina moderna la de curar las heridas por *la via seca ó particular*, puesto que Galeno y Cornelio Celso la habian adoptado; y que asi este método estaba fundado en autores graves, y no menos confirmado con evidentes razones. Despues nos refiere cómo se han de tratar las heridas de cabeza, y los remedios que se han de poner en práctica para ello.

5. *Fundamento y preceptos de la via particular.*

Trae veinte y ocho preceptos, poniendo por fundamento en el primero que todo cirujano ha de guardar tres cosas: 1.ª que cure presto: 2.ª que cure sin dolor: 3.ª que aparte y prevenga todo peligro. El 2.º precepto es que se aguarde á la

naturaleza, como la principal artífice, juntando las partes separadas de la herida: 3.º que se quiten las cosas preternaturales: 4.º que se conserven las fuerzas naturales: 5.º que no se use de instrumentos de hierro para la cabeza: 6.º que se use de medicinas capitales, que son de mayor eficacia que los instrumentos: 7.º que se cure con medicinas que aglutinen, y en caso de emplear las digestivas, que sean *conservativas* y no *putrefactivas*: 8.º que se cosa ó apunte la herida que no se puede juntar: 9.º que se desangren las heridas hasta que queden limpias: 10.º que se purgue al herido de cabeza al principio: 11.º que se sangren todos los heridos en el principio: 12.º que no se apunten nervios ni tendones ni se liguen fuertemente: 13.º que no se cierren todas las heridas de la cavidad vital y natural despues de desangradas y apuntadas: 14.º que en toda herida de la cabeza se lave la parte con vino tibio, y no se aplique la clara de huevo: 15.º que toda fractura de brazo ó pierna se cure como las fracturas de la cabeza, y no se le pongan tablillas ni caja: 16.º que no se contengan desde luego las hemorragias con costura, lechinos, atadura ó cauterio: 17.º que las heridas de cabeza hechas con instrumento cortante se curen por primera intencion, ó con el dijestivo conservativo cuando fuesen hechas con instrumento contundente: 18.º que en las dichas heridas de cabeza no se dilate ni se haga separacion del pericráneo: 19.º que en toda herida, ya sea fresca ó vieja, se ha de sangrar: 20.º que no se hagan contra-aberturas en las heridas de pecho: 21.º que en las heridas del rostro se quiten los puntos al tercer dia, dándolos en las vizmas: 22.º que se den á los heridos caldos de pollo: 23.º que todas las cavidades de heridas de cabeza se dilaten, y despues de desangradas se junten los bordes, caso de no haber fractura: 24.º que se procure en las heridas de cabeza que no penetre el aire: 25.º que no se tema el color negro que tome el cráneo cuando no vaya acompañado de accidentes malignos; pero que en este caso es señal mortal: 26.º que en las contusiones se use de ventosas secas y sajadas, cuando no hubiese herida ni hueso quebrado: 27.º que se quiten en toda herida ó contusion las cosas que impidan la

aglutinacion, para juntarla: 28.º y último, que no se use la clara de huevo en las heridas del rostro, pues aunque aglutina, las hace callosas y casi fistulosas, ni se aplique tampoco el aceite rosado, porque es inútil.

6. *Breve suma de las razones de la via particular, y contradicciones de la via comun, y respuestas que hacen fuertes las razones particulares.*

En este tratado presenta los argumentos de los partidarios del antiguo método, respondiendo brevemente á ellos.

7. *Antidotario general de ambas vias.*

Es una recopilacion de varios emplastos, ungüentos, linimentos, etc., y otros simples, dosis y modo de usarlos.

8. *Suma de las proposiciones de cirujía que el licenciado Fragoso dice que enseña, contra unos avisos que yo hice imprimir el año pasado de* 1584.

En el prólogo á esta impugnacion dice Hidalgo que no hubiera emprendido semejante trabajo, sino fuera por evitar la nota de que quedara su doctrina reprobada, y puesto que su intencion nunca fué dar muestras ni hacer ostentacion de su injenio, ni menos dejar perpétua memoria de sí, sino del provecho y bien de la república; que por lo tanto habia determinado combatir la impugnacion de Fragoso, «primera»mente, continúa, por declarar mi intencion, que es la que »tengo dicha, y lo segundo por mas fortalecer con razon y »esperiencia mis proposiciones y avisos, probando ser cier»tos y verdaderos; á los cuales con injusto nombre y título »llaman pseudo-preceptos, pues dado que conforme á razon »la práctica ordinaria se puede usar (aunque con mucha di»lacion de tiempo, y por tanto con gran peligro del enfer»mo) no hay razon alguna por donde cierre tras sí la puerta, »no dando lugar á la particular, mayormente no siendo conse»cuencia siempre verdadera, esto es, contra la comun; luego »por el consiguiente es falso; porque muchas cosas vemos en »medicina estar reprobadas en nuestros tiempos que en otros »han estado en comun uso de todos. Tambien, no por haberse »dejado de usar muchas medicinas antiguamente de los famo»sos autores celebradas, por eso son dignas de reprobacion,

»sino es que damos en cara á Hipócrates su Pemplio, y Eleboro »negro, y las purgas en enfermedades agudas de él tan usadas, »las cuales en nuestros tiempos ninguno osa tocar. Asi que, »concluyo, no haber perpetuidad en esto como tampoco en las »demas cosas. Por lo cual, un doctor grave, admirándose de »esta variedad y mudanza de las medicinas, agudamente dice: »Cuántas purgas, antídotos, emplastros, ungüentos, trocis»cos, emolientes y otras de esta manera, tenidas de Dioscó»rides, Galeno y otros célebres y famosos médicos en grande »precio y estimacion, ahora de todo punto se han dejado de »usar; de tal manera que es semejante el estado y mudanza »de las cosas á las de los vocablos (1). Porque de la manera »que dijo el otro de ellos, así nosotros podemos decir que »muchos remedios se volverán á usar que ya han caido, y los »que ahora usamos y traemos entre las manos caerán, si el »vulgo y razon quisieren; los cuales son los dos escelentes ins»trumentos con que los médicos doctos inquieren, reprenden »y enseñan. Por lo cual, discreto lector, no debe causarte ad»miracion esta novedad contra la comun, antes discretamen»te la recibe con el ánimo, buen celo y deseo con que yo te »la ofrezco, que es de aprovechar y servir al bien comun de »la república.»

Principia el libro de la defensa de sus proposiciones, dirigiéndose á Fragoso en estos términos:

«Licenciado: notísimo es á todos que el ciego que asi na»ció y lo está, mal puede juzgar de colores, y pues asi lo es»tais, ¿cómo se puede sustentar lo que decís que enseñais »contra mis avisos, careciendo de todo punto de su intelijen»cia y genuino sentido? Abrid, abrid los ojos, que ya no po»deis pretender ignorancia, pues hay otra cirujía distinta de »la que vos sabeis.» Despues de esta fraterna comienza á defender cada una de las proposiciones que Fragoso le criticó.

---

(1) Multa renascentur, quæ jam cecidere, cadentquè,
Quæ nunc sunt in honore vocabula, si volet usus
Quem penès arbitrium est, et jus, et norma loquendi.
(Horat., art. poet.)

Cualquiera que lea esta controversia no podrá menos de conocer que Hidalgo de Agüero tuvo razon, y que su doctrina fué como el preludio, digámoslo asi, de una nueva práctica quirúrgica, aunque ya columbrada y puesta en uso por otros cirujanos españoles, entre ellos Arceo, como ya hemos dicho.

9. *Tratado de la definicion de cirujía y de los apostemas en general.*

Este tratado es una pequeña obra elemental de cirujía en preguntas y respuestas; no ofrece cosa digna de particular mencion.

10. *Tratado de la anatomía del cuerpo humano.*

Es un compendio bastante reducido de anatomía, que tampoco ofrece nada de particular.

11. *Tratado de la historia del ojo.*

Con este título hace el autor la descripcion anatómica del órgano de la vista.

12. *Tratado de apostemas.*

13. *Tratado de la definicion de úlcera y de sus diferencias.*

14. *Tratado de fracturas.*

15. *Tratado de dislocaciones.*

Estos son unos trataditos elementales de cada una de estas especialidades.

16. *Tratado de la peste.*

De dos maneras dice el autor que puede ser la cura de la peste, preservativa y curativa; en la primera aconseja la fuga de los lugares apestados, y todos los demas medios recomendados por los antiguos y por los modernos que escribieron sobre el particular antes que él: en la segunda tampoco se diferencia de estos, pues ensalza las medicinas cordiales, el mitridato y varias confecciones, queriendo que si la landre ó bubon se mostrase en la garganta, se sangrase al enfermo de la vena safena del brazo correspondiente al tumor; si en el axila, de la basilica del mismo brazo; si en la ingle, de la safena del pie correspondiente, y últimamente, si en ambas axilas ó ambas ingles, de los dos miembros respectivos; despues de lo

cual administraba los sudoríficos y derivativos al conducto intestinal.

17. *Tratado del tabardillo.*

Se ocupa este tratadito de las señales del tabardillo, pronóstico y método curativo, consistente en emisiones, sangrías, dieta poco tenue, el uso de los ácidos de lima, limon y naranja, jarabes antipútridos compuestos con el ácido de la cidra, lavativas atemperantes, purgantes preparados con el cocimiento de tamarindos, cordiales, fricciones generales y ventosas. Ultimamente, si antes ó despues del dia 14 no hubiese hecho la naturaleza una evacuacion espontánea por cámaras, sudor ó epistasis, juzga conveniente volver á purgar al enfermo con la infusion de agarico. Concluye esponiendo los medios que empleaba para correjir los accidentes que se presentaban despues de la fiebre, principalmente el delirio, en cuyo caso aconseja, despues de ensayar todos los recursos racionales, como último remedio y pronosticando el peligro, sacar tres onzas de sangre de la frente.

Luis de Lemos.

Natural de Fronteira, en Portugal (segun dice Cardoso), doctor y catedrático de filosofía de la Universidad de Salamanca, despues médico de Llerena, y últimamente de cámara del rey de Portugal: escribió una obrita curiosa sobre el arte de pronosticar en las enfermedades, titulada:

1. *De optima prædicendi ratione libri sex*: á la que añadió un juicio crítico sobre las obras de Hipócrates: *Judicii operum magni Hippocratis, liber unus.*

De este escrito hace mencion Sprengel (1), confesando no haberlo visto él ni ninguno de los literatos mas célebres; tambien Grunner (2) dice lo mismo, y es bien estraño, puesto que no solamente se imprimió en Salamanca en 1584 en 4.º y en

(1) Tomo 3.º, pág. 17.
(2) Censura de las obras de Hipócrates, págs. 31 y 32.

fólio en 1588, sino tambien en Venecia en 1592, cuya edicion podian haber leido, ya que no la española. Igualmente le cita con elogio Pinel, y á la verdad es acreedor á toda alabanza, pues entre los escritores que han analizado las obras de Hipócrates para averiguar cuáles son genuinas, cuáles apócrifas, ninguno lo hizo con la exactitud y buena crítica que este portugués.

Hé aquí como habla D. Andres Piquer acerca de este médico, cuya obra poseo, traducida al castellano. «Luis de Le»mos, médico de Llerena, uno de los hombres mas doctos de »su tiempo, fué á mi entender el primero que trató de propó»sito, reduciéndolo á exámen, de la legitimidad de las obras de »Hipócrates en un tratado con este título: *Judicium operum »magni Hippocratis*. Poco despues de la publicacion de este »tratado dió Mercurial á luz las obras de Hipócrates en griego »y en latin, poniendo algunas notas suyas al fin de cada libro. »Al principio puso su juicio sobre las obras de Hipócrates con »este título: *Censura operum magni Hippocratis;* y las prue»bas que trae son en sustancia lo que dijo Lemos, mudando »solo el *judicium* del título en *censura*, y formando cuatro »clases en que colocó los escritos de Hipócrates, segun el »concepto que merecian en su comprension. Los modernos »que han escrito despues acerca de este asunto, es muy poco »lo que añaden á lo que dijeron Lemos y Mercurial, y así se »vé que habiendo tomado todo lo principal de Lemos, se »presentan al público sin confesar que han bebido de nuestras »fuentes lo mas puro de su doctrina.» (Piquer, Pronósticos de Hipócrates, tomo 3.º, pág. 5.)

Francisco Sanchez el Brocense, catedrático de lengua griega y retórica en la Universidad de Salamanca, compuso unos preciosos versos latinos en elogio de Lemos, que se hallan al frente de las ediciones de la obra referida.

Escribió la vida de Zacuto Lusitano, la cual se halla en las obras de este gran médico, y ademas los tratados siguientes:

2. *Paradoxorum, seu de erratis dialecticorum libri duo.* Salamanca, 1558, en 8.º

3. *Physicæ ac medicæ disputationes.*

4. *In librum Aristotelis de interpretatione, etc.* Salamanca, 1558, en 4.º

5. *Commentaria in Galenum de facultatibus naturalibus.* Salamanca, 1580, en 4.º, id., 1594, en 4.º

6. *In libros XII methodi medendi Galeni commentaria,* Salamanca, 1581, en fólio.

Dejó manuscrito

Commentaria in libros posteriorum analyticorum Aristotelis.

ANTONIO ALVAREZ.

Estudió la medicina en las Universidades de Alcalá y Valladolid, en cuyas escuelas fué catedrático. Se estableció despues en la ciudad de Burgos, en donde ejerció la facultad por muchos años, hasta que fué llamado por el duque de Osuna, virey entonces de Nápoles, que le hizo su médico de cámara, protomédico de aquel reino y catedrático de prima en la escuela de dicha ciudad, en donde escribió:

Epistolarum et consiliorum medicinalium pars prima omnibus, non medicis modo, sed etiam philosophæ studiosis utilissima. Nápoles, por Horacio Salviano, 1585, en 4.º

Se hallan al frente de este libro algunos epígramas latinos de varios médicos célebres de Nápoles en alabanza del autor.

La obra de Alvarez está escrita en un latin puro y elegante, y dedicada al mismo duque de Osuna. Esta dedicatoria debia conservarse en casa de los sucesores de aquel prócer, porque es un epílogo de los blasones y acciones heróicas de los descendientes de su ilustre casa.

Hállase dividida esta obra en diez cartas, en las que se ocupa el autor de varios asuntos teórico-prácticos, como son entre otros, *que no conviene sangrar ni aplicar cauterios en la hemiplegia producida por causa fria, ó sea la hemiplegia nerviosa: el método preservativo y curativo de la gota, etc.*

ANDRES VELAZQUEZ.

Ignórase el pueblo de su nacimiento; fué vecino de la ciu-

dad de Arcos de la Frontera, donde ejerció su profesion, y tuvo por maestro de ella al doctor Alfonso García, quien le consagró varios epígramas latinos en alabanza del tratadito que imprimió sobre la melancolía, titulado:

Libro de la melancolía, en el cual se trata de la naturaleza de esta enfermedad, asi llamada melancolía, y de sus causas y síntomas; y si el rústico puede hablar latin, ó filosofar, estando frenético ó maniático, sin primero lo haber aprendido. Sevilla, por Hernando Diaz, 1585, en 8.º

Esta obrita, dedicada al Exmo. Sr. D. Rodrigo Ponce de Leon, duque de Arcos, marqués de Zahara, etc., contiene ocho capítulos, y sus doctrinas están calcadas sobre las de Galeno, cuya autoridad cita frecuentemente. Sin embargo es curiosa atendido al tiempo en que se escribió.

Trata en el primer capítulo *del cerebro y su temperamento, ejercicios y afecciones.*

En el segundo *del modo como se comunica al resto del cuerpo la facultad animal por medio de los nervios, y del sitio y uso de los ventrículos.*

En el tercero *en qué edad se ha de empezar á estudiar las ciencias*, *y de si hay instinto de naturaleza ó no.*

El autor procura conciliar los pareceres encontrados de Aristóteles y Galeno, queriendo el uno que la adolescencia fuese la edad mas apropósito para entregarse al ejercicio de las facultades intelectuales, y diciendo el otro que debia esperarse á que la naturaleza estuviese mas desarrollada para que pudiera usar mejor del raciocinio é *imaginativa.* Prueba que hay instinto, como doctamente enseñó Galeno, cuando para averiguar este punto sacó un cabrito del vientre de su madre, y puesto despues en un lugar donde tenia varios vasos de miel, agua, aceite, vino, leche, y otros licores, vió que el animal se dirigia á ellos oliendo las vasijas, y bebiendo solamente la leche; de donde deduce que Hipócrates dijo muy bien, *natura indocta*, *sine doctore*, *doctè operatur.* «Todo lo »que mi imaginacion y voluntad quiere, añade, como sean »acciones de la facultad animal puras, se comienzan á obrar »y á hacer ó parar. Asi, queriendo yo esplicar una oracion

»ó término, todos los músculos que están fabricados y orde»nados para la voz, se levantan por este movimiento, y solo »los que son necesarios se mueven hasta donde conviene y »como conviene, aunque yo no sepa cómo se mueven, ó con »que facultad, ó hasta donde....»

En el capítulo cuarto declara *qué fuerza tenga la imaginacion, y qué cosa sea risa*; *habla de sus causas, de las cosquillas, etc.* Manifiesta cuán poderoso influjo sea el de la imaginacion para el buen resultado de las enfermedades; aconseja que se procure distraer á los enfermos para que no fijen su mente en los males. Impugna la opinion del doctor Huarte sobre la causa de la risa, y dice: «Que esta es una vibracion »del septo transverso y de los músculos del pecho y boca, de»terminada por cosas graciosas y nuevas, de que se sigue el »contento con alguna admiracion; viniendo de aqui que el »hombre se rie, porque él solo entre todos los animales se ad»mira; los demas se huelgan, pero no rien porque no se ad»miran; antes viendo cosas nuevas se espantan, y de aqui »tambien viene que los fátuos, los niños y mujeres se rien »mas que los hombres de entendimiento.....» Añade á esto la disposicion particular de cada individuo, y advierte que por ella están por lo regular tristes los convalecientes, y los que son melancólicos, no son risueños; por lo que era un error creer con el doctor San Juan en su *Exámen de injenios*, que la melancolía natural hacia á los hombres risueños, á menos que ella no haya convertido al hombre en fátuo que rie de *miminis quibusque*..... La risa producida por las cosquillas, dice que es un contento y deleite que se esperimenta al tocar blandamente algunas partes del cuerpo, cuyo cuero es mas delgado, cuando se hace á hurto y de repente, y que por esto ninguno se puede á sí mismo cosquillar, porque no lo puede hacer ocultamente.

En el capítulo quinto esplica el significado *de melancolía, y cuáles sean los cuerpos mas dispuestos para enjendrarla.*

Prueba con doctrina de Galeno que la melancolía es uno de los cuatro humores, y que los sugetos mas predispuestos á ella son los delgados, morenos y vellosos.

En el capítulo sesto espone *qué cosa sea el morbo melancólico y á qué género de enfermedad se deba inferir, definiéndole una enagenacion del entendimiento ó razon sin calentura.* Mas hay dos clases, dice, de melancolía, que no se diferencian sino en el mas ó el menos; la una es la que todos los médicos propiamente llaman melancolía, y la otra la que llamamos manía. El primer caso es cuando el humor atrabiliar ha adquirido alguna putrefaccion, mediante la cual llega á contraer acrimonía; y el segundo cuando daña al cerebro á causa de los vapores que levanta, de lo que puede resultar la gota coral y la epilepsia.......

En el capítulo sétimo esplica *cómo se alteran las facultades cerebrales por causa de esta enfermedad*, *y cuáles sean sus síntomas.*

Prueba que la malignidad del humor melancólico deprava la memoria, y que los enfermos afligidos por tan miserable estado se desalientan y abaten; y no para su calamidad en solo estar tristes y tener miedo, sino que enferma su imaginacion, perturbándose en cada uno sus actos de distinto modo; y asi, añade, unos son mudables, otros escrupulosos, este avaro, aquel pródigo, etc. «Uno de estos, refiere, se imaginó gallo, y sacudia los brazos á manera de alas, y entonaba la voz para cantar; otro se creyó ladrillo, y no queria beber por temor de deshacerse, y asi dijo muy bien Areteo: «Que los melan»cólicos vienen á perder de tal manera el sentido y la razon, »quedando tan espantados y faltos, que de todas las cosas se »hallan ignorantes, y desacordados de sí mismos, y pasan su »vida como bestias.»

En el octavo y último capítulo ventila la cuestion, *si el rústico estando frenético ó maniaco puede hablar latin y tratar de puntos filosóficos sin haberlos aprendido.*

Impugna la opinion de algunos que creian ser esto posible, y prueba que para que lleguen á efectuarse con regularidad los actos intelectuales, era necesario estar bien dispuesto, pero que hallándose enfermo el sugeto, no era posible verificar dichos actos por estar los órganos ó instrumentos faltos de los requisitos necesarios para ello.

Juan Lopez de Tudela.

Médico: publicó una obra titulada:

De medica materia adtyrones. Pamplona, 1585, en fólio. Sevilla, por Juan de Santander, 1589, en fólio.

Véase á D. N. Antonio, tomo I, pág. 721.

Rodrigo de Fonseca.

Natural de Lisboa, y uno de los hombres mas sábios que ilustraron las escuelas extranjeras en el siglo XVI. Concluida su carrera escolástica se estableció de médico en su pueblo natal, en donde ejerció la facultad con grande crédito y nombradia; pasó luego á la ciudad de Pisa, y habiendo obtenido en su Universidad una cátedra, enseñó la medicina por espacio de algunos años; pero trasladado á Padua por los años de 1615, la fama de sus conocimientos y erudicion hizo que su Universidad le contase entre el número de sus maestros, ofreciéndole desde luego una de las primeras cátedras de la facultad, cuyo magisterio desempeñó con aplauso hasta su fallecimiento, acaecido en 1622.

Dedicado este grande hombre á la ciencia que profesaba, ocupó toda su vida en la enseñanza y el estudio, dejándonos el fruto de tan asidua y prolongada tarea en gran número de obras, que publicó, y cuyo catálogo es el que á continuacion se espresa.

1. *In Hippocratis legem commentarium, quo perfecti medici natura esplicatur.* Roma, 1586, en 4.º

2. *De calculorum remediis qui in renibus et vexicâ gignuntur.* Roma, 1586, en 4.º

3. *De venenis, eorumque curatione.* Roma, 1587, en 4.º

4. *In septem libros aphorismorum Hippocratis commentaria.* Florencia, 1591. Venecia, 1595, en 4.º Idem, 1596. Idem, 1608, en 4.º Idem, 1621, en 4.º Idem, 1628, en 4.º Padua, 1678, en 4.º Idem, 1708, en 4.º

Esta obra es una de las de mas mérito del autor, y en

donde brilla su espíritu verdaderamente hipocrático, como tambien sus grandes conocimientos prácticos. Sin embargo, no ha podido escapar al desden y menosprecio de M. Jourdan, quien califica estos comentarios de *pesados y pedantescos*. El que se halle revestido del verdadero espíritu filosófico, sin esa parcialidad que distingue al francés, y tome en consideracion el espíritu del siglo y el estado general de la ciencia en aquella época, sabrá dar á esta obra el mérito que tiene.

5. *Opusculum, quo adolescentes ad medicinam facile capessendam instruuntur juxta normam in punctis tentativis pro doctoratu recitandis usitatam.*

A esta obra añadió el autor otra titulada: *Consultationes aliquot, et modus demonstratur curandi capitis vulnera sine apertione et per admirabile Aparitii oleum, secretum unicum, quo ille apud Hispaniarum regem non modo gloriosum nomen, sed opes magnas consèquutus est.* Florencia, 1596, en 4.º

6. *In Hippocratis prognostica commentaria.* Padua, 1597, en 4.º

7. *De tuenda valetudine et producenda vita. Librum singularem.* Florencia, 1602, en 4.º Francfort, 1603. Esta obra se tradujo en italiano por Policiamo Mancini, y se imprimió en 1603, en 4.º

Habla en ella de la peste bubonaria; era de opinion que se sangrase al enfermo al principio, pero despues de pasados algunos dias aplicaba las sanguijuelas al ano, y ventosas sajadas á los muslos. Combate la opinion de *Salio Diversus*, quien opinaba no se debia sangrar en los casos de fiebres malignas. Segun Fonseca, era la peste *una fiebre maligna epidémica, ocasionada por la corrupcion del aire*, y que inficionaba á todos los pueblos sometidos á su influencia; los signos que la caracterizaban eran los carbunclos ó las landres. El enfermo, dice, *siente inapetencia, le sobrevienen síncopes, gran dolor de cabeza, estupor y soñolencia: las orinas son turbias, ó bien oscuras: la muerte es por lo regular su terminacion, principalmente si los tumores se presentan en las axilas.*

8. *De hominis excrementis.* Pisa, 1613, en 4.º

9. *Consultationes medicæ singularibus remediis refertæ non modo ex antiquâ verum etiam ex nova mediciña deprompiis, ac selectis, quarum usus exactissima methodo explicatur et experimentis probatur.* Venecia, 1618, en fólio. Idem, 1619, en fólio. Idem, 1620, en fólio. Idem, 1622, en fólio. Idem, 1628, en fólio. Francfort, 1625, en 8.º

Esta obra contiene algunos casos dignos de leerse, y es otro de los escritos que no solo prueban su pericia como médico, sino que pone de manifiesto el gran concepto que gozó en su larga práctica.

10. *Tractatus de febrium á cutarum et pestilentium remediis diæteticis chirurgicis et pharmaceuticis.* Venecia, 1621, en 4.º

En este escrito recomienda el autor el uso de las sanguijuelas en los casos, en que bien por debilidad del enfermo, por su edad ú otras causas no se deba practicar la sangría, y al mismo tiempo sea necesario efectuar una derivacion ó evacuacion local. Mandaba aplicar las sanguijuelas sobre las venas esternas, y aun en las internas, y á la vena media de la nariz, advirtiendo que no se deben aplicar dentro de ella sino en casos raros, porque puede sobrevenir una hemorragia que sea muy dificil contener.

D. Nicolás Antonio hace mencion de otras dos obras, como del mismo autor, pero sin lugar de impresion, á saber:

11. *De morbis virginum, qui intra clausuram curari nequeunt.*

12. *Leonardi Jacchini methodus curandarum febrium.*

Esta última no es mas que una reimpresion de la obra de Leonardo, con algunas aclaraciones.

Doña Oliva del Sabuco de Nantes Barrera.

Natural de Alcaraz en el campo de Montiel, provincia de la Mancha. Fué de sublime injenio y de gran penetracion; hizo sus estudios privados, pues no consta que asistiese á ninguna aula, llegando á adquirir tan profundos conocimientos en física, medicina, moral y política que se atrevió á solicitar del

conde de Barajas, presidente del consejo de Castilla que emplease su autoridad á fin de juntar los mas sabios físicos y médicos de España, proponiéndose convencerles de que estas dos ciencias que se enseñaban en las escuelas, *iban completamente erradas.* Mas por lo que esta mujer estraordinaria llegó á hacerse célebre y acreedora á los cumplidos elogios que la tributaron varios autores, fué por el nuevo sistema fisiológico que imprimió, en donde establece contra la opinion de todos los antiguos y la de los médicos de su tiempo, que no es la sangre la que nutre nuestros cuerpos, sino el suco nerveo derramado del cerebro, atribuyendo á sus vicios la causa de las enfermedades. «La causa y oficina, dice esta española, de los »humores de toda enfermedad es el cerebro: allí estan los »afectos, pasiones y movimientos del ánima; allí el sentir ó »sensacion; allí la raiz y la naturaleza que hace la vejetacion; »allí la vida y anhelacion; de allí las enfermedades, y de allí »la muerte: allí la ánima irascible y concupiscible, pues no »pueden estar sin especies.» (Fólio 206, edic. Mad. de 1588, en 8.º)

Si se cotejan estas proposiciones de Doña Oliva con el cuarto teorema de Cárlos Pison, de ese hombre á quien tanto encomia Boerhaave por su preciosa obra de las enfermedades serosas, aunque no sea del gusto de los solidistas del dia, se verá que este sistema se halla conforme con la doctrina que dos siglos antes publicó nuestra española. Precedió tambien á Descartes en la opinion de constituir al cerebro por única residencia del alma racional, aunque no la circunscribió precisamente á la glándula pineal, como quiso el célebre reformador de la filosofía, sino que la estendió á toda la sustancia del órgano encefálico.

El sistema de Doña Oliva fué dado á luz como parto original por los ingleses Eucio, Warton, Cole, Charleton y otros, sin haber merecido la autora ser citada por ninguno de ellos.

El padre Fr. Benito Gerónimo Feijóo es uno de los que mas han elogiado á esta hija de Minerva, restituyéndole la gloria que le habian usurpado los extranjeros. El doctor Martin Martinez en la censura puesta á la obra de Boix *de Hipócrates*

aclarado, al párrafo 37 dice: «¿para qué atribuir la gloria de »este pensamiento á los ingleses, cuando antes que ellos, aun »en el siglo de captividad, la publicó aquella heroina doctriz »española Doña Oliva Sabuco, que con infame afrenta de »nuestro sexo, tuvo valor de imprimir el año de 1587 un nuevo »sistema contra el de Galeno y el vulgar de los árabes?»

Tambien nuestro abate Lampillas encomia el fruto del injenio pensador de esta mujer ilustre, diciendo: «la filosofía »natural y la medicina son útiles descubrimientos dignos de »las meditaciones de un profundo filósofo; los testimonios de »su feliz injenio que se conservan impresos, la afianzan un »asiento honroso en la república literaria.»

En efecto, Doña Oliva tenia una imaginacion fecunda, brillante, fuerte, y aunque su obra abunda de metáforas y alegorías, es preciso considerar que el estilo que requieren los diálogos en que escribió, y los sugetos que intervienen en sus coloquios lo exijen asi. Tiene ademas el mérito de la sencillez, como puede verse por la siguiente definicion de la fiebre; «fiebre vera, dice al fólio 208 vuelto, es una huida »del calor nativo del corazon, el cual huye de los espíritus »frios y húmedos que caen del cerebro, asi como la exhala- »cion caliente y seca huye de la nube, y en la misma fuga se »enciende. La no verdadera es como si á un hierro ardiente »dentro de un vidrio le echas encima agua, quedará el hierro »frio y el vidrio caliente.»

Tiene esta escritora otro mérito singular que le dará siempre un derecho á la gloria, y es el haber discurrido un tratado de las cosas con que se puede mejorar la república, que forma una especie de higiene ó policía civil, cuyos preceptos debian tener á la vista los príncipes y legisladores. He dicho muchas veces en la cátedra que el tratado de las pasiones escrito por esta mujer era superior, atendiendo al tiempo en que lo escribió, á la misma obra de Alibert, y me complace que uno de mis discípulos la haya vindicado en una nota puesta en el segundo tomo de su fisiologia, la que voy á trasladar aquí (1).

(1) Tal vez habrá todavía en nuestro siglo quien participe del sen-

«Alibert en su fisiologia de las pasiones ó nueva doctrina del »sentimiento moral reduce todos los fenómenos á tres clases: »1.ª los que se requieren á la conservacion del individuo; »2.ª los que proporcionan al hombre relaciones con los obje-

---

tir de los tiempos bárbaros, en que privaban á la mujer de la capacidad de aprovechar en los estudios propios del hombre, constituyéndola idónea solamente para la conservacion de la especie. Pero no han sido de esta opinion muchos y muy ilustrados varones que han tenido la ocasion de esperimentar de cuánto es capaz el bello sexo, cuando á un buen desarrollo de sus facultades intelectuales se une la instruccion, que á muchos hombres seria infructuosa, faltándoles la disposicion necesaria.

No fué Doña Oliva la única sábia que floreció en el siglo XVI. Aprovecho esta ocasion para referir algunas otras que se hicieron célebres en aquella época, y de las que hacen honorífica memoria varios autores españoles, entre ellos el abate Lampillas.

Ana Serbaton, natural de Cataluña, fué una de las que cultivaron las letras, siendo escelente latina, y escribió una obra titulada *Sarracenorum apud hispanos damnis.*

Luisa Medrano ocupó una cátedra de Humanidades en la Universidad de Salamanca, segun nos aseguran Marineo Sículo, y el abate Lampillas.

Luisa Sigea, natural de Toledo, se dedicó al estudio de las lenguas, y llegó á perfeccionarse en la latina, griega, siriaca, árabe y hebrea, en cuyos cinco idiomas escribió al Papa Paulo III, lo que llamó la atencion de los ilustrados romanos. Dejó escritas *treinta y tres cartas eruditas*, un diálogo *De differentia vitæ rusticæ et urbanæ*; varias poesías, y un poema latino que tituló *Sintra.* Andrés Ressendres, Fernando Villergas y el abate Lampillas hacen grandes elogios de esta española.

Angela Sigea, hermana de Luisa, fué tambien instruida en idiomas; pero en lo que mas sobresalió fué en la música, en la que era eminente profesora.

Cecilia Morillas, natural de Salamanca, ademas de las grandes habilidades que decoran su sexo, sabia la lengua latina, la griega, la italiana y la francesa. Habia estudiado filosofía, teología escolástica y positiva, y enseñaba en su casa todas estas ciencias con tal aprovechamiento de sus discípulos, que noticioso Felipe II de la erudicion de esta mujer, quiso que se encargára de la enseñanza de las infantas; pero ella reusó admitir aquel honor por dedicarse á perfeccionar la educacion de sus hijos.

»tos que le rodean; y 3.ª aquellos por los cuales asegura la »conservacion de la especie.»

«El autor del analísis de esta obra, ademas de considerar»la escrita con método, claridad y energía, dice que se en»cuentran en ella conocimientos de que carecen las publicadas »por Hume, Smith y otros que no han tenido ocasion como »Alibert para estudiar al hombre, asi en el estado de salud »como de enfermedad. Añade que á esto se debe sin duda una »produccion literaria, en que se asocia á la novedad de los pen»samientos y agudeza del espíritu, el estilo ardiente que carac»teriza las obras de injenio.»

«No estoy distante de creer con el analizador de esta obra »verdaderamente recomendable que sea una produccion origi»nal del citado Alibert, pues otras muchas que ha dado á luz, »y el distinguido concepto facultativo que ha merecido, le ha»cen juzgar capaz de esto, y aun mas; pero tampoco puedo »omitir en obsequio de la literatura española que algunos si»glos antes de la publicacion de la fisiologia de las pasiones, »ya se imprimió en España una obra que si no es muy seme»jante, tampoco demasiado diferente.»

«En efecto, en 1587 se imprimió en Madrid, y dedicó al »rey Don Felipe, segundo de este nombre, una obra intitula-

---

Juana Morella, natural de Barcelona, á los doce años de edad fué á Francia con su padre, en donde sostuvo conclusiones públicas de filosofía, por lo que fué sumamente aplaudida, causando gran admiracion á los franceses. A los 17 años era ya teóloga y jurisconsulta, sabia muchas lenguas, música y dibujo. Escribió varias obras que estuvieron á punto de salir á luz; pero arrepintiéndose luego no quiso que se imprimiesen; entrò en un convento de religiosas, en donde murió jóven.

Isabel Joya, natural de Lérida, era tambien filósofa y teóloga; fué á Roma, donde habiendo querido algunos cardenales oirla en cátedra, quedaron admirados de sus discursos, y de lo bien que resolvió los mas graves puntos de filosofía y teología.

En obsequio de la brevedad dejo de enumerar otras varias célebres españolas que se han distinguido por sus conocimientos científicos y literarios.

»da: Nueva filosofía de la naturaleza del hombre, no conocida »ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos, la cual mejo»ra la vida y salud humana; escrita por Doña Oliva Sabuco de »Nantes Barrera, vecina y natural de la ciudad de Alcaraz, y »en cuyo elogio compuso dos sonetos el licenciado Juan de So»tomayor, vecino de la misma.»

«Empieza el analísis de las facultades afectivas ó pasiones »con un coloquio del conocimiento de sí mismo, en el cual »hablan tres pastores filósofos en vida solitaria, y nombrados »Antonio, Veronio y Rodonio. En él despues de aclarar aquel »dicho, escrito con letras de oro en el templo de Apolo: *Nosce »te ipsum*; se trata de los afectos de la sensitiva, que obran »en algunos animales, del enojo y del pesar, de la ira y su »remedio, de la insinuacion retórica, de la tristeza, del miedo »y del temor, del amor y deseo, del placer y alegría, etc. hasta »llegar á manifestar las mudanzas que inducen en el hombre »los alimentos y otros agentes.»

«De esto, como del título de la obra, se deduce que los »antiguos españoles no ignoraron una gran parte de lo que re»cientemente ha publicado Alibert; que si este erudito profe»sor no ha tenido presente para la composicion de su obra la »de nuestra Doña Oliva, sino que ha sido pensamiento origi»nal; tambien nos será permitido decir que 238 años antes que »el autor francés, una española literata describió con bastante »precision, y con el método que proporcionaban los conoci»mientos de aquella época, la filosofía de los afectos, ó fisio»logia de las pasiones (1).»

A pesar de todos los elogios que se han tributado á Doña Oliva, y de su mérito por haber precedido en sus ideas á varios médicos y filósofos extranjeros, no se entienda por esto que pretendo dar á su obra mas recomendacion de la que realmente merece. Asi pues, consideradas sus teorías como una concepcion hija de la perspicacia de una imaginacion fervien-

---

(1) J. Mosácula. Elementos de fisiologia especial humana. Madrid, 1830, tomo II, pág. 158 y siguientes.

te, es digna hasta cierto punto de alabanza, por haber sido el primer injenio español, y aun podemos decir el único, á quien se debe la creacion de un sistema, de uno de esos halagüeños desvarios de la fantasía, tanto mas perjudiciales, cuanto que por lo regular no carecen de cierta seduccion y se insinuan con facilidad en los espíritus poco filosóficos, desviando al entendimiento del estudio observador de la naturaleza, único que nos puede conducir al deseado fin en la profesion. Tengo por un mérito el que no sea á nuestros españoles á quien se deba ninguno de esos ponderados sistemas, que no parece sino que se han convenido con la misma muerte para poder cosechar las vidas con menos resistencia, ¡y ojalá no hubiera tampoco entre nosotros ningun partidario de ellos! Por el contrario quisiera yo que todos caminasen con aquella duda propia de una sensatez filosófica, y convencidos de que la naturaleza en cada individuo tiene un modo particular de ser, se observase mejor, y se estudiase atentamente en aquellos hechos que se hallan bajo el imperio de las sensaciones bien percibidas, desechando la loca pretension de haberla comprendido por medio de cálculos quiméricos, que son tan perjudiciales á la existencia de los desgraciados enfermos.

Bien pudiera, aprovechando esta ocasion, hablar de los sistemas que desde Hipócrates hasta nuestros dias han reinado unos despues de otros, cayendo todos en igual descrédito, con lo que probaria de una manera inconcusa los falsos cimientos en que se fundan; pero no es este ahora mi objeto. Absténgome, pues, de probar esta verdad, convencido de que el lector ilustrado, el verdaderamente ecléctico la conoce perfectamente, y el que por desgracia se halle obcecado con algun sistema esclusivo, no llegará á convencerse, ni aun por el número de víctimas que amontone.

Es tambien doña Oliva digna de toda alabanza por haber vislumbrado muchos fenómenos fisiológicos debidos á la lectura de las obras de Hipócrates, Platon, Eliano, y otros médicos y filósofos antiguos. En efecto, aunque ella dice *no se acordaba de medicina por no haberla nunca estudiado*, parece espresar con esto que no habia seguido un curso escolástico

de medicina, sino solamente un estudio privado; y asi debió ser, pues de lo contrario era imposible se mostrara tan versada en la medicina de los griegos y árabes. En fin, para que el lector pueda formar idea de una obra que seguramente se ha de hacer bastante rara, haremos un sucinto análisis de ella. Hé aquí su título:

Nueva filosofía de la naturaleza del hombre, no conocida ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos, la cual mejora la vida y salud humana; compuesta por doña Oliva Sabuco, impresa en Madrid, año de 1587. En 1588 se hizo segunda impresion, por Pedro Madrigal, aumentada y añadida con algunas curiosidades y una tabla, y al fin de ella puso la autora su *fac simile.* En 1622 se volvió á reimprimir en Braga, y últimamente en Madrid, en la imprenta de Domingo Fernandez, calle del Duque de Alba, año de 1728, en 4.º Esta última impresion se halla espurgada por el tribunal de la inquisicion, reconocida y enmendada de muchas erratas que tenian las precedentes, con un elogio del doctor Martin Martinez en que confirma lo que la misma habia ya dicho, á saber: *que este libro solo faltaba, como otros muchos sobraban.*

Al principio del libro se hallan dos sonetos en alabanza de la autora; el siguiente es del licenciado Juan de Sotomayor.

Oliva de virtud y de belleza
Con ingenio y saber hermoseada,
Oliva do la ciencia está cifrada
Con gracia de la suma eterna alteza.
Oliva de los pies á la cabeza
De mil divinos dones adornada;
Oliva, para siempre eternizada
Has dejado tu fama y tu grandeza.
La oliva en ceniza convertida,
Y puesta en la cabeza nos predica
Que de cenizas somos y seremos:
Mas otra Oliva bella esclarecida,
En su libro nos muestra y significa
Secretos que los hombres no sabemos.

En la carta dedicatoria dirigida á Felipe II, le dice esta dama: «Reciba V. M. este servicio de una mujer, que pienso »es el mejor en calidad que cuantos han hecho los hombres.... »y aunque la católica magestad tenga dedicados muchos li»bros, á lo menos de mujeres pocos, y ninguno de esta ma»teria...... Este libro faltaba en el mundo, asi como otros »muchos sobran; todo él faltó á Galeno, á Platon y á Hipó»crates en sus tratados *de natura humana*, y á Aristóteles, »cuando trató *de anima, vita, et morte*. Faltó tambien á los »naturalistas como Plinio y Eliano....... De este coloquio del »conocimiento de sí mismo y naturaleza del hombre, resultó »el diálogo de la vera medicina, que allí se vino nacida, no »acordándome yo de medicina, porque nunca la estudié; pe»ro resulta muy clara y evidentemente, como resulta á la luz »del sol, estar errada la medicina antigua que se lee y estu»dia, en sus fundamentos principales, por no haber entendido »ni alcanzado los filósofos antiguos y médicos su naturaleza »propia, donde se funda, y tiene su orígen la medicina. De »lo cual no solamente los sábios y cristianos médicos pueden »ser jueces, pero tambien los de alto juicio de otras faculta»des, y cualquier hombre hábil y de buen juicio leyendo, y »pasando todo el libro; de lo cual no solamente sacará gran»des bienes en conocerse á sí mismo, y entender su natura»leza, afectos y mudanzas, y saber por qué vive, muere ó »enferma, y otros grandes avisos para evitar la muerte vio»lenta, y cómo podrá vivir felice en este mundo; pero aun »tambien entenderá la medicina clara, cierta y verdadera, »y no andará á ciegas con ojos y pies ajenos, ni será curado »del médico, como el jumento del albeitar, que ni vé, ni oye, »ni entiende de lo que le curan, ni sabe por qué, ni para »qué. Pero especialmente los médicos de buen juicio, cris»tianos, libres de intereses y magnánimos que estimen mas »el bien público que el particular, luego verán de lejos relu»cir las verdades de esta filosofía, como relucen en las tinie»blas los animalejos relucientes en la tierra, y las estrellas »en el cielo, y el que no la entendiere ni comprendiere dé»jela para los otros y para los venideros, ó crea á la espe-

»riencia, y no á ella, pues mi peticion es justa: que se prue»be esta mi secta un año, pues han probado la medicina de »Hipócrates y Galeno dos mil, hallando en ella tan poco efec»to como se vé claro cada dia en el gran catarro, tabar»dillo, viruelas y pestes pasadas, con otras muchas enferme»dades, pues de mil no viven tres todo el curso de la vida »hasta la muerte natural, y todos los demas mueren de muer»te violenta de enfermedad sin aprovechar nada su medicina »antigua. Y si alguno por haber dado yo avisos de algunos »puntos de esta materia en tiempo pasado, ha escrito ó escribe »usurpando estas verdades de mi invencion, suplico á V. M. »mande las deje porque no mueva á risa como la corneja »vestida de plumas ajenas, etc.»

Sigue á esta dedicatoria una carta dirijida á D. Francisco Zapata, conde de Barajas, presidente de Castilla y del consejo de estado, pidiéndole favor y amparo contra los émulos de su libro. «Acordé, dice, encomendar esta obra y pedir favor á »V. S. I., aclarando y significando dos yerros grandes que »traen perdido al mundo y sus repúblicas; y son estar erra»da y no conocida la naturaleza del hombre, y este yerro na»ció de la filosofía y sus principios errados. Y de lo uno y de »lo otro lo que se lee en las escuelas no es asi, y traen enga»ñado y errado el mundo entero con muy graves daños. Todo »lo cual si el rey nuestro señor y V. S. I. en su nombre fue»re servido de concederme su favor y mandar juntar hombres »sábios, yo les probaré y daré evidencias como ambas cosas »están erradas y engañado el mundo, y que la verdadera fi»losofía y la verdadera medicina es la contenida en este li»bro, etc.»

El primer capítulo principia con un coloquio, en el cual hablan tres pastores filósofos, ya nombrados, Antonio, Veronio y Rodonio, probando lo importante que es al hombre poner en práctica aquel grande aviso de Chilon Lacedemonio, *nosce te ipsum*, esculpido con letras de oro en el templo de Apolo. Asi empieza el tratado de las pasiones de que ya he hecho mencion, dividido en 70 títulos.

2.° *Que los afectos de la sensitiva obran en algunos ani-*

males: trae varios ejemplos de diferentes animales que perdieron la vida por sentimiento, deduciendo de esto que si el temor y el sentimiento son capaces de hacer perecer á los animales, con cuánto mas fundamento no causarán este daño en el hombre, que ademas del ánima vejetativa propia de las plantas y la sensitiva de los animales, tenia la intelectiva para sentir y entender los males y daños que vienen de parte de los afectos del alma.

3.º *Del enojo y pesar. Declara que este afecto del alma, enojo y pesar, es el principal enemigo de la naturaleza humana, y este acarrea la muerte y las enfermedades al hombre.* Prueba que la causa de estar sujeto el hombre á mayor número de dolencias, y mas espuesto á la muerte, son los afectos y pasiones del alma. De seguida nos hace una pintura de sus tres potencias diciendo: «Del ánima resultan la reminis»cencia, memoria, entendimiento, razon, y voluntad situa»das en la cabeza, miembro divino, silla y morada del ánima »racional; por el entendimiento entiende y siente los males »y daños presentes; por la memoria se acuerda de los males y »daños pasados; y por la razon y prudencia teme y espera los »daños y males futuros; por la voluntad aborrece estos tres »géneros de males presentes, pasados y futuros; ama y de»sea, teme y aborrece; tiene esperanza y desespera, gozo y »placer, enojo y pesar, temor, cuidado y congoja. De mane»ra que solo el hombre tiene dolor entendido de lo presente, »pesar de lo pasado, temor, congoja y cuidado de lo porve»nir; por todo lo cual vienen tantos géneros de enfermedades »y tantas muertes repentinas.»

A continuacion corrobora esto mismo con muchos ejemplos de hombres que murieron súbitamente por efecto de un gran temor, y por pesares, y de otros que quedaron mancos, sin habla, y tullidos, siendo las mujeres mas espuestas á perecer por efecto de estos enojos y pesares.

4.º *Del enojo falso. Avisa que el enojo falso ó imaginado tambien mata como el verdadero.* En prueba de lo cual trae varios casos en que solo la sospecha de un gran pesar bastó á muchos para suicidarse.

5.º *De los remedios notables contra el enojo y pesar.* Aconseja que se procure conocer el peligro, para que de este modo se pueda evitar su estrago, y llamar en su auxilio á la reflexion para no dejarse arrastrar del mayor de los males que es el perder la vida. El hombre, dice, juzga muchas veces por dañosas aquellas cosas que despues se convierten en bien y en provecho, y otras que creia útiles y buenas se tornan en malas y dañosas. Séneca dijo: «no hay hombre mas infelice »y desdichado que el que no le viene adversidad ninguna, »pues que Dios no juzga bien de este. Con la mucha lozanía »y abundancia no granan las mieses; las ramas muy cargadas »de frutas se quiebran; la demasiada fertilidad no llega á »madurez.» El mejor remedio, concluye, para las enfermedades causadas por enojo y pesar, es un buen amigo, las palabras consolatorias, y la esperanza de un próspero porvenir.

6.º *De la ira y su remedio, la insinuacion retórica.* El consejo de esta mujer es sin duda de lo mas filosófico que se pueda dar en semejante pasion. Quiere que en el acceso del enojo no se contrarie la voluntad del enojado; por el contrario, se le dé la razon para que de este modo se pueda granjear su voluntad y dar treguas á los proyectos de venganza, de los cuales fácilmente se le llegará á disuadir cuando se haya tranquilizado, esponiéndole sus inconvenientes, sus consecuencias, y el gran mérito del que perdona. Dice que la ira es una locura pasajera, y que ademas de lo dicho debe el paciente hacer uso de cosas acídulas, abstenerse del vino, no comer hasta pasada la alteracion, usar de olores, la distraccion, los paseos al campo entre arboledas ó paraje donde oiga el ruido del agua, y la música.

7.º *De la tristeza. Avisa los daños y muerte que acarrea.* La tristeza, hija del gran pesar, enojo ó ira de alguna pérdida ó daño pasado es una discordia, segun la autora, entre alma y cuerpo, que pone la especie aborrecida y enemiga delante, haciendo su estrago poco á poco, y desecando el físico gota á gota; y asi los tristes como los envidiosos se secan y consumen sin calentura, porque cesa su vejetacion con la

tristeza y descontento. Los tristes, añade, están propensos á las enfermedades cutáneas, y duermen mas que los alegres. Los remedios morales que aconseja son separar de sí los objetos mortificantes, buscar, inquirir ó imaginar otro bien en lugar de aquel que pereció, y la lectura.

8.º *Del afecto del miedo y temor, y de los daños y muertes que acarrea.* Este afecto, dice, que no es tan vehemente como el pasado, pero que hay muchos ejemplos en que ha ocasionado la muerte casi repentinamente, dejenerando á veces en melancolía, la cual hace el daño á la larga. Los remedios que aconseja son conocer la condicion y naturaleza de la cosa temida para no darle demasiada importancia, la alegría, los buenos olores, la música, el campo, el sonido de árboles y agua, buena conversacion, tomar placeres y contentos por todas vias.

9.º *Del afecto del amor y deseo. Avisa que este afecto mata, y hace diversas operaciones.* La autora nos pinta esta pasion como capaz de ocasionar la muerte por pérdida del objeto amado, ó por imposibilidad de alcanzar lo que se desea. Nos refiere varios casos de mujeres que perecieron por haber perdido á sus maridos. Esta afeccion, dice, no enjendra mal humor, antes mueren los sugetos sin frio ni calentura, secándose poco á poco, porque empleado el entendimiento y voluntad en el objeto amado, no hay gusto para otra cosa, y asi la vejetacion no hace su oficio. Entre sus remedios propone conocer los efectos de esta pasion para huir de sus daños, y cuando no se pueda alcanzar lo que se ama, tomar nuevos amores.

10. *Afecto del placer y alegría. Avisa como mata, en especial en la vejez.* Limítase la autora á referir varios ejemplos en comprobacion de su aserto.

11. *Afectos de desconfianza ó desesperanza del bien.* Esta pasion, dice, que causa los mismos daños que el enojo y pesar, para los que propone iguales remedios.

12. *Afecto de odio y de enemistad.* Manifiesta que ningun animal se embravece con los de su especie, y que solo el hombre odia, y tiene enemistad con su semejante. Define el

odio, una memoria del mal que hizo el hombre, y cree que la mutacion del rostro cuando se vé á la persona que se tiene odio, es efecto de un derrame del cerebro, el cual causa gran daño á la salud. El odio natural dice que es la contrariedad y deferencia que tiene un hombre de otro, en complexion, condiciones, virtudes y vicios, como tambien en las estrellas y signos en que nacieron.

13. *Afectos de vergüenza.* Este afecto dice que es bueno; y aun cuando no constituye virtud, es señal de ella. Añade que mata ó vuelve tontos á los hombres, probándolo con varios ejemplos, y refiriendo el color purpúreo del rostro á un aflujo de sangre ocasionado por un derrame del humor cerebral.

14. *Afecto de congoja y cuidado: apresura la vejez y trae canas.* La congoja dice ser un género de miedo por el mal que pueda suceder en un negocio, por yerro ú omision, ó cualquiera otra falta: mata á la larga y hace derribar humor vicioso. Aconseja para su alivio las reflexiones juiciosas.

15. *Afectos de misericordia.* Esta dice que es una pena y dolor de la miseria ajena; y asi mueve lágrimas, y determina síncopes y grandes daños.

16. *Afecto de servidumbre ó pérdida de libertad y angostura del lugar.* La pérdida de la libertad, cuando no es voluntaria, dice que hace derramar del cerebro mucho humor por el cuero, causando ictericia, matando á muchos con vehemencia, ó haciendo vivir poco tiempo á otros. La angostura del lugar ha sido causa tambien de que muchos hayan perecido: «las yerbas espesas, dice, unas á otras se ahogan, y el »ganado estrechado muere.»

Pasa luego la autora á tratar de los siete vicios capitales y de sus daños. Hablando de la lujuria espone que es el mayor contrario que tiene el hombre, y el que mas consume la vida de todo viviente, planta, animal y ser racional, haciéndole perder el húmido radical por dos vias, la una por el líquido que baja del cerebro por la médula espinal, y la otra por el que cae comunmente al estómago enfriándolo, y desconcertando su armonía y calor, de lo que resultan diversas enfer-

medades. Aconseja no usar del acto venéreo sino por la mañana en ayunas, procurando conciliar despues el sueño.

En el título 19 trata *de la pereza y ocio.* La ociosidad dice que es imágen de la muerte, y el ocio, del hombre muerto; corrompiendo esta la salud, como sucede con las aguas estancadas. Encomia los paseos al campo muy de mañana, como un medio para la conservacion de la salud, y proscribe la inercia y el mucho dormir por los grandes daños que acarrea.

Pasa luego á ocuparse en el título 20 *del afecto de los celos.* Dice que esta pasion es un temor de perder lo que se ama, y que hace perder el juicio, causa muertes, enfermedades, angustias y desvaríos, asi en hombres como en mujeres: en comprobacion de lo cual trae varios casos curiosos.

Tratando luego de la *venganza*, título 21, dice ser una de las pasiones que acarrean grandes pérdidas y enfermedades, y que es propia de hombres pusilánimes y afeminados, y no de los magnánimos, pues que estos fácilmente perdonan.

Habla luego *de los afectos que dan salud y sustentan la vida humana,* título 22, los que dice ser la esperanza y la alegría, moran en el cerebro como emanaciones del alma, y no teniendo ningun contrario, esto es, enojo y pesar, hacen conservar la amistad de alma y cuerpo, ó sea el equilibrio de la salud.

Esplica luego en los títulos 23, 24, 25, 26, 27 y 28 los buenos *efectos del placer, contento y alegría, los de la esperanza, templanza, afecto de amor á sus semejantes, y como la amistad y buena conversacion sean necesarias á la vida humana.*

«La esperanza y la alegría, dice la autora, son las columnas que sustentan la salud y vida humana, asi como sus »contrarios la destruyen. La esperanza, añade, dá alegría, »contento, fuerzas y aliento para cualquier trabajo, es el báculo de la vejez, quita las fuerzas al enojo y pesar, enemigos capitales del género humano: la esperanza hace lo dificultoso fácil, y alivia todo cuidado; ella edificó las ciudades, »plantó los árboles, rompió los montes, dió mejor camino á

»los rios, hizo las batallas, fabricó las naos, mostró an»dar y navegar sobre el agua, rompió las entrañas á la tier»ra buscando el oro y la plata. Ella sustenta las vidas áspe»ras, las muertes y martirios los hace fáciles y alegres, ella »fundó las leyes, escribió las ciencias y doctrinas, hace »obrar las virtudes y buenas obras, ella mueve mi torpe y »humilde lengua.»

La templanza en todos deleites, apetitos y afectos, dice ser la maestra, señora y gobernadora de la salud del hombre, es la medicina general para todos los males, estorba las riñas, enojo, tristeza, tormentos, muertes, vicios y enfermedades. Aconseja que sirva de regla y compás de todas las acciones del hombre; con ella dice arregla tu comida y bebida; en el coito guarda sus leyes, término y raya, y jamás emprendas cosa alguna estando airado.

El amor á su semejante, continúa diciendo, es un afecto natural, porque el hombre es animal sociable, y así le es necesaria la compañía, porque sino la tiene, sufre tristeza y melancolía. Pero el demasiado amor es muy peligroso y acarrea muchas muertes. Toma pues este consejo de Chilon Lacedemonio; *no amarás ni desearás nada demasiadamente.*

La soledad, continúa en el título 29, dá tormento y angustia, y hace derribar mal humor del cerebro, sin embargo que en ocasiones es muy útil: es mala á los tristes y melancólicos, y buena y aun necesaria en la comida, reposo y sueño, para que el cerebro haga sus acciones naturales.

He aqui un breve diseño del cuadro de las pasiones que nos pinta Doña Oliva. Ocúpase luego en los títulos siguientes de varios puntos poco interesantes. En los 58, 59, 60 y 61 trata *de la magnanimidad*, *de la prudencia*, *de la sabiduría y de la felicidad que puede haber en el mundo.* Hablando de la sabiduría dice que es el conocimiento de las causas de todas las cosas, y el ornato mayor del hombre, no habiendo sin ella felicidad. Conduce siempre la alegría y deleite, porque se goza de lo presente sin miedo de lo futuro, ni pesar de lo pasado. Con ella se conocen los fines de cada cosa y adonde puede llegar, y sus mudanzas del bien y del mal. Cuando el

sábio compara su vida con la del necio, recibe gran gozo y contento, viéndola tan diferente de la de los otros. Los dolores y daños no le pueden dar tanto mal que le quiten tanto bien natural como él se tiene, y asi vive felice y dichoso, no estimando los daños de este mundo, porque sabe que no hay mal que no tenga algun bien. Por último, la felicidad que puede haber en este mundo consiste en la sabiduría y en la eleccion de la prudencia, la cual sabe tomar el medio en todas las cosas. Feliz y dichoso es aquel que no le causan congoja las glorias perecederas del mundo, ni pone su estimacion en el fausto mundanal, sino que pasa sus dias en quietud, en silencio sosegado, sin obrar mal, y con la alegría de una buena conciencia.

En el título 62 hasta el 67, *trata del microscomo ó mundo pequeño, que es el hombre.* Lo compara á un árbol del revés, la raiz arriba, las ramas abajo: he aqui su teoría. La raiz, dice, es el cerebro, y sus tres celdas médula anterior, media y posterior. Esta raiz produce otra, que es la lengua, gula y paladar, y todo el cuero de la boca, cuyas fibras ó raicillas diseminadas en ella son los poros chupadores que absorven los manjares y la bebida, primero en la boca por espresion moliendo y estrujando como en lagar. Pasa adelante esta raiz, que es el esófago, ensanchándose luego formando un seno que es el estómago, cuya túnica interior depende del cerebro. Cuando este seno ha chupado ya el manjar triturado por las muelas, envia la parte cruda á las tripas. El jugo que ha chupado el estómago por medio de los filos de los nervios que son las bocas chupadoras, que constituyen su membrana, se llama quilo, y para mejor estraerlo tiene esta raiz tres criados que le den fuego para cocer y sacar toda la sustancia del manjar, cuales son el hígado, bazo y el corazon, que es la llama activa; de manera que el estómago es como una olla que está en el fuego para cocerse, y asi como en la boca tomó el jugo la raiz por espresion en seco, aqui le toma por cocimiento de calor. Durante el sueño toma el jugo la raiz del segundo seno ó estómago por evaporacion, ademas de la absorcion, subiendo los vapores como el vaho de una olla ó al-

quitara. En el cerebro se cubren entonces las especies que allí están de este vapor ó vaho, de modo que por tres medios toman las raices el jugo de los alimentos por compresion en la boca, coccion en el estómago y evaporacion por el sueño.

De la parte posterior de la raiz principal del cerebro sale otra que es la médula espinal, y de esta provienen y se ramean otras ramas de este árbol, que son los nervios que de ellas nacen para esparcirse por los miembros, asi interiores como esteriores.

Asi como las raices de un árbol por una virtud atractiva toman el jugo para ir repartiéndole por todas las ramas, y de cada rama toman su parte los tallos y las hojas por medio de aquellos nervios y venitas que se ven en ellas; no de otra manera la raiz del cerebro toma su jugo de las raicillas que se metieron en la tierra que es la comida, atrayéndolo y alterándolo, formando de él una sangre blanca, la cual envia al cráneo, saliendo luego de allí para difundirse por la corteza que es el cuero, al cuello, hombros, brazos, cuerpo y piernas.

Por esta corteza ó cuero, que es un nervio que cubre todo el cuerpo, va lo mas líquido de esta sangre blanca ó quilo, y si es apto para la nutricion y vejetacion, hace la sanidad é incremento, y si es vicioso, hace morbos del cuero en su decremento, como la goma en los árboles, haciéndose mal humor vicioso lo que habia de ser bueno y apto para la forma y vejetacion, trocando el camino ó trocando su calidad.

Pasa luego la autora á tratar *de las mudanzas que hacen los alimentos*, título 68.

En el 69 habla *de la vejez y muerte natural*. Pinta la vejez con bastante exactitud, diciendo que en ella prevalece el alma y sus acciones; pero se debilitan las columnas de la vida, esto es, la alegría y la esperanza, porque la esperiencia la ha desengañado ya, y no da lugar á la vana alegría, y á los engaños de la mocedad. Tiene delante los yerros de la vida pasada, y teme su próxima muerte. Cesa en el viejo la esperanza del bien corporal porque ya no le queda tiempo ni esperanzas para alcanzarle, ni tampoco tiene gusto para los goces. Debi-

litado el estómago, y falto del calor juvenil, crecen los deflujos y decrementos, crece la tristeza, crecen los dolores y las penas, y hasta la misma ánima capaz y codiciosa del bien, que ama la hermosura, y que aborrece el mal, causa y acelera la muerte natural, porque ama y ansía deleites duraderos, y no de tránsito fugaz, y he aquí cómo entra la discordia del cuerpo y del alma, y empiezan los deflujos del húmedo cerebral, y al fin la muerte.

Por último, en el título 70 habla de la *soberbia y altivez, vicio y necesidad de imprudentes*, diciendo que es un afecto de perdicion sin provecho alguno, dañando la salud del cuerpo y la del alma. La soberbia es una grande y pesada bestia que mata al hombre que sube en ella, cogiéndole debajo con su *pesadumbre*, ó por la gran caida de su altura. Los soberbios son como los altos lugares y cumbres de montes, los cuales son combatidos y heridos de los aires y rayos, mucho mas que los valles y lugares bajos.

Trae luego tres coloquios. En el primero trata *de la compostura del mundo*, cuyos títulos versan sobre fenómenos meteorológicos. En el segundo se ocupa de las cosas *que mejoran el mundo y sus repúblicas*, en donde entre otras particularidades bastante interesantes, pinta la inmoralidad de los pleitos, llamándolos *la perdicion del mundo;* los compara á las enfermedades, declama contra esos fárragos y babilonia de leyes, queriendo que hubiese una reforma en ellas, que se disminuyese el número escesivo de cátedras de jurisprudencia, que hubiese examinadores de injenios para los que se dedicaban á su estudio, pues que habia muchos que nacieron para las letras como los bueyes para volar, y que en vez de esa plaga de procuradores y escribanos, se aplicasen estos á otras cosas mas útiles en provecho de la república. Tambien vitupera con mucha razon que los letrados digan á sus clientes: teneis justicia, y les mientan, proponiendo para la reforma de los pleitos, que el que mintiere ó negare la verdad, perdiese el interés y otro tanto de su hacienda porque mintió, y esto por via secreta de inquisicion, y no de pleito ordinario.

El tercer coloquio versa sobre *los auxilios y remedios de la*

verdadera medicina, con los cuales el hombre podrá estender, regir y conservar la salud. Espone varios medios higiénicos y curativos para conservar aquella y remedios de las enfermedades.

Vera medicina y vera filosofía oculta á los antiguos. Despues de hacer la historia de los sistemas desde el tiempo de Hipócrates, espone el suyo, haciendo consistir la enfermedad, como ya en otro lugar dijimos, *en una caida ó catarro de la humedad ó quilo del cerebro que daña las partes adonde para, ó en la cesacion del oficio del cerebro.*

Dicta brevia circa naturam hominis medicinæ fundamentum. En este pequeño tratado recopila la autora sus doctrinas, terminando la obra con este otro.

De vera philosophia de natura mistorum, hominis et mundi, antiquis oculta. Habla en él de varios puntos filosóficos y médicos.

TOMAS RODRIGUEZ DE VEIGA (1).

Portugués, natural de Ebora, caballero de la órden de Cristo: estudió la medicina en la Universidad de Salamanca, en donde tomó el grado de doctor. Hizo tales y tan rápidos progresos, que siendo todavía muy jóven, obtuvo una cátedra de su facultad, la que desempeñó con tanto aplauso, que todos sus contemporáneos lo encomian y alaban. Tuvo muchos y aventajados discípulos, siendo uno de los mejores Henrique Jorge Anriquez, quien al hablar de su maestro en la obra que publicó en 1595 (de la que trataremos en su lugar respectivo), y que tituló del *perfecto médico*, á la pág. 116 trae lo siguiente: *en medicina tuve por maestro aquel admirable y perfecto médico, que otro hasta el dia de hoy no ha habido dende los gentiles, Thomas Rodriguez de Veiga, varon, cierto*

(1) Por una equivocacion involuntaria no se ha colocado Veiga en el sitio ó lugar que por órden cronológico le correspondia, que era en el año de 1564.

digno de ser alabado por otra mejor elocuencia de lo que es la mia, como sus obras muy llanamente muestran....

Don Nicolás Antonio, refiriéndose á Zacuto Lusitano, dice de Veiga.... *Artis hippocraticæ summus Antistes, medicinæ Phœnix, cujus rara monumenta ostendunt raram eruditionem; in quibus vix scias an subtilitas ingenii sermonis puri, tatem, an hæc rerum abstrusarum scientiam antecellat....*

Escribió:

1. *Commentariorum in Galenum tomum primum, in quo complexus est interpretationem artis medicæ, et librorum sex de locis affectis.* Amberes, por Plantino, 1564, en fólio.

2. *Opera omnia in Galeni libros edita, et commentariis in partes novem distinctis, expressa, quibus nodi difficultatum in medicina frecuentes, solvuntur classicorumque medicorum controversiæ veritatis lima expenduntur.* Leon, por Pedro Landry, 1587, en fólio.

Está dedicada al rey de Portugal Don Sebastian, y contiene las materias siguientes:

De arte medica in tres libros. 1.° *De definitionibus humorum omnium affectuum.* 2.° *De signis medicis.* 3.° *De causis salubribus, insalubribus, neutris.*

Commentarii in libros sex de locis affectis. Está dividido en seis libros. 1.° *Quomodo affectæ particulæ possint discerni.* 2.° *De generibus olorum.* 3.° *De capitis affectibus.* 4.° *De faciei et pectoris affectibus.* 5.° *De cordis et thoracis affectibus.* 6.° *De postremis partibus affectis.*

Commentarii de differentiis febrium libri duo. 1.° *De febribus simplicibus omnibus.* 2.° *De solis humoralibus et putridis.*

En esta última parte trata el autor con bastante estension de las diferencias de las fiebres intermitentes, mencionando ciertas tercianas que dice fueron contagiosas *ad proximum.*

3. *Practica medica cui accessit ejusdem auctoris tractatus de fontanelliis et cauteriis. Opus posthumum nunc primum in lucem editum.* Lisboa, por Juan Acosta el viejo, 1568, en 8.°

Esta obra es un compendio de medicina práctica, en don-

de trata Veiga con especialidad de los casos en que deben emplearse las fuentes y cauterios.

4. *Commentaria in libros Hippocratis, de victus ratione.* Leon, por Juan Lertout, 1586.

Simon Tovar.

Natural de la ciudad de Sevilla, en cuya Universidad siguió la medicina y se graduó de doctor.

Fué gran matemático y botánico: tuvo gusto especial en establecer un escelente jardin botánico en Sevilla, en el que se cultivaban muchas plantas americanas, y del que hablan con elogio algunos contemporáneos suyos.

Ya digimos en la introduccion á este siglo, pág. 98, que fué el primero que nos dió á conocer la planta llamada *Nardo de los jardineros.*

Escribió:

1.º *De compositorum medicamentorum examine novam methodum.* Amberes, en la imprenta Plantiniana, año de 1586, en 4.º

2.º *Hispalensium Pharmacopoliorum recognitio.* Sevilla, por Andres Pescio y Juan Leoni, año de 1587, en 4.º

Para la composicion de esta obra auxilió á Tovar el famoso Francisco Sanchez de Oropesa. Contiene, entre otras cosas, la reduccion de los pesos y medidas medicinales de los romanos, comparadas con las de España, el método que debia emplearse para triturar algunos medicamentos purgantes, y concluye con las recetas y composiciones farmacéuticas mas usuales en aquella época.

Gerónimo Merola.

Catalan, natural de Balaguer, y catedrático de la Universidad de Barcelona, escribió:

República original sacada del cuerpo humano. Está repartida en dos libros: en el primero representa el asiento de la república: en el segundo se trata aquella tan afamada cues-

tion, cual de las dos facultades, si la medicinal ó legal es mas aventajada, honrándolas mucho y haciéndolas muy compañeras. Barcelona, por Pedro Malo, 1587 y 1595, en 8.º

En la primera parte de esta obra manifiesta el autor con ideas injeniosas y bastante eruditas que el cuerpo humano es el modelo de una república bien organizada, hallándose en aquel todo lo que en esta. En la segunda parte defiende la facultad médica, y enumera sus honores y ventajas sobre la de la jurisprudencia.

Varios autores hablan con mucho elogio de este médico catalan, pudiéndose consultar entre otros á Pujades, Amat, N. Antonio y Murta.

Bernardo Domenech y Juan Benedicto Pau.

Individuos del colegio de boticarios de Barcelona: escribieron una farmacopea, cuyo título es:

Concordia Pharmacopolarum Barcinonensium, de componendis medicamentis compositis quorum Pharmacopoliis usus est, nuper accurate recognita, diligenter expurgata et antiquæ integritati fideliter restituta. Barcelona, por Huber Gotard, año de 1587, en fólio.

Fué revisada y aprobada por los doctores en medicina Francisco Domingo, Enrique Sola y Pedro Benito Soler.

Precede á esta Farmacopea una introduccion latina muy bien razonada de los motivos que obligaron á su formacion, tanto al colegio de medicina como al de farmacia de Barcelona. Reunieron en ella sus autores lo mas selecto que en su concepto contenian cuantas farmacopeas y formularios se habian publicado.

Gerónimo Virues.

Natural de Valencia, doctor en medicina y poeta elegante, fué hijo del médico Alonso Virues, sócio de la academia llamada de los *Nocturnos*, en la que se distinguió por sus elocuentes discursos y poesías, gozando al mismo tiempo de mu-

cho crédito en su facultad, como lo acredita el siguiente dístico de Mariner:

Utroque affulsit divinus Apolline summo,
Splenduit et medicus, versibus et nituit.

Escribió:

Diálogo en el cual se trata de las heridas de cabeza con el casco descubierto, donde se disputa si es mejor curar semejantes heridas con medicamentos blandos ó con secos. Valencia, imprenta de la compañía de libreros, 1588, en 8.º

Esta obra es un estracto de la que compuso en latin Amato Lusitano, y segun dice Virues, fué traducida para que se aprovechasen de ella los cirujanos que no sabian latin.

Escribió ademas varios discursos. Jimeno (1) asegura haber leido los siguientes:

Discurso 1.º *Sobre qué es mas provechoso para la república, el estudio de las letras ó el de las armas.*

Idem 2.º *Sobre qué es mas fuerte, el rey, el vino, la mujer ó la verdad.*

Idem 3.º *Cuál sea la cosa de mas provecho para el hombre en esta vida, el ser bien afortunado ó el ser sabio.*

Idem 4.º *Alabando á la medicina.*

Idem 5.º *Alabando la cólera.*

Idem 6.º *Probando que los pobres son mas liberales que los ricos.*

Ademas tradujo una obra titulada *Syphilis*, y compuso muchas poesias en diferentes metros.

Juan de Carmona.

Nació el año de 1534: fué médico de profesion, y pasó la mayor parte de su vida en Llerena, en Estremadura (y no en el reino de Leon, como equivocadamente dice Jourdan), de

(1) Escritores del reino de Valencia, pág. 214.

cuya poblacion fué regidor perpétuo. Estuvo agregado á la inquisicion, de cuyo tribunal fué médico, viniendo por fin á practicar la profesion á Sevilla. Escribió dos obras que fueron aprobadas por el doctor Sepúlveda, tituladas:

1.ª *Tractatus an Astrologia sit medico necessaria?* Sevilla, por Francisco Perez, 1590, 8.º

Es muy notable que el autor se incline á la negativa.

2.ª *Tractatus de peste et febribus cum punticulis* (vulgo tabardillo). Sevilla, 1588, 1590, 8.º

En esta obra, escrita contra Juan Fragoso, que pretendia con razon que la fiebre petequial no era contagiosa, trata de rebatir la opinion de su amigo Luis de Lemus, catedrático de Salamanca, diciendo que ni Hipócrates, Galeno, ni Aecio, conocieron la calentura punticular, como aquel creyó. Añade que la causa eficiente de esta fiebre reside en el aire, el cual adquiere una mala y venenosa cualidad, y la material las mas veces en la sangre. Carmona, á imitacion de lo que hizo Hipócrates, trae en esta obra algunas historias de varios enfermos atacados de la fiebre punticular, escritas con órden, claridad y método.

LORENZO COZAR.

Natural de la ciudad de Valencia, en cuya escuela estudió la medicina, graduándose de doctor. Escribió un tratado en alabanza y recomendacion de la química, como necesaria á la medicina, el cual imprimió bajo este título:

Dialogus veros medicinæ fontes indicans, eorumque cognitionem perfecto medico necessariam esse demonstrans. Valencia, por Pedro Patricio, 1589, 8.º

Esta obrita está dedicada al duque de Nájera. Tambien contiene una súplica al claustro de medicina de Valencia, pidiéndole su proteccion y amparo, y asegurando que este opúsculo no era otra cosa mas que la introduccion de otras obras que tenia ánimo de publicar.

PEDRO DE ACEBEDO.

Natural de Canarias, teólogo, pero no médico, al cual co-

locamos aquí por haber escrito una obra de medicina sobre la peste, de que hacen mérito varios autores. Su título es:

Remedios contra pestilencia. Zaragoza, por Pedro Puig, 1589, en 8.º

Véase á N. A., pág. 173, y la bibliot., méd. de A. de Haller, tomo, II, pág. 287.

Escribió tambien, segun Barbosa, otra obrita, cuyo título es:

Recreo del alma y alivio contra la pestilencia y otros males, la cual quedó manuscrita.

Agustin Vazquez.

Natural, al parecer, de Salamanca, y catedrático de anatomía en su Universidad. Escribió:

Quæstiones practicæ medicæ et quirurgicæ. Salamanca, por Juan y Andrés Renaut, hermanos, 1589, un tomo en 4.º

Al frente de esta obra se halla una dedicatoria al licenciado D. Diego Pacheco, que es digna de leerse por la belleza y elegancia del estilo; pero es de notar lo vario del lenguaje en el resto del libro. Este no es mas que un reducido compendio de medicina y cirujía, ó mas bien varias cuestiones sobre diversos puntos de estos dos ramos de la ciencia, pero tratadas con mucha concision. Entre estas cuestiones trae la célebre y ruidosa en aquel tiempo *de si se debe sangrar en las fiebres pútridas ó no.* Varios autores, y maestros de algunas universidades del reino, escribieron sobre este punto, alegando cada uno las razones especiales y autoridades en que fundaba sus opiniones. Vazquez al fólio 145 ventila este particular, y haciéndose cargo de las sentencias de Galeno y de Avicena, concluye diciendo: *sed his tamen non obstantibus {censerem verissiman esse nostram sententiam Galeni, et omnium, in omni febre putrida sanguinis missionem convenire, habita consideratione ad unam quamvis febrem si nihil obstet. Cujus conclusionis demonstratio est, nam putrefactio fit á calido, et humido fervescente, in locis in quibus non eventillatur humor, sed sanguinis detractio attemperat, minuit causam, ergo verissimè in omni putrida competit sanguinis emissio.....*

Al fólio 126 presenta otra cuestion *sobre si los baños sulfurosos, aluminosos ó nitrosos convienen en la gota*, decidiéndose por la negativa. En apoyo de esta opinion trae varios casos que habia presenciado en su práctica de sugetos que padecian esta enfermedad, y que á pesar de sus consejos para que no tomasen tales baños, marcharon á Ledesma, en cuyas aguas hallaron la muerte en vez de la salud que procuraban. Entre ellos habla de una monja y un sacerdote amigo suyo, cuya historia refiere por menor, callando los nombres de sus compañeros que tan desacertadamente les aconsejaron.

En la última página de esta obra se hallan unos versos latinos en alabanza de Vazquez, escritos por un hijo suyo.

Lazaro de Soto.

Natural de Valladolid, médico de cámara del rey Felipe II, y de la emperatriz cesárea, María. Escribió:

1.º *Animadversiones medicæ et comentaria in librum Hippocratis, de aere, aquis, et locis.* Madrid, imprenta real, 1589, en fólio (1).

2.º *In librum Hippocratis de locis in homine commentationes.*

3.º *In Hippocratis librum de medicamento expurganti commentationes.*

4.º *In librum Hippocratis de dieta commentationes.*

5.º *In librum Hippocratis de Usu Veratri.*

6.º *Animadversionum medecinæ practicæ liber unus febrium documenta practica continens.*

Estos cinco últimos tratados se imprimieron todos en un volúmen en fólio en Madrid, por Luis Sanchez, año de 1594, fólio, que es el que tengo á la vista.

D. Andrés Piquer en una oracion latina que leyó á la academia de medicina de Madrid, *sobre la necesidad de restaurar la medicina de los españoles*, hizo un paralelo de Vanswieten

---

(1) D. Nicolás Atónio hace mencion de esta obra, pero yo no he podido hallarla.

con este médico español, diciendo: «Accedo ad Vanswiete-»tenium, virum summum, in artis operibus exercitatissi-»mum, dignum certé, qui á medicis diurna nocturnaque »manu versetur. Sed fremant licet omnes, dicam quod sentio. »Lazarus Soto, Philippi II Hispaniarum Regis Archiater, »quoad medendi scientiam spectat, præcepta tradidit et nu-»mero, et viribus, et utilitate præstantiora. Cum enim uter-»que in commentariis scribendis insudaverit, ibique sparsim, »prout occasio ferebat, observationes ad medendum necesarias »inseruerit, vel eo nomine præferendus Soto videtur, qui »Hippocratem illustrare, nullis ratiociniis sisthematicis con-»fundere, neque longa explicationum serie obscurare pro »munere sibi imposito sumpserit, tot tantaque doctrinæ »ubertate, puritate, et sententiarum gravitate ejus scripta »pollent, ut si observationes in Vanswietenio certé multas, et »utiles in unum cogamus, ratiociniis relictis, et cum nostri »animadversionibus conferamus, ingens inter utrumque dis-»crimen reperiemus.»

Lázaro de Soto fué uno de los mejores comentadores del médico de Coo, y bajo este aspecto son muy dignas sus obras de ser consultadas. Tambien se le debe, como tengo dicho en otro lugar, que la preciosa invencion de Tobar no quedase sepultada en el olvido, habiéndola consignado en una de sus obras. En la introduccion á este siglo, pág. 32, copiamos las mismas palabras de Soto.

Juan Arfe y Villafañe.

Aunque no fué médico ni cirujano, sin embargo hablaremos de él para comprobar lo que dijimos en la introduccion á este siglo, pág. 33, y es que no solo sirvió el estudio de la anatomía en el siglo XVI para los adelantos de la medicina y cirujía, sino que se aplicó tambien á otras ciencias y artes liberales. En efecto, Alonso Berruguete y Paredes, natural de la Nava, pueblo cercano á Valladolid, y Gaspar Becerra, fueron los primeros que enseñaron en España la proporcion y simetría del cuerpo humano, esparciendo los conocimientos que habian aprendido de los antiguos modelos de la Grecia;

pero quien la estudió con mas cuidado y aplicó esta ciencia á la escultura, arquitectura, pintura y al arte de los plateros, fué Juan Arfe de Villafañe, natural de Leon, que vivió en tiempos de Felipe II; el cual despues de haber aprendido escrupulosamente la osteologia, pasó á Salamanca, donde á la sazon, segun nos dice en su obra, pág. 141, el catedrático de aquella Universidad, que lo era el doctor Cosme de Medina, hacia disecciones en los hombres y mujeres ajusticiados, y en los mendigos, y habiendo seguido un curso de anatomía, escribió luego entre otras obras la siguiente:

Varia commensuracion para la escultura y arquitectura. Sevilla, 1589, en fólio.

Este libro, que es una mezcla de verso y prosa, trata de las reglas mas ajustadas del diseño, comunes á las bellas artes. Se halla en él un tratado de osteologia en octavas de un mérito particular, pues acredita que el autor habia aprovechado bien en el estudio anatómico.

En estos últimos tiempos ha publicado D. Rafael de Cáceres una miologia en verso, cuya obra han recomendado los redactores de algunos periódicos facultativos como *absolutamente original en su estilo y en nuestro idioma*, sin haberse acordado de la que habia impreso Villafañe en 1589, no limitándose solamente á la miologia, sino tambien incluyendo la osteologia. Para que se vea cuán digno es este autor de ser mencionado, voy á trasladar aqui algunas de las cultas octavas, en donde nos esplica estas dos partes del estudio anatómico.

De los huesos del cuerpo humano.

1.ª

Tratando de los huesos, que es sustento
Para elegir el cuerpo que queremos;
Quiero decir, del curso y movimiento,
Que hacen cada vez que los movemos:
Porque estos son la basa y fundamento
Sobre quien los morcillos componemos;

Que segun la manera con que encajan
Sabremos como juegan y trabajan :

2.ª

Fué con discursos largos inquirida
Por mí la certidumbre de esta esciencia,
En que gasté gran parte de mi vida,
Poniendo en esto estraña diligencia:
Que de mi propia estancia en abscondida
Parte, miré gran tiempo la presencia
De un cuerpo embalsamado, dó los gruesos,
Largos, y formas vi de todos huesos.

3.ª

Tiene pues la cabeza veinte huesos,
Ocho en el casco y doce por la cara;
Dos tiene la quijada, que están presos,
Y en medio la juntura se vé clara:
En el pescuezo hay siete, no muy gruesos,
De compostura peregrina y rara;
Tambien se muestran junto las assillas,
Presas al pecho y á las espaldillas.

4.ª

Hay aqui muchas puntas, agujeros,
Cóncavos, tolondrones y salidas;
En la parte de abajo son mas fieros,
Y sus junturas son mas escondidas:
Los dos que aqui se muestran son primeros,
Y están dó las orejas son asidas,
Al fin de las salidas principales,
Que las suelen llamar huesos yugales.

5.ª

El hueso que hace el pecho, es como espada,
Y tiene su principio en las assillas,
Fenece en una punta algo delgada,

Y préndense con él siete costillas:
Pártese en cinco partes, y pegada
Está cada una de ellas con ternillas;
Al hígado, y estómago es amparo,
Como en este diseño muestro claro.

6.ª

Doce costillas tiene cada lado
Del cuerpo, diferentes en hechura;
De todas viene á hacerse un talle ovado,
Como se puede ver en la figura:
Las siete el pecho tienen abrazado,
Las cinco es diferente su atadura,
Tienen unas ternillas en las puntas,
Y estas las pegan y hacen estar juntas.

7.ª

Las anças son dos huesos que se juntan
Con el hueso mayor, y hacen tal liga,
Que jamás por alli se descoyuntan,
Aunque el cuerpo padezca gran fatiga:
Tres partes son aquellas donde apuntan,
La una está debajo la barriga,
Las otras es su nombre los quadriles,
Y están con comissuras muy sutiles.

8.ª

De la quinta costilla á la primera
Es el sitio que tiene la espaldilla,
Y tiene dos salidas: de manera
Que una toma del cuello hasta la orilla,
Esta tiene en la parte de hácia fuera,
Y en ella una cabeza de la assilla
Se prende, y otra nace detras de esta,
Que en la mas alta orilla se vé puesta.

9.ª

De veinticuatro huesos muy estraños
Se hace el espinazo todo entero,
Y están como conductos en los caños,
Pegado cada cual al compañero:
Difieren solamente en los tamaños,
Que es mayor el postrero que el primero,
Y pasa por el hueco de estos huesos
Un tuétano que sale de los sesos.

10.

Del pescuezo son siete, y son menores,
Y tienen diferentes las salidas;
De las espaldas doce, y son mayores,
Y á estos las costillas son asidas:
De los lomos son cinco; y sus tenores
Son tales, que sobre ellos son movidas
Las vueltas que hace el cuerpo á todas partes,
Las cuales suelen ser por muchas artes.

11.

Pártese en cinco partes el gran hueso,
Y tiene muy confusas las junturas;
Viene á hacerse en medio un poco teso,
Y tiene muy diversas cavaduras:
Con los cuadriles ambos está preso,
Y atado con muy recias ligaduras,
Es corvo, agujereado y puntiagudo,
Y viene á hacer un talle como escudo.

12.

La rabadilla viene á componerse
De cuatro huesos juntos; de manera
Que fenecen en punta, y viene á hacerse
Una cola, cual tiene cualquier fiera:
Nace del hueso grande, y á torcerse

Comienza para adentro su carrera,
Y en el remate de ella es el pedazo,
Donde fenece todo el espinazo.

13.

Tiene un seno á una parte la espaldilla,
Donde se arrima el brazo, y allí juega,
Y aunque es pequeño el hoyo, una ternilla
Le suple lo que falta hasta que llega
A cubrir y cercar la cabecilla,
Que del hueso del hombro aquí se pega:
Chichones tiene asaz y añadiduras,
Segun lo mostraré en otras figuras.

14.

Luego el hueso del hombro aquí se arrima,
Y llega donde el codo se menea;
Una cabeza lisa tiene encima,
Y abajo una figura de polea,
En que traba la parte que sublima
De la canilla, y hace que se vea
Prendida con dos puntas: en tal modo,
Que es la mayor de fuera, y hace el codo.

15.

Desde el codo á la mano hay dos canillas,
Préndese en este hueso la mayor,
En la cual parte tiene dos puntillas,
Encájase hácia dentro la menor:
Entrambas tienen senos, cabecillas,
Muévese la pequeña alrededor,
A la cual sola está la mano asida,
Por cuya intercesion ella es movida.

16.

La mano viene á hacerse toda entera
De veintisiete huesos repartidos,

Los cuales por de dentro y por de fuera
Los tienen muchos nervios revestidos,
Y entre ellos la muñeca es la primera,
Que se hace de ocho bien asidos:
La palma tiene cuatro mas dispuestos,
Y cada dedo tres en largo puestos.

17.

El hueso que hace el muslo es el mayor
Que en el cuerpo se halla todo entero,
Y el talle de él tambien es muy mejor,
Puesto de todos lados y frontero;
De la parte de atrás, en lo inferior,
Tiene dos bultos, que sin asidero
Juntan con la canilla de la pierna,
Sobre quien se sustenta y se gobierna.

18.

La pierna está sobre una gran canilla,
Y otra menor, compuesta y ordenada
Hasta el talon está de la rodilla:
La mayor de ellas puesta y situada
Tiene un chichon, de donde la espinilla
Sale haciendo esquina señalada;
La otra se le arrima, de manera
Que señala al tobillo de hácia fuera.

19.

De la rodilla en la juntura yace
Una chueca que en ella está por frente,
Gruesa, cuanto volar fuera le place,
Y átanla fuertes telas reciamente,
Ni ayuda al movimiento, ni le hace:
Mas sirve en esta parte solamente,
A que no desencaje la canilla
Aunque se doble mucho la rodilla.

20.

Pártese el pie en tobillo y en zancajo,
Hueso navicular, garganta y dedos,
Por arriba se ven y por abajo
Moverse unos, y otros estar quedos:
Dos del pulgar reciben mas trabajo,
Aunque ayudan la uña, y los molledos:
Tiene pues cuatro huesos la garganta,
Tres cada dedo, y cinco el peine y planta.

21.

Para mejor mostrar la compostura
Que tiene un cuerpo humano estando entero,
Y que se goce bien de su hechura,
Le mostraré de espaldas y frontero,
Sin mostrar en los huesos comisura;
Mas puesto cada cual en su agujero,
Que no quise meterme en mas misterios,
De cómo los he visto en cementerios.

22.

Ciento ochenta y dos, sin las ternillas,
Son los huesos de un cuerpo en sus pedazos:
En la cabeza dos, dos las assillas,
Costillas veinticuatro, y seis los brazos,
Cinco el pecho, las ancas y espaldillas,
Sesenta pies y piernas en sus trazos,
Las manos veintisiete un par de veces,
Y el espinazo nueve con dos dieces.

De los morcillos del cuerpo humano.

Por ver como en cabeza, cuerpo y mano,
En pierna y pie la carne se ponia,
Atentamente en mas de un cuerpo humano
Ví hacer general anatomía:

:

Cuanto escribo me fué patente y llano,
Y mucho mas que aquí decir podria;
Pero solo diré lo conveniente,
Para formar un cuerpo solamente.

2.ª

Del rostro y la barriga los morcillos
Quiero mostrar por bultos esteriores,
Pues solo han menester el descubrillos
Los de la medicina profesores,
Que para la escultura describillos
Cubiertos de pellejo son mejores,
Pues por la superficie ha de juzgarlos
Quien quisiere mejor saber formarlos.

3.ª

De siete ñudos que el pescuezo tiene,
Diez y ocho morcillos á los lados
Puestos estan, de quien su oríjen viene,
Aunque son al nacer algo delgados,
Su postura entre sí mal se conviene,
Por ir unos con otros enredados,
Por ser unos delgados y otros gruesos,
Unos derechos ir y otros traviesos.

4.ª

Aquí se muestra el casco con cabello,
Asi cual le formó naturaleza;
Comienza en la corona todo ello,
Y dando vueltas hinche aquella pieza:
Los músculos que cubren todo el cuello
Son de las espaldillas y cabeza,
Otros del hueso hioide y el gaznate,
Y la lengua do hace su remate.

5.ª

La oreja toda entera una ternilla,

La hace, y su principio es del oido:
Otra tiene cada ojo, y por la orilla
Lo tiene todo alrededor ceñido:
Cinco tiene del hueso á la puntilla,
La nariz cada cabo harto ensolvido;
La barba cubre toda la quijada,
Y á sienes y mejillas va pegada.

6.ª

Ochenta y un morcillos abrazados
Estan al pecho y prenden sus costillas;
Nacen de las espaldas, y á los lados
Pasan todos por cima las assillas:
Despues que aquí son juntos y pegados,
Suceden unas cuerdas muy sencillas,
Que bajan discurriendo á la barriga,
Y allí con otros ocho hacen liga.

7.ª

Estan con tantas vueltas y embarazos
Estos morcillos, y tan mal derechos,
Que algunos de los que atan á los brazos
Estan sobre los que atan á los pechos:
En las paletas hay otros pedazos,
Que dejan á los hombros medio hechos,
Y los hacen mover á todos lados,
Como la voluntad los trae forzados.

8.ª

Ocho morcillos hay en la barriga,
Que hacen cuatro partes, de los cuales,
Desde el hueso del pecho á la vejiga,
Se muestran los viajes principales:
Hay una cinta en medio que los liga,
La cual muestra apretando sus señales,
Y ellos, con este aprieto constreñidos,
Hácense por el medio algo embutidos.

9.ª

Siete morcillos tiene el hombro unidos,
Que se ven sin estorbo ni embarazo:
En varias partes estos son nacidos,
Y hacen fin adonde nace el brazo:
Nacen de aquellos ñudos que hay salidos
En el hueso mayor y el espinazo;
Otros nacen tambien de la espaldilla
Y del hueso del pecho y de la assilla.

10.

Otros cuatro morcillos se parecen,
Aunque con diferente nacimiento,
Que ligan la espaldilla do fenecen;
Y estos causan en ella el movimiento;
La paletilla pegan y guarnecen,
Que siempre anda del brazo en seguimiento;
De las costillas nace el un morcillo,
Y los tres del pescuezo y colodrillo.

11.

Muévese el espinazo todo entero
Con diez y seis morcillos ofuscados:
Desde el hueso primero hasta el postrero
Estan por todas partes arrimados:
A un lado el uno, y á otro el compañero,
Todos muy bien unidos y abrazados:
En estos mismos huesos nacen todos,
Y en las ancas tambien por muchos modos.

12.

La anca no la sostiene algun morcillo,
Mas una sola tela la acompaña:
De este hueso se junta un rinconcillo
Con el hueso mayor por arte estraña;
Y aunque el atar parece algo sencillo,

Es tan recia la cuerda que la apaña,
Que si por partes mil se descoyunta
El cuerpo, esta se queda entera y junta.

13.

Sobre esta tela que ata las caderas
Hay dos morcillos gruesos y carnosos,
Que son los que se llaman sentaderas,
Por ser grandes, rollizos, no nerviosos;
Atan estos los muslos muy de veras,
Con nérvios de principios vigorosos,
Que en los cuadriles quedan resumidos,
Debajo de otros muchos abscondidos.

14.

Desde el hombro hasta el codo solamente
Estan doce morcillos corpulentos,
Unos vienen derechos frente á frente,
Otros pasan por ellos mas esentos;
El que llaman molledo es aparente,
Que engruesa y adelgaza por momentos;
Porque plegando el brazo hace gran plaza,
Y estendiéndolo luego se adelgaza.

15.

La canilla á que está la mano asida
Cuatro morcillos solos la menean,
Y sobre la mayor la traen movida,
Que afuera y hácia dentro lo voltean:
Desde el hueso del hombro es su caida,
Y por sobre ella misma se pasean:
Solamente esta vuelta es su ejercicio,
Que no les dió natura alli otro oficio.

16.

La muñeca y la palma cuatro de ellos
La mueven y la cubren, levantando

En partes unos bultos, que con ellos
Ase mejor la mano en apretando;
Diversos nombres tienen todos ellos
Chirománticamente los nombrando:
Llaman monte de Venus al mayor,
Y es monte de la luna otro menor.

17.

Veinte y ocho morcillos van muy quedos,
Pasando por el brazo lentamente
A vestir los artejos de los dedos,
A quien dan movimiento diferente;
Por parte de la palma son molledos,
Y asi tienen y aprietan fuertemente
Todas las cosas ásperas y duras,
Sin que les duelan nervios ni junturas.

18.

La pierna es muy diversa en armadura,
Que la carne del muslo va de suerte
Que hace en la rodilla la atadura:
La pantorrilla liga al pie muy fuerte:
Por delante se vé la ligadura,
Que despues por los dedos se divierte:
Veinte morcillos, pues, tiene la pierna
Con que se entalla, mueve y se gobierna.

19.

Diez que hacen el muslo son carnosos,
Y estos los mas gobiernan la espinilla,
Nacen en el cuadril todos nerviosos,
E ingiérense debajo la rodilla:
Son los tres delanteros poderosos
De sustentar allí la choquecilla,
Y hacen el gobierno de la corva,
Que nadie se lo impide ni lo estorba.

20.

Al pie de la rodilla nueve bajan,
Que del pie los llamamos comunmente;
En las canillas nacen y se encajan,
Segun para ligarle es conveniente:
Uno de los que mas aquí trabajan
Al tobillo de fuera va corriente;
Otro se arrima y va por la espinilla;
Cubre casi los mas la pantorrilla.

21.

De entre las canillas algo afuera
Sale un morcillo grueso, que se parte
Al cabo en cinco cuerdas, de manera
Que por los cinco dedos se reparte;
Esta cuerda se muestra toda entera,
Que las demas no muestran sino parte;
Con este veinte y dos son los morcillos,
Que sirven al bajallos y subillos.

22.

En esto vienen, pues, á resumirse
Los huesos y morcillos ya mostrados,
Todos con el pellejo han de cubrirse,
Para mostrarse mas disimulados,
Y por este camino han de seguirse
Los que en esto querrán ser consumados:
Y son estos morcillos de esta cuenta
Siete sobre trescientos y cincuenta.

23.

Tiene cuarenta y seis rostro y cabeza,
Ochenta y nueve la barriga y pechos,
Veinte y cuatro la espalda, y de allí empieza
Quien los brazos y manos dejan hechos,
Que son noventa y seis pieza por pieza,

Y son los que nos causan mas provechos:
Ciento y veinte las piernas solas tienen,
Con los cuales á ser los dichos vienen.

Bernardino Gomez Miedes.

Este español no fué médico de profesion, y sí obispo de Albarracin; pero merece ocupar tambien un lugar en esta obra, por haber hecho observaciones curiosas en la historia natural, y en la enfermedad de la gota que padeció, y de que escribió una obrita con este título:

Enchiridion ó manual, instrumento de la salud contra el morbo articular que llaman gota, y las demas enfermedades que por catarro y destilacion de la cabeza se engendran en la persona, y para reducir y conservar en su perfecto estado de sanidad al temperamento humano. Zaragoza, por Lorenzo y Diego de Robles, 1589, un tomo en 8.º

Dedicó esta obra al rey Felipe II atacado cruelmente de la misma enfermedad, á quien pretendia curar por medio de su plan, reducido principalmente al uso de las friegas generales, hechas con singular artificio y maña. En el capítulo 10 de esta obrita dice: «*El humor de la gota hace decidores y graciosos à los pacientes*», idea que concuerda poco con la advertencia de Sydenham, quien dijo, que *el paroxismo de la gota podria llamarse mas bien un paroxismo de iracundia.*

Escribió ademas una obra latina sobre la sal, que dedicó á Felipe II, impresa en Madrid, y otra titulada *de apibus*, dividida en cinco libros; pero se perdió el manuscrito de esta última, en una navegacion que hizo el autor, segun él mismo escribió desde Roma en octubre de 1575.

Lorenzo Perez.

Natural de Toledo é ilustrado farmacéutico: se dedicó desde sus mas tiernos años al estudio de las ciencias naturales, y principalmente al de la botánica, en la que hizo los mas rápidos progresos. Con el objeto de ensanchar la esfera de sus

conocimientos, y á imitacion de otros célebres naturalistas, viajó Perez, no solo por toda España, sino por gran parte de la Europa y el Asia. Examinó por sí mismo las plantas de que habian hecho mencion los antiguos botánicos, descubrió otras nuevas, y nos las presentó en descripciones tan claras y precisas, como la nomenclatura vejetal, latina y castellana que publicó tambien.

Alábanlo Sprengel y otros historiadores extranjeros: y esta es en verdad la prueba mas positiva de su mérito.

Escribió:

1.° *Historia theriacæ.* Toledo, por Juan de Ayala, 1575, en 4.°

2. *De medicamentorum simplicium et compositorum hodierno ævo apud nostros pharmacopolas extantium delectu, repositione et ætate, per genera, sectiones duas. Adjectæ sunt integræ et expurgatæ eorum nomenclaturæ et concissæ, quibus pharmacopolæ in vasis extrautuntur; atque etiam corruptæ, Hispanæque.* Toledo, por Juan Rodriguez, año 1590, 4.°

D. Nicolás Antonio hace mencion de otra edicion en 1599.

Esta última obra de Perez es póstuma, habiéndola dado á luz Diego Serrano, boticario de Toledo. Está dedicada al licenciado Juan Almazan, médico de Felipe II, y hay en ella unos versos latinos de Rodrigo Fontan, médico, y de Juan Bautista Rincon en alabanza del autor.

Es la obra de mas mérito de nuestro toledano, y en la que estan contenidos los nombres latinos y castellanos de las plantas y remedios mas usuales en aquella época.

Juan de Cardenas.

Médico en la ciudad de Méjico: escribió una obra con este título:

De los problemas y secretos maravillosos de las Indias. Méjico, 1591, 8.°

No es cierto, como asegura Nicolás Antonio, que escribiese Cárdenas una obra sobre los efectos del chocolate, sino que en la mencionada de los problemas y secretos, dedica los ca-

pítulos 7, 8 y 9 á hablar de la composicion, naturaleza, propiedades y efectos del cacao y chocolate, suscitando la cuestion sobre si quebranta ó no el ayuno.

Es obra muy curiosa, y contiene noticias bastante raras. En la época en que se dió á luz fué muy bien recibida.

En este libro se halla la primitiva composicion del chocolate, segun lo usaban los americanos. Componíase de las sustancias siguientes: cacao, azúcar, canela, pimienta, anis, ajonjolí, gueynacartle que llaman los indios, y los españoles orejuelas, mecasuchil, tlixochil, vainilla de los españoles, achiote.

En el fólio 112 vuelto hace mencion, aunque por incidencia, de otras bebidas que en aquella época usaban los americanos, como son el pozole, pinole, chicha y otras.

Bernardo Caxanes.

Nació en Barcelona el año de 1560: estudió la medicina en la Universidad de Valencia, siendo discípulo del famoso Gerónimo Polo, y habiéndose graduado de doctor en el año de 1585, segun presume el señor Torres Amat. Escribió:

Adversus valentinos et quosdam alios nostri temporis medicos, de ratione mittendi sanguinem in febribus putridis, libri tres. Barcelona, por Pablo Malo, 1592, en 8.º

Está aprobada por el médico Vicente Castelló, y dedicada á Gerónimo Mediona, protomédico del principado de Cataluña, y vice-cancelario de la Universidad de Barcelona. En la dedicatoria dice le movió á escribirla el observar que algunos médicos de su época, mas bien que curar á los enfermos, *los trataban cruel y torpemente, pudiendo asegurarse que en realidad los atormentaban y dislaceraban....* «et magis, dice, non solum mirandum, sed etiam vehementissime »dolendum, medicinam, scientiam præstantissimam, et hu»manæ vitæ conservandæ maxime necessariam, eisdem muta»tionibus subjici, et obnoxiam esse. Etenim cernimus humana »corpora, quæ ab antiquis medicis suaviter admodum, ac »blande fuere tractata, ac multis hujus nostræ ætatis doctori-

»bus, ita turpiter at sæviter tractari, ut ab illis non curari, »sed potius summa cum ratione cruciari, ac dilacerari dican»tur. Quippe adeo audaces in venæ sectione, qua non sine »magna deliberatione utebantur antiqui, se ostentant: ut nul»lum fere liceat reperire morbum, cui ab illis venæ seccio»ne pluries repetita non consulatur. Quod novum ne dicam »pessimum curandi genus, ubi primum apparere cæpit, á va»lentinorum schola ortum traxisse suspicabar. Quippe cum »anno millessimo quingentessimo octuagessimo tertio, cum »Henrico Solano, medicorum hujus nostræ ætatis eruditis»simo, tibique magna necessitudine conjuncto praxim age»rem, ab aliquibus junioribus medicis illinc venientibus ten»tari cæperat; ad quam cum illius suasu eodem anno dis»cessissem, rem ita esse manifestissime comperi; ac cum »Hieronimo Polo, cum in medicina, tum in allis scientiarum »generibus quam doctissimo, et hippocraticæ doctrinæ, pro»fessore vigilantissimo (licet in vena secanda nemini secundo) »praxim exercens, omnium fere morborum curationem so»la sanguinis missione sæpe sæpius repetita, peragi cons»pexi.»

Escribió Caxanes, aunque doctamente, con tal enerjía y libertad contra las opiniones de los médicos de la escuela de Valencia, que su impugnacion raya en personalidad y descaro.

Efectivamente, en la época á que se refiere el autor se abusaba de las sangrías; pero entre clamar contra este abuso, esponer razones, y aducir pruebas para convencer, ó insultar hasta el punto que lo hizo Caxanes, hay una gran diferencia.

Los médicos valencianos le contestaron con menos vehemencia, aunque provocados y ofendidos. El hombre que se dedica á las ciencias, si por desgracia tiene que tomar parte en alguna disputa literaria, debe siempre manifestar toleran-cia, indulgencia y finura para con sus adversarios.

Prescindiendo de estos defectos y vicios que tiene la obra de Caxanes, está llena de erudicion y cultura. Apoya sus opiniones en las de los principales médicos griegos y latinos, diciendo no lo hacia en las de los árabes, porque sabia que la escuela valenciana no era aficionada á la doctrina de estos.

Aun hoy dia puede sacarse mucho provecho del estudio de la obra de este médico catalan.

Fr. Antonio Castell.

Monge benedictino, en su casa de Monserrate de Cataluña, escribió:

Teórica y práctica de boticarios. Barcelona, en 8.°

Nicolás Antonio hace mencion de esta obra sin decirnos el año de su impresion; pero el señor Amat le señala el de 1592.

Francisco Sanchez de Oropesa.

Natural de Oropesa en Estremadura; estudió la medicina, y se graduó de doctor en la Universidad de Salamanca, habiendo sido discípulo de Lorenzo Alderete. Ejerció la profesion en Sevilla con grande crédito de sabio, y escribió las obras siguientes:

1. *Respuesta y parecer del doctor Francisco Sanchez de Oropesa, á lo que le ha sido preguntado en un accidente de un vaguido de calor y sol.* Sevilla, 1573.
2. *Respuesta acerca de una palpitacion y tremor que padecia un enfermo en Guatemala.* Sevilla, 1594, en 4.°
3. *Discurso para averiguar qué mal de orina sea el que padece Diego Anriquez Leon, su amigo y compadre. En el que incidentemente se tratan las cosas que parecieron dificultosas, y de mas consideracion, cerca de la esencia, causas, señales y cura de todos los males de este género.* Sevilla, 1594, en 4.°

Esta obra puede considerarse como una monografía de la litiasis, en la que se hallan máximas prácticas dignas de consultarse aun hoy dia. Trae ademas noticias muy útiles sobre la etiología, el diagnóstico, pronóstico y curacion de este mal, y varias historias muy curiosas é interesantes.

Los principales capítulos en que divide el autor esta última obra son los siguientes:

1. *Del defecto de la orina, en que se trata de lo que es esta enfermedad, sus causas y señales.*

En este capítulo se detiene Sanchez en hacer la distincion de la diferencia que hay entre la supresion y retencion de orina.

2. *De la cura del defecto de la urina.*

3. *De la causa eficiente de la piedra que hace mal de urina, y de la edad en que comunmente se enjendra.*

4. *De la razon porque los muchachos enjendran piedra en la vejiga, y no en los riñones, y de la causa material de la piedra.*

5. *Del modo cómo se enjendra la piedra en los riñones, y de las señales que hay para conocerla.*

6. *Del uso del vómito y de la sangría, en el que tiene piedra de riñon.*

7. *De los remedios que ayudan á salir la piedra.*

8. *Del método preservativo de la piedra de riñones.*

9. *Del daño que producen los diuréticos, y del provecho que resulta del uso de sustancias que ablandan el vientre.*

10. *De las señales que traen los autores para conocer que hay piedra en la vejiga, y el exámen de ellas.*

11. *De las causas y modo de enjendrarse piedra en la vejiga.*

12. *De las señales propias y ciertas que acreditan haber piedra en la vejiga y de las accidentales.* Este capítulo es uno de los mas interesantes.

13. *De la cura con medicinas.*

14. *De la obra manual.* En este capítulo hace mencion el autor de los varios métodos que en su tiempo se empleaban para estraer la piedra de la vejiga.

15. *Del regimiento que ha de guardar el que tiene ó teme piedra en la vejiga.*

En el cuerpo de esta obra trae varios casos prácticos, entre ellos el de un obispo de Salamanca, por quien fué llamado á causa de haber once dias que no orinaba, aunque despues lo verificó en gran cantidad. Advirtiendo Oropesa que la orina era como agua, y que no se le descubria el pulso, le dijo que se moria, cuya triste noticia se le agradeció tanto, que hizo el enfermo le trajesen una alhaja de plata de su aparador, diciéndole que se la regalaba por haberle desengañado. Refiere

otro caso del Arcediano de Niebla que se puso letárgico, y despues epiléptico, y últimamente murió apoplético, y el del licenciado Peñasola que murió frenético, aunque orinó antes de morir mas de cuatro azumbres. Dice vió á otros morir perineumónicos y sofocados, sin que les bastase orinar á la postre en gran cantidad.

Hablando de los cálculos en la vejiga, manifiesta que es muy difícil conocer cuándo existen ó no, sobre lo cual se detiene, y da reglas muy juiciosas. La abundancia, añade, de humores crudos, movida por golpes hácia estas partes, suele obstruir ó quitar totalmente la orina, y pocos ó ninguno de estos he visto escapar. De esta causa fué el defecto de orina, de que murió el obispo de Salamanca Don Francisco de Soto el año de 1577, presidiendo por particular comision en la inquisicion de Llerena. Habiéndole dado un médico unos polvos de antimonio, teniendo el cuerpo muy lleno de humores crudos, se le movieron estos en tanta cantidad que le resultó de allí no poder absolutamente orinar. Tambien, continua, fué de esta misma causa el defecto de orina del Arcediano de Niebla Don Francisco de Montoya, que falleció en 14 de abril de 1587, habiendo precedido el comer lamprea, ostiones y sollo, y tomado para limpiar los riñones por consejo del vulgo una agua destilada de la yerba iberis, que por otro nombre se llama mastuerzo silvestre; la cual movió la abundancia de los humores crudos de tal manera, que obstruyó los riñones sin que pudiese bajar gota de orina.

Refiere tambien que al doctor Mena, y al licenciado Salamanca de Burgos, que fallecieron de piedra, se les hallaron en la vejiga varias, que cada una pesaba siete onzas. Encarece la anatomía patológica, diciendo que si esta diligencia se hiciese en las enfermedades de los órganos internos, se averiguarian muchas cosas en gran provecho de la salud, y que seria muy bueno proveer que en los hospitales se abriesen los que muriesen de enfermedades que hubiera sido difícil conocer, ó en que no se supiese el miembro afecto; y principalmente si antes de fallecer el enfermo hubieran apreciado los médicos los accidentes que sufria.

Hace mencion de los autores sevillanos Simon de Tobar, García de Salcedo, Coronel, Alonso Diaz, y Cristóbal de Leon. Combate la opinion de Avenzoar que no quiere se haga la operacion de la talla. Era de parecer que se efectuase en los jóvenes de 9 á 14 años: á los de 35 á 50 duda aconsejarla, y de aquí arriba á nadie. En los niños dice que habia obtenido muy buenos resultados.

Aconseja el vomitivo y las sangrías con el objetode hacer descender la piedra de los riñones, ó la infusion del ruibarbo hecha en cocimiento diurético, ó trementina desleida en caldo, ó pulpa de caña fístula en cocimiento de orozuz y doradilla. En la página 108 dice que su maestro el doctor Lorenzo de Alderete aconsejaba á los de este mal, el uso contínuo de comer todas las cosas con aceite.

Encarece mucho el aceite de membrillo para esta enfermedad, y trae el modo de prepararlo. Nos hace la descripcion de la operacion como el mejor cirujano moderno, aconsejando se llamase para este caso al licenciado Izquierdo que residia en Valladolid, *é iba adonde se le pagaba*. Refiere á la página 170 que este famoso cirujano operó al padre doctor Ramirez al principiar una misa rezada, y que al sanctus ya le habia sacado dos piedras, y echado en cama.

Consagra el autor un capítulo á tratar del uso de las bebidas, del sueño y ejercicio en las enfermedades de orina, y no es de parecer sea provechoso beber el agua de Antequera que llaman de la fuente de la piedra, pues que mueve á orinar sin provecho, pudiendo ocasionar los daños que sobrevienen en el mal uso de los diuréticos. Hablando del ejercicio trae la opinion de Fulgencio el filósofo sobre sus ventajas, espresada en los términos siguientes: «el ejercicio es el conser»vador de la salud humana, escitador del calor natural, es»timulador de la naturaleza adormecida, el consumidor de »lo supérfluo, el consolidador de los miembros, muerte de »las enfermedades, auyentador de los vicios, específico de la »debilidad, ganancia del tiempo, deuda de la juventud, alegría »de la vejez, destruccion de los males, auxiliador poderoso de »la salud, y enemigo del ocio.»

Ademas de las obras referidas, imprimió Sanchez las dos siguientes:

4. *Discurso sobre los vaguidos que padece el P. Fr. Andrés de San Gerónimo, rector del colejio de San Lorenzo el real.* Sevilla, 1599, en 4.º

5. *Tres proposiciones hechas á la ciudad de Sevilla sobre la peste que afligió á esta ciudad en* 1599. Sevilla, 1599.

Enrique Jorje de Anriquez.

Natural de la ciudad de Guarda, en la provincia de Beyra en Portugal. Estudió la medicina en la Universidad de Salamanca, á la que titula *verdadero Monte Parnaso*; fué discípulo de Tomás Rodriguez de Veyga, de Ambrosio Nuñez, de Juan Bravo y Andrés Alcázar. Llegó á ser catedrático de filosofía en la escuela de Salamanca, y sustituto de la cátedra de Avicena en la de Coimbra, y despues primero electo para la de medicina práctica en esta última Universidad. Escribió:

1.º *De regimine cibi atque potus et de cæterarum rerum non naturalium usu nova enarratio.* Salamanca, por Miguel Serrano de Vargas, 1594, en 8.º

Dedicó esta obra al serenísimo príncipe Alberto, reverendísimo cardenal, archiduque de Austria, en alabanza del cual compuso un epígrama latino que se halla al frente de ella, y otro contra los envidiosos y murmuradores.

Este libro, que se ha hecho bastante raro, no es otra cosa mas que un *erudito comento* del tratado de higiene de Avicena, á quien en aquel tiempo se tenia como uno de los padres de la medicina.

2.º *Retrato del perfecto médico.* Salamanca, por Juan y Andrés Renaut, 1595, en 4.º

La dedicó al Excmo. Sr. D. Antonio Alvarez, duque de Alba, de quien fué médico de cámara, siendo celebrada en varias poesías, no sin justo motivo. Nuestro famoso Lope de Vega, entre otros, compuso dos sonetos en loor de esta obra y de su autor, como ya hemos manifestado en la introduccion al siglo, pág. 165.

Está dividida en cinco partes ó diálogos[1], figurando ser sus interlocutores el mismo Enrique, y un teólogo, arcediano de Coria. Nunca será esta preciosa obra bastantemente encomiada; pues ademas de contener la moral mas sublime, digna de que todos los médicos la pusiesen en práctica; está escrita con tanta erudicion; tan amenizada con casos curiosos y entretenidos, y es tan rica de noticias históricas, que reune las mejores circunstancias para inculcar á los médicos las máximas de la moral mas pura, con que nos retrata al médico perfecto. Ya he dicho en la introduccion, y repito aquí, que este escrito es superior al que dió á luz sobre el mismo objeto nuestro Fontecha, tres años despues, y al publicado por Gregory en Inglaterra. No pareciéndome conveniente, por no ser difuso hacer en este lugar un estenso compendio del referido escrito, cual mereciera por la importancia de su contenido, presentaré al menos los principales puntos de que trata.

En el primer diálogo principia hablando de *la verdadera amistad, y de cuán útil sea tener á un médico por amigo,* «porque de este modo, dice, se desvelará por la salud de su »amigo; le visitará amenudo; y si tiene capacidad suficiente »para desempeñar la profesion, ha de caer en cuenta de la »enfermedad, y remediará los accidentes que sobrevengan »antes que echen raices.» Trata en seguida *de la escelencia y antigüedad de la medicina,* diciendo: «que el mismo Dios por »su infinita bondad la reveló á nuestro primer padre; y »que segun se lee en el Eclesiástico ningun hombre pru- »dente la aborrecerá. Que si leemos haber los romanos des- »terrado á los médicos, no por eso se colige que la medicina »ha de ser despreciada, sino los malos y ruines profesores »que no saben usar de ella á su tiempo y lugar oportuno, »como fueron aquellos que echaron fuera de Roma.»

Que el médico sea temeroso de Dios, muy humilde, no soberbio ni vanaglorioso; que sea caritativo, manso, benigno, afable, y no vengativo. Prueba la necesidad que tiene el médico de conservar su conciencia pura, para que pueda alcanzar los preceptos de la medicina, pues que ella no se manifiesta sino á los virtuosos; sin que el odio y la aficion lo engañen

y le hagan salir fuera del camino recto. «El médico, dice, que tiene su alma inquieta, distraida, y anda embebido en vanos pensamientos, no tendrá misericordia ni piedad, le faltará la humildad y la mansedumbre, y solo le ocupará la arrogancia y una avaricia sin término. La soberbia, añade, es la enfermedad de miserables y locos, y la madre de todos los vicios. La humildad hace que cuanto mas la busquemos, tanto mas subamos á la mayor alteza. La verdadera gloria de esta vida se aleja de quien la busca, y busca á quien le huye; es como la propia sombra que huye de quien corre tras ella, y sigue á quien de ella huye. Una de las cualidades que ha de tener el médico es el ser humano y afable para que pueda ganar las voluntades; asi vemos que dió naturaleza á todos un amor para con aquellos, en quienes resplandece la mansedumbre, y odio para con los animales que se apacientan con sangre. Grande es la suavidad que hay en la blandura y afabilidad; no hay mas firme columna para la conservacion de la vida. Son los afables semejantes á Dios, y los crueles á los leones, que siempre están dispuestos á destrozar con sus garras. El médico que tenga una vida sosegada juzgará de las cosas y de los accidentes; lo contrario ofusca y enturbia el injenio. Si el agua de un vaso estuviere sosegada, podráse uno mirar bien en ella, mas si estuviese enturbiada ó en agitacion, nada representará, ó si alguna cosa representare será muy al revés de lo que ello es; asi el médico cuando está con el juicio sosegado, y sin pasion, vé en el espejo del entendimiento lo que conviene para la salud de los enfermos, lo que no sucederá si se hallase inflamado con la ira.»

Que guarde secreto; que no sea linguaraz, ni murmurador, ni lisonjero, ni envidioso. Dice, que la mayor parte de los males que han sobrevenido á los médicos, ha sido por no haber sabido callar un secreto. Reprende á los que traen siempre en la punta de la lengua donaires, cuentecillos, hablillas, y unos *testecillos* que directa é indirectamente siempre los hacen caber. La sabiduría de los tales, continúa, es aparente; son como la estátua que vió Nabucodonosor en sueños, que todo lo grande que era tenia los pies de barro, y asi un pe-

queño toque la podia derribar. El perfecto médico ha de hablar poco, y no ha de caber en él ignorancia. Del mucho hablar nace la murmuracion, la cual es odiosa, y á un médico le está muy mal. Los imperitos cuando saben que otro ha murmurado de su cura, luego trabajan por vengarse en semejante moneda. Los médicos lisonjeros y habladores los veo flacos y amarillos, sin color; si se les pregunta si están indispuestos dicen que no, que su ruin color es del estudio, y ninguna cosa mas les falta; pues si estudiaran en la facultad que ellos dicen profesan, andarian alegres y contentos, pues que no hay cosa que dé mas bello color que la alegría y contentamiento; siendo en poca reputacion tenidos por su falta de estudio, y muriéndose ellos de envidia cuando ven á un sábio, porque trabaja, mas aventajado, mas rico, y mas estimado de las gentes.

Que sea templado, prudente, y no demasiadamente osado. «La prudencia, continúa, es tan necesaria al médico, que el que posea esta virtud luego será modesto, templado, y mostrará en sus obras firmeza, porque al prudente ninguna cosa le parece nueva. Debe ser tambien medroso y mañoso, que sepa dar largo á la enfermedad; de manera que no se ponga en cualquier dia á pelear con ella con sangrías, purgas, etc., sino que la combata cuando haya oportunidad.»

Que sea continente, honesto y recojido, dado á las letras y curioso; que trabaje en su arte y huya de la ociosidad; que imite á los doctos varones; que no sea dado á la sofistería, y que no huya de las disputas sobre cosas de su ciencia. Tambien, dice, que uno de los requisitos necesarios para ser buen médico es que tenga imaginacion, con la cual atinará las cosas que ni se pueden decir ni entender, ni hay arte para ellas: asi vemos, prosigue, que entra un médico á visitar á su enfermo, y por la vista, oido y tacto alcanza á lo que parece imposible. Entre las varias señales que espone para conocer si un médico tiene imaginacion, es no tener el espíritu muy descansado, y ser irascible; porque los hombres necios y faltos de imaginativa viven mucho mas descansados, no tienen pena, ni enojo, ni piensan que otros les aventajan en saber:

la mucha blandura nace de la necedad y falta de imaginacion. Otra señal es tener la cabeza calva, porque residiendo la imaginativa en la parte delantera de la cabeza, el demasiado calor hace caer los cabellos. La vergüenza y honestidad se pueden referir tambien á la imaginacion: ellas son pasiones propias del entendimiento: el que careciere de ellas diremos que es falto de esta potencia, como diríamos qué no tiene tacto el que pusiere las manos en el fuego y no se quemase. Quéjase el autor de los médicos ociosos que piensan que para curar basta haber seguido los cursos de la Universidad, sin necesitar ya de mas libros, ni procurar leer á los graves autores, ni estudiar sus cánones, aforismos y reglas. El buen médico, añade, es un ministro verdadero de la naturaleza; á ella ha de imitar en sus obras, y esto no lo podrá hacer sin saber todo lo que los antiguos y modernos enseñan en sus sábios libros. Asi podrá dar razon del por qué de cualquiera cosa de su arte, y disputar con moderacion y cortesía, dando verdaderas soluciones, sin ocuparse de la vana y odiosa sofistería, que es propia de ignorantes.

Concluye este primer diálogo, manifestando *los daños que hacen los imperitos y vulgares que usaban del arte, y cómo debian ser castigados. Muestra el poco cuidado de la justicia en castigar á los malos profesores, y lo mal que hacian en premiar al médico indocto; siendo esta la causa porque no floreciese la medicina y hubiese tan pocos sábios.* Lastímase de la necedad del vulgo en ponerse en manos de viejezuelas parleras, súcias, colmilludas, romeronas y criadas, en medio de toda desvergüenza, las cuales, fingiendo que sabian curar, estafaban al vulgo, sin que las leyes obrasen contra ellas; y que mientras á cualquier obrero se le impedia usar del oficio, sin ser examinado, quedase en libertad cualquiera persona inhábil y grosera para curar, teniéndose con esto en mas estima las obras mecánicas, que la misma salud del individuo. «¿Para qué, esclama, nos damos á la filosofía y medicina con tanto estudio, con tanto gasto, y con tanto dispendio de nuestra salud, y andamos perdiendo el tiempo, y en ello nos envejecemos, si á cada cual que se haga médico le dan cré-

dito, y á cada cual que curse cuatro medios años lo hacen las universidades bachiller? Acuérdome que estando en Salamanca hice una oracion al claustro de los médicos, encargándole que no premiase al ruin estudiante como al bueno que siempre estudiaba; mas veo que nada aprovecha, y debe de ser, porque se mete por medio el triste interés....»

Las principales virtudes que en el resto de sus diálogos nos espresa Anriquez, queriendo que el perfecto médico se halle adornado con ellas, son:

Que vaya decente y limpio; que sea frugal, celoso de su honra, gran latino, y que tenga conocimientos en la lengua griega y arábiga; que sea buen *anatomista*, y muy circunspecto en el pronóstico. Recomienda la diligencia en mandar administrar los Sacramentos á los enfermos acometidos de graves dolencias; dice que el médico debe tener algun recreo honesto, pero que huya el de las cartas; que le es necesaria la peregrinacion; que debe ser cosmógrafo, y tener muchos libros, y que adquiera algun conocimiento en la música. En todos estos puntos mezcla el autor tanta variedad de ejemplos, y dilucida tan filosóficamente otra gran copia de cuestiones interesantes, que no puedo menos de manifestar que es verdaderamente doloroso se vaya haciendo tan rara su obra; pues no es fácil hallar otra que encierre tanta erudicion y noticias históricas, como ya he dicho.

Anriquez fué dado á la poesía, como puede verse en los versos latinos que trae á la pág. 48, en donde dice: «Acuér»dome que siendo mas mozo, al tiempo que mis cuidados »apascentaba con la sabrosa poesía, dije así de la mansedum»bre y blandura de costumbres.»

Pellite duritiem fugiendam é pectore vestro,
E rigido sævas pellite corde minas.
Qualiter ad nitidos volitant examina flores
Flerida cum pingui gramine vernat humus,
Peltra sequebantur veluti resonantia vatis
Montanæ quondam periuga celsa feræ.
Sic genus humanum capitur dulcedine morum,

Verbaqué decipiunt officiosa viros.
Triste supercilium veteres expellit amicos
Quos trahit alloquiis gratia blanda suis.
Victa tibi mens alloquiis, et fluminæ linguæ
Ipsa dabit victas tempus in omne manus.
Viribus immanes fas est compescere tygres,
Ferrea montanis addere vincla feris.
Ut cum Nisæus frænata tygride currus
Pampineos quondam per iuga celsa tulit.
Terribiles dextra, fas est, cohibere leones
Et premere ingenti fortia colla iugo?
Qualiter ille Itallus Romana per oppida ductus
Submisit flavos ad fera fræna iubas.
Cum iuga terribiles traherent præcelsa leones
Et simul auratis esseda pulchra rotis.
Vis premitur sæpe iniectis vulcania lymphis
Extinguunt magnos flumina parva rogos.
Æquora et immanes cohibent spumantia moles
Aeolus in summa frænat et arce notos.
Nescia mens hominum duro mansuescere ferro
Et quæ omnes sævas despicit illa minas.
Nescia fræna pati cultu molita benigno
Blandior Imperiis serviat illa tuis.
Quod non effecere faces, ignesqué flagrantes
Efficiunt leni, lenia verba sono.
Illa hominum dulcem semper venantur amorem,
Asperitas odium, sævaqué bella parit.
Accipitrem odimus diris quia vivit in armis
Albentesqué colit tuta columba domos.
At caret insidiis, et fraudes nescit hirundo
Et trabibus nidos substruit illa suos.
Et iuvat aspectam niveo candore iuvencus
Quæque nives albo vellere vincit, ovis.
Qui volet incolumes populos frænare superbos,
Det semper genti mollia jussa suæ.
Floriut Augusti prælongo tempore regnum
Quo nihil in toto mitius orbe fuit.

Mobilis unda vado deducit in æquora Nilum,
In pelagus leni confluit Indus aqua.
Torrentes fluvii stridentia murmura miscent
Lætaqué turbineo vortice culta tráhunt.
Illa suos peragunt spatiosa in tempora cursus
Hi vero lingunt sole rubente suos.
Quod non in terris potuit violenta potestas
Dulcibus alloquiis mollis, amica potest
Hæc insigne decus, Regumqué palatia servat
Atque triumphantes blanda refrænat equos.
Protegit insignes facilis clementia Reges
Prodit sollicitus regia tecta metus.
Impia crudelis timeantur regna Neronis
Et qui Threisios hospite pavit equos.
Ista potest Reges recté servare benignos
Hæc cunctis omnem subtrahit una metum.

JUAN VALERO TABAR.

Natural al parecer de Zaragoza, y doctor en medicina. El señor Cerbuna, fundador de la Universidad de Zaragoza, eligió en 24 de mayo de 1583, para catedrático de medicina de la misma á D. Juan Valero Tabar, comenzando por este profesor el nombramiento de los de esta facultad; y en la tarde del citado dia ya intervino Tabar en los actos de profesion de fé (1). Parece sin embargo que cuando empezó el curso ya esplicaba en la cátedra de vísperas. En 1592 asistia aun á los exámenes de bachilleres en medicina, y en el de 1593 intervino en dos doctoramientos; pero es de presumir que ya no obtenia cátedra en 1597, en razon de no proponerlo el doctor Fraylla en la segunda de cátedras de su lucidario, y aun mas

(1) Véanse las memorias literarias de la Universidad de Zaragoza, escritas por D. Inocencio de Camon y Tramullas, pág. 342. Zaragoza, por Francisco Moreno, año de 1768, en 4.°

porque nombrando en él las personas diputadas para hacer aquel año los estatutos para la facultad médica, tampoco lo menciona.

Incorporó su grado como catedrático en 3 de noviembre de 1583, pero le precedió en la incorporacion el doctor Gerónimo Gimenez, que tambien era profesor de la misma escuela. Tanto por esta circunstancia como por haber comenzado el señor Cerbuna por Gimenez, y continuado con Tabar el nombramiento que hizo en 10 de octubre de 1585, se descubre que únicamente tuvo la cátedra de prima, desde 24 de mayo, hasta 27 de setiembre de 1583, y que posteriormente esplicó la de vísperas, perseverando decano. Nada mas nos dice sobre este médico el historiador de la Universidad de Zaragoza; pero conviene saber, que tuvo grandes conocimientos en anatomía, á los que añadió la habilidad de construir unas estátuas anatómicas enteramente nuevas en España, y en Europa, cuya materia, delicadeza y primor arrebataron la admiracion de sus contemporáneos. Esta circunstancia no pudo menos de llamar la atencion del monarca Felipe II, quien le condecoró y eligió por su médico de cámara.

Ya en la introduccion á este siglo, pág. 31 y siguientes, hicimos mencion de estas estátuas, cuya materia, flexibilidad, consistencia y propiedad en los colores, ofrecian la mayor perfeccion. Empero lo superior á todo elogio es la particularidad de estar construidas con tal mecanismo, que tenian el natural movimiento, cuya mágia las hacia tan animadas á los ojos de los espectadores, que las asemejaba á las fabulosas de la antigüedad que refieren los poetas. Tambien dijimos que Lázaro de Soto fué el que perpetuó la memoria de tan maravillosa invencion en su obra: *De los comentos á algunos libros de Hipócrates* (lib. *De Dicta*, fólio 34, edicion de Madrid, por Luis Sanchez, año de 1594, en fólio), y que su autoridad en este punto, ni debe ser sospechosa, ni en buena crítica puede desmentirse.

Esta invencion habia quedado sepultada en el olvido, y ningun médico, ni la academia de Madrid, tenia noticia de ella, hasta que yo leí en la misma un discursito sobre este

asunto, que se imprimió despues, y copiaron los redactores de las *Décadas de medicina y cirujía.*

¡Doloroso es por cierto que Tabar no nos dejase escrito el mecanismo de su invencion!

Murió este médico por los años de 1594, cuando escribia el referido Lázaro Soto.

Juan Cornejo.

Médico y filósofo en esta córte de Madrid, dió á luz:

1. *Discurso particular preservativo de la gota, en que se descubre su naturaleza y se pone su propia cura,* al cual está unido otro.

2. *Discurso y dispertador preservativo de corrimientos y enfermedades de ellos.* Madrid, 1594, en 4.°, que es la fecha de la dedicatoria.

El primero de estos discursos se halla dirigido al rey Felipe II, y el segundo al papa Clemente VIII.

En el primero hace mencion de los nombres que los antiguos habian dado á la gota; de los sugetos que están mas predispuestos á padecerla; de su causa eficiente; de la cura y sus remedios.

Hace consistir Cornejo la causa eficiente de la gota, *en una materia morbosa, escrementicia, sutil, corrupta y maliciosa, que cae desde la cabeza á los pies, produciendo en ellos ardor, hinchazon é inflamaciones, que causan diferentes congojas, con dolor.*

La curacion cree el autor podia conseguirse por medio del *oro potable vegetal*, y frotándose la cabeza con una escobilla todos los dias.

Al fin de esta obrita se halla el modo de hacer el *oro potable vegetal*, que no es otra cosa, sino un cocimiento mas ó menos cargado del lentisco, planta muy comun en España; cuyo remedio y modo de prepararlo, dice Cornejo, estaba aprobado por el doctor Luis Mercado. Esta sustancia vegetal ya se habia recomendado por el bachiller Fernan Gomez de Ciudad-Real para el mismo mal. (Véase la biografía de este manchego.)

Gerónimo Polo.

Natural de la ciudad de Valencia, en cuya escuela estudió la medicina, siendo discípulo de Luis Collado. Por sus estensos conocimientos y práctica, llegó á ser catedrático de medicina en aquella Universidad, cuyo cargo desempeñó con lucimiento por espacio de quince años.

Uno de los discípulos de Polo, llamado Bernardo Caxanes, natural de Barcelona, y de quien ya hemos hecho mencion, á pesar de alabar á su maestro *con los títulos de vigilantísimo y doctísimo profesor hipocrático, no solo en medicina, sino en otros géneros de ciencias,* imprimió un tratado, en el que impugnó las opiniones de su maestro, oponiéndose abiertamente á sus doctrinas, con respecto al método curativo en las calenturas pútridas. Con este motivo tomando Gerónimo Polo como propia esta causa, imprimió una defensa con el siguiente título:

Pro valentina medicorum Schola adversus Bernardum Caxanes, barcinonensem medicum: de febrium putridarum curatione liber. Autore, Francisco Aguilar, médico valentino. Valencia, por Felipe Mey, 1594, en 8.º

Este librito salió á luz á nombre de Francisco Aguilar, pero convienen los historiadores en que fué escrito por el doctor Polo (1).

Al observar los médicos de la escuela valentina que Caxanes, ademas de insultarlos los provocaba á duelo literario, comisionaron al doctor Polo, para que contestase al médico catalan. Hízolo con el mayor comedimiento, y si bien su obra no escede en mérito científico á la de Caxanes, la aventaja y sobrepuja en finura y miramientos para con su adversario. Sin embargo, no pudiendo contener su justo resentimiento,

(1) Véase á Orti, Memorias históricas, pág. 225, á Rodriguez Bibli. Valencia. Pág. 171, al doctor Melchor de Villena, in Antipol., pág. 11, e in reprobat. apolog. p. 1., y á Jimenez en sus escritores valencianos, pág. 192; cuyos autores hacen mérito de Gerónimo Polo, y hablan de esta obra como escrita por él.

le dice, que el escrito publicado contra la escuela valentina, que tan merecido crédito obtenia en el orbe literario, era una copia ó plagio del que sobre el mismo objeto habia impreso Horacio Augenio (1). Estas son sus palabras: «Accedo »igitur jam ad ea refutanda, quæ ex Horacio Augenio trans»cripsisti. Ac quæso ne in furto deprehensus titubes, aut ex»pallescas: vir enim doctissimus est, et ab opulento, ex di»vite viro aliquid furari, minus severe castigandum est. Rem »igitur aggredior, et dabo operam, ut pro medicis valenti»nis minimo cum fastidio, summaque modestia respondeam. »Vale.»

Escribió tambien otra obra latina, que dejó manuscrita, con el título de:

In aforismos Hipocratis commentaria.

Jimeno dice que vió parte de ella.

JUAN BUSTAMANTE DE LA CAMARA.

Natural de Alcalá, en cuya Universidad siguió sus estudios; se graduó de doctor en medicina, y ocupó una cátedra de filosofía y otra de prima en la facultad, las que desempeñó con mucho aplauso y aprovechamiento de sus discípulos. Escribió las obras siguientes:

De animantibus scripturæ sacræ ad divos Justum Pastorem Didacum complutensium tutellares. Tomus primus. De reptilibus verè animantibus sacræ scripturæ. Opus eximiæ eruditionis, et utilitatis, cum theologis, tum scholasticis, quam concionatoribus sacris scripturæquè interpretibus, tum medicis, philosophis, et iis qui de bella literarum supellectili bene sentiunt. Cum duplici locupletissimo indice, primus scripturæ contextus locorumqué, incidentium juxta ordinem contentum in sacris scriptis, secundus verborum, et rerum memo-

(1) Este célebre protomédico del papa Clemente VII, natural de Monte Santo, publicó en 1570 una obra titulada: *De curandi ratione per sanguinis missionem, etc.*

rabilium. Alcalá, por la viuda de Juan Gracian, 1595, dos tomos en 4.º

Esta obra, repartida en dos tomos, está dividida en seis libros. Se ocupa en ella principalmente de las varias especies de serpientes y dragones, de los elefantes, leones, cocodrilos, hormigas, salamandras, escorpiones, gusanos, etc., trayendo la historia natural de cada uno, sus virtudes, la historia divina y profana, en que se hace mencion de ellos, ora considerándolos como objetos de idolatría, ora como de varias significaciones alegóricas, tanto místicas como profanas. Es obra sumamente curiosa y entretenida, en cuya lectura se pueden adquirir ideas bastante útiles para el conocimiento de la historia de los antiguos tiempos.

Esta obra, como ya he dicho en la introduccion, fué copiada por Samuel Bochard, mudándole el título en el de *Hierozoicon*, é impresa en Francfort en 1694, valiendo á Bochard muchos elogios, y que se dijera de él: *que habia hecho un trabajo, al que nada podian añadir los hombres sábios*. Reclamo pues esta gloria para el médico español, que dió á luz su tratado noventa y nueve años antes de la copia de aquel ministro protestante de Ruan.

Francisco Hernandez.

Las noticias biográficas de este sabio médico naturalista son por desgracia bastante escasas; se sabe únicamente que fué natural de Toledo, y médico de cámara de Felipe II; y que este le mandó á las Indias occidentales para observar en aquellos paises las producciones de la naturaleza. Recogió un gran número de observaciones, que sirvieron de testo á su grande cuanto infortunada obra. Cúpole á esta la suerte de ser casi toda ella devorada en uno de los incendios acaecidos en el Escorial, quedando privados para siempre los amantes de la ciencia, de tantas riquezas como encerraba, y á tanto coste recojidas. Varios historiadores, al paso que han lamentado esta catástrofe, han hecho de dicha obra y de su autor la debida apología. Oigamos lo que el ilustrado Quer nos dice en la

Flora española, tomo I, pág. 37. «Envió el monarca con real »magnificencia al doctor Don Francisco Hernandez, natural »de Toledo, á las Indias occidentales, á que escribiese una »historia de todos los animales y plantas que pudiese observar »en aquellas remotas regiones. Asi lo ejecutó como docto y »diligentísimo investigador en poco mas de cuatro años. Re»partió la historia en quince libros grandes de á fólio, que se »depositaron en la real biblioteca del Escorial. Estos conte»nian las figuras de las plantas y animales, con sus mismos »nativos colores, asi de árboles como de yerbas, con raices, »troncos, ramas, hojas, flores y frutos. De la misma manera »se representaban los animales, como el caiman, araña, cu»lebra, serpiente, conejo, perro, etc. Tambien se veian de»mostrados los peces con sus escamas; y las hermosísimas »plumas de tanta diversidad de aves con sus pies y picos. »Igualmente se manifestaban el talle, colores y diferentes mo»dos de vestir de hombres y mujeres, y los adornos de sus ga»las y fiestas, corros y bailes, ritos y sacrificios. En fin, toda »la obra era un objeto de singular deleite, y el mas hermoso á »la vista. En algunos de estos libros puso la figura, forma y »color del animal y de la planta, disecándolos y preparándo»los en el mejor modo que alcanzó. En otros (á quien se remi»te por sus números) pone la historia de cada cosa; las calida»des, propiedades, virtudes y nombres de todo, conforme »á lo que pudo colegir y alcanzar de aquella gente bárbara, y »de los españoles que habian nacido, vivido y criado en aquel »dilatado imperio. Compuso, ademas de estos quince libros, »otros dos separados: el uno trata de las plantas y de la simi»litud, propiedad y correspondencia que tienen con las nues»tras: el otro contiene las costumbres, leyes y ritos de los in»dios, y juntamente las descripciones de la situacion de las »provincias, tierras y lugares de aquellas regiones y nuevo »mundo, dividiéndolas por sus climas y temperamentos. Pa»ra ocurrir á los gastos de tan considerable obra, fué preciso »que S. M. mandase aprontar sumas cuantiosas; porque no »cabe en la posibilidad de un particular el costear tan raras es»ploraciones, y en regiones tan remotas, si la generosidad de

»un príncipe no le ayuda. Esta obra se hizo encuadernar magnificamente con hermosas cubiertas de color azul, labradas de oro, con manecillas, cantoneras y bullones de plata muy gruesos, de escelente labor, y primoroso artificio. De los borrones y diseños que se hicieron en los campos, andando por soledades y desiertos, se adornaron lienzos de pinturas que estan en la galería y cuarto del rey, en el real sitio de San Lorenzo.»

«En el incendio y quema que padeció este real sitio, principalmente en la biblioteca, le cupo gran parte á esta obra tan magnífica como costosa. ¡Oh qué dolor! De modo que la mayor parte de ella fué víctima funesta de las voraces llamas. No obstante quedaron algunos fracmentos que he tenido en mis manos, que casi me hicieron enternecer al contemplar tan primorosos dibujos, y la viveza de colores con que estaban las figuras de plantas, árboles y animales, todo por el natural.»

Varias causas han impedido la publicacion de este inestimable tesoro: primero la muerte de Hernandez, y despues el incendio, como viene dicho, de la biblioteca del Escorial, donde estaban colocados estos preciosos monumentos. Se ven sin embargo traducidas en castellano por Francisco Jimenez (1), y publicadas en Méjico, gran parte de las plantas descubiertas por Hernandez; y existe ademas un compendio de estas, reducido á diez libros, y formado por Nardo Antonio Recchi, que despues, gracias al celo literario, y á la erudita generosidad del príncipe Cesi, se dió á la luz pública. Por este medio la Europa pudo gozar en gran parte de las luces que habia difundido Hernandez, y la botánica recibió muchas ventajas, é hizo grandes adelantamientos con aquella docta y generosa espedicion.

Si bien la obra grande de Hernandez con sus estampas pereció en el incendio del Escorial, en la biblioteca de San Isidro de Madrid se hallaron cinco tomos escritos por la mano

(1) Véase la biografía de este español.

de Hernandez, donde estaba el testo de sus obras hechas en Nueva España: Don Casimiro Gomez Ortega imprimió los tres primeros, y ofreció dar los otros dos (1), escritos en un latin sublime y correcto: su título es:

Francisci Hernandi, medici atque historici Philippi II Hisp. et Indiar. regis, et totius novi orbis Archiatri, opera, cum edita, tum inedita, ad autographi fidem et integritatem expressa, impensa et jussu regio. Madrid, 1790, fólio.

En el prólogo de esta magnífica edicion dice el referido Gomez Ortega lo siguiente: «no creo que haya alguno tan es»caso de conocimientos históricos, que no sepa que Francisco »Hernandez fué médico muy docto, y elejido por el mismo rey »Felipe II para su inmediato servicio, y que al concluirse el »siglo XVI fué comisionado á Méjico, para hacer esperimentos »y observaciones acerca de los tres ramos de historia natural.»

«Despues de siete años de permanencia en Nueva España, »habiendo cumplido dilijentemente su mision, ilustrando »sábiamente en diez y siete grandes volúmenes, con descrip»ciones, grabados é índices, no solo las plantas, minerales y »animales de aquel pais, sino tambien la topografía del reino »de Méjico, sin perdonar las antiguallas: sin saber por qué, y »con gran pérdida de las ciencias, fueron entregados dichos »volúmenes por mandato del mismo rey Felipe, para exami»narlos y publicarlos, á *Nardo Antonio Recchi*, italiano y pro»tomédico general del reino de Nápoles. Este, al formar el »epítome de todos los volúmenes, lo hizo de pocas materias, »mas bien copiándolo que compendiándolo, escluyendo todo »lo perteneciente á historia natural, y haciendo mérito tan »solo de lo que pertenecia á medicina, y aun de esto no todo »lo conveniente para tratar bien las enfermedades, desfiguran»do en un todo la obra de Hernandez. En el cotejo que en

---

(1) Es lástima que la muerte del sábio naturalista Ortega nos haya privado de estos dos últimos tomos de la obra de Hernandez, y principalmente del cuarto, que destinaba para darnos noticias de la vida y escritos de este toledano.

»nuestro cuarto volúmen haremos acerca de la vida de Hernandez y de sus escritos, con lo que Recchi publicó en Roma, se manifestará lo dicho estensa y claramente. El compendio vino á parar á la academia de los Linces, los que no pudieron menos de admirar sus faltas, y comentariándole lo publicaron en Roma en el año de 1661 con el título de *rerum medicarum Novæ Hispaniæ tesauri*. Pero á pesar de todas las maquinaciones de los adversarios de Hernandez, los sabios le hicieron justicia, con la que creció la fama de su nombre y la de sus escritos, cuyo ejemplar entero se conservaba en la biblioteca del Escorial; pero en el incendio que en 1671 ocurrió en este monasterio se perdió con otros muchos.»

«En mi tiempo ocurrió como por milagro que fueron hallados en los estantes de la biblioteca de San Isidro, por *Juan Bautista Muñoz*, llenos de escarabajos y polilla, cinco volúmenes de su obra, correjidos por él mismo. Era á la sazon ministro de marina el excelentísimo señor Don José Galvez, el cual, no ocultándosele el lauro que acarreaba á la patria, y el esplendor que daba á las ciencias tan grande hallazgo, influyó con todo su poder para que el rey Cárlos III mandase que se publicasen todas las obras de Hernandez, con toda la fé é integridad del original.»

«Habiendo muerto Cárlos III, despues que el ministro Galvez hubo empezado la edicion, mandó su heredero Cárlos IV, asi que subió al trono, al ministro Don Antonio Porlier, que se llevase á cabo. Pero nosotros nos hemos adelantado á poner en obra el mandato de los dos reyes, y costear el valor de la obra, si se nos permite presentar al público lo contenido en un volúmen, de los cinco que dijimos tenia el original.»

«En los cuatro primeros habla el autor de los tres ramos de historia natural, y en el quinto entre otras cosas trata de la enfermedad ocurrida en Nueva España el año de 1576, llamada por los indios *cocoliztli*.»

«Nosotros distribuiremos la nuestra del modo siguiente: en estos tres primeros volúmenes, que daremos ahora á luz, espondremos la historia natural de Nueva España; en el cuarto, que pronto se publicará juntamente con el quinto, inclui-

»remos el comentario de la vida y escritos de Hernandez; con »lo que creemos habrá suficiente para completar la magnitud »que nos proponemos dar á la obra. Por medio de un apéndi»ce publicaremos una obrita muy rara y apetecida, que á la »manera de la de Hernandez trata de los tres ramos de histo»ria natural, impresa en Méjico, en 4.º, el año 1615, por »Francisco Gimenez.»

«Ultimamente, en nuestro quinto volúmen publicaremos »los trabajos que dió á luz Hernandez en el suyo, entre otros »la enfermedad llamada *cocoliztli.*»

«Por ahora no tratamos de hablar de la historia natural de »Plinio, traducida toda ella al castellano por Hernandez, y »adornada con oportunas y sabias notas suyas, cuyo hallazgo »se debe al docto escritor Don Francisco Cerdan y Rico. Por »todo lo dicho, y habiendo publicado Gerónimo Huerta, poco »despues de la muerte de Hernandez, su traduccion al caste»llano de las obras de Plinio, con notas tambien, se duda si »Huerta pudo tener noticia de la version de Hernandez ó no; »pero de este asunto nos ocuparemos mas clara y detenida»mente en el comentario de la vida y escritos del médico »toledano.»

«No faltarán hombres que, aunque sabios, censurarán y »tendrán en menos esta edicion de las obras de Hernandez, »sin duda envidiosos de las glorias de España; pero yo creo »que metodizándola ha de ser de mucho provecho, especial»mente para la botánica. En mi concepto Hernandez superó en »esta clase de estudios á Dioscórides, por la razon de que es»te escribió, y publicó las plantas de su pais, y Hernandez al »contrario, habló de cosas de un pais muy distante del suyo, »y de plantas y animales hasta entonces desconocidos. De to»dos modos nadie duda que sean útiles las ediciones de esta »clase de obras. Prescindiremos por ahora de las plantas de »las Islas Filipinas, ó de los opúsculos aun no publicados del »tomo quinto, para proceder á la publicacion de esta edicion, »restituyéndole de este modo lo que es suyo, y vengándole de »sus usurpadores *Nardo Antonio Recchi, y Juan Terrencio.*»

«Hay quien piensa que las láminas de las plantas de la

»obra de Hernandez, fueron quemadas en el deplorable incen-»dio del Escorial; pero la real munificencia de los reyes Cár-»los III y IV, y su admirable liberalidad para con las ciencias, »lo han remediado, para que ninguno en adelante tenga que »desear nada, publicando las obras de Hernandez. Habiendo »advertido estos sábios príncipes que de nada servian las »amonestaciones que se enviaban á Italia para llevar á cabo »la edicion de Rechi, incomodados por la tardanza, enviaron »para averiguar la causa, al Sr. D. José Nicolás de Azara, con »facultad real para el objeto, y apenas estuvo empezada la »edicion de la obra, fueron comisionados á Nueva España los »excelentes botánicos Vicente Cervantes y José Longinos »Martinez, de los cuales el uno es catedrático de botánica en »la ciudad de Mégico, y encargado de estudiar las plantas »megicanas y remitirlas á España, y el otro diestrísimo ana-»tómico; y sus compañeros Juan del Castillo y Santiago Sen-»seve: y el mas sábio de todos y mas instruido en el idioma »megicano el doctor en medicina Martin Sesé; los que acom-»pañados de escelentes pintores y algunos ejemplares de esta »edicion, como tambien de otras obras; de todo género de »instrumentos, y demas cosas necesarias, salieron á herbo-»rizar por todas las provincias de Nueva España, y todo lo »que descubrieron útil para la historia natural, principal-»mente de lo trazado en otro tiempo por Hernandez, lo iban »reuniendo y metodizando, procurando delinearlo y pintarlo »con vivos colores.»

«De sus trabajos sale á luz una obra con el título de *Me-»morias selectas de Hernandez*, digna de tales escritores, y »digna tambien de servir de testual para la enseñanza de »historia natural.»

Despues de este prólogo se halla una oda compuesta por Francisco Hernandez, y dedicada al insigne y docto Arias Montano, escrita en elegante latin, y es la siguiente:

Allapsum jam Astae ripis, Montane, sodalem
Ne veterem contemne tuum, cui cernere primum
Romuleâ quondam licuit te, et noscere terrâ,

Rarum naturæ miraclum, et gentis honorem,
Ac nostri ornamentum ævi; rursusque videre
Post secesum illum, quo te Montane, sorores
Instituere novem, implerunt et pectora rerum
Causis, ac variis linguis, et lumina divum,
Igniferos intra scopulos, et sacra Philippo
Mœnia, delicias regis, sedesque beatas:
Unde quadrigemina cusurus biblia lingua,
Immensum, et preclarum opus, ingentisque laboris,
Sponte petis belgas molles, patriaque relicta
Algentes tractus calcas digresus in arcton;
Dum nos sepositis plagis arcana colentes
Naturæ haud pigri occiduos adnamus ad indos,
Clementi adnixi imperio parere Philippi,
Hesperiæ domini, lacerum qui vindicat orbem,
Instituit leges sanctas, renovatque cadentes,
Perdens injustos, et Christi nominis hostes.
Ergo post varios casus, post munia nostra
Praestita, qua valui cura, terraque marique,
Excipe me reducem tan multis casibus actum,
In gremioque tuere tuo, nam diceris esse
Permessi solers custos, fidusque colonus.
Sunt qui post terga oblatrent, fundantque venena
Invidi, et innocuos tentent damnare labores,
Quos non viderunt, aut percepere legentes:
Indigni quos terra tegat, vel turba bonorum
Audiat efflantes scelerato ex ore chelydros.
Hæc te propulsare æquum est, hæc trudere in orcum,
Sincero candore tuo, sapientia et arte,
Et gravitate, fide ac prestanti robore monstra;
Ne virtus deserta ruat caritura patrono,
Et fœdi nitidis mergantur fontibus apri.
Tempus erit, cum te liceat contingere dextra,
Et coram gratas audire et reddere voces.
Tunc ego musarum veluti sacraria visens,
Impensé exultans, nihil, ó Montane, silebo,
Ad res quod spectet nostras, ut noscere possis,

Quanta fides istis scriptis sit debita, quanta
Gratia, conatus maneat quæ gloria nostros;
In rebus magnis si tantum ad culmina celsa,
Direxisse gradum magnum est, plenumque decoris,
Atque scelus patret qui his detractoribus aures
Præbeat immani diruptus viscera morbo.
Transeo quam tulerim fastidia longa per annos
(Sanguine jam gelido languens, sterilique senecta)
Septenos, mare bis mensus, terrasque repostas,
Expertus cælum mutatum, alimentaque passim
Jam pridem consueta mihi, limphasque malignas.
Prætereo ingentes æstus, et frigora magna,
Vix ullo superanda modo mortalibus ægris,
Silvosos etiam colles, atque invia lustra,
Flumina, stagna, lacus vastos, latasque paludes.
Non refero indorum consortia perdita, fraudes
Nec canimus tantas, dira aut mendacia, queis me
Non semel incautum lusere, ac verba dederunt,
Insigni cura vitata, industria, et arte,
Et quoties vires plantarum, et nomina falsa
Quarundam accepi fallaci interpretis usus
Oraculo: medica decuit quæ vulnera cauté
Interdum methodo curare, atque auspice Christo.
Pictorum haud numerem lapsus, qui munera nostra
Tangebant, aderantque meae pars maxima curae,
Ne quidquam digitum latum distaret ab ipsa
Reddenda forma, patule sed cuncta liquerent;
Atque moras procerum, qui me properante moleste
Sæpe fuere meis ausis, ac nixibus. Aut quid,
Quæ evenere mihi gustanti pharmaca, dicam,
Noxas, ac vitæ pariter discrimina magna?
Aut morbos, nimii mihi quos peperere labores,
Nunc etiam infestos, et in última tempora vitæ
Desævituros, quotquot durabit in annos?
Cœtusve hostiles, lacubusque natantia monstra,
Integros homines vasta capientia in alvo?
Quidve famen, atque sitim? vel mille animalia blandam

Sanguiferis puntis passim afficientia pellem?
Rectores tetricos, atque agmina inepta ministros?
Silvestre indorum ingenium, nullisque docendis
Naturæ arcanis promtum, aut candore paratum?
Prætereo inquam hæc, et solum quod fecimus ipsi
Auxilio divum eximio, Christoque secundo,
Hesperie occiduæ lustrantes dicimus oras.
Viginti plantarum igitur, pariterque quaternos
Dictamus libros (preter qui fulva metalla
Subjiciunt oculis hominum, et genus omne animantum);
E quibus herbieris profert Hispania in agris
Nullam, nam occiduas tantum sectamur, et una
Caules, radices, varioque colore micantes
Flores; nec fructum, aut folium contemno, nec ipsa
Nomina, quorum est in variis regionibus usus,
Aut vires, natale solum, cultum, atque saporem,
Aut lacrimas stipitis stillantes vulnere: morbi
Qui curentur eis, quænam sit meta caloris,
Quis color, et lignis qualis substantia subsit,
Et breviter quæcumque salus humana requirit,
Aut naturalis rerum hæc narratio poscit,
Quam propiis verbis potui, et brevitate decenti.
Quin vivas plantas viginti, ac semina multa,
Pharmacaque innumera, augusto mitenda Philippo,
Præfecto dedimus, cura ut majore ferantur
In patriam, Hesperiæque hortos, et culmina adornent;
Emensamque novam Hesperiam duce sidere cæli,
Urbes, ac populos, montes, ac flumina, valde
Rem optatam nostris, esset quo cognita mundo
Usque adeo dives, tamque ampli nominis ora.
Scribimus et methodum, qua quis cognoscere plantas
Indas, ac nostras possit; vel quo ordine cunctis
Occiduis usus valeat sucurrere morbis,
Noscereque indigenas, nostrisve ex montibus alto
Transvectas indas tan longo tramite in oras.
Pharmaca et addidimus firmo sancita periclo,
Experta et novis, quos pellant corpore succos,

Quæ superent nostris nota, et quæ cedere possint:
Cetera nam sileo, domino quæ dante videbis,
Atque emendavis, quando tua mœnia laetus
Intrare, et dabitur genio musisque potiri,
Curarum et vacuo dulci indulgere furori.
Ergo qui credi par est, ut talia nutu
Alterius scribi valeant, viresve referri;
Si hoc opus hanc curam atque examina tanta requirit?
Nec passim invenias, humeris qui ferre labores
Tantos sustineant propiis, subeantve libenter?
Aut qui judex esse queat, censorve peritus,
Qui nullas usquam nascentes noverit herbas?
Aut qui nec libros nostros durosve labores
Viderit? At magnos num quando invenimus ausus
Invidia caruise sua, aut prurigine turpi?
Jactave in abjectos torqueri fulmina valles?
Ergo tu nostros vir præclarissime, libros
Perlege, et indigni sinon videantur honore,
Conceptus veluti cari complectere fratis,
Sicque favens, tibi me æternos obstringito in annos.

Juan Aleman.

Doctor en medicina; escribió:

Repertorio de los tiempos y juicio astronómico. Sevilla, 1596, en 8.º

(Véase á N. A., pág. 629.)

Alfonso Lopez.

Natural de Valladolid, médico de cámara de la viuda del emperador Maximiliano, y tan célebre profesor como poeta: publicó:

1.º *Philosophia antiqua poética*. Madrid, 1596, en 4.º
2.º *Hippocratis prognósticum*. Madrid, 1596, en 4.º

Compuso tambien una comedia titulada el Pelayo, que se ha hecho sumamente rara. Tradujo al castellano la obra de

Tucídides, sobre la peste del Peloponeso, que es lo mas sublime de cuanto se conoce en el género descriptivo; pero esta traduccion quedó inedita. D. Andrés Piquer imprimió un trozo de ella, para modelo de la juventud médica española.

Alfonso Lopez, á quien el dicho Piquer llama *varon consumado en el arte de pronosticar*, tuvo la feliz ocurrencia de entresacar de las obras de Hipócrates, como los Aforismos, Pronósticos, Coacas y otras, las mas seguras y sublimes máximas relativas al vaticinio de las enfermedades, y las reunió por órden de materias. Hállanse estas en el médico griego diseminadas y separadas, y asi es fastidiosa y oscura su inteligencia; pero el español las presenta reunidas, enlazadas con los asuntos á que corresponden, é ilustradas con comentarios que reunen la precision con la claridad. Esta obra es en mi concepto mucho mas útil, que la tan celebrada de Próspero Alpino, teniendo tambien el mérito de haberse escrito y publicado cinco años antes.

Si Sprengel hubiera leido á Alfonso Lopez, le hubiese dado mas bien el pomposo título de *Padre de la Semeyótica*, que al médico de Maróstica, estado de Venecia; porque la obra del español, vuelvo á decir, aventaja mucho á la de aquel en órden, claridad, concision, sublimidad de estilo y hasta en la edicion que es mas hermosa que la de Prospero. ¿Por qué fatalidad se ha hecho tan rara? ¿y por qué no se hará una nueva edicion para nuestras escuelas, y mas en el dia que ha llamado tanto la atencion el estudio de los órganos, siendo la obra de este valisoletano una verdadera Semeyótica orgánica?

Jaime Segarra.

Natural de la ciudad de Alicante, discípulo del célebre Luis Collado, y catedrático de medicina por mas de 24 años en la Universidad de Valencia. Fué muy perito en las lenguas latina y griega, gran filósofo, y tan dedicado á la lectura de los autores antiguos, que segun el doctor Gerónimo Vicente Sal-

vador, *fué uno de los que mejor penetraron la mente de Hipócrates y Galeno.* Gimeno dice que Segarra era *sólido en la doctrina, perspicaz en el discurso, espresivo en el lenguaje, y dotado de tanta claridad que sus comentarios fueron elegidos por los profesores de aquella escuela para la enseñanza pública de la medicina, con especialidad en fisiología y patología.*

Segarra escribió varias obras muy doctas, y tal vez hubiera compuesto muchas mas, si su temprana muerte, acaecida el año 1598, no hubiera privado á los hombres estudiosos, de los frutos que prometia su infatigable aplicacion.

Imprimió las siguientes:

1.ª *Commentarii physiologici, quibus præfixus est ejusdem auctoris libellus de artis medicæ prolegomenis.* Valencia, por Pedro Patricio Mey, 1596, en fólio.

Los comentarios son:

Ad librum Hippócratis de natura hominis: ad libros tres de temperamentis, ac super totidem libros Galeni de facultatibus naturalibus. Este último se imprimió por separado en Valencia por Juan Alberto, 1598, 4.º

2.ª *De morborum et symptomatum differentiis, et causis, libri sex, Claudii Galeni Pergameni.* Valencia, por Miguel Sorolla, 1624, en 4.º; idem, 1642.

Sacó á luz esta obra el doctor en medicina Gerónimo Vicente Salvador, catedrático de lengua griega en aquella Universidad, el cual le añadió varios escolios; la corrijió multitud de yerros que tenian las copias que se habian hecho de ella, y formó sus índices.

Ademas de estas obras dejó manuscrita otra, segun refiere Rodriguez, Biblio. Val., pág. 198, titulada:

Epitome in lib. tres de simplicium medicamentorum facultatibus.

Los comentarios de Segarra son dignos de leerse, y asi lo acreditan los elogios nada exajerados que de ellos hacen varios escritores. Merecieron tal estimacion, que como viene dicho, sirvieron de testo por algun tiempo en la escuela de Valencia.

MIGUEL DE LERIZA.

Natural de Valencia: cirujano teórico-práctico, segun le llama Morlá. Escribió:

Libro de cirujía, que trata sobre las llagas en general, que escribió Guido Cauliaco, con un tratado propio, en el cual se enseña el modo de curar las carnosidades que están en la via del orin. Valencia, junto al molino de la Rovella, 1597, en 8.º, y en Zaragoza, por los herederos de Diego Dormer, 1624, tambien en 8.º

Este libro es un reducido compendio de uno de los capítulos de la obra de Guido de Cauliac, y otro diminuto de la obra de Francisco Diaz, sobre las callosidades de la verga.

BLAS ALVAREZ Y MIRAVAL.

En este siglo hizo progresos el arte de conservar la salud y hacer al hombre virtuoso. Blas Alvarez Miraval nació en Medina del Campo; fué doctor en medicina y teologia por la Universidad de Salamanca; é imprimió á últimos del referido siglo un libro titulado:

La conservacion de la salud del cuerpo y del alma para el buen regimiento de la salud y mas larga vida de la alteza del serenísimo príncipe D. Felipe nuestro señor, y muy provechoso para filósofos y médicos, para teólogos y juristas, y principalmente para los eclesiásticos y religiosos predicadores de la palabra de Dios. Medina del Campo, por Santiago del Canto, 1597, en 4.º Salamanca, por Andrés Renaut, 1601, en 4.º

En esta obra, es tal la sólida doctrina, tanta la erudicion, tan multiplicados los hechos de historiadores divinos y profanos, de médicos, poetas, del Evangelio y Escritura que trae el autor, que á no ser por las demas cualidades que le adornan cansaria por la muchedumbre y copia de su doctrina. Creo que si un médico español se dedicase á formar un estracto de la obra de Miraval, con mas economía y parsimonia en los testos y citas, podria sacar un compendio de Higiene física y

moral del hombre, de lo mejor que se hubiera publicado. Este autor, sin embargo de lo pesado y difuso de su erudicion, era muy conciso cuando queria. Escribia con mucha elegancia y elocuencia la lengua latina, como puede verse en la carta consolatoria que á nombre de la Universidad de Salamanca, dirigió á Felipe II en la muerte de su esposa Doña Ana de Austria.

En su voluminosa obra se hallan cuestiones del mayor interés. Trata en los capítulos 6 y 7 de la influencia de lo físico sobre lo moral, y viceversa, como tambien de las enfermedades de una y otra sustancia que constituyen al hombre, el cuerpo y el alma. En el 9 de la obligacion que tienen las madres honradas y nobles de criar á sus hijos, y cuan conveniente es para la conservacion de su salud el que asi lo ejecuten, para las buenas costumbres y el buen injenio de aquellos. En el 42 dice cómo la música puede contribuir á conservar la salud y ser medicina de muchas enfermedades. En el 46 cómo la sabiduría y la ciencia sirven para alargar la vida. En el 47 cómo el ignorante y necio no puede tener salud perfecta ni dichosa. Tratando de las pasiones, hace tan bella descripcion y fiel pintura de ellas en varios capítulos, que sin duda son superiores sus cuadros á los de Alibert. Sirva de prueba, la envidia y el amor, que vamos á trasladar aqui.

«La envidia, esta pasion feroz, este defecto de las almas »bajas, este amargo sentimiento, hijo de un amor propio es»cesivo y grosero, es la que á ciertos hombres les hace creer »no tienen otro que les iguale y menos que les aventaje. Hin»chados de propia estimacion, quieren y creen ser los únicos y »en todo superiores á los demas. No solo produce la envidia »esos efectos, sino que como dice un célebre médico español del »siglo XVI *Al envidioso se le van acortando y cercenando los dias »de su vida, de modo que mas se debe contar entre el número de »los muertos, que no en el de los vivos.*» Asegura con doctrina de Platon, Plutarco, Tito Livio, Ciceron, Menandro, Ovidio, Séneca, la Escritura y Santos Padres, que el envidioso se consume de tristeza y se le desecan los huesos al ver los bienes que disfrutan sus semejantes. Describe en seguida los caracteres físicos y morales del poseido de esta furia infernal, y lo hace

de este modo: «El envidioso tiene el rostro amarillo, el cuer-»po consumido y flaco, nunca mira á nadie cara á cara, los »dientes llenos de neguijon, en el corazon trae un almacen de »hiel, y la lengua bañada en veneno; nunca le verán reir si-»no con dolores ajenos, nunca duerme sueño reposado, y »siempre se está consumiendo por los ajenos sucesos...... Es »la envidia un abismo de grande ceguedad y un infierno del »humano entendimiento, pues los partos de la virtud y gloria, »que á los demas les son ocasion de dichosa vida, les causan »á ellos desmedro y una ethica mortal....... El envidioso es »hijo de la noche, y tiene por hermanos la muerte y el »sueño.»

«Hija y compañera inseparable de la envidia es la *male-»dicencia*, pasion funesta de la humanidad en sus afectos, y »que solo se distingue de la detraccion, en el perverso deseo »de hacer mal que tiene el maldiciente.»

«La maledicencia priva á los hombres de su existencia »moral, y por mas reparaciones que se hagan, si bien se cu-»ra la llaga, la cicatriz queda cuando menos. Los tiros de la »maledicencia por lo menos debilitan la opinion, la hacen sos-»pechosa, y dejan una mancha que suele durar mas ó menos »tiempo.»

«Apenas hay un hombre que deje de horrorizarse al ver ó »saber que otro comete un asesinato, pero son muchos los »que suelen complacerse en ver destrozar la fama y reputa-»cion de su semejante. Se trata de un ladron, y al momento »se nos representa cubierto de infamia é indigno de alternar »con nosotros...... Si la existencia física nos merece tanto cui-»dado, por qué hemos de mirar con abandono la moral?......»

Hablando del amor dice:

«Este es celestial y divino beneficio, pacífico y hermoso re-»partidor de grandes bienes entre los hombres. Donde este »amor está no hay amargura, sino toda dulcedumbre; no hay »oscuridad, sino claridad; no hay tempestades y torbellinos, »sino el cielo claro y sereno; no hay guerra, sino suavidad »de paz; no hay esterilidad, sino hartura y abundancia: con »este amor no tiene monarquía el odio, la envidia, la ira ni

»el interés. Y de la manera que del sol no se pueden apartar »los rayos de su clara luz, ni del fuego el calor, ni del grani»zo el yelo, ni de la nieve su blancura: asi ni mas ni menos »nunca del amor se apartan la venevolencia, la concordia, la »paz, ni la estrecha amistad. Lo que es para el navío el pilo»to, el magistrado en la república, el sol para la conserva»cion del universo, eso mismo es el amor entre los hombres; »y de la manera que el navío faltando el maestre lleva su der»rota al manifiesto peligro, y la ciudad sin gobernador es un »cuerpo sin alma, y todo el mundo pereceria si la luz y virtud »vivífica del sol se le aumentase, asi la vida de los hombres »no seria vital si se quitase el amor de por medio. Este quita »de los hombres toda rusticidad, es padre de toda la elegan»cia, de toda limpieza, de toda cortesía y buena crianza; pues »al hombre rústico y salvaje le vuelve lo de dentro á fuera, »y en muy breve tiempo lo hace capaz de claro ingenio y elo»cuente estilo, y al feroz y desatinado lo adorna de suavísi»mas costumbres. Donde está este amor no tiene lugar la tor»peza, la pereza, el sueño, la inmundicia ni la flojedad: mas »antes siempre andan en su compañía la solicitud, la vigilan»cia, el cuidado, la compostura y limpieza.........»

Miraval era muy aficionado á la sencillez tocante á los remedios, y cree que el prescribir muchos solo sirve para acortar la vida de los hombres. Concluye su obra discutiendo si es preferible que el enfermo sea asistido por un médico solo, ó por muchos.

Por último, en la obra de Miraval se hallan doctrinas sumamente interesantes, no solo para los médicos, sino tambien, como él mismo asegura, para los teólogos y jurisconsultos, para los eclesiásticos y predicadores. De ella pueden estraer materiales abundantes para sus discursos, por lo que en realidad debe ser considerada como una rica mina de selecta erudicion, de la que con poco trabajo puede esplotarse mucho y bueno.

Andres Zamudio de Alfaro.

Fué natural de la ciudad de Sevilla: estudió en la Univer-

sidad de Salamanca; ejerció la profesion en su patria, y adquirió tanta nombradía, que fué llamado á la ciudad de Badajoz por Felipe II, cuyo monarca se hallaba gravemente enfermo en aquella ciudad, segun refiere nuestro Leiva. Curado el rey por los cuidados de Zamudio, le eligió médico de los príncipes, y despues de la muerte de Vallès, proto-médico de su cámara, cuyo destino desempeñaba en 1597, como se vé en una carta que le escribia Miguel Martinez de Leiva, que se hallaba en su obra *Remedios preservativos y curativos para tiempo de la peste*, impresa en dicho año. Las obras de Zamudio de Alfaro son las siguientes:

1.º *Orden para la cura y preservacion de las viruelas*. Madrid, por Luis Sanchez, 1579, 8.º

2.º *Orden para la cura y preservacion de las secas y carbunclos*. Madrid, por Luis Sanchez, 1599, 8.º

Movió al autor á escribir esta última obrita el mandato del Consejo sobre las dudas que propuso el doctor Cristobal Perez de Herrera, acerca de la curacion de las secas y carbunclos que en aquella época habia en Madrid. Reuniéronse en junta para consignar su parecer los doctores Porras, Bermejo, Orozco, Salinas, médicos de cámara, y los doctores Espinosa, Antonio Perez, y Monte-mayor, cirujanos de S. M., y los doctores Sepúlveda, Sosa y Herrera.

Este opusculito, que solo contiene 27 fojas, es digno de consultarse, aun cuando no sea mas que por estar reunida en él la opinion de los principales médicos y cirujanos de cámara de aquella época.

Cristobal Perez de Herrera, que fué contemporáneo y amigo de Zamudio, dice que este se hallaba dotado de una memoria feliz y tenaz; y entre otras cosas asegura le refirió que estando en Salamanca observó una intermitente que guardaba el tipo de 30 dias, de la cual murió el enfermo (1).

---

(1) Compendio de medicina, por Cristobal Perez de Herrera, fólio 57 vuelto.

Miguel Martinez de Leiva.

Natural de Santo Domingo de la Calzada: estudió la cirujia en Salamanca, siendo discípulo del doctor Alderete, como él mismo refiere en su obra fólio 50 vuelto, y condiscípulo y amigo del doctor de Alfaro, proto-médico de Felipe II.

Ejerció la cirujía en Sevilla, y viajó por Europa: se dedicó al arte de dentista, y fué tan diestro, que asegura estraia los dientes y muelas sin instrumento férreo.

Cuando se manifestó en Sevilla en 1581 la peste bubonaria, que duró hasta 1583, asistió Leiva á muchos apestados en diferentes pueblos inmediatos á aquella ciudad, y principalmente lo hizo en su hospital, por cuyo servicio asegura le daban cinco ducados diarios. Opina que esta peste pudo tener principio de los negros que venian enfermos en las galeras de Portugal, con las ropas que habian saqueado. Disculpa á los médicos que no habian conocido esta enfermedad, por ser mal nuevo y no visto hacia muchos años. Recojió este cirujano el resultado de sus curaciones en la obra que publicó con este título:

Remedios preservativos y curativos para en tiempo de la peste, y otras curiosas esperiencias. Dividido en dos cuerpos. Dirigido al serenísimo príncipe D. Felipe III, hijo del católico D. Felipe II, rey de España. Madrid, por Juan Flamenco, 1597, en 8.º

Principia la dedicatoria, diciendo: «Cuatro cosas, serenísimo señor, se hallan, que todas y cada una de ellas son »bastantes á hacer inhabitables las villas, arruinar las ciudades, deshacer las repúblicas, y destruir los reinos, mas »que todas las otras del mundo. La primera es quitarle á Dios »la obediencia y á su iglesia católica. La segunda el menosprecio de la justicia, y tenella en poco y despedirla de la república. La tercera es la scisma y division, y mala concordia »en los pueblos. La cuarta y última, y no menos dañosa, es »la pestilencia cuando reina........»

La peste, dice Leiva, *menos mal hace haciéndole rostro*

que volviendo las espaldas, y es muy mejor la asistencia con beneficio, que la fuga. Refiere en el prólogo que habiendo sido llamado al pueblo de Lora para asistir á los apestados, vió que los perros comian los cadáveres de los que huyendo del contagio se habian ido al campo, y morian por los olivares acometidos de la peste, hasta que por su industria hizo que las gentes volviesen al pueblo, y se pusiesen en cura los enfermos.

Despues de hablarnos de la definicion de la peste y de sus señales, dice que tiene por embajadores la carestía, las lluvias, guerras, discordias y enemistades; refiere sus causas á influjos celestes, corrupcion del aire, tierra y aguas; habla de los medios preservativos; recomienda la limpieza y perfumes, dándonos las reglas higiénicas que se han de guardar en la comida y bebida, en el sueño y vigilia, y en el paseo y descanso, tanto para los sanos como para los atacados de otras enfermedades, y alaba las emisiones sanguíneas y evacuaciones de vientre, como medio preservativo, aconsejando se procure no entristecer los ánimos en tiempo de peste, porque esto es suficiente para predisponer los individuos á contraer el mal. Proscribe salir por la mañana en ayunas, mandando tomar varias veces al dia una píldora de las de Rufo, ó bien una dracma de triaca, y un poco de vino bueno, como igualmente que se use del electuario de Mitridates. Leiva tuvo la debilidad de creer en la virtud preservativa contra la peste de las perlas, esmeraldas, y otras piedras inertes é ineficaces.

Hubo de sufrir algunos disgustos, que podemos llamar inherentes á la misma profesion, segun se colige por el *razonamiento que hace á la cruel, pérfida y maligna envidia cuando era médico*, en el capítulo 5, libro II, en el cual entre otras quejas dignas de leerse, se lamenta de este modo. «Y porque »no parezca que de tí (á la envidia) yo me quejo sin razon, quie»ro espresar algunos agravios, y hacer proceso contra tí en es»te lugar. ¿No sabes tú que fuí yo el que hallé la invencion de »hacer el agua de la mar dulce y sabrosa, y saludable? ¿No »mostré yo al mundo el órden de gran utilidad y provecho »para los navegantes? ¿No he enseñado yo tantos secretos

»militares, y otros ardides de guerra, que si me hubieran »creido no hubiera habido ninguna desventura? ¿No soy yo »aquel que en la cirujía he descubierto muchos secretos, y »que en la física he hallado la verdad del arte? ¿Yo no he ha- »llado tantos remedios nuevos que bastarian á sanar todas las »enfermedades del mundo? Y tú con tu maldita perfidia has »malamente informado á la fortuna tu compañera, que siem- »pre se me ha mostrado enemiga, etc.........»

En el capítulo 8 trata de las *pintas ó tabardete*, diciendo: «que difiere tan poco de la peste, que casi es el ojo con que »se mira. Este es un mal, continúa, que pocos han entendido »su cura hasta agora, en que investigando las causas natura- »les, y haciendo nuevas esperiencias, se han hallado los ver- »daderos remedios, cuales son: sangrar, vomitar, hacer cá- »maras, y untar el cuerpo, etc.

En los demas capítulos de esta obra se ocupa el autor de la composicion de varios medicamentos y perfumes, que denomina preservativos de la peste, con la receta de un cáustico de su invencion para las úlceras pútridas y corrosivas.

Quinto Tiberio Angelerio.

Doctor en medicina, natural de Nápoles, escribió:

Epidemiologia, sive tractatus de peste, ad regni Sardiniæ proregem. Accedit in hac secunda editione ejusdem authoris apologia, lucubrationes plurimæ ipsius, et aliorum exquisitissima remedia: Thucydidis historia, Lacuna compendium: et per epistolam institutiones regiminis, quo facilius inteligerentur eo idiomate quo fuere recepta. Madrid, en la imprenta real, por Juan Flamenco, 1598, en 8.º

Esta obra se halla aprobada por Nicolás Bocangelino, médico de la emperatriz María de Austria, y dedicada á Luis Mercado. Habla de la peste de España, que sucedió á los tres años del reinado de Felipe II, y trae diferentes antídotos usados por los antiguos, concluyendo con unos avisos é instrucciones para el tiempo de peste, que copia de los publicados por Andres Laguna.

He colocado á Angelerio en esta Historia, á pesar de no ser español, porque en el tiempo que escribió su obra, era nuestra aquella parte de Italia, y ademas por estar censurada y dedicada á médicos españoles, y aun por haber ejercido Anjelerio su profesion en esta corte. No he visto la primera edicion de esta obra.

Martin Gomez de Pamplona.

Nada sabemos de este médico. D. Nicolás Antonio dice que tradujo y recopiló los tratados siguientes:

La preservacion de la peste de Marsilio Ficino.

Consejo contra la peste, del doctor Garbo.

Tratado de la peste del Tarentino, protomédico del rey de Francia.

Lo que hay contra la peste en las epístolas de Nicolás Monardes. Pamplona, 1598, por Mateo Mares, en 8.º

Diego Santiago.

Destilador de S. M., vecino de Sevilla, imprimió la obra siguiente:

Arte separatoria y modo de apartar todos los licores que se sacan por via de destilacion, para que las medicinas obren con mayor virtud y presteza; con la manera de hacer el instrumento separatorio que inventó el autor, que es el mejor y mas fácil que hasta hoy se ha visto. Sevilla, por Francisco Perez, 1598, en 8.º

Está dedicada á D. Francisco Arias de Avila y Bobadilla, conde de Puñoenrostro, asistente de Sevilla, y aprobada por el doctor Arias de Loyola.

En aquella época era muy poco conocido el arte de destilar los licores, por lo que fué muy bien recibida esta obra del público, principalmente de los boticarios. A pesar que Diego Santiago no fué médico ni cirujano, no por eso dejó de aconsejar en su libro algunas medicinas para las enfermedades del hígado, del estómago, contra las tercianas y cuartanas, la lepra, viruelas, apostemas, dolor de hijada, catarro, flujo

de sangre y cámaras. Consta de 152 fólios, y se ha hecho obra bastante rara.

MANUEL LEDESMA.

Natural de Valencia, segun D. Nicolás Antonio, doctor en medicina, y muy amante de los estudios astrológicos; escribió una obra titulada:

Apologia en defensa de la astrologia contra algunos médicos que dicen mal de ella. Valencia, por Pedro Patricio Mey, 1599, en 4.º

El autor defiende en esta obra el provecho y aun la necesidad de la astrologia, principalmente para la medicina, y esplica en qué sentido se debe entender la autoridad de la escritura y santos padres, como tambien las bulas y decretos de los concilios que se citan contra ella.

Jimeno en su obra de los escritores valencianos, páginas 208 y 209, dice que en la academia llamada de los Nocturnos (1) habia seis discursos de este médico, cuyos títulos eran:

1. Alabanza de la música.

---

(1) La academia de los Nocturnos fué fundada en Valencia por D. Bernardo Cestala y Valeriola, natural de la misma ciudad, en 4 de octubre del año de 1591, con el objeto de apartar á los jóvenes de los estravios de su edad, teniéndolos gustosa y útilmente entretenidos. Todos los miércoles se juntaban en casa del referido fundador, que era el presidente de aquella instruida juventud, y sobre el punto que anticipadamente se señalaba, se leia un discurso, moral, político, etc., ó una composicion poética, jocosa ó seria. Estos ejercicios eran de noche, y cada individuo ó sócio tomaba un nombre que tuviese alguna relacion con la noche, como *silencio*, *sombra*, *tinieblas*, *reposo*, *vigilia*, *etc.* Morlá, Jimeno y Gaspar Escolano hablan de esta academia, habiendo sido este último uno de sus individuos, y aseguran que si se hubiesen impreso los curiosos trabajos que se hicieron en ella, habrian reportado gran reputacion á la literatura española para con los propios y extranjeros. (Véase á Escolano, tomo II, col. 531, y á Jimeno, pág. 241.)

2. De la escelencia de las matemáticas.
3. Alabanza de las cosas pequeñas.
4. Alabanza de la justicia.
5. Contra el juego.
6. De la escelencia de los cuatro elementos.

Gerónimo Soriano.

Médico y ciudadano de Teruel (Aragon). Los muchos años que ejerció la facultad aumentaron su doctrina y esperiencia, y le ofrecieron materiales para escribir:

1. *Libro de esperimentos médicos, fáciles y verdaderos recopilados de varios autores. Dirigido á los gloriosos santos mártires San Cosme y San Damian.* Madrid, 1599. Zaragoza, 1600, en 8.º; idem, 1601, por Angelo Tarano. Alcalá, por Juan García, 1612. Barcelona, 1614. Zaragoza, por Pedro Verges en 1626; idem, por Diego Dormer, 1660, y 1676, por Agustin Verges. Valencia, 1700, por Jaime Bordazar, todas en 8.º Es digno de leerse el prólogo de esta obra, donde á mas de dar una sábia noticia de ella, satisface á los reparos que le ponian sobre su publicacion en lengua vulgar, citando á varios célebres autores griegos, latinos y europeos que escribieron en sus nativos idiomas. Esta obra es un tratado de medicina doméstica, y nada ofrece digno de mencionarse.

2. *Modo y órden de curar las enfermedades de los niños.* Zaragoza, 1600, en 8.º, y 1690, por Domingo Gascon, añadido en esta segunda edicion por un anónimo, *el remedio del Bolo Armenio para los carbunclos, con escolios para su curacion.*

Ilustran el nombre de Soriano el doctor Don Cristóbal Perez de Herrera, protomédico que fué de las galeras de España, en la censura de su primera obra, hecha en 1599; el doctor Gerónimo Huguet de Resaire, catedrático y médico de Zaragoza en su tratado *de las cosas no naturales*, pág. 30 y 162, y Don Baltasar Vicente de Alambra en la *traduccion de la instruccion de la peste del doctor Mercado*, pág. 2, en las notas marginales.

Baltasar Acevedo.

Médico portugués, caballero de la órden de Cristo, orador, poeta y gran literato. Estudió la medicina en la Universidad de Coimbra, en donde se distinguió por su gran talento: fué tenido por uno de los médicos de mas acierto en la práctica, y de mas instruccion. Escribió varias obras que dejó manuscritas, entre las que se encuentra una titulada *concordencia de questoens filosóficas é médicas altercadas entre filósofos é médicos.* Otra. *In librum tertium de simplicium medicamentorum facultatibus.*

Dió á la prensa una oracion fúnebre á las exequias de Felipe II. Lisboa, 1600.

Acevedo falleció en la ciudad de Lisboa el año de 1631, y fué enterrado en el convento de San Roque de los jesuitas.

Gabriel Antonio Bosser.

Catedrático de medicina de la Universidad de Barcelona. El doctor Bernardo Mas, en su *orde breu pera preservar y curar de peste* (1), le llama honra ilustre de aquella Universidad y facultad de medicina; cita de él un comentario del capítulo 6.º del libro 1.º *de differentiis febrium* de Galeno, y otro manuscrito de la curacion de *fiebres á Glaucon*, cuyas obras no he visto.

Jaime Ferrer.

Natural de Valencia, doctor en medicina, publicó una obra titulada:

Libro en el cual se trata del verdadero conocimiento de la peste y sus remedios para cualquiera calidad de personas. Valencia, 1600, en 8.º

Está dirigida á los jurados de la Universidad de Valencia.

---

(1) Folio 11 vuelto y 60.

Trata de la esencia, naturaleza y causas de la peste; de la providencia y guarda que se ha tener para preservar de ella á las poblaciones; del modo de precaverse cada uno en particular; de la curacion de los apestados y cómo se les ha de purgar.

Las ideas de Ferrer en esta obrita no difieren de las de la generalidad de los médicos de su siglo; asi es que omito estenderme sobre el particular.

Pedro de Torres.

Natural de Daroca en el reino de Aragon, médico de profesion y de cámara de la emperatriz Doña María de Austria. Fué hombre de algun mérito y nombradía. Escribió:

Libro que trata de la enfermedad de las bubas, dirigido al conde de Mayalde. Madrid, por Luis Sanchez, 1600, en 4.º

Lo alaba en su censura el doctor Francisco Gonzalez de Sepúlveda, médico de S. M.: y asimismo Liñan de Ariaza y el licenciado Juan Pascual Fernandez, capellan de S. M., en varias composiciones poéticas, impresas todas con la obra. La última estrofa de este, dice de Torres:

Doctor, vuestro libro raro
De la salud es reparo,
De la enfermedad remedio,
De estremos de males medio,
De esculapios norte claro.

El autor sigue la opinion de ser las bubas mal antiguo. Al final de la obra trae un antidotario con todas las fórmulas de jarabes, apocimas, ungüentos, pegados, polvos, conservas y vinos, que en su tiempo se usaban para la curacion de este mal. Fué libro bastante apreciado en su tiempo.

Manuel Escobar.

Estudió la medicina en la Universidad de Alcalá de Hena-

res, en donde se graduó de doctor. Fué médico de la villa de Tordelaguna (hoy Torrelaguna) é imprimió:

Tratado de la esencia, causas y curacion de los bubones, carbuncos pestilentes, con otras muchas cosas concernientes á la misma materia. Alcalá, por Justo Sanchez Crespo, 1600, en 8.º

Por esta obrita, dedicada al consejero D. Alonso de Agreda, se vé que ademas de la autoridad del protomedicato, se nombraba en España en tiempo de peste *un comisario general de salud del reino.* Está aprobada por el doctor Paulo Salinas; y Alonso Robledo compuso un soneto en su alabanza. Trae Escobar en su escrito observaciones importantes. Refutó las ideas astrológicas de su tiempo, aunque todavía conservó parte de ellas. Observó que la mala calidad de los alimentos era la causa principal de las enfermedades de Torrelaguna y pueblos inmediatos. Habla de las diferencias de las parótidas y lamparones, conservando aun la ridícula creencia de la virtud de los reyes de Francia para curarlos; al paso que detesta el atrevimiento de algunos cirujanos en sajarlos y estraerlos, llamándoles *faraones.* Trata de las viruelas y del sarampion, y de la diferencia específica de una y otra enfermedad. Finalmente, toca de paso la ruidosa cuestion de purgar ó no despues de las viruelas, que mas de un siglo despues alborotó á los médicos de Europa.

Rodrigo de Soria.

Catedrático de la Universidad de Salamanca, escribió un tratado sobre el *sarampion.* No lo he podido ver, y por consiguiente ignoro el mérito que pueda tener.

Francisco Morato Roma.

Natural de Castell de Vides, en Portugal, escribió:

De re médica, en dos volúmenes. Lisboa, (V. Nicolás A., tomo I, página 450.)

Nicolas Bocangelino.

Natural de Madrid y oriundo de Génova, de donde era natural su padre; fué uno de los mejores médicos de su tiempo, mereciendo serlo de cámara de Felipe III y de la emperatriz, abuela de dicho monarca. El último año del siglo XVI escribió una obrita con el título siguiente:

Libro de las enfermedades malignas y pestilentes, causas, pronósticos, curacion y preservacion. Madrid, por Luis Sanchez, 1600, en 4.º En este año y por el mismo impresor se dió á luz la misma obra en latin, en un tomo en 4.º

En esta obrita, dedicada la española á la Serma. Infanta Doña Margarita de Austria (monja descalza) y la latina á Don Francisco Borja, Comendador mayor de la órden de Montesa, esplana con el mayor tino y delicadeza la historia completa de las enfermedades malignas y pestilentes, dividiéndola en 35 capítulos.

Desde el 1.º al 5.º trata de la definicion, causas, diagnóstico, pronóstico y curacion de la fiebre maligna en general. Desde el 5.º al 9.º espone el método higiénico que ha de emplearse para su preservacion. Hasta el 13 enumera las diversas opiniones de los médicos sobre sus causas, contagio y naturaleza pestilente. En el 14, 15 y 16 trae las señales que comunmente aparecen antes de su invasion. En el 17 y 18 ventila la cuestion de si para la preservacion y curacion de estas dolencias será seguro remedio la triaca y el mitridato. En el 20 espone las indicaciones curativas para estos males. En el 21 si conviene la sangría en el principio, y de qué vena. En el 22 y 23 si han de administrarse las enemas y purgas antes de la sangría. En el 24, 25 y 26 propone algunos remedios para su curacion. En el 27 y 28 trata de la definicion, causas, señales y cura del carbunclo. En el 29 de las secas pestilentes, su causa y método curativo. En el 30, 31 y 32 del uso de los vejigatorios; de su seguridad en los tumores malignos y contrariedad de opiniones acerca de su

aplicacion. En el 33 describe la fiebre punticular, ó sea tabardillo. En el 34 habla de sus causas y curacion, y en el 35 del órden que se tuvo y plan que se adoptó en cierta ciudad de Italia, en una constitucion pestilente.

FIN DEL SIGLO XVI Y DEL TOMO III.

INDICE

de las

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

PARTE SETIMA.

—Dionisio Daza Chacon, 276.—Juan Calvo, 318.—Tomás Alvarez, 319.—Luis Oviedo, idem.—Victoriano Zaragozano, 320.—Fernando Valdés, 321.—Bartolomé Hidalgo de Agüero, idem.—Luis de Lemos, 329.—Antonio Alvarez, 331.—Andrés Velazquez, idem.—Juan Lopez de Tudela, 335.—Rodrigo de Fonseca, idem.—Doña Oliva del Sabuco de Nantes Barrera, 337.—Tomás Rodriguez de Beiga, 356.—Simon Tovar, 358.—Gerónimo Merola, idem.—Bernardo Domenech y Juan Benedicto Pau, 359.—Gerónimo Virues, idem.—Juan de Carmona, 360.—Lorenzo Cozar, 361.—Pedro de Acebedo, idem.—Agustin Vazquez, 362.—Lázaro de Soto, 363.—Juan Arfe y Vallafañe, 364.—Lorenzo Perez, 378.—Juan de Cárdenas, 379.—Bernardo Caxanes, 380.—Francisco Sanchez de Oropesa, 382.—Enrique Jorje de Anriquez, 386.—Juan Valero Tabar, 393.—Juan Cornejo, 395.—Gerónimo Polo, 396.—Juan Bustamante de la Cámara, 397.—Francisco Hernandez, 398.—Juan Aleman, 408.—Alfonso Lopez, idem.—Jaime Segarra, 409.—Blas Alvarez y Miraval, 411.—Miguel Martinez de Leiva, 416.—Quinto Tiverio Angelerio, 418.—Martin Gomez de Pamplona, 419.—Diego Santiago, idem.—Manuel Ledesma, 420.—Gerónimo Loriano, 421.—Baltasar Acevedo, 422.—Gabriel Antonio Bosser, idem.—Jaime Ferrer, idem.—Pedro de Torres, 423.—Manuel Escobar, idem.—Rodrigo de Sorias, 424.—Francisco Morato Roma, idem. —Nicolás Bocangelino, 425.

